



Óscar A. Romero

Monseñor Óscar A. Romero. Su pensamiento

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Óscar A. Romero

Monseñor Óscar A. Romero. Su pensamiento Volumen V

Introducción

Ofrecemos a nuestros lectores un tomo más de las homilías de monseñor Romero; son las correspondientes al Ciclo A del año 1978, sobre el Tiempo Ordinario. Para monseñor Romero, ningún tiempo de la Palabra de Dios fue tiempo «Ordinario»; lo convertía siempre en algo extraordinario y muy especial.

Siguiendo su costumbre, ponía siempre un título a su homilía dominical y lo desarrollaba, igualmente, en tres puntos nítidamente claros. Sus homilías lo convertían en el gran catequista de su diócesis, como él se llama a sí mismo en alguna de ellas.

La homilía del 16 de julio del 78 es típica de su estilo. Es la parábola del Sembrador. «Quisiera yo llamar a esta homilía: 'La siembra de la Palabra del Reino', y presenta tres ideas: 1) la Palabra del Reino es semilla; 2) la Proclamación de esa Palabra es siembra; 3) la cosecha de esa siembra es la salvación integral del hombre y del mundo».

Hablando de lo que significa el tiempo ordinario se expresaba así: «No olvidemos que quiera inculcar en el pueblo cristiano este tiempo ordinario» y con mucha plasticidad ofrecía así su pensamiento sobre este tiempo ordinario: «Así como cuando uno va en la carretera le parece que aquellas piedritas que marcan los kilómetros son lo mismo y, si uno se fija cada piedra va indicando una cercanía más, un número distinto; así también lo que se va desplegando a lo largo del año es el misterio de nuestra salvación y el cristiano que vive su fe cada domingo es como que llega a un nuevo kilómetro...» (11 de junio/78: 10.º del Tiempo Ordinario).

Tres son siempre, también, las columnas de su homilía: Cristo, la fe del pueblo y su vida, la Iglesia visible dirigida por el Papa.

«La Iglesia no puede confundirse con ninguna ideología u organización...» dice, como tantas veces, en su homilía del 10 de septiembre del 78, y este pensamiento lo elabora a continuación con la peculiaridad de formulación y contenidos tan propios de él.

Muy profunda es su homilía del 3 de septiembre del 78, sobre «La Cruz de la vida». Él, que vivió y sufrió tanto lo que significa la Cruz, no podía sino hablar muy bien de la Cruz.

El tema de la Iglesia lo toca, específicamente, en su homilía del 5 de noviembre del 78. «La Iglesia Santa, pero necesitada de purificación». Su base es Mateo 23, 1-12 y la Lumen Gentium, del Vaticano II, en el n.º 8. Según él, ese número era de lo más bello del Concilio relacionado con la Iglesia.

Con igual densidad trata el tema: «La Iglesia, Comunión de Vida, Caridad y Verdad», el 29 de octubre del mismo año. Así veía la Iglesia, como dadora y defensora de la vida; como caridad en los hechos y como identificada con la verdad.

El que hoy entregamos es un tomo que, en alguna manera, podríamos decir que es una Eclesiología. Gran parte de sus homilías van dirigidas, en un sentido u otro, al tema de la Iglesia que él tanto amaba.

Muy fructuosamente, nos enriqueceremos con su lectura.

[1]

La Oración

16.º Domingo de Tiempo Ordinario

Domingo 17 de julio de 1977

Génesis: 18, 1-10

Colosenses: 1, 24-28

Lucas: 10, 38-42

Estimados radioyentes, quiero comenzar hoy con un agradecimiento muy profundo a los obispos de Panamá que han publicado un comunicado de la Conferencia Episcopal, y se refieren expresamente a nuestra situación en El Salvador. Ellos denuncian un parte de guerra (n.º 6 de la Unión Guerrera Blanca), y dicen: «...su tono y su contenido causan horror y, ciertamente, merecen el más fuerte repudio de todo ser que se considere humano, y más aún, cristiano». Según esta declaración, este grupo, quienes sean, pretenden tomar la ley en sus manos y terminan por pisotearla. Esto es más que un acto aislado de terrorismo, pues perturba todo el orden jurídico (gobierno representativo y constitucional), e irrespeta los derechos humanos. Ninguna acusación contra el prójimo puede justificar esta actitud, ni en el plano individual ni menos en el plano colectivo y social.

El arzobispo de Panamá, puso este documento en manos del embajador de El Salvador con el encargo de hacerlo llegar a nuestro presidente, y por eso el mensaje se dirige a él: «Nuestras voces quieren llegar a las autoridades superiores del Gobierno salvadoreño, para que se aplique toda la fuerza de la ley a los autores de semejante declaración, que es en sí una amenaza contra la ley misma. Hemos esperado, durante estos primeros días del nuevo Gobierno de El Salvador, una toma de posición definida [2] frente a toda esta situación. Pensamos que así lo exige, no sólo la ciudadanía de esa hermana nación, sino todos nosotros, solidarios suyos, como istmeños y como cristianos».

Queremos agradecer mucho esta solidaridad de nuestros hermanos obispos que también, hace poco, pronunciaron en el Secretariado del Episcopado de América Central unas declaraciones contra estos atropellos. Pero el de Panamá recobra una actualización urgente, porque todos saben que nuestros queridos hermanos, los padres jesuitas, en estos días están viviendo una amenaza terrible. Yo les suplico que oremos mucho por ellos; y tomemos también el ejemplo de su serenidad, que solamente la puede inspirar un gran amor a la verdad y a Jesucristo. En el periódico Orientación, yo hago un elogio de este mensaje vivo que nos están ofreciendo hoy los jesuitas; así como también un mensaje de lealtad de los padres salesianos que, en la persona del padre Contreras, me presentaron su solidaridad con el episcopado. Su actuación, que todos reprobaron, fue fruto más bien de una ingenuidad que la aprovecha la manipulación de la noticia, un sistema verdaderamente vergonzoso en el cual no importa el honor de la persona, sino salvar otros intereses. Ojalá hubiera más honestidad en nuestras publicaciones. Pero el padre Contreras ha presentado, pues, su adhesión inquebrantable al Episcopado, que en ningún momento ha pretendido ser un anti-signo de la línea pastoral que está siguiendo la Arquidiócesis. Y repite, pues, su espíritu de fe salesiana, aprendida en un santo como don Bosco que se caracteriza por su adhesión y su firme lealtad al Magisterio de la Iglesia.

Y todo esto, hermanos, y otras cosas más hermosas que nos llegan por diversas cartas; denuncias de madres, de esposas, incluso de una novia que iba a casarse con su querido novio, precisamente cuando está siendo objeto de esta injusticia: ha desaparecido.

Yo quisiera, no solamente anunciar cosas tristes -pero la realidad se impone-, sino que quisiera anunciar, como lo debe de hacer un profeta, las maravillas de Dios, la bondad de los corazones, lo bueno que nuestro pueblo salvadoreño tiene como por innata condición; entonces, por ejemplo, una carta de Aguilares, la que, recordando con cariño nostálgico las enseñanzas del padre Grande en una comunidad, dice esta frase: «Él supo descubrir la grandeza de los hombres y se compadeció ante sus sufrimientos». ¡Qué bello rasgo de lo que es la Iglesia! Cabalmente hermanos, yo esto es lo que quisiera, porque entre las cartas una de las características más hermosas es: «Estamos orando... en nuestra comunidad... en nuestra familia, rezamos mucho...» Yo creo que nunca se ha rezado tanto, se ha orado tanto. Y yo quisiera en esta homilía de hoy, inculcar y, ojalá, ser comprendido por todos (incluso por aquellos que se han dado a la tarea de odiar, de amenazar, de matar, de calumniar), que entre a su corazón un rayito de esta luz que nos trae la palabra de Dios hoy. Y en [3] aquellos donde se está apagando la fe, la confianza, se iluminen esas conciencias con la gran confianza de la fuerza de la oración; y aquellos que se distinguen por su oración comunidades piadosas, reuniones de grupo, donde la oración espontánea brota del corazón, se animen a vivir esa fuerza.

Nada hay imposible a la oración; y si todo este pueblo cristiano de la Arquidiócesis tomara la actitud de María frente a Cristo, y Cristo nos dijera como dijo a Marta: «No te preocupes de demasiadas cosas; sólo una cosa es necesaria». ¿Cuál es esa cosa necesaria? Es la que ya se vislumbra siglos antes de Cristo, con la que terminan la primera lectura de hoy que nos ha descrito, como transfigurado a Dios en unos hombres que visitan a Abraham; y Abraham objeto dichoso de esta teofanía, está frente a Dios y tiene la oportunidad de dar acogida a Dios y le sirve de los terneros de su cavada; y le da todo lo que puede dar un hombre generoso a un amigo que llega a visitarlo. El Hebrón, allá en

Palestina, tiene un nombre en honor a Abraham; aquel pueblo se llama El Kalil, que quiere decir «el amigo». No se puede dar a un hombre nombre más honroso que ese que se ha dado a Abraham: «el amigo de Dios», el que trataba con Dios como con un amigo, hombre de oración.

¿Por qué no nos proponemos todos, los que estamos haciendo esta reflexión, también, ganar un poquito de ese título: amigos de Dios? Pero cuando termina ese interesante encuentro de Dios con Abraham, como amigos que comen juntos, que comparten juntos, la frase termina diciendo: «...dile a Sara que dentro de un año, cuando retorne, le habrá nacido un hijo». Esta es la esencia de ese mensaje de la primera lectura. Porque ese hijo de Abraham ya anciano, y de Sara estéril y vieja, es el hijo de la promesa. De allí va a nacer un pueblo que tendrá el honor, en la historia, de ser el vehículo de sangre que va a dar a luz al Redentor de los hombres. Jesús es descendiente de Abraham, ¡Qué honor, el Hijo de Dios es descendiente de un anciano y de una estéril!

Este es el gran prodigio, el gran designio de Dios. Nada hay imposible para el Señor, le dice también el ángel a María, hablándole de otra esterilidad que se hace fecunda: Elizabeth, madre de Juan Bautista. Y San Pablo, en la lectura de hoy, nos describe lo único necesario: el misterio de Cristo, misterio escondido en Dios que se ha revelado a los hombres. Y dichoso aquél que llega a comprender que Dios se hizo hombre para salvar a los hombres; y que cada vida humana que se incorpora en esa corriente de redención, y se convierte en Cristo, se diviniza su vida. Porque Dios vino hecho hombre en Cristo, para hacer Dios a toda la humanidad que creyera en él. Esto es lo único necesario.

Por eso, cuando miramos a María extasiada frente a las palabras de Cristo, mientras Marta va y viene por la casa preparándole la comida, y [4] reclama a Jesús: «Mira, mi hermana no me ayuda; dile que vaya a darme una mano». Jesús defiende a María: «Marta, Marta, tú te preocupas de muchas cosas, sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la mejor parte, que no se le va a quitar».

Todo aquel que llega a comprender lo único necesario (María, en las Palabras de Cristo está oyendo el designio de Dios, el amor de Dios), es un alma en oración, es un alma contemplativa. Marta es la figura del alma activa. Así lo han interpretado en todos los siglos, este bello pasaje del evangelio de hoy. Y a la luz de Marta, que va y viene, podemos ver a la Iglesia en sus actividades pluriformes. ¡Qué maravilla es la Iglesia! Porque Jesús, al alabar la actitud de María, no está reprobando la actitud de Marta; lo que le está diciendo es: «Ojalá toda su actividad proceda también de lo único necesario; porque no basta ser contemplativo, estar rezando, es necesario también trabajar; pero que cuando se va al trabajo, se lleve en el corazón la unidad de todo lo que se va a hacer, una perspectiva de fe que ilumine toda tu acción». Y aquí es, hermanos, donde yo quiero recomendar la necesidad de encontrar ese único necesario, la necesidad de orar.

Yo voy visitando en estos días comunidades preciosas de cristianos, y les aseguro que, a la luz de la Biblia y de la reflexión que allí surge, se levantan plegarias tan bellas que de veras la labor que la Iglesia está haciendo en El Salvador, sobre todo a través de las comunidades pequeñas, no tiene nada de subversivo, no tiene nada de político; y si tiene algo de político, es la gran política del Reino de Dios de despertar en los hombres la

conciencia hacia Dios y de Dios hacia todos los hombres. ¡Qué oración! ¡Qué contemplación! Es necesario orar y trabajar. Pero el trabajo tiene que proceder de la oración. No se pueden disociar.

Todos supieron a través de los medios de comunicación que esta semana, el miércoles, hubo un apagón de muchas horas en New York; y cuando el Alcalde reclama a la compañía eléctrica, la compañía le dice: «Es un poder superior, Dios lo hizo». Pero el Alcalde le reclama negligencia. Los dos tienen razón. Es como cuando los que prepararon un viaje a la luna dijeron: «Técnicamente todo está preparado; ahora sólo nos resta orar; orar y poner en juego todas las energías humanas».

No sólo trabajar sin Dios, ni sólo orar sin trabajar. «Ora et labora» era el gran lema de San Benito, el fundador de los benedictinos, que no descansan en su vida, orando y trabajando. Aquellos monasterios, donde los monjes parecen abejas hacendosas. No descansan un momento, pero en su corazón siempre están orando. Como María, contemplan lo único necesario; y como Marta, trabajan: van y vienen.

¡Qué hermosa fuera nuestra ciudad, los campos, los pueblos; donde los hombres profesionales, comerciantes, estudiantes, mujeres de hogar, [5] del mercado, todos tuviéramos en el corazón un gran sentido de oración, y al mismo tiempo una honradez en el trabajo, una diligencia!

Cuando Pablo VI clausuraba el Concilio Vaticano II, hizo un análisis tan precioso, que es uno de los discursos más bellos del pontífice actual -se lo recomiendo como un discurso de humanismo nuevo, cristiano- el Papa hizo ver cómo el Concilio reafirmaba la misión religiosa de la Iglesia, es decir su unión con Dios, y desde esa unión con Dios ensañaba a los hombres de hoy que la oración, la contemplación, es la actividad más noble del hombre que lo hace encontrarse con Dios; y le da unidad a toda la pluriforme variedad del mundo y hace comprender el secreto de la verdad, de la firmeza de la Iglesia; y hace descubrir en el rostro del hombre la verdadera figura de Dios, que hace al hombre respetuoso de los deberes humanos. Y decía: «Humanistas del siglo XX que prescindan de la trascendencia hacia Dios, admíren en este Concilio que, precisamente por partir de Dios, ofrece al mundo un humanismo más completo, más exacto que los humanismos sin Dios». Sí, lo primero que nos da el sentido de orar es descubrir a Dios. Y decía el Papa: «¡Y en qué tiempo este Concilio ha proclamado la existencia de Dios! Cuando el mundo está más afanado en buscar el reino de la tierra que el Reino de los cielos, cuando las técnicas y las ciencias humanas como que le quieren dar derecho al hombre para independizarse de Dios; cuando la filosofía de los hombres llega a tales alturas que lo hacen sentirse casi el objeto y el centro de toda la creación; cuando todo profesional va contra este sentido trascendente, espiritual, es cuando el Concilio en oración ha dicho: existe Dios, es bueno, se cuida de todos nosotros, es personal, podemos entablar con él un diálogo». Esto descubre la oración, queridos hermanos; un encuentro personal con Dios.

El ejemplo de Abraham hablando con Dios como un hombre habla con otro hombre, el ejemplo de María con su rostro clavado en las palabras de Cristo, es el ejemplo de las almas que necesita hoy el mundo. Muchos han cerrado su comunicación con Dios. Muchos no creen. El ateísmo es un fenómeno muy cundido entre nosotros, por lo menos un ateísmo

práctico. No existe Dios si son almas que no oran. Pero, ¿cómo puede vivir un hombre sin la creencia en un Dios, si lo que le da fuerza al hombre es ese encuentro con el Poderoso? Mi origen y mi destino, mi razón de ser, la luz de mi inteligencia, el amor de mi corazón, la fuerza de mi vida, la perseverancia en mis propósitos; sólo Dios me los puede dar. Toda moral, toda liberación, todo sentido de humanismo que no tenga en cuenta esta contemplación, esta oración con Dios, es falsa. Si no lo es, hipócrita.

Queridos hermanos, ojalá que mis pobres palabras despertaran en el hombre que no reza, siquiera un ensayo de ponerse en contacto, porque a Dios le basta ver en su creatura el primer impulso de quererle acercarse, [6] y él se inclina para dialogar con el hombre. Diríamos que Dios tiene más ganas de hablar con nosotros que nosotros de hablar con él, y que basta un pequeño impulso de orar.

Retírense como Abraham, bajo la sombra del mambré. Allá bajo un roble, bajo un amate; allá a las orillas de un río, frente a nuestros bellos paisajes. ¿Por qué no detenerse un momentito y levantarse de esas bellezas al Creador? Que no se pase esta semana sin hacer ensayos profundos de esta búsqueda de Dios; y les aseguro que el otro domingo que volvamos a misa vendremos más empapados de esta visión, con más fervor en el alma para encontrarnos en la misa con este Dios que buscamos por todas partes y que en todas partes podemos encontrar.

Además del encuentro con Dios, la oración me da la unidad y la razón de ser: la explicación de mi Iglesia. Es una hora de Iglesia la que estamos viviendo. No hay labio salvadoreño que no haya pronunciado mil veces la palabra «la Iglesia»; pero muchos no la conocen. Para unos, es la peste más grande, y hay que acabar con ella; y la persiguen y la calumnian y la difaman; y muchos se llaman hijos de la Iglesia, asociaciones católicas. ¿Qué sentido de Iglesia tienen los perseguidores? Pero lo más lastimoso es que gente que vive dentro de la Iglesia no ha comprendido; porque el Concilio lo dice, y el Concilio se reunió varios años en reflexión, como si la Iglesia estuviera tomando conciencia de sí misma. Se parece a ese momento en que el joven o la joven, llegando a la adolescencia, va descubriendo en su cuerpo y en su espíritu los misterios más profundos de su propio ser, de su propia vida. Es como cuando el hombre reflexiona en sí mismo, y descubre la maravilla de su conciencia, de su libertad, de su inteligencia. Eso fue el Concilio, un reflexionar desde la luz de Dios, en el propio ser de lo que es la Iglesia fundada por Cristo. Y entonces se encuentra que en su oración es precisamente donde la Iglesia se conecta con ese Dios, que le da las corrientes de la vida, que le da su juventud perenne, que le da la verdad de su palabra, que le da la serenidad de su sufrimiento, que la hace enfrentarse impávida, como quien lleva a Dios frente a todas las tribulaciones. No es una sociedad humana; algo divino hay en este organismo humano que lo llena todo y lo trasciende todo, y se hace sentir sacramento de Dios en el mundo, ofreciendo fuerzas de salvación, ofreciéndose al hombre de hoy, con todas las energías del resucitado, para darles vida a los hombres que mueren, que envejecen, que enferman, para encontrar la esperanza. Por eso, cuando comenzaba esta situación de la Iglesia en El Salvador y yo tenía la dicha de dirigir mis primeras palabras a esta querida Arquidiócesis, yo les decía -y ustedes lo comprendieron- que lo que el hombre anda buscando en el mundo, aquí lo tiene la Iglesia para ofrecérselos; y lo que más me ha llenado de satisfacciones profundas en este Episcopado, tan lleno de circunstancias interesantes, es que muchos hombres se me han acercado. Lo han dicho por allí, que han

encontrado en la Iglesia lo que no habían encontrado; [7] que han sentido la Iglesia como fuerza de Dios. ¡Cómo me llena, cuando se acerca alguien para decirme: «Yo me había alejado de la Iglesia, pero ahora cuente conmigo; ¡yo quiero ser un verdadero católico!».

Van descubriendo en esta Iglesia lo que la Iglesia lleva en sus entrañas: la fuerza de Dios. Y en la medida en que un hijo de la Iglesia ora, él también se hace instrumento de Dios. En su exhortación sobre la evangelización del mundo actual, el Papa Paulo VI llega a decir: ¿qué es la evangelización? Es un hombre o grupo de hombres que se encuentran con el mensaje de Cristo y se sientan a reflexionarlo, y lo asimilan y sienten que es alegría, que es vida, que es satisfacción. Y no les cabe dentro de sí, sino que van a expandirlo. Se evangelizan para luego evangelizar. Se recibe la vida para dar vida. Cada católico que sepa orar, será eso: una fuente, como las fuentes que se llenan de agua y que rebalsan para regar y fecundar un campo. Cada cristiano que ora, cada hijo de la Iglesia que se pone en contacto con esta fuerza de oración, cada católico que quiere ser como María, ávida de recibir las palabras de Jesús, se llama de espiritualidad, y rebalsa y riega, y hace santa a su familia y convierte pecadores, y acerca almas a Dios, y por donde quiera va llevando el testimonio que sólo Dios puede dar.

El ejemplo es maravilloso de muchos santos que vivieron esta plenitud de Dios; y nadie como ellos han construido la historia. Los verdaderos protagonistas de la historia son los que están más unidos con Dios; porque desde Dios auscultan mejor los signos de los tiempos, los caminos de la Providencia, la construcción de la historia. ¡Ah! Si tuviéramos hombres de oración entre los hombres que manejan los destinos de la Patria, los destinos de la economía. Si entre los hombres, más que apoyarse en sus técnicas humanas, se apoyaran en Dios y en sus técnicas, tuviéramos un mundo como el que sueña la Iglesia: un mundo sin injusticias, un mundo de respeto a los derechos, un mundo de participación generosa de todos, un mundo sin represiones, un mundo sin torturas. Y me perdonan que siempre mencione las torturas, porque hay una pesadez en mi pobre espíritu cuando pienso en los hombres que sufren azotes, patadas, golpes de otro hombre. Si tuvieran un poquito de Dios en su corazón, verían en ese hermano, un hermano, una imagen de Dios; y lo digo porque las situaciones siguen; siguen las capturas, las desapariciones. Ojalá hermanos, que un poquito de contacto con Dios, desde esas mazmorras que parecen infiernos, bajara un poquito de luz e hicieran comprender lo que Dios quiere de los hombres. Dios no quiere esas cosas. Dios reprueba la maldad. Dios quiere el bien, el amor.

Sólo haciendo oración se puede descubrir lo que Dios quiere; y esta es la tercera consideración con que quiero terminar: sólo desde la oración, desde la contemplación a Dios, podemos descubrir la verdadera grandeza del hombre. Ese pensamiento que les leía de la carta de Aguilares: el padre Grande nos enseñó a «descubrir la grandeza de los hombres [8] y se compadeció ante sus sufrimientos...» No se desentendió del hombre; al contrario, lo criticaron al Concilio, porque dijeron: «Se ha volcado mucho al hombre de hoy, a la Sociedad de hoy; casi ha sido infiel al evangelio». De ninguna manera ha sido infiel al evangelio, dijo el Papa; precisamente, arrancando del evangelio el mandato de Cristo, amar a los hermanos, ha hecho de este Concilio, el Concilio de la caridad, el Concilio que se acerca al hombre de hoy con su problemática tan difícil de comprender: hombre por una parte grande, que se eleva sobre sus inventos, sobre sus grandezas; pero por otra parte deprimido de sus propias desgracias, un hombre amargado de la vida, un

hombre sin ilusiones. Y ¿qué sucede -dice el Papa- cuando el Concilio se encuentra con este hombre? No le da diagnósticos de muerte, no lo castiga con anatemas. Ha sido una característica de este Concilio que quiere ser el espíritu de la Iglesia de hoy. Una simpatía grande se vuelca sobre el hombre; porque descubre en el hombre a un agobiado de sus incredulidades, de sus pecados, de sus crímenes, la imagen de Dios que hay que embellecer, que hay que retornar a su primitiva grandeza. Y esto es la Iglesia actual, queridos hermanos, es la Iglesia de la simpatía, la Iglesia del diálogo, la Iglesia que se acerca al hombre en su grandeza o en su miseria. La que descubre la dignidad y le enseña al hombre que debe de respetarla en sí y en los demás. La que le dice que hay que salir de condiciones infrahumanas a condiciones más humanas, hasta las condiciones divinas de la fe, de la oración, del contacto con el Dios que ha creado a los hombres para dialogar con ellos y hacer con ellos su familia por toda la eternidad.

Esta vocación preciosa del hombre es la que la Iglesia no puede olvidar. Y cuando le dicen a la Iglesia -ciertas personas tradicionalistas o ciertos intereses egoístas que no quisieran tocar este punto- que se ha olvidado de su misión religiosa y solamente está tratando asuntos políticos y sociales, es porque olvidan que en la política y en los elementos económicos y sociales, es donde el hombre se desarrolla. Pero a la Iglesia no le interesan los intereses políticos o económicos, sino en cuanto tienen relación con el hombre para hacerlo más hombre y para no hacerlo idólatra del dinero, idólatra del poder; o desde el poder, hacerlos opresores; o desde el dinero, hacer marginados. Lo que interesa a la Iglesia es que estos bienes que Dios ha puesto en las manos de los hombres -la política, la materia, el dinero-, los bienes sirven para que el hombre realice su vocación de hijo de Dios, de imagen del Señor. Y todo esto solamente lo aprende la Iglesia cuando, apartándose de tantos peligros de los ídolos de la tierra, se pone como María frente al único Señor, el único necesario, de donde deriva la única razón y la esperanza, la fe, la grandeza que los hombres pueden tener.

Por eso, hermanos, el mensaje de la palabra de hoy es vital. Yo quisiera que de aquí saliéramos llevándonos la imagen de esas dos mujeres [9] que caracterizan a la Iglesia: Marta y María. No dejemos de trabajar. Intensifiquemos nuestro ir y venir como Marta; pero cuidado si nos olvidamos de lo único necesario que ha comprendido María. Que en el corazón haya una fuerza que une toda nuestra actividad y que descubre la razón de ser de todo lo que hacemos: Dios, Cristo, la dignidad humana. No trabajemos nunca perdiendo de vista a Dios. Como el Concilio, inclinémonos al hombre, a la tierra; pero con el corazón lleno de esperanza, de fe y de amor, muy unido con Dios. Este es el equilibrio de la verdadera santidad moderna: ser como Marta muy comprometidos, muy activos con la actividad de la tierra. El compromiso de las cosas temporales que Dios ha puesto en nuestras manos, manejeámoslo bien. Trabajemos, desvivámonos por los demás; pero nunca lo hagamos únicamente por una filantropía, es decir, sólo por el hombre, sólo por la tierra. Hagámoslo por una verdadera caridad que se inspira en Dios y que como María aprende en el lenguaje, en la meditación del evangelio: continuamente almas de oración, almas de lectura bíblica, almas de reflexión en común para elevarse a Dios; y desde Dios bajar para trabajar en el mundo. Estos son los verdaderos equilibrios evangélicos que, gracias a Dios, están viviendo muchos hoy en nuestros días, y que espero que sea para todos la pauta de la vida moderna. [10]

Misterio de Salvación en Cristo
9.º Domingo del Tiempo Ordinario
Domingo 4 de junio de 1978

Deuteronomio: 18, 26-28

Romanos: 3, 21-25b
Mateo: 7, 21-27

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

Hoy celebra la Iglesia el 9.º Domingo del Tiempo Ordinario. Ya les explicaba cómo después de la temporada de Adviento y Navidad, comienza el tiempo ordinario, que luego se interrumpe al comenzar la Pascua, la Celebración de la Cuaresma como preparación de la Pascua, y toda la larga celebración de 50 días, número de plenitud, que se corona con la Venida del Espíritu Santo; Pentecostés. Después de Pentecostés otra vez se reanudan los domingos del tiempo ordinario que quedaron interrumpidos antes de Cuaresma. Como la interrupción se hizo este año en el domingo 6.º, de allí que después de Pentecostés, continuamos con el domingo 7.º, 8.º y el 9.º. Pero el 7.º lo ocupó la fiesta de la Santísima Trinidad de la cuál hablamos cuando proponíamos la hermosa revelación que la Biblia nos hace de Dios y de su vida íntima trinitaria. Y el domingo pasado, que fue, el corpus, también nos ocupó el lugar del domingo 8.º. Ahora, pues, sin interrupciones por otras fiestas, caemos en el domingo 9.º, que se continuará hasta los 34 domingos que terminan con Cristo [11] Rey, para comenzar luego el otro año litúrgico en el primer Domingo de Adviento. La temporada de Navidad, nos presenta el misterio de la Encarnación de Cristo; la temporada de Cuaresma y Pascua, el gran Misterio Pascual: la muerte y la Resurrección del Señor.

Aparte de estos dos grandes temas, que son básicos, como las columnas de nuestro gran arco Cristiano: la Encarnación y la Redención, los domingos del tiempo ordinario, no tienen propiamente una celebración específica, pero sí celebramos, como dice el Concilio, hermosamente, que la Iglesia, siguiendo una tradición que se remonta hasta los primeros cristianos, se reúne cada ocho días, en el día que llama DEL SEÑOR. Eso quiere decir domingo: DOMINICA, DOMINI, es palabra latina que significa EL SEÑOR, el día del Señor y recuerda este deber.

En este día -son palabras del Concilio- los fieles deben reunirse, a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús, y den gracias a Dios, que los hizo renacer a la vida esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. A esto venimos todos los domingos a Misa. Ojalá, este sentido de nuestra Misa Dominical vaya despertando cada vez más en el pueblo, que lo ha perdido mucho. Tienen el sentido de que la Misa del domingo es una beatería, es una cosa que se puede dejar fácilmente. Es poco sentido de solidaridad cristiana, es signo de poca fe. Pero cuando una persona cristiana viene con alegría el domingo a esto, a escuchar la Palabra de Dios; porque cualquiera que sea el sacerdote que la proclame, es Dios el que por medio de él habla a su pueblo. Y venimos también a

participar de la Eucaristía. No venimos sólo a oír un sermón, sino que venimos principalmente a sumergirnos en ese mar de nuestra redención que es Cristo en su divino memorial de la muerte y de la resurrección: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección». Y esto nos hace dar gracias a Dios, porque nos ha hecho renacer a la viva esperanza. Somos un pueblo que debe llevar, pues, una esperanza muy profunda, a pesar de todas las dificultades y fracasos de la tierra. Nuestra esperanza no se apoya en la tierra. Nos ha hecho renacer a la viva esperanza por la Resurrección. Por esa vida que no tiene ocaso, que siempre es alegría, iluminación, esperanza. Cada domingo tiene que ser, pues, como un sol de nuestra vida, con su Misa, que viene a recordarnos glorias tan grandes.

En las lecturas de hoy podríamos encontrar el título de una homilía bellísima, llamándolo precisamente lo que nos dice el Concilio:

«MISTERIO DE SALVACIÓN EN CRISTO»

Pero antes de proponerles mi pensamiento concreto sobre este título, yo les invito, queridos hermanos, a que no meditemos una palabra [12] desencarnada de la realidad. Que es muy fácil predicar un Evangelio, que lo mismo puede ser aquí en El Salvador, que allá en Guatemala, en África. Es el mismo Evangelio, naturalmente, como es el mismo sol que ilumina a todo el mundo. Pero así como el sol se diversifica en flores, en frutas, según las necesidades de la naturaleza que lo recibe, también la Palabra de Dios tiene que encarnarse en realidades, y esto es lo difícil de la predicación de la Iglesia. Predicar un Evangelio, sin comprometerse con la realidad, no trae problemas, y es muy fácil cumplir así la misión del predicador. Pero iluminar con esa luz universal del Evangelio nuestras propias miserias salvadoreñas, y también nuestras propias alegrías, y éxitos salvadoreños, esto es lo más bello de la Palabra de Dios, porque así sabemos que Cristo nos está hablando a nosotros, comunidad de nuestra Arquidiócesis reunida en esta meditación de su Divina Palabra. ¿Quién va a olvidar este domingo la pena que aflige a tres familias, cuando sus tres secuestrados se mantienen en un silencio tan hermético?... Es hermoso el gesto de las Madres de los desaparecidos, que al ver que se pone como condición de liberar a un secuestrado, la libertad de los desaparecidos, manifiestan que no quieren que su dolor tenga como compensación otro dolor: quieren que se devuelva a sus familiares para que retorne a su casa el Señor Matsumoto, así como ellas anhelan que regresen a sus casas también los rehenes que ellos piden.

Quién va a olvidar, en esta situación de la Palabra de Dios, esta mañana, el dolor de tantas familias campesinas allá en Guatemala, en una masacre que todos han conocido por los periódicos. Tenemos que unirnos en oración, en el repudio a la violencia y en el dolor de los que sufren. Y también reclamar sobre las causas de esas matanzas que siempre son causas de injusticia.

Se han publicado en esta semana las recomendaciones del Seminario sobre Reforma Educativa. Espero que todos las hayan leído con interés. Yo sólo quiero subrayar algunas

porque coinciden con esta voz del Evangelio, y anhelo, para que sean realidad en nuestros colegios, en nuestra universidad, y en nuestra escuela.

Cuando dicen, por ejemplo, que la Reforma Educativa tome en consideración sus posibilidades y limitaciones en un diagnóstico de la realidad nacional, en cuanto a su factor de cambio social en el campo ideológico y técnico, convirtiendo a profesores y alumnos en agentes críticos y no en sujetos pasivos en el proceso educativo; pero que ello no es posible si no concurren otras reformas estructurales, particularmente una reforma agraria, que modifiquen una estructura económica y social injusta.

También en esas recomendaciones se lee sobre el analfabetismo, dando, si es posible, un plazo de cinco años, para tomar un trabajo intenso y que desaparezca esa lacra de nuestra Sociedad. [13]

También se recomienda que la educación, la reforma educativa, deseche en su fundamentación filosófica, una concepción ingenua de la sociedad que deja al educando abandonado a la arbitraria manipulación de las llamadas fuerzas libres de la Sociedad, en la que sectores nacionales y extranjeros minoritarios, dominan e imponen sus intereses.

Una educación pues, debe ser siempre promover sujetos en el cambio hacia un bien común. También, es alegre ver en las recomendaciones de una acción, del mismo Gobierno, el Ministerio de Educación, cuando dice: «En consecuencia -hablando de los Derechos Humanos que deben inculcarse en la Educación- en consecuencia, deben abolirse todas aquellas disposiciones y prácticas que vuelven lugatorios dichos conceptos y postulados, y especialmente, derogarse la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público, por lesionar gravemente estas libertades y derechos, atentando contra los valores y fines de un proceso educativo democrático. No es pues, sólo, la Iglesia la que llama el alerta, sino que el mismo Gobierno ve en sus Ministerios la necesidad de unas leyes que verdaderamente sean promotoras de una auténtica democracia, y no al revés.

Me gusta mucho leer en este mes del Maestro, y lo hago mío este pensamiento de las Recomendaciones, para felicitar por anticipado a los Maestros en su mes. Hay que incentivar al maestro, no sólo con mejores salarios, sino con más adecuadas prestaciones sociales, de amplios seguros, para ellos y para sus cónyuges e hijos... La dignidad del Maestro no debe ser bella palabra, sino realidad reflejada en su Status Social. Y por no cansarles quiero solamente que se fijen mucho en esta Recomendación. El Seminario recomendó hacer un llamado a los dirigentes de sectas religiosas, como factor importante en el Sistema Educativo, a que colaboren para formar un hombre salvadoreño, no conformista, trabajador, realista, responsable y creativo, de los procesos sociales y económicos.

Lamentamos que un pseudo cristianismo al que se le da todo el amparo, se le dan todas las facilidades, está haciendo cabalmente esto de lo que protesta el Ministerio de Educación. Y me alegra de que en el mismo sector de nuestros hermanos protestantes, hay muchos que viven y palpitan esta inquietud de la Iglesia Católica, de predicar un Evangelio que no adormece, que no es opio del pueblo, sino que al contrario, quiere despertar la conciencia crítica de que ha hablado aquí el Seminario de Educación. Este es gloria, pues,

de nuestra Iglesia, estar precisamente en el cumplimiento y estar sufriendo precisamente porque quiere llevar adelante esta consigna de pura filosofía educativa del pueblo. También no podemos olvidar que en esta semana se ha inaugurado la nueva Asamblea Legislativa para el período 78-80, y que ojalá nuestros Padres de la Patria sepan ver a la Patria representada en ellos con todas sus angustias, y busquen de verdad el bien común. Nos alegró que una de las primeras acciones que se le han pedido, es la derogación de la Ley de Defensa y [14] Garantía del Orden Público, es una buena oportunidad para ganarse la confianza de la ciudadanía que representan.

Ya empezó la temporada de siembras. Los campesinos están alegres, los que pueden sembrar; pero al lado de los que tienen tierras y pueden sembrar, no olvidemos que muchos están todavía con los brazos cruzados. No tienen con qué trabajar. Ha sido muy cruel el año, y esta circunstancia es para recordar que se siguen sufriendo las consecuencias de la represión en San Pedro Perulapán y en Cinquera. Soy testigo del hambre, de la enfermedad, del desnutrimiento de niños, de gentes, que ha tenido que dormir a la intemperie y está sufriendo las consecuencias de esa situación. La guerra psicológica es una realidad que tiene a muchos casi enfermos. Yo quiero llamar a la caridad que se ha estado desplegando. Que se siga desarrollando, ayudándonos a socorrer estas necesidades. No es demagogia, sino que es una necesidad urgente. Ayudemos a nuestros hermanos.

También como nota de alegría, no olvidemos los fanáticos, que están felices con la inauguración del campeonato mundial de fútbol en esta semana. Así como también nos alegra la preocupación de ANDA por proveer de agua a nuestra gente: al dolor no solamente en las colonias de San Salvador, sino también en las zonas campesinas, ver cuánto tiempo y energías pierden nuestros campesinos, y aun en poblados pequeños, yendo a buscar en barriles o en cántaros el precioso líquido. Auguramos que ANDA, pues, resuelva estos grandes problemas.

Y por parte de esta comunidad que somos nosotros, la Iglesia que está precisamente sumergida en esta realidad, veamos también como signos de nuestro esfuerzo por ser luz del mundo y salvar en Cristo la humanidad, la reunión de la Legión de María, el domingo pasado fue precioso, ver aquel ejército de María dispuesto a trabajar bajo las banderas de la Virgen, por la salvación integral de nuestro ambiente.

En San Antonio Abad, se tuvo una reunión con el motivo de aclarar una vez más la relación que existe entre Iglesia y organizaciones populares. Y repetir una vez más que la Iglesia no debe ser manipulada por motivos políticos. Estoy preparando para un tiempo más oportuno, mejor dicho, para una ocasión que ya está próxima, una declaración, una Pastoral, en la que resumo este pensamiento, diciendo que quede bien claro que la Iglesia sí defiende el derecho a que el pueblo y los campesinos se organicen, pues es este uno de los modos como puede hacerse reinar la justicia en el mundo, y es un derecho inalienable: el derecho de organizarse. Que los cristianos tiene también ese derecho, y tiene además la obligación de buscar mecanismos eficaces al nivel social y político, para que nuestro país se vaya configurando según el ideal de la justicia. Son ya opciones y medios, instrumentos que ellos tienen que buscar, que la [15] Iglesia siempre dará acogida a cualquier causa noble, que provenga de ese deseo de más justicia, y estará siempre al lado de los hombres del campo, que hoy son los más necesitados.

Por otra parte la Iglesia respeta la autonomía de los partidos y de las organizaciones como tales, así como ella también pide a las organizaciones, aun aquellas que se dicen de inspiración cristiana, exige que su imputación se muestre explícitamente, y que habitualmente giren de ella los servicios cristianos. Que no se utilice la Iglesia como si fuera un instrumento de sus finalidades. Es decir, la Iglesia reclama, pues, su autonomía, y quiere proclamar una vez más que no tiene relaciones de opciones concretas con ninguna organización. Y que ninguna organización puede invocar ni siquiera el nombre cristiano, para decirle a los cristianos que tienen que organizarse en ese sector. Porque se puede hacer la justicia como cristiano en una forma muy libre. Nadie está obligado a pertenecer a nada, si no es que su misma libertad lo lleva. Y aun allí el cristiano tiene que hacer prevalecer su ideal cristiano, porque si un cristiano, metido en una organización, quiere someter su cristianismo, su Iglesia, a los ideales terrenales de una organización, está traicionando su fe.

Quería mencionar también en este momento de alegría, de familia, dos hermosas cartas de solidaridad que me han llegado en esta semana: una del cardenal Silva, arzobispo de Santiago de Chile, y otra del cardenal Hume, arzobispo de Londres, en Inglaterra. Yo les agradezco a estos hermanos que su palabra tan válida viene a darnos aliento en esta voz que quiere ser plenamente voz del Evangelio, aunque otros la quieran confundir con otras ideologías. Y por eso exijo que se tenga bien nítida y clara la voz de la Iglesia, y no se la manipule ni se la quiera instrumentalizar con otras finalidades.

Me alegra también de la devoción a la Virgen de nuestra comunidad. En esta semana se clausuró el mes de mayo. En el Seminario hubo una fiesta muy bonita, y aquí en Catedral también, a pesar de la lluvia, muchas comunidades vinieron a honrar a nuestra Señora. Y también de alegrarme profundamente de la devoción profunda de esta capital al Sagrado Corazón de Jesús. Lo manifestó el viernes, Fiesta de Sagrado Corazón, cuando vimos una cosa inusitada: la inmensa Basílica del Sagrado Corazón completamente repleta de fieles, en una actitud de amor y devoción al Sacratísimo Corazón. Y ayer, los directores de Colegios Católicos se han reunido, precisamente para cuestionarse estos aspectos que he leído en la Reforma Educativa. Si de veras los Colegios Católicos están siendo instrumentos de evangelización de la Iglesia, lo cual quiere decir que salgan de allí hombres y mujeres que sean verdaderamente críticos, y no simples instrumentos de un sistema que quiere mantener sus situaciones. [16]

Finalmente, hermanos, les quiero pedir mucha oración, por la reunión de Puebla, que se va preparando cada día con más intensidad. En octubre, los obispos de Latinoamérica van a Puebla para estudiar la problemática de América Latina, que tiene que ser evangelizada, con una voz auténticamente de Iglesia. Nos interesa a todos pues, que esta voz se mantenga siempre nítida, y que sea siempre una voz de esperanza. Así escribió San Pablo a los romanos, pueblo pagano, y escribía desde pueblos paganos, desde el Oriente, antes de dirigirse a Roma, y les dice que sólo lo detiene un deber que tiene que ir a cumplir. Va a ir a Jerusalén, a llevar las limosnas recogidas en los pueblos paganos, como un símbolo de comunión con la Iglesia madre de Jerusalén. Él, llamado por Cristo, de ser un perseguidor, para ser el apóstol de los gentiles, es decir, el apóstol de los que no son judíos, comienza a predicar con una carta que prepara su viaje a Roma, la preciosa carta a los romanos que se

ha leído hoy, donde les dice que hay dos categorías humanas: la de los judíos y la de los gentiles; los judíos tienen la ley, dada por Moisés, y los gentiles tienen su razón natural.

Por la Ley de Moisés y por la razón natural, judíos y gentiles pueden conocer a Dios. Pero la triste realidad histórica es que ni la ley de los judíos, ni la razón natural de los gentiles, ha logrado una moralidad en la humanidad.

Y entonces mi homilía quiere fijarse primero en el pueblo judío, es la primera lectura tomada del Deuteronomio. Es un momento solemne en que Moisés (fíjense que el Deuteronomio es como una homilía grande, es una homilía en que Moisés, recordando la legislación de Dios, le recuerda al pueblo como en un presente, así como estamos aquí, como si aquí estuviera hablando Dios, y pidiéndonos a nosotros) les dice a los israelitas: «Frente a Uds. dos caminos; pero uno termina en la maldición, el otro en la bendición, el uno en la obediencia a la Ley de Dios, el otro en la infidelidad a los mandamientos del Señor. Viene a la memoria otro gesto del mismo libro del Deuteronomio, en el Cap. 18. Uds. lean cuando Moisés divide en dos sectores al pueblo peregrino: uno en la falda del monte Garizim y otro en la falla del monte Herbart. En dos partes se dividen los representantes de las tribus. Y en el centro, el grueso del pueblo va a responder «AMÉN», mientras los de un lado recuerdan las maldiciones: «Maldito el hombre que desprecia a Dios y adora ídolos». Y todo el pueblo en un gran rumor decía: AMEN. «Maldito el hombre que roba. Amén. Maldito...» Y así continuaba la Ley de Dios maldiciendo a aquellos que no creyeran, que no obedecieran a esa ley. Mientras al otro lado se oía después como una bendición del Señor: «Bendito los que adoren a Dios; benditos los que respeten los derechos del prójimo»... etc. Se parece al momento en que Cristo en la montaña de las Bienaventuranzas, dijo esos secretos de la fidelidad del hombre, que no los queremos comprender. Lo interesante es que estos dos caminos que van a terminar a la [17] maldición o a la bendición, no son simplemente fantasías. La palabra «Bendición» y «Maldición» en la Biblia, representan una sanción definitiva. Cuando Dios dice «Maldito», no es como cuando una madre enojada le dice a su hijo «Maldito», que se puede perdonar. Y el hijo arrepentido cuántas veces va a llorar y le pide perdón a la mamá «no me maldigas, madre». En el ministerio sacerdotal, es una de las cosas más penosas cuando un hijo viene a preguntar: «¿Estaré maldito porque mi madre me dijo maldito?» «No, le dice uno, sí te puede perdonar. Fue un momento de enojo; la mamá siempre ama.» Pero cuando se trata del Dios que dice «Maldición al que no obedezca a mi ley», se trata de una sanción definitiva: «Id, malditos, al fuego eterno». Quiere decir que hay que tomar en serio la obediencia a la Ley de Dios, así como también la bendición no es simplemente un augurio, «Que Dios te bendiga», sino que es una sanción definitiva, es un hecho, el que Dios dice «Bendito» y le está dando el reino, le está haciendo participante de su misma vida.

Hermanos, en dos imágenes distintas, Cristo nos hace la misma proposición en el Evangelio de hoy: la casa construida sobre arena y la casa construida sobre roca. El que construye su casa ahondando los cimientos, aunque venga la tempestad no la bota, está bien fincada en la roca. Pero el insensato que se pone a construir sobre la arena, cuando viene el agua, lava la arena y destruye toda la casa. Y Cristo lo aplica ya. Y es lo que nosotros nos interesa: APLICAR. Todo el que oye la Palabra de Dios y la pone en práctica, construye sobre roca. Pero el que oye la Palabra de Dios sólo por curiosidad, por literatura, por interés, y peor todavía si es por pesquisar a ver qué dice el Obispo, a ver si lo cogemos en

algo, estos construyen sobre arena. Y cuando llegue la hora tremenda del juicio de Dios, ese sí juzgará, el que me va a juzgar a mí también de lo que estoy diciendo, y a él si le tengo miedo. Y trato de temerle, para decir sólo lo que él quiere que diga, aunque los hombres no quieren que diga lo que estoy diciendo.

Construir sobre roca es temer más a Dios y obrar según su voluntad. ¡Qué tremenda es la libertad del hombre! «Frente a Uds. están los dos caminos», les dice Moisés. Y Cristo dice: «Pueden construir su casa de dos maneras». Si hay alguien que respeta la libertad, es Dios. Dios nos hizo auténticamente libres, y nos deja libres, uno va hacia la Ley y el otro va hacia la maldición, tú eres libre de escoger.

La libertad, queridos hermanos, no consiste en hacer lo que nos da la gana; la libertad consiste en caminar por donde Dios quiere, libremente. La alegría de Dios esta mañana en su Catedral, es que ninguno de Uds. ha sido traído amarrado: todos han venido con libertad. Para eso es la libertad. Para venir con amor, con libertad, no por la fuerza.

Las multitudes que se hacen a la fuerza, no son voluntarios: nadie viola tanto la libertad del hombre, como el fanático de las cosas de la [18] tierra. Pero Dios sí nos deja auténticamente libres, porque quiere tener la alegría del papá, a quien el hijo lo va a saludar sin que lo obligue. A darle un abrazo, a regalarle algo, con la ternura de la libertad y del amor.

¿Y cómo puede ser, pues, que la libertad del hombre se vea coartada por la Ley de Dios? San Pablo entra ya con su precioso mensaje de la Epístola a los Romanos, para decirle a los mismos judíos: «No basta la Ley». La Ley te señala lo bueno y lo malo, pero tú sientes que, aunque sabes que has de hacer el bien, haces el mal. Esto creo que todos lo hemos experimentado: sentimos que no hay que hacer el mal, pero lo hacemos. Porque una pasión, un gusto, un capricho, nos lleva a desobedecer a Dios. Y sabemos cuánto cuesta hacer la Ley de Dios, cuántas violencias hay que hacerse a sí mismo para cumplir la voluntad del Señor. No basta, pues, la Ley, no basta la razón tampoco. Porque en el mismo libro del Deuteronomio, y en el libro de la Epístola a los Romanos, hay catálogos sombríos de lo que los hombres hacen.

Cuando lean Uds. en ese capítulo XVIII del Deuteronomio, verán qué cosas más sucias se maldicen así, explícitamente, porque los hombres son capaces de cosas muy sucias, a pesar de conocer una ley. Y lean en la Epístola a los Romanos el largo catálogo de San Pablo, narrando los descarríos, las locuras que los hombres hacemos. Da asco mencionar esa página de la Epístola a los Romanos. Hasta dónde han llegado en sus aberraciones. Hasta la gente más inteligente, porque no basta conocer y tener una ley.

Así también Jesucristo en el Evangelio de hoy... Y, resumiendo las 3 lecturas, podíamos decir que no basta predicar. Yo puedo decir ahora con San Pablo: «Pueda ser que predicándoles a Uds., me haga yo un réprobo». Que no basta con los carismas que Dios le da a uno para la utilidad del pueblo. Por eso dice Cristo: «No es el que dice: Señor, Señor, el que entrará en el Reino de los cielos». Y más tremendo todavía, cuando en el día del Juicio le digan los dirigentes cristianos, que no lanzamos demonios en su nombre, que no predicamos en su Nombre, y Cristo, tremendamente dirá: «No os conozco, malvados».

También a nosotros los predicadores, también a nosotros los obispos y los sacerdotes, también a los dirigentes cristianos. Teman... porque esa palabra puede ser para Uds., para mí. Esto vengo a decirles en este resumen: hay obras sin fe y sin amor. Así como hay fe sin obras, hay obras sin fe. Mucho activismo, mucho ir y venir. Pero no se hace por amor, ni hay fe. Y dice San Pablo: «Si yo doy mis bienes a los demás, si yo hablo las lenguas de los ángeles y de los hombres, si yo hago maravillas para que todo el mundo me aplauda, pero no tengo amor, nada soy». «La obra sin amor, las obras sin fe, son muertas. Así como al revés, la fe sin obra es muerta», dice Santiago.

Santiago ya en su tiempo (primera hora del cristianismo), ya veía esas exageraciones que Lutero en el Siglo XVI propuso también: que la Fe [19] basta. El mal de Lutero fue que puso una palabrita en la traducción: la fe sola basta. Porque la fe sola sin obras es la que salva. Y eso es muy peligroso -la Epístola a los Romanos ha dado muchos problemas en Teología precisamente por este punto que estamos reflexionando hoy. Cuando Pablo dice que la fe es la que salva sin las obras, se refiere a las obras de la Ley antigua: que ya no es necesario circuncidarse; que ya no es necesario guardar el sábado, sino el domingo; que no hay que vivir ya como entre los judíos del Antiguo Testamento, ya estamos en la hora cristiana. A esas obras se refiere el Apóstol cuando dice: «La fe salva, no las obras de la Ley». Pero en cambio dice Cristo: «No es el que dice «Señor, Señor», el que entre en el reino de los cielos, sino el que realiza obras según la voluntad de mi padre». Y decía Santiago refutando aquellos cristianos ya de su tiempo: «Muéstrame tu fe sin obras, pero yo te mostraré por mis obras mi fe».

Este equilibrio es el necesario, queridos hermanos, ni sólo fe, diciendo a Dios: Señor, Señor; si Dios no necesita que le digamos «Señor», él es Señor siempre. Y Santiago dice una frase terrible: «También los demonios en el infierno conocen a Dios y le temen, y no se pueden salvar. No basta la fe. La fe sin obras es muerta.

Por eso me alegra ese desiderátum del Seminario de Reforma Educativa, pidiendo a las sectas cristianas que no prediquen un cristianismo alienante, que no prediquen una religión sin compromiso con la historia. Y por eso me alegro de que nosotros, predicando este compromiso histórico que estamos reclamando desde el Evangelio, salvadoreños de esta hora: no se salvarán si no trabajan intensamente por hacer un mundo mejor, comenzando por su propio hogar, por la propia irradiación de sus funciones profesionales, aunque sean las más humildes: hacer pan, trabajar de sol a sol con el machete, pero hacerlo con amor, mostrar en obras de honradez y de fe que de veras amamos y tememos a Dios, quien nos puede dar este equilibrio. Y este es mi tercero y último pensamiento, hermanos: la fuerza del Evangelio.

Cuando San Pablo se dirige a los romanos, esta es su gran tesis: «Voy a ir a ustedes a predicarles la fuerza del Evangelio. No basta la razón natural ni de ustedes, los grandes romanos que han conquistado el mundo, ni de Grecia, en Atenas, donde he visitado también a los grandes sabios; su inteligencia es muy grande pero no han llegado a conocer al verdadero Dios con toda sus implicaciones. Ni a Uds. judíos, de los que Dios me segregó para ir a predicar al mundo gentil. No les basta su Ley, ni sus obras de la Ley. Lo que Cristo ahora pide es fe en el gran acontecimiento salvífico, es decir, Fe en que Cristo murió

por mí y resucitó por mí. A eso es lo que San Pablo llama, en la carta de hoy -una frase que debemos de grabarla como un epitafio-:

LA JUSTICIA DE DIOS MANIFIESTA EN CRISTO [20]

Hoy se habla mucho de justicia, y tal vez la interpretamos mal: la justicia, según la Palabra Bíblica de hoy, quiere decir la acción, la intervención misericordiosa de Dios, manifestada en Cristo, para borrar del hombre su pecado, y para darle la capacidad de obrar como un Hijo de Dios. Esta es la verdadera liberación.

Hay en nuestro ambiente mucha preocupación de liberación. Bendito sea Dios. Pero lástima que muchas de estas liberaciones sólo se quedan en las cosas de la tierra: liberación económica, liberación política, liberación social. Está bueno; todo eso vendrá por añadidura. Pero el Papa Pablo VI, cuando describe la Evangelización del mundo actual, dice: «El liberador cristiano, el cristiano que de veras siente esa angustia de liberar a su pueblo, tiene que comprender todas esas manifestaciones liberadoras; pero incorporarlas a la gran liberación cristiana, que parte precisamente de esta justicia que nos está revelando hoy San Pablo: la justicia de Dios es liberación del hombre. De su pecado, en primer lugar, para capacitarlo a hacer la Ley de Dios. Sólo el hombre que se ha liberado del pecado y que trata de santificarse en el cumplimiento de la Ley de Dios, sólo ése tiene derecho a hablar de una auténtica liberación; aun de las liberaciones de la tierra. Pero si un hombre cristiano se olvida de esta perspectiva eterna, de la liberación del pecado y de la gracia en Cristo, ya ha perdido su fuerza, su mística, y muchas veces esto es lo que pasa». Por eso, les decía, no impliquen a la Iglesia con su gran predicación de la liberación integral en Cristo, con las pequeñas liberaciones de la tierra.

No identifiquen la Iglesia que predica esta libertad del pecado y de la muerte, en aquella justicia de Dios, que nos dio a su Hijo, con estas liberaciones terrenales, que muchas veces ni se acuerdan de pedirle perdón a Dios, y están cometiendo más injusticias, y violencias y desórdenes.

Ojalá comprendamos, hermanos, que la Iglesia tiene la clave de la verdadera liberación. Y por eso termino por donde comencé, diciéndoles que a esto venimos a Misa el domingo: a reflexionar en el gran misterio de salvación, pero no a partir de nuestras débiles fuerzas humanas. Nadie se puede salvar a sí mismo. Ni siquiera cumplir la Ley natural puede. Dice la Teología: una persona, por más inteligente que sea, tiene muchas lacras en el aspecto moral. Pero cuando la Gracia de Dios, la fuerza de la justicia de Dios manifestada en Cristo la tomamos con humildad y le decimos: «Señor soy un pobre pecador, líbrame de mis pecados, siento en mí la miseria, las pasiones que me arrastran, líbrame de este cuerpo de muerte». Cuando un hombre está prendido así de las manos de Dios. Es verdaderamente fuerte. Como decía San Pablo: «En mi debilidad se manifiesta la potencia de Dios».

Vivamos, hermanos, esta bella esperanza de nuestra fe. Es la fe la que salva. Pero no por las obras de la Ley del Viejo Testamento, sino por las [21] del Nuevo Testamento, las de

nuestro pueblo, las obras concreta que se nos pide aquí: la honradez de los abogados, la justicia sin venderse de los jueces. La justicia reclamada en tantos atropellos. La honradez en las que venden en el mercado. La honradez en aquel que gana un salario y que cumple fielmente su tarea. La honradez del que paga un sueldo sin extorsionar, sin explotar, también a su trabajador. Esto es lo que haría de nuestra patria la verdadera liberación. Llenémonos de esta esperanza. Y comencemos por nosotros mismos, a ser verdaderamente justos, con esa justicia divina que Dios nos manifestó en Cristo nuestro Señor. [22]

La justificación y la Fe
10.º Domingo del Tiempo Ordinario
Domingo 11 de junio de 1978

Oseas: 6, 3b-6

Romanos: 1, 18-25
Mt.: 9, 9-3

Queridos hermanos:

El tiempo ordinario llega hoy al 10.º domingo, no olvidemos que quiere inculcar en el pueblo cristiano este tiempo ordinario. Mientras para muchos la Misa del Domingo aburre, porque siempre es lo mismo, para el cristiano consciente, sabe que no es lo mismo.

Así como cuando uno va en la carretera le parece que aquellas piedritas que marcan los kilómetros son lo mismo, y si uno se fija, cada piedra va indicando una cercanía más, un número distinto. Así también, lo que se va desplegando a lo largo del año es el Misterio de nuestra Salvación; y el cristiano que vive su fe cada domingo es como que llega a un nuevo kilómetro y se llena de nueva esperanza para continuar la ruta hacia eso que es el destino de toda la vida humana: la salvación. Yo les invito, pues, a que nuestra Misa de los domingos llene de verdad estos objetivos señalados por el Concilio, que quiere renovar al pueblo de Dios. El Concilio ha indicado estos objetivos para cada reunión dominical: [23] vivir el sentido comunitario de nuestra Iglesia. No nos podemos salvar solos. Dios quiere salvar a los hombres como pueblo; pueblo que adora al Señor. Y es hermoso venir a constatar el domingo que somos el pueblo de Dios.

Segundo: venimos a escuchar Su Palabra y a participar en Su Eucaristía; no venimos sólo a curiosear, sino que venimos a un acto de Fe. La Fe que atiende la Palabra, no porque la dice fulano de tal, sino porque es Palabra de Dios, a través de ese instrumento que es el predicador, y a participar de la Eucaristía. Eso es lo principal: la Palabra de Dios nos prepara para luego adorar a Cristo en la Hostia, y ojalá también para recibirlo, como alimento en nuestra peregrinación.

En tercer lugar, venimos a recordar la Pasión, Resurrección y Glorificación de nuestro divino Señor Jesucristo. Y en cuarto lugar, y principalmente, a darle gracias a Dios que nos ha hecho renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Cristo. Sentir que esa vida

exuberante, juvenil y perpetua de Cristo, se hace «mi vida»; y salgo de la Misa dominical con la alegría de quien ha rejuvenecido con nueva esperanza en Cristo resucitado.

Estas lecturas de este domingo alimentan todas estas ideas. Yo le voy a dar este título a nuestra homilía de hoy, a nuestra reflexión de hoy: «La Justificación y la Fe».

Y voy a presentar tres ideas para agrupar mis ideas.

1.º) La justificación que Dios ofrece a los hombres.

2.º) La disposición que los hombre deben tener para recibir esa justificación de Dios, y...

3.º) La misión de la Iglesia y de los Profetas: disponer a los hombres para recibir la justificación de Dios.

Y después de desarrollar mi pensamiento, voy a hacer una aplicación concreta; porque una reflexión de la Palabra de Dios que no concreta en el ambiente en que se vive, es muy pavorosa, es poco encarnada en la realidad. Y al terminar pues, esta reflexión, les voy a presentar el panorama de nuestra semana, para que Uds. mismos vean, en estos acontecimientos de nuestra patria y del mundo en esta semana, quiénes se están disponiendo para recibir esa justificación que Dios ofrece, y quiénes la están rechazando, o volviéndole la espalda a ese regalo de Dios. Para que luego nuestra Eucaristía sea de un sincero convertido con la Palabra de Dios que le dice: «Señor, si hasta ahora he estado de espaldas a este ofrecimiento tuyo, yo te pido perdón, yo quiero cambiar». Cambiar no es pecado, cuando el cambio es de lo imperfecto a lo perfecto. Este es el trabajo de toda nuestra vida: evolucionar según el pensamiento de Dios, no según nuestras pasiones. [24]

Comencemos, pues, por decir, cuál es la justificación que Dios ofrece. Pongamos como figura central de nuestra reflexión, como nos ha presentado el Evangelio, a Jesucristo (no olvidemos, siempre el Evangelio es el centro focal de nuestras reflexiones). Cristo es la luz que ilumina al hombre, y nuestras miradas se clavan directo en él, y ahora lo miramos llamando a un pecador, y luego, comiendo y participando con los pecadores... Y vemos cómo se le critica: «Miren, su Maestro come con los pecadores». Y, ¿cómo se defiende el Señor?: vuelve la acusación, en una denuncia a un falso puritanismo, a una hipocresía. Cristo llama a un pecador, Mateo. El autor del primer Evangelio, era un cobrador de impuestos. Quien estudia la historia, sabe lo repugnante que era ese cargo en los tiempos de Jesucristo. El Imperio Romano cobraba los impuestos de los pueblos sometidos y, para cobrar, se ponía a licitación, ¿quiénes quieren ser cobradores? Y venía un hombre, y compraba el cargo de cobrador para luego negociar; y él podía hacer lo que quisiera, con tal que entregara al Imperio Romano la cantidad que le estipulaba. Él era libre para extorsionar, para robar, para engañar; era un fraude tremendo. El cobrador de impuestos era una persona repugnante (que la ha comparado aquí el Evangelio con los publicanos y los pecadores, con las ramerías, con los ladrones, gente de mala calaña), a uno de esos llama Cristo: «Ven y sígueme». Y Mateo deja su mesa de cobros. No le importan ya las ganancias, las extorsiones, sigue a Jesús y, agradecido, le prepare un banquete, una cenita. Naturalmente, con sus amigos, su pobre ambiente social era ese ambiente de ladrones, de publicanos, de cobradores... ¿Y a quiénes iba a invitar el pobre? Y Cristo no rehuye, a pesar

de que vive en un ambiente puritano de fariseos, que prohíbe mezclarse con un judío que no cumple la Ley y que se llama pecador. Un fariseo no se mezcla con esa gente, no le da la mano a un cobrador, a un publicano; aunque en su corazón haga cosas peores, salva esa apariencia. Cristo no tiene miedo a la crítica, al ambiente, y se mete a comer en aquel ambiente, que luego es mal visto por los fariseos. Y le dicen a los discípulos de Jesús: «¿Cómo vuestro Maestro come con publicanos y pecadores?» Y Cristo oyó y defiende su posición: «No son los sanos los que necesitan al médico, sino los enfermos. No he venido a buscar justos, esos ya están seguros. He venido a buscar pecadores... Soy el salvador del Mundo. Y recordad esto: es la voluntad de Dios, quiero misericordia y no sacrificios. Ustedes se pagan de la apariencia de su culto, en el templo; ustedes se glorían de su pureza legal, no se mezclan con los pecadores; ustedes, sepulcros bien blanquitos por fuera, pero por dentro cómo están... podredumbre... ¡hipócritas! Misericordia quiero. ¿Cómo están sus relaciones íntimas con Dios? ¿Cómo está su honradez verdadera? ¡Hipócritas!» Jesucristo vuelve, pues, la acusación de un falso puritanismo, en una verdadera denuncia de la hipocresía de la sociedad en que le tocó vivir. Y este Divino Maestro no hace más que revelar ante el mundo el pensamiento de Dios; porque esa palabra de Cristo frente a Mateo y a sus compañeros (ya Mateo revivido por el [25] llamamiento de Cristo), es nada más que la cita de un Profeta de la antigüedad. Esa palabra: «No quiero sacrificios, sino misericordia», la encontramos en el profeta Oseas, que también se ha leído hoy. Y por eso, para comprender ese Dios que Cristo refleja, hay que remontarse al Viejo Testamento, a toda a Biblia. La línea de Dios está allí: misericordia quiero y no sacrificio. Hay que remontarse a los tiempos de Oseas, el Profeta, que le tocó ver el derrumbamiento de Israel. Aquella parte de la Palestina que estaba separada de Judea. El reino del norte tuvo un gran rey, cuando comenzó Oseas a predicar: Jeroboam II. Pero en ese tiempo glorioso del Imperio Norte de Israel, como siempre que hay bonanzas en un pueblo, había muchos abusos injusticias sociales, atropellos de autoridad. Y esto es lo que denuncia Oseas, lean el Libro de Oseas, y verán cómo los sermones de Catedral se quedan bien cortitos, en comparación de aquella elocuencia del Profeta frente a los reyes, frente a los grandes, frente a los poderosos, para echarles en cara sus atropellos, su injusticias. Cuando cayó Jeroboam, vino una serie de reyes cobardes, que trataron de someterse o de hacer alianza con los otros pueblos, y entonces Oseas denuncia a los reyes cobardes, el haber olvidado la alianza con Dios; el andar buscando más el apoyo de los hombres, critica la política de su reino. El profeta puede predicar contra la política de su tiempo, cuando esa política está contra la Ley del Señor. Y esto es lo que defiende Oseas. Desde su misión profética, denunciar los errores, las idolatrías, las falsas confianzas de los políticos de su tiempo. Entonces, este es el Dios que anuncia Oseas en un ambiente tan difícil como los nuestros, había caído Israel en la idolatría de adorar a los baales (los baales eran dioses de la fecundidad), creían que toda la cosecha, la lluvia, los soles, dependían del Dios Baal. Y ya mezclaban esa idolatría de un dios falso, con el Dios de la Biblia. Y Oseas está aquí para defender la pureza de la Biblia, de la Revelación de Dios, contra la idolatría que se está mezclando con la verdadera religión.

DENUNCIA DE IDOLATRÍA HA SIDO SIEMPRE LA MISIÓN DE LOS PROFETAS Y DE LA IGLESIA

Ya no es el dios Baal; pero hay otros ídolos tremendos de nuestro tiempo: el dios dinero, el dios poder, el dios lujo, el dios lujuria. ¡Cuántos dioses entronizados en nuestro ambiente! Y la voz de Oseas tiene actualidad, también ahora para decirle a los cristianos: «No mezclen, con la adoración del verdadero Dios, esas idolatrías». No se puede servir a dos señores: al Dios verdadero y al dinero. Se tiene que seguir a uno solo. Como Mateo, que se convierte de la idolatría del dinero para seguir a su único Señor Jesucristo, debía de querer conversión también para purificar la verdadera religión. Y el Dios que anuncia Oseas -miren, como encarnado en su ambiente- toma el lenguaje de los rituales idolátricos de Baal, que cantaban a la aurora, que cantaban a la lluvia, que cantaban al sol, para orientar ese lenguaje idolátrico hacia el verdadero Dios. Y les habla de un Dios que cae como lluvia tempranera para fecundar la tierra; [26] de un Dios que empapa la tierra y la hace fecunda. Es el Dios verdadero. No es el Baal. Y les habla de un Dios que es fiel, como la aurora que fielmente amanece todas las mañanas, y que es claro y lúcido como el sol que alumbra todos los días. Con ese lenguaje, pues, que los idólatras convertían en ofensa de Dios, el Profeta anuncia el verdadero Dios y les habla en cambio, con su mismo lenguaje, de la falsedad de sus cultos.

Y la Segunda Lectura de hoy nos ofrece al Dios ya en el Nuevo Testamento. Después de haberlo aprendido en el mismo Cristo. San Pablo, yo les recomiendo mucho, queridos hermanos, la meditación profunda de esa 2.º lectura y no sólo el pasaje, los versículos que hoy se han leído, sino todo ese capítulo, donde San Pablo, siguiendo el pensamiento que ya le exponía el domingo pasado, dice que el hombre no se justifica por su propio esfuerzo; ni los gentiles con su luz de la razón natural; ni los judíos teniendo una Ley revelada por Dios. La Ley sola no justifica, la razón sola del hombre no justifica. Un hombre puede ser muy honrado humanamente (y gracias a Dios los hay, hombres que no tienen fe, pero que son muy honrados; los hay, porque la luz de la razón les indica lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer), pero aun cuando un hombre sea muy perfecto en lo humano, muy honrado, sin fe, le falta lo principal. Dice San Pablo: «La verdadera justicia, o sea la justificación, es la actividad íntima de Dios, por la cual él, por iniciativa gratuita, llama a un hombre a su intimidad... Sólo es justo el hombre que agrada a Dios, porque está participando esa vida íntima de Dios; sólo es justo, no tiene pecado, el hombre a quien Dios le ha perdonado su pecado».

No se trata de una justificación de apariencia. Lutero aquí se equivocó; y muchos de nuestros hermanos separados siguen esa doctrina. No todos ya, gracias a Dios. Pero entendían la justificación como si Dios encubriera la maldad del hombre, pero que el hombre seguía siendo malvado. No, la doctrina que San Pablo nos está diciendo ahora, es que «justifica»; es decir, le da al hombre, no sólo una apariencia, sino que le borra, la verdad, su pecado, le hace desaparecer todo su pasado, lo limpia de todas las manchas que ha contraído; y ahí tenemos los ejemplos de Mateo frente a Cristo, ya no es un pecador, lo ha llamado Cristo, y le ha respondido. Dios le ha dado una justificación: ya es santo.

Cuando la Magdalena, también, prostituta famosa, llega al banquete a ungir al Señor, arrepentida, los comensales la siguen señalándola como una mujer pública; pero Cristo dice: «Ya no, hoy ya es justificada, porque ha amado mucho; ha amado al arrepentimiento y vuelve arrepentida de sus culpas». Esta es la justificación de Dios, esa justicia no la

alcanza la Ley. No la alcanza el esfuerzo humano no, tiene que arrancar de Dios, es una dádiva gratuita, es un regalo estupendo del Señor. Esa es la justificación que los fariseos no comprendían... Ellos se creían muy superiores a Mateo y a los publicanos, porque ellos guardaban la Ley; pero Pablo les dice: eso no es nada. Eso es apariencia, y humanamente puede valer mucho, [27] pero ante Dios, que quiere misericordia, sentido profundo de su entrega a él, lo que interesa es esa justicia que Dios da y que el hombre recibe. La justificación que Dios ofrece es hacernos participantes de su Vida Divina; es hacernos hermanos de su único Hijo, Jesucristo; es hacernos herederos y participantes de su gloria eterna; es la satisfacción íntima que siente el pecador cuando se le han perdonado los pecados. Es aquella palabra que yo tuve la dicha de conocer en Hebrón, la tumba que dicen que es de Abraham, y donde está sola esta palabra «El Kalil», que quiere decir «El Amigo». Abraham es el amigo de Dios, porque Dios lo justificó. Y todo hombre que Dios justifica, puede llamarse El Kalil, el amigo de Dios; aunque haya sido un pecador, Dios lo ha justificado ya. Esta es la justificación que Dios ofrece. Si no es el esfuerzo humano, si no es la Ley, si es una dádiva de iniciativa gratuita de Dios, justifica a quien él quiere, no a uno que quisiera por su propio orgullo subir hasta Dios. ¡Imposible!, sólo Dios llama a esta justificación. Pero ese Dios no es un Dios que no lo podamos encontrar. Esto es lo más bello: que Dios se hizo hombre y salió por los caminos de los hombres para encontrarse con ellos. En Cristo está la justificación de Dios; Cristo es el Dios que perdona, el Dios que justifica; Cristo es el Dios que ha venido, no a condenar, sino a perdonar; Cristo es el pastor; que anda buscando a las ovejas descarriadas para que vengan a formar la alegría de su rebaño, que es el de los justificados. A nadie excluye, con qué tristeza decía: «Tengo otras ovejas que no están en este redil, y es necesario traerlas». Este es el corazón de Cristo. Corazón de Dios que palpita en un corazón humano. Amor infinito del Señor que, por todos los caminos de la vida de cada uno de ustedes y mía, nos anda siguiendo, nos anda buscando, y cuanto más extraviados andemos, cuanto más perdidos de la fe nos encontremos, cuanto más orgullosos o idólatras de las cosas vanas estemos, allí está cerquita el Señor, ofreciéndote la justificación, y diciéndote: «De nada te sirve tener mucho dinero, tener mucho poder, tener mucho lujo si no estás convertido a Dios; si no te da Dios la justificación, eres el más pobre de los miserables. Sin la justificación de Dios todo es apariencia. Es esa justicia íntima, la que Dios te está ofreciendo; o sea, en un lenguaje más moderno: la Gracia, el perdón, la reconciliación con Dios, de parte de él no hay dificultad para reconciliarse con él».

En mi 2.º pensamiento, la dificultad está en la disposición del hombre. Si, Dios está dispuesto a dar, lamentablemente, los hombres no están dispuestos a recibir... Y en la lecturas de hoy aparecen tres disposiciones indispensables. Sin éstas no puede Dios justificar a nadie, porque el hombre es libre. Y el domingo pasado nos decía: «Frente a ti están dos caminos: el que lleva a la bendición, la justificación, la fidelidad a tu Dios; y el que lleva a la maldición, la infidelidad, la idolatría, el repudio de Dios, el rechazo de su fe.

¿Cuáles son estas tres disposiciones que nos señalan las lecturas de Hoy?: la Fe, la conversión, la misericordia. [28]

LA FE: la 2.º lectura nos presenta el ejemplo del prototipo de la fe: ABRAHAM. ¿Quién era Abraham?, un pobre campesino. No conocía la revelación de Dios. No era circuncidado, no era judío. Un hombre del mundo. Y a ese hombre, Dios lo llama ya

anciano, estéril, su mujer no le había dado ningún hijo. Y Dios promete: «Va a nacer de ti un hijo, que será padre de pueblos. Y en esa descendencia nacerá el Redentor del mundo». Parece locura que a un viejo y a una anciana, estériles los dos..., y ahora dice la Escritura: «Ya parece un cuerpo muerto», este cuerpo que parece muerto, a este desierto de la humanidad, anciano y estéril, Dios le dice que va a reverdecer como un jardín. Abraham cree. CREE. ¿Qué cosas es creer? Creer es cuando Dios dice hasta lo imposible, y el hombre acepta esa palabra. Se convence de que será verdad, y vive de esa palabra. Fe es entregarse al que le dicen algo, creer es no dudar. El acto de Abraham es heroico; diría yo, divino. Él comprende que de la iniciativa de Dios viene todo. No importan las condiciones humanas: viejo y estéril parece un muerto. Pero Dios, que hace resucitar a los muertos y da vida a los desiertos, será capaz de hacer también de mi esterilidad y de mi vejez, de mi muerte, un pueblo numeroso; y para colmo, del cual nacerá la redención y la vida eterna.

Por eso dice San Pablo en su lectura de hoy: «Abraham creyó, y esto es lo que le fue tenido en cuenta para justificarlo». Abraham se justificó... En aquel momento Abraham comienza a ser el Kalil, el amigo de Dios, porque ya se entregó a Dios, y Dios le ha dado su iniciativa; Dios le está ofreciendo justificación. Y le pide como condición: «Cree, ten fe». Abraham podía reírse y decir: «Señor, estás loco, estás pensando en algo imposible; pero así como María cree también en la posibilidad de una virginidad fecunda, sin perderse la virginidad, Abraham y Sara Isabel, y todos esos hijos del milagro del Antiguo Testamento, son producto de esta fe. Cuántos también en nuestros tiempos han tenido hijos por la oración, por súplica a Dios. ¿Quién sabe si están oyendo quienes tienen que agradecerle al Señor -al haberle pedido con mucha insistencia y haberlo logrado- un hijo del milagro? Mientras que por otro lado, el pecado de quienes matan la fecundidad que Dios les da, prohíben que fructifiquen sus entrañas, la fecundidad que Dios les da como una bendición. Toda esa campaña tremenda de anticonceptivos, de abortos, son pecados contra esta fe que creyó Abraham; contra el Dios que, como un regalo, hace fecundo el seno del hombre, de la mujer. Hermanos, esta fe es necesaria. No es la ley, no es el esfuerzo del hombre, es creer en ese Dios. La primera disponibilidad del hombre para que Dios lo justifique es creer; pero no basta. Nos habla el profeta Oseas, y Cristo mismo frente a los fariseos la necesidad de otra condición: CONVERSIÓN. Convertirse quiere decir, dejar la mala vida y hacernos buenos. Convertirse quiere decir «cambiar de mente». ¿Por qué se escandalizan del cambio de mente, cuando ese cambio es necesario si es para mejor? Puede haber estado engañado; puede haber estado adorando las falsas pasiones; puede haber estado [29] instalado en la comodidades; puede haber amado las ventajas de este mundo; puede haber sido de aquellos, que dice Cristo en el Evangelio, que no quieren perder su vida, porque les valen más su ventajas y sus gangas de la tierra. Pero si este Dios está llamando a una conversión, a pensar de otro modo, es necesario convertirse. Y aquí tenemos por qué Cristo les dice a los fariseos hipócritas: no porque fueran esforzados en cumplir la ley, sino porque hacen consistir todo en un sistema humano, como si allí estuviera toda la perfección que Dios quiere.

Dios es la vida, Dios es evolución, Dios es novedad, Dios va caminando con la historia del pueblo; y el pueblo creyente en Dios no debe de aferrarse a tradiciones, a costumbres, sobre todo cuando esas costumbres, esas tradiciones, empañan el verdadero Evangelio de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Tiene que estar siempre atento a la voz del espíritu: ¡convertirse, ir en paz de ese Evangelio, de ese llamamiento del Señor!

Todo aquel que se sienta seguro y que crea que no tiene necesidad de cambiar, es fariseo, es hipócrita, es sepulcro blanqueado, que está muy seguro; pero sabe su conciencia qué reclamos le está haciendo. Esa docilidad para convertirse donde el Señor quiere.

Bien tranquilo estaba Abraham en un de Caldea, cuando el Señor le dice: «Sal de tu parentela, y vete a la tierra que te mostraré», sin decirle dónde. Abraham sale caminando, como un sonámbulo, esperando que el Señor le diga adónde tiene que ir; y pasaron años, y generaciones, hasta que volvieron de Egipto los descendientes de Abraham para poseer la tierra prometida. Dios tiene por delante la eternidad. La Seguridad sólo es Dios. A nosotros sólo nos toca seguir humildemente por donde Dios nos quiere llevar, y dichoso aquél que se siente fiel a los caminos que Dios le va inspirando; y no por complacer a los hombres, quedarse con la conciencia intranquila, allí donde los otros creen que está la seguridad. Sal de tu parentela, despójate de tus falsas seguridades, conviértase al Señor, este es el camino inacabable de esta peregrinación de nuestra fe.

Y otra cosa pide nuestra disponibilidad para la gracia que el Señor nos está ofreciendo. La famosa frase: «No quiero sacrificio, sino MISERICORDIA». ¡Qué hermosa palabra ésta! No es que Dios rechace el sacrificio de nuestra Misa (esto es un sacrificio), sino que nos está diciendo: de nada serviría esta Misa, este sacrificio, si los que me lo vienen a ofrecer, no tienen MISERICORDIA en su corazón. Prefiero la misericordia.

¿Qué es la misericordia? Misericordia es la expresión más acabada del amor. El amor que se entrega, que es lástima, que es perdón, que es comprensión, que es justicia, que es entenderse con todos. Misericordia quiere decir, no el orgullo de los fariseos que desprecian a los marginados, sino la acogida del Dios que siendo riquísimo ha venido a buscar a [30] los pobres; a quienes no quieren sentarse a comer con ellos. Misericordia es la bondad expresada en hechos, no en palabras. Misericordia... cada uno de ustedes lo comprende mejor, porque todos creo que hemos tenido algún pequeño acto de misericordia para otros, y sobre todo, hemos sido objeto de misericordia: si Dios nos hubiera tenido misericordia cuando caímos en tantas culpas, dónde estuviéramos... Si Dios no tuviera misericordia de perdonarnos antes de morir, adónde iríamos.

Y tal vez en la relación humana, hemos tenido muchos gestos de misericordia dados por nosotros, o recibidos también por nosotros. Dichoso aquél que puede contar en su vida muchos actos de misericordia. ¡Eso es lo que quiere Dios!

Por eso cuando la Iglesia predica la justicia social, el amor cristiano, el comprendernos como hermanos; cuando la Iglesia rechaza la violencia como camino para arreglar las cosas; cuando la Iglesia no acepta el soborno, no acepta el secuestro ni nada de esas cosas que se van poniendo de moda y nos van acostumbrando lamentablemente, la Iglesia no puede estar de acuerdo, porque todo eso es un rechazo de la misericordia. Misericordia quiero, no sacrificios. No me agrada tu plegaria que arranca de un corazón lleno de rencor; no me reces, no me ofrezcas misas si vienes con injusticias, tus manos manchadas de sangre, de odio, de violencia. Misericordia quiero primero. Qué hermosa esta reclamación de Nuestro Señor, y qué oportuno para nuestro tiempo que Cristo y la Iglesia nos sigan diciendo que las cosas de la Patria se van a componer, no por la represión, no por la fuerza,

no por leyes injustas y arbitrarias; sino cuando en el corazón de todos los hombres y de todas las mujeres surja lo que Dios quiere: «Misericordia, quiero». No otra cosa. Lo que compone, lo que justifica al hombre, es precisamente este camino del Señor.

Por eso, hermanos, llego ya al último pensamiento. ¿Cuál es la misión de la Iglesia? ¿Cuál es la misión de los Profetas?... Allí la tenemos en Oseas; y la tenemos en Cristo mismo, en medio de pecadores; y la tenemos en San Pablo anunciándonos el ejemplo de Abraham. La misión de la Iglesia es proclamar las maravillas de la misericordia de Dios. Esta es su primera misión. Pero junto a esa va otra: llamar a los hombres a la fe, a la conversión y a la misericordia. Y en tener lugar, denunciar todo pecado que vaya contra esa relación con Dios; contra esa fe; contra esa verdad; contra esa misericordia; contra todo aquello que nos aparta de disponernos para que Dios venga. La misión de la Iglesia es la de Juan Bautista: Ir preparando, en los corazones de los hombres, los caminos por donde Dios quiere llegar a justificar a los hombres. Y en esta cátedra se denuncia el pecado de la sociedad, el pecado de la autoridad, el pecado de la familia, no es por una demagogia fácil. A nadie le cuesta tanto decir las maldades de su propio pueblo, como a mí, hermanos, que tengo el deber pastoral de señalar (por mandato del Evangelio y del Jesucristo que quita [31] los pecados del mundo) que es pecado y que no debe reinar; por dónde hay que caminar. La conversión, la fe, la misericordia, es lo que he predicado siempre. Sólo la calumnia indigna y vil pueden encontrar en mis palabras otra cosa. Pero la palabra de Oseas, la palabra de Pablo, la palabra de Cristo, la palabra de la Iglesia es la que yo quiero hacer eco para anunciar a mi querido pueblo, a todos sin excepción (a los pecadores también), porque, cuando Cristo reprendía a los de su tiempo, no los odiaba, los amaba; porque los quería arrancar de las garras de la idolatría, de las falsas posiciones, para buscar el verdadero camino, donde pueden encontrarse con la misericordia que Dios está ofreciendo, para perdonarlos, para justificarlos.

Por eso, la Iglesia seguirá cumpliendo su deber; y por eso la Iglesia no puede predicar desencarnadamente. Tiene que decir, por ejemplo (y ustedes ya pueden analizar estos casos de esta semana), quiénes van caminando por esos caminos de fe, de conversión y de misericordia; y en cambio, quiénes van caminando contrariamente a la fe, a la misericordia y a la conversión. En todos los acontecimientos de esta semana, que podríamos llamar una semana gris, hay muchos que caminan hacia la salvación. ¡Bendito sea Dios! Pero hay muchos, también, que no quieren aceptar la dádiva del señor que los quiere justificar, y van de espaldas a Dios ofendiendo al Señor.

Desde el 23 de mayo, se está celebrando en la O.N.U. una Asamblea General que durará 5 semanas, en la que participan 18 jefes de Estado y 42 ministros, para tratar de los gastos de esa carrera armamentista del mundo. Los gastos militares en el mundo crecen cada año. Ustedes leyeron en los periódicos una cifra astronómica de 300 a 400 billones... Hasta se me había olvidado cómo se escribe un billón. Tuve que ponerlo en el papel: cuántos ceros... para cubrir un billón (2 veces millón), lo cual equivale a que cada día, en gastos militares, el mundo derrocha un billón de dólares. Con razón el Papa Pablo VI (y lo digo por esto precisamente, para aquellos que dicen que yo me meto en política cuando hablo de estas cosas), el Papa ha enviado un representante. Y a través de él, el Papa mismo ha dicho que si va a hablar en esa Asamblea, no es porque tiene una potencia mundial o una potencia política. Pero que tampoco puede escucharse en el carácter intemporal de la Iglesia, para no

prestar una ayuda moral a este esfuerzo de la humanidad. Y reclama, desde esa fuerza moral, que aceleren este proceso. Porque mañana podría ser demasiado tarde. Palabras del Papa, y les dice también lo mismo que dijo en la ONU cuando vino -creo que en 1965- y cuando en la India también proclamaba los inmensos gastos que la locura de los hombres derrocha en gastos militares; mientras hay mundos enteros en proceso de desarrollo, que más bien vean cómo orientar esos billones a este desarrollo del mundo. ¿Quién puede decir que el Papa se meta en política? Es la fuerza moral la que clama contra los abusos de los hombres. [32]

También nos alegra, cuando los periódicos anunciaban que el Presidente de la nueva Asamblea declaró que entre los asuntos pendientes está una petición de Amnistía General para presos políticos, la derogación de la Ley de Orden Público y otras solicitudes que ameritan una inmediata atención y resolución adecuada. ¡Bendito sea Dios, que la Asamblea tome conciencia de este clamor del pueblo! Y yo le agregaría al Señor Presidente, que allí busque entre los papeles empapelados, la solicitud que el Episcopado Salvadoreño hizo a la Antigua Asamblea contra la legislación del aborto. No se nos hizo caso ni se nos contestó. Ojalá que todos esos derechos de reclamos que tenemos los salvadoreños y que se empapelan en la burocracia, tengan este gesto del Señor Presidente de mandar a desempapelar, y ver cuántas cosas son justos reclamos, que ellos, servidores del pueblo, tienen que atender.

Por otra parte, por donde camina este otro rasgo: la Guardia Nacional realiza cateo en Mejicanos y captura, entre otras personas, a una madre con su hijo de 6 meses. Justamente la Crónica comentaba: «...desde todo punto de vista, la captura de un recién nacido, es antijurídica y violatoria de las normas más elementales del derecho». También tenemos que lamentar capturas en El Tablón, en El Jicarón, en El Paisnal.

También da lástima pensar que en la cárcel de mujeres hay una mujer que está sufriendo ataques de histeria, como fruto de las torturas recibidas junto con su marido en el conflicto de la Central Azucarera. Y también de sus dos niños, uno de 4 y otro de 6 años, que presenciaron la tortura de sus propios padres; están en un estado tremendo de depresión. Sigue la campaña de terror y de miedo en los cantones de San Pedro Perulapán: asesinato Román Martín de 60 años, deja esposa y 6 hijos; capturado en su casa mientras dormía Alfonso Mendoza de 60 años. Por otra parte, queremos felicitar a los periodistas en el Día de la Libertad de Prensa. El Sr. Presidente le envió un telegrama, asegurándoles que continuará garantizando esa libertad de prensa. Hemos leído en La Crónica una valiente publicación que denuncia la ilegal agresión económica estatal que desde 1972 sufre esa empresa periodística. Y dice que todo esto va encaminado a destruir, por medio de la asfixia económica, la labor periodística que en beneficio de los intereses populares desarrolla La Crónica del Pueblo. Aprovecho esta oportunidad para decir: ¿en nombre de qué libertad de prensa, agentes de Orden hacen que la radio YSAX casi parezca una radio de contrabando, tanto que muchos campesinos tienen que oírla a escondidas? ¿Y en nombre de qué libertad de prensa se toma el periódico Orientación como si fuera un cuerpo de delito para capturar o para molestar?

Quiero recordar -y bendito sea Dios- que se asegura el respeto a la Libertad de Prensa, que es uno de los deberes primordiales del Gobierno, [33] como parte del bien común:

asegurar al pueblo el derecho que tiene a ser informado de la verdad, y no manejar los medios de publicidad solamente con una tendencia ideológica que se notan evidentemente.

También el derecho de cuidar la moralidad de las publicaciones. No todo se puede publicar. ¿Con qué derecho y en nombre de qué libertad se publican panfletos tan ofensivos, y con el amparo oficial, cuando se permite que en los apartados de correo o repartidos por miembros de Orden vayan estas hojas difamatorias de la Iglesia por toda partes?

Ojalá de veras, un verdadero sentido de libertad, tanto en el respeto que el Gobierno tiene obligación de prestar, como en los servidores de estos medios de la opinión pública. Y también ustedes, queridos hermanos, sepan usar con sabiduría y discernimiento la libertad de las publicaciones. No todo lo que cae en las manos es verdad o es moral. Allí viene el criterio cristiano para saber discernir que esto es mentira, que esto lo han mandado a publicar, esto no es verdad, esto es inmoral, esto no se puede tolerar.

Decía el Papa Pío XII: «Cuando tú vas a entrar a un cine, estás comprando un boleto para entrar, estás dando un voto al espectáculo que se va a dar allá. Si es una película pornográfica, tú estás dando el voto en favor de la pornografía. Y así los demás medios de comunicación también, usados con libertinaje y no con verdadera libertad, son atropellos a la libertad verdadera». En este sentido, también, la prensa informó que, según la policía de Guatemala, la religiosa Raimunda Alonso fue detenida por los sangrientos sucesos de Pantoz, por haber adoctrinado a los campesinos. Hemos tenido oportunidad de platicar con la religiosa y con la Provincial, y hemos celebrado allá una Eucaristía muy emocionante, en el convento de Santa Tecla, donde estaba para partir para España. Y, según la declaración de la religiosa y de su superiora, la hermana Raimunda no tenía ninguna relación con los campesinos que sufrieron la represión de Pantoz. Ella trabajaba como a 90 kilómetros de distancia en Caabón, ella estaba decidida exclusivamente a su trabajo pastoral. Porque fue injustamente detenida, encarcelada y expulsada, la Madre Provincial ha mandado a los periódicos -espero que usando la libertad de prensa publiquen- la aclaración del informe verdadero, y al terminar este informe, emocionante de veras -quiera por literatura suplico a la Prensa que lo publique- termina diciendo la verdad del caso: «Conozco la problemática del lugar donde trabajó la hermana Raimunda, y más aún la de otras áreas indígenas donde tuve la suerte de trabajar tiempo atrás. El problema no radica en si la hermana está implicada en política o no lo está. Por supuesto que no es nuestra misión. Sé cómo la hermana ha desempeñado su tarea que como religiosas nos compete realizar en la humanidad, en los 8 años que estuvo en Caabón. Su misión ha sido anunciar la palabra de Dios a las gentes del área Quetzí. El mensaje de la Palabra de Dios, [34] cuando realmente se lleva y es recibido, transforma y compromete. Este ha sido el caso de nuestra gente: una maduración progresiva en la Fe les ha ido llevando a un cambio en sus vidas; comienzan a ser ellos, a pensar por sí mismos, a tomar decisiones, a mejorar sus condiciones de vida, a integrarse, a integrar su cultura a la del país. Acompañar y animar a las gentes en este proceso, ha sido y es el trabajo de nuestras hermanas». ¿Esto es política? Este fue el empeño de nuestra hermana Raimunda en los 8 años que trabajó en Caabón, donde se propuso desde el principio entregarse «a su gente», como ella los llamaba. Comenzando por aprender la lengua Quetzí, que le ayudó a identificarse con ellos y a vivir problemas.

El 6 de junio fueron reprimidos trabajadores en el Instituto Regulador de Abastecimiento en San Martín y Usulután. Ha salido publicado un comunicado en nombre del Comité de Laicos. Quiero hacer aclaración que no se trata de un comité bajo la dependencia de la Jerarquía. Los laicos tienen derecho a formar sus comités y pronunciarse libremente de acuerdo con sus principios cristianos. Eso no involucra el pensamiento de la Jerarquía.

A propósito de todos estos lamentables hechos y de tanta pobreza en nuestros campos, estamos reestructurando la Institución de Cáritas, para que sea verdaderamente un socorro de quienes pueden ayudar a quienes necesitan.

En nombre de la caridad cristiana, pues, yo tiendo de nuevo la mano, para suplicar a todos aportar granos, ropa, sobre todo para niños; medicinas, dinero, para poder ayudar a toda esta gente.

Con alegría quiero mencionar aquí la apreciación de un periodista japonés que me visitó para informarse de nuestra situación y qué pensábamos acerca del secuestro del señor Matsumoto, y me dijo que a él no le había interesado nunca la Iglesia, el cristianismo; pero que al ver este ambiente nuestro, donde se siente una Iglesia comprometida con las necesidades del pueblo y el sufrimiento de los humanos, había pensado en visitarme y ver qué pensaba.

Me dije yo: ¡Bendito sea Dios! Eso es la Iglesia, nada humano le es extraño. Y me preguntó si quería mediar, en caso de que se me pidiera, en el caso del secuestro del Sr. Matsumoto. Yo le dije que, como siempre, la Iglesia está dispuesta a prestar toda ayuda, siempre que se trate de socorrer al necesitado, de ayudar al que sufre, de consolar.

En esta semana se instalará un nuevo párroco en Comasagua: el padre Gonzalo López tomará posesión el jueves a las 10 de la mañana. Se hace una invitación a toda la Vicaría del departamento de La Libertad en Comasagua, el jueves a las 10 de la mañana. Hoy a las 11 de la mañana, será consagrada la nueva iglesia de San Antonio de Padua en los Planes de [35] Renderos. Quiero felicitar a los Padres Franciscanos, e invitar a todos a honrar a este santo tan popular y conocer esa nueva Iglesia que se le ha consagrado.

En esta misma forma quiero pedirles siempre su ayuda, para continuar los trabajos de nuestro máximo templo: la Catedral. Tiene que ser el producto de una fe y de un esfuerzo que, gracias a Dios, se va sintiendo cada día más. El día del Papa será celebrado el 2 de julio, que por ser domingo será un día mejor; esta Misa de las 8, dentro de 15 días, la vamos a consagrar al Papa. Si Dios quiere, tendremos aquí la presencia de un obispo Latinoamericano que trabaja en Estados Unidos, para darle un sentido de Iglesia Universal a nuestro homenaje al pastor común de la Iglesia, a quien tendré la dicha de saludar y de manifestarle mi adhesión, en mi próximo viaje a Roma, que les encomiendo también en sus oraciones.

Hermanos: al haber meditado en la Palabra de Dios e iluminar con ella algunos de nuestros hechos, yo les vuelvo a preguntar: ¿quiénes están disponiendo su vida para que Dios los justifique y los salve?... ¿Quiénes en la vorágine de nuestra patria, están al revés

dándole la espalda a Dios, desobedeciendo sus leyes, atropellando su imagen en el hombre?... Entonces, sabiendo por dónde nos quiere Dios para justificarnos, la homilía termina orientándonos a la Eucaristía. Hemos venido a Misa, sobre todo, para participar en el Sacrificio de Jesucristo. Y no olvidemos su lenguaje de fuego: «No quiero sacrificios cuando no hay misericordia». Y que ojalá todos los que vamos a participar ahora en ese altar del Divino Salvador del Mundo, sepamos el valor supremo que por encima de todo tiene la caridad, el amor, la misericordia. Así sea. [36]

El Papa: corazón de la Iglesia
13.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 2 de julio de 1990

II Reyes: 4, 8-1. 14-16a

Romanos: 6, 3-4. 8-11
Mateo: 10, 37-42

Muy queridos hermanos:

Lo que estoy sintiendo en este momento en la Catedral repleta de fieles, con representaciones del Clero, del Seminario, de la vida religiosa y de las diversas comunidades de la Arquidiócesis, así me he estado sintiendo durante estos días desde que salí rumbo a Roma; y allá, sobre todo, cerquita del Pastor común, de la Iglesia Universal. Y ahora, al regresar y encontrar que el eco de una invitación para encontrar al Papa ha hecho posible esta aglomeración que nos da una idea, dentro de la pequeñez de nuestro templo, de aquella inmensa Basílica de San Pedro, el día en que el Papa celebraba sus 15 años de ser Pontífice, y pensar en aquella muchedumbre en toda la Iglesia que se esparce por el mundo, sentía yo el orgullo, la satisfacción, la alegría de no estar solo, de que conmigo estaban todos mis queridos sacerdotes, las comunidades religiosas, parroquiales, de base, y todos aquellos que sienten la unidad bellísima de esta Iglesia. [37]

Por eso al regresar, hermanos, yo les agradezco que aquel espectáculo internacional de Roma, convertido aquí en un ambiente íntimo de familia, es siempre el mismo palpitar, la misma Iglesia. Cuando yo veía circular junto a la tumba de San Pedro o junto a la cátedra del Papa peregrinaciones, excursiones llegadas de todas partes del mundo, me parecía algo así como el torrente sanguíneo de la Humanidad que pasa por el corazón para oxigenar después a toda la Iglesia. Porque eso es el Papa: ¡el corazón de la Iglesia! Y todo aquel que oxigena su sangre, su vida, su piedad en esa unidad con el Papa, es un miembro sano, vivo, de esta Iglesia que estamos viviendo esta mañana en esta Catedral de San Salvador y, a través de la radio, en muchas comunidades allá lejanas, o junto a muchos enfermos, o junto a tantos seres queridos que no han podido venir, pero que sienten este momento de plegaria que juntos, con su Pastor, estamos todos elevando al Señor «pro Pontífice nostro Paulo», por nuestro Pontífice Paulo, en el quince aniversario de su elección y de su coronación como Romano Pontífice. Por eso quiero agradecer a todas las personas que han hecho posible esta solidaridad, con sus oraciones, con su apoyo moral, con su presencia espiritual, de manera especial también a los forjadores de la opinión pública, a los periódicos, a la

televisión, a la radio, que hicieron eco al viaje de este peregrino de Roma, Centro de la Catolicidad. Sé que las informaciones, los diálogos y todo cuanto he tratado de mantener en unión con ustedes, ha estado llegando. Y me complace de que nuestros medios de comunicación sean tan eficientes y tan amados por nuestro querido Pueblo de Dios.

Allá en Roma, la información, los diálogos detenidos y serenos con los representantes de la autoridad central de la Iglesia. Las aclaraciones en algunos malos entendidos o surgidos de informaciones falsas o interesadas; la presencia mía me pareció tan providencial que le doy gracias al Señor, para que allá donde ya saben como amo y soy solidario de la Sede del sucesor de Pedro, no podían dudar de mi fidelidad al Papa. Y he ratificado una vez que moriré, primero Dios, fiel al sucesor de Pedro, al Vicario de Cristo.

Les decía: «Es fácil predicar teóricamente sus enseñanzas, seguir fielmente el magisterio del Papa en teoría. ¡Es muy fácil! Pero cuando se trata de vivir, cuando se trata de encarnar, cuando se trata de hacer realidad en la historia de un pueblo sufrido como el nuestro esas enseñanzas salvadoras, es cuando surgen los conflictos. Y no es que me haya hecho infiel... ¡Jamás! Al contrario, siento que hoy soy más fiel porque vivo la prueba, el sufrimiento y la alegría íntima de proclamar, no solamente con palabras y con profesiones de labios una doctrina que siempre he creído y amado, sino que estoy tratando de hacerla vida en esta comunidad que el Señor me ha encargado. Y yo les suplico a todos ustedes, queridos hermanos, que si de verdad somos católicos, seguidores de un Evangelio auténtico y por auténtico muy difícil; si de verdad queremos hacer honor [38] a esta palabra de seguidores de Cristo, no tengamos miedo de hacer sangre y vida, verdad e historia, esa doctrina que de las páginas del Evangelio se hacen actualidad en la doctrina de los Concilios y de los Papas, que tratan de vivir como verdaderos Pastores las vicisitudes de su tiempo.

No olvidaré, por eso, aquel momento precioso en el Papa, después de recoger las informaciones de todos sus Dicasterios, formando como una síntesis de lo que él tiene que decir en la breve audiencia al Obispo que llega a visita Ad Limina, recoge unas palabras de aliento, unas palabras de consuelo, de fortaleza, que llegan a sentirse en el corazón del Pastor como el carisma que Dios le ha encargado a Pedro y a sus sucesores: ¡confirma a tus hermanos! Eso traigo ahora, queridos hermanos. Una confirmación, una ratificación, una palabra de aliento, de bondad, de comprensión de aquel dulce Cristo de la Tierra: el Papa.

Estrechándome mis manos con un cariño y una fortaleza de quien se siente sostén de todos los Pastores y de toda la Iglesia Universal, me aconsejaba y me ayudaba a seguir siendo fiel a ese ministerio en servicio de este pueblo, para el cual él expresó frases muy cariñosas que yo quisiera transmitirles, pero que la emoción de aquel momento hacen olvidar al pie de la letra; pero que decían sustancialmente que nuestro pueblo salvadoreño él lo conocía desde hace unos cincuenta años cuando él trabajaba en la Secretaría de Estado, antes de ser Pontífice, y llegaban noticias de la vitalidad, de la laboriosidad, de los problemas de este pueblo. «Es un pueblo -me decía- que lucha por sus reivindicaciones, busca un ambiente más justo. Y ese pueblo hay que amarlo, hay que ayudarlo. Tenga paciencia, tenga fortaleza y ayúdeles. Y dígales que el Papa lo ama, lo quiere y sigue sus vicisitudes; pero que jamás busque soluciones en la violencia irracional, que jamás se deje llevar de las corrientes del odio. Que trabaje en construir la unidad, la paz, la justicia sobre las bases de Dios, sobre las bases del amor». Y qué gusto me dio decirle entonces: «Santo

Padre, esa es mi predicación. Jamás el odio, aunque la calumnia lo asegure, jamás la violencia». Su palabra de orden del primero de enero de 1978 ha sido para mí una clave de mis predicaciones: no a la violencia, sí a la Paz. Y el Papa sonrío y bendecía a un pueblo que él sueña feliz por los caminos del Evangelio.

Por eso, queridos hermanos, al buscar en esta mañana en que nos hemos reunido para honrar la persona, la misión sagrada del Romano Pontífice, para celebrar el día del Papa, yo no quiero salirme de las lecturas bíblicas que se han escuchado hoy. Y podríamos decir que las tres lecturas hacen como el triple homenaje a la triple misión del Romano Pontífice: primera, es un santo, es un hombre de Dios, un digno de Cristo; segunda, es un profeta enviado por Cristo; y en tercer lugar, es un sacramento, es una presencia visible de una vida de Dios que se quiere dar en felicidad, en vida divina a los hombres. Trato de desarrollar estas [39] ideas.

1.º EL PAPA ES UN SANTO, ES UN HOMBRE DE DIOS, UN DIGNO DE CRISTO

En primer lugar, veo al Papa, y como la sunamita de la primera lectura, quisiera decirles a todos ustedes: ¡lo acabo de ver! ¡Y ese hombre de Dios es un santo! ¡Es un santo, en su fragilidad, en sus 81 años atormentado por la artritis, casi arrastrando sus pasos, pero con una mente lúcida! ¡Y sobre todo un corazón que es todo un volcán de amor para la humanidad. Es un santo! ¡Es un discípulo verdadero de Cristo!

Cuando hoy se leía en el Evangelio: «El que no deja a su padre y a su madre, y a sus hijos y a su esposa, y todo lo que tiene por mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí». Y cuando dice el evangelio de hoy que hay que dejarlo todo, porque el que quiera encontrar aquí sus comodidades, su instalación, su vida, la perderá. Y que, en cambio, aquel que por amor al Cristo y a su Evangelio la renuncie, la encontrará. Todas estas frases con que Cristo aconseja a los que han de ser apóstoles en la historia, las he visto realizadas al pie de la letra en Pablo VI, el hombre desprendido de todo.

Era la audiencia del 21 de junio cuando él decía: «La fuerza de las circunstancias nos obligan a hablar de mí misma persona aunque no es mi gusto hablar de mí. Pero hoy se cumplen 15 años de haber sido elegido a este cargo apostólico. Esto sólo quiere decir que desde entonces soy más vuestro, os pertenezco, no soy mío». Esta es la entrega del Papa; un hombre que no vive para sí, un hombre que todas las palpitaciones de su amor son para sentirse padre, conductor, guía, pastor de la Humanidad. Un hombre con un corazón tan sensible que lo hacen llorar las ingratitudes de sus malos hijos, pero lo hacen sonreír el cariño de quienes lo aman y tratan de corresponderle. ¡Un hombre bueno, un santo!

Cuando lo veía me acordaba de aquella escena en la playa del Tiberíades: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?» Y Pablo VI le responde la respuesta de Pedro: «Sí Señor, tú sabes que te quiero». «Apacienta mis ovejas». Y sólo un Papa puede saber el precio de ese amor; apacienta al mundo entero. Se necesita tener un corazón gigante para no acobardarse ante

las embestidas de tanta maldad, de tanta indiferencia de un mundo que se desacraliza, que le da la espalda a lo divino. Y un Papa que quiere seguir ese mundo para traerlo a su verdadera felicidad.

Decía él cuando lo saludaban los cardenales el 24 de junio, día de su onomástico -él se llama Juan Bautista-. El día de San Juan los cardenales lo visitan y dice un discurso, en el cual él hace como una inspección a la vida de la Iglesia. Y dice: «Permitidnos que convirtamos este homenaje a mi persona en un homenaje a la Iglesia. Ya no vivo para mí, vivo para la Iglesia -y comenzó a describir las metas de esa Iglesia, precisamente en una santidad-, no hay verdadera Iglesia cuando no hay verdadera santidad». [40] Parecía un eco al Evangelio de hoy: «El que no lo deja todo y toma su cruz y sigue al Señor, no es digno de él». La palabra de la Iglesia, queridos hermanos, en los labios del Papa es un llamamiento a santidad.

Pero así como él me decía -hablando ya privadamente conmigo-: «Prediquemos no sólo con la palabra, que nuestra predicación sea también con el testimonio de nuestra vida». Recordaba una frase que él decía una vez: «El mundo de hoy necesita tanto maestros como testigos, testigos del amor, testigos de la santidad». Y él se ha propuesto a ser un testigo de la santidad. ¡Es verdaderamente un santo! Al mirar a Pablo VI, cada católico siente, como aquel águila de los salmos, que un águila más grande lo provoca a volar, las alturas de la santidad. Las ha escalado: su fidelidad a Cristo, su amor al pueblo, la perfección de una persona que ya no vive para sí, sino que vive para ser ejemplo y meta de todos aquellos que quieren seguir a Nuestro Señor Jesucristo. Él es el verdadero seguidor. Y decía: «Cada uno tiene que seguirlo en su propia vocación: los sacerdotes con una santidad sacerdotal; los religiosos y las religiosas, con una santidad de vida consagrada; los casados con la fidelidad santa de su matrimonio; los solteros con la castidad propia de quienes deben de hacer a Dios el homenaje, el holocausto de su propia carne; la juventud, la niñez».

A todos nos quiere santos, y cada uno en la propia meta de su propia vocación. Por eso, cuando piensa uno cuál es la vocación, el papel apropiado del Papa en este Cuerpo Místico donde cada hombre y cada mujer tiene un puesto para el bien del conjunto del Cuerpo Místico, recordaba eso que ya he dicho, el carisma del Papa: confirmar a sus hermanos en la fe. Ser fuerza y cohesión del Cuerpo Místico, ser lo que Cristo le indicó un día en la persona de Pedro: «Te llamarás piedra, porque sobre esta roca voy a edificar mi Iglesia». El Papa es roca, es piedra, es solidez, es fundamento. Por eso, cuando uno, predicador de esta Iglesia, siente la dicha de estar en contacto directo con esa roca que es el Papa, que le estrecha las manos y le fortalece el ánimo, se siente que está a plomo sobre una construcción inmortal que, aun cuando soplen los vientos del infierno, no prevalecerán. Porque es Cristo es el que está construyendo sobre esa roca firme la santidad de su propia Iglesia.

Esto quisiera, queridos hermanos, al transmitirles es amor del Papa al pueblo salvadoreño, y al invitarme a comprenderlo y a seguirlo de cerca consolándolo, animándolo, apartándolo de los malos caminos del odio, de la violencia y de la venganza, del resentimiento, de las luchas fratricidas. Cómo quisiera, hermanos, que ese amor que el Papa vive tan íntimamente, tan sinceramente, se hiciera el amor de cada corazón de los que estamos tratando de honrarlo en esta mañana. Y si no sacamos de aquí otro propósito que el

de dar a nuestro corazón toda su capacidad de amar y tratar de construir un mundo nuevo a base de este amor que Cristo y su Espíritu inspira en nosotros, sólo eso bastaría, hermanos, para que el Papa [41] se sintiera muy feliz y nuestro homenaje al Papa fuera, verdaderamente, un homenaje digno de este pueblo.

Respuesta cariñosa al amor, que por mi medio les manda expresar el Pastor de todos los pueblos, y por tanto, el Pastor de los salvadoreños: «Animo a su Pastor. Comprendo -me dice- el momento difícil que le toca vivir. No es posible que todos piensen igual que Ud. Tenga paciencia, sea fuerte, ame, siga fielmente el Evangelio». ¡Bendito sea Dios, hermanos! Que la confirmación en mi camino es precisamente por donde voy caminando, tratando de serle fiel al Evangelio, a la doctrina de la Iglesia. Y yo quiero darle gracias al Señor, junto con ustedes, de que cuando pregunté en Roma si habían encontrado errores en mi fe -y allá tenían muchas de mis homilías- me han dicho con claridad: «No, errores en la fe puede estar seguro que no los hay». ¡Bendito sea Dios! Les predica, pues, quien está en comunión de fe con aquél que es el Maestro de la fe.

2.º PABLO VI ES UN PROFETA ENVIADO POR CRISTO

Y este es mi segundo pensamiento: el enviado, Pablo VI es aquél de quien ha dicho Cristo en el Evangelio de hoy: «El que recibe a mis enviados a mí me recibe. Y quien me recibe a mí, recibe a aquel que me envió». Yo encuentro en estas bellas palabras del Evangelio de hoy la comunión del hombre con Dios, sobre todo de aquellos hombres que quieren entrar en la comunión de fe para predicar una revelación que no es nuestra.

El Papa preguntaba, el día en que respondía a los cardenales, si la fe que la Iglesia profesa es la auténtica fe que Pedro recibió de Cristo. Y al constatar que, junto a la tumba que está allí muy cerca de su cátedra, la cátedra de Pedro de 1978, puede decir que es la misma que enseñó la cátedra de Pedro en los años primeros del cristianismo: hay una coherencia, hay una fidelidad.

Y aquí encontramos el segundo carisma del Papa: la infalibilidad, la seguridad de estar enseñando una doctrina tal como lo recibió de Cristo. De tal manera que todo hombre que predica en la tierra tiene que confrontar su predicación con la predicación del sucesor de Pedro. Y al poderle decir a su pueblo, lo que yo predico a ustedes es lo mismo que el Papa predica, es el depósito que él cuida y conserva; hay una felicidad profunda en el corazón del Pastor, de poderle decir a su pueblo: sigamos en esta doctrina, conozcámosla cada vez más. Y hay un ánimo nuevo de seguir predicando en estas homilías la doctrina del Señor. Se me preguntó en Roma si no me parecían muy largas mis predicaciones. «Soy el primero en sentirlo -les decía yo-, pero cuando yo veo un pueblo atento a mi palabra, yo aprovecho los minutos. Y yo agradezco a mi pueblo que me escucha. Y cuando sé que más allá de la multitud de Catedral, la radio casi monopoliza el auditorio a esta hora, estoy seguro de que el Espíritu [42] de Dios en mis pobres palabras está llevando la revelación, el mensaje del Evangelio. Trato de ser fiel al Evangelio, que aun cuando esta palabra molesta a un sector o a otro sector, trato de definirla plenamente como la doctrina auténtica de la Iglesia. Y no

quiero que sea una doctrina manipulada por ningún grupo particular, por ninguna tendencia política de partido, por ninguna oposición ni por ningún oficialismo».

No quiero que nadie use mi palabra, mi palabra de Dios, para intereses solamente de la tierra. Estoy con aquel que busca la justicia, por la justicia que busca, pero sin compartir los caminos por donde él, autónomo, pude buscarlo. Ya sé que la Iglesia no me permite ir por caminos de violencia, por caminos que no son los caminos de Jesucristo. Pero gracias a Dios, esa infalibilidad por la cual se puede asegurar que la doctrina de Pablo VI es la doctrina de Pedro y la doctrina de Cristo es de verdad, bendito sea Dios, la doctrina que el humilde arzobispo de San Salvador predica a su pueblo, y crece en la fe junto con su pueblo. Porque yo también, hermanos, recibo la predicación de ustedes. Yo sé, con la doctrina teológica de la Iglesia, que ese don de la infalibilidad que sólo Dios posee, lo ha dado al pueblo de Dios. Y que ese pueblo de Dios tiene un órgano que es el Papa.

El Papa expresa el carisma de la infalibilidad al mismo tiempo que el pueblo lo siente y lo vive. Por eso, el pueblo sabe sentir cuando la predicación no es auténtica. Ustedes tienen un sentido muy fino que se llama el «sensus fidei» -sentido de fe- por el cual un miembro del pueblo de Dios, puede detectar cuándo un predicador no está a tono con la doctrina verdaderamente revelada por Dios.

Pero cuando un pueblo escucha, asiente y sigue; no digo yo, hermanos, que muchos de los que me escuchan no me escuchan por motivos religiosos. También esta objeción tuve que responderla en Roma. Sé que muchos escuchan con intenciones políticas, con intenciones de cogerme en alguna frase, con intenciones de retarme en algo incorrecto que yo diga. Pero sé que la mayoría de quienes me escuchan, escuchan como quien busca la revelación de Dios. Y si alguien no lo hace así, sepa que no está en sintonía conmigo. Porque yo estoy predicando como Pastor, como maestro de la fe. Y solamente quiero una cosa: que esta fe que yo predico encuentre eco de fe, de religión, eco de amor en el corazón de todos ustedes. Y es así cuando el pueblo de Dios es garantía también, para asegurarle al predicador que su doctrina, su enseñanza, va por los caminos de la verdadera revelación.

Y en esta forma, el servicio al pueblo es desde la Iglesia. No es un servicio demagógico, no es un servicio político. La Iglesia no está politizada. Si la Iglesia toca aspectos políticos es desde competencia de revelación de Dios para decirle a la política lo que no está bueno, lo que es pecado. Y [43] ella tiene el deber de señalar en la moral de los hombres, y la moral abarca todos los aspectos de la vida humana. El Papa recordaba que hace 10 años, su Encíclica *Humanae Vitae*, dio las normas seguras que todos tienen que seguir. Y aunque muchos digan: «¿Por qué la doctrina de la Iglesia se va a meter en la intimidad del matrimonio?», sí, tiene derecho, porque es guardiana de la Ley de Dios y de la naturaleza. Y en nombre de esa ley habla también de la intimidad del matrimonio. Así también en nombre de esa doctrina de Dios, de unos mandamientos de Dios, de una justicia de Dios, reclama, en el campo político, lo que no es lícito. Y esto no lo puede callar. Y meterse a hablar así, no es meterse en política sino predicar, desde su competencia evangélica, el reclamo de Dios a la humanidad.

El domingo pasado, al medio día... en la Plaza de San Pedro, rezó el Ángelus como lo hace todos los domingos. Y antes de rezar a la Virgen, el Papa siempre tiene una pequeña

alocución. Les digo que me hizo llorar el domingo pasado, cuando contó, antes del Ángelus, la tierna historia de un niño italiano llamado Mauro, de 11 años, que cuando vio que secuestraban a su hermanito de 15 años, dijo: «No lo lleven a él. Él está enfermo, llévenme a mí mejor». Y los secuestradores se llevaron al niño de 11 años. Y cuando sus padres lograron recoger algo del rescate para ir a salvarlo, el que llevaba ese precio, recibió con la cacha del revólver un golpe cruel en la cabeza porque no llevaban lo que pedían. Y su propia madre de ese niño se ofrece para que lo dejen libre. Está desde abril en manos de sus captores. Y el Papa ordenaba severamente la maldad de este mundo en que vivimos, pero al mismo tiempo elogiaba la ternura de aquel que él llamó «el pequeño corderito». «¡Mauro estamos contigo, no estás solo! ¡Tú eres un héroe de la Humanidad, tú eres un modelo de ternura y de bondad de esa que el mundo de hoy tanto necesita!»

Cuando el Papa denuncia casos concretos, pensaba yo con alegría: ¡Es el papel de la Iglesia! Yo no hago otra cosa aquí, en la cátedra de mi Diócesis, que señalar aquellas cosas injustas para reclamar en nombre del Evangelio y de la justicia. Así como también con justicia elogiamos los pasos buenos que se dan: ¿quién no va a sentir, por ejemplo en esta mañana, como sangre propia el dolor del sacerdote Hermógenes López, asesinado brutalmente el 30 de junio cerca de su parroquia en San José Pinula, a 24 kilómetros de Guatemala? En esta Misa nos queremos solidarizar con ese asesinato que nos ha hecho pensar mucho en la manera en que murió nuestro inolvidable P. Grande.

También ahora queremos solidarizarnos con el reclamo del Señor Vicario General de la Diócesis de Santiago de María, cuando denuncia la captura injusta de José Adán Romero y Carlos Chicas en Ciudad Barrios, mientras van cumpliendo misiones de su ministerio pastoral. Yo los conozco a los dos, y son verdaderamente hombres que trabajan por el Reino [44] de Dios. Y puedo dar testimonio de que lo que pide el vicario general de Santiago de María es justo, como justa es también su protesta por este atropello injusto.

Me solidarizo también con el sufrimiento que vino a contarme la familia del Dr. Eduardo Antonio Espinoza Fiallos, profesor de Medicina en la Universidad. Capturado y llevado a la Policía Nacional, donde hay testigos, según la familia, de que lo han visto allí. Este pobre médico necesita ciertos tratamientos y no se sabe cuál es su situación actual.

También con los miembros del Comité de Madres y Familiares de Presos y Desaparecidos. Tengo que ser solidario con la denuncia del desaparecimiento de Miguel Amaya Villalobos y Roger Blandino Nerio a las 11 y ½ de la noche el 29 de junio, del Centro Penal de Cojutepeque; por solidarizarse con la huelga de hambre de las madres. Estaban a la orden del 4.º juez de lo Penal, y ni siquiera en la Dirección de Centros Penales se quiere dar una noticia a la pobre familia. El Ministro de Justicia está en la obligación de responder a este reclamo de la familia y de estos desaparecidos, ya a las órdenes de un juez.

Igualmente, se denuncian maniobras por implicar injustamente a los presos políticos de la cárcel de Santa Ana en un intento de fuga. Tenemos que sentir también, como propio, el sufrimiento de aquellos que están sufriendo el hambre como un medio para reclamar una noticia de sus seres queridos. Una de las madres está muy grave y no se atiende el llamamiento que está haciendo su dolor. En el Paisnal, dos campesinos asesinados: Roberto Saracay y Santos García Molina. Después de haberlos sacado a media noche y golpearlos,

aparecen muertos. Luego hay injustas maniobras en la empresa minera de San Sebastián, donde se dice que hay complicidad del Ministerio de Trabajo. Tampoco se normalizan la situación laboral de la Textil INCA y de la empresa IRA.

Cuando se miran todas estas manifestaciones de dolor, de violencia, de sufrimiento, que oportuno me pareció, hermanos, leer allá en Roma, en el periódico que sale bajo la vida del Papa L'Osservatore Romano, un artículo del director del periódico que se titula «L'ostato Democrático e la Violencia». Y dice entre otras cosas: «El objetivo que se debe tratar de alcanzar en un estado democrático es hacer cada vez más hipotético e irreal el caso en que el recurso a la fuerza de parte de individuos y grupos, pueda justificarse por la existencia de un régimen tiránico de nuevo tipo; en el cual, las leyes, las instituciones, los gobiernos, más que conocer y promover, conculcan sistemáticamente las libertades fundamentales y los otros, derechos naturales del hombre, reduciendo los súbditos a la condición de oprimidos. Si el estado democrático tutela y promueve en base a la Constitución, a las leyes, la libertad y los otros derechos del hombre, y predispone y emplea los instrumentos apropiados para asegurar [45] justicia y paz a los ciudadanos; y además les da la posibilidad de pronunciarse mediante elecciones libres y representativas en el ejercicio del poder y la sustitución eventual de sus sectores; entonces, no sería más admisible el recurso a la violencia de parte de individuos y de grupos».

Esto es lo que se enseña en el Vaticano: un amor a la libertad, una proclamación de estos derechos. Cuando el arzobispo de San Salvador predica así como lo acabo de hacer, no hago otra cosa que hacer eco a la misma predicación que allá en Roma, junto al Papa, se realiza. Porque un Evangelio que no trate de señalar las lacras concretas de la humanidad pecadora para salvarla y arrancarla del pecado y hacerla feliz, no es el verdadero Evangelio salvador de Nuestro Señor Jesucristo.

3.º EL PAPA ES UN SACRAMENTO, ES UNA PRESENCIA VISIBLE DE UNA VIDA DE DIOS QUE SE QUIERE DAR EN FELICIDAD, EN VIDA DIVINA A LOS HOMBRES

Y por eso termino, queridos hermanos, con este tercer pensamiento de la segunda lectura de hoy. Diríamos que el Papa, en el primer pensamiento, lo presentaba como un santo que encarna el anhelo de santidad de la Iglesia. En el segundo pensamiento, lo he presentado como un profeta enviado por Dios a conservar y a anunciar su doctrina revelada y con la cual tenemos que confrontar todos los que predicamos en la Iglesia. En tercer lugar, donde San Pablo nos habla del bautismo como cuna de hombres nuevos, voy a decir que el Papa es el gran sacramento de la renovación del mundo.

Él es un hombre como todos los hombres, pero Dios le ha depositado el carisma de ser el centro de la unidad sacerdotal. ¡Es el gran sacerdote! Si es cierto que nuestro episcopado y nuestro sacerdocio deriva directamente de Cristo Sacerdote, el ejercicio de este episcopado y de este sacerdocio depende de la jurisdicción que el Papa da a los que se han ordenado. Por eso, tenemos que dar cuenta al Papa de nuestra predicación, y él tiene

derecho a orientar nuestra actitud pastoral, y hoy regreso de Roma, hermanos, con estas orientaciones y estos carismas tan nuevos que podamos continuar mientras el Papa quiera que yo sea el Pastor de esta Diócesis y tenga confianza en mi humilde palabra y en mi conducta, para dar este anuncio del Evangelio.

Y sobre todo, hermanos, esta santidad sacramental. San Pablo nos ha dicho hoy que un cristiano no es otra cosa, ni nada menos, que un hombre incorporado a la muerte y la resurrección de Cristo. En esto está la verdadera redención. Por eso, la Iglesia no puede confundir su predicación, su misión con otros modos de liberación meramente terrenal. La liberación que la Iglesia predica es esta: la del Papa, la del bautismo, la de los sacramentos, la de la confesión. Aquella que le dice al pecador: yo te absuelvo de tus pecados. Yo rompo las cadenas que son la causa de [46] todas las esclavitudes del mundo. Porque el mundo no sería tan malo si los hombres estuvieran perdonados de sus pecados. Pero hay maldad porque los hombres son esclavos del egoísmo, del orgullo, de la ambición, de la envidia, del poder abusivo. Por eso hay pecado; y porque hay pecado, por eso hay también desgracia, hay distinción en la humanidad que debía de ser la familia de los hijos de Dios.

Es hermoso pensar, para terminar, que San Pablo nos habla de que esta incorporación del cristiano en Cristo es definitiva. Todo el que no se bautiza, si de veras quiere permanecer fiel a su Cristo, ya no morirá más; solamente traicionando su fe y su convicción religiosa da la espalda a Cristo y se convierte en pecador. Y así tenemos la desgracia de muchos pecadores bautizados, de muchos paganos bautizados, de muchos idólatras bautizados. No están cumpliendo su papel del bautismo. El Papa es el gran sacramento porque en él se refleja la Iglesia. De él deriva la jurisdicción, la capacidad de un sacerdocio que bautiza hombres en todo el mundo y que incorpora seres humanos para hacerlos miembros nuevos de una humanidad nueva.

Queridos hermanos, que este homenaje al Santo Padre culmine en un propósito de fidelidad a nuestro bautizo, en un propósito de santidad. Que no vamos a luchar por liberaciones meramente temporales, sino que vamos a trabajar por la verdadera libertad de los hijos de Dios, por romper las cadenas que amarran el corazón y el alma; y para hacer de cada uno de nosotros un instrumento hábil para crear un mundo nuevo. Que de nada servirá hacer estructuras nuevas, hacer leyes buenas si no hay hombres nuevos que, con un corazón renovado en Cristo, sepan hacer de la Patria una verdadera Sociedad nueva.

Les agradezco el homenaje que conmigo están rindiendo al Santo Padre. Vamos a entrar ya en la intimidad de nuestra Eucaristía, y al elevar esa hostia y comulgarla, sentir que ese Cristo que nos alimenta de vida eterna es el que está sosteniendo, hasta la consumación de los siglos, a ese ser importante de nuestra Iglesia en el cual esta mañana nosotros ponemos todo nuestro amor, nuestra confianza, nuestra solidaridad: el Papa.

Creemos en sólo Dios... [47]

La Salvación: iniciativa de Dios

14.º Domingo Tiempo Ordinario
Domingo 9 de julio de 1978

Zacarías 9, 9-10

Romanos 8, 9, 11-13
Mateo 11, 25-30

Queridos hermanos:

Todos los domingos, el pueblo cristiano se reúne para alimentarse de la Palabra de Dios y de la participación de la Eucaristía. No esperemos esos dos objetivos de nuestra misa dominical. No venimos sólo a escuchar la palabra, sino que venimos a hacer que esa palabra se haga vida, se haga celebración. Palabra que se hace Pascua, que se hace cuerpo y sangre de Cristo que nos redime. Y por eso hemos de llevar en ese torrente de la Palabra de Dios lo concreto de nuestra vida; para que así, nuestra Eucaristía dominical, no sea un acto paralelo a nuestra vida, sino que sea verdadera alma, verdadera fuerza, espíritu de nuestra propia vida, de nuestra propia historia.

Por eso, siempre tengo el cuidado de darles unos cuantos ejemplos de la realidad histórica que vivimos. No es esto salirme de marco de la Palabra de Dios. Es una invitación a todos ustedes, para que, así como lo hacemos aquí el domingo, iluminando las realidades de la Patria, los problemas [48] del país, cada uno trate de iluminar también los problemas de su propia familia, sus propios problemas personales. Si somos cristianos, en esto se debe de conocer, en que nuestros criterios, con que iluminamos la realidad de nuestra vida, no son criterios del mundo, criterios de egoísmos, criterios materialistas, criterios de odio, de venganza; sino que son criterios de amor inspirados por Cristo.

Por eso, hermanos, las realidades que aquí se señalan, luego las conducimos iluminadas por esa palabra de Dios, al altar de la Eucaristía, donde toda esta vida de nuestra patria, de nuestra familia, de nuestro propio ser individual, por más íntimo que sea, se hace sacrificio con la hostia y el vino, fruto de la tierra y del trabajo de toda la semana que traemos como manojos de espigas para nuestro altar. Son nuestras realidades las que queremos iluminar cada semana. Es hermoso, entonces, la misa del domingo porque vengo a traerle al señor el fruto de mi trabajo: mis penas, mis esperanzas, mis fracasos, mis alegrías, mis tristezas. ¡Y todo es de él! Casi le respondo a la Palabra del Evangelio de hoy: «El que se sienta agobiado, cansado, con penas, con preocupaciones, ¡venga! y yo lo aliviaré». Y salimos de la Misa verdaderamente saboreando que no vamos solos en la vida, que va con nosotros un poder divino que le da sentido a nuestro sufrimiento, a nuestras esperanzas y proyectos.

Así, queridos hermanos, en esta semana por ejemplo, yo he esperado, con angustia y esperanza, una respuesta a la angustia de la señora de Matsumoto. En todos los periódicos se publicó el llamamiento de parte del Arzobispado, que haciéndose eco a ese sufrimiento, está seguro de que ha de llegar a aquellos que saben el paradero del Sr. Matsumoto. ¿Dónde está? y ¿cómo está? Es lo que esta esposa desea saber con las manos abiertas a toda negociación posible de su encuentro con él. No es cierto que la familia haya cerrado la negociación. Ella está dispuesta a una negociación con tal de que sea posible, naturalmente, y si las condiciones de carácter político que los secuestradores ponían como precio de la libertad del Sr. Matsumoto se volvieron insuperables por parte de quienes pudieron

negociarlas, es de responsabilidad de los políticos y no quisieron tratar las condiciones políticas.

Pero recuerden, que por encima de los intereses políticos de partido o de grupo, siempre tienen validez los sentimientos humanitarios en nombre de los cuales esta esposa afligida se ofrece a la posible negociación. Yo expreso también en el llamamiento, que me duele mucho la pérdida de la libertad y, quién sabe si también, de la vida de aquellos que se han puesto como precio de la vida y de la libertad del Sr. Matsumoto. Pero por eso mismo, en nombre de una sana moral, yo repito un gran principio que se está olvidando mucho y que hay que tenerlo muy en cuenta en todos los órdenes de la moral: «Non sunt facienda mala ut eveniant bona», se anuncia en latín: «no se puede hacer cosas malas para obtener cosas buenas». [49] No se puede comprar ninguna libertad ni ninguna dignidad inocente conculcada. No se pretende llevar un consuelo a las familias de los desaparecidos, sumiendo en la misma angustia a otra familia. Jamás se puede hacer un mal como medio para adquirir un bien. Cuando se dice que la Iglesia se ha hecho comunista, se olvida que este principio, que poco importa al comunismo, la Iglesia lo sigue proclamando. Los fines no justifican los medios. Por más bueno que sea un fin, nunca se puede poner un medio malo para adquirirlo. Esto tiene aplicaciones muy enormes. Como digo, se han olvidado mucho en nuestro tiempo.

Que alegría me dio cuando esta semana leía, en cambio, el conmovedor relato de aquel niño que les mencioné el domingo pasado, porque el Papa lo mencionó hace 15 días en su alocución del medio día. Mauro Carassale, niño de 11 años que se ofrece por su hermanito de 15 años, que lo llevan secuestrado y dice: «No lo lleven a él, está enfermo ¡Llévenme a mí!». Y estuvo desaparecido. Y esta semana, por fin, ha vuelto a su hogar. Y dicen que se había hecho muy simpático a sus secuestradores, que cuando se despidió de ellos le dijeron: «¡Perdónanos Mario, perdónanos Mauro!» Ojalá ese sentimiento humano, yo evoco el final de mi llamamiento con palabras del Papa hablando de otro secuestrado, Aldo Moro, le dice a sus secuestradores: «Dejadme que yo, intérprete de tantos compatriotas vuestros pueda alentar la esperanza de que todavía se albergan en vuestros espíritus sentimientos de humanidad que al fin triunfan. Yo espero la prueba de ello rezando y también amándoos siempre. Siempre que hemos denunciando un pecado, un crimen, no lo hemos hecho sin amor. Con amor y con oración esperamos que lo noble que queda en el sentimiento humano, por más criminal que sea un hombre, siempre triunfará lo bueno. Y le pedimos al Señor, amando de corazón a los pecadores, que vuelvan de verdad a un camino más humanitario». Ojalá que estas palabras, que a través de la radio sé que llegan a muchos rincones, lleguen también a ese misterioso silencio donde se esconde el Sr. Matsumoto y podamos volver a sentir la alegría de un hogar que vuelve a la tranquilidad.

También está sin resolverse el desaparecimiento del Dr. Eduardo Antonio Espinoza Fiallos, profesor de Medicina de la Universidad. Su familia pide o la libertad, o que se le someta a un Tribunal.

También sufrimos con 273 familias sin trabajo en las misas de San Sebastián, donde se les ha prometido y no se les cumple. Ojalá el Ministerio de Trabajo se sienta más responsable de este conflicto laboral como de otros, y vuelva también tranquilidad a estas gentes sin trabajo y sin comida.

Hemos visto también, con alegría pastoral, cómo resuena la voz en América Latina en el mismo sentido en que tratamos de hacer resonar la [50] voz de la Iglesia en esta cátedra. Sesenta obispos en Bogotá han estado preparando, después de recoger la consulta de toda América Latina, el documento que servirá como base para el diálogo del Episcopado, que se reunirá en octubre, en Puebla. Y se han hecho allí consideraciones muy enérgicas y críticas a la actual situación social, económica y política de América Latina. El Episcopado de Colombia presentó un trabajo en que hizo un serio análisis de la situación de su país. Y estas voces, sin duda, se oirán en Puebla. ¡No pueden dejar de oírse! Cuando se dice, por ejemplo, la Iglesia colombiana responsabilizó a las clases políticas y económicas de la crisis que vive la nación, afirmando que las instituciones nacionales acusan marcado deterioro en su función, en la efectividad para cumplir las tareas que le corresponde en el sentido ético y con normas reguladoras. Dijeron también que los militares no han escapado a la crisis moral que agobia al país. Confesaron una tremenda crisis moral que se apodera de todo los sectores de la vida nacional. La mentalidad capitalista absorbe los valores cristianos que se desearía orientara a la nación de veras, como no sólo gritar peligro del comunismo es salvar a la Patria. Es que le están haciendo el juego también al comunismo estas formas sociales, políticas, inspiradas en un capitalismo también, diríamos, ateo; porque adora como Dios al dinero y al poder, y se olvida de que Dios es el Padre de todos los hombres.

La Radio Vaticano, también en esta semana, se refirió a una época difícil para las relaciones entre el Estado y la Iglesia, especialmente en América Latina, África y ciertos países comunistas. Ven una perspectiva cristiana, no solamente mira el peligro comunista; sino que mira también un peligro parecido en un anticomunismo de inspiración cristiana, sino de inspiración egoísta que ya desde los tiempos de Pío XII llamaba cómplice del comunismo; también a ese falso anticomunismo de que tanto nos preciamos en ambientes como el nuestro. «Ciertos regímenes -dijo Radio Vaticana-, ciertos regímenes autoritarios de América Latina les preocupa la obra que la Iglesia católica lleva a cabo a favor de lo Derechos Humanos y de las clases menos favorecidas».

Esto es tan cierto, hermanos, que donde quiera que haya un Evangelio que se predica unido a la promoción cristiana del hombre, allí surgirán conflictos. Basta una mirada por todo el Continente Latinoamericano, donde se trata de predicar un Evangelio que reclama un Reino de Dios, más justo ya en esta tierra entre los hombres cristianos, allí surgen los conflictos. Como acaba de suceder con el sacerdote asesinado en Guatemala, por querer evitar que se lleven el agua de su pueblo para ir a surtir a la capital. Donde quiera que haya un esfuerzo por defender al pobre y promover al pueblo que deje de ser masa y se convierta en conciencia crítica, allí estorba la Iglesia. Por eso el problema de El Salvador es el problema de muchos países. Donde no se predica un Evangelio que provoque este conflicto, naturalmente, no hay conflicto, todo anda bien. Como [51] anda bien el Evangelio que predicaban los protestantes cuando ellos tampoco quieren predicar un Evangelio comprometedor con el pueblo. Pero eso no es el Evangelio ni aquel Cristo que se hizo hombre para sentir con los hombres la angustia; y por los hombres, subir también a un calvario.

En el discurso del Señor Presidente, nos preocupa un tono predominantemente represivo y un silencio a las justas demandas de un pueblo que pide. Formalmente se ha pedido una Amnistía, la derogación de la Ley del Orden Público, más bien queda ratificada; el derecho de los campesinos a organizarse. En cambio nos llenan de esperanza muchos conceptos de una filosofía de gobierno que, si se llevan a cabo, podrían ser las puertas abiertas a muchos problemas del país. Por ejemplo: la filosofía de la verdadera paz sobre bases de justicia, libertad y verdaderas leyes. La humanización de las riquezas y el sentido de función social de la propiedad privada, ¡magnífico! La participación de todos los salvadoreños en el servicio político del bien común. Respeto a la interdependencia de poderes. El hombre del campo como centro de gravedad de una política agraria. Perfeccionamiento de un sistema de justicia. Educación integral. Me gustó mucho esto: migración a países amigos.

Yo creo que Dios no tiene la culpa. Dios ha hecho la tierra para todos y si en El Salvador estamos hacinándonos mientras hay países con tierra baldías, los hombres tienen que entenderse para que la población sea distribuida más justamente. Yo me alegro de este proyecto de migración a países amigos. Desarrollo pleno de la persona humana, libre expresión del pensamiento, etc., son ideas de las que podría decir Cristo: «Como el doctor de la ley, bien has respondido, haz eso y vivirás». No habría conflicto en el país, de veras, si esas puertas se abrieran con toda la sinceridad de quien busca el bien común. Y allí es donde la Iglesia también ofrece aquella sana colaboración que el Concilio le pide. La Iglesia no se niega al diálogo y a la cooperación, solamente espera la sinceridad de los hechos y está dispuesta a dar toda la revelación de que hoy precisamente queremos hablar basándonos en la palabra de Nuestro Señor Jesucristo.

Pero antes, quiero también referirme a la vida de nuestra comunidades. Quiero destacar lo que sucedió ayer a las dos de la tarde en una comunidad de padres jesuitas. En ocho vehículos y un camión llegaron alrededor de 50 o 60 miembros de seguridad fuertemente armados. La finalidad del operativo era la búsqueda de armas que, según ellos, había sido denunciada esa presencia de armas. Y por eso, el operativo fue como quien va a sitiar una fortaleza militar, toda la cautela. Los padres, que estaban en sobremesa después de almorzar, dieron toda clase de facilidades para el registro, adelantándose a mostrar las habitaciones de la casa. Se registró hasta el último rincón y no encontraron absolutamente nada. Los cuerpos de seguridad han tenido la oportunidad de verificar que estos sacerdotes realmente no tienen armas. Su fuerza, como la de todos los [52] cristianos, reside en su fe y en su amor. Pero da pena pensar que se tengan estos gestos de desconfianza. Queremos confesar con nobleza que los militares iban capitaneados por gente muy entendida en esta clase de operativos. Se portaron caballerosamente, si podemos llamar caballerosidad entrar con los fusiles como apuntando a enemigos. Sin embargo, pues, no hubo atropellos personales, pero que quede constancia de que estos no son gestos que ganan confianza a la Iglesia. Y quiero felicitar a los padres jesuitas de esa casa por la serenidad y la franqueza con que supieron soportar esta nueva prueba de desconfianza a su trabajo, que yo aprovecho para ratificar la confianza plena de la Iglesia en todos sus sacerdotes, pero que con valor tienen que estar dispuestos a ser objeto de conflictos, de sospechas, mientras trabajen por la promoción auténtica del hombre como Cristo nos pide.

Quiero adelantarme también a felicitar a la Comunidad de Tepecoyo, donde las Hermanas de la Caridad han terminado una bonita Iglesia que va a ser bendecida hoy a las

dos de la tarde. Y a este propósito, yo hago una felicitación y transmito un saludo a todas las religiosas tanto de los trabajos tradicionales de colegios, hospitales, como los trabajos pastorales directos de los pueblos. De parte del Perfecto a la Sagrada Congregación para Religiosas, cardenal Pironio, un obispo latinoamericano de Argentina a quien tuve el gusto de estrechar muy cariñosamente -es un gran amigo- y me dijo: «Tres cosas son necesarias para que una comunidad religiosa sea auténticamente comunidad de esperanza de Iglesia: 1.^a) que se preocupen mucho de amar a Jesucristo; 2.^a) que traten de ser fiel a los carismas de su fundación, a su espíritu de congregación; 3.^a) -esto es muy importante- que se preste al trabajo de la Iglesia local. Una comunidad de religiosos y religiosas que pone su empeño en amar cada día más a Cristo y en ser fiel a la mística a su congregación, pero no sólo eso, sino que sobre todo pone ese amor y esa mística al servicio del pueblo donde está trabajando, a la línea pastoral del obispo que conduce la Comunidad Arquidiocesana, dígales que estoy muy tranquilo de esas comunidades aunque las llamen comunistas, tercermundistas, etc.». Este cardenal me contó también: «no te preocupes -me trata de tú como buen argentino, y me dice-: a mí también me han llamado comunista. Me acaba de llegar un libro titulado así: Pironio, pirómano, incendiario, hombre comunista, le digo, me alegro de ese honor de que también allá nos llamen comunistas, a los que como Ud., hemos tratado de hacer realidad en nuestra América esa documentación que fue inspirada por el Espíritu de Dios: Medellín. Y que se está preparando para progresar en sentido divino: en Puebla.

Y a este propósito también, hermanos, olvidaba decirles que vuelvo de Roma con una invitación especial para asistir a Puebla, donde tendré el gusto de participar junto con los obispos que estudiarán, pues, estos problemas de América Latina. [53]

Finalmente quiero decirles, ya en vísperas de nuestra fiesta patronal del Salvador del Mundo, que hagamos de estos días, días de intensa oración. Aquí la Catedral se pone pintoresca, pero más que todo se pone fervorosa en estos días, vísperas de la fiesta del 6 de agosto. Vengamos a visitar al Divino Salvador. Traigamos peregrinaciones y preparémonos, sobre todo, para celebrar el 6 de agosto con una hermosa concentración de comunidades como el año pasado, allá en el Parque, para honrar en nombre de toda la Patria al Divino Salvador del Mundo. Y como un esfuerzo práctico en su honor, yo les pido una vez más, hermanos, que el esfuerzo que estamos haciendo por hacerle una hermosa Catedral, no desmaye. Gracias a Dios sigue adelante, y las líneas elegantes de la cúpula que va a coronar este templo ya se van destacando cada día más definitivas. La ayuda de todos, sobre todo en esta temporada de la fiesta de nuestro Divino Patrono.

CAMINO DEL MINISTERIO DE LA SALVACIÓN

Porque yo quiero presentar mi homilía como un camino del misterio de la salvación. Un camino que arranca de la iniciativa de Dios y que explica como una redención integral en medio de los hombres pero que solamente la pueden recibir los sencillos, los humildes, no los sabios según un mundo. Estas tres ideas, pues: primera, la iniciativa de la salvación de Dios. Segunda idea, en qué consiste esa salvación. Una salvación integral abarcando

también al cuerpo, las relaciones sociales del hombre. Naturalmente lo primero su alma, su vida eterna, pero también la vida temporal. Y Tercera idea, dispongámonos porque no todos reciben esa salvación de Dios. Cristo ha dicho: «Te doy gracias Padre, porque has escondido esto a los soberbios y las has revelado a los humildes y a los sencillos».

1er PENSAMIENTO:

LA INICIATIVA ES DE DIOS

La primera lectura es un canto bellísimo a la venida del rey. «¡Alégrate, hija de Sión! ¡Canta, hija de Jerusalén!, porque tu rey viene a ti». Es un rey que toma la iniciativa de venir a visitar a la humanidad y la humanidad se alegra no porque ella haya convidado a ese rey, sino porque el rey -como dice la Sagrada Biblia-, en esto conocemos que nos ha amado, en que antes que nosotros lo amáramos, él viene por nosotros. Y Cristo en el Evangelio nos habla del misterio escondido. No lo hubiéramos conocido, como no se conoce lo que está pensando otro hombre mientras mantenga en el misterio de su cerebro su idea, hasta que él por iniciativa propia dice: voy a decirles algo, les quiero comunicar un pensamiento, del hombre. Así estaba también el Dios escondido hasta que él lo reveló: el misterio de la salvación. [54]

Y más claramente dice Cristo: «Porque al Padre no lo conoce nadie más que el Hijo. Y al Hijo no lo conoce nadie más que el Padre y aquél a quien el Padre se lo quiera revelar». Hermanos, ¡mucho cuidado con la fe! La fe es un don gratuito. Dichoso el hombre que tiene fe, no la ha merecido él, se la ha dado Dios. Dichoso aquel que conoce a Cristo, porque nadie conoce a Cristo más que el Padre. Y el que llega a conocer a Cristo ya es participante del pensamiento del Padre. Y aquel que sabe abrir sus labios para decir con toda conciencia y amor: «Padre Nuestro que estás en los cielos», dichoso porque tiene fe, porque sabe que existe un Padre que nadie conoce, si no es que el Hijo se lo ha revelado.

Todos ustedes y yo, que hemos venido esta mañana a la misa porque vamos a ofrecer el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Cristo para aplacar al Padre por los pecados del mundo y atraer de Dios bendiciones para nuestra familia. Este conocimiento nos podía decir Cristo ahora como se lo dijo a Pedro: no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Nadie tiene fe por propio mérito. Toda fe es un regalo de Dios. Agradecámoselo y no lo andemos exponiendo. Mucha gente está jugando con su fe diciendo: «Yo ya no creo, yo ya no tengo fe». No lo dirías si no tuviera fe. Desde luego que dices que no tienes fe, es porque sabes que hay fe y la quieres tener. Y quererla tener, ya es tenerla.

Pobrecitos aquellos que ni se les ocurre mirar al cielo siquiera por los rastros de la creación natural. Como decía Pablo hablando de los romanos, que aunque Dios no les haya revelado el misterio profundo de su personalidad divina, pueden rastrearlo por la creación y por la conservación del mundo. Son responsables, también, los hombres de vislumbrar siquiera una fe natural: existe Dios, desde luego que existe el sol, desde luego que cada año

por un mismo tiempo van apareciendo las flores, las frutas. ¡Qué orden maravilloso! Existe un ser que les da el orden y el ser a las cosas.

Pero si además de eso, como dice el Concilio, Dios ha querido hablar como de amigo a amigo, y les ha dicho a los hombres que es posible entrar en contacto con él y participar de su felicidad divina, y hacer renacer en el corazón del hombre la esperanza de otra vida que ya se hace presente también como Reino de Dios en esta tierra. Trabajar por esa otra vida, trabajar por ese Reino de Dios de más justicia, de más amor entre los hombres. Trabajar por fe y no sólo por reivindicaciones de liberaciones meramente humanas. Trabajar con la convicción de que todo aquel que ya lleva la fe en su corazón ya es un liberado. Esto me lo explicaban maravillosamente allá en el Secretario de Justicia y Paz en Roma, donde nos decían que hay que sembrar esta fe en el pueblo aun cuando no lleguemos a mirar una liberación de orden social, político o económico. No es predicar un conformismo pero es decir al hombre que ya tiene fe, [55] que ya es libre, que la Palabra de Dios no está amarrada a ninguna esclavitud cuando se lleva a amor y se lleva el sentido de esperanza y de libertad en el corazón; que nuestro pueblo salvadoreño, a pesar de estar tan sufrido y tan oprimido, cuando despierte en su corazón la fe y la esperanza, ya es un pueblo libre.

Esta es la libertad que la Iglesia predica. Hermanos, en este sentido todos podemos salir libres, promovidos con la verdadera promoción de esta Catedral o de las comunidades donde la Iglesia nos invita a reflexionar en la Palabra de Dios. La Iglesia no tiene un esquema, un sistema; no puede proponer una línea política, una organización popular. La Iglesia no le toca hacer eso. Y la Organización Popular que quiera decir a los cristianos que no son cristianos si no se hacen de FECCAS, de UTC, de ORDEN o de cualquier organización, están mintiendo, están abusando de la Iglesia.

La Iglesia no predica ningún sistema concreto. La Iglesia no ofrece ningún método; pero la Iglesia ofrece los principios de la verdadera libertad: creer en el Dios liberador. Y de allí surgirá para cada hombre su propia opción libre. Todo hombre es libre para optar por el camino político por el cual él quiera ayudar a la Patria, tiene derecho a organizarse con otros que piensen como él los caminos de la verdadera liberación. Lo que Dios da, pues, es una fe profunda en el corazón y hacer sentir al hombre que no hay callejón sin salida; que la Patria, por más oscura que se vuelva su historia, si llega a iluminarse en el hombre seguirán iniciativas divinas que salven a la Patria. Por eso, lo primero que yo le pido al Señor y que todos ustedes inspiran en estos días del Salvador del Mundo, es que nuestro pueblo tenga fe. La fe que es un don de Dios y que gracias al Señor se nos ha dado desde nuestra niñez, si no andamos jugando con ella.

2.º PENSAMIENTO:

EN QUÉ CONSISTE ESA OFERTA DE DIOS

En las lecturas de hoy, queridos hermanos, además de la iniciativa divina, aparece en qué consiste ese Evangelio. Entendido Evangelio en el sentido que lo mencionaba San

Pablo. Evangelio: fuerza de Dios, misterio escondido de Dios que se revela, misterio de salvación ofrecido a los hombres. ¿En qué consiste esto, que yo quisiera ahora tener toda la claridad de un lenguaje para que me la comprendieran hasta el más sencillo de los que me están escuchando?

En primer lugar, consiste en un conocimiento. Nadie conoce al Padre sino el Hijo y al Hijo nadie lo conoce sino el Padre y aquél a quien el [56] Padre se lo quiera revelar. Ante todo es un conocimiento. Pero no es un conocimiento de difíciles teorías. Naturalmente que es tan profundo que le da tema a los teólogos para que investiguen cada vez más. Pero es tan sencillo que Cristo nos llega a decir ahora: «Lo has revelado a los sencillos, a la gente más humilde, en cambio, lo has escondido a los soberbios». Es un conocimiento, queridos hermanos, es un conocimiento que cualquiera de ustedes y yo, el más sencillo de todos ustedes, puedo tener de que existe un Cristo Hijo de Dios que me vino a revelar que Dios me ama, que existe una vida a la cual Dios me hace participante; que existe más allá de la historia presente, la historia definitiva, donde el Padre con los brazos abiertos me está esperando; que en mis momentos de angustia no estoy solo; que a mi lado está alguien que me dice: ¡si estás triste si estás cansado, ven que yo te voy a ayudar! Sentir esta compañía, conocer a ese alguien que, aunque no lo veo, va tan cerquita de mí.

En esto consiste también, el sentir su contacto. Sentir que Cristo no es un ser teórico, lejano; sino que es un ser tan presente que me está invitando en todas las circunstancias de mi vida con esa margarita del Evangelio que hemos leído hoy y que ojalá la guarden en toda su vida: ¡el que se sienta cansado, oprimido, venga a mí y yo liberaré, yo le daré descanso! Hagan la prueba, hermanos, hagan la prueba de entrar, como dice el Concilio, en ese santuario íntimo de su propia conciencia, donde Dios te espera para dialogar contigo. Y cuéntale todas tus preocupaciones y problemas, y verás como él te ayuda, respetando tu libertad, a que seas el artífice de tu propio destino.

Sentir a Dios presente que me lo ha enviado al Padre, que ha enviado a su Hijo, Palabra eterna. Yo encuentro, queridos hermanos, en las páginas del Concilio, esta plenitud de la revelación del Padre, cuando habla el documento de la Divina Revelación, y dice que: «Envió a su Hijo la Palabra eterna que alumbró a todo hombre, para que habite entre los hombres y les cuente la intimidad de Dios. Jesucristo, Palabra hecha carne, Hombre enviado a los hombres, habla las palabras de Dios y realiza la obra de la salvación que el Padre le encargó. Quien vea a Jesucristo ve al Padre. Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros; sobre todo, con su muerte y gloriosa resurrección; con el envío del espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino». Cosa más bella saber que cada vez vengo a misa en el signo del pan y del vino donde se hace presente Cristo, me está contando la intimidad de la vida de Dios y me está invitando, ya desde este mundo, a ser un ciudadano de esa vida divina. Porque no hay que esperar a morir para ser feliz con la felicidad eterna. Todo aquel que vive la santidad de la vida cristiana ya en esta tierra, es un bienaventurado, ya vive en el cielo. Por eso les decía que la verdadera liberación arranca de allí; del corazón del hombre, donde la fe le hace ya poseedor de esa vida eterna. [57]

¿Y qué otra cosa es? En la segunda lectura de hoy, yo les suplico que mediten, que es la redención. Allí, San Pablo llega al nervio de una gran discusión cuando encuentra el origen

de las dos grandes corrientes de la Humanidad: la maldad y el bien. La maldad tiene su origen en la carne y el bien en el espíritu. Hoy con toda claridad San Pablo nos ha dicho: «¡Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu; ya que el espíritu de Dios habita en vosotros!». Y sigue analizando... y es necesario meterse ahora bien hondo en la Teología de San Pablo y de la Biblia para saber decir qué es en el sentido bíblico esa palabra «carne». Carne, esta blandura que nosotros llevamos forrando nuestros huesos, carne, que puede tener un sentido muy alto como cuando el Concilio nos exhorta a honrar nuestro cuerpo y dice: «No debe el hombre despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe de tener por bueno y honrar su propio cuerpo como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día. Herido por el pecado experimenta, sin embargo, la rebelión del cuerpo». La propia dignidad humana pide, pues, que glorifique a Dios en su cuerpo y no permita que la esclavicen las inclinaciones depravadas de su corazón.

En este párrafo del Concilio, encuentro yo toda la teología bíblica de la carne. La carne es criatura de Dios. Dios ha hecho nuestro cuerpo y lo ha hecho maravilloso, hasta llegar a decir el Concilio que: «El cuerpo humano es como la síntesis de todo el mundo material, y donde el mundo material encuentra la expresión libre para agradar, alabar, agradecer a Dios que ha creado la maravilla del mundo material». Pero este cuerpo maravilloso, obra de Dios, glorificación de Dios, por el pecado se ha hecho esclavo de pasiones. Y entonces tenemos la carne en el sentido peyorativo, carne en sentido de provocación al mal, carne en el sentido de debilidad; carne en el sentido de amor a las drogas, al aguardiente, a las comilonas.

Todo aquello que agrada a la carne sin tener en cuenta el espíritu: carne, la debilidad humana que transporta al hombre al pecado. La carne sometida por el pecado es instrumento de maldad. ¡Pero que hay que redimirla! Y este es el esfuerzo de la redención, del cuál nos habla Pablo ahora: «¡La carne también se redime!» Ya no hay que decir, hermanos: «La salvación de mi alma». Hay que decir, como dice el Concilio: «Es todo el hombre que hay que salvar: alma y cuerpo, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad. Es el hombre entero con sus relaciones sociales, es el hombre dueño de la naturaleza, es el hombre que tiene que administrar bajo el imperio de la Ley de Dios los bienes que Dios ha creado para todos. Es el hombre imagen de Dios, que si se ha hecho débil por el pecado en la carne, también cuenta con la redención en el Espíritu: el espíritu que resucitó la carne de Dios y que ha hecho de una carne humana, carne de perenne juventud en la gloria de la resurrección». [58]

Está clamando también en el cuerpo de todo hombre y de toda mujer, que quiera vivir según el Espíritu y no según la carne, las exigencias de una dignidad que no tiene nombre. Como sería útil en este momento, en que la carne se enseñorea de los hombres, sobre todo de los jóvenes, de los matrimonios, de aquellos que quieren usar sus cosas para halagar su carne; poner la carne bajo el dominio del Espíritu y hacer de los hombres verdaderos redimidos en el alma y en el cuerpo, redimidos por el Espíritu en todo su ser humano y en todas sus relaciones humanas y con la creación. Porque la creación ha sido puesta bajo el dominio del hombre y el hombre que está dominado por la carne, somete al pecado la creación y la hace egoísta, la hace idólatra.

En cambio el hombre que se deja dominar por el Espíritu, eleva consigo a la naturaleza entera y hace de la posesión del bien que Dios ha creado para la felicidad de todos, verdaderamente una armonía que ya de esta tierra hace una antesala de aquel cielo donde dicen los Padres, ya no existe mío ni tuyo, sino que existe la única voluntad de mi Padre que nos hace felices a todos los hijos de Dios.

Por eso termino hermanos con este tercer pensamiento:

Quiénes reciben y quiénes no pueden recibir esta ofrenda que Dios nos trae por iniciativa suya.

La Palabra de Dios es hoy bien evidente. Debió ser un momento -iba a decir desilusión- cuando Cristo veía las grandes muchedumbres que lo seguían, pero entre ellos, sólo gente sencilla: campesinos, pescadores. Y si acaso algún sabio se acercaba le veía retirarse con desdén, como riéndose de la doctrina que aquel loco estaba predicando. Y Cristo cuando se quedó solo, levantando los ojos a su Padre expresa la ternura, la angustia, la aflicción de su corazón: «¿Por qué, Padre, ofreciéndoles una doctrina tan bella no me la quieren creer unos; y otros, precisamente los sencillos, me la aceptan? Te doy gracias Padre, porque has escondido estas cosas a los entendidos y soberbios, y las ha revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así has querido». Iniciativa de Dios, no tiene la culpa Jesucristo, ni la Iglesia, ni el predicador. Y cuando se quieran reír de que sólo la gente sencilla nos sigue, aquí está en el Evangelio la explicación.

Porque frente a esta Palabra de Dios hoy se presentan como dos hermosos desfiles. El desfile que la primera lectura menciona cuando Cristo va entrando sobre un borriquito a Jerusalén. Rey de burla parece, y sin embargo, es el Rey que salva. Y ante ese Rey, montado en un burrito, el profeta exclama: «Este viene a desbaratar los carros, los caballos, los arcos guerreros. Él es el que va a hacer la paz de todos los pueblos». Así como el Evangelio compara también con la muchedumbre de los sencillos; los sabios, los autosuficientes, los grandes según el mundo. No es que [59] Dios rechace una clase de hombres y prefiera otra clase de hombres, es que nosotros mismos nos seleccionamos o nos segregamos. El hombre se selecciona si acepta la palabra de Dios, pertenece a ese resto honroso de Israel. Y el hombre se segrega cuando por su orgullo piensa que la Iglesia, Cristo, está predicando tonteras y calificativos más repugnantes contra esa doctrina, como que todo se justifica porque no es digno de los sabios de este mundo. Entonces, queridos hermanos, son los sencillos, los hijos de las bienaventuranzas.

Cómo quisiera yo que todos los que conmigo están haciendo esta reflexión de la Palabra de Dios nos formáramos el propósito de no dejar en nuestro corazón que reine el orgullo, la soberbia, la autosuficiencia. De sentir con agradecimiento que la salvación viene de Dios y solamente la aceptan los que con sus brazos tendidos como el mendigo, sienten la pobreza. En este sentido, decimos que es la Iglesia de los pobres; no la de los que no tienen fortuna pero son ambiciosos; no la de los que no tienen seres materiales pero secuestran para robar dinero; no la de los criminales que desahogan sus resentimientos en odio contra quienes los atropellan; no la del terrorismo. La pobreza, la de las escrituras de hoy: ¡alégrate hija de Jerusalén! Quién no siente aquí el nombre de María, la hija de Sión, la encarnación de la verdadera pobreza, la virgencita humilde, la que dice que es nada a los ojos de Dios pero

que al mirarla él, la ha hecho grande el poderoso, y por ella será alabada durante todas las generaciones y por ella hará cosas grandes la Iglesia.

Esta es la verdadera pobreza de la Iglesia, esta que yo les he tratado de predicar, queridos hermanos. Pobreza que hace consistir su fuerza en su propia debilidad, en su propio pecado. Pero apoyado en la misericordia de Cristo, en el poder del Señor. Esta Iglesia que no quiere hacer consistir su fortaleza en el apoyo de los poderosos o de la política, sino que se desprende con nobleza para caminar únicamente cogida de los brazos del Crucificado, que es su verdadera fortaleza. Esta pobreza de la Iglesia que se predica a los que tienen y a los que no tienen, sólo se les pide alma de pobres, alma de desprendimiento, alma de brazos tendidos para esperarlo todo de Dios y no confiar como en ídolos falsos en las cosas de la tierra.

Queridos hermanos, el mensaje de hoy es precioso y vale la pena que ahora, viviendo todas las vivencias de nuestra semana, las pobrezas de nuestra vida, nuestra situación sin trabajo, no con un conformismo que adormece, sino con la fuerza de lucha que da la fe; pero con una fuerza que se apoya en Dios, nos acerquemos al altar del Señor. Y allí junto al sacrificio de Cristo, el Pobre por excelencia, el único que sufrió siendo rico, desnudo en una cruz y muere necesitado de todos. La pobreza verdadera del que encuentra en Dios su amparo. En ti Señor, he puesto mi esperanza y no quedaré nunca confundido. Esta es la Eucaristía que vamos [60] a celebrar. La Eucaristía de los pobres, la Eucaristía de los que todo lo confían en Dios, la Eucaristía de los que no saben odiar sino perdonar. La Eucaristía de los que saben que todos necesitamos de Dios y pedimos unos por otros, como los pobrecitos del Señor para alcanzar de Dios la riqueza que solamente da a los sencillos y humildes, y niega a los soberbios y orgullosos.

Creemos en un solo Dios... [61]

La siembra de la Palabra del Reino
15.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 16 de julio de 1978

Isaías 55, 10-11

Romanos 8, 18-23
Mateo 13, 1-23

El mismo evangelio que se acaba de escuchar, queridos hermanos, nos pone un marco pintoresco para nuestra homilía. Yo me imagino la muchedumbre de Catedral y los grupos reunidos en torno de los receptores de YSAX, lo mismo que esa muchedumbre anónima, que escucha en caseríos lejanos, o tal vez a escondidas, pesquisando que va a decir el Arzobispo. Es la muchedumbre; que seguía a Cristo. Yo quisiera sentir a Nuestro Señor, el Divino Maestro, sentado con ustedes en la muchedumbre, mientras él, en ese cuadro agreste, a la orilla de un lago. Escucharlo desde la lancha donde está predicando.

¡Qué sencillo era Jesús! ¡Qué cuadros naturales le gustaban para su predicación! Y qué hermoso es oír que nuestro campo salvadoreño, también en estos días con las lluvias que han caído -¡gracias a Dios!- nos está ofreciendo los maizales y las cosechas, y el Maestro, mirando todo ese panorama, se inspira para contarnos una de sus más hermosas parábolas, la del Sembrador. [62]

Y así quisiera yo llamar a esta homilía, La Siembra de la Palabra del Reino, y presentar tres ideas: 1.^a) la palabra del Reino, es semilla; 2.^a) la proclamación de esa palabra, es siembra, se llama Evangelización, y 3.^a) la cosecha de esa siembra es la Salvación Integral del hombre y del mundo.

Pero antes de desarrollar este pensamiento, yo quiero dedicar mis humildes palabras y la atención de ustedes, para convertirlo en un acto de cariño filial a Nuestra Señora, la Virgen del Carmen. Hoy 16 de julio, nuestro pueblo siente que María, bajo ese título del Carmen, es la gran misionera popular. Yo también quiero sentirme hoy, acompañando a las muchedumbres peregrinas que van desde todos los cantones, con estandartes de la Virgen a celebrar el día del Carmen. Y desde este lugar, yo quiero solidarizarme con esas manifestaciones de cariño en honor de Nuestra Señora.

Desde ayer, la congregación de Carmelitas de San José consagró a la Virgen dos nuevas religiones; mientras, la Superiora General me decía cómo nos está bendiciendo el Señor con tantas vocaciones. Y de veras allí, las novicias que daban ese fruto de dos profesas y las postulantes son una esperanza para una congregación que es una siembra auténticamente salvadoreña. También este día, las Carmelitas de Santa Teresa están celebrando el aniversario de la consagración de su bonita iglesia del Hospital de la Divina Providencia, donde dos religiosas carmelitas celebran hoy también 25 años de vida consagrada. Quiero agradecer también la labor de los Padres Carmelitas, que en la parroquia del Carmen de la Colonia Roma, nos están prestando tan valiosa colaboración. A las carmelitas del colegio Santa Teresa de la Gruta, a las comunidades de carmelitas, que dedicadas directamente a obras de promoción, como es el de la colonia Utila en Santa Tecla y Hogar Santa Teresita en Apulo. En parroquias como Guazapa, Ciudad Barrios, también con trabajos directamente pastorales, y también todas aquellas parroquias, cantones, ermitas, que hoy están dedicando sus fiestas patronales a Nuestra Señora del Carmen. Destacándose entre todas, la parroquia de Nuestra Señora de la Merced, aquí en San Salvador, donde se venera una imagen de la Virgen del Carmen, coronada con autoridad del Papa. Es un tesoro de la devoción popular a Nuestra Señora del Carmen, lo mismo que, como una personificación de todas esas cofradías que durante nuestros siglos cristianos han ido surgiendo en tantas partes. Unamos pues nuestra reflexión a este cariño del pueblo, de la vida religiosa y sacerdotal a Nuestra Señora del Carmen.

También, ya que esa nave desde donde Cristo habla a la Iglesia de todos los siglos es esta Iglesia. Los hechos de la Iglesia también tienen que ser un marco de esta homilía de hoy. En esta semana los obispos de El Salvador hemos estado reunidos en Conferencia Episcopal, para tratar asuntos de carácter general: como es el Seminario, como es la preparación para la reunión de Puebla, y también tuvimos un estudio muy a [63] fondo sobre la realidad socio-político-económica de nuestro país. Y ante estas realidades que interesan a todos, queridos hermanos, yo quiero decirles, para ustedes que están como

escandalizados de la desunión de sus obispos, que sepan ser superiores a los pecados humanos de la Iglesia. Y que sepan amar la Iglesia, no por el buen ejemplo de sus sacerdotes, sino por su conciencia, que debe de ir madurando cada vez más y prescindir, así como Cristo decía una vez en su Evangelio, hablando de los sacerdotes de su tiempo: «Haced lo que ellos dicen, aunque no hagáis como ellos hacen». Si por desgracia les damos mal ejemplo, no es el mal ejemplo el que debe de influir como un pretexto para decir, pues, ya todo el mundo se está haciendo protestante.

La parábola de hoy les va a responder maravillosamente a esa fe inconstante. Prescindan de las deficiencias humanas. Allá Dios nos pedirá cuenta a cada uno. Pero sepamos ver en nuestra jerarquía, a pesar de sus deficiencias, los pastores responsables de este rebaño de su Iglesia. Y oremos mucho. Y que en vez de apagarse nuestra fe, crezca en el interés de estas cosas que son Iglesia, como es el Seminario; como es la evangelización que se va a estudiar en Puebla; como es el problema de la Iglesia iluminando las realidades de nuestra tierra. Eso nos interesa. Maduremos en nuestra fe, hermanos. Yo les suplico levantarse a las alturas, donde Cristo es el verdadero obispo de nuestras almas. Y que también nosotros, obispos y sacerdotes, religiosas y fieles, mirándolo a ÉL, nos convirtamos cada vez más a ser sus humildes seguidores y predicadores.

Quiero también en este marco de Iglesia, alegrarme con la comunidad de Tepecoyo, donde el domingo pasado bendijimos una Iglesia preciosa y admiramos la labor pastoral de las Hermanas de la Caridad. Se dieron cita allí, quizá todas las Hermanas de todas las casas de El Salvador. Fue una alegría poder aprovechar aquella homilía, para agradecer y para orientar en el espíritu de San Vicente de Paul, este trabajo que están desarrollando allá, las hijas de la Caridad.

También tuve la oportunidad de visitar la Comunidad de Cojutepeque y admirar lo adelantado que está el Templo nuevo del Calvario. Fui con el fin de conseguir una casa para una obra en aquella ciudad, y gracias a Dios, y a la generosidad de una señorita bienhechora, creo que será realidad este proyecto.

En nuestros periódicos apareció esta semana, el comunicado de los PP. Jesuitas, comentando el cateo al que me referí el domingo pasado. En su declaración me gusta subrayar estas frases: «Tras la búsqueda, los agentes de seguridad pretendieron justificar su acción con esta frase: dispensan la actual situación en que vive el País». Y los Jesuitas comentan: «Es precisamente esta situación del país que parece que apenó a los policías que catearon a los Jesuitas, la que da todo su sentido a sucesos como éste». [64] Una situación padecida a todos los niveles, pero de una manera especial por los campesinos y las clases oprimidas. Además de las deficientes y ominosas estructuras del país, las campañas organizadas de insultos y calumnias. Es ASQUEROSO cómo el Gobierno puede tolerar unas campañas que más parecen cloacas, desahogos de resentimientos, y que se haga esto es un ambiente de ley de orden público. La ceguera humana de unos pocos, la violencia irracional descargada sobre los humildes y sobre todos aquellos que quieren de verdad servir al pueblo, bien sean sacerdotes o religiosas, campesinos o intelectuales, esta situación es la que está fomentando e incrementando un clima de angustia y pánico colectivo.

Hoy se vive el miedo en nuestro país, en todas las esferas, etc. Si no lo han leído, les recomiendo que lean ahí una declaración muy valiente y muy justa, a la que se solidarizan ya, otros elementos de la Iglesia, por esa injusticia de haber cateado como sospechando de que tengan armas, unos sacerdotes que están al servicio de la fe y de la justicia en nuestro pueblo.

Queridos hermanos, otros hechos los voy a mencionar después, en la oportunidad de esta homilía. Yo les decía, mi primer pensamiento es considerar la palabra de Dios como esa semilla. Que no se nos haga rutinaria esa expresión que se oye todos los domingos aquí en la Misa: «Palabra de Dios». Me alegro de tener hoy, inspirado por la bella parábola de Cristo, la oportunidad de explicar un poco la teología de la «Palabra de Dios».

Isaías en la primera de hoy, más bien la compara como la lluvia. Anoche que estudiaba este punto, me parecía qué bello estuvo el lenguaje de Isaías cuando se siente caer una lluvia suavcita que empapa la tierra. Así es la palabra de Dios, dice el profeta, para hacer germinar. Pero el Evangelio sabe que la lluvia de nada sirve si no hay una semilla insertada en la tierra. Las dos cosas, las tres cosas son necesarias: lluvia, semilla y tierra, si no, no hay germinación ni cosecha. Pero fijémonos en lo principal: la semilla.

Cuando Pablo VI hablaba de que había que renovar la Iglesia y que era la meta del Concilio Vaticano II, aclaró muy bien: renovación no quiere decir acomodarse a los modos modernos, a veces anticristianos del mundo. Renovación quiere decir, hacer que la Iglesia sea coherente con la semilla que se plantó. Un árbol por más que crezca, siempre es coherente con semilla. Lo que interesa pues, es saber que la palabra de Dios es una semilla y que no se puede alterar. Ya quisiéramos una doctrina más acomodada a nuestros intereses. Ya quisiéramos una predicación que no molestara tanto, que no creara conflictos. Pero cuando Cristo plantó la semilla tuvo conflictos; porque esa semilla que es la palabra del justo, del santo, del que sabe lo que quiere cuando ha creado al hombre y la naturaleza, orienta y choca contra el pecado, contra quienes no quieren dejar [65] crecer esa semilla. Ya en el Antiguo Testamento, cuando ustedes leen el Génesis, dijo Dios «palabra», pero no una palabra mentira como son muchas de las palabras de hoy, sino una palabra poder, una palabra que identifica la alocución, la voluntad y la acción. Una palabra que cuando dice hágase la luz, se hizo.

Esa es, ese es el sentido de la palabra en la Biblia. Tanto es así, que cuando en la Biblia se menciona un nombre, «le pondrás por nombre...», no es un nombre vacío como entre nosotros: Juan, Federico o lo que sea, sino que el nombre siempre significa algo que va a ser vocación de esa persona.

Cuando en el Éxodo, la palabra de Dios que ha creado al mundo es la que va orientando los pasos de Moisés, se abre otra perspectiva a esta palabra. La palabra de Dios ha hecho la creación, pero hace también la salvación. Esto es importante, hermanos, que la salvación que Cristo trajo al mundo, ya fue anunciada por Dios, y su palabra que redime, está en la misma línea de la palabra que crea. La creación y la redención son obra de la palabra de Dios. Querer una creación, querer unos campos, unos ganados, unas haciendas, prescindiendo de la redención de Cristo, es una utopía, no se puede. El Dios que ha creado el ganado, el Dios que ha creado las haciendas, las fincas, es el Dios que en Cristo exige

justicia, es el Dios que redime, el Dios que quiere más justicia entre los hombres, es el Dios que castiga al Faraón para dejar libre a los oprimidos israelitas; es la palabra de Dios que va creando y va redimiendo; va haciendo la historia y en la historia va haciendo la salvación. Qué consolador es esto, a que ese Dios al que yo rezo: «Padre Nuestro...», no es un Dios desencarnado de mi hambre, de mi realidad, de mi creación. Que es un Dios que se preocupa de mi cuerpo, de mi alimento. Que es un Dios que me redime espiritualmente, pero es un Dios que me redime también corporalmente, socialmente. Está haciendo la historia. Que el Dios de la historia de El Salvador, es el Dios de la Iglesia; y la Iglesia hablando de la historia de El Salvador, no se está metiendo en política, sino recordando que el Dios de nuestra historia es el Dios que habla dentro de su Iglesia y reclama a la política, a la sociología, a las cosas naturales de El Salvador, que vivan conforme a su palabra, que ha creado esos bienes, para que sean felicidad de todos y no lucha de clases ni egoísmos.

Palabra de Dios sobre todo aparece, cuando los profetas salen a hablarle a los reyes o al pueblo, diciendo: esto dice el Señor. Allí la palabra de Dios se hace reclamo, se hace denuncia, se hace alabanza de las virtudes. Es vocación, es transmisión de la voluntad divina. Y esa misión de los Profetas es la que Cristo encomendó a su Iglesia, la cual desde el púlpito de Catedral y desde los pulpitos, tiene que decir: «esto dice el Señor». Y el pueblo tiene que obedecer, no porque lo siga el Arzobispo, sino porque el Arzobispo es un humilde mensajero de lo que dice el Señor. [66]

Y llegamos al Nuevo Testamento, donde la palabra de Dios recobra todavía teologías más profundas. La Palabra de Dios en los labios de Cristo, llega a su profundidad más honda, es la buena nueva, el Evangelio, la noticia de salvación. El Reino de Dios ha llegado y en su persona Cristo es, no sólo dice, sino que es la palabra de Dios, el verbo -quiere decir palabra- se hizo carne y habitó entre nosotros. En el Nuevo Testamento la palabra de Dios no solamente es una potencia creadora, conservadora, directora del mundo. En el Nuevo Testamento la palabra de Dios es Dios hecho hombre, Dios que enseña.

Por eso les decía qué pintoresco el marco de nuestra homilía de hoy. Aquel Jesús subido en la barca, a la orilla del lago, enseñando a la muchedumbre, es Dios que está hablando con su lenguaje arameo al alcance de aquellos arameos que le escuchaban. Y que en Pentecostés se hizo pluriforme del lenguaje, y habla en español; a través de sus sacerdotes sigue hablando Dios en esta Iglesia. Pero si ese Cristo es la palabra de Dios, San Pablo la puede llamar con una frase muy original, la llama Cristo: es el sí y el amén de la promesa. Como para decirnos todo lo que Dios prometió en el Viejo Testamento, Cristo dice sí, es verdad, yo soy la persona hecha hombre. Amén, quiere decir así es. Es la consumación de lo que Dios ha dicho. Es un acto de fe, creer que todo cuanto Dios ha prometido de salvación, de fidelidad, lo ha encarnado en mí, yo soy el Amén, el sí de las promesas de Dios; yo soy la potencia salvadora del mundo, yo soy el salvador del mundo, yo soy la luz, el que me sigue no anda en tinieblas. Yo soy la verdad y no hay verdad fuera de mí, todos los que se oponen a mí o me marginan, se quedan en la mentira, yo soy la luz, yo soy la verdad, yo soy el camino, yo soy Dios en medio de vosotros, yo soy potencia salvadora, dichoso el que me abraza con la fe, me ama y me sigue.

Qué hermoso es ser cristiano, de veras es abrazar la palabra de Dios encarnada, hacer suya la fuerza de salvación. Tener esperanza aun cuando todo parece perdido. Por eso mi

trabajo hermanos, aquí en Catedral y en mi Ministerio Episcopal y mi mayor satisfacción y alegría es cuando escucho al pueblo, como lo he escuchado en esta semana en diversas manifestaciones, que dicen que les transmitimos esperanzas; despertamos su fe y les decimos que aun cuando no haya opciones políticas, porque no se sienten llamados a esos campos, ya son trabajadores de un mundo mejor quienes abrigan en su corazón esta fe y esta esperanza en Cristo. Y si desde Cristo abrazado con esa fe cristiana se sienten con vocación política, tienen el deber de ir a trabajar políticamente, pero bajo la inspiración de este amén, de este sí, de este camino que ofrece salvación a nuestro pueblo y fuera de allí, no puede haber salvación. [67]

Este Cristo, potencia salvadora de Dios encarnado, muerto en la cruz y resucitado para no volver a morir, ha dejado una institución en este mundo que se llama la IGLESIA. Hermanos, no empañemos esta figura de la Iglesia, que está desempeñando la misión misma de Jesucristo. Toda la potencia del Dios encarnado en Cristo, se ha dejado a esta Iglesia. Id y predicad a todo el mundo, el que creyere se salvará y el que no creyere se condenará. Y los apóstoles cuando escribían, y cuando predicaban, sabían que no eran más que unos humildes seguidores inspirados por aquella revelación que había venido a salvar al mundo. De allí que la Biblia, guarda en páginas, la palabra de Dios. Pero la Biblia sola no basta, es necesario que de la Biblia, la Iglesia la retome y vuelva hacer la palabra viva. No para repetir al pie de la letra salmos y parábolas, sino para aplicarla a la vida concreta de la hora en que se predica esa palabra de Dios. La Biblia es como la fuente donde esa revelación, esa palabra de Dios está guardada. Pero de qué sirve la fuente por más limpia que sea, si no la vamos a tomar en nuestros cántaros y llevarla a las necesidades de nuestros hogares. Una Biblia que solamente se usa para leerla, y vivir materialmente apegados a tradiciones y costumbres de los tiempos en que se escribieron esas páginas, es una Biblia muerta. Eso se llama biblismo, no se llama revelación de Dios.

Por eso, nuestros hermanos protestantes cuando no critican a nosotros de aplicar esa palabra de Dios a las circunstancias actuales de nuestro tiempo, de Dios a las circunstancias actuales de nuestro tiempo, de nuestro país, y ellos se encastillan en una predicación desencarnada, espiritualista, a veces hasta embustera y mentirosa, como los grandes campañas de sanación, entonces no es la verdadera palabra de Dios, ya se hizo palabra de hombres, palabras de charlatanes, palabras de acomodaticios, porque por algo el Gobierno está amparando las campañas protestantes. Naturalmente si no molesta esa predicación, bendito sea ese cristianismo, que no toca la llaga de nuestra sociedad. Pero una predicación que la palabra de Dios dice: «Esto dice el Señor», la Biblia, pero para hoy.

Otra cosa de la palabra de Dios, hermanos, que siendo semilla, lleva germen, es de vida, y por eso la Iglesia cuando la asume y la aplica, vive los sacramentos. Los sacramentos son otro aspecto de la palabra de Dios. Ya fue superada aquella distinción que antes se había levantado entre evangelización y sacramentalización. Por desgracia hemos sacramentalizado sin Palabra de Dios. Hoy, gracias a Dios, se exigen las explicaciones presacramentales. Sean dóciles a asistir a esas charlas que preparan el bautismo; que preparan el sacramento, porque sólo cuando se llega a comprender un sacramento como palabra de Dios, explicada en la revelación de Dios, sólo entonces tiene sentido que a un niño le echen agua en su cabeza en la pila bautismal. Si no hay evangelización, ¿qué sentido tiene eso? ¿Qué sentido tiene llevar un niño para que el Obispo le haga una cruz de

aceite en la frente y le dé una palmadita en la Mejía, si no se sabe [68] lo que el Evangelio dice de ese Espíritu Santo que se da en la Confirmación. ¿De qué sirven dos que se quieren y se casan y van a la Iglesia por un acto social, pero no comprenden el gran misterio que San Pablo explica en la Biblia, del Cristo que se casa con la Iglesia y que muere por ella, y una Iglesia que le vive fielmente a Cristo?

Los sacramentos sin Evangelio, los sacramentos sin Palabra de Dios, se convierten casi en magia, en una costumbre, en una rutina, en una tradición de familia. Nos bautizamos porque todos son bautizados en la familia. Pero pocos dicen: porque lo quiero hacer cristiano. De allí hermanos, que el sacramento es también un aspecto de la palabra semilla. La gracia de Dios, en esta Eucaristía por ejemplo; no vengan solamente por escuchar un discurso. No estaría nada contento yo, si para eso hablara en la Iglesia. Si yo pronuncio la homilía, sé en conciencia mi deber pastoral, que esta homilía es para llevar un pueblo al altar donde vamos a participar en la fe de la presencia de ese Cristo, que es la palabra que yo predico, preparando esa palabra que habla, que santifica, que redime, que se hace vida del que comulga o del que adora. La Eucaristía de cada domingo, no puede separar la palabra de Dios y la Eucaristía. Después de la homilía nos vamos al altar y en el cuerpo de Cristo, adoramos esa palabra que ya se hace silencio, porque se ha metido muy hondo en el corazón de todos los que han reflexionado la Palabra de Dios y ponen en Cristo toda su esperanza y lo hacen presente en nuestra Sociedad.

Si la Iglesia predica y dice: «Esto es Palabra de Dios», ¿estará loca o en nombre de qué principio dice eso? Hermanos, esto es muy interesante, que Uds sepan que aquél Espíritu que inspiró a Cristo y que lo resucitó de entre los muertos y le está dando vida eterna, el Espíritu de Dios, es el mismo Espíritu que Cristo resucitado en la noche de la Pascua, soplando sobre su Iglesia, se lo dio para decirles: «Recibid el Espíritu Santo». Y que en Pentecostés en forma de un huracán y de lenguas de fuego, tomó posesión de esta Iglesia, que gracias a esa vida de Cristo en el Espíritu Santo, sigue predicando la palabra de Dios.

Qué distinto es predicar aquí, en este momento, que hablar como amigos con cualquiera de Uds. En este instante yo sé que estoy siendo instrumento del Espíritu de Dios en su Iglesia para orientar al pueblo. Y puedo decir como Cristo: el Espíritu del Señor sobre mí, a evangelizar a los pobres me ha enviado. El mismo Espíritu que animó a Cristo y le dio fuerza a aquel cuerpo nacido de la Virgen para que fuera víctima de salvación del mundo, es el mismo Espíritu que a mi garganta, a mi lengua, a mis débiles miembros, les da también fuerza e inspiración. Y a ustedes, pueblo de Dios, ese mismo Espíritu les da capacidad para oír cómo se debe oír la Palabra de Dios. Yo sé que muchos no me oyen con este espíritu sobrenatural, y de ellos puedo decir lo de la parábola, es la semilla que cae en el camino real, se la llevará el maligno. Pero sí sé que [69] muchos me escuchan como la parábola de hoy, como tierra que recibe la semilla, que el Espíritu de Dios da a esa tierra que es el corazón de ustedes, la capacidad de oír sobrenaturalmente, la gracia de poder escuchar. De allí les decía, que no sólo el predicador enseña, el predicador aprende, ustedes me enseñan. La atención de ustedes es para mí también inspiración del Espíritu Santo; el rechazo de ustedes sería para mí también rechazo de Dios. Por eso les decía que el pueblo tiene un sentido de infalibilidad, que se llama sentido de fe. Se lo da el Espíritu Santo a la más humilde mujer del pueblo, a todos, para que cuando escuchen a un obispo, a un

sacerdote, sepan discernir y por lo menos sospechar: esa doctrina no debe de ser del Evangelio.

Hermanos, pero cuando yo veo esta atención, esta fe, y sobre todo esa conversión, ese buscar la Iglesia, buscar a Dios, yo digo con alegría: «*Digitus Dei est hic*» -aquí está el dedo de Dios-. Y en ese ambiente de aplicación, es como yo también aquí traigo las denuncias que hay que hacer; las alegrías también que hay que tener. Por ejemplo, aprovecho este ambiente de la Palabra de Dios, que se ha hecho nuestra palabra aquí, este 16 de julio de 1978, Dios me está hablando. Y dice el Concilio que este pueblo de Dios, iluminado por la fe, va a mirar las aspiraciones, las exigencias, los ideales del pueblo. Y con esa fe sabe discernir qué quiere Dios a través de esos signos de los tiempos. Claro que no todo lo que exigen los hombres, es Palabra de Dios, pero en el fondo de las exigencias de nuestro momento, hay mucho de Dios, y aquí tenemos que discernir.

Por eso, cuando yo, a la luz de esta palabra, les señalo acontecimientos de la semana, ustedes mismos descubren dónde está Dios y dónde está el diablo. Dónde está el Señor para conducir a su pueblo por caminos de bondad y dónde está el rechazo de Dios, que no quiere salvación en Cristo. Por ejemplo, para que vean que la palabra que la Iglesia predica y señala las circunstancias concretas, no es sólo aquí, es de todo el continente latinoamericano.

Sesenta cardenales, arzobispos y obispos en Bogotá han reunido las inquietudes de todo el continente, manifestados en la consulta para preparar el documento de estudio que se va a llevar a Puebla en octubre. Y cuando los obispos hacen este estudio, dicen esto, se refieren a la desproporcionada injusticia social que se refleja especialmente en la concentración de la riqueza en unas pocas manos. Dijeron que era un 10% de la población de América Latina el que acapara todas las riquezas, mientras la inmensa masa popular sufre toda clase de necesidades. Comunistas, van a decir. Reflexión de Iglesia, digo yo.

Dicen también los obispos, representando al Episcopado latinoamericano, se refieren a que la falta de empleo justo y bien remunerado, ha [70] permitido un dramático incremento de la delincuencia. Sí existe terrorismo, y hay que acabar con él, pero la manera no es la represión. Hay que arreglar las bases desordenadas, injustas, de donde brotan las violencias terroristas. Hablan también de la injusticia social que vive el hemisferio y que puede provocar un verdadero cataclismo por la insurrección de las masas contra los privilegiados. Hablan de las empresas transnacionales que no han traído beneficios a los países latinoamericanos y más bien son fuentes de corrupción e inmoralidad, aun en sus propias naciones. Expresa la Iglesia su preocupación por la propagación de las dictaduras militares en América Latina; pero señala que son agentes propiciadores de dichas dictaduras, la corrupción y la incapacidad de los políticos tradicionales de manifestar estable la Democracia. En los regímenes militares dijeron los obispos en Colombia, se vulneran con frecuencia los Derechos Humanos, aunque se reconoce en el documento, que la Iglesia ha gozado de ciertas libertades. Gracia a Dios que en la Iglesia en El Salvador, todavía pude hablar, pero que no se trate de apagar esta voz; porque si habla, tiene que decir la verdad, y si no, mejor no hablar. La Iglesia expresa su preocupación por el deterioro del sindicalismo en América Latina y especialmente en los países gobernados por los militares.

Y cabalmente, hermanos, tenemos hechos concretos en nuestro país que confirman esta constatación de la jerarquía latinoamericana: el cateo que sufrieron los jesuitas el sábado pasado, no es una cosa aislada, se están dando mucho en la ciudad y sobre todo en el campo, y contribuye a aumentar un clima de temor y de inseguridad. El 2 de julio, cerca de 500 comandos ocuparon el cantón Río Seco y catearon las casas. El 4 de julio hubo también cateos en Jocoaitique, Torola, El Tránsito, donde golpearon y se dice que robaron también a las casas de los indefensos. También en el cantón el Cacao de Cinquera, el 6 de julio, sacaron a dos campesinos y sólo cuatro días después los consignaron a los Tribunales.

El llamado angustioso de la señora de Matsumoto, no encuentra eco. Pero así también es injusto y doloroso que el clamor de madres sometidas a huelga de hambre tampoco se quiere escuchar. La Iglesia que fue solicitada en una colaboración, prestó también su auxilio para llevar una madre moribunda de la huelga, de la Cruz Roja a un centro de asistencia, junto con la Cruz Roja y el Consejo de Derechos Humanos.

Los conflictos laborales a que se refieren los obispos en Colombia, están siendo realidades aquí en El Salvador. Hay Conflictos que no acaban de resolverse en: INCA, en TAPÁN, en INDECA, CEL, COPLASA, IRA, MINAS DE SAN SEBASTIÁN, MINAS DE SAN CRISTÓBAL, SACOS, CUSCATLÁN, IUSA, GUANTES, DIANA, REFINERÍA SALVADOREÑA DE AZÚCAR, CORCHO Y LATA, etc.

Queremos apoyar también, la exposición que presentó un partido político a la Corte Suprema de Justicia contra la forma de proceder de los [71] magistrados de la Primera Cámara de lo Penal, que viola aun las garantías de la Ley de Orden Público. Dicen que impiden que los reos sean asistidos por sus defensores, que dilatan los procesos y detienen ilegalmente a los reos. Que no han hecho justicia cuando los reos han denunciado ante la Cámara que han sido torturados por los Cuerpos de Seguridad y organismos paramilitares. El Partido pide que se investigue exhaustivamente estos hechos, que se sancione a los responsables y que cesen estos actos violatorios. Creo que nada más justo, y se pone en la línea en que nuestra Iglesia el día de Pentecostés dijo muy claro a la Corte Suprema de Justicia, todas estas anomalías que ya es tiempo de poner los ojos y corregirlas para honor de nuestra patria.

Quiero decir a los campesinos también que se han aprobado nuevos salarios. Cuatro veinticinco (¢ 4.25) para trabajadores mayores de 16 años, que sean varones y tres sesenta y cinco (¢ 3.65) diarios para las mujeres mayores de 16 años y para menores de 16 años de ambos sexos y trabajadores parcialmente incapacitados para trabajar. Solamente me extraña que la mujer siempre siga siendo segregada, cuando le pone un sueldo igual a los inválidos y a los niños. ¿Por qué no en iguales derechos que el hombre: ¢ 4.25?

Nuestra Iglesia mira también con complacencia la actitud de los obispos de Panamá que criticaron defectos de la actual estructura del gobierno panameño; evocaron la necesidad de la formación de una voluntad nacional que forme un nuevo orden social más justo, donde no exista la explotación del hombre por el hombre, para lo que se necesita encontrar estructuras socioeconómicas nuevas. Entre los serios defectos de la actual estructura política, los obispos panameños señalaron la falta de una clara y decidida separación entre los tres poderes; falta de eficiencia en la administración pública; poco representativo el

sistema de elección de los representantes de los corregimientos que a su vez eligen al presidente. También pareció inadmisibles que ciertos cuadros marxistas, pretenden erigirse en voceros políticos, no sólo del Gobierno, sino de toda la nación. Quiero felicitar a Monseñor McGrath y a todos los queridos hermanos obispos de Panamá, por esta actitud que, como ven, no es extraña para nosotros, y nos alegra encontrar confirmación de esta línea de Iglesia en el continente latinoamericano. Por eso nos alegramos también, de que nuestras comunidades, nuestro periódico y nuestra radio han estado expresándose en solidaridad con el querido padre Hermógenes López, que justamente es un mártir. Por haber defendido el agua de su pueblo, sufre la bala de los poderosos.

Y en ese recuento de cosas, hermanos, hay cosas también animadoras. Yo no quiero pasar en silencio esta mañana e invitar a la oración por el eterno descanso por don Fernando Levy. El hombre que murió por salvar la vida de unos niños, arrastrados por la corriente en el mar, el 9 de julio, [72] en El Balsamar, departamento de La Libertad. Gracias a Dios, hay ánimo de bondad. Hasta el heroísmo. Y estos gestos son los que nos llenan de esperanza de que en El Salvador hay buenos corazones que harán prevalecer esta semilla de Dios.

Pero como ven, la palabra de Dios, siendo la misma, encuentra cosas actuales, y esto es lo que quería decir, de que no podemos dejar de iluminar con esa palabra eterna las realidades concretas en que vive nuestra gente. Por eso, el hablar de que esta palabra siembra -es el segundo pensamiento- quiero decirles que es una de las grandes preocupaciones de la Iglesia actual: la evangelización. Hay un documento en el Concilio, hubo un Sínodo, y Puebla se va a reunir bajo este título: evangelización de América Latina en el presente y en el futuro.

Lástima que el tiempo corre hermanos, pero yo quería aquí, presentarles la preciosa síntesis que Pablo VI hizo de la evangelización, al recoger las voces del Episcopado de todo el mundo, en el Sínodo de 1974. Y se preguntaba el Papa en este hermoso documento -que se los recomiendo mucho, sobre todo a las comunidades de base- ¿qué es la evangelización? Y decía el Papa, es una realidad muy compleja, y muy dinámica y hay que abarcar todos sus elementos si se quiere tener una idea completa de la evangelización, y proponía estos elementos. 1.º) Llevar la buena nueva a todos el mundo para que sea fermento de todas las culturas, para que convierta las conciencias de los hombres, individual y colectivamente, para que formen criterios, no de mundo y de justicia, sino criterios de Evangelio. Esto es evangelizar, en primer lugar, llevar los criterios del Evangelio de Cristo a toda la Humanidad, para renovarla en sus propios compromisos. 2.º) Es un testimonio de vida. Evangelizar no es sólo decir palabras. Predicar es relativamente fácil, pero vivir lo que se predica, como le dije al Santo Padre yo en Roma: Santo Padre, acatar las doctrinas de la Santa Sede, del Magisterio, elogiarlas, alabarlas, defenderlas teóricamente es muy fácil, pero cuando se trata de encarnar esa doctrina y hacerla vida en una Diócesis, en una comunidad y señalar los hechos concretos que están contra esa doctrina, entonces surgen los conflictos. Y esta es la vida de nuestra Arquidiócesis, por eso hermanos, porque no todos están dispuestos a vivir el compromiso del testimonio, no todos sufren la persecución, y fácilmente es decir: «No hay persecución». Pero todo aquel sacerdote, religioso o fiel que quiera predicar este anuncio del Evangelio de Cristo en la verdad, tiene que sufrir persecución. Es necesario el testimonio de vida y aquí hago un llamamiento para que la vida de todos ustedes y mía hermanos, sea de verdad una

predicación muda. Así se vive el Evangelio, no solamente predicar bonitos sermones y no vivirlo.

Me decía el Santo Padre también, en una palabra íntima «No nos contentemos sólo con predicar, es necesario vivir lo que predicamos». Ayúdenme [73] hermanos con sus oraciones, para que yo también dé testimonio de lo que estoy diciendo.

Tercer elemento de la evangelización o de la siembra, es el anuncio explícito. No basta dar buen ejemplo y callarse cuando hay que hablar. Hay que hablar, hay que predicar el contenido de esta revelación de Dios. Que Dios nos ama, que Dios nos quiere buenos, que Cristo murió por la verdad y por la justicia, que esta redención de Cristo lleva también a unas consecuencias liberadoras y el documento allí tiene una bella doctrina sobre la verdadera liberación que la Iglesia no puede volver de espalda. Luego una adhesión vital y una manifestación de pertenecer a una comunidad que si ya es de Cristo, es decir, no avergonzarse de la Iglesia y aceptar como signo de pertenencia a esa Iglesia, los Sacramentos de la Iglesia.

Ven como el Papa rompió esa dicotomía de evangelización y sacramentalización y llegó a decir: «Los sacramentos llegan a ser como el sello de la evangelización. Cuando un hombre sólo oye el Evangelio, pero no recibe los sacramentos, no está verdaderamente evangelizado. Pero cuando en la Catedral vemos que se medita la palabra de Dios y luego se alimentan de la Eucaristía, conciencias que han llorado sus pecados, que se han puesto en gracia de Dios, que han bendecido sus amancebamientos, que están tratando de salir de sus embriagueces, que están tratando de superar el atractivo de las drogas, de la prostitución, que están tratando de hacer un pueblo que de veras esté capaz de recibir la gracia de Dios, entonces tenemos una evangelización que llega hasta la adhesión de una costumbre mía, con la Leyes del Señor.

Y finalmente, hermanos, un impulso nuevo de evangelizar. El que se evangeliza, debe evangelizar. La comunidad se evangeliza para evangelizar. Una comunidad de base tiene que ser un grupo que reflexiona la palabra de Dios para aprender a vivirla, pero para transmitirla, para irradiarla. Esto tiene que ser el hogar, el matrimonio, la comunidad. Todos tenemos que ser apóstoles, sembradores. Salió el sembrador a sembrar su semilla. De todos nosotros debía de decirse esta hermosa palabra que estamos meditando.

Y finalmente hermanos -voy a terminar- mi tercer pensamiento es el más animador en las lecturas de hoy. Es la segunda lectura de San Pablo que nos habla de la cosecha. Esta semilla tiene que producir una cosecha. San Pablo nos habla de la glorificación que un día se nos dará, que es superior a todos los dolores y sufrimientos que se puedan tener en esta tierra. Yo oí en estos días esta frase de San Pablo, pero traducida al sufrimiento de un torturado que lo tuvieron amarrado tres días de los dedos y mientras sufría decía: «Son mayores las esperanzas y la gloria que espero, que este sufrimiento». Ánimo queridos perseguidos. Ánimo torturados, [74] ánimo todos aquellos que esperan una patria mejor y no ven horizontes. Los sufrimientos, son condición de la redención que no se ganó, sino con un Cristo clavado en una cruz; pero después vino la Resurrección y en el corazón de Cristo nunca se apagó la certidumbre de que el mundo iba a ser redimido a pesar de su

fracaso aparente. No fracasamos los cristianos, porque llevamos el Espíritu que resucitó a Cristo.

Otro fruto de esta cosecha, es hermoso ver ahora el mundo entero, la creación que está sometida al hombre y que San Pablo con una frase trágica llega a decirnos en la lectura de hoy: «La creación expectante está guardando la plena manifestación de los hijos de Dios. Ella fue sometida a la frustración no por su voluntad, sino por uno que la sometió, pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios». Miren, esta liberación que el cristiano espera, no es sólo para los hombres. Y no es una liberación, que mañana los que ahora son oprimidos, se vayan a poner a oprimir a los otros, porque también ponen a la creación gimiendo bajo su pecado. Esto sucede muchas veces, que los movimientos liberacionistas de la tierra, sólo mientras escalan el poder, pero ese allá se hacen más groseros con aquellos que antes decían que iban a redimir. En cambio la liberación que Cristo está ofreciendo y que San Pablo ahora lleva hasta esos límites cósmicos de la creación, es cuando la creación que ahora está sometida al egoísmo, al orgullo, a la envidia, a la soberbia. La creación no es mala, el dinero no es malo, las haciendas no son malas, los terrenos son buenos. Vio Dios lo que había hecho, y era bueno -dice la Biblia-, ¿quién lo ha sometido a la maldad? El hombre, por el pecado. El hombre que quiere apropiarse de la felicidad de los demás. El hombre egoísta que todo lo quiere para sí y le sobran los otros, y luego el marginado que se hace violento y odia y también somete al pecado su propio cuerpo y su propia vida, esta es la naturaleza que gime ahora.

Que bien comparada, gime con dolores de parto. Como la mujer cuando le ha llegado la hora, pero con la esperanza cierta de que va a dar un nuevo ser al mundo. La naturaleza y el hombre están gimiendo. Estamos sufriendo una hora de parto en El Salvador, ¡por eso duele tanto! Y duele hermanos, porque es el hombre contra el hombre; el campesinado contra el campesino; el ciudadano hermano, contra el hermano ciudadano. Es hora en que un mundo nuevo tiene que nacer, pero la redención vendrá dice San Pablo, en la medida en que hagamos nuestra esa siembra de Evangelio. Por eso Cristo compara las diversas categorías de campos donde cae la semilla.

Dicen que esta reflexión ya no fue de Jesucristo, que fue de la comunidad primitiva cristiana. Cuando los primeros cristianos ya comenzaban a sentir lo que ahora sentimos tan al vivo nosotros, que no todos reciben la Palabra de Cristo con el mismo entusiasmo. O que lo reciben con entusiasmo, [75] pero luego ante las persecuciones, ¡cobardes! se huyen. O aquellos que quisieran recibir una palabra que creciera en su corazón, junto con su amor a las riquezas y adorar al Dios y adorar a sus riquezas. A éstos se dirige la categoría de tierras en estas palabras. Cuando una parte cae en tierra pedregosa, en el camino, en tierra entre espinas, hermanos, que hermoso examen de conciencia para cada uno de nosotros. ¿Qué clase de corazón es el mío? ¿Qué clase de cristiano soy? Tierra buena, o tierra inconstante, cobarde, prefiriendo mejor las ventanas de la tierra.

Que crezcan los charrales, las espinas, de los placeres de este mundo, no los quiero dejar, pero sí quisiera ser cristiano. Voy a misa, pero quisiera oír que el sacerdote endulzara mis oídos y no me tocara las llagas. Ya ahora ya no se puede ir a misa porque en todas partes molestan. ¡Claro!, es el que quisiera que creciera en su corazón la Palabra de Dios

junto con los vicios, junto con sus egoísmos. ¡No puede ser!, no se puede servir a dos señores. Y la Iglesia auténtica, tiene que predicar el verdadero y único Señor. La verdadera y única Palabra. La única que salva, la que germina, la que Cristo planta, no la que el demonio y las conveniencias de los hombres quisieran plantar. Por eso hermanos, termino evocando la criatura que hizo más fecunda la Palabra de Dios.

En este día de la Virgen del Carmen cómo no pensar en Ella, cuando todo nuestro pueblo la mira con esperanza, pero no precisamente para encontrar una salvación fácil. María es la primera que nos dice. como a los sirvientes de Canaá de Galilea: «Haced lo que él os diga». Y no puedo salvar a nadie si no es obediente a la Palabra de Dios, yo mismo, cuando una mujer en la muchedumbre felicitó a Cristo por la madre que tuvo, Cristo le dijo, no es feliz solamente por ser mi madre, eso cualquier mujer lo podía hacer, es grande porque oye la Palabra de Dios y la pone en práctica. Esto es lo grande de María. Su santidad, la fecundidad de la Palabra de Dios; y cuando encontró al niño Jesús perdido en el templo, el Evangelio constata una frase bellísima que podría ser el lema de todo cristiano: guardaba y reflexionaba todas estas cosas en su corazón. Lo mismo cuando los pastores fueron a adorar el niño en Belén y le contaban lo que había oído, María reflexionaba la palabra de Dios en su corazón. Esta es la santidad del cristiano, que la Palabra de Dios caiga en buena tierra, queridos hermanos ojalá que yo, que estoy tratando de sembrarla en esta mañana, no sólo sea sembrador, sino también tierra fecunda de una palabra; ayudémonos mutuamente, hagamos una comunidad Iglesia donde la Palabra del Señor produzca no sólo el treinta y el sesenta, sino el ciento por uno. Pongámonos de pie y profesemos nuestra fe:

Creemos en un solo Dios...

[76]

El espíritu de Dios entre los hombres
16.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 23 de julio de 1978

Sabiduría 12, 13. 16-19

Romanos 8, 26-27
Mateo 13, 24-34

Sólo un maestro divino, como es Jesucristo, podía ganar la atención a sus parábolas tan sencillas, pero tan certeras. No sólo al auditorio que lo rodeaba hace 20 siglos; sino a las muchedumbres que todos los domingos, y a través de los siglos, siguen aprendiendo allí en forma de anécdotas, de comparaciones, tal como lo hacían los rabinos de su tiempo, una doctrina divina, maravillosa como es nuestra fe. Yo me alegro y siento el honor inmenso de ser el humilde repetidor de esta doctrina de Jesucristo. Y agradezco al querido auditorio, la atención que dispensa a esta predicación.

Yo les invito hermanos a elevar sus corazones, su mente, para unirse a esa multitud de fe que no sólo rodeando la lancha donde Cristo enseñaba desde el lago, sino en diversas situaciones humanas, se congrega en esta Iglesia Santa de Dios: Iglesia de Jesucristo. Y tratemos de vivir cada domingo la intensidad de este misterio que nos congrega en torno al altar. Y al salir de nuestra reflexión, ya sea aquí en la Catedral o allá en las comunidades donde esta misma palabra se escucha a través [77] la radio, salgamos renovados en esa fe, animados con esas esperanzas y vibrando en medio del mundo actual, con la alegría, el entusiasmo que no decae, porque lo está alimentando una palabra que no es de hombre, sino de Hijo de Dios. Y además de la palabra alimentados, también, con la Eucaristía, ya que las dos cosas forman la celebración dominical. La celebración de la palabra de Dios que se hace alimento de vida en el signo del pan y del vino, para todos los que creemos en esa presencia de aquel Cristo que dijo que estaría con nosotros hasta la consumación de los siglos.

En las tres preciosas lecturas de hoy, yo encuentro este título para mi homilía de esta mañana: el Espíritu de Dios entre los hombres. Y como de costumbre, voy a dividirlo en tres pensamientos: 1.º) el espíritu de Dios; 2.º) la vocación de los hombres; y 3.º) la Iglesia signo del Espíritu de Dios entre los hombres.

A la luz de estos pensamientos sacados de la palabra de Dios, vamos a iluminar el cuadro real de nuestra historia en esta semana. Pero ante todo levantamos hasta las alturas de Dios nuestra fe, para escuchar en la primera lectura del Libro de la Sabiduría, el Espíritu de Dios. Es el Libro de la Sabiduría posiblemente el último del Viejo Testamento, es el producto de un israelita que debió reflexionar toda la Biblia y en un ambiente peligroso -de la Alejandría de los tiempos anteriores y contemporáneos de Cristo- corría el peligro de secularizarse, de perder su fuerza de Palabra de Dios y hacerse sabiduría humana. Convertirse tal vez en idolatría, en adoración de falsos dioses, y el peligro de la fe de Israel era grande; tal vez no había el fervor de los tiempos de los profetas; no había el culto de un templo de Jerusalén; estamos en un ambiente de una sabiduría humana, griega, cosmopolita, mejor dicho. Y tenemos en este hombre que escribió el Libro de la Sabiduría, el modelo de quien hace una homilía -es un libro homilético, por los menos en su segunda parte- porque narra la historia de Israel sobre todo el Éxodo, pero no como una historia del pasado, sino actualizándolo a los tiempos de Alejandría. Esto hace la homilía, traer la Biblia a la actualidad, encarnar la palabra eterna de Dios en la historia contemporánea de los hombres. En el Libro de la Sabiduría tenemos un modelo de homilía.

Como va reflexionando en aquella potencia de Dios que saca a Israel de la esclavitud de Egipto después de las siete plagas y atravesando el desierto con señales maravillosas de Dios, llega hasta la Tierra Prometida, para aplicar a una situación en el mismo Egipto pero en otro tiempo. Ya en los tiempos cercanos de Cristo, es donde exhorta al pueblo de Israel a no perder su fe en el verdadero Dios; y una de esas reflexiones homiléticas del Dios que salvó a Israel, es esta que se ha leído hoy. Aquí encontramos al Dios de la Biblia, al que llamó a Moisés para conducir al pueblo a la libertad; al que inspiró a los patriarcas una esperanza de redención; el [78] mismo Dios que siglos más tarde es adorado por los israelitas en medio de una ciudad pagana. Así podíamos decir también, el mismo Dios de hoy, 1978, aquí en El Salvador, es el Dios que no cambia, el Dios eterno. Miremos con qué rasgos más preciosos nos lo presenta la Sagrada Escritura, para que nosotros, tomándolo, no

de mi pobre homilía dominical sino de la gran homilía del Libro de la Sabiduría, aprendamos quien es nuestro Dios.

En primer lugar, dice el Libro, es un Dios único. No hay otro Dios, como gritaba con fuerza este grito de la unidad y unicidad de Dios, toda la Biblia. Se oye aquí como uno de los últimos ecos del Viejo Testamento, con todo el vigor de la revelación. No hay más que un Dios y todo aquel que hace dioses a otra cosa, peca, ofende, porque se hace idólatra. Ciertamente y aquí, sí, la homilía de 1978 cambiaría un poco al Libro de la Sabiduría, no es el peligro de un idólatra de los tiempo de Alejandría floreciente, pero sí es el Dios de El Salvador que se ve amenazado ante falsas idolatrías: idolatría del dinero, idolatría del poder, idolatría de la lujuria del placer. Cuántas idolatrías amenazan a nuestra civilización, como a los israelitas de Alejandría, arrebatarles el corazón, el Dios único. No adorarás otro Dios, no servirás otro Dios, porque tu Dios es único. Tiene, nos ha revelado hoy el Libro de la Sabiduría, una soberanía universal, un poder total. Puede hacer cuanto quiere; poderoso, soberano, todo eso hemos escuchado en los calificativos que se hacen hoy al Dios de la revelación.

Otro título que aparece en la primera lectura de Dios, es un Dios Providencia, un Dios que cuida de todo, un Dios que nos gobierna. Qué precioso sentirse, hermanos, gobernados por Dios, bajo la soberanía de Dios. Así se explica cuando la Sagrada Biblia también dice que no hay potestad que no venga de Dios y que hay que obedecer al poder porque viene de Dios. Pero está diciendo también, que el soberano, el que manda, no tiene que mandar fuera de lo que Dios quiere, y que si una autoridad tiene que ser respetada, es porque refleja la potestad santa de Dios. Cuando la potestad de los hombres se hace abuso contra la Ley de Dios, contra el derecho, la libertad, la dignidad de los hombres, entonces es la hora de gritar como San Pedro también en la Biblia, hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. Toda potestad viene de Dios y por eso el gobernante no puede usar la potestad a su capricho, sino según la voluntad del Señor. Es la providencia de Dios que quiere gobernar los pueblos y los gobernantes son sus ministros, servidores de Dios como todas sus criaturas.

Luego dice también la Biblia hoy, es un Dios justo. No juzga injustamente, su poder es principio de la justicia. Miren qué riqueza del concepto de justicia. La justicia es la manifestación del poder, un poder no es verdadero si no es justo. El mismo Dios que puede hacer lo que quiere, no abusa porque no puede abusar, porque es justo, la justicia por excelencia, [79] y el poder de Dios está como iluminado por su justicia infinita. Juzgas con moderación; es la serenidad eterna de Dios, no se impacienta, es el Dios que tiene las riendas de todos los pueblos y de todos los hombres. Por eso su justicia es moderada, es una justicia serena y santa.

Y viene otro título en la lectura de hoy: un Dios misericordioso. Tu soberanía universal te hace perdonar a todos. Nos gobiernas con gran indulgencia porque puedes hacer cuanto quieres. Parece un contraste, precisamente porque puedes hacer cuanto quieres: podrías atropellarnos, podrías pisotearnos, podrías torturarnos, podrías tratarnos cruelmente; pero no, precisamente porque puedes hacer lo que quieres, nos amas, porque tienes los recursos para ser misericordioso y esperar que los hombres vuelvan al buen camino. Qué distinta la justicia de los hombres.

¡Cuando los hombres llegan a tener un poder, cómo atropellan! Cuántas torturas, cuántas groserías. Puedes hacer lo que quieres y por eso me estás tratando así. Cuántos lo habrán dicho en esos antros horrorosos que avergüenzan a nuestra civilización: en la Policía, en la Guardia, en todas partes donde ha habido tortura. Los poderosos, los que tienen armas, los que tiene botas para golpear, porque pueden hacer lo que quieren; pero sólo Dios puede hacer lo que quiere y ese Dios nos gobierna con bondad, precisamente porque el poder en los débiles se convierte en crueldad. Es un complejo de inferioridad llevado a la grosería. Dios no tiene complejos de inferioridad. Dios es soberano. Dios lo puede todo y por eso hasta a sus reos, sus pecadores, los juzga con bondad y con misericordia, pero este Dios justo y misericordioso también sanciona, porque la misericordia no es debilidad.

Dios hoy el libro, tú demuestras tu fuerza a los que dudan de tu poder total, y reprimes la audacia de los que no lo reconocen. Esto sí, cuando el hombre insolente se vuelve contra Dios, ¡pobrecito!, allí sí la potencia de Dios se hará sentir ante el soberbio, ante el orgulloso, ante el desobediente de sus leyes, la potencia omnipotente de su castigo. Dios también castiga, pero sólo cuando su paciencia se ha agotado. Dios es justo, pero antes es misericordioso infinitamente.

Queridos hermanos, este es nuestro Dios. No lo olvidemos, respetémoslo y sepamos que de allí deriva toda la alegría y la confianza de nuestra fe. Ojalá siempre que ese Dios que nos vino a revelar Jesucristo como Padre, como Providencia, como bondad, nos robe el corazón y le sirvamos no por temor, sino por amor.

Ustedes saben que hay dos clases de temor; el temor servil y el temor filial. El temor servil, o sea el temor de los siervos, el temor de los que temen el castigo, el temor de los que hacen las cosas para que no les castiguen, es un temor mezquino, pobre, hipócrita a veces, de apariencias; [80] pero el temor filial, es el del hijo, filial porque teme ofender a su padre. Es un temor que nace de amor, es el temor de la hija que no quiere resentir a su mamá, es el temor de los que quieren para no resentirse, para hacerse el bien. Este es el temor que debemos de tener a Dios. Eres un Dios de amor. Eres un Dios de bondad y de misericordia, por eso te sirvo, no por el castigo, sino porque te quiero. Como dice aquella bonita poesía:

No me tienes que dar porque te quiera;
porque aunque no hubiera cielo yo te amare;
y aunque no hubiera infierno te temiera,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Qué precioso el corazón del hombre cuando llega a esa independencia y sabe que ama a Dios, no por temor, y que lo sirve y lo obedece, no porque no sea pecado una cosa o porque otra sea pecado. El pecado quedaría como un segundo freno. El temor del infierno serían reservas que son necesarias, pero que no deben ser los primeros impulsos. Los primeros impulsos de nuestra relación con Dios tienen que ser de amor, de gratitud para el Señor.

Pasemos al segundo pensamiento. Este es el designio, este es el Dios que quiere venir a vivir en medio de los hombres. Ese Dios ha creado al hombre y el segundo pensamiento es

este: ¿cuál es la vocación del hombre? Y yo les resumo en estas ideas. La vocación del hombre es ser imagen de Dios. Es participar de su vida y de su gloria. Es colaborar con la salvación de todos los hombres.

En primer lugar les digo que la vocación del hombre es ser imagen de Dios. La vocación a la bondad, y aquí voy a valerme ya de la parábola preciosa, de la del trigo y la cizaña. Pero antes oigamos cómo terminó la primera lectura. Dice, esto lo has hecho para dar a tus hijos un ejemplo, así has enseñado a tu pueblo que el justo debe ser humano y diste a tus hijos la dulce esperanza de que en el pecado das lugar al arrepentimiento.

Cuando a Cristo le preguntaron los apóstoles, explícanos la parábola del trigo y la cizaña, Jesucristo dijo claramente: la buena semilla son los ciudadanos del Reino, la mala semilla son los seguidores del maligno. No es que en el mundo Dios quiera hombres buenos y hombres malos. Cuando los sembradores le preguntan al dueño de la mies: ¿qué no sembraste trigo en tu campo?, ¿por qué está brotando cizaña? El señor les contesta: sí, yo sembré trigo, pero el enemigo ha venido a sembrar esta mala hierba. Yo encontré, queridos hermanos, el más bonito comentario de este pensamiento evangélico en el Concilio Vaticano II en la Constitución de la Iglesia en el Mundo Actual. Dice: la fe que todo lo ilumina con nueva [81] luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre, ofrece al mundo soluciones plenamente humanas. Habla de los valores que la humanidad actual aprecia mucho. Entre nosotros por ejemplo, cómo se aprecian esos valores: el respeto, la libertad, la dignidad, la autoridad bien entendida, la fraternidad, etc.; son valores que todo hombre lleva en su corazón. Entonces, dice el Concilio, estos valores, por proceder de la inteligencia que Dios ha dado al hombre, poseen una bondad extraordinaria, pero a causa de la corrupción del corazón humano, sufren con frecuencia desviaciones contrarias a su debida ordenación, por ello necesitan purificación.

Este es el comentario del trigo y la cizaña. Dios ha sembrado bondad. Ningún niño ha nacido malo. Todos hemos sido llamados a la santidad. Valores que Dios ha sembrado en el corazón del hombre y que los actuales, los contemporáneos, ¡tanto estiman!, no son piedras raras, cosas que nacen continuamente. ¿Por qué entonces hay tanta maldad? Porque los ha corrompido la mala inclinación del corazón humano y necesitan purificación. La vocación del hombre pues, primigenia, original, es la bondad. Todos hemos nacido para la bondad. Nadie nació con inclinaciones a hacer secuestros; nadie nació con inclinaciones para ser un criminal; nadie nació para ser un torturador; nadie nació para ser un asesino; todos nacimos para ser buenos, para amarnos, para comprendernos. ¿Por qué entonces Señor, han brotado en tus campos tantas cizañas? El enemigo lo ha hecho, dice Cristo. El hombre dejó que creciera en su corazón la maleza, las malas compañías, las malas inclinaciones, los vicios.

Queridos jóvenes, ustedes que están en el momento en que la vocación se decide, piensen que todos hemos sido llamados a la bondad, y lo que está dejando a ustedes los jóvenes, esta edad madura -a la que yo también pertenezco- y tengo que lamentar dejarles en herencia tanto egoísmo, tanta maldad. Ustedes renueven, trigo nuevo, cosechas recién sembradas, campos todavía frescos con la mano de Dios, niños jóvenes, sean ustedes un mundo mejor, obedezcamos en cambio todos, a la segunda vocación: La conversión.

Miren qué nos ha dicho en la primera lectura, que Dios espera la conversión de los hombres y él la parábola del trigo y la cizaña, Cristo, Dios entre los hombres, anuncia que no hay que arrancar la cizaña, que hay que esperar a la hora de la siega. Aun el más viejo se puede convertir. El buen ladrón también ajusticiado junto a Cristo en el Calvario, se convirtió y a la última hora recibe el perdón y el cielo. Nunca es tarde para convertirse. Yo quisiera llamar aquí, con la vocación de Dios, vocación a los pecadores, para que se conviertan de su mala vida. Cuántas veces queridos hermanos, desde esta cátedra y en las circunstancias difíciles de nuestra predicación, ha sido esta la voz con que terminan las denuncias de la Iglesia. Jamás hemos denunciado por resentimiento, jamás hemos sembrado el odio. [82]

Ayer, allá en la Comunidad de Tutunichapa donde fui a celebrar la Misa, un niño de escuela me dijo: me han dejado un deber y usted me puede ayudar a contestarlo. ¿De qué se trata? -le dije. Me presentó un cuaderno y me dice: ¿es verdad que usted siembra el odio? ¿Quién te lo ha dicho? Ese es el deber que nos han dejado, si el Obispo está sembrando el odio. Qué triste hermanos, al menos en forma de una pregunta, ¡cuánta cizaña! Pero ojalá todos tuvieran la oportunidad de decirle lo que yo le dije al niño. ¿Tú me has oído? No, me dijo. Pues quienes me han oído te podrán decir que nunca he sembrado el odio. ¿Y entonces por qué dicen eso? Porque no quieren entender el mensaje del amor. El amor de Cristo exige renunciaciones. El amor de Cristo exige cosas que a veces molestan y por eso mejor echarle la culpa al subversivo, al que siembra odio, cuando no está haciendo otra cosa que predicar la conversión. Siempre que terminamos una denuncia, terminamos pidiendo que los que han hecho ese mal, se conviertan. Que Dios no quiere perderlos, que Dios los está esperando.

En esos antros misteriosos donde se han perdido tantos de nuestros hermanos, cuántos saben el terrible secreto, cuántos tienen las manos manchadas de sangre o de atropello y cuánta gente cizaña. Dios los está esperando, no los arranquen dice Cristo, esperen. Esperamos. Quisiera decirles a todos esos amigos y hermanos que tienen su conciencia intranquila porque han ofendido a Dios y al prójimo; que no pueden ser felices así. Que el Dios del amor los está llamando, los quiere perdonar, los quiere salvos.

Esta es la parábola del trigo y la cizaña y esto nos debe llevar también queridos hermanos, a comprender el misterio de iniquidad que también se opera en la Iglesia. Que la Iglesia no es la siembra del trigo de Dios. Los obispos, los sacerdotes, las religiosas, los laicos, los matrimonios, los jóvenes, los colegios católicos, ¿no debían de ser todos ellos santos? Claro que sí. ¿Lo son? Tristemente tenemos que decir no. Entonces, ¿la Iglesia es falsa? Tampoco. Si hay una Iglesia que se quiera gloriar de tener a todos sus miembros santos, no será la Iglesia verdadera, porque Cristo ha dicho que su Iglesia se parece al campo donde fructifica el trigo y la cizaña. Mientras vivimos en esta Iglesia peregrina, tenemos que estar juntos: trigo y cizaña. Pero no para perdernos todos en cizaña, sino para que la cizaña se vaya haciendo trigo y cuando llega la hora, todos podamos ser ciudadanos del Reino de Dios y todos podamos fulgar como soles en el Reino del Padre. Mientras no seamos buenos cristianos, no seremos más que cizaña; aunque estemos en el templo y aunque celebremos misas. Mientras no seamos lo que debemos de ser, no somos el ideal de Dios, pero Dios nos está aguantando y esperando.

Esta es la voz auténtica del Evangelio. La que no se trata de decir uno mejor que otros, sino llamar a todos y a uno mismo a convertirse. [83] Porque la conversión que es justa de Dios, nos repite con el Apocalipsis, que no sólo los pecadores tienen que salir de su pecado para hacerse santos, sino que dice esta palabra exigente: «El que es santo, santifíquese más y el que es justo, justifíquese más». Quién sabe cuál es el grado de santidad que Dios me va a pedir a mí y a cada uno de ustedes. Y si no lo hemos llenado, tenemos que purificarnos antes de entrar en aquel Reino, donde realizará la ciudadanía de los hijos de Dios.

Es tiempo hermanos, de que la vida la aprovechemos no para hacer lo que nos da la gana. Tú tienes poder para hacerlo todo, dice la Biblia hablando de Dios, pero precisamente porque tienes un poder hacerlo todo, no eres libre para hacer el mal. Dios no puede hacer el mal, a pesar de ser libre, porque la bondad, la libertad verdadera consiste en hacer siempre el bien. No por la fuerza, sino como Dios lo hace, libremente. El hombre, también, a quien Dios ha hecho a su imagen, le ha dado capacidad de hacer el mal, pero no para que lo haga. Si tienes manos para golpear, puedes golpear, pero no debes golpear. Tus manos deben ser para dar con amor. Si tienes pies, tiene que ser para caminar los caminos y Dios te ha dado capacidad, para ir camino del mal, pero no debes usar tus pies para caminar en el camino de mal, ni para dar taconazos a un pobre torturado, sino para que tus pies caminen libremente por el camino del bien. La libertad, Dios la usa para el bien infinito, y sus hijos, las imágenes de Dios, libres también, tienen que usarlo, no para hacer el pecado, no para vivir en pecado que ofende a Dios y es abuso de libertad, sino para hacer el bien.

Queridos hermanos, para ser ciudadanos del Reino, la vocación del hombre es a participar de su vida y de su gloria, y aquí me valgo de la segunda lectura de hoy. San Pablo, que ustedes se han dado cuenta, desde hace varios domingos nos viene ofreciendo la Carta a los Romanos, nos está haciendo una gran revelación, ojalá no la olvidemos. La revelación de que ya desde esta vida el hombre cristiano ha sido justificado, ha quedado perdonado cuando se ha hecho de verdad cristiano por un bautismo bien vivido. Y que esa vida cristiana que nos ha hecho hijos de Dios, criaturas nuevas, se va a revelar y nos dará también la gloria del cuerpo que esperamos. También este cuerpo, que ya encerrados los gérmenes del espíritu de la vida nueva, va a resucitar. Lo que ha dicho Cristo hoy, brillarán también vuestros cuerpos y vuestros espíritus como soles en el reino del Padre. Ahora hermanos, en el mismo ranchito; ayer he visto ranchos tan pobres en Tutunichapa y en tantas zonas marginales, pero gente tan santo, al lado de gente tan viciosa, ¿qué puedo decir? Junto al santo está el pecador. Qué diferencia más enorme a la hora del juicio, ahora no. Ahora puede ser que brille más en la apariencia el más pecador, y que en cambio parezca despreciable el más santo, pero cuando resplandezcan los verdaderos valores que valen a los ojos de Dios, entonces -dice San Pablo y nos ha dicho hoy- el Espíritu dará testimonio de [84] que sois hijos de Dios. Y ese Espíritu de Dios que se nos ha dado, en la epístola de hoy nos está ofreciendo otra función preciosísima, enseñarnos a orar.

Queridos hermanos, si queremos mostrar de veras esa creación nueva que Dios ha hecho adentro de nosotros y que nos ha dado su espíritu y nos ha hecho participantes de su gusto divino, dejémonos conducir por el espíritu para ser oración. San Pablo ha dicho hoy: el Espíritu dentro de vosotros os enseña a pedir y a orar según el deseo de Dios, y el Dios que escudriña los espíritus sabe lo que el Espíritu de Dios está pidiendo dentro de vuestros corazones. ¿Cómo es esto que Dios para entablar un diálogo íntimo con el hombre ha

elevado al hombre para ponerlo en la misma plataforma divina y hablar su mismo lenguaje? Y para ponerlo en su plataforma divina, le ha dado su Espíritu. Orar, es platicar con Dios. Hay una comparación preciosa del Concilio Vaticano II que dice Dios le ha dado al hombre el santuario íntimo de su conciencia, para que el hombre entre a esta celda privada y allí hable a solas con Dios para decidir su propio destino. Todos tenemos una Iglesia dentro de nosotros: nuestra propia conciencia. Allí está Dios, su Espíritu. Dichoso aquel que no deja solo ese santuario y nunca reza. Dichoso aquel que entra muchas veces a hablar a solas con Dios. Hagan la prueba hermanos, y aunque se sientan pecadores y manchados, entre más que nunca, para decir: señor corrígeme, he pecado, te he ofendido. O cuando sienten la alegría de una buena acción: Señor te doy gracias porque mi conciencia está feliz y tú me estas felicitando. O cuando estás en angustias y no encuentras quien te diga una palabra de orientación, entra a tu santuario íntimo que Dios te orientará; o cuando estás triste, como tantas madres tristes que no han hallado a sus hijos desaparecidos, entra tú a solas con Dios y di: Señor tú sabes dónde está, tú sabes cómo me lo estás tratando, y platica con él. Qué hermosa es la oración hermanos, cuando de veras se hace con ese Espíritu de Dios dentro de nosotros. Participando de la vida de Dios.

Hay en el Libro de la Sabiduría la preciosa oración del gobernante que le pide a Dios su sabiduría y todos nosotros la podríamos pedir: «Dios de nuestros padres, Señor de misericordia que por tu palabra lo hiciste todo, tú que por sabiduría diste al hombre el poder de dominar las criaturas salidas de tus manos para que gobernara al mundo con santidad y justicia, dame la sabiduría que comparte tu trono y no me rechaces del número de tus hijos». Y luego dice: «Envíame tu sabiduría para que trabaje conmigo y yo sepa lo que te agrada. Ella me guiará prudentemente en mis empresas y me protegerá con su poder. Mis obras te agradecerán y regiré a tu pueblo con justicia».

Cuando yo leí esta oración, hermanos, me he acordado mucho de la oración que dicen los alcohólicos anónimos que me parece un precioso resumen de esta oración de la Sabiduría: «¡Oh Dios!, enséñame serenidad [85] para aceptar las cosas que puedo cambiar, valor para cambiar aquellas que puedo y sabiduría para reconocer la diferencia». Yo creo que ahora esta oración no debería de estar sólo en el recinto salvador de los centros de Alcohólicos Anónimos, sino que debería ser una oración de todos aquellos que pusieran el cambio del mundo. Dame sabiduría para tener el valor de cambiar lo que se debe cambiar; y la serenidad para soportar lo que no se puede cambiar. Cuánto bien ha hecho esto en el alcohólico. Sabe él que se puede cambiar esa vida y yo que he oído tantos testimonios, les digo la alegría que da cuando la sabiduría de Dios toma posesión de un hombre, aunque sea el más vicioso y lo convierte en el artífice de su propio cambio. Ya no es un alcohólico, ya es la alegría de su familia. Pues esto, por qué no lo puede hacer cada uno de nosotros los pecadores. El egoísta, que le parece que no puede vivir compartiendo con los otros. Todo aquel que cree que no se puede cambiar nada, que tienen que seguir así las cosas. Es necesario que haya cambios. Pero no unos cambios sin sabiduría. Dame sabiduría para conocer la diferencia. El hombre que ha sido llamado para ser partícipe de la vida, del pensamiento, de la inteligencia de Dios, ¿cómo no va a ser capaz de hacer un mundo mejor? Los salvadoreños que nos estamos lamentando de ir caminando como un callejón sin salida, ¿por qué no orar y hacer lo posible de cambiar las cosas en la medida de nuestro alcance y pedirle al Señor la valentía de cambiar lo que se puede cambiar y la serenidad también de soportar mientras no se puedan cambiar las cosas?

Y digo también hermanos, que la vocación del hombre, es vocación a esa vida eterna. Brillarán como soles en el Reino del Padre. No olvidemos esta dimensión escatológica, este más allá de la muerte. La salvación del hombre no tenemos que buscarla sólo en esta tierra. Un mundo mejor tiene que ser iluminado por ese más allá que no se dará nunca en este más acá, y que aquí siempre las cosas serán imperfectas, pero que el corazón del cristiano tiene que luchar por hacerlas menos imperfectas para que sean un camino hacia la perfección infinita de lo absoluto del Dios que nos espera. Y digo también que la vocación del hombre, es una vocación a colaborar. Colaborar en la salvación de los demás; y aquí viene la parábola que se ha leído hoy también: el Reino de los cielos se parece al fermento que una mujer puso en la masa para que toda ella se fermentara. Esto es el cristiano según Cristo: un fermento. Las panaderas saben lo que es aquel poquito de masa que se pone dentro de la masa para que luego sea toda masa fermentada. Y el cristiano debía de ser eso, un puñito de fermento que luego transforma su familia, transforma su barrio, su comunidad, su pueblo, el país entero, el mundo entero. Somos fermento sin fuerza, por eso no hemos logrado fermentar la masa. Esta reflexión nos debe llevar pues, a comprender esta responsabilidad de nuestra vocación cristiana para hacer también, apóstoles, fermentos de nuestra sociedad. [86]

Finalmente, hermanos, mi tercer pensamiento: La Iglesia signo del Espíritu de Dios en medio de los hombres. Y aquí me valgo de la tercera parábola que Cristo nos ha propuesto: el Reino de los cielos se parece a una semilla de mostaza que alguien sembró y que fue creciendo hasta hacerse arbusto y los pájaros venían y se posaban en él. Es una imagen de la Iglesia, como signo en el mundo. Así como el arbolito es un signo de protección para el pajarito que vuela buscando sombra, la Iglesia es eso: un signo donde los hombres encontramos la plenitud de los medios traídos por Dios. Ya decía antes que no vamos a esperar de todos los que reparten la vida de Dios, la santidad que deberían de tener -que deberíamos de tener- pero sí, sepamos, como decía Manssonni el gran escritor italiano: «Cuando yo me arrodillo ante un confesor, no me importa saber si ese hombre está más necesitado que yo del perdón de Dios, lo que me importa es que en ese momento será el signo del perdón». Yo te absuelvo, aunque sea un pecador me absuelve en nombre del que perdona y quiere convertir a los hombres. Es un signo.

Esta Catedral, por ejemplo, ahora con ustedes aquí adentro, es el signo de quienes buscan la palabra, la Eucaristía del Señor. Signo de toda manifestación de Iglesia. Queridos hermanos, seamos como el granito de mostaza de hacer crecer este signo y que seamos verdaderos instrumentos, señales por donde encuentra el hombre la salvación. Que todo hombre de Iglesia, todo ciudadano del Reino, sea de verdad, en medio del mundo, una invitación del trigo a la cizaña para que se convierta y siendo cada día más pleno de cosecha para el Reino de los Cielos.

Ahora comprendemos hermanos -perdonen que hasta el último momento lleve este relato- como esta Iglesia signo, esta Iglesia fermento, esta Iglesia trigo en medio de la cizaña, esta Iglesia nos ofrece en esta semana muchas señales de su presencia, así como también muchos rechazos de la cizaña que la rodea.

Con alegría hemos visto que el Papa ha señalado ya el lema de la jornada de la paz para el primero de enero próximo, y es este: «Para lograr la paz, educar para la paz». Es una educación que no termina al terminar la escuela, que llega hasta nuestra vejez, porque siempre aprendemos a ser hombres instrumentos de paz. Nadie se sienta pues fuera de esta escuela de la paz y tratemos de educarnos para la paz.

Se ha publicado también en Roma, un documento que orienta las relaciones entre los obispos y los religiosos en la Iglesia. Ya tendremos oportunidad de dar a conocer cómo estos dos grandes elementos de la Iglesia, el episcopado y la vida religiosa, tienen que conjugarse para el bien del pueblo de Dios. [87]

También hay noticias muy halagadoras de los preparativos de la reunión de Puebla. En Bogotá, obispos y expertos se están reuniendo ya para preparar el documento base de los estudios de Puebla. Pidamos mucho para que todo esto camine hacia las verdaderas esperanzas de nuestra América Latina. El presidente del CELAM, cardenal brasileño Lorscheider, ha dicho que en esta reunión de Puebla, habrá revisiones muy profundas de la doctrina de Cristología, de Sociología, de la Teología de la liberación, pero que la Iglesia tendrá que estudiar cada vez más a fondo su compromiso con los pobres y su actitud delante de posiciones gubernamentales o de otras organizaciones que en América Latina dificultan la evangelización. Ha señalado también el peligro de esta manifestación de las grandes ciudades, donde se hacen más necesarias las pequeñas comunidades. Óiganlo bien para que sigamos trabajando en este campo de comunidades eclesiales de base, donde la evangelización se torna más familiar y humana.

Desde este domingo queremos adelantar nuestra felicitación a las Iglesias hermanas de Santiago de María y de Santa Ana, que están celebrando sus fiestas patronales del apóstol Santiago, 25 de julio y de Señora Santa Ana, el 26 de julio.

Aquí en la Arquidiócesis, el periódico Orientación, publica un documento de la solidaridad de nuestros sacerdotes, con los jesuitas que fueron cateados el 8 de julio. Comparten su afrenta, ofrecen su apoyo moral, aprueban como oportuno y sincero su comunicado, en que ratifican su posición en la Iglesia y en el pueblo salvadoreño; se alegran de que hayan comprobado una vez más la falsedad de las calumnias de los que quieren mal a la Iglesia.

Del 28 al 31 de julio, el colegio María Auxiliadora de las hermanas salesianas, estará celebrando el 75 aniversario de su fundación. Muy pronto tocará también su fiesta jubilar al colegio Don Bosco de los Salesianos. Nos alegramos y pedimos al Señor muchas bendiciones para estos seguidores de Don Bosco.

El Centro Ana Guerra de Jesús para señoras del mercado, ha celebrado un encuentro sobre la vida del niño en la familia salvadoreña. Es una labor silenciosa que está haciendo mucho bien entre las personas que trabajan en los mercados.

Del 24 al 28 de este mes, o sea en esta semana, la Universidad Centroamericana, celebrará un seminario de Sociología de la Religión.

Estos días las comunidades de Zacamil, San Antonio Abad, Santiago Texancuángos y Mejicanos, han organizado una convivencia para novios, jóvenes. Por lo menos unas 25 parejas van a ir a reflexionar sobre el sentido del noviazgo según el plan de Dios. [88]

Ayer como ya les anuncié, tuve la oportunidad de visitar una colonia marginal, Tutunichapa, donde celebré la Santa Misa y pude constatar el trabajo pastoral que están haciendo allá catequistas y comunidades cristianas muy apostólicas. Yo invito a todos los cristianos a trabajar en este sentido.

Esta tarde se celebra el Corpus en la Parroquia San Antonio, así como lo celebró una colonia de la Parroquia Miramonte en la semana pasada.

Quiero invitar, hermanos, para esta tarde a las 6 y media a Paleca, donde ustedes saben hubo un robo sacrílego del Sagrario, y vamos a ir a celebrar una ceremonia de desagravio al Santísimo. Les pido a todos una ayuda, también para que ayudemos al Párroco a recuperar su Sagrario perdido.

También quiero alegrarme con el regreso del P. Guillermo Alfonso Rodríguez, uno de los sacerdotes que salieron en los momentos más difíciles, porque temía por su vida. Queremos agradecer a Migración que lo haya dejado entrar sin dificultad. Ojalá sea signo de que otros sacerdotes injustamente alejados de la Arquidiócesis, puedan volver sin temor.

Quiero alegrarme, con el P. Fernando Echeverría y el Párroco de Concepción de Chalatenango, porque han celebrado en estos días sus Bodas de Plata sacerdotales, pido a todos una oración por ellos.

En el Apostolado de la vida religiosa, también quiero alegrarme y felicitar a las hermanas que dirigen la Escuela Catarina Di Maggio, por el triunfo que obtuvieron en oratoria, a través de su niña Ana María Chafoya Solano. Lo mismo a las Carmelitas Misioneras de la Policlínica y de La Laguna, felicitarlas por su gran labor y suplicarles que perdonen la omisión de mi domingo pasado.

Quiero invitarles, también hermanos, a una ordenación sacerdotal, que voy a tener el gusto de realizar con el jesuita P. Carlos Arias Monge, en la Capilla del Externado San José, el sábado de esta semana 29 de julio, a las 5 de la tarde.

Y desde ahora anunciar pues, como lo hemos estado haciendo, la fiesta del Divino Salvador, haciendo un llamamiento principalmente para las tradicionales: «Bajada», la vigilia del 5 y la misa de las 8 de la mañana, que posiblemente tendremos que hacerla de campaña.

Ayudar a la Catedral es un deber. Yo quiero aquí traer el testimonio de una persona que en su sobre dejó este recado: «El décimo de junio para el servicio de Nuestro Dios. Sea mi décimo». Y deja una cantidad de dinero que corresponde a la décima parte de su salario como ofrenda a Nuestro Señor. [89]

Esta es la Iglesia, hermanos, signos de la Iglesia en el mundo, pero al mismo tiempo esta Iglesia tiene que convivir con mucha cizaña y es aquí como la Iglesia rechaza también aquellas cosas que no son según Dios. Por ejemplo, han continuado los cateos. Todos pusieron por el periódico la captura de una niña de 12 años y otra menor de 16 años con su mamá. Anteriormente también yo supe del cateo de una casita humilde de la señora Dolores Castillo, que siendo anciana, diabética, hipertensa, artrítica, no hubo temor de 60 agentes de seguridad, atormentarla por lo menos con el susto. Es necesario tener pues conciencia para ser más humanos como nos ha dicho la lectura de hoy.

Se disolvió el sindicato de la Cigarrería Morazán y hay peligro que se disuelvan otros, y es por falta de apoyo a este derecho de los trabajadores de sindicalizarse. Se cree que un 75% de obreros, no están sindicalizados. No pueden hacer uso de su derecho de defenderse sindicalmente.

Sobre todo quiero unirme al sufrimiento de la familia del Dr. Álvaro Edgar Cuéllar, perdón, Víctor Cuéllar Ortiz, por el secuestro de su hijo Álvaro Edgar. Ha habido mucha oración y desde aquí como de costumbre, hago un llamamiento para que sea devuelta la tranquilidad a ese hogar. Quiero recordar a los secuestradores, que la familia es pobre y no puede aportar cantidades como se suele exigir en estos casos.

Ha habido injusticias y violaciones en los procedimientos constitucionales, por ejemplo, el caso del Dr. Eduardo Espinoza Fiallos, el que gracias a Dios, después de un mes de engaño, ha sido devuelto a su familia. Y otros reos que han sido presentados con evidentes señales de torturas, como aquel que atendió una enfermera, con sus dedos pulgares casi deshechos.

Quiero agradecer a la Crónica del Pueblo, por hacerse eco de estas denuncias y pedir a ustedes que apoyen también la situación difícil de este periódico, que naturalmente no podrá contar con muchos apoyos, dado su ideal.

Yo quiero decirles también hermanos, como esperanza, que el 18 de julio, entró en vigor la Convención de Derechos Humanos de la OEA, a la que está suscrita El Salvador.

Que allá en el Perú el Gobierno militar ha concedido amnistía e indulto general para todos los sentenciados o procesados por los tribunales por motivos políticos. Además suprimió un decreto que mantenía la vigencia de los destierros y detenciones sin mandato judicial. También Italia decretó una amnistía que beneficiará a unos nueve mil presos. Son ejemplos para nuestra patria. [90]

Nos visita el Dr. Fox, representante de la Comisión Internacional de Juristas, con quien sostuvimos un amplio diálogo. Puede haber, hermanos, muchas otras noticias y vidas de nuestra vida nacional pero sobre todo vamos a celebrar ahora nuestra Eucaristía, llevando al altar todos estos hechos a los que se pueden unir ustedes los de su propia familia, su propia vida personal, para que se convierta en oblación al Señor, iluminados con la Palabra de Dios toda nuestra historia, ya puede ser materia del sacrificio en que Cristo Nuestro Señor hace presente su amor y su redención. Señor, que todo este dolor, que todo este sufrimiento,

que toda esta vergüenza, que toda esta palabra reflexionada por tus hijos, se convierta en una esperanza junto a tu altar, para que El Salvador viva días mejores. Así sea. [91]

El Reino de Dios es la verdadera riqueza del Hombre
17.º Domingo del Tiempo Ordinario
Domingo 30 de julio de 1978

I Reyes 3, 5. 7-12

Romanos 8, 28-30
Mateo 13, 33-57

Es el Domingo 17.º, dentro del año, y las lecturas son una continuación de los domingos anteriores. El Evangelio que marca la lectura principal sigue tomándose de ese precioso capítulo de San Mateo que se llama «Las Parábolas del Reino». Recordarán que desde hace tres domingos venimos comparando: el Reino de los Cielos se parece... Y nos ha dado oportunidad de ir comprendiendo a qué Reino pertenecemos. Es el centro de la predicación de Cristo; es un inmenso honor para la Comunidad Cristiana saber que, aunque se le interprete mal, no está haciendo otra cosa que asimilando individualmente y comunitariamente esa mística del Reino de los Cielos.

Tratemos de meditar ahora también, queridos hermanos, con esa limpieza de fe y de intención; y sepamos ser muy superiores a todas las suspicacias, a todos los miedos que esta Palabra de Dios suscita en el mundo. Es necesario que, si de verdad queremos ser cristianos, captemos [92] y tratemos de vivir todo lo que Cristo nos ha querido decir al convocarnos a este Reino. Os llamo para esto: no quiero un Evangelio mistificado, no quiero unos cristianos acomodaticios. El que no está con esto, no está conmigo. Es una actitud tajante que dice muy mal de aquellos que quieren que el Evangelio no suscite conflictos y dificultades, siendo así que vivimos una hora tan conflictiva y tan dificultosa. Es muy difícil andar como un águila huyéndole a los conflictos que la palabra de Dios debe de despertar, si de verdad se vive esa plenitud del Reino, esa consecuencia, esa lógica del que un día en el bautismo aceptó pertenecer a este Reino. Es el centro de la predicación de Cristo y marca las cualidades auténticas de la verdadera Iglesia.

Yo me alegro mucho, queridos hermanos, de que en esta hora en que el Reino de Dios sigue predicándose, hay muchas comunidades, hay muchos hombres y mujeres que tratan de reflexionar cada vez más a fondo y de vivir con verdadero sentido de fe estas orientaciones -que no son mías- son del Divino Maestro, a quien yo simplemente le estoy sirviendo de eco. En las parábolas de hoy, y en las otras dos lecturas que complementan, yo encuentro esta enseñanza, este perfil que nos quiere dar la palabra de Dios para este domingo. Lo titularía yo así: El Reino de Dios es la Verdadera Riqueza del Hombre. Y dividiría este pensamiento en estas tres ideas: 1.º) la verdadera riqueza; 2.º) Cristo personifica la verdadera riqueza y 3.º) el fracaso de la falsa riqueza.

En esta hora en que la riqueza se erige en ídolo, qué bien nos viene a nosotros pedir como Salomón en la primera lectura: «Dame sabiduría» para conocer la diferencia entre la

verdadera y la falsa; para no estar adorando como ídólatra una riqueza que sólo tiene pies de barro; y para ser el verdadero Dios y ambicionar, como hemos dicho en la oración de la misa de hoy, disfrutar la riqueza de la tierra en su valor relativo, pero sabiendo que el valor absoluto sólo lo tiene la verdadera riqueza que nos ha traído el verdadero rico: Cristo Nuestro Señor.

¿Cuál es la verdadera riqueza? A eso se refieren las dos bonitas parábolas, en que dice Cristo: el Reino de los cielos se parece a un hombre que encontró un tesoro en el campo y lo esconde, para ir a vender todo lo que tiene y comprar aquel campo que aparentemente no vale tanto, pero que para él, sí, porque ha descubierto un tesoro. Se trata de una cosa muy oriental, donde invadían continuamente ladrones; invasiones políticas. Los propietarios de una pequeña riqueza o grande riqueza, generalmente lo enterraban en vasijas y tenían que huir ante la invasión. Muchos no volvieron, y quedaban allí, en los campos del Medio Oriente, muchos tesoros escondidos. Entonces alguien, escarbando, encuentra una de esas vasijas, un tesoro, una olla llena de monedas de oro; tal vez otra cosa, pero que es un tesoro riquísimo, y él dice: lo escondo y voy a comprar este campo. Lo compra, naturalmente muy barato, y se ha hecho dueño [93] de un tesoro. Cristo no quiere justificar aquí la trampa, la mentira que se puede esconder en esta negociación, sino que nos quiere enseñar la diligencia que un hombre pone cuando ha encontrado un tesoro.

También, dice la parábola de la piedra preciosa: el Reino de los Cielos se parece al hombre que encuentra un mercader que le vende una piedra auténtica, preciosa, que es muy superior a todas las piedras que él tiene, y entonces sabe que puede vender todas sus piedras de aparente brillo o por lo menos no tan auténticas ni tan valiosas como la que le están ofreciendo, que vale mucho más. Y no le importa quedarse sin las piedras que andaba para conseguir esta otra que será una inmensa ganancia. ¿Qué nos está diciendo con esto el Señor?

Ya sin parábola, la primera lectura nos habla también de ese sentido de discernimiento entre lo verdadero y lo falso. Dios se les aparece en sueño a Salomón, el Rey más sabio: «Pídeme lo que quieras y te lo daré». Para un hombre en medio de la idolatría del poder y de la riqueza, la tentación hubiera sido: dame mucho oro, dame mucho poder, entrégame mis enemigos, que los domine a los pueblos, dame la vida larga. Yo me pregunto, hermanos, qué le hubiéramos pedido al Señor si en una de estas noches se hubiera presentado para decirnos: te voy a dar lo que me pidas. Aquí conocemos el criterio del hombre. Cuántos en nuestro tiempo pedirían más dinero, más poder. Ante la terrible tentación de un gobernante, Salomón hace honor a su padre David y eleva al Señor una preciosa oración: «Señor tú lo sabes todo. Me has constituido gobernante de este pueblo tan numeroso, tan difícil. Yo lo que te pido es un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir entre el mal y el bien; un corazón sabio e inteligente. Este es el mercader que aprecia la verdadera piedra preciosa. Este es el hombre prudente que encuentra el tesoro y lo pide.

Qué enseñanza más bella la del Evangelio de hoy. Discernimiento entre lo principal y lo que no vale tanto. Discernimiento entre el verdadero Dios de las riquezas y las falsas riquezas idolatradas por los hombres. Y entonces, la respuesta de Dios es preciosa: «Porque no me pediste vida larga, ni riquezas, ni la vida de tus enemigos, sino que pediste

discernimiento para escuchar y gobernar, te cumplo tu petición. Tu corazón será, de hoy en adelante, sabio e inteligente, no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti».

La enseñanza la lleva San Pablo en la segunda lectura de hoy a la verdadera riqueza del Reino. San Pablo, en este capítulo 8 que venimos leyendo desde hace tres domingos, nos está enseñando que la verdadera riqueza del corazón del hombre es la justificación y la glorificación, que el hombre, aun peregrinando en esta tierra, no vale sino porque Dios lo hace su hijo. Que si no fuera por esta redención, de la cual Dios, por la [94] cual Dios nos ha sacado del pecado y nos ha hecho agradables a él, hijos suyos; y después de esto, la vida eterna, el gozo en el Reino de Dios. El Reino de Dios en su fase definitiva. El Reino de Dios donde cada uno de nosotros -nos decía el domingo pasado la parábola del trigo y la cizaña- «va a fulgurar como sol en el Reino del Padre». Este destino eterno del hombre, esta vida sobrenatural del hombre llamado a ser hijo de Dios, esta justificación, esta es la verdadera riqueza del Reino de Dios.

Hermanos, yo quisiera que subrayáramos mucho esta gran enseñanza, porque la Iglesia no está en la tierra para privilegios, para apoyarse en el poder o en la riqueza, para congraciarse con los grandes del mundo. La Iglesia no está ni siquiera para erigir grandes templos materiales o monumentos; la Iglesia no está en la tierra para enseñar sabiduría de la tierra; la Iglesia es el Reino de Dios que nos está dando precisamente esto: la filiación divina. Grande, en el Reino de la Iglesia, es aquel que vive la santidad. Grande es aquel que, como Salomón, puede sentir un corazón muy sabio y muy unido con Dios. Grande solamente es el hombre o la mujer que se hacen, por su arrepentimiento, por su conversión, verdaderos hijos de Dios y pueden participar en la alegría de sus sacramentos, en la felicidad que solamente gozan las almas que ha conservado su inocencia, o si la han perdido, la han recuperado por la penitencia. Felicidad solamente la tiene el santo. Solamente es libre el verdaderamente santo. Solamente es libre el que no le tiene miedo a las cosas de la tierra, porque sólo tiene un temor: perder la amistad de Dios. Y conservar esa amistad de Dios, es su tesoro único. Le salen sobrando todas las otras amistades cuando Dios les dice: tú eres mi amigo, tú eres mi hijo; tú estas destinado, como coheredero con Cristo, para poseer mi Reino, mi felicidad. Yo mismo, le dijo a su amigo Abraham, yo seré tu recompensa.

Hermanos, no es utopía. Esta es la gran verdad que debería de llenar el corazón del hombre, cuando San Pablo nos ha dicho hoy, remontándose nuestra prehistoria: «Antes que tú existieras, Dios te amaba y te predestinó para hacerte semejante a Cristo. Y esa semejanza con Cristo, es la que justifica. Y en ese Cristo glorificado, tú también serás glorificado. Miren cómo la sabiduría de Dios abarca al hombre desde antes que existiera y más allá de su muerte. ¿Qué es la vida de esos pocos años cuando no la llena esta historia de Dios que me arroja con su amor?»

Si uno se emociona cuando piensa: nueve meses antes de nacer, hubo una mujer que me amaba entrañablemente. No sabía como iba a ser yo, pero me amaba porque me llevaba en sus entrañas. Y cuando me dio a luz me abrazaba, porque no estaba estrenando el amor, ya lo concibió junto conmigo. La madre ama, y por eso es tan abominable el aborto, porque la madre que aborta no es fiel a ese amor que debe tener como Dios, en la eternidad, antes que nazca la criatura. Dios es la imagen bella de la madre embarazada. Dios me tenía en su seno

y me amaba y me [95] destinó, y allá pensó en mis días y en mi muerte. Lo que me va a pasar ahora no me importa, ya Dios lo conoce. No tengamos miedo, hermanos, vivimos unas horas de difíciles vicisitudes. No sabemos si esta misma tarde estaremos presos o matados. No sabemos qué van a hacer con nosotros las fuerzas del mal. Pero una cosa sí sé, que aun a los desaparecidos, aun aquellos que son llorados en el misterio de un secuestro, Dios los conoce y los ama. Y si Dios permite esas desapariciones no es que porque él sea impotente. Él me ama, él sigue amando, él ama también nuestra historia y sabe por dónde van a salir los caminos de redención de nuestra patria.

No desconfiamos de esta gran verdad. Este es el verdadero tesoro del Reino de Dios: la esperanza, la fe, la oración, la fuerza íntima que me une con Dios. Esto pidamos, hermanos, siempre como Salomón: Señor, no me des riquezas; no me des vida larga o corta; no me des poderes en la tierra que embriagan a los hombres; no me des locuras de idolatría de los falsos ídolos de este mundo. Límpiame Señor mis intenciones y dame la verdadera sabiduría del discernimiento para distinguir entre el bien y el mal; dame la convicción que sentía San Pablo de sentirse amado.

Yo les invito, hermanos, no está en las lecturas de hoy, pero a continuación ya para terminar ese capítulo 8 de la Epístola a los Romanos, qué hermoso himno al amor. No dejen de saborearlo. ¿Quién nos separará del amor de Dios? Ni la muerte, ni el hambre, ni la espada, y podríamos añadir la larga serie de cosas que ahora están sucediendo. Nada nos puede separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Porque esto nos lleva a un gran problema que ha surgido en los siglos en nuestra teología. Es el gran problema de la predestinación.

La predestinación es esto que nos ha dicho San Pablo: Dios me llamó y me predestinó para ser semejante a su Hijo y ser glorificado con él. Esto quiere decir que no todos son predestinados. Esta es la triste verdad, cuando Cristo decía: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos». Los seleccionados de los que ha dicho San Pablo hoy: «A los que amó, seleccionó». Queda la angustia en el corazón del hombre: ¿seré yo también de los que van a ser reprobados por Dios? Esta gran angustia se convirtió en un gran problema teológico: las grandes discusiones de la predestinación. Precisamente en los años del Concilio de Trento y posteriores, surgieron aquellos grandes movimientos de los grandes teólogos dominicos, jesuitas, distinguiendo y defendiendo corrientes diversas para tratar de coordinar estas dos grandes verdades que a nuestro entendimiento, son imposibles de coordinar: la gracia de Dios que me quiere salvar y la libertad del hombre que puede rechazar esa gracia de Dios. ¿Por qué se condenan siendo que Dios quiere salvarlos a todos? ¿Por qué se dice que Dios quiere salvar a todos si algunos se van a condenar? [96]

Hermanos, por lo menos quisiera sembrar en esta palabra, la inseguridad. Nadie debe sentirse seguro de ser un elegido. Todos tenemos que tomar, como nuestra, aquella gran recomendación de San Pedro: «Operad vuestra salvación con temor y temblor». Es falso lo que enseñaba Lutero, que una fe en mi salvación me dará la salvación. Si no obras bien, recuerda lo que dice Cristo: «El que me ama, guarda los mandamientos». Y recordemos sobre todo, lo que nos ha dicho San Pablo hoy para saber si vamos camino de la salvación o camino de la perdición: «Te escogió para que fueras semejante a Cristo». El hombre que se

esfuerzo por asemejarse a Jesucristo, va por buen camino. El hombre que rechaza a Cristo y a sus enseñanzas y a su Iglesia, si no se convierte, va por el mal camino.

Dentro de un rato les voy a señalar un conjunto de hechos de esta semana, para que ustedes mismos analicen, entre este conjunto de cosas que se realizan en nuestra historia, quiénes en este momento son predestinados y quiénes no podemos decir que son predestinados, a no ser que se conviertan a Dios. ¡Tengamos temor! Y aquí va un llamamiento a todos aquellos que quieren jugar con la Iglesia. Tomen en serio la palabra de la Iglesia. No es por dar miedo ni por imponerme en un falso respeto. Es que yo siento que no cumpliría mi deber, si no dijera que la predestinación es un misterio de incertidumbre; y que solamente lo puede resolver un gran sentido de amor y de comunidad, de justicia, de imitación a Jesucristo. Y que sería falsa seguridad si yo les dijera: sí, nos vamos a salvar todos. Vivamos como queramos, que ya en esta tierra, el Reino de Dios es precisamente el Cristo que nos está llamando. ¿Creen ustedes que hubiera muerto Cristo en las torturas de una cruz si no fuera tan serio el problema de la salvación? ¿Cómo vamos a mirar con indiferencia a un Redentor de los hombres a quien le cuesta tanta amargura y tanto dolor pagar el pecado de los hombres, y nosotros ser indiferentes al pecado en todas sus manifestaciones, sobre todo en las manifestaciones de injusticias sociales? ¿Cómo se va a reír de Dios el que es cómplice de estas injusticias y no trata de mejorar el país para que las imágenes de Cristo, los hombres llamados a parecerse a Cristo, se diferencien tanto, no entre predilectos de Dios y desechados de Dios, sino entre ricos y pobres, siendo así que no es ese el criterio de la verdadera sabiduría, sino el pensar como Dios piensa o el no pensar como Dios no piensa?

Por eso, hermanos, estos grandes problemas teológicos se resuelven en una cosa. Sería interesante repasar esas corrientes de opiniones teológicas que trataron de resolver el gran problema de la predestinación. Hoy, que se está haciendo la teología moderna, que está encontrando cauces nuevos apartándose un poco de lo tradicional, se llega a decir, por ejemplo, esto que ha dicho San Pablo sin tantas implicaciones teológicas modernas: «Dios predestinó a los que ama a parecerse a Cristo, primogénito entre muchos hermanos». Aquí encontramos una clave. Cristo es al mismo tiempo Dios y hombre. Como Dios es el que predestina o condena, [97] pero como hombre ha asumido la responsabilidad de todos los hombres, aunque sean grandes pecadores. Si se identifican con Cristo, se salvan; porque él ha pagado en su carne de hombre los pecados de todos los hombres y ha construido una gran comunidad que se llama su Iglesia, su Reino. El Reino de Dios se parece..., para decirnos que este gran problema les interesa algo o no, se puede resolver en esta otra pregunta: ¿estoy tratando de identificarme con ese Cristo y su comunidad, o estoy luchando contra esa comunidad y contra ese Cristo? Al fin y al cabo, Dios no condenará al que lo acepta; pero sí, rechaza al que lo rechaza.

Por eso el problema, en última instancia, está en nueva voluntad. Una voluntad que se llena de esperanza y abraza a Cristo y reconoce: Señor, aunque he sido un gran pecador, lávame con tu sangre, úneme a ti, a tu carne que pagó en la cruz mis pecados. Me incorporo a esta Iglesia donde hay peces buenos y peces malos, pero trataré de ser pez bueno. Esta es la gran esperanza de la salvación que el cristiano lleva. Tratar de asemejarse a Cristo Nuestro Señor.

Y aquí, hermanos, me da mucho gusto recordar una bella página del Concilio Vaticano II, cuando en la Constitución de la Iglesia en el Mundo Actual en el número 22, presenta a Cristo como la gran revelación del misterio del hombre: «Ningún hombre conoce su propia vocación, si no es conociendo a Cristo. Un hombre que no conoce a Cristo, ni trata de hacerlo suyo, es un hombre miope, es un hombre mutilado, es un hombre incompleto, es un hombre sin criterios de totalidad. Solamente la figura de Cristo que ya fue prefigurada en el primer Adán, pero que después de ese primer Adán, destruyó la imagen del hombre por el pecado, viene el segundo Adán: Jesucristo, Dios y hombre al mismo tiempo, para señalar al hombre cuál es su vocación integral, para que se recupere del pecado de Adán y se haga miembro de esta segunda generación. En verdad, en verdad te digo -le dice Cristo a Nicodemo- que no puedes entrar en el Reino de los cielos si no renaces de nuevo. ¿Cómo? -le dice Nicodemo- ¿cómo puede un hombre viejo meterse otra vez en el seno de su madre y nacer? «No te digo así, no lo entiendas materialmente, te estoy hablando de un renacimiento espiritual. El que no renace del agua y del espíritu; el que no hace suyo el espíritu de Cristo; el que no se incorpora a mi Reino, donde hay exigencias tremendas que yo pido para que pertenezcan a mi Reino, ése no puede ser salvo». O sea queridos hermanos, y en esto también llenémonos de alegría, que esta vocación del hombre en Cristo no solamente la tenemos los cristianos. Cuidando con sentir el orgullo de ser cristianos, nos pareceríamos a los israelitas cuando le decían a Cristo: «No nos regañes si somos hijos de Abraham». Y Cristo les decía: «Pero importa ser hijo de Abraham, porque Dios puede hacer hasta de las piedras hijos de Abraham; lo que interesa es la justicia de Dios. [98]

Así también, hermanos, no nos gloriemos de venir a la Iglesia, de ser cristianos, porque pensemos que fuera de los límites del cristianismo hay muchos hombres que tal vez adoran falsos dioses; pero con una conciencia tan moral y tan limpia que no hay duda que Cristo los está salvando. Yo recuerdo cuando en Roma estudiaba y el Papa Pío XI recibió a aquel gran filósofo y humanista, Mahatma Gandhi, envuelto en una sábana y con una cabrita por las calles de Roma. Y Pío XI dijo en un discurso esta expresión: «Hemos conocido a un santo pagano». ¡Qué bella expresión! En el paganismo hay santos. Tal vez más santos que en nuestra Iglesia Católica. Porque Cristo, que es la revelación del hombre, puede ser conocido y Mahatma Gandhi decía: ¿Cómo pueden los cristianos tener este libro tan bello, el Evangelio, y no vivir la gran revolución de la santificación y de la liberación del mundo?

No hacemos vida los que tenemos, conocemos a Cristo y no lo vivimos. Pero no hay otro camino, hermanos, y esta es la solución a esos grandes temores. ¿Me salvaré o me condenaré? No cavilemos tanto en eso, tratemos más bien de conocer mucho a Jesucristo y de pertenecer íntimamente a su Iglesia. Y en vez de combatirla, tratar de comprender sus lógicas consecuencias dolorosas; y no queramos hacer un cristianismo a nuestro gusto, no queramos domesticar el Evangelio; sino que nosotros domesticuémonos al Evangelio y tratemos de seguir al Cristo auténtico, si de veras queremos ser salvos. Porque con todas las idolatrías del poder y del dinero, muchos no entrarán en el Reino de los Cielos, porque no trataron de identificarse con el plan de Dios que en estos conociste. Me predestinó para hacerme semejante a Cristo y en él justificarme, y en él glorificarme para hacer una comunidad de hermanos, donde Cristo es el primogénito de muchos hermanos. Sintamos así nuestra Iglesia. Una comunidad de hermanos.

Y finalmente, queridos hermanos, ya ahora comprenden la belleza de esa palabra: queridos hermanos. Ojalá no sea una expresión hueca, sino que de verdad sintamos que todo prójimo es mi hermano; pero cuando lo miro a través de Cristo, mi hermano mayor, y trato de ser como Cristo para ser digno de ser llamado hermano y poder llamar hermanos a todos los hombres, sean ricos o sean pobres, porque a todos nos ama el Señor. Pero hay un problema, y este es mi tercer pensamiento. El fracaso de la falsa riqueza. Pobres idólatras de la falsa riqueza. Están adorando un ídolo con pies de barro. Y Jesucristo lo comparaba, en el Evangelio de hoy, con la pesa que tira con la atarraya en el mar y saca peces buenos y malos; y en la orilla los pescadores escogen los peces que valen la pena para llevárselos y comer o vender, y lo que no vale la pena, tirarlo al horno, dice Cristo. Es lo mismo del trigo y la cizaña. Para que no nos extrañemos de que en esta red de la Iglesia, pescadora de hombres, hay muchos peces buenos, ¡gracias a Dios!, pero también hay muchos cristianos [99] que se pueden comparar con los peces malos que serán tirado al horno en la hora de la selección.

El problema de la predestinación, es un problema de acogida o de rechazo al Reino de Dios predicado por Cristo. Vivimos una hora de lucha entre la verdad y la mentira; entre la sinceridad, que ya casi nadie la cree, y la hipocresía y la intriga. No nos asustemos hermanos, tratemos de ser sinceros, tratemos de amar la verdad, tratemos de construirnos en Cristo Jesús. Es una hora en que debemos de tener un gran sentido de selección, de discernimiento. Es uno de los dones del Espíritu Santo y hay que pedírselo mucho en esta hora, como se lo pidió Salomón: «Dame un corazón que sepa distinguir entre el bien y el mal». Y como una especie de pez yo les quiero proponer los hechos de esta semana y ustedes mismos catalicen quiénes van camino del bien y quiénes van camino de la perdición.

El jueves de esta semana, la Secretaría de Información de la Presidencia de la República, obligó a los medios de comunicación social, a dar un escandaloso despliegue a la noticia de un supuesto plan terrorista en que se implica mi persona de arzobispo y las dependencias de comunicación social de nuestro Arzobispado. Algunos quizás están esperando una aclaración de mi parte, pero en verdad no la creo necesaria, ya que una calumnia tan burda, se destruye por sí sola. Pero, más bien, provoca nuevos testimonios de solidaridad, que estoy agradeciendo de todo corazón, como aquel bonito telegrama que me llegó de Miralvalle: «Pueblo cree en su trabajo Pastoral. Prevalece la verdad de su palabra». Muchas gracias, y así he recibido más ante la avalancha de la publicación. Creo que no se esperaban un despertar de solidaridad para mi pobre persona. Sin embargo, por su misma mediocridad, este golpe publicitario es una interesante exhibición de la mentira y de la superficialidad, que quiero aprovechar más bien para repetir el llamamiento que tantas veces he hecho a mi querido pueblo, a que aprenda a leer periódicos, a oír radio, a ver televisión. No todo lo que se ve en los medios de comunicación social es verdad, hay mucha mentira. Hay que tener una conciencia crítica para no ser juguete de quienes manosean con tanta falta de respeto la opinión pública. Véanse simplemente como botones de nuestra, estas cosas:

1.º ¿Cómo se publica sin ninguna firma responsable y sin indicar su procedencia, un boletín tan difamatorio?

2.º ¿Cómo se puede renunciar a la originalidad periodística publicando, todos por igual, una mentirosa entrevista de prensa, imaginada solamente por la Secretaría?

3.º Dice: «A preguntas de los periodistas los voceros de Seguridad Pública se limitaron a explicar que en los documentos incautados se menciona algo de eso». ¡Qué seriedad! [100]

4.º ¿Dónde están las demostraciones que evidencian, ante la opinión pública, acusaciones concretas tan peligrosas?

Un lector crítico se ríe de esa sarta de delitos publicados sin respaldo de argumentos convincentes ni serios. ¿Quién no descubre la intención aviesa de desprestigiar como subversivo al Arzobispo? ¿De desear suprimir nuestra radio YSAX? ¿De cancelar nuestro periódico Orientación o de seguir justificando nuevas formas de represión al pueblo, al implicarlos así, al mismo tiempo que se despliegan fotografías de otros obispos en cordial comunión con el Supremo Gobierno? ¿Ven la manipulación del periódico? Sepan leer hermanos.

Un experto en comunicación social, yo no lo soy, podría señalar otros pecados graves contra la ética periodística, pero a mí me bastan estas faltas tan sobresalientes, para no asustarme de esta nueva maniobra; y más bien denunciar como injusta e inhonesta, esta actividad de la Secretaría de Información de la Presidencia de la República y de nuestra prensa tan dócilmente manejada por los ídolos del poder y del dinero.

En cambio, debo expresar mi agradecimiento y mi admiración para el periódico La Crónica del Pueblo, por haber sido el único que con un sentido de ética profesional, y sobre todo de valentía y de libertad, publicó el origen del boletín y dio oportunidad al acusado para decir su mentís a lo que muchos han llamado, una burda canallada. Y como entonces, repito aquí ante mi pueblo con mi conciencia limpia, no tengo ninguna complicidad con ese supuesto plan. Y si hubiera seriedad en nuestro sistema judicial, habría motivo suficiente para entablar un juicio penal. Lamentablemente, en vez de contar con el apoyo de eso, en El Salvador más bien se tiene el agravante de una ley arbitraria, tendenciosa, que en vez de promover el bien común y defender la justicia como debe hacerlo toda ley, es una continua amenaza contra la justicia y la paz del país. Pero a pesar de todo, con la ayuda de Dios y fiel a su difícil mandato, trataré de seguir acompañando, defendiendo y orientando al querido pueblo, como me lo encomendó el Papa en reciente visita, que también han tratado de desacreditar.

Analicen, ustedes también, este otro hecho -con un criterio cristiano, para eso meditamos la palabra de Dios- y aprendamos a enjuiciar la historia y la vida desde la palabra de Dios: el día 28 de julio, en un operativo militar desplegado en el centro de la ciudad, catearon y ocuparon militarmente la casa del Maestro, sede de la asociación de Educadores Salvadoreños. El operativo duró alrededor de cuatro horas; y preocupan los puntos siguientes: la captura de 23 personas, la mayoría de ellos profesores, directivos de la asociación mencionada; la captura, etc. de otras personas. Preocupa también el local ocupado por los cuerpos policiales, se teme por la pérdida de varios miles de colones en efectivo como producto de [101] la contribución de los socios. Se teme también por el material o equipo de oficina.

En San Miguel fue cateado el local de un partido político. Este partido es reconocido por la Ley Electoral, como tal es también persona jurídica. En fin, que los cateos en El Salvador están a la orden del día y lo peor es que se pasen tantas invenciones en torno a lo que supuestamente encubren en esas operaciones.

Continúan las huelgas de TAPÁN y de REFINERÍA DE AZÚCAR, hay conflictos laborales serios en SACOS CUSCATLÁN, en donde también estalló la huelga el viernes 28 por intransigencia patronal a negociar el contrato colectivo.

También de San Bartolomé Perulapía llega esta triste noticia: los hermanos Aniceto Santos y Heliodoro Santos, fueron degollados por miembros de ORDEN que hoy se denominan «Los Comandos». Pregonan que matarán ocho más. El hecho tuvo lugar entre los linderos de El Rodeo e Histagua. Aniceto ya había estado encarcelado, por tanto no tenía qué pagar; sin embargo, fue asesinado. Su madre Octaviana Santos, queda sola. Dos hijos más corrieron la misma suerte. Sólo le acompañarán sus hijas.

Llegó también de Santa Ana la noticia de que la mejor catequista y encargada del curso de religión de la Escuela Parroquial, Norma de Solórzano, como 7 hombres armados de civil se la llevaron, dejando a sus dos niños pequeños. Tuvimos una puesta al día de esta noticia anoche, donde dice que el caso de la señora Norma de Solórzano, directora del programa de religión y encargada de la catequesis de la parroquia de Madre de El Salvador en Santa Ana, después que un sacerdote la acompañó a la Policía Nacional y la Guardia, en Santa Ana, con el resultado de negar la presencia de la señora. Se hizo presión por medio de la Embajada de EE.UU. para llegar hasta el Ministro de Defensa, quien acaba de informar que la señora está en la Policía Nacional de San Salvador y dicen que está en buenas condiciones.

También hay noticias buenas. Se firmó al fin el contrato colectivo en la Fábrica de Guantes Internacional, ambas partes llegaron a un arreglo definitivo.

Nos alegramos también con los hechos eclesiales de esta semana, como fue la solemne celebración del 75 aniversario del colegio María Auxiliadora; la preciosa celebración de ordenación sacerdotal, ayer en la capilla del externado San José, del P. Carlos Arias, costarricense; el seminario sobre Sociología de la Religión, promovido por la UCA, que nos ha dejado enseñanzas muy oportunas respecto de una vida religiosa que hay que [102] vivirla de acuerdo con lo que exige el Evangelio en nuestro ambiente, para no hacer de nuestra religión, un instrumento más del sistema.

En Paleca, el domingo pasado tuvimos una preciosa misa de desagravio, ya que fue robado allá el Santísimo Sacramento. Esta tarde, también continuarán en aquella parroquia los festejos de reparación. También en Ciudad Delgado, en la parroquia de Aculhuaca tuvimos alegría muy grande en la fiesta de su patrón: Santiago.

Hoy, hermanos, estamos en el tercer aniversario de aquel sangriento desenlace de una historia manifestación. Ayer hubo Misa en la Basílica y varias personas han pedido oraciones por sus difuntos. Recuerdo aquí a Roberto Antonio Miranda López y Carlos

Roberto Fonseca, pero yo les quiero invitar a que recemos por todos y por la conversión, también, de los que causan estas situaciones tan violentas y tan difíciles en la Patria.

Finalmente, queridos hermanos, con todo el corazón hago un llamamiento para que celebremos con verdadero fervor las fiestas patronales del Divino Salvador. Desde el viernes comenzó en esta Catedral el solemne novenario. Si no pueden venir sintonicen sus radios a las 5 de la tarde para ponerse un momento en oración junto al divino Patrono, ¡el que puede salvarnos!, que hará honor, sin duda a ese nombre tan precioso del Divino Salvador. Los actos principales de la fiesta, que va ser el próximo domingo, serán el sábado 5 a las 4 de la tarde, la tradicional «bajada», partiendo de la Basílica para el tradicional descubrimiento que se hace aquí frente a Catedral. A las 8 de la noche aquí en Catedral, también, una alegre vigilia de oración para pedir mucho por las necesidades de la Patria. Y fíjense bien, el domingo, la misa será en la plaza, enfrente, a las 9 de la mañana para dar tiempo a las peregrinaciones, que también espero que sepan atender este llamamiento. Ojalá que todas las parroquias vengan representadas a honrar al Divino Patrono de la Arquidiócesis y de la República. Es lástima que por ser domingo, no tendremos muchos sacerdotes. Estarán atendiendo sus parroquias, pero ya le hemos dicho a los pobres, que quienes quieran dejar su misa con su comunidad para venir a concelebrar en este hermoso signo de la unidad de nuestra Diócesis, pueden venir. A las nueve de la mañana el próximo domingo en el atrio de Catedral, concelebraremos una misa que es la manifestación espléndida de un pueblo que pone toda su fe y esperanza en el Divino Salvador.

Queridos hermanos, como ven, la Palabra de Dios en sus bellas enseñanzas de la verdadera y de la falsa riqueza, nos lleva a catalizar bien los acontecimientos de la semana para saber descubrir, como Salomón, inspirado por Dios, dónde está el bien, la sabiduría, Cristo, el camino de la salvación; y dónde está el enemigo de Dios, la perdición, los caminos anchos que llevan al abismo. Entonces, teniendo por delante de nosotros, no solamente una palabra teórica que ilumina, sino hechos concretos por [103] donde van caminando hombres concretos, unos caminos de la salvación y otros caminos de la perdición, gritamos desde la voz del Señor. Conviértanse, Dios no quiere castigarlos, vuelvan al buen camino. Que la fiesta del Divino Salvador, sea para todos el sentir el amor con que Dios arropa nuestra vida en Cristo. Nos predestinó en Cristo para ser semejantes a él, constituido en hermano mayor de muchos hermanos; y en él ser justificados y en él ser glorificados.

Vamos a vivir esta bella realidad en nuestra Eucaristía, ya que el altar está preparado para que allí adoremos a este Cristo sin verlo; pero sí bien presente en nuestra fe, y sintamos que él, en esta novena del Divino Salvador, está muy cerquita de nuestra patria, de nuestra esperanza, de nuestra ilusión. [104]

Esperanzas de Redención y coronación de Gloria
Día del Salvador del Mundo
Domingo 6 de agosto de 1978

Daniel 7,9-10.13-14

2.^a de Pedro 1,16-19
Mateo 17,1-9

Queridos hermanos:

Sr. Obispo Auxiliar, Sr. Vicario General y representante de la Diócesis de Santa Ana, Señores Canónigos, Presbíteros y fieles de esta comunidad que hoy, bajo la sombra del Divino Salvador, han venido a celebrar la fiesta de la Transfiguración. Y me parece que nunca la Patria es tan bella como bajo la luz de este sol del transfigurado, en el rostro de Cristo convertido en sol. Reconocemos el origen primero de esta naturaleza tan bella de nuestra patria; y cuando el pecado de los hombres sometió la naturaleza a la esclavitud, al egoísmo, a las pasiones, en Cristo encontramos la esperanza de la restauración, la belleza primigenia y la esperanza de su restitución, lo que nos hace ver la maravilla de nuestros volcanes, de nuestros lagos, ríos, llanuras y mares embellecidos como nunca, porque si es cierto que gimen bajo el peso del pecado y del egoísmo, en Cristo anhelan y esperan la salvación de todos los hombres a los cuales [105] la misma naturaleza inanimada está íntimamente unida. Así se explica esa mirada de fe, de nuestros pueblos, de nuestra muchedumbre, desde ayer por la tarde llenando como una pleamar nuestra capital y levantándose a las alturas del Divino Salvador, con una oración, con un suspiro de esperanza.

En ti Señor, encontramos el verdadero sentido de nuestra vida, tú eres la clase de nuestra historia, tú eres la palabra por la cual Dios creó las cosas y en las cuales Dios redimirá el mundo esclavizado. Hay una palabra, en la liturgia de la palabra de hoy, que nos da la clave para entender este misterio de Cristo. Clave de la historia y de la naturaleza y de nuestras esperanzas, la palabra es esta: el Hijo del Hombre. Cuando terminaba la visión, Cristo les dice a los apóstoles: «No digáis nada de lo que habéis visto, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos». Y la primera lectura nos da la explicación de esa palabra misteriosa. Al comentar hoy esta palabra de Dios en la fiesta más bella de nuestra patria, yo encuentro hermanos en el Hijo del Hombre y en el esplendor de su gloria, la luz que ilumina al pueblo peregrinante en la tierra; y escuchamos entonces, con toda la lógica de un Dios que conoce mejor que nosotros; quién es ese transfigurado. El imperativo que debe de llevarse cada uno de nosotros como un mensaje de la transfiguración: a él hay que escuchar. Lo primero, lo que yo quiero explicarles es el significado de ese Hijo del Hombre en la plenitud de su gloria. Es una palabra, y precisamente la lectura de Daniel que se ha proclamado hoy nos dice que de allí la tomó Cristo para llamarse a sí mismo muchas veces en el Evangelio: el Hijo del Hombre. En primer lugar es un sentido individual, no tendría nada extraño llamar en hebreo Ven Adans, hijo de la humanidad, Hijo de Adán, hijo de la naturaleza humana; pero la Biblia -que además de este sentido que todo hombre puede llamarse así mismo hijo de la Humanidad, hijo del Hombre- le da un sentido de eminencia. Hijo del Hombre llama Dios al profeta que está hablando aquí. Hijo de Hombre es un hombre eminente, un hombre misteriosamente singular; y por eso lleva consigo también, un sentido colectivo que lo explica maravillosamente el profeta Daniel en la lectura de hoy: el pueblo de los santos del Altísimo y aquél panorama escatológico de un juicio en que se preparan sillas abundantes donde se van a sentar los hijos de la santidad del Altísimo y el Hijo del Hombre que viene entre las nubes; una sola cosa: el pueblo de los escogidos. El

Hijo de Dios rodeado de hombres que han sido dóciles a su seguimiento. La santidad, que será coronada de gloria y a la que Dios hará el juicio de la historia.

Cristo anunció también que los que le sigan, se sentarán en las sillas de las tribus de Israel para juzgar a los habitantes de esas tribus y a todos los habitantes del mundo. El Hijo del Hombre entonces, tiene un sentido de colectividad, es Cristo cabeza, modelo ejemplar de toda una raza de redimidos. Es Cristo con su pueblo salvado. Y por eso, esta palabra [106] Hijo del Hombre, ya sea en sentido individual como en sentido colectivo, tiene una profunda significación mesiánica. Cristo usa esa palabra cuando habla de su gloria; frente al Tribunal de los sacerdotes anuncia que verán al Hijo del Hombre descender de entre las nubes con la majestad de Dios. Y otras veces dice: verán al Hijo del Hombre humillado, como el siervo de Yahvé, sobre el cual Dios deposita los pecados de la Humanidad para redimir a ese pueblo. Es un pueblo humillado, es un pueblo glorificado que se identifica con esa cabeza: Cristo. Y que puede decir: Cristo es el Hijo del Hombre, todo el cristianismo con él a la cabeza.

Esperanzas de redención y coronación de gloria, todo eso significa en esta mañana nuestro divino transfigurado. Cuando en la cumbre del Tabor se presenta también el Hijo del Hombre, nos está dando en el breve relámpago de aquella noche de oración: la esperanza, el anhelo de felicidad, de alegría, de salvación, que el pueblo lleva en su corazón. Y cuando en esta mañana o ayer por la tarde en el hermoso trono de la «bajada», veíamos la figura de Cristo transfigurado -y el Evangelio nos ha recordado que no sólo es la imagen este 6 de agosto de 1978, sino que fue historia en una noche de oración, cuando rodeado de profetas, de conductores del pueblo de Dios y de la futura jerarquía que se iniciaba en Pedro, Santiago y Juan-, es toda su Iglesia, es todo el pueblo que lo quiere amar y seguir, el que se transfigura, el que se llena de luz, el que ya siente en esta tierra la luz que un día fulgurará en la eternidad.

Por eso hermanos, la segunda lectura que corresponde a mi segundo pensamiento. El Hijo del Hombre, luz del pueblo que peregrina en la tierra. Así me da gusto ahora a este pueblo, venido de toda la Comunidad de la Arquidiócesis y de más allá de nuestros límites, venir a negar su esperanza, su fe en la luz de Cristo. Parece que San Pedro ha escrito para nosotros los salvadoreños, esa hermosa carta segunda de la cual se ha tomado hoy la palabra de exhortación: que permanezcamos fieles a la enseñanza que se nos ha dado, apoyada en el poder y en la gloria de Cristo y en el testimonio vivo de los apóstoles, que vieron con sus propios ojos la clarificación del Redentor, y que viene a confirmar el testimonio de los profetas. Y allí está todo el Viejo Testamento en Moisés y Elías, y todo el Nuevo Testamento en Pedro, Santiago y Juan haciendo frente a las fábulas ingeniosas, a las doctrinas de los hombres, a las falsas redenciones que los hombres prometen, para que sepan confiar en él. Y esta fe -dice San Pedro ya casi convirtiéndose en un poeta- como una lámpara encendida en la noche, iluminará las tinieblas hasta que amanezca el lucero de la mañana.

Es la noche de nuestra historia, es el caminar de nuestro tiempo, son estas horas difíciles como las que está viviendo nuestra patria, en que parece una noche cerrada cuando el sol de la Transfiguración se hace luz [107] y esperanza en el pueblo cristiano e ilumina nuestro camino. ¡Sigámoslo fieles!

Queridos hermanos, por eso la Iglesia que se siente eso: lámpara de Dios, luz tomada del rostro iluminado de Cristo para iluminar la vida de los hombres, la vida de los pueblos, las complicaciones y los problemas que los hombres crean en su historia, siente la obligaciones de hablar, de iluminar como la lámpara en la noche, siente la necesidad de iluminar las tinieblas. Por eso quiero anunciarles en el marco glorioso del 6 de agosto, que con esta fecha, así como el año pasado con esa misma fecha del 6 de agosto, vamos a publicar una carta pastoral, en la cual se iluminan dos problemas de nuestro pueblo: las organizaciones populares y el problema -diríamos la tentación- de la violencia.

Pronto saldrá a la publicidad y yo quiero entregarla ya, desde ahora, esa carta para que en las comunidades, en las familias, en los cantones, en el pueblo, en todas partes, se sepa captar el pensamiento de esta lámpara, la luz de la fe y de la Iglesia para iluminar a los hombres que se debaten en las realidades verdaderas de nuestro pueblo.

En esa carta pastoral se presentan esos dos problemas; y juntamente daremos, como anexos, mucha doctrina sobre la Sagrada Escritura y sobre el magisterio de los Papas que iluminen y que den materia de reflexionar para que sigamos reflexionando sobre estas realidades. El centro de esa pastoral está en presentar una identidad y una finalidad de la Iglesia: la evangelización. Precisamente lo que estamos diciendo.

La Iglesia es lámpara que tiene que iluminar y por tanto tiene que meterse en las realidades para poder iluminar al hombre que peregrina en esta tierra. Desde esa competencia suya -que no es salirse de su ámbito, sino mantener su deber difícil de iluminar las realidades- la Iglesia defiende el derecho de asociación y la Iglesia promueve una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares para conseguir la paz y la justicia. La Iglesia, desde su Evangelio, apoya los objetivos justos que buscan también las organizaciones y denuncia también las injusticias y las violencias que pueden cometer las organizaciones. Por eso, la Iglesia no se puede identificar con ninguna organización. aun con aquellas que se califiquen y se sientan cristianas. La Iglesia no es la organización, ni la organización es la Iglesia.

Si en un cristiano han crecido las dimensiones de la fe y de la vocación política, no se pueden identificar, sin más, las tareas de la fe y una determinada tarea política; ni mucho menos se pueden identificar Iglesia y organización. No se puede afirmar que sólo dentro de una determinada organización se puede desarrollar la exigencia cristiana de la fe. No todo cristiano tiene vocación política, ni el cauce político es el único que lleva [108] a una tarea de justicia. También hay otros modos de traducir la fe en un trabajo de justicia y de bien común.

No se puede exigir a la Iglesia o a sus símbolos eclesiales que se conviertan en mecanismos de actividad política. Para ser buen político no se necesita ser cristiano; pero el cristiano metido en actividad política tiene obligación de confesar su fe en Cristo y usar los métodos que estén de acuerdo con su fe. Y si en eso surgiera en este campo un conflicto entre la lealtad a su fe y lealtad a la organización, el cristiano verdadero debe preferir su fe y demostrar que su lucha por la justicia es por la justicia del Reino de Dios y no por otra justicia.

Los sacerdotes y los laicos llamados a una colaboración jerárquica, es natural que por trabajar en una evangelización encarnada en la realidad del país, sientan más simpatías por un partido o por una organización que por otro; pero sabiendo que la eficacia de la misión de la Iglesia está en ser fieles a su propia identidad, tendrán como primera meta de su trabajo pastoral, ser animadores, orientadores en la fe y en la justicia, y dejarán las tareas concretas que origina la actividad política ordinaria para que la realicen quienes son más expertos en analizar y encauzar.

También hermanos, al tratar el problema de la violencia, es triste presentar el espectáculo que hoy tenemos que ofrecer al Divino Salvador del Mundo. Un cuadro de sangre, de desolación, de angustia, y por eso reafirmamos ante el Divino Salvador del Mundo y a la faz de la Patria con toda la fuerza de nuestra fe, que creemos en la fecundidad de la paz que es nuestro ideal cristiano: no a la violencia, sí a la paz. Pero al mismo tiempo analizamos, con la moral tradicional de la Iglesia, el problema de la violencia. No es tan simple, hay matices que distinguen violencia institucionalizada: aquella que ha hecho ya del modo de vivir una opresión para la mayoría. Se habla también de una violencia represiva del Estado, que mantiene a fuerza de armas una paz que no es la verdadera paz. Se habla también de una violencia revolucionaria: aquella que el Papa llamaba «las tentaciones de la subversión», y es cuando un pueblo oprimido trata de levantarse a esa libertad a la que está llamado. Hay también una violencia espontánea: cuando surge un atropello a la justicia en una institución, en una fábrica, espontáneamente, lo que el hombre lleva de agresivo, surge en una violencia que no es organizada, pero que espontáneamente responde a una naturaleza. Y hay una defensa, mejor dicho, una violencia que se llama legítima defensa, cuando a un inocente lo atropellan y él tiene que defender su vida o sus bienes.

Damos el juicio moral sobre esas diversas clases de violencia y hacemos un análisis de la situación en el país. Analizando las causas de tanta violencia de estos cuadros de desolación y de muerte, decimos que son las mismas de la miseria actual. La intransigencia de unos, la represión violenta, [109] aumenta este conflicto. Y puede justificar otra violencia, y esto es lo peligroso. Mientras no se quiten las raíces de donde está brotando una violencia, aunque sea injusta, también es injusta la raíz y es obligación trabajar por establecer unas raíces de donde pueda proceder la paz.

La paz tiene que ser obra de la justicia. Se repudia una violencia organizada, que ya toma una cierta mística de guerrilla o de terrorismo, y que endiosa la violencia como fuente única de justicia... Hace crecer la espiral de la violencia. No puede ser la solución de nuestros problemas. Y se exhorta la capacidad de agresividad que Dios ha dado a los hombres para trabajar por la justicia y por la paz.

Es curioso, hermanos, cuando en esta mañana de la Transfiguración, miramos los personajes que rodean a Cristo, todos ellos son personajes violentos: Moisés, mató a un egipcio cuando veía reprimido a su pueblo en Egipto; Elías, pasó a cuchillo a los profetas falsos, los que atropellaban la dignidad del verdadero Dios; Pedro, desenvainó su espada cuando se quiso atropellar a Cristo en la noche de Getsemaní; Santiago y Juan, fueron llamados por el mismo Cristo los «boanerges» -los hijos del trueno, hombres impetuoso-

porque un día quisieron que lloviera fuego sobre un pueblo, porque no quería recibir a Jesús y a sus discípulos. Y allí los vemos, con toda su capacidad de violencia, con toda fuerza de agresividad, pero dóciles a Cristo. La agresividad de los hombres es un instinto que Dios les ha dado, pero si no lo saben iluminar (Cristo, cuando dice a los boanerges: no saben ustedes de qué espíritu son, el Hijo del Hombre no ha venido a matar, sino a salvar), entonces Cristo no mutila las fuerzas del hombre, pero las orienta por la fuerza cristiana. Y la Iglesia también hace un llamamiento cuando dice: «El cristiano es pacífico y no se ruboriza de ello; no es simplemente pacifista, porque es capaz de combatir, pero prefiere la paz a la guerra. Sabe que los cambios bruscos y violentos de las estructuras serían falaces, ineficaces sensibilismos y no conformes, ciertamente, a la dignidad del pueblo».

Por eso exhortamos en nuestra Pastoral a las fuerzas que se organizan, a una lucha honrada con los legítimos medios de presión. A no poner nunca su confianza en la violencia; a no dejar envenenar nunca sus justos reclamos con ideologías de violencia. La Iglesia, hermanos, lámpara en la noche, ilumina no sólo estos problemas sociales de la actualidad, ella también ilumina la intimidad moral del matrimonio, la intimidad moral donde tiene su fuente la vida; ella está también en contra del aborto; ella está también contra las inmoralidades, contra el vicio, contra lo que es tiniebla y lleva al hombre por caminos de perdición. Esta lámpara de Cristo Transfigurado, quiera transfigurar nuestro pueblo.

Y por eso hermanos, termino recordando el imperativo de Dios en esta mañana; «Ipsium audite», oídló. Él, que predicó también la violencia, pero la violencia de la redención, la que hizo de su cuerpo la víctima de [110] la violencia para pagar los pecados de todos los crímenes y de todos los pecados de los hombres. Este Cristo es el que nos habla en esta mañana, y yo quisiera interpretar vuestros labios -cerrados a la atención en este instante- en una plegaria que se levanta hacia el Cristo Transfigurado para decirle: ¡Señor, mira el triste cuadro que nuestra patria te está ofreciendo! ¡Vuélvete misterioso Salvador, y esta esperanza que en ti ponemos, nos devuelva la paz que se ha perdido, porque no hay justicia en el ambiente!

Y por eso Cristo se vuelve también, y yo me atrevo a interpretar su palabra en esta mañana. En primer lugar al pueblo, al que sufre, al que lleva la cruz de una tribulación para decirle: háganse dignos del amor de Dios. No es simplemente por ser pobre que la Iglesia está con los pobres, es porque también al pobre tiene que reclamarle cuando sólo reclama derechos y no recuerda deberes; es que el pobre tiene que también promoverse y tiene que educarse y tiene que superarse; es que no es la pobreza sólo el tener, sino tener el espíritu dispuesto a recibirlo todo de Dios. También quiero decir a quienes tienen abundancia, que aprendan a compartir; nuestro divino Redentor, en esta mañana que se anticipa a la mañana del juicio final, está dando todavía la oportunidad: todo lo que hicieris con ellos, conmigo lo hicisteis. No es limosna que se pide, es la justicia social que se reclama.

Y a todos los que han alcanzado un grado de dirigencia en el pueblo, profesionales o por su capacidad organizativa tienen puestos claves, a todos los que pueden llamarse dirigentes, aunque sean de un sector modesto, les diré: hermanos, en nombre de Cristo, ayuden a esclarecer la realidad, busquen soluciones, no evadan su vocación de dirigentes. Sepan que lo que han recibido de Dios, no es para esconderlo en la comodidad de una familia, de un

bienestar. Hoy la Patria necesita sobre todo, la inteligencia de ustedes. A los partidos políticos, a las organizaciones gremiales, cooperativas o populares, el Señor en esta mañana les quiere inspirar la mística de su divina Transfiguración para transfigurar también, desde la fuerza organizada, no con métodos o místicas ineficaces de violencia, sino con verdadera, auténtica liberación.

Tengan en cuenta este espectáculo de esta mañana: es un pueblo que cree, es un pueblo que espera en Dios. No tengamos en menos este valor religioso de nuestro pueblo, no importemos fuerzas extrañas, donde no se conocen maravillas como las de El Salvador. Sepamos encontrar en el alma de nuestro propio pueblo la fuerza que Cristo le está dando para su propia redención. A quienes llevan en su mano o en su conciencia el peso de la sangre, del atropello de las víctimas inocentes o culpables, pero siempre víctimas en su dignidad de hombres, les diré: conviértanse. No pueden encontrar a Dios por esos caminos de torturas y de atropellos. [111] Dios se encuentra por los caminos de la justicia, de la conversión, de la verdad.

Y a quienes han recibido el terrible encargo de gobernar, en nombre de Cristo les recuerdo la urgencia de soluciones y leyes justas ante esta mayoría que está con problemas vitales de subsistencia, de tierra, de sueldo. El bien para todos, el bien común, tiene que ser un impulso como la caridad para el cristiano. Tengan en cuenta el derecho de participación que todos anhelan, porque cada uno puede aportar algo al bien común de la Patria y que se necesita hoy más que nunca. Una autoridad fuerte, pero no para unificar mecánica o despóticamente, sino para una fuerza moral basada en la libertad y en la responsabilidad de todos, para que todas esas fuerzas sepan converger a pesar del pluralismo de opiniones y hasta de oposiciones al bienestar de la Patria. Den oportunidad de organizarse al pueblo, deroguen las leyes injustas, den amnistía a quienes han trasgredido leyes que no son del bien común, cese el amedrentamiento del pueblo -principalmente en el campo- haya libertad o consignación a los tribunales de quienes han desaparecido o están presos injustamente, haya posibilidades de regresar al país para los expulsados o los impedidos de volver por causas políticas.

Y finalmente, queridos hermanos, la voz de Cristo se hace más íntima, es para nosotros los que formamos su Iglesia: he distinguido bien, al pueblo de Dios que ha de ser un día el pueblo de los santos del Altísimo. No se identifica con el pueblo profano al que la Iglesia ayuda. Es un pueblo más íntimo de Cristo, casi diríamos, el ropaje de Cristo. Somos sus obispos, sus sacerdotes, sus religiosos, sus catequistas, las comunidades que se alimentan de la palabra de Dios y tratan de seguir íntimamente al Señor. A nosotros más que a nadie, la palabra de Cristo se vuelve un imperativo para que seamos de verdad la Iglesia que ilumina como lámpara en la noche. La Iglesia que no se confunde con otras luces para dar siempre la luz pura de Cristo, hermanos, una Iglesia que transparente a Cristo Transfigurado. En una palabra, queridos hermanos, salvadoreños o extranjeros, todos somos pueblo de Dios. Hagamos, en medio del pueblo salvadoreño, un pueblo de Dios que de verdad sea la Iglesia del Divino Salvador. Así sea. [112]

El Divino Salvador y el Papa señal de Dios con nosotros
19.º Domingo del Tiempo Ordinario
Domino 13 de agosto de 1978

I Reyes 19, 9a. 11-13

Romanos 9, 1-5
Mateo 14, 22-23

Querido hermanos y estimados radioyentes:

En la Palabra de Dios que se acaba de proclamar, yo encuentro un eco maravilloso de los grandes acontecimientos que hemos vivido esta semana. Nuestras fiestas agostinas del Divino Salvador y la muerte y sepultura, y expectativa de la sucesión de Pablo VI. Por eso quiero ante todo, felicitar a la Arquidiócesis y a todos los fieles que participaron en la fiesta de nuestro Divino Patrono, por haber dado nuevamente este año un testimonio tan bello, tan elocuente de la solidaridad del pueblo con su Divino Patrono. Un pueblo que clava su mirada y su corazón en Jesucristo como Salvador del Mundo, es un pueblo que no puede perecer. Hay, pues, un signo de esperanza que hay que mantener: nuestro amor al Divino Patrono. Tanto la tarde del 5 de agosto en su tradicional «bajada», como en la misa celebrada allá al aire libre; porque nuestro templo no daba capacidad para contener esa muchedumbre, son por sí solas, señales [113] elocuentes de un pueblo profundamente cristiano. Mantengamos este honor y tratemos de profundizar más en esa adhesión inquebrantable, llena de esperanza en el Hijo de Dios que, como lo explicamos en la homilía del domingo pasado, quiere llamarse el Hijo del Hombre.

Y en cuanto a la muerte del Papa Pablo VI, también yo quiero, en este domingo en que se cierra un ciclo breve pero denso de la vida de la Iglesia, expresar un agradecimiento muy profundo a esas múltiples manifestaciones de condolencia, de solidaridad, que he tenido el honor de recibir. Es la familia que quiere expresar -aunque ella misma está apesurada, quiere compartir con alguien y encuentra en el Pastor de la Diócesis como la expresión al cual dirigirle ese dolor, esa esperanza-, y he sentido pues, que la muerte del Santo Padre, que durante su vida me confirmó tanta veces en mi ministerio tan difícil, también en su muerte me está confirmando y me llena de esperanza, porque hay un pueblo que espera en la Iglesia y en sus pastores, y siente como compartiendo con ellos el dolor. Una Iglesia que es familia. ¡Bendito sea Dios!, porque aunque el dolor, la desaparición de un Pontífice es tan dolorosa, sin embargo está tan cargada de esperanza para la Iglesia, como escribí como expresión de mis sentimientos: muerte que es esperanza.

También quiero admirar y agradecer a los medios de comunicación social: prensa, radio, televisión, todo se ha puesto al servicio de la gran noticia. Qué hermoso es ver que estos instrumentos que Dios ha permitido que el hombre invente para comunicarse socialmente, sirvan no para la mentira, para la intriga, para la calumnia, que sirvan para la verdad, para lo bueno. Ahora, sí se han santificado esos medios, medios maravillosos y han hecho sentir la potencia que ellos tienen para sacudir la opinión pública. Y qué hermosa es la opinión pública, cuando vibra con la verdad, con la bondad; cuando el sujeto de sus emociones es un Pontífice que nos deja tan profunda huella para una civilización verdaderamente digna de los seres humanos. Ojalá que así como se han prestado para lo justo y lo bueno en honor del Pontífice, tuvieran un poco de sensatez para no dejar pasar, en esos canales tan

maravillosos, la calumnia que por allí mismo ha pasado para ofender al mismo Papa. Que no se lean más esas columnas, que no se oigan más esas voces que parecen graznidos de cuervos en el paisaje hermoso de la verdad y de la bondad. Que los medios maravillosos de la radio, de la prensa y de la televisión, sean verdaderas escuelas para que se forme nuestra juventud.

Y por eso insisto, queridos hermanos, mientras no tengamos garantías de unos medios al servicio libre y valiente de la verdad y del bien, toca a ustedes, a nosotros los lectores, los que oímos radio, los que vemos televisión: ser críticos. Me alegro mucho de una expresión que oí a una profesora esta semana: «Yo antes creía todo lo que decían los diarios; pero cuando Ud. ha comenzado a decir que hay que saber leer, sé discernir, [114] ¡gracias a Dios! Eso quiero hermanos, que sepan discernir y sepan alabar cuando los medios están al servicio de la bondad, y creer lo que es bueno; y sepan repudiar con repugnancia, con asco, cuando se sirven en platos tan bellos, manjares tan sucios y tan venenosos.

Digo que la palabra de Dios ilumina maravillosamente estos dos hechos, aunque en la semana, que podríamos llamar también una semana gris, ha habido otros acontecimientos nacionales y de los cuales me voy a ocupar al final; sin embargo, estos dos me parece que son centrales, y son como focos de luz para iluminar toda la semana gris y todo el paisaje gris que pueda presentar nuestra historia concreta, y sepamos distinguir lo que es el pueblo de Dios: la Iglesia. Los que formamos por el bautismo un compromiso de nuestra fe por esa luz que es Cristo y con esa columna de la verdad que se yergue en el mundo que se llama el Magisterio del Papa; y desde esa solidaridad con Cristo y con su representante en la tierra, nos hagamos cada día más, pueblo luminoso. Y aunque compartimos la historia triste del pueblo profano que está intrigado en tantas cosas que no son tan limpias como el Reino de Dios, sepamos ser lo que Cristo tanto soñó: sal de la tierra, luz del mundo.

Mi homilía de hoy, pues, por eso quiere titularse así: El Divino Salvador y el Papa, señal de Dios con Nosotros. Y sepamos explotar esas señales; y sepamos hacernos luminosos con la luz del Divino Transfigurado, luminosos con la bondad y la verdad de la cabeza visible de la Iglesia. Mi pensamiento de desarrollo en estas tres ideas: 1.º) deseo de Dios y capacidad de los hombres para encontrarse mutuamente; 2.º) signos de la presencia de Dios entre nosotros; y en 3.er) lugar, el Papa, la gran señal de la Iglesia, el gran sacramento de la Iglesia.

En la primera lectura se describe en forma bellísima este primer pensamiento, el deseo que Dios tiene de estar con los hombres; de sentirse presente en la Humanidad; de que los hombres lo sintamos y la capacidad que el hombre tiene para captar esa visita, esa presencia, esa inhabitación de Dios en el mundo. Y es un escenario que nos remonta otra vez al 6 de agosto. Elías, uno de los personajes que aparecen con Cristo, huyendo de una persecución por haber defendido los derechos de Dios, ha atravesado el desierto, difícil caminar de 40 días, y ha llegado al Monte Oreb. El monte Oreb, es el mismo Monte Sinaí, donde el otro personaje de la transfiguración Moisés, siglos antes de Elías, había platicado con Dios y había recibido de Dios los mandamientos. Quien ha visto la preciosa película del Éxodo, recordará aquella escena sublime de Moisés recibiendo de Dios la Legislación que ha de regir en su pueblo. Y así tenemos que ese Monte Oreb o Sinaí, Dios ha querido hacerlo un signo de su venida al mundo, de su presencia entre nosotros y los dos personajes

conspicuos de esa presencia de Dios en el Sinaí: Moisés y Elías, son los dos protagonistas [115] del Viejo Testamento que aparecen, con el Divino Transfigurado, el 6 de agosto de nuestras fiestas patrias.

Lo que pasó con Moisés, está pasando este domingo con Elías. Dios le dijo a Moisés que se preparara porque iba a ver el paso de Dios y Moisés se cubre el rostro, porque nadie puede ver a Dios sin morir -dice la Biblia- para significar su trascendencia, su majestad infinita. Y sólo cuando ha pasado de frente a Dios, Moisés puede ver la espalda de Dios. Casi eso es lo que miramos siempre, hermanos, no podemos mirar a Dios así como nadie puede mirar al sol frente a frente. Por que si lo miramos, sufríamos los efectos del sol, a Dios tampoco lo podemos mirar de frente. Somos demasiado pequeños, nuestras pupilas demasiado limitadas; pero sí podemos ver su espalda, su paso, su rastro y es lo que Elías, también en la teofanía de esta mañana, se nos presenta Dios diciéndole: sal y aguarda al Señor que va a pasar. Pasó antes un viento huracanado que agrietaba montes y peñascos; se sintió el estremecimiento de un terremoto; después las llamaradas de un incendio y en todas estas tres manifestaciones -dice la Biblia- no estaba allí el Señor. Pero después se escuchó un susurro, un vientecillo, algo insignificante y allí estaba el Señor.

Parece como que allí toma el Concilio Vaticano II cuando nos dice las dos clases de revelación que Dios ha hecho a los hombres. Dios se ha revelado en una forma natural: la creación y la conservación de la creación. El Concilio llama un testimonio perenne de sí mismo, de Dios. Quien mira la creación, quien ve la conservación tan equilibrada y tan maravillosa de la naturaleza; y aun aquel que siente el estremecimiento de los terremotos; y siente las llamaradas de los incendios; las fuerzas de los huracanes; la belleza de la creación y la sublimidad de los fenómenos que el hombre sólo puede admirar, pero no puede frenar. La tempestad misma que Pedro sintió en el Lago de Genezareth. Qué chiquito se siente el hombre ante estas manifestaciones de la omnipotencia del Creador en su creación. Son testimonio de sí mismo. Testimonio perenne, donde quiera que abramos los ojos o los oídos o captemos el susurro de la creación y Dios nos está hablando: esta es la revelación natural, por eso San Pablo decía que ningún hombre es excusable ni se le puede perdonar el negar a Dios. Se necesita ser muy estúpido o muy soberbio para decir que Dios no existe. A Dios se le ve aunque sea en las espaldas de su creación. Va pasando el Señor... Hermosas poesías han surgido de los poetas que van con las creaturas, como las huellas del creador que va pasando; y así como se descubre que ha pasado un hombre cuando se mira su planta dibujada en un arenal, se siente que Dios a pasado cuando su planta de creación y de conservación va pasando continuamente por nuestro mundo, tan cerquita de nosotros.

Pero cuando Dios distingue la brisa suave y una manifestación más exquisita suya, el Concilio la llama una revelación sobrenatural. Quiso revelarse y manifestar el misterio de su voluntad. Por Cristo y con él su [116] espíritu, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. Habla con los hombres como los amigos hablan entre sí. Quien tiene un amigo, comprende esta bella separación. Donde no hay secretos, donde hay confianza, donde hay desahogos, donde los secretos se comunican sin temor de ser denunciados; así habla Dios, sus secretos, sus destinos, sobre la creación, sobre el hombre, sobre su Iglesia. ¿Qué quiere Dios de la Humanidad? Él, el dueño de la historia. Qué hermoso es sentirse como Adán en el paraíso, donde la Biblia dice que Dios bajaba a platicar con él. Son los momentos sabrosos que Cristo hijo del hombre sentía. En ese

momento que nos ha revelado el evangelio de hoy, subió solo a la montaña para orar. A Cristo lo encontramos muchas veces en este diálogo con su Padre. Y es que nos quería enseñar que hay que vivir en continua comunicación con él. Y que hay que vivir de su vida. Que no hay que vivir del pecado, de la mentira, que hay que negarse en la belleza, en la sublimidad de Dios para darle gracias por los favores recibidos; para pedirle perdón por nuestras infidelidades; para pedirle, cuando nuestras limitaciones topan ante la importancia de lo grande que se nos pide. Es necesario saber comprender que tenemos esa capacidad y que Dios tiene el deseo de llenar esa capacidad.

Esto es lo bello de la oración y de la vida cristiana, que el hombre logra comprender que un interlocutor divino lo ha creado y lo ha elevado con capacidad para poder hablar de tú a tú. Qué daríamos nosotros por tener esa potencia y crear un amigo a nuestro gusto y, con un soplo de nuestra vida, darle la capacidad de comprendernos mutuamente y de platicar tan íntimamente. Que sienta que él, verdaderamente, es otro yo. Eso lo ha hecho Dios. El hombre es el otro yo de Dios. Nos ha elevado para poder platicar y compartir con nosotros sus alegrías, sus generosidades, sus grandezas. Qué interlocutor más divino. Cómo es posible que los hombres podamos vivir sin orar. Cómo es posible que el hombre pueda pasarse toda su vida sin pensar en Dios. Tener vacía esa capacidad de lo divino y no llenarla nunca. Si sólo esto lograra, hermanos, en mi homilía de hoy: despertar un interés por descubrir eso que tal vez nunca se ha descubierto.

Como aquel Marcelino Pan y Vino, que sube al piso donde se encuentra con Cristo para platicar con él. ¡Qué dicha poder encontrarlo! Nosotros tal vez no hemos subido a ese segundo piso y por eso vivimos a ras de tierra, sólo platicando miserias de hombres, intrigas de hombres, mentiras de hombres y no nos subimos a ese piso, o como Cristo a la montaña, para hablar a solas con nuestro Dios. Y ese segundo piso lo llevamos aquí dentro -dice el Concilio- Dios ha creado para el hombre la conciencia, como un santuario íntimo donde él baja para platicar a solas con el hombre y donde el hombre decide su propio destino.

No seamos esclavos de nadie. A nadie llaméis maestros en la tierra, decía Cristo. ¡Miren qué rebeldía más grande! Pero es la rebeldía santa [117] del que ha encontrado al único que hay que llamar Señor. Cuando se ha encontrado a ese Señor y Maestro que ilumina la verdad en la intimidad de la propia conciencia, se es libre de verdad. Se pueden decir las cosas con la seguridad de que Dios respalda lo que se está diciendo. Ojalá, hermanos, que nuestro pueblo, devoto del Divino Salvador del Mundo, sepa comprender esta grandeza; este designio por el cual Dios nos ha creado con capacidad para entenderlo; para platicar con él y, sobre todo, comprender el deseo que Dios tiene de platicar con nosotros y de compartir su vida con nosotros.

¿Cómo sabemos que Dios vive en el mundo? Es mi segundo pensamiento. Las señales de la presencia de Dios. Además de esas señales naturales que decíamos, como rastros del Dios que pasa, revelación natural, ¡tenemos señales maravillosas de la revelación sobrenatural! Y aquí invoco la segunda lectura: San Pablo comienza a enfrentar en este capítulo noveno de la Carta a los Romanos, un problema que le duele tanto, que hasta dice que quisiera llegar a ser maldición para que su gente lo comprenda.

Cuando Pablo ha llegado a platicar con Dios y a comprender que su pueblo Israel es una señal del Dios que quiere venir a salvarnos; y cuando mira a sus compasiones israelitas que han rechazado el momento en que Dios vino: Cristo. Entonces le duele que sus paisanos sigan poniendo su confianza en la Ley de Moisés, en las obras de la Ley y que quieran creer más en las instituciones de los hombres que en el amor que justifica, de un Dios que nos manda a su propio Hijo. El que ha tenido la dicha de conocer a Cristo, que es como la cumbre de las revelaciones del Viejo Testamento, sabe que todas las escaladas del Viejo Testamento, no eran más que andamios, ni eran más que puntales; pero que una vez que Cristo ha venido y con su muerte y su resurrección ha llenado la plenitud de las promesas de Dios y ha salvado al mundo, ya no se necesita ni circuncisión, ni templo de Jerusalén, ni sacerdocio de Aarón ni todas las leyes de Moisés; y este fue su gran conflicto, el gran conflicto que le toca tan íntimamente, que hasta llega a decir: aunque me condene Dios, yo recibo esa condenación con tal que mis paisanos comprendan esta gracia del pueblo escogido, que no la han sabido comprender.

Israel es la señal de Dios con nosotros. Israel con sus privilegios que hoy nos ha mencionado la segunda lectura, cuando Pablo ya había dejado la Ley Mosaica y se había hecho cristiano, puede decir con alegría: como cristiano que soy, voy a ser sincero; mi conciencia iluminada por el Espíritu Santo, me asegura que no miento. ¡Pobre Pablo!, cuando se hizo cristiano, lo trataron como tratan los judíos a quien se hace cristiano; traidor, anatema -quiere decir maldición-, objeto de maldición, esto era Pablo, objeto de maldición porque se había hecho cristiano. Pero él dice: créanme, mi conciencia iluminada por la verdad del espíritu, por ese Cristo que los [118] está amando y que quiere darse a conocer, siento una gran pena y un dolor inmenso, incesante; pues, por el bien de mis hermanos, los de mi raza y sangre, quisiera incluso ser un anatema, una maldición, lejos de Cristo.

Y aquí comienza la enumeración: porque Israel es señal de Dios entre los hombres y porque fueron adoptados como hijos. A ningún pueblo le dijo Dios tú eres mi hijo, como a los descendientes de Israel.

Segundo, tiene la presencia de Dios. En ningún pueblo que marchaba por la historia se hizo tan presente la gloria de Dios, como cuando Israel, caminando por el desierto, sentía que Dios bajaba en la luminosidad de una nube que iluminaba la noche y que en el día los defendía del sol. Y que cuando se consagró el templo de Jerusalén, una gran humareda y claridad lo llenó. La claridad de Dios, la presencia de Dios se hacía sensible en ese pueblo.

Tercero, la Alianza. Estamos en el Monte Sinaí, precisamente esta semana, con Elías, con Moisés, con el Divino Transfigurado y sabemos que en una montaña Dios ha hablado al pueblo: seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Esta es mi ley. Y cuando Cristo inaugura la Eucaristía que estamos celebrando esta mañana, traslada toda esa riqueza de la Alianza a nuestro altar. Esta es mi sangre que se derrama como alianza con vosotros. Alianza del nuevo y eterno testamento. Ya no habrá otra alianza, pero la del Sinaí prefiguraba la del altar, y la del altar que estamos celebrando hoy. Hoy queridos hermanos, la Catedral y las comunidades que están en sintonía, somos el pueblo de Israel en alianza con Dios, celebrando nuestra alianza.

Cuarto, la ley. Es otro privilegio. Ningún pueblo -dice la Biblia- ha recibido una ley tan sabia porque viene de la misma sabiduría de Dios, como el pueblo de Israel. Israel conocía por la ley qué quería Dios y qué no quería Dios. San Pablo elogia la ley, pero dice: ya no basta la ley, porque Cristo ha venido a completar la ley y a darnos la fuerza para cumplir la ley. Pero la ley siempre es un don, porque aunque en el Viejo Testamento se nos escribieron los diez mandamientos de la Ley de Dios, siguen vigentes ahora también. Al que cree en Cristo, plenitud de la ley, también le obliga el Decálogo del Viejo Testamento. La ley es un privilegio, es el que conoce de verdad qué quiere Dios y qué no quiere Dios.

El culto, también, otro privilegio de Israel. El culto era toda aquella organización y legislación con que Dios inspiró a Moisés, escoger una familia para hacer sacerdotes y los ritos que desempeñaban en el templo de Jerusalén. Eran maravillas aquellas liturgias donde Dios se hacía presente para recibir de los hombres, representados por sus sacerdotes, el homenaje humilde, agradecido, arrepenido y desde donde bendecía a ese [119] pueblo que se seguía sintiendo pueblo de Dios, y que en su templo sentía como el alma de su nacionalidad.

Las promesas. Las promesas -dice San Pablo- son otros privilegios del Viejo Testamento. Son una señal de que Dios está presente con los hombres. Cuando un pueblo ha sido escogido para dictarle promesas tan certeras, tan eficaces, que podemos decir esto: ningún hombre ha podido escribir su biografía antes de nacer; pero sí hay un hombre, es Cristo. Los profetas anunciaron desde siglos antes, la fisonomía, la figura, el espíritu, lo que Cristo venía a hacer. Eran las promesas de Dios. Y por eso San Pablo, cuando habla de Cristo, lo llamó el Amén, el cumplimiento de las promesas de Dios. Por eso a San Pablo le duele que no hayan querido aceptar el cumplimiento por quedarse con las promesas. Siente la tristeza de un pueblo más pagado de su culto, institución humana, que por el amor de Dios que inspira ese culto. Y todavía sigue la lista.

Los patriarcas. Aun el Nuevo Testamento se alegra cuando pronuncia: el Dios de Abraham, el Dios de Jacob, el Dios de Isaac. Aquellos hombres que nuestra tradición teológica llama los collados eternos, hombres que como cumbres de la humanidad, tocaron a Dios, se llamaron amigos de Dios, y ellos recibieron las primeras promesas y son como los padres de nuestra fe. Así llamamos todavía los cristianos a Abraham, el padre de nuestra fe.

Y por último, Cristo, el Mesías. Que está por encima de todo. Dios bendito por los siglos. San Pablo que ha ido como poniendo esta montaña de privilegios, y en la cumbre ponía los patriarcas de los cuales brota Cristo. Como que ya el pueblo, la Humanidad, ha tocado lo divino y una flor de esta Humanidad privilegiada: María, la Virgen, recoge en sus entrañas al Verbo de Dios y lo hace hombre que aparece en el mundo. Hijo de nuestros patriarcas, hijo de las promesas de Dios. A este Cristo es al que hay que recibir, dice Pablo. Este Cristo es el que encarna la presencia de Dios en la historia de Israel. Dios estaba presente en toda la historia de Israel, porque venía como una historia embarazada con el gran Hijo del Hombre. Traía como preñada la divinidad de Dios en promesas, hasta que da a luz en la noche santa de Belén. La Virgen no es sólo una mujer, es toda una raza. Es todo un pueblo privilegiado que en las promesas de Dios ha encontrado una encarnación, allí, en María.

Pero además de Israel, además de las promesas hechas a Israel y Cristo que es la flor de esas promesas, hermanos, en estos días en que la Iglesia se hace noticia tan de primera página, yo les quiero decir también con alegría inmensa, la Iglesia es hoy a partir de Cristo, cumplimiento de las promesas, la Iglesia sigue prolongando la presencia de Dios entre los hombres. El Israel de Dios, llama a Pablo a este pueblo cristiano que está reunido hoy en Catedral. El Israel de Dios. Israel no vale tanto por ser [120] hijo de Abraham, vale por ser hijo de las promesas de Dios. Vale por haber sido el encargado de traer a Cristo. Y el nuevo Israel, la Iglesia, es hoy también la encargada de hacer presente a Nuestro Señor y Salvador: Jesucristo.

Y aquí llegamos ya al tercer pensamiento de mi homilía, y es que el evangelio de San Mateo, escrito ya en las comunidades cristianas, en el nuevo Israel, es el fruto de reflexiones profundas como las que estamos haciendo ahora. Lean a San Mateo y continuamente encontrarán: esto sucedió para que se cumpliera lo que habían anunciado los profetas. De modo que Mateo es como el traslado del viejo Israel al pueblo Cristiano. Y precisamente, en el pasaje de hoy, encontramos una descripción de la Iglesia, porque -y esto es bueno que lo tengan en cuenta, sobre todo aquellas comunidades que reflexionan mucho el evangelio, si quieren se los mando por escrito-, si todo el evangelio de San Mateo es como un poema cantado al Reino de Dios, al Reino de Dios que viene, Reino de los cielos lo llama Mateo, que viene a este mundo y se hace presente entre los hombres, en un Mesías niño, en una promulgación de lo que va a hacer su espíritu, las bienaventuranzas. Y los domingos recién pasados, en las parábolas nos estaba describiendo Cristo el Reino de los cielos con su humildad, como la tenía demostrada; pero con su puerta expansiva que nadie la puede detener a pesar de los obstáculos de la cizaña y de los malos peces.

Toda esa reflexión nos lleva a pensar ahora en los capítulos del 13 al 18 de San Mateo. Nos hablan de la comunidad humana, donde ese Reino de Dios comienza ya a ser realidad. Y en esa comunidad humana, concreta, hay un hombre principal que se distingue como cabeza. Y hay allí en esos tres capítulos, tres pasajes de San Pedro, uno de ellos es el de hoy, donde Pedro aparece en aquella nave como el principal. Pero la nave en sí, donde van unos apóstoles y que Cristo va cerca de ella, aunque no lo sientan, aunque lo confundan con un fantasma. Esa navecita, según San Mateo, representa la Iglesia, la comunidad de hombres que ha de creer en Cristo y que tiene unas autoridades dejadas por Cristo: los apóstoles, entre los cuales se destaca el principal, el príncipe de los apóstoles que es en su sucesor, el Papa actual.

Pero es hermoso pensar, en esta mañana, como hemos pensado tantas veces, en nuestra Iglesia perseguida. Que por más que se niegue esto sigue siendo una verdad. Se persigue a la comunidad cristiana que trata de ser fiel y de identificarse con ese Cristo. Es la borrasca, la tempestad que quiere aparecer a Cristo como un fantasma. Que hace sentir a Cristo como con miedo y muchos se apartan. Pero es allí cuando Cristo nos pide pruebas de fe valientes y donde Pedro aparece como el principal probado en la fe; y que necesita una fe especial, y que entra en unas relaciones muy suyas que no tienen los otros apóstoles con el Cristo que le tiende [121] la mano para identificar la unidad entre Cristo y Pedro y la Iglesia que va con Pedro.

En la Constitución del Concilio sobre la Iglesia se describe una cosa que a mí me viene muy importante ahora, hermanos, y es que volviendo otra vez al problema de San Pablo, porque si Israel era la señal de la presencia de Dios en el Antiguo Testamento y si la Iglesia cristiana es la señal de la presencia de Dios entre nuestros contemporáneos, ¿por qué no es santa la Iglesia? Pero a pesar de todo ¿por qué es necesaria la Iglesia?

Yo les quiero proponer estos tres principios. Ténganlos muy presentes en estas horas en que la Iglesia está en conflicto. Primer principio: Dios está en Cristo y Cristo está en la Iglesia; pero Cristo desborda la Iglesia, es decir, la Iglesia no puede pretender tener del todo a Cristo. Al modo de decir, sólo los que estén en la Iglesia son cristianos. Hay muchos cristianos de alma que no conocen la Iglesia, pero que tal vez son más buenos que los que pertenecen a la Iglesia. Cristo desborda, como cuando se mete un vaso en pozo abundante de agua, el vaso está lleno de agua, pero no contiene todo el pozo. Hay mucha agua fuera del vaso. Así dice el Concilio, que hay muchos elementos de verdad y de gracia que pertenecen a Cristo y que no están en la Iglesia. Esta es una de las grandes revelaciones, diríamos redescubrimientos de una gran verdad, para quienes se sienten orgullosos, vanamente, de la institución Iglesia, sepan que podemos decir: allí no son todos los que están, ni están todos los que son.

No están todos los que son, hay muchos cristianos que no están en nuestra Iglesia. Bendito sea Dios, que hay mucha gente buena, buenísima fuera de los confines de la Institución Iglesia: protestantes, judíos, mahometanos, etc. Un acontecimiento como el que he vivido esta semana, hace sentir algo de esto. La muerte del Papa ha estremecido no solamente a la comunidad institucionalizada que se llama Iglesia. Ha trascendido, ha desbordado también la Iglesia, porque sienten en el Papa una presencia que ellos, a su modo, presienten.

El segundo principio es este: Pero la Iglesia es signo de la presencia de Dios y por eso es necesaria. Aunque la Iglesia no contenga del todo Cristo, es señal de que Cristo está en el mundo. Volvamos a la comparación. El vaso de agua que se saca de la fuente no contiene toda la fuente, pero es señal que aquella agua es de esa fuente, de que existe una fuente de la cual se pudo sacar ese vaso de agua. Oigan lo que dice el Concilio: «A esta Sociedad de la Iglesia están incorporados plenamente quienes poseen el espíritu de Cristo, aceptan la totalidad de su organización y todos los medios de salvación establecidos en ella, y en su cuerpo visible están unidos con Cristo, el cual la rige mediante el Sumo Pontífice y los obispos por los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos, del [122] Gobierno y comunión eclesiástica. No se salva sin embargo, aunque esté incorporado a la Iglesia, quien no perseverando en la caridad, permanece en el seno de la Iglesia en cuerpo, más no en corazón». Se puede pertenecer a la Iglesia en cuerpo, se puede estar en la misa de Catedral corporalmente, pero no estar en corazón. Se puede estar en la Iglesia de cuerpo; pero no ser de la Iglesia, porque no se está de corazón. No basta decir: soy una familia bautizada. Si no vives conforme con el cristianismo no perteneces de corazón a este cuerpo místico de la Iglesia.

No olviden todos los hijos de la Iglesia que su excelente condición no deben atribuirle a los méritos propios, sino a una gracia singular de Cristo, a la que si no responden con pensamiento, palabra y obra, lejos de salvarse serán juzgados con mayor severidad. Quiere

decir que nosotros los católicos, tenemos la dicha de haber conocido los medios de salvación que Cristo ha atraído. En este vaso que se llama la institución Iglesia, está el Papa, la jerarquía, los sacramentos, que son instrumentos de Dios para darnos la salvación. Pero no basta tenerlos a nuestra disposición. Y aun los mismos instrumentos podemos también ser condenados porque podemos ser instrumentos de la gracia de Dios y sin embargo no aprovechar para nosotros esa gracia de Dios.

Por eso, ahora en que hablamos del Papa y de la Iglesia como Institución, tengamos muy en cuenta esto. Que ni los sacerdotes, ni los obispos, ni el Papa, ni los sacramentos, ni las organizaciones eclesiásticas, contienen del todo a Cristo. Pero que son necesarias para hacerse presente y como un signo sensible, la presencia de Dios entre nosotros.

Por eso el tercer principio es este: No todos los miembros de la Iglesia, poseen e irradian a Dios. San Pablo precisamente, se está lamentando de que un pueblo tan privilegiado no haya querido aceptar a Cristo. Y dice: pero por gracia de Dios siempre queda un resto. La Virgen, San José, los apóstoles, los primeros cristianos convertidos del judaísmo, son el resto que fue fiel a la promesa y aceptó a Cristo. En cambio, el pueblo siguió creyendo en su Institución. Mucho cuidado católicos, comenzado por nosotros, los Ministros de Dios, no creamos que por ser obispos o sacerdotes y por ser Institución Eclesiástica, somos lo mejor del cristianismo. Somos signo, pero puede ser como la campana que es signo y llama, pero se queda fuera. He aquí como Cristo también nos llama la atención a todos los que formamos esta Institución, lo visible del cristianismo, para que tratemos de ser verdaderamente signos de una presencia de Dios en el mundo.

Y por eso el Papa, lo llamo yo, para terminar, hermanos, la gran señal de la Iglesia. «Ubi Petrus ibi calesia», dice la teología. La Iglesia está donde está Pedro y esta es una de las cosas más bellas de esta semana. Hemos sentido dónde está el centro del catolicismo. Lo que no pueden [123] mostrar otras confesiones cristianas. Lo que no pueden mostrar otras religiones. Por eso les digo, es necesario que exista la Institución. El Papa en su humildad, se creía el hombre inútil. Y sin embargo, él mismo, frente a los protestantes en Ginebra, dice: mi nombre es Pedro. Yo soy Pedro. Cristo ha querido de mi humilde persona, el signo de su presencia, el centro de su Iglesia.

Cuando el Concilio Vaticano II, tomando también del Vaticano I, enseña qué es el Papa, nos dice esto: «Para que el episcopado fuese uno e indiviso, puso al frente de los demás apóstoles al bienaventurado Pedro que instituyó en la persona de él mismo el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de fe y de comunión». Esta doctrina sobre la institución, perpetuidad, poder y razón de ser del sacro primado del romano Pontífice y de magisterio infalible, el Santo Concilio la propone nuevamente como objeto de fe inmovible a todos los fieles.

Es dogma de fe definido en el Concilio Vaticano I, 1870 que el Papa tiene un primado que es infalible, que es la autoridad suprema del pueblo de Dios universal.

Por eso, hermanos, cuando ha muerto Pablo VI, nos está diciendo, a la luz de las palabras de Dios hoy, que Dios anhela estar con los hombres y que los hombres tenemos capacidad para estar con Dios, hasta el punto de poder hacer una organización humana que

se llama Iglesia, donde Dios vive con los hombres, y la señal de verdad de esa presencia de Dios en su Iglesia, es el Papa. Es hermoso pensar, si hubiera tiempo para describir aquí, la figura la fisonomía, que rico es el pontificado romano, cuando siendo un solo encargo de mantener el fundamento y unidad de su Iglesia, va tomando fisonomía, características tan propias, según la personalidad del hombre escogido para esa institución. Muchos de ustedes como yo, podemos mencionar Papas desde Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, qué figuras más distintas en lo humano. Y cuando Juan XXIII subía, vestido ya como Papa, al balcón de San Pedro para anunciarse al mundo como Pastor del universo dijo: muchos están esperando cómo será el nuevo Papa; será un estadista, será un diplomático, será un organizador. Todos esos andan equivocados, dijo el Papa, todas esas cosas pueden servir de adornos. Pero lo que deben de buscar en el Papa, es el Pastor. Y trataré de ser el Pastor, representante del Buen Pastor.

De Pablo VI, yo le decía a los queridos sacerdotes en la reunión, ese carisma de poder hablar de Cristo y de la Iglesia, que defendió la identidad de la Iglesia a pesar de la audacia con que llevó la Iglesia hasta las fronteras de donde no puede pasar. Ese «aggiornamento», ese estar al día en la teología y en los problemas de la Humanidad, esa primacía de lo espiritual, ese diálogo abierto con el mundo, etc. La fisonomía cambia con cada hombre que sube al romano pontificado, pero la institución es la misma. Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. [124]

Por eso hermanos, terminamos diciéndole al Señor: muchas gracias por haber creado el Pontífice Romano y por conservarlo a través de veinte siglos. Y cuando parece que todo se ha acabado, cuando Pablo VI muere y no hay ningún presagio de quién será su sucesor, precisamente entonces, cuando parece que la Iglesia está más acéfala y más confusa, cuando llora orfandad, está más llena de esperanza. Vendrá el Pontífice que convenga a nuestro tiempo. Los periódicos pueden cavilar: ¿cuál será, quién será? Pero tal vez será el que menos se menciona. El humilde cardenal Sarto no se imaginaba que él iba a ser el gran sucesor de León XIII, humilde hijo de campesinos y fue Juan XIII. Y así nos da sorpresas la historia de la Iglesia, porque es la historia de la salvación, es el pensamiento de Dios encarnado en lo humano. Pidamos mucho al Señor, hermanos, para que este pontificado que se avecina, sea verdaderamente digno de la fe que tenemos en esta Iglesia.

Y ahora comprendemos en esta perspectiva de la Iglesia, por qué nuestra Iglesia vive aquí en la Arquidiócesis y el cuál debe ser la sabia que la alimenta; es la presencia de Dios, la confianza, la esperanza en Dios. Y allí tendríamos muchos acontecimientos eclesiales que mencionar en estos días. Por ejemplo, los días de los fundadores de grandes congregaciones religiosas que trabajan entre nosotros: 31 de julio, San Ignacio de Loyola, fundador de los Jesuitas; 1.º de agosto, San Alfonso María de Logorio, fundador de los Redentoristas; 8 de agosto, fiesta de Santo Domingo de Guzmán, fundador de los Dominicos; 15 de agosto, fiesta patronal de las religiosas de La Asunción.

Una visita al noviciado de las Carmelitas de San José nos hace sentir la vida religiosa en nuestro ambiente. La solemne procesión que, en la capilla del Seminario, tuvo en estos días el Instituto Secular Paulino. Tengamos en cuenta, hermanos, que la vida religiosa desborda, ahora también, a la vida secular, que ustedes seculares pueden consagrarse también, a una vida consagrada al Señor.

Y ahora también, en el mundo así de los laicos y de los pobres, qué emoción he sentido cuando estaba ayer en la Comunidad de la Fosa celebrando la misa con comunidades cristianas que se ven surgir por todas partes en nuestra capital. Y esta tarde estaremos también en San Ramón.

Pero, por otro lado, también queremos ver que este sol de la Iglesia que trata de ser más brillante -y que le suplico a todos los católicos, trabajar para que hagamos verdaderamente un pueblo de Dios que sea presencia de Dios en el mundo-, ilumine ese ambiente gris que nos rodea.

En esta semana, todos saben las noticias misteriosas del caso del Señor Matsumoto. Declaraciones muy técnicas que nos llevan a pensar un poquito en aquel adagio filosófico «quod multum probat nihil probat». De [125] todos modos, pedimos que se deduzcan responsabilidades. No sólo en el caso del Señor Matsumoto, sino en tantos casos que están quedándose en el misterio y también que no se vaya a ultrajar la fama y la vida de inocentes por cubrir misterios o con pretextos de pseudo investigaciones. Expresamos con este motivo nuestra condolencia a la familia Matsumoto, especialmente a su viuda esposa, y las hemos invitado para ofrecer una misa mañana, a las cinco, en la Capilla del Hospital de la Divina Providencia.

También lamentamos, en esta semana, el secuestro del Señor Tomás Armando Monedero y el asesinato de su viejo motorista José Bruno Díaz Velásquez. No podemos menos que repudiar siempre, estos medios y recursos a la violencia y pedir oraciones por el difunto y para que vuelva la paz a nuestro ambiente.

Socorro Jurídico ha denunciado anomalías legales en capturas y procedimientos de profesores de ANDES y en capturas de campesinos. En Suchitoto, en cantones de San Vicente, en Cinquera, en Apopa, en Zacatecoluca, en Chalatenango. También por información de Socorro Jurídico, hemos sabido que en el plazo de 15 días, son 22 las personas capturadas por violaciones a la famosa Ley de Orden Público; pero que mañana, gracias a Dios, una comisión respaldada por más de mil quinientas firmas, irá a la Asamblea Legislativa, a pedir la derogación de esa nefasta ley. Y piden también estar presente cuando se discuta la petición que se ha hecho.

Se publica en Orientación hoy, una carta de los cristianos de Cinquera, les suplico que la tengan muy en cuenta. Denuncias de cosas muy crueles. A la Guardia Nacional y a la ORDEN se les atribuye muchos crímenes. El último, el del pobre Irineo Valle, que deja viuda y huérfanos; y en nombre de ellos, yo les pido a todos que sigan ayudando, que Cáritas de nuestra Arquidiócesis es la mano de caridad que pide a los que pueden dar para dar a los que no tienen.

Tenemos que agradecer a la Asamblea, el gesto de simpatía con el Papa al declarar duelo por su muerte. Ojalá esto conlleve también, a un cuidado para que no se propalen tantas calumnias contra la Santa Sede y contra el Romano Pontífice.

Queridos hermanos, como ven, un pueblo que peregrina, que lleva consigo esta gran misión: hacer presente a Dios en el mundo. Recibamos con honor a esta gran reflexión y agradezcámosle al Señor; y vamos ahora, como quien alimenta su lámpara para que arda mejor. Nos acercamos al altar, que es nuestro Sinaí, donde Cristo en la montaña de la transfiguración ilumina a todo su pueblo para que siga caminando en medio de los ambientes grises de nuestra historia, iluminado con la claridad de Dios, las situaciones de nuestro país. [126]

El dinamismo de la Iglesia
20.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 20 de agosto de 1978

Isaías 56, 1. 6-7

Romanos 11, 13-15. 29-32
Mateo 15, 21-28

Queridos hermanos:

Es hermoso sentirse hermanos cada domingo, sobre todo en este momento, que es un momento de familia. Somos la familia de Dios que peregrina en la tierra y cada domingo, como las familias unidas, en un fin de semana se unen con sus padres a los otros miembros que están dispersos a lo largo del trabajo de la semana; y venimos a compartir, a sentir de veras que lo que cada uno hace le interesa a todos; y que así vamos unidos en una misma fuerza de amor, de fe, de esperanza en medio de un mundo que nos ofrece tantas dificultades, pero precisamente las familias se unen más, cuanto más arrecian por fuera las tempestades.

Por eso en este ambiente de familia, es el Padre el que nos orienta, el que nos aconseja, el que nos habla; y el padre es nuestro Dios al que dentro de poco llamaremos: Padre Nuestro. Él nos habla y el sacerdote o el obispo que predica no es más que un mensajero suyo entresacado de la misma familia para comunicar su mensaje divino. Y se ha organizado [127] este mensaje a lo largo del Año Litúrgico, de tal manera, que cada domingo es novedad, nos va presentando aspectos diversos de esta familia tan maravillosa que se llama la Iglesia, principio del Reino de Dios en la tierra. Cómo no va a ser maravilloso, si se trata del Reino de Dios, aunque todavía envuelto en las limitaciones, en las imperfecciones de los hombres que la formamos; pero que vamos tratando de hacernos menos indignos de esa vida que Dios quiere participar con nosotros en su plenitud cuando esta peregrinación termine. De allí, que los aspectos que este domingo nos ofrece la divina palabra, como de costumbre yo lo resumo en este pensamiento: el dinamismo misionero, espiritual y social del Reino de Dios en su Iglesia. Estos serán los tres aspectos de la homilía de hoy.

La Iglesia tiene un dinamismo misionero, la Iglesia tiene un dinamismo espiritual y la Iglesia tiene un dinamismo social aquí en la tierra. Pero antes de adentrarnos en esta reflexión de la palabra, para que el marco concreto de nuestra Iglesia, tal como se va

haciendo en detalles tan variados en nuestra Arquidiócesis, yo quiero evocar aquí algunas noticias y avisos de nuestra vida eclesial. Allá al final, cuando hable del dinamismo social de la Iglesia, voy a presentar los aspectos que ya no son propiamente eclesiales que se viven en la vida política, en la vida económica, en la vida de nuestro pueblo, en nuestra historia; pero que no son ajenos, tampoco, sino que esta Iglesia dinámica tiene que iluminar, pero primero es... porque dice la Filosofía: primero hay que ser para después actuar. La Iglesia ante todo tiene este trabajo: ser, construirse. Yo les invito siempre, queridos hermanos, que en mi pobre palabra miren este esfuerzo ante todo. No es un esfuerzo de confrontación con nadie, no estoy peleando con nadie. Estoy ayudándole a Cristo a construir su Iglesia; y amando a todos ustedes bautizados, que son Iglesia, a que tomen conciencia, a que colaboren, a que hagamos de este pueblo de Dios que peregrina, verdaderamente una antorcha que ilumine al mundo. Por eso, nadie escuche mis palabras con ánimo polémico. Yo no quiero ser una oposición como se me dijo esta semana. Quiero ser simplemente una afirmación. Cuando un hombre dice sí a una convicción suya, no está confrontándose, simplemente está afirmándose y naturalmente que hay otros que no piensan como él y entonces viene la confrontación, pero no porque uno tenga intención de buscarla.

En nuestra Arquidiócesis, como en el mundo entero, esta Iglesia que se construye vive días de una solemne expectativa que debe resolverse en una profunda oración. Estamos sintiendo la ausencia de Pablo VI y ya estamos amando -sin conocerlo- al que será su sucesor. Esta es la fe de la Iglesia. ¡Qué maravilla! ¿No les parece que este es un milagro portentoso? Cuando hay tanta confusión y tantas intrigas e intereses, una Iglesia repentinamente queda acéfala; pero esa acefalía se resuelve en una esperanza. Nadie está peleando por ser Papa. No hay partidos, no hay intrigas, simplemente una fe que espera. Manda Señor al que hay que mandar. [128] Tiene que ser esta semana de mucha oración. El 25, como ya han oído y ya han sido informados, se van a reunir ya los cardenales que van a elegir al nuevo Pontífice. No sabemos cuáles serán las estrategias y prácticas que van a llevar, a fin de dar al hombre que conviene a nuestro tiempo. Ya unos teólogos han dado una clave maravillosa: tiene que ser un hombre de Iglesia, un hombre de mucha fe, un hombre profundamente eclesial y, por eso también, un hombre que represente una Iglesia abierta al diálogo como el mundo. ¡Este equilibrio maravilloso!

Cuánto mal hacen en esta hora, los pastores y los católicos cerrados. Los que creen que no hay más verdad que la que ellos tienen. Se olvidan de que nadie es dueño de la verdad. Sólo Dios es la verdad. Y que si él, el infalible, el que no se puede equivocar, ha transmitido a su Iglesia ese don de infalibilidad, cuyo órgano expresivo es el Papa, no es el Papa; exclusivamente el infalible, es todo el pueblo de Dios que por medio de la boca que habla, como el organismo del hombre, habla todo él por la palabra que se pronuncia, tiene que vivir con agradecimiento, con respeto ese don del Espíritu y por tanto saber que todos los que estamos en comunión con esta verdad, aunque la manifestemos de formas muy diversas, tal vez desagradables a mi modo de pensar, pero que están dentro del conjunto de la verdad, respetarnos. Esto es lo que se llama apertura, comprensión que no llega tampoco a querer que quede todo error y verdad dentro; sino que la verdad, con sus múltiples facetas, pero la verdad y firme también, para que dentro de este pluralismo de verdad, no entre el error, la herejía, la mentira. Seamos muy amplios, hermanos, en comprender este

sentido que queremos para el nuevo Pontífice, que tiene que ser, ante todo, el hombre de la Comunión Eclesial.

También muchos preguntan: nosotros, la Iglesia de este continente que prepara un acontecimiento tan grave como es la reunión de los obispos en Puebla, ¿qué implica la muerte del Papa mientras se preparaba Puebla? Hasta ahora, el camino es legítimo y puede seguir ese camino. Para que una reunión de obispos de una región del mundo tenga validez jerárquica de Iglesia en comunión con el Papa, es el Papa el que tiene que convocar y el Papa el que tiene que presidir por sí mismo o por otro. Pues bien, Pablo VI había convocado al Episcopado Latinoamericano, en Puebla, él, naturalmente, ya no lo puede presidir porque ya murió. El que viene puede ratificar el llamamiento de Pablo VI, tiene que convocar o darle validez a la convocación de Pablo VI y venir a presidirlo o mandar a alguien que lo represente en la presidencia para que sea el Episcopado en comunión con Pedro. Por tanto pues, Puebla seguirá adelante, pero siempre esperando la palabra del nuevo Papa. Pidamos también mucho, pues, por este acontecimiento.

Y ya dentro de nuestra vida íntima eclesial de la Arquidiócesis, perdonen hermanos que me refiera a mi persona, para decirles un voto de [129] profundo agradecimiento por las múltiples manifestaciones de solidaridad, que con motivo de mi cumpleaños me manifestaron comunidades, personas particulares, sobre todo el clero en el almuerzo de Domus Marie, donde tuvimos también la felicidad de estrechar la mano de Monseñor Chávez; sobre todo la misa de esa noche que me dejó tan colmado de consuelo, donde estuvieron presentes muchas personas y comunidades de nuestra Arquidiócesis. ¡Dios se los pague!

Y como es comunidad nuestro peregrinar y nuestra Iglesia, he aquí unas cuantas noticias de nuestras comunidades eclesiales.

El domingo pasado clausurábamos en una misa, una misión predicada por el P. Luis en el sector de Zacamil, llamado San Ramón. Una comunidad que nace. El miércoles 16 por la noche, en la fiesta del patrón del barrio de San Jacinto, dirigido por los PP. Paulinos, confirmábamos un bonito grupo de jóvenes. ¡Qué hermosa es la confirmación preparada para jóvenes!

Hoy tendremos otro grupo de confirmación en la parroquia de San Juan Cojutepeque, donde el P. Brizuela también ha comprendido la riqueza de este sacramento, que yo le suplico me ayude a valorarlo, hermanos, para que no lo demos a niños que no se dan cuenta; sino a jovencitos que ya van comprendiendo la necesidad de una nueva fuerza de juventud, que es la fuerza del espíritu que se da en la Confirmación.

El jueves de esta semana habrá también una fiesta religiosa muy consiente, en Arcatao. Las religiosas Guadalupanas, que llevan con tanto celo y cariño aquel apartado pueblo, están preparando la fiesta de San Bartolomé para el jueves de esta semana, a las 10 de la mañana. Y ya les auguro muchos triunfos y muchos éxitos. Tendré la dicha de participar en ella.

Otra comunidad, la de la parroquia de Tejutla, va a celebrar el sábado de esta semana, a las 10, el aniversario primero del asesinato del catequista Felipe de Jesús, que todos recordamos con mucha admiración y cariño.

Otra comunidad también, florece ya poco a poco, es el Paraíso de Chalatenango, donde las religiosas Betlemistas preparan estudios para darle un poco de vida también al aspecto social, industrial, que está un poco muerto; y como la Iglesia, vamos a decir, tiene un dinamismo social, también le interesa esta promoción.

Refirámonos también un poco en esta vida de Iglesia nuestra y amémosla, queridos hermanos, la vida religiosa. Las Carmelitas misioneras españolas, las que tienen la Policlínica y nos atienden también sectores pastorales [130] en Plan del Pino y en la Laguna de Chalatenango, celebran en este año, 25 años de haber venido a El Salvador. Lo vamos a celebrar en Plan del Pino, con una confirmación de jóvenes que se está preparando con mucho entusiasmo.

Los Jesuitas, tan puestos a la vista de nuestra Iglesia -muchos para admirarlos y quererlos, otros para desprestigiarlos y calumniarlos- están ofreciendo ya una obra maravillosa. Esta semana con el P. Sáenz tuve la oportunidad de visitar la construcción de un hermoso edificio que se llamará Centro de Loyola, en que se van a realizar esos carismas propios de los jesuitas: los ejercicios espirituales y las reflexiones para concientizar más en el verdadero cristianismo a nuestro pueblo. Quien quiera conocer esta obra grandiosa que va surgiendo, lo invito a hacer un paseo allá por Lomas de Morazán, cerca de la UCA, donde de veras tendremos dentro de poco, el año próximo desde luego, un centro de espiritualidad y reflexión abierto a todos los sectores de nuestro pueblo.

También, hermanos, en la vida de la Diócesis, cuentan mucho como instrumentos de la Pastoral de la Diócesis, los colegios católicos. Y esta semana ha habido mucha vida. Tenemos que lamentar, y nos hemos hechos solidarios del sufrimiento de miembros de la directiva de la Federación de Centros de Educación Católica que sufrieron golpes en un accidente de tránsito, allá por la Diócesis de Santa Ana, donde trabajaban precisamente el problema de su organización. Ya gracias a Dios mejoran, pero ha sido un sufrimiento por la buena causa.

El colegio Santa Cecilia de Santa Tecla, ha dado un espectáculo precioso en esta semana celebrando la cuarta semana de la juventud. Cuatro años en que convoca a los jóvenes para darles el mensaje del evangelio. El lunes tuve la dicha de estar entre jóvenes, más de mil jóvenes llenaban el teatro para inaugurar esta semana.

El Instituto Ricaldone, también de los Salesianos, celebró con una preciosa misa en la iglesia de María Auxiliadora, el aniversario 163 del nacimiento de Don Bosco, que nació y fue bautizado el mismo 16 de agosto de 1815, tratamos de traducir ese mensaje de Don Bosco a la juventud, como lo haremos, primero Dios, mañana en el colegio Don Bosco, donde se están celebrando las fiestas jubilares: 75 años de la fundación de los primeros colegios salesianos en el país. Porque allí también está el colegio San José, de Santa Ana.

Nos dio también mucho consuelo recibir una visita de alumnas del colegio de la Divina Providencia, a presentarnos en un folleto, el resumen de sus pensamientos de una semana de reflexión de preparación para el matrimonio. Interesante que las jóvenes que ya van llegando al bachillerato, piensen seriamente que no se trata de una aventura loca, ni [131] de prostituir un don tan grande como es la sexualidad, el matrimonio; sino que a la luz de grabaciones que tenemos a la disposición, en el Servicio para América Latina: SERPAL, han reflexionado en episodios concretos esta preciosa temática.

También nos alegramos -y esto de manera muy especial- con la vida de nuestro Seminario, que es como dicen los documentos de la Iglesia: el Seminario como la pupila del ojo de la Diócesis, donde se están formando las esperanzas de nuestro pueblo que camina guiado por los sacerdotes.

Vamos a iniciar, ya se anunció en la reunión del clero, la intensidad de la pastoral vocacional, por todas las parroquias. Y aquí hacemos un llamamiento a todos los padres y familias cristianas y sacerdotes, a que busquemos entre nuestra juventud, dónde ha depositado el Señor ese don precioso de la vocación, para luego analizarlo y someterlo ya al proceso de elaboración que es el Seminario. Ya está llegando a su cumbre uno de estos jóvenes. Qué consuelo me dio Rafael Urrutia, que termina ya sus cuatro años de Teología en el Seminario de Guatemala, pidiéndome su ordenación sacerdotal para el 4 de noviembre. Ya desde ahora hermanos, alegrémonos y pidamos por él, porque aquí en Catedral el sábado 4 de noviembre, a las 11 de la mañana, vamos a tener el honor de imponer las manos a un joven que, como los jóvenes del Seminario en medio de un ambiente tan difícil, dan testimonio de que Cristo vive y cuenta con corazones jóvenes que lo quieren seguir hasta el heroísmo.

En este mismo sentido, y ya esto para ustedes los laicos, el Club Serra, Organización de Laicos, va a tener una convención del 15 al 17 de septiembre donde van a poner entre sus números centrales, una información de los diversos seminarios, ya que es una organización laical que colabora, sobre todo moralmente, para darle ambiente, impulso a esta obra vocacional.

Y hay otras noticias como la que recibí de San Miguel con esta alegría: ¡ya se oye en San Miguel la YSAX! Siempre se ha oído pero con dificultades, espero que ahora nos estén escuchando con más claridad y que aquella ciudad tan querida, también reciba esta humilde palabra que tanto la ama.

Muchos preguntan por la carta pastoral que anuncié el 6 de agosto. Me ha alegrado mucho el interés que se ha despertado y solamente me apena tener que decirles: espérense un poquito, pero dentro de pocos días estará ya en circulación. ¡Primero Dios que ya desde el próximo domingo si Dios quiere!

Y junto a estas noticias eclesiales, pues, falsas interpretaciones, por ejemplo la que el Diario de Hoy, en una noticia muy arrinconada -si no [132] me lo dicen, no me doy cuenta- tergiversa mi homilía cuando dice que yo he dicho que agradecía al Poder Legislativo por tres días de duelo nacional por la muerte del Papa; y aquí entre comillas mis palabras que no son mis palabras: «La buenas relaciones que existen entre el Estado y la Iglesia Católica

desmienten la calumnia de que ha sido objeto el clero». Ustedes son testigos que yo no he dicho eso. Simplemente mantengo una posición de que no estoy confrontándome con nadie, sino que estoy tratando de servir al pueblo y el que esté en conflictos con el pueblo, estará en conflictos conmigo. Pero mi amor es el pueblo y desde el pueblo pueden ver a la luz de la fe y del mandato que Dios me ha dado de conducir este pueblo por los caminos del evangelio, quiénes están conmigo y quiénes no están conmigo, viendo simplemente las relaciones del pueblo.

Tengan mucho cuidado, también hermanos, como noticia eclesial se las doy, sé que se andan recogiendo firmas para mandar al Papa -ya no será Pablo VI, será al nuevo- y a Puebla a la reunión de obispos, pidiendo la condenación del marxismo. Está muy bien eso, pero ya existe la condenación del marxismo, no es ninguna novedad. Pío XII ya tuvo un documento a ese respecto, si no lo conocen búsquenlo. Lo que me interesa más es esto: que estas firmas también piden mi destitución. Yo no tengo inconveniente en ser destituido, ni tengo ambiciones en el poder de la Diócesis. Simplemente considero que esto es un servicio y que mientras el Señor, por medio del Pontífice, me tenga en él, seré fiel a mi conciencia a la luz del evangelio que es la que yo trato de predicar, nada más, ni nada menos.

Porque ya estamos precisamente en materia, para que vean cuál es mi oficio, y cómo lo estoy cumpliendo: estudio la palabra de Dios que se va a leer el domingo; miro a mi alrededor, a mi pueblo; lo ilumino con esta palabra y saco una síntesis para podérselas transmitir. Y acerco a ese pueblo luz del mundo, para que se deje guiar por los criterios, no de las idolatrías de la tierra; y por eso naturalmente que los ídolos de la tierra y las idolatrías de la tierra sienten un estorbo en esta palabra y les interesaría mucho que la destituyeran, que la callaran, que la mataran. Suceda lo que Dios quiera, pero su palabra -decía San Pablo- no está amarrada. Habrá profetas, sacerdotes o laicos -ya los hay abundantemente- que van comprendiendo lo que Dios quiere por su palabra y para nuestro pueblo.

En la palabra de hoy, quién no descubre -si la han oído con atención, sin que yo se las comente- que existen estos tres dinamismos. Cristo mismo garantiza que este Reino de Dios tiene un dinamismo misionero, un dinamismo espiritual y un dinamismo social. Cuando digo, en primer lugar, dinamismo misionero, yo miro a Cristo, en el evangelio de hoy, de bondadoso, acercándose hasta los límites de Palestina para poder ver, desde [133] allí, las fronteras del mundo gentil; y una mujer gentil, una cananea, que viene a él en busca del poder de Dios que Cristo trae; y el diálogo de Cristo Salvador, con la representante del mundo gentil, parece duro; sin embargo, a quien se adentra en el ambiente de aquel tiempo y de aquel pueblo, no le parece duro, sino comprenderá mejor la situación. No está bueno tirar el pan de los hijos a los perros. Miren la diferencia que existía en la mentalidad judía. Ellos -los judíos- eran los hijos, los otros pueblos, los gentiles -allí estábamos nosotros también-, éramos los perros. Y la humildad de la cananea gana el corazón del Redentor. Sí señor, dicen que esto es muy típico en el Medio Oriente, son muy sagaces en captar el pensamiento y hacerlo un chiste o hacerlo una respuesta maravillosa. La cananea da muestra aquí a Cristo y Cristo da muestra de vivir en un mundo encarnado, propio, con los modismos de su pueblo y de su tiempo. La cananea le dice: sí, señor, pero también los perritos comen de las migajas que caen de las mesas de sus señores. Mujer qué grande es tu fe.

Pero antes de que Cristo se asomara a la ventana del mundo gentil, la primera lectura nos ha dicho que Dios ya no pondrá esos límites. Ya habla aquí de unos extranjeros que los atraeré a mi Monte Santo. Mi casa es casa de oración, y así la llamarán todos los pueblos. Este es el plan de Dios, no sólo salvar al pueblo de Israel, sino, como quien dice, hacer bien denso de Dios al pueblo de Israel, para que de ese pueblo -esta es la estrategia de Dios- de un pueblo endiosado, iluminado por la luz de Dios, llevar la luz a todos los pueblos; pero el designio de Dios es la salvación de todos. Qué hermoso, dice el Concilio, que tiene un documento específico para explicar este dinamismo misionero de la Iglesia: «La Iglesia peregrina -dice-, se llama misionera, porque es el fruto de aquel Dios Padre que manda». Esto quiere decir misión; del verbo latino «mittere», enviar. Así como mi Padre me envía, me hace misionero, así yo os envío, os hago mis misioneros. Pues dice el Concilio que el Padre envía como misionero suyo a su hijo y después que el Hijo ha realizado la obra en su persona y regresa, el Padre y el Hijo envían, hacen misionero, al Espíritu Santo que viene a animar esta Iglesia. Por tanto esta Iglesia, fruto de esa misión del Hijo y del Padre, es de verdad misionera y lleva un dinamismo universal.

La estrategia es que primero he sido enviado a las ovejas que perecieron de Israel, dice Cristo. Él no podía salir de los confines de Palestina y no salió; pero a los apóstoles sí les dijo: ustedes serán mis testigos en Jerusalén, en Samaria y hasta el último confín de la tierra, y cuando resucitó lleno de poder y majestad, manda su Iglesia al mundo, dice toda potestad señalada en el cielo y en la tierra. Vayan por todo el mundo. Hagan discípulos del cristianismo a todos los pueblos, bautícenlos en mi fe a todos los hombres. Se ha desatado el dinamismo misionero con la venida de Cristo y la venida del Espíritu Santo. [134]

Pero, en la segunda lectura, yo les invito, queridos hermanos, a que la reflexionen ustedes en sus hogares y miren esta estrategia descrita por San Pablo, en una forma, diríamos, dialéctica pero eficaz. Habla que Dios dio preferencia a su pueblo, pero ese pueblo no fue digno de ese don de Dios. Sólo un resto, un pequeño grupo se mantuvo fiel. Los demás no aceptaron a Cristo. Han pasado veinte siglos y los judíos no han aceptado a Cristo. Esto le dolía a San Pablo. Recuerden el domingo pasado, cuando San Pablo dice: quisiera ser maldito, pero que mis hermanos acepten esa salvación. Y porque no lo aceptaron, los apóstoles, sacudiendo sus sandalias, se van a los pueblos gentiles. Cristo sólo se asomó a través de la cananea. No caminó por caminos gentiles, porque había sido enviado solamente a saturar en el cumplimiento de las promesas al pueblo que debía de ser el misionero: Israel. Pero no fue digno. Entonces, los apóstoles salen a predicar y San Pablo en su carta dice: yo soy un judío, soy de la tribu de Benjamín, pero el Señor me ha escogido para ser apóstol de los gentiles, y como sigo amando a mi pueblo Israel, yo voy salvando a los gentiles y, con esto, estoy tratando de provocar el celo de mis paisanos.

Esta es la estrategia del evangelio. Primero los judíos, no lo aceptan, se van a los gentiles. Al oírlo, aceptando a los gentiles, los judíos se llenan de celo. Miren cómo los gentiles se están aprovechando de una gracia que Dios nos ofrecía, y entonces los judíos se van a convertir. Y si la obstinación de los judíos, el rechazo que los judíos hacen de Cristo, ha sido salvación de los pueblos gentiles, dice San Pablo, lógicamente cuánto más será torrente de vida, cuando los judíos se conviertan y se llenen de Dios.

Por eso muchos han llegado a creer que el fin del mundo será cuando se conviertan los judíos, pero no es eso lo que dice la Biblia. Lo que dice la Biblia es que cuando los judíos se conviertan, habrá una plenitud de vida en el pueblo judío que también se convertirá en plenitud de fe y de vida en el pueblo gentil. Poniendo aquí, pues, como en un antagonismo dialéctico: pueblo gentil y pueblo judío, San Pablo nos presenta hoy el universalismo de la salvación. Y por eso su carta termina hoy con esta frase que nos parece un gran misterio: todos han sido encerrados en la desobediencia para salvarlos a todos. La salvación supone pecado. Y tanto los judíos han pecado rechazando a Cristo, como los gentiles pecaron también cuando los judíos anunciaban al Dios verdadero y los gentiles no lo aceptaban. Pero ahora que ustedes, gentiles, lo aceptan, Dios está teniendo misericordia, les está perdonando su falta de fe, su desobediencia y cuando, por celos, por emulación el pueblo judío vuelva también, el que ya pecó de desobediente, volverá y se salvará.

Hermanos, qué hermosa lección, todos nosotros encerrados en la desobediencia. Todo aquel que quiera señalar a otro hermano sus pecados, y no se mire a sí mismo que es pecador, no es digno de esta salvación de [135] Dios. Cuando se le hecha en cara a la Iglesia, al Papa, a los obispos, precisamente, los pecados de la Iglesia, se están olvidando de esta gran estrategia de Dios. Del pecado, de la desobediencia, de una Iglesia miserable en sus elementos, hermanos, está Dios valiéndose para salvar en su misericordia. Lo único que vale aquí es la misericordia de Dios que se acepta por la fe. Y este es el segundo pensamiento de las lecturas de hoy.

Yo quisiera, hermanos, que lo tengamos muy en cuenta, porque muchos -como lo van a leer en nuestra carta pastoral- están queriendo manipular la Iglesia para valerse de su dinamismo en redenciones temporales. La Iglesia no rechaza esas redenciones temporales. En mi carta pastoral digo que la Iglesia será una aliada generosa de los objetivos justos y del derecho de agrupación que los hombres tienen. Nadie les puede quitar a los hombres el derecho de asociarse, con tal que sea una asociación para buscar las causas justas.

Tampoco estamos defendiendo las agrupaciones de criminales, en cualquier sector que estén; si es para secuestrar, para robar, para matar. Para eso no hay derechos. Pero unirse para sobrevivir, para comer, para defender sus derechos; a esto sí tiene derecho todo hombre. La agrupación es un derecho cuando los objetivos son justos. Y la Iglesia estará siempre al lado de ese derecho de organización y de esos justos objetivos de las organizaciones. Pero que no se le pida a la Iglesia en exclusiva su dinamismo solamente para eso.

Yo baso allí, y aquí en esta homilía, mi reflexión, en esta palabra del Concilio Vaticano II que es la palabra tomada también de la Biblia: «La misión propia que Cristo confió a su Iglesia, no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso». -pero fíjense bien- «Pero precisamente de esta misma misión religiosa, derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina. Más aún, donde sea necesario, según las circunstancias de tiempo y de lugar, la misión de la Iglesia puede crear, mejor dicho, debe crear obras al servicio de todos, particularmente de los necesitados, como son por ejemplo, las obras de misericordia o semejantes».

Aquí están en este pensamiento del Concilio los dos dinamismos que yo quiero explicar ahora. El primero es el dinamismo espiritual. La misión específica de la Iglesia es religiosa. Quiere decir unir a los hombres con Dios, las relaciones con Dios. Y en las lecturas de hoy, aparecen varios de estos elementos. Por ejemplo cuando la primera lectura nos dice: mi casa es casa de oración y así la llamarán todos los pueblos. Siempre les he recordado hermanos, nuestra fuerza es la oración. Si un cristiano no reza, no puede contar con ese dinamismo espiritual. De allí que la cananea está haciendo una oración y Dios por medio de Cristo se siente movido hacia ella por la oración. [136]

Segundo, en la segunda lectura y en el Evangelio se elogia la fe. Grande es tu fe, le dice Cristo a la mujer. Y San Pablo en la segunda lectura dice: los que han sido obedientes, encontrarán misericordia. La fe como una obediencia, una aceptación de Dios. Sin fe es imposible pertenecer a este Reino de Dios. El dinamismo espiritual de la Iglesia deriva de su fe. Me da lástima cuando algún católico dice: yo ya no tengo fe. Y me da alegría inmensa cuando he oído decir mucho en nuestros tiempos: he recobrado la fe en la Iglesia.

Recobremos la fe. Es la que nos da fuerza mutuamente a unos y a otros. También la fe, la oración, la humildad, es una virtud muy desconocida en el mundo; y sin embargo, cuando uno escucha a la cananea que en vez de resentirse por la expresión dura de Cristo que la llama «perrita», ella más bien le devuelve con una sonrisa: también los perritos comen de lo que cae de la mesa de sus señores. Qué grande humildad también podía añadir Cristo. La humildad que es la verdad, porque la soberbia que es su antagonismo, es la peor locura de un hombre: creerse. Y llegarse hasta creer Dios insustituible. Todos debemos de ser humildes, en el sentido de la verdad, de reconocer nuestras limitaciones, nuestras pequeñeces.

Sentido espiritual, esto que estamos viviendo ahora. Cuando dice el Señor: los atraeré a mis montes santos, y mi casa de oración la llamarán así todos; y allí recibiré el sacrificio y los holocaustos. Ven el sentido litúrgico, venir a misa es servir. Eso quiere decir liturgia: servicio. Los protestantes llaman muy bien a sus reuniones, un servicio. Nosotros podemos llamar también a nuestra misa, un servicio; en el sentido en que venimos a traerle, como servidores, el pan y el vino, símbolo de nuestros sudores y de nuestros trabajos para que él se sirva y, al hacerlos su cuerpo y su sangre, alimento al mundo. Todos aportamos como servidores cuando venimos a misa, todos colaboramos, hasta el pobrecito que viene a decirle: Señor, no tengo trabajo, toda la semana pasé buscando y no te traigo más que mis angustias, no tengo trabajo; eso también es servicio. Eso también es ofrenda, es holocausto, es sacrificio. O la madre que le viene a contar la enfermedad de su hijo o a la que le desaparecieron. O el torturado que le viene a ofrecer al Señor: hoy sufrí cárcel, te traigo mis espaldas molidas, etc. o el que lleva la pena moral de una calumnia, como la que me escribió de un pueblito de Chalatenango, que es víctima de la calumnia por una mala lengua. Si me está escuchando le diré: su situación moral no la debe afligir si su conciencia está limpia. Qué hermoso es el holocausto de su Misa, diciéndole al Señor: Señor tú sabes que soy inocente y aunque todo el mundo me señale yo te ofrezco este holocausto.

Este es el servicio del pueblo sacerdotal. Esta es la misión de la Iglesia: despertar, como lo estoy haciendo en este momento, el sentido espiritual [137] de su vida; el valor divino de sus acciones humanas. No pierdan eso queridos hermanos, esto es lo que la Iglesia ofrece a

las organizaciones, a la política, a la industria, al comercio, al jornalero, a la señora de mercado, a todos lleva la Iglesia este servicio de promover el dinamismo espiritual. ¿Quién no le puede ofrecer a Dios gran fuerza de su vida espiritual?

Y también encuentro en las lecturas, otro elemento espiritual: la conversión. Toda la segunda lectura es un poema de la necesidad de conversión que tienen tantos los judíos como los gentiles. Los dos pueblos hemos sido encerrados en la desobediencia. Hemos pecado. Y los dos, judíos y gentiles, nadie se puede gloriarse, sólo esperar la misericordia del Dios que perdona nuestra desobediencia universal. ¡Convertíos! Y cuando señalamos desde aquí los pecados de los hombres, los pecados del Gobierno, los pecados del capital, los pecados de los criminales, los pecados mismos de nuestra Iglesia, los pecados de los colegios católicos, los pecados de los mismos obispos entre los cuales se encuentra este servidor de ustedes, los pecados de nuestros sacerdotes, los pecados de los matrimonios, ¿quién no tiene pecados?; pecados de la juventud, pecados de la edad madura, hasta de la niñez, apenas llega a tener uso de razón, ya está desobedeciendo. A todos nos encerró Dios en la desobediencia, para redimirnos con su misericordia.

Lo que hemos dicho al señalar el pecado de los hombres, repito, es llamarlos a conversión. A eso vino Cristo y a eso envió a su Iglesia. El Reino de Dios cuenta con este gran dinamismo espiritual que se llama la conversión.

Y hermanos, piensen bien, precisamente cuando un mundo necesita reivindicaciones sociales y políticas. Cuando necesitamos cambios profundos y audaces, ¿quiénes los van a hacer? Medellín lo dice claro: «Los hombres nuevos». Los hombres nuevos renovados en esa conversión. Los enquistados en los viejos sistemas caducos, los que quieren conservar, a fuerza de represión y de crímenes y de pecado, una situación que no se puede sostener, no van a renovar al mundo. Así no se renueva. Es necesario que políticos y no políticos, gente de poder y gente del pueblo, todos tratemos de renovarnos en esta conversión interior.

Ojalá pudiéramos hacer una semana a la luz de esta palabra, de buscar dónde está el mal de nuestra República. Y lo encontraremos en nuestra propia conciencia. Todos hemos pecado. Como dicen de aquellas tribus de indígenas que cuando aparece matado un hombre, todos tienen que pasar tendiendo la mano sobre el cadáver, y decir: yo soy inocente. Y allí se conoce al verdadero culpable. Pero yo creo que aquí tenemos que pasar todos ante el cadáver ensangrentado de la Patria y decir como aquel poeta ante Cristo crucificado: temblad humanos, todos en él pusimos nuestras manos. [138]

Entonces un movimiento espiritual de conversión. Desde el de más arriba hasta el de más abajo, como un torrente eléctrico que inunda de energía una instalación, corra también por nuestras venas, por nuestra alma, por nuestro corazón, este sentido de la palabra de hoy, una conversión para hacernos hombres nuevos. Porque dice Pablo VI -de feliz memoria-: ¿de qué serviría un cambio de estructuras si en esas estructuras nuevas los hombres que las manejan y los hombres que viven ellas no se han renovado? No habrá sido más que un cambio de pecado. Un cambio de sistema, pero siempre en pecado.

Por eso, antes que la renovación de estructuras, o mejor dicho, junto con la renovación de estructuras, renovación de corazones. Por eso hermanos, y ya lo estoy mencionando, mi

tercer pensamiento es el dinamismo social de la Iglesia. Y no estoy inventando. Sí, todos estos pensamientos los estoy sacando de las lecturas de hoy, cuando el profeta Isaías dice que va a llamar también a los extranjeros, pero con una condición: «guardad el derecho, practicad la justicia, que mi salvación está para llegar y se va a revelar mi victoria». Qué hermosa promesa, como la oímos también en El Salvador, como una esperanza. Se va a revelar la victoria de Dios. Dios tiene que triunfar. No va a triunfar el diablo instigando el pecado. Tiene que ser Dios instigando la renovación.

Y la renovación está aquí en estas breves palabras: «guardad el derecho, practicad la justicia...» Para que vean pues, que no es simplemente un capricho de la Iglesia, ni que haya dejado su misión para meterse a política. Ya nos dijo el Concilio que su misión no es política. Pero por ser religiosa, de esa relación con Dios, derivan las fuerzas, el dinamismo, para poderse convertir también en una fuerza de renovación política, de renovación social, de renovación moral, sin salirse de su papel religioso. Yo tengo la conciencia, hermanos, y quienes me han seguido de cerca están muy de acuerdo conmigo, en que jamás he ocupado esta cátedra para hacer política. He hecho religión, he cumplido el mensaje religioso de la Iglesia para derivar de allí -como dice el Concilio- los dinamismos, las fuerzas que pueden construir una sociedad, según el corazón de Dios.

Por eso, cuando se me pide a mí diálogo con el Gobierno, yo digo: pero si eso es muy poco. No soy yo el que tiene que dialogar, son las fuerzas del país, son los partidos políticos, son las agrupaciones que tienen sensibilidad social. El Gobierno tiene que abrir un cauce democrático para que puedan dialogar todas las fuerzas que pueden aportar al país. Este practicar el derecho, hacer la justicia, esto les dice la Iglesia, esto nos dice Isaías, esto dice el evangelio. Pero practicar ese derecho, realizar esa justicia no lo va a hacer un diálogo del Obispo con el Presidente, lo va a hacer el Gobierno de El Salvador, que tiene que ser una fuerza moral -así dice el Concilio-, no una fuerza despótica, sino una fuerza moral que, respetando la dignidad y la libertad de todos los hombres y agrupaciones [139] inquietos por un Salvador mejor, dialoguen. Y ellos que son los técnicos. Yo no soy técnico ni en sociología, ni en política, ni en organización, simplemente un humilde pastor que le está diciendo a los que tienen la técnica: únense, pongan al servicio de este pueblo todo lo que ustedes saben, no se encierren, aporten. Entonces, sí se practicará el derecho, se hará la justicia.

No es política, hermanos, lo que ahora les voy a decir. En nuestro Arzobispado se ha elaborado un estudio muy minucioso sobre los desaparecidos. Son 99 casos, bien analizados. Allí está el nombre, la edad, dónde lo capturaron, qué recursos jurídicos se han hecho, cuántas veces esa madre ha llegado buscando a ese ser querido. Y soy testigo de la verdad de estos 99 casos. Y por eso tengo todo el derecho de preguntar, ¿dónde están? Y en nombre de la angustia de este pueblo decir; póngalos a la orden de un Tribunal si están vivos, y si lamentablemente ya los mataron los agentes de seguridad, dedúzcanse responsabilidades y sanciónese, sea quien sea. Ha matado. Tiene que pagar. Yo creo que la demanda es justa. El otro estudio que hemos hecho es un análisis de la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público. Allí aparecen evidentemente los falsos presupuestos. En el contexto socio-político de El Salvador no caben esos supuestos para dar una ley tan represiva como ésa. Allí se demuestra la inconstitucionalidad, poniendo a la par de las disposiciones de la Ley de Orden Público los postulados de los Derechos Humanos y de la

Constitución, aparece una serie de violaciones. Allí estudiamos casos concretos y recientes de la aplicación de esa ley que está haciendo un verdadero estrago, sobre todo para nuestros pobres. Porque me decía un pobrecito una frase que no se les va a olvidar a ustedes, como no se me olvida a mí: «Es que la ley Monseñor, es como la culebra, sólo pica a los que andamos descalzos. Allí recogemos también, pronunciamientos de repudio. Son voces del pueblo que hay que oír. Llámenlos a dialogar, por eso digo que es necesario abrir un cauce auténticamente político, para que cuando llega una demanda de derogación de esta ley a la Asamblea, se le llame a ese grupo. Sobre todo si hay gente conspicua -abogados, gente que entiende- por que se le responde con el silencio, no se le hace caso. Traemos también, allí, una lista de los presos por violaciones a esta ley. Son casos recientes como el de Adrián Serrano Peraza, capturado en Portillo del Norte; o el de Antonio de Jesús Hernández, que es un trabajador social de la Diócesis de Santiago de María, donde trabaja en el Secretariado Social Cristiano; o el de José Neftalí Gutiérrez; o el de Salvador Alejandro Beltrán Peña, cuya madre, Vicenta de Jesús Beltrán, tiene conocimiento fidedigno de que su hijo está en la Policía Nacional, donde se lo niegan y que está con una clavícula fracturada. Muchas peticiones de exhibición personal no proceden. ¿Con qué derecho no se da un abogado la facilidad de entrar a investigar esta petición de la familia? [140]

También por informes fidedignos sabemos que ANDES busca la libertad de los señores Pedro Bran y Salvador Sánchez Cerón y que las razones de allanamiento no son válidas. Que el supuesto delincuente que dicen que iban persiguiendo y por él se metieron a la Casa de ANDES, ha declarado en el Hospital Rosales, ante el Juez, que fue baleado en la plaza Zurita.

Se tergiversa también la noticia de que este profesor, Pedro Arévalo, se dice que es profesor del Externado y que un comité de alumnos del Externado, ya que los Jesuitas no lo pueden hacer, son los que están tratando de liberarlo, y que para eso han creado una dependencia de Socorro Jurídico. Todo esto es falso. El profesor Arévalo, trabajó en el Externado, pero ya no es profesor desde hace un año. Un comité de alumnos no existe y el Comité de Socorro Jurídico, es una oficina dependiente de la Iglesia, un servicio jurídico-social que comenzó prestando el colegio Externado en favor de los necesitados durante el transcurso de tres años. No se ha inventado hoy. Tres años hemos intentado ser fieles a este ideal. Procurar en asuntos de derecho, y favorecer a las personas y sectores más pobres del país, sin importar de dónde vengan. Yo soy testigo de la abnegación y generosidad, con que el Socorro Jurídico ha prestado tantos servicios a nuestra clase pobre. Y yo, como Pastor de la Arquidiócesis, con toda responsabilidad he asumido el respaldo moral de ese servicio jurídico. No es una cosa originalmente de El Salvador. Ya existen organismos parecidos en Chile, en Uruguay, donde quiera que haya que defender los reos, sobre todo pobres. Por eso también, la noticia que conectaba este Socorro Jurídico con AGEUS, es falsa. AGEUS no tiene nada que ver con el Socorro Jurídico de la Iglesia. Como ven, como se tergiversan las noticias, y es necesario tener criterios para leer el periódico.

No podemos dejar de lamentar, hermanos, en esta mañana, a la luz de este mensaje que tiene dinamismo social y le preocupa la vida del mundo, el nuevo secuestro del Gerente General de Erickson, Sr. Kjell Bjork y como también lamentamos el misterio en que se envuelve el desaparecimiento de don Armando Monedero y lo mismo que del Sr.

Matsumoto. Todo el montaje que se ha hecho en este último caso y que lleva implicaciones muy peligrosas, ojalá no sean pretextos para atropellar más personas.

Yo quiero decirles aquí, mi admiración por la serenidad de espíritu de la señora de Matsumoto, la cual, yo le pido perdón, porque la quise contar entre las viudas, y me dijo: «Yo no soy viuda. Yo considero vivo a mi marido mientras no tenga una noticia verdadera de su paradero». La felicité y le dije: «Ojalá en nuestro pueblo se tuviera esa entereza, de no creerse de rumores hasta estar convencidos de que se nos ha dicho la verdad». [141]

Por otra parte nos alegra, hermanos (hay noticias buenas también), que se lleva ya a negociación el contrato colectivo de la fábrica de guantes Eagle International y sobre todo me alegró mucho ayer esa noticia del Socorro Jurídico, que ya se firmó un contrato de arrendamiento de tierras de 50 familias campesinas de una hacienda en Suchitoto. El comentario es muy bonito, dice: «...este ejemplo es importante señalarlo, para que se muestre que cuando al campesino se le dan oportunidades y sinceridad, verdaderamente les favorece, ellos cumplen. El problema radica en la falta de comunicación con estos grandes sectores de gentes desposeídas, etc.».

Por eso, hermanos, abogamos y lo seguiremos haciendo por las justas causas de cualquiera que las defienda. Ricos o pobres. Queridos hermanos, ahora pues, con este dinamismo que la Iglesia nos inyecta en lo misionero, en lo espiritual y también en lo social, vamos a salir de nuestra Catedral robustecidos con el cuerpo del Señor, con nuestra liturgia, y que ella nos lleve a un convencimiento de que la espiritualidad cristiana no consiste en elevarse muy cerca de Dios y olvidarse de la tierra, sino en el equilibrio dinámico de querer que todos los hombres se salven: dinamismo misionero. De estar muy unidos con la trascendencia de Dios por la oración, por la humildad, por la fe, las virtudes cristianas; pero de allí derivar también nuestro valor, nuestra entereza para saber dar la cara también en defensa de los derechos de un pueblo que necesita defensores y que solamente los puede esperar de aquellos que creen en Dios y en la verdad de Nuestro Señor Jesucristo.

A última hora se me informa, que en Mejicanos, al bajar del bus de la ruta 30, el joven Porfirio Cristales, ha sido capturado por tres policías municipales. Esperamos que no sea otro caso de atropello injusto, porque también estamos con lo justo. Si a un hombre lo capturan por criminal, por malo, y eso se le prueba en los Tribunales, que lo castiguen. Lo que no estamos de acuerdo es, que por propia cuenta se tomen iniciativas de jueces y castigadores quienes no lo son. Que Nuestro Señor pues, ilumine en esa mañana a todos nosotros para vivir de veras ese bello mensaje de la conversión y buscar en Dios nuestra razón de vivir y esperar. [142]

El Papa, lugarteniente de Cristo en su Iglesia
21.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 27 de agosto de 1978

Isaías 22, 19-23

Romanos 11, 33-36

Mateo 16, 13-20.

Queridos hermanos, quiero hacerme eco de la gran noticia que desde el balcón de la Basílica Vaticana, escuchó ayer el mundo: os anuncio un gran gozo, tenemos Papa. Y así como aquella muchedumbre contestó a la noticia con un aplauso, yo quisiera pedir a la Catedral de San Salvador un gesto de adhesión a la Santa Sede, con un sonoro aplauso.

Porque en mi homilía de hoy, yo quiero decirle al nuevo Papa cómo lo queremos, por qué hemos aplaudido por él; pero al mismo tiempo decirle qué manos, qué pueblo es el que lo está aplaudiendo. Este ha sido mi perenne afán de pastor: traer la luz de la Iglesia Universal, del evangelio que ilumina a todos los hombres y concretarlo al querido pueblo, encarnarme en él con el mensaje divino. Cómo no le va a gustar a Juan Pablo I, hijo de obreros, hombre humilde -no se mencionaba entre los papables, nadie lo conocía de nosotros-, sin embargo, en un colegio de electores, donde la mayoría no eran italianos, sino extranjeros, el dedo de [143] Dios ha señalado a un italiano, pero que responde al ansia de una mayoría del mundo. ¡Bendito sea Dios!

Creo, le decía ayer una religiosa, que nos vamos a entender bien. Creo que nuestro pueblo siente ya el palpitar de simpatía para un hombre oculto, sencillo, metido entre el pueblo, que sabe lo que es sufrir la pobreza, y sabe también comprender en el amor las dimensiones grandiosas de este evangelio que no quiere pleitos, pero que quiere mucho amor para solucionar los conflictos.

¿Por qué aplaudimos al nuevo Papa, queridos hermanos? Qué oportunidad más bella recibir la noticia del nombramiento del nuevo Pontífice, cuando en el Evangelio de San Mateo, que ha sido y es durante todo este año el eje principal de la liturgia de la palabra; y por eso les ofrecía yo un esquema que me lo han pedido de muchas partes -y lo estamos remitiendo ya-, el esquema del Evangelio de Mateo, se puede llamar así, un poema de la Iglesia en siete estrofas. Desde Jesús Niño, y estábamos ya durante este tiempo en la quinta estrofa. Son los Capítulos del 13 al 18. Los capítulos 13-18 del Evangelio de San Mateo, nos ofrecen en la reflexión de la primitiva comunidad cristiana, cómo comienza ese Reino de Dios, agrupando unos discípulos. Y en ese grupo se destaca un hombre: Pedro, como jefe. Como primicia de esa Iglesia a la comunidad obedece, sigue, siente a Pedro como el núcleo de unidad de esa comunidad naciente.

Allí, en esos capítulos 13 al 18, se dan las reglas de vida en una vida comunitaria. Es el hermoso discurso comunitario de Cristo. Y es allí precisamente, en el capítulo 16, en plena sección del Evangelio que nos habla de la comunidad Iglesia que va extendiéndose en torno de un personaje escogido por Cristo, donde nos cuenta hoy aquel episodio en Cesárea de Filipo, unos 30 kilómetros al norte del Lago de Genezareth, allá donde nace el río Jordán. Una ciudad fundada por Filipo -plenamente de ambiente pagano-, Cristo se ha retirado con sus discípulos porque en su propio pueblo ha sido rechazado. Pero allá aprovecha para sentar las bases de lo que será el fundamento sólido de esta comunidad que nace. Es allí donde tiene realización este episodio, este diálogo que describe maravillosamente el papel del Papa. Y por eso yo titularía a esta homilía: el Papa, lugarteniente de Cristo en su Iglesia. Ese es el resumen de las lecturas de hoy. Nos presenta precisamente a un día después de la elección de un Pontífice actual, que es ese hombre, desconocido hasta ayer y ah ora amado

por todo el mundo, aplaudido como lo acaban de hacer ustedes -bendito sea Dios-, por la gran noticia de que ese hombre escondido ha sido asumido para tomar toda la rica herencia que Cristo entregó a Kefas, Simón -hijo de Jonás-, el primer Papa hace 20 siglos. Después 263 hombres, el actual, el cardenal Albino Luciani, patriarca de Venecia, toma un nombre original, Juan Pablo. [144]

Pero lo que interesa es que bajo cualquier nombre -Pablo, Juan, León, Pío, etc.-, es la herencia de Pedro anunciada en el Evangelio de hoy y que resumo en esa frase título de mi homilía: el Papa, el lugarteniente, el que hace las veces, el Vicario, el que representa; más aún, como decía Santa Cecilia de Siena, el mismo es «il dolce Cristo in terra», el dulce Cristo de la tierra.

Y para desarrollar este pensamiento, yo quisiera presentarles estas tres ideas, como de costumbre: 1.^a) es lugarteniente de Cristo, porque él refleja la presencia de Dios en la Iglesias; 2.^a) es lugarteniente de Cristo, porque el Papa es la garantía de la consistencia inmortal de la Iglesia; y en tercer lugar, es lugarteniente de Cristo, porque el Papa es el principio y fundamento de la unidad universal de la Iglesia.

Pero para comprender cómo el Papa es reflejo de Dios, la segunda lectura nos da una idea grandiosa de Dios. San Pablo, al terminar sus profundas elucubraciones que han sido objeto durante estos domingos pasados, como ese proyecto salvífico de Dios entregado primero a los judíos y por no ser dignos, salido de allí al mundo gentil; pero que del mundo gentil -envidiado por los judíos, porque se han hecho dueños de su herencia- hará que los judíos también vuelvan. Y los dos pueblos convertidos en plenitud de Cristo, serán la gloria de Dios. Al terminar estos análisis tan profundos, San Pablo explota en un himno a la grandeza de Dios que han escuchado hoy ustedes. ¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimientos! ¡Qué insondables sus decisiones! ¡Quién conoció la mente del Señor? ¡Quién fue su consejero?

Y dice una frase que es la síntesis de cuanto yo quiero decir: Él es el origen, el camino y la meta del universo. Aquí está abarcado todo, fuera de Dios no hay nada. Y por más inmenso que parece el mundo de las estrellas, de los mares, de los volcanes, tiene un origen todo ese mundo inmenso: Dios. Y aunque no comprendamos el desarrollo de ese drama grandioso de la creación con sus hombres, con la historia de sus pueblos, con sus conflictos, con sus injusticias, Dios va siendo el camino incomprensible. ¿Por qué permite tanta cosas? Porque después de este camino hay una meta que es también Dios.

Dios abarca la historia desde el principio hasta el fin y él sabrá explicar a su tiempo por qué sucedieron las cosas. Pues de este Dios, grandioso, incomprensible, infinito, que abarca en su grandeza los límites de lo creado, por más grande que parezca, el Papa es un reflejo. Diríamos, como esos espejitos que abarcan un panorama, en el espejo se refleja toda la grandeza que no abarcamos a mirarla de conjunto, pero un lente apropiado, como esas cámaras fotográficas que abarcan extensiones grandes y las reducen, así es el Papa, es como una fotografía, como un espejo, pequeñito, insignificante. ¿Quién le hubiera dicho hace dos días a este humilde [145] cardenal Albino Luciani, que el Señor lo iba a recoger como el espejito, para reflejar sobre el mundo entero su grandeza de Dios? ¿Y por qué estoy

diciendo yo que el Papa refleja esa grandeza del infinito? Me lo autoriza el mismo Evangelio de hoy.

La razón de ser del Papa, la hemos escuchado en la respuesta de Pedro. ¿Quién dicen los hombres que soy yo? -pregunta Cristo-. Los hombres tienen muchas opiniones, te confunden con profetas, con sabios, con gente grande. Pero yo les pregunto a ustedes, que han estado conmigo tres años, ¿quién soy yo? Y entonces la voz del primer Papa es la que responde: «Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo; en ti se ha encarnado toda la grandeza de Dios; Tú eres la esperanza de la redención de los hombres; tú eres todo». Y la respuesta de Cristo: «Bienaventurado Simón, eso que acabas de decir no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Eso es fe. Tú crees y la fe, como acaba de decir aquí el locutor de la misa, es iniciativa de Dios. Dios la da y a ti te la ha dado en toda su plenitud. Tú me has descubierto, en medio de los hombres, yo soy el hijo de Dios, yo abarco la creación, por mí fueron hechas todas las cosas, yo soy la esperanza del mundo. ¡Dichoso que me conoces! Y por eso te digo, tú eres Pedro, tú eres piedra, esa fe que acabas de confesar es el fundamento de esta Iglesia, para eso voy a organizar mi Iglesia, para mantener entre los hombres la fe en el verdadero Dios, para que siga proclamando durante los siglos que yo soy Cristo, el Hijo de Dios vivo».

Ven como el Papa, en el primer Papa, Pedro, nos refleja su razón de ser. El Papa es el que garantiza nuestra fe. Cristo mismo ha aprobado la confesión de San Pedro -así se llama este episodio del Evangelio: la confesión de San Pedro. Entonces nuestra fe de Iglesia, la que nos pregunta cuándo nos van a bautizar. ¿Crees en Dios Padre creador del cielo y de la tierra? Sí creo. ¿Crees en Jesucristo su único hijo que nació de la Virgen, murió, resucitó y está sentado a la derecha del Padre? Sí, creo. ¿Crees en el Espíritu Santo que ese Cristo Redentor nos ha enviado y es la vida de esta Iglesia a la que tú quieres pertenecer? Sí creo. ¿Crees en la vida eterna, crees en el perdón de los pecados, crees en la redención omnipotente de Cristo? Sí creo. Y el Sacerdote, haciéndose voz de la Iglesia dice: esta es la fe de nuestra Iglesia. ¿Quieres ser bautizado en esta fe? Sí quiero. ¡Qué honor pertenecer a esta confesión, pero cuya roca sólida está allá en el fundamento: ¡el Papa!

El Papa no puede fallar en su fe. Por eso el Papa disfruta una gran prerrogativa que se llama la infalibilidad en materia de fe y de moral. Se puede equivocar en asuntos de matemáticas, de astronomía, de ciencias de los hombres; pero cuando se trata de fe en Dios y de la moral que Dios exige a los hombres, el Papa, cuando asume su potestad de maestro supremo para definir una verdad que hay que creer, o cumplir un deber [146] aunque los hombres no lo comprendan, el Papa es infalible, no se puede equivocar. No por ser hombre, sino por una asistencia especial que Cristo ha prometido al que es fundamento de un pueblo, que no se puede equivocar tampoco porque Dios no le puede engañar.

En el día de la elección del Papa, reafirmemos nuestra fe. Él es el reflejo de Dios. Él es garantía de lo que creemos. Él es la fe y la esperanza de nuestra Iglesia. Y hay otra razón también, hermanos... ser testigo de que esta Iglesia no la construyen los hombres. Oyeron las palabras del Evangelio: tú eres Kefas, eres piedra, eres Pedro -eso quiere decir- y sobre esta Kefas, sobre esta piedra voy a construir mi Iglesia. ¡Qué belleza!, no es el Papa, ni el Obispo, ni los sacerdotes; todos desde el Papa hasta el último catequista rural, no somos más que los peones, los trabajadores que colaboramos bajo el único constructor. Sobre esta

pedra que eres tú, voy a construir yo mi Iglesia. No es tu Iglesia, no es la Iglesia del gusto de los hombres, es mi Iglesia.

Venir a misa el domingo, bautizar un niño para que sea de la Iglesia, es injertarse en esta construcción que Cristo está realizando. De esto nos da garantía, pues, el Papa, el más humilde de los que construyen la Iglesia. Siervo de los siervos de Dios, porque él sabe que es Cristo el que construye su Iglesia. Es Cristo el que inspira la buena voluntad de los pueblos, de las Diócesis, de las comunidades, de los hombres y mujeres que quieren trabajar por el Reino de Dios. No despreciamos al Obispo, ni al sacerdote, ni al catequista, cuando no queremos acudir a reflexionar con él, la palabra auténtica de la Iglesia, despreciamos al mismo Cristo que predica a través del Obispo y del sacerdote y del catequista. El Papa es el primero en sentirse vicario de Cristo, gerente de la obra de Nuestro Señor Jesucristo.

Hay otra tercera razón, ¿por qué el Papa es reflejo de Dios en su Iglesia? Porque él es el depositario de unos poderes que sólo Dios tiene. Aquí hay dos hermosas figuras en el Evangelio de hoy. Las llaves y el poder de atar y desatar. A ti te daré las llaves del Reino de los cielos. ¿Esta figura qué quiere decir? La ha iluminado la primera lectura de hoy. Escucharon al profeta Isaías dictando una profecía contra un tal administrador de la casa del palacio del Rey -se llamaba Sobna-, y este administrador, como muchos que suben al poder, se envalentona y solamente quería favorecer a su gente. Se hizo indigno del poder y, sobre todo, aconsejó mal al Rey. Era el tiempo en que el ejército de Asiria iba a invadir la Tierra Santa, y el Rey, mal aconsejado por Sobna y otros consejeros, quiso hacer alianza con Egipto. Entonces, Isaías inspirado por Dios, va a decirle al Rey que no tenga miedo a Asiria, que no haga alianza con Egipto, que se mantenga neutral, que no le va a pasar nada. Pero el Rey se dejó seducir por Sobna, hizo alianza con Egipto y vino la catástrofe. Entonces Isaías, contra este mal consejero, contra este mal administrador [147] -dice la profecía de hoy-, dice el Señor: te echaré de tu puesto, te destituiré de tu cargo y llamaré a Eliacín. Y es a Eliacín a quien le dice estas palabras que profetizan lo que Cristo le está diciendo ahora al Papa. A él le daré tu túnica, le ceñiré tu banda, le daré tus poderes, será padre para los habitantes de Jerusalén. Colgaré de su hombro la llave del palacio de David. La llave era un símbolo, el símbolo de la potestad de una casa. Todavía ahora, cuando llega un personaje ilustre a un pueblo, le dan simbólicamente las llaves de la ciudad. Pero en Jerusalén, en Tierra Santa, todavía es más simbólico, las llaves es el signo de que un hombre es el administrador de una casa de la cual aquella llave abre y cierra.

Y dice aquí Isaías unas palabras que no se referían propiamente a Eliacín, sino que son una profecía del futuro: colgaré de su hombro la llave del palacio de David, lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre, nadie lo abrirá. Ni siquiera el Papa realiza toda la plenitud de esta profecía, porque el Apocalipsis, en el capítulo 3, versículo 7, nos presenta al mismo Cristo, cuando hablándole a la Iglesia de Filadelfia, dice: esto dice el santo, el vezas, el que tiene la llave de David, lo que él abre nadie lo puede cerrar y lo que él cierra nadie lo puede abrir.

Esta imagen de las llaves -anunciada ya por Isaías- realizada en el Papa, tendrá su consumación en Cristo. Después de todo, las llaves que recibe el Papa este día no son más que las llaves de Cristo. Por eso dice un gran escritor: las llaves de Pedro son las llaves de

la historia. Nadie comprenderá la historia universal, si no cree en las llaves que abren y cierran. El Papa es el reflejo de Dios con sus llaves en la mano. Cristo se las entregó, Él, Señor de la historia, a ti te daré las llaves. Él es la clave del universo, con ese tesoro, no por ser un hombre, sino por recibirlas de Dios. Cristo es el que tiene las llaves. El veraz, el inmortal, el que abre, el que cierra. Por eso Cristo completa la imagen con otra comparación: todo lo que atares en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra desatado quedará en el cielo.

No estamos locos pensando que un hombre diga una cosa para que Dios diga lo mismo. No es ese el ridículo que quiso hacer Cristo. Lo que está diciendo Cristo es... a ti te tengo mi lugarteniente. Tú representas lo que yo soy. Yo soy la cabeza invisible del Reino de Dios, de la Iglesia; pero tú eres la cabeza visible, tú eres la boca del Cuerpo Místico, tú eres mi voluntad, lo que tú dispongas -con la sabiduría, naturalmente, del consejo, del discernimiento, que mi espíritu te inspirará-, eso también quedará sancionado en el cielo.

Queridos hermanos, cuando oímos tantas calumnias contra el Papa, da lástima pensar con qué alambre eléctrico de alta tensión están jugando ciertas gentes. Lo que el Papa sanciona en la tierra, Dios lo da por sancionado en el cielo. Si el Papa excomulga al que toca violentamente a un [148] sacerdote, es Dios mismo el que está excomulgando; y nadie tiene que reírse de la excomunión, porque es un desconocimiento del mismo Dios, que si no se arrepiente y se incorpora, quedará separado de Dios para siempre. Cuando el Papa dice: esto es lícito, esto no es lícito, no estemos jugando con interpretar de otro modo sus palabras, esto es lícito y esto no es lícito. Cuando el Papa dice: excomunión al que cometa el horrendo crimen del aborto, no andemos jugando con falsas interpretaciones, queda excomulgado también ante Dios quien realiza y aconseja y es cómplice de un aborto. Y cuando el Papa dice en la «*Humanae Vitae*»: no es lícito el uso de anticonceptivos artificiales, no busquemos interpretaciones... permisorias. Lo que tú sanciones en la tierra, queda sancionado en el cielo. Quizá porque jugamos mucho, porque vemos tantas injusticias en el Poder Judicial de nuestra tierra, pensamos que vamos a jugar con el poder judicial de Dios. Aquello es distinto. Los mismos jueces, la misma Corte Suprema de Justicia, tendrán que recibir su merecido de Aquel que sanciona con verdadera justicia a los hombres y no tolerará el atropello, la injusticia de un hombre contra otro hombre. Por eso, la doctrina de los Papas que debemos de seguir, no es doctrina simplemente de hombres, tiene todo el respaldo de un Cristo. El lugarteniente de Dios en la tierra habla: es Cristo el que habla.

En el segundo lugar hermanos, decíamos que el Papa refleja a Dios, es lugarteniente de Cristo en la tierra, porque él es la garantía de la consistencia inmortal de la Iglesia. Dicen que el nuevo Papa, el cardenal Albino Luciani, llamado hoy Juan Pablo I, es un hombre muy sereno. Una de sus últimas intervenciones en Venecia, hablaba de que el mundo actual tiende a llamar inmensas las problemáticas. Y decía él: no nos hagamos esa mentalidad de inmensos problemas, veamos con serenidad el horizonte, confiemos en un Dios que es Padre que nos ama. Para mí estas palabras son un augurio de que en la alta torre de la Iglesia está un vigía que no se dejará sorprender ni asustar por nada. Por algo quiso llamarse también Juan, para llamar la serenidad de Juan XXIII y Pablo, para heredar también la prudencia exquisita de Pablo VI.

La Iglesia lleva la garantía de su consistencia. Cuando Cristo le dice al primer Papa: las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y en una traducción más auténtica, quiere decir, los poderes de la muerte que han hecho sucumbir a tantos imperios que ya no existen, esa potestad de la muerte que acaba con todo, no tiene nada que ver con esta lancha de la eternidad que seguirá bogando en el tiempo, porque el horizonte lo está marcando a aquél que es origen, camino y meta de la historia. La Iglesia llegará a la meta, y el Papa es la garantía. Mientras haya un Pontífice manejando el timón de la Iglesia... la tripulación, los pasajeros, todos los peregrinos, vamos tranquilos, tengamos mucha fe, porque el Papa es garantía de la consistencia de la Iglesia. [149]

La misma figura que usó Jesucristo cuando le cambió el nombre al hijo de Jonás -se llamaba Simón- de aquí en adelante te llamarás Pedro. En arameo la palabra que usó Cristo es Kefas, que significa roca. Ya traducido al español pierde mucho: Pedro. Pero si hubiera una traducción que significara Pedro como roca, como una sólida fundamentación, eso define al Papa. El Papa es la roca donde está construida una Iglesia de garantías inmortales.

Y por eso, la tercera razón, por qué decimos que el Papa es lugarteniente de Cristo en su Iglesia, es porque el Papa es garantía de la unidad universal. Parece que es imposible empalmar estas dos palabras; unidad y universalidad. Cuando uno mira la diferencia de un pueblo a otro pueblo; las opiniones tan contrarias y tan variadas; las razas tan distintas. ¿Por qué soñó Cristo hacer una sola Iglesia de negros y blancos; de chinos y europeos y americanos? Respetando su idiosincrasia, la Iglesia no llega a ningún pueblo a arrebatarle sus valores, al contrario, nadie garantiza tanto los verdaderos valores autóctonos de un pueblo, como la Iglesia. Miren aquí en El Salvador, ¿quién respeta más el modo de ser de los salvadoreños? ¿Quién se ha identificado tan profundamente con el pueblo? ¿La Iglesia? Y a pesar de ese respeto a lo universal, a lo autóctono, a lo propio de cada pueblo, la Iglesia es una y única. ¿Cómo logró Cristo este milagro? El Concilio Vaticano II lo explica: cada obispo es el fundamento de la unidad de su Diócesis; y todos los obispos unidos con el Papa, representan a la Iglesia Universal, unida en el amor y en la paz.

Yo creo que ayer se ha dado al mundo un testimonio que no lo da nadie, sólo la Iglesia. Hombres venidos de diversos continentes -la mayoría no eran italianos- y el mismo día se ponen de acuerdo y eligen un italiano que responde a las ansias de todos los pueblos. ¿Qué es esto? El milagro de Dios en una sociedad tan convulsiva, tan separatista, tan egoísta, en que hace prevalecer el bien común sobre todos los bienes particulares. Es la unidad de Pedro, el fundamento en el cual los obispos de todo el mundo sentimos que a través del Papa aportamos nuestra idiosincrasia. ¡Qué honor para mí, queridos hermanos, las veces que he estado cerquita del Papa, saber que no estaba yo solo! ¡Saber que yo no era más que el humilde representante de todo un modo de ser de estos cuatro departamentos de El Salvador, que son la Diócesis de San Salvador. ¡Y qué honor también saber que yo, la humilde bandeja de tanta riqueza, presentándole al Papa tantos valores cristianos y humanos de los salvadoreños, estoy aportando a la riqueza universal! Es algo así como cuando las venas llevan la sangre al corazón y del corazón parte sangre oxigenada para todo el cuerpo otra vez. Este sistema sanguíneo explica un poco la unidad, el corazón en la universalidad, las venas repartidas por todo el cuerpo.

Por eso hermanos, Cristo le dice a Pedro que él es el cimiento de la construcción. Por más complicada a que sea una construcción, no sería [150] consistente, ni tendría unidad, si no existieran unos arranque donde está descansado todo el peso de la construcción. El Papa, este es su oficio principal, ser el arranque donde se construye la pluralidad del mundo. Sentirlo todos, nuestro padre, sentirlo todos tan nuestro como si fuera el obispo de mi Diócesis, el párroco de mi parroquia, el catequista de mi cantón. Allí va el torrente sanguíneo que brota del corazón del Papa hasta el último rincón del mundo que cree en esta fe católica.

Por eso hermanos, les decía que ese aplauso que dimos al principio, ahora yo quiero preguntar: ¿qué manos, qué pueblo es el que lo está dando? Y por eso cuando yo insisto en estas notas tan propias de nuestra historia la salvadoreña, no me estoy metiendo a política, ni estoy buscando conflictos, simplemente estoy diciendo: esta Iglesia que me manda regar su sangre aquí a esta Diócesis, es a esta historia a quien yo tengo que darla. Es la Iglesia de la Arquidiócesis, la cual tiene hoy la dicha de presentar junto con la Diócesis de Santiago de María, una carta pastoral que la puedo ofrecer como un humilde servicio de iluminación, porque su tema es de mucha actualidad. Su título es: La Iglesia y las Organizaciones Políticas Populares. Tratamos de responder allí a esa inquietud de muchos, principalmente campesinos. ¿Qué significa la Organización Popular? FECCAS, UTC, FAPU, etc., etc., es una proliferación de grupos políticos. Decimos en la carta: este fenómeno es de esos que el Concilio llama... signos de los tiempos. Y que la Iglesia tiene que iluminar desde la luz del Evangelio. Yo no quiero que la lean simplemente. Allí los invito a reflexionar junto con sus comunidades. Es un tema de profunda reflexión para no inventar cada uno, unas relaciones de la Iglesia con esas agrupaciones, distintas de las que estamos proponiendo allí, a la luz del Evangelio. Yo espero que han de acoger esta labor, este esfuerzo pastoral, con el cariño con que lo estamos ofreciendo también los pastores. Tiene tres partes: la primera parte expone la situación de las organizaciones populares en El Salvador, defendemos el derecho de organización; el apoyo a sus justos objetivos; describimos y denunciemos cómo se viola en El Salvador ese derecho que todo hombre tiene a organizarse; damos la razón por qué es legítimo el derecho de organización y cuándo también se convierte en ilícito. No estamos defendiendo toda organización. Cuando esa organización se hace para el crimen, para el secuestro, para la guerrilla, cosas injustas, allí ponemos también las razones de la moral, por que no todo se puede permitir.

En la segunda parte, ya es el tema central. ¿Cuáles son las relaciones de la Iglesia con las Organizaciones Populares? Proponiendo tres principios básicos, describimos cuál es la misión de la Iglesia. Cuál es el servicio que la Iglesia tiene que prestar al pueblo, sobre todo en sus esfuerzos de reivindicaciones. Y allí recordamos [151] con cariño, una palabra de Pablo VI que casi es un testamento para nosotros: «...acompañen a su pueblo con cariño de pastores, pero iluminándolo siempre con la luz del Evangelio».

Y damos como un tercer principio la inserción que la Iglesia procura de todos los esfuerzos liberadores de los hombres, en la salvación universal de Cristo, diciendo que no sería completo un esfuerzo liberador económico, social o político, si no se incorpora a la gran liberación que cantábamos cuando entrábamos hoy a la Iglesia: el pueblo que camina esperando la gran liberación. La liberación es la del pecado, la que nos dará la gloria y la libertad eterna. Pero en esa esperanza hay que trabajar también por las liberaciones de la

tierra. La Iglesia no es indiferente, pero tampoco quiere que se pierda a sólo en fines meramente temporales.

Y la tercera parte trata un tema muy peligroso y lo van a estudiar con mucho cuidado. Es el juicio de la Iglesia ante la violencia. Sí, es cierto que la Iglesia tiene ideas de paz, pero distingue diversas categorías de violencias. Allí les recuerdo cómo en la cumbre del Tabor, junto a Cristo transfigurado, los cinco hombres que aparecen -Moisés, Elías, Pedro, Santiago y Juan- son hombres de carácter violento, y cometieron violencia tremendas. Moisés mató a un Egipcio. Elías pasó a cuchillo a los profetas que no adoraban al verdadero Dios. Pedro sacó su espada contra Malco, para defender a Cristo. Santiago y Juan pidieron a Cristo que lloviera fuego sobre un pueblo que no les quiso dar hospedaje. Pedro digo allí, lo que dice Medellín: «el cristiano es pacifista, no porque no pueda combatir, sino porque prefiere la fuerza de la paz». Y les invito pues, a que pongamos toda esa energía que Dios ha dado a nuestro pueblo salvadoreño, como un torrente, no al servicio de la sangre, de la violencia. Nada tenemos que temer cuando los salvadoreños ponga toda esa agresividad que Dios les ha dado, al servicio de una construcción de la justicia verdadera, del orden que verdaderamente hay que defender.

Ojalá pues, que este llamamiento lo estudien con verdadero cuidado y se formen criterios propios de lo que la Iglesia piensa. Esta Arquidiócesis también tiene el gusto de ofrecer, ahora en ediciones de la UCA, un precioso volumen titulado: «Los obispos latinoamericanos entre Medellín y Puebla». Es una colección preciosa de 23 documentos episcopales de América Latina, teniendo en cuenta esta coyuntura económica y política de América Latina; obispos del Brasil, de Paraguay, de Perú, de México, de Guatemala, de Honduras y también de El Salvador, de Nicaragua y Panamá, aparecen allí con documentos que iluminan, que está línea de la Arquidiócesis de San Salvador, no es una cosa que se aparta del Evangelio. Por eso hermanos, yo les invito, queridos sacerdotes, religiosas, instituciones católicas, fieles, estudiar la hora de América Latina y la luz del Evangelio. No es luz solamente del arzobispo de San Salvador, es una línea que se sigue en los episcopados de varios países de América Latina; y no puede ser una equivocación, cuando es el mismo Evangelio el que [152] nos obliga con aquella palabra de Cristo: «Todo lo que hagas por uno de estos pequeñitos que son mis hermanos, los injustamente tratados, por mí lo haces». Traicionar esta liberación sería traicionar el mismo Evangelio. Allí tienen, pues, una colección de documento, ustedes pueden conseguirlo en este texto.

Visitando las comunidades, yo recojo hoy para el nuevo Papa inmensos tesoros de nuestra Arquidiócesis. Por ejemplo, en San Juan, Cojutepeque -el domingo pasado- un grupo precioso de jóvenes para recibir el sacramento de la Confirmación.

En Rosario de Cuscatlán, en la casa solariega de Monseñor Chávez, una reunión de obispos, que también me llenó de mucha satisfacción.

En Aguilares, el martes de esta semana, estuve para hacer una evaluación con los dirigentes de aquella pastoral. Junto con el P. Cruz y las hermanas del Sagrado Corazón ¡Qué riqueza de pastoral la que allí están cultivando todas aquellas personas que colaboran en la Pastoral de nuestra Diócesis!

El jueves 24, celebrando las fiestas de San Bartolomé, patrono de Arcatao, recibí la alegría profunda de un pueblo, que como dijo la hermanita que me dio la bienvenida, no se desespera a pesar de su pobreza, sino que tiene mucha fe y mucha esperanza. Traje con cariño una cesta hermosa, llevada a la hora del Ofertorio, con productos de la tierra marcados con los nombres de aquellos cantones. Es una riqueza, de veras, de la tierra que produce El Salvador para felicidad de todos.

El sábado 26, ayer, en Tejutla al celebrar el primer aniversario de Felipe de Jesús Chacón. También me di cuenta que nuestra tierra le ofrece al Papa, como lo dije en mis visitas pasadas, ¡mártires! ¡Qué horror cuando me contaban... el rostro despellejado de Felipe de Jesús y lo que es peor, difamado en la prensa como un cuatrero, cuando se trata de un catequista valiente, que supo llevar el Evangelio hasta sus consecuencias más arriesgadas!

Allí también, por eso, junto a la misa de Felipe de Jesús, el párroco de Aldeíta, tuvo una denuncia muy valiente, cuando dijo que personas que se fingen amigos, anduvieron recogiendo allá, firmas contra el Obispo y firmas contra las comunidades cristianas. Esta es la traición de la puñalada por la espalda que la Iglesia va recibiendo en muchas partes.

También esta Diócesis puede recoger para ofrecerle al Papa, una rica vida religiosa. Ayer, las religiosas y los religiosos, se reunieron para estudiar un documento que es toda una esperanza. Se trata de un documento que estudia las relaciones entre los obispos y los religiosos. No deben ser [153] dos mundos, sino en la perspectiva de un solo Reino de Dios que todos buscamos, tenemos que unir esfuerzos, anudar carismas; y cuántas cosas de ellas se pueden hacer cuando hay unidad entre estas fuerzas vivas de la Iglesia.

Nos alegramos también con los PP. Agustinos, que mañana día de San Agustín, celebran a su Patrono y fundador.

Nos hemos alegrado con los salesianos en el 75 aniversario de sus colegio de Don Bosco y de San José de Santa Ana; y ciertamente le podemos decir al Papa, que es el espíritu de Don Bosco, que es el espíritu de la Iglesia, está muy arraigado también en nuestra tierra.

Las religiosas de la Asunción, me ofrecieron la oportunidad de ver en el Barrio de Lourdes, sus esfuerzos también de promoción. Lo mismo que las Carmelitas de San José en la Colonia Utila de Santa Tecla, cuanto bien están haciendo en aquel centro de promoción.

También podemos ofrecerle al Papa una Diócesis con un Clero inquieto, sensible y por lo cual, tal vez mal comprendido. Tuve un diálogo muy hermoso con un grupo de sacerdotes, el miércoles. Y el viernes celebramos el 25 aniversario de la Cooperativa Sacerdotal, en la cual se trata también de ayudar al sacerdote en este problema económico, que muchos no conocen; pero que el sacerdote, muchas veces, el pobre más solemne de la sociedad...

En Guatemala tenemos también hoy, varios sacerdotes participando en un curso de espiritualidad. Para que vean pues, nuestros esfuerzos. Esta es la Diócesis que le ofrecemos

al Santo Padre. Pero al mismo tiempo le decimos: Santo Padre, es una diócesis con estas riquezas pastorales, pero enmarcada en situaciones muy difíciles.

Esta misma semana tenemos que presentar dos sacerdotes calumniados. El Diario de Hoy del 25 de agosto, publica la declaración «extrajudicial», de José Belmoris Martínez Herrera, en la que complica al P. Fabián Amaya, al P. Rafael Barahona y al Br. Antonio Morales Carbonell, con acciones terroristas del Bloque Popular Revolucionario. El Arzobispado se ha preocupado de desenmascarar esta mentira y ha reiterado su confianza en los sacerdotes falsamente calumniados. Tengo aquí para gran satisfacción de mi corazón de Pastor y también para la alegría de ustedes, el testimonio del P. Fabián que dice en su carta:

«Monseñor: (Hago esta declaración de mi inocencia y de dónde estaba, cuando dicen que andaba haciendo acciones guerrilleras. Estaba en trabajos pastorales, bien comprobados con testigos). Hago esta declaración porque usted tenga algo escrito, no porque crea que ante usted sea [154] necesario testimoniar mi conducta y mi trabajo. Entiendo también que es un plan prefabricado, quizá para algo más grave. Doy gracias al Señor por esta prueba, y quiero decirle que no lograría amedrentarme, me acompaña el Señor en quien he puesto mi confianza».

Así habla quien trabaja por la verdad y no le teme a la mentira. Lo mismo el P. Barahona, publicó ya también su defensa y tenemos pues razones muy seguras, la más segura de todas es que el mismo declarante dijo ya ante la Cámara Segunda de lo Penal, que era mentira lo que había dicho y que lo había dicho porque lo estaban torturando. ¡Esta es nuestra justicia, y así se difama!

Hablemos también de esta Diócesis que llora también el crimen de los secuestros y se alegra también cuando ya termina un episodio como el del Señor Bjoerk a quien nos alegramos que ya esté libre. Pero sufrimos todavía el misterio del Sr. Matsumoto, al que han querido echarle polvo, pero que es necesario todavía la esposa está esperando la palabra que declare la verdad. Queda sobre todo el secuestro del señor Monedero, de Santa Ana. Las dos condiciones que han pedido quienes lo tienen: el reparto de ¢100.000.00 entre las familias de los desaparecidos y de los acusados de violaciones a la Ley de Orden Público, y la publicación de cuatro comunicados en los medios de comunicación del país. Doy testimonio, porque soy parte de la comisión del reparto de los ¢100.000.00, que hemos recibido de su familia esa cantidad, la hemos depositado en el banco y mañana lunes terminaremos los detalles para la forma en que se va a repartir a todas las familias que los mismos captores han enviado. De acuerdo con sus indicaciones esto se llevará a cabo. Pero al mismo tiempo lamentar que la segunda condición, la familia no la puede cumplir, porque el Gobierno ha dado órdenes terminantes de no publicar por ser «anticonstitucional y violar la Ley de Defensa y Garantía del Orden», fue una comunicación de la Secretaría de Información de la Presidencia, el 24 de agosto.

A este propósito, también me alegro de que la Comisión de Derechos Humanos haya hecho una invocación al Gobierno, cuando dice: «...a la par de pedir por este medio la pronta liberación del Señor Monedero, señalamos la grave responsabilidad del Gobierno de la República, de prohibir a los medios de comunicación social, la divulgación de proclamas

calificadas de subversivas, cuando en oportunidades anteriores, donde han estado involucrados en situación similar otros ciudadanos, adoptó una actitud de tolerancia, sabiéndose que con ella se intentaba salvar una vida humana. En consideración a los derechos, ante una situación extremadamente delicada para garantizar la integridad física del señor Monedero, invita a todas las fuerzas vivas del país a reflexionar serenamente sobre la conveniencia de trabajar, y de prisa, por resolver las motivaciones reales que hacen posible perdurar y ampliar los brotes de la violencia». Y termina [155] diciendo pues, que ojalá esta prohibición no vaya a tener un desenlace fatal. ¿Por qué? -pregunto yo-, ¿no se prohíbe la publicación de calumnias, de difamaciones? ¿Eso sí es constitucional?

¿Por qué no se cumple también el mandato constitucional contra la tortura, contra la captura arbitraria, contra el destierro? Hacemos un voto por la libertad del Señor Monedero, ojalá los captores me estén escuchando y tengan en cuenta este marco de injusticia, para que no vayan a cometer otra injusticia semejante, si la familia ha cumplido lo que le es posible, justo es devolver a la familia lo que tiene ella derecho de recoger.

Traslados arbitrarios de cárceles también, que son torturas psicológicas. Los profesores Pedro Bran Arévalo, Salvador Sánchez Cerón, los señores Orlando Cordero, Miguel Antonio Ramírez y Stefan, han sido trasladados de la cárcel de Santa Tecla a Santa Ana y algunos de Santa Ana a Gotera. Las pobres familias no los encuentran, y esto es también una tortura moral, de la cual no hay derecho.

¡Inmoralidad y tortura! Testigos presenciales de la trágica noche del 19 de agosto en El Paraíso de Chalatenango, denuncian la inmoralidad que está creando allá un nuevo cuartel que se va a poner y al mismo tiempo fuente de torturas y de amenazas... esa noche se vio golpear duramente a gente pacífica de aquel lugar.

También queremos hermanos, en este marco de nuestra Diócesis, referirnos a conflictos laborales. Continúan los despidos de obreros en las fábricas INCA e INSINCA, por el hecho de estar sindicalizados. El Sindicato de Industrias de Bebidas, Gaseosas, Hielo, Agua Potable, Conexos y Similares, informó que el sindicato logró ya la aprobación del contrato colectivo de trabajo con la empresa Tropical, S.A., y se alegra de haber conquistado algunas mejores prestaciones, como aumentos de salarios.

Finalmente, esta Diócesis que está saludando al nuevo Papa, le cuenta también sus lágrimas en el sufrimiento. Varios centenares de personas quedaron a la intemperie por la alta marea en Acajutla, la semana pasada.

También, que 4196 personas, de julio, entre junio y julio -del año pasado a este- han muerto por causa de la diarrea. El dato es triste, porque sigue siendo la diarrea la causa que produce el mayor número de defunciones en nuestro país. Y esto es síntoma de nuestro subdesarrollo, de las condiciones tan insalubres en que vive la mayoría de nuestro pueblo y de su desnutrición.

También el dolor, y esto va también como un llamamiento: El Dr. Osmín Antonio Magaña ha dicho que el 40% de la mesa obrera en El Salvador, ha caído en las garras del alcoholismo y que esto está siguiendo [156] un ritmo ascendente. ¡Mucho cuidado queridos

y amados obreros! ¡No empeoren su situación! Yo quisiera extender aquí el seno de esos grupos de salvación que veo en muchas partes con muchas esperanza: Alcohólicos Anónimos. ¡Agárrense a esa tabla de salvación, cuídense de no inundarse en este enorme mar que será más ruina para nuestra tierra!

Esta es pues, queridos hermanos, la Diócesis y el marco histórico y concreto con que saludamos llenos de esperanza a ese Pontífice, que sin duda se da cuenta de todo esto. Él no es una espiritualidad desencarnada. Me alegro mucho de tener un Papa encarnado en la realidad de nuestro mundo obrero, en la sencillez de convivir con el pueblo. Esto es lo que queremos: pastores que, como el Papa y los últimos Papas, han sido ejemplo de esto, nos invitan a comprender cómo el Evangelio, la espiritualidad del pueblo de Dios, no puede prescindir de estos marcos concretos al que estamos llamados todos: ricos y pobres a dar unas soluciones eficaces. La Iglesia no tiene un afán, una pretensión de estar aquí sólo hablando por denunciar. ¡Yo soy el que siento más que todos los repugnancia de estar diciendo estas cosas; pero siento que es mi deber, que no es una espectacularidad, sino que simplemente una verdad! Y la verdad es la que tenemos que ver con los ojos bien abiertos y los pies bien puesto en la tierra, pero el corazón bien lleno de Evangelio y de Dios para buscarle soluciones, no a inmediatismos violentos tontos y crueles y criminales, sino la solución de la justicia. Sólo la justicia puede ser la raíz de la paz. Así sea. [157]

La Cruz de la Vida
22.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 3 de septiembre de 1978

Jeremías 20,7-9

Romanos 12, 1-2
Mateo 16,21-27

Queridos hermanos:

Nos hemos reunido este domingo, como todos los domingos, queridos hermanos, a dar una expresión de que somos el pueblo de Dios. Y las lecturas iluminan este caminar como pueblo de Dios en medio del mundo. Le quiero agregar a las lecturas bíblicas, este pasaje del Concilio Vaticano II, en que describe así el caminar del pueblo de Dios: «Caminando pues, la Iglesia, en medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada con el poder de la gracia de Dios que le ha sido prometida para que no desfallezca de la fidelidad perfecta, por la debilidad de la carne, antes al contrario, persevere como esposa digna de su Señor y, bajo la acción del Espíritu Santo, no cese de renovarse hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso».

Hay dentro de la misma Iglesia, debilidades de la carne; y hay fuera de la Iglesia un conjunto de tribulaciones y de persecuciones. Todo eso constituye la Cruz de la Iglesia. Y en este domingo vamos a iluminar con [158] esa palabra de Dios que nos habla de la Cruz, y al final de nuestras reflexiones, iluminando las realidades que nos circundan o las intimidaciones de nuestra Iglesia, vamos a pedirle al Señor lo que acaba de decirnos el

Concilio. Que a pesar de las debilidades de su propia carne; y a pesar de las tribulaciones y persecuciones de la maldad, de la indiferencia que nos rodea, seamos el pueblo de Dios, fiel a su Señor, hasta que por la Cruz, lleguemos a la luz. Guárdense esa frase, que es como la síntesis de todo lo que les quiero decir. La Cruz en la vida, este podía ser el título de mi pobre palabra, esta mañana: La Cruz en la vida. Y como de costumbre, descompongo este título en estas tres ideas: 1.º) la Cruz, provoca las crisis de la vida; 2.º) sólo la Cruz da sentido a la vida, y 3.º) sin la Cruz la vida es un fracaso.

Pero antes, ¿qué significa en el Evangelio de hoy, la Cruz? Porque no quiero que tengamos de nuestra religión una idea de conformismo. Tengamos paciencia, aguantemos, ya vendrá la vida eterna. Esto es lo que nuestros enemigos llaman opio adormecedor del pueblo y la Iglesia no es opio, la Iglesia es estímulo, la Iglesia provoca a que vivamos esa santa agresividad que Dios ha dado a todo hombre. Pero como digo en la carta pastoral, una agresividad que ha de saberse orientar bien, por Cristo; no a destruir, sino a construir. La Cruz, pues, no es una paciencia sin valentía, no es un pasivismo, no es una conformidad sin esfuerzo.

Cuando San Mateo ha descrito la palabra en los labios de Cristo: «...el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su Cruz y sígame», ha querido recoger los ecos ya de las primeras persecuciones. Ya el Evangelio se escribió algunos años después de que Cristo lo predicó. Era el fruto de las reflexiones de la comunidad y esa comunidad podía mencionar, como en las reflexiones de nuestras comunidades de la Arquidiócesis, las persecuciones, los mártires; de allí sacaba pues, toda la comprensión de la palabra de la Cruz. Una valentía que da su cara por Cristo, una defensa de la justicia del Evangelio. Un trabajar por la construcción de un mundo mejor. ¡Y vaya si lo lograron! Allí está en Roma, sobre las columnas paganas, la Cruz de Cristo, como para significar el triunfo, la victoria de la fe. A la base, hay mucha sangre de mártires; pero los cristianos pudieron decir que la sangre de mártires era semilla del rejuvenecimiento de la sociedad. Un nuevo mundo surge de las batallas de la Cruz.

Y también... el signo de la Cruz, en la palabra de hoy, sobre todo a la luz de la segunda lectura, significa el cumplimiento de la voluntad de Dios. Grabémonos bien esto hermanos: La Cruz es el cumplimiento de la voluntad de Dios; y no atribuyamos a la voluntad de Dios, el fruto de nuestra pereza; no hagamos a Dios culpable de las desigualdades injustas; no hagamos a Dios culpable del subdesarrollo de los hombres. Dios no quiere eso, por eso cuando Pablo VI, modificaba el sentido de la penitencia [159] en el pueblo cristiano, dijo que había distintas maneras de entender el sentido penitencial de la vida cristiana. De un modo se ayuna en aquellos países desarrollados donde se come bien; y de otra manera se ayuna en los países subdesarrollados donde casi siempre se vive ayunando. La penitencia en este caso, decía, es poner austeridad donde hay mucho bienestar y poner valor y la solidaridad con los que sufren; y trabajar por un mundo más justo, allí donde se vive casi siempre ayunando. Esto es penitencia, esto es voluntad de Dios. Y son palabras, pues, que estoy respaldando con las frases de San Pablo, con los documentos de la Iglesia, que interpretan para el mundo de hoy el sentido de la Cruz, contra un falso sentido que no es la Cruz de Cristo, como dijo Pío XI cuando en Roma se enarbolaba la Cruz de Hitler: «Se ha enarbolado en Roma una Cruz que no es la Cruz de Cristo». Y por eso, aquel Papa valiente

se retiró de Roma y dijeron en el mundo diplomático que había sido un bofetón al más grande de aquel momento: a Hitler.

Porque la Cruz del Señor es distinta de las cruces que los hombres quieren enarbolar; porque la Cruz del Señor es distinta de las cruces con que quisieran adormecer. Siendo así, pues, que San Pablo y el mismo Cristo nos dice que no es digno de Cristo el que no toma su Cruz y la sigue. Es como yo digo en mi primer pensamiento de hoy: que la Cruz provoca las crisis más profundas de la vida.

Y tomemos como ejemplo la vida modelo, la de Cristo. El Evangelio de San Mateo nos coloca en un momento crucial de la misión de Nuestro Señor Jesucristo: está con sus discípulos, apartado de la incomprensión y ha arrancado, allá en Cesarea de Filipo, la primera confesión de su mesianismo a los apóstoles que han de predicarlo por todo el mundo. Está satisfecho el Señor, siente que su siembra de fe en el corazón de los apóstoles está fructificando, está madurando la fe. Ya es hora, pues, de hacer el primer anuncio que traslada el mesianismo glorioso del Hijo de Dios vivo a la otra cara del mesianismo, el siervo que sufre, el siervo de Yahvé y es entonces cuando anuncia por primera vez: el Hijo del Hombre va a subir a Jerusalén y los sumos sacerdotes y los dirigentes del pueblo van a orientar al pueblo para acusarlo, para calumniarlo y para llevarlo por fin a la Cruz y morir. Pero al tercer día resucitará.

Por primera vez, brota de los labios divinos del Señor el Misterio Pascual que será él mismo, el Misterio Pascual que nos va a reunir todos los domingos; porque a eso venimos, a recoger todos los domingos, la palabra del Señor: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección», de esto vive el pueblo de Dios; y Cristo por primera vez abre el misterio, no sólo de su resurrección -que es muy fácil seguir al Cristo glorioso, al Mesías hijo de Dios vivo, al que ha de venir en las nubes del cielo a juzgar a todos los hombres- sino que lo más difícil es el anuncio de que ese mesianismo tiene también como la medalla, otra cara muy distinta, [160] dolorosa, humillante; Cristo sufre aquí, la crisis de la tentación. Uno de los suyos, precisamente el que acaba de confesarlo Hijo de Dios vivo, le va a servir de escándalo, de estorbo y le dice: «Aparte de ti Señor, no puede ser, no vayas a Jerusalén, no te tiene que suceder eso». Y oyeron en el Evangelio la respuesta dura de Cristo resolviendo su crisis, su tentación: «apártate Satanás, porque me sirves de estorbo, tú piensas como los hombres y no piensas como Dios».

La Cruz, provoca en el mismo Cristo, la defensa de su misión, que es Cruz y sacrificio. Qué fácil era seguir como Pedro, huir como andan huyendo hoy muchos cristianos. Es más fácil esconderse, no hay que crear conflictos, prudencia... hay que ser más prudentes. Pero Cristo, no fue de ese parecer. Y a quien le aconsejó no meterse en el peligro lo llamó Satanás, lo llamó escándalo. Escándalo, palabra de origen griego que significa estorbo. La piedra que se pone para estorbar en el camino. Eso es crisis de la vida, como la crisis del caminante que va y se encuentra un obstáculo en su camino, la tentación de volverse, o la tentación, el valor de superar el obstáculo.

La Cruz siempre es escándalo. La Cruz siempre provoca crisis. Si no, veamos como Pedro también está sufriendo una crisis en su fe. Le acaba de decir Cristo: «Bienaventurado Simón, me has confesado Hijo de Dios, eso no lo has aprendido de la carne y de la sangre,

te lo ha revelado mi Padre que está en los cielos y yo te prometo que tú serás mi representante». Lo que este domingo es Juan Pablo I en Roma, era Pedro en aquel momento del Evangelio que estamos reflexionando: el representante de Cristo. Y en esa hora solemne, cuando recibía esa promesa, diríamos, cuando como un domingo como éste, va a ser coronado Papa, siente la tentación de la fe. Hermanos, no estamos seguros, todos tenemos momentos terribles de crisis; y hasta el Papa. Por eso, no nos extrañemos de esta crisis de la fe. Pedro tuvo miedo, quiso aconsejar según hombres y no según Dios... hizo presión a Cristo. Qué terribles son las presiones cuando nos quieren apartar de lo que Dios quiere para que hagamos como los hombres quieren. Pero el ejemplo, para mí más conmovedor en esta mañana es el de la primera lectura: el profeta Jeremías. Yo no encuentro en la Biblia unas frases que expresen más al vivo la crisis de un hombre en sus relaciones con Dios.

Me sedujiste -le dice al Señor-, me has engañado, me has dicho que me mandabas a arrancar, a destruir; pero también a construir, a plantar, a edificar, y de mi boca de profeta, donde quiere salir sólo lo que tú dices, no sale más que violencia, guerra, destrucción. Imaginen hermanos, el temperamento de Jeremías, un profeta dulce, un profeta más inclinado al amor, un profeta de delicadezas espirituales que representa precisamente, en el Viejo Testamento, la figura dulcísima de Cristo; pues este profeta de amor, de dulzura, de ternura, de bondad, es escogido por Dios para anunciar [161] a un pueblo pecador, la destrucción, la amenaza de Dios si no se convierten. ¡Y le duele! Cuántas veces, dice, quise calar la voz de Dios en mí y la palabra de Dios era en mis huesos como fuego que devora y me obliga a hablar. Esta es la crisis del profeta. No quisiera decir lo que dice, Pero Dios le manda a decir.

Para que vean que la Cruz no es conformismo. Es exigirle al hombre, muchas veces, hasta contra su temperamento, contra su modo de ser, es lo que está pidiendo Cristo a Pedro: que no se acomode, que no se instale, que van a subir a Jerusalén a sufrir. Es lo que llora el profeta Jeremías, es lo que siente en esa misión durísima y es lo que en este primer pensamiento yo quisiera decir a mis queridos cristianos: cuando Cristo nos dice, ya no a Pedro, ni a Jeremías, ni a los escogidos de la Biblia, sino a todos nosotros... el pueblo de Dios. Esta página del Evangelio describe las condiciones del seguidor de Jesús. El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue su Cruz. Tiene que perder su vida por mí... Son palabras que provocan crisis. Yo soy testigo hermanos, de cuántos hombres y mujeres están en esta crisis, en este momento. Y me duele cuando son gente que han sido muy generosas, muy valientes y ahora se están acobardando. Pero me da gusto cuando siento que esta crisis está sirviendo para muchos, como cuando la crisis de la enfermedad. La crisis de la enfermedad, dicen los médicos, es aquel momento en que el enfermo o va a caminar hacia la muerte, o va a caminar hacia la salud, pues muchos esta crisis les está sirviendo para salir a la salud, mientras para muchos es crisis de muerte.

¡Es el Evangelio, es la Cruz! Queridos hermanos, yo les invito a que no vivamos un cristianismo sin Cruz. Yo les invito a confrontar, pero con valor, la vida de cada uno con la Cruz que me provoca. Y si de veras, como dice aquel poema del Cristo Roto: cada noche arrodíllate ante el Crucificado y besa su planta, no con un beso romántico, superficial, con un beso de convicción para decirle que estás dispuesto a amarlo aunque sea muriendo como él, crucificado. Que quieres besar su pie, cuando ese Cristo que besas, representa tal vez a

tu peor enemigo y tienes que perdonarlo. Es difícil. Provoquemos esta crisis para que resurjamos a un cristianismo auténtico.

Ustedes saben cómo los plateros prueban la autenticidad de la plata o del oro. Hay una piedra de toque, tocan contra la piedra a ver si suena y calculan sus quilates. La Cruz es nuestra piedra de toque. Golpeemos en la Cruz nuestra vida y miremos cómo suena. Suena a cobardía, suena a miedo suena a pensamientos de los hombres y no de Dios. La Cruz es la auténtica prueba del hombre que quiere seguir a Cristo, por eso el Señor dice: el que quiera venir en pos de mí, tome su Cruz... [162]

Pero hermanos, en segundo lugar, la Cruz es la que le da sentido a la vida. El cristianismo no es un masoquismo, esa filosofía de sufrir por sufrir, ese estoicismo de los griegos de sufrir por sufrir. ¡No... Dios no nos ha hecho para el sufrimiento! Dios ha querido hacernos para la felicidad, pero así como la mamá que ama a su hijo y necesita el hijo una operación y sabe lo doloroso que es el bisturí en el cuerpecito de su hijo, pero para su bien lo somete. Corte, le dice al médico, haga lo que le parezca. Y la mamá se retuerce en el dolor, pero su hijo se salva, porque es necesario el bisturí. También hermanos, dice Cristo en el anuncio de su pasión: y al tercer día resucitará. ¡Qué promesa más bella sobre el calvario y sobre la Cruz! Resucitar es el destino del hombre, pero como perteneciente a una raza pecadora, que ha ofendido a Dios; necesita para llegar a la resurrección, pasar por el crisol de la Cruz y del sufrimiento. Y si con Cristo padecemos la Cruz, dice San Pablo, ¡con Cristo resucitaremos!

Cargar la Cruz significa estas condiciones: seguir a Jesús, salvar la vida, y es la recompensa de la gloria. Hay una frase paradójica en el Evangelio de hoy: el que quiera salvar su vida la perderá, y el que la pierda por mí la salvará. ¿Qué quiere decir este juego de palabras? Más que juego de palabras, la filosofía del cristianismo. Aquel que quiera, aquel que quiera estar bien; aquel que rehuya los sufrimientos de la vida, aquel que quiere salvar la vida del más acá, la perderá para el más allá. Y aun más acá, ya en la historia presente, nadie es tan feliz como el que le puede decir a Cristo su lealtad, su entrega, su generosidad. Nadie es tan libre, nadie ha encontrado su vida tan plenamente, como el que no tiene miedo de perderla por Cristo. El que tiene miedo de perderla no es libre, es miedoso, se condiciona. ¡Ah! tengo este problema, ¡ah! tengo esta circunstancia. Y aquí la crisis se revuelve en negación a la Cruz, pero sólo la Cruz le da sentido a la vida.

Yo quiero fijarme especialmente en el sentido divino que San Pablo menciona hoy en su Carta a los Romanos, cuando dice que la vida del cristiano, el cuerpo del cristiano, tiene que exhibirse a Dios como hostia viva, agradable a Dios. Miren que aquí la Biblia le está dando a nuestro cuerpo, a nuestra vida, un sentido de hostia, un sentido de holocausto, un sentido divino que tiene todo hombre hasta el más humilde. Y yo quisiera que esta palabra, ahora me la escucharan todos los que la están oyendo, allá también por la radio cualquiera que sea la circunstancia en que se encuentre; tal vez es un enfermo desesperado en su dolor; tal vez un pobre que no ha encontrado trabajo y no tiene ni qué comer; tal vez alguien que trabaja y trabaja y no le produce; tal vez otro que tiene demasiado, que tiene demasiadas comodidades y es egoísta... no se quiénes me escuchan. Sólo agradezco la atención admirable que esta catedral llena me está dispensando. Y yo les digo a ustedes, queridos

hermanos en la fe, que si todo eso: el sufrimiento, la pobreza, el trabajo, el deber cualquier que sea lo ofrecemos a Dios, para agrandar a Dios, para hacer su voluntad, estamos [163] haciendo hostias agradables, víctimas de suavísimo olor en el altar del Padre.

Cuando encontramos un momento de la historia de la Iglesia de muerte y vida de un Pontífice, quiero recordar unas palabras inmortales de Juan XXIII, cuando el médico le dijo que su enfermedad era grave y que tenía que acostarse, aquel anciano dijo: también la cama es un altar y necesita una víctima para ofrecerse a Dios. He aquí que yo soy ahora esa víctima del altar de la cama. Y cómo murió Juan XXIII, casi a la vista de todo el mundo. Yo no he visto una muerte más pública que aquella que iba diciendo minuto a minuto, la vida que se iba apagando, la hostia que se estaba consumando. En el último momento que hermoso es un cuerpo, aunque sea obeso y feo como el de Juan XXIII, pero convertido en hostia agradable por el espíritu bellísimo que encerraba aquel cuerpo, por la ideología cristiana que le había dado a toda su vida. No hay cuerpo despreciable para el Señor.

Lamentablemente, aquí también, como Cristo, podemos decir a muchos hombres cuando miran el cuerpo de los hombres y de las mujeres: tú piensas según los hombres y no según Dios. Tú miras con miradas de concupiscencia viciosa y no con ojos de elevación. Pero si miráramos todos los cuerpos, desde el más hermoso hasta el más harapiento, hasta el más repugnante, diríamos esto de San Pablo: todo cuerpo es hostia cuando vive ofrendándole a Dios sus energías, su voz, su caminar, sus manos, su inteligencia, todo, su profesión, su trabajo, para la gloria de Dios; es la Cruz, es hacer la voluntad de Dios en la vida.

El bautismo, queridos hermanos, nos identifica con esta belleza de nuestro Cristo. Dice el Concilio Vaticano II, hablando precisamente a ustedes los seculares, los bautizados son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual, como sacerdocio Santo para que por medio de toda la obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de aquél que los llamó de las tinieblas a su admirable luz. Por eso todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios, ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios; y den testimonio por donde quiera de Cristo y a quienes lo pidan den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos. Es una invitación, hermanos, y ojalá que mi palabra encontrara este eco que yo quisiera fuera el principal de esta mañana, de darle a la vida de todos nosotros ese sentido divino de la Cruz. De abrazarnos con valentía a la Cruz de nuestro deber y hacer nuestras obligaciones, por más rutinarias que sean, no una manera de ganarme la vida, no una condición para ganar un sueldo, no ganar aplausos, todo esto se queda en la Tierra. La finalidad de nuestras vidas es la gloria de Dios. Por más humilde que sea una vida esto lo hace grande. [164]

Y finalmente, sin la Cruz, la vida es un fracaso. ¿Qué es no abrazar la Cruz? ¿Cuál es el fracaso de la vida? San Pablo en su segunda lectura de hoy nos dice que no nos conformemos a este mundo. Eso es botar la Cruz, conformarse a este mundo, vivir según el mundo y no según el Evangelio. El mundo dice que el dinero es la felicidad y Cristo dice: ¡bienaventurados los pobres de espíritu! Cristo dice que hay que perdonar y el mundo dice el adagio pagano: ojo por ojo, diente por diente, venganza, violencia, odio. No acomodarse, pues, al pensamiento del mundo, porque así podemos ir describiendo en infinito, dos líneas

que cada vez se apartan más. La línea de la conformidad con la voluntad de Dios y la línea de una conformidad con este mundo.

Pobrecitos los que cada día hundan más su pensamiento, sus criterios, con las maneras de pensar del mundo. El placer de la carne, el vicio, las drogas, la prostitución, el dinero, el robo, el secuestro, todo esto son los caminos del mundo. No conforméis vuestra vida con el pensamiento del mundo. Y Cristo lo dice de otro modo, cuando le dice a Pedro: piensas como los hombres y no piensas como Dios. Esta es la gran tarea de la evangelización, transformar el pensamiento de los hombres en el pensamiento de Dios. Para mí esta mañana y este momento, es precioso, porque eso es lo que estoy tratando de hacer: transformar la mentalidad en el pensamiento de Dios.

Otra frase de Cristo que dice lo mismo: querer salvar la vida, es también botar la Cruz. No se puede salvar la vida sin el peligro de perderla para siempre. Por eso el Evangelio termina con esa frase que ha convertido a tantos pecadores y los ha hecho santos: ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo... si al fin se pierde su vida! Es una leyenda, pero muchos la creen, que hay gente que tiene pacto con el diablo y es cuando a una persona le salen bien todas las cosas materiales, dicen que el diablo le ayuda y que después el diablo se cobra esa alma. Digo yo, no es una verdad de fe, pero sí es cierto, que para muchos solamente quieren salvar y amontonar las cosas de la vida... y las van a perder. Si aun materialmente vemos qué se hacen las grandes herencias, los herederos que fácilmente recogen todo aquello y no les ha costado, ¿cómo la botan! Pero en fin, el dinero también es sagrado cuando se sabe poner al servicio del pensamiento de Dios.

Por eso, queridos hermanos, esto marca la vida también de la Iglesia. Leía al principio el pensamiento del Concilio: esta Iglesia no es una cosa abstracta, es la composición de nosotros; nosotros somos la Iglesia, en la medida en que vivamos esta Cruz, en esa medida elevamos la Iglesia y en la medida en que nos apartemos de esa Cruz -los cristianos- en esa medida evacuamos, dejamos sin sentido a toda la Iglesia. Esta es mi preocupación más grande, de querer construir con Cristo una Iglesia según su [165] corazón. Las otras cosas, lo que ahora voy a seguir diciendo: las noticias, las cosas accidentales que se iluminan con esta Iglesia son accidentales, pasan, son historia de una semana; y por eso yo les suplico que en mi homilía, más que es esa especie de noticiero que me obliga la misión profética de la Iglesia a iluminar, se fijen más bien en el esfuerzo de este pobre pastor en construir una Iglesia según el corazón de Dios. Esta es la afirmación que yo estoy repitiendo y no quisiera que se la confundiera, esta afirmación de lo que es la Iglesia verdadera de la Cruz de Cristo, con una especie de oposición política, con una especie de fantasía para ganar fama o ser oportunistas. ¡No! Algo de lo del profeta Jeremías, podía ser también mi papel. Me duele Señor, decir estas cosas, pero si están sucediendo, me obligan a decir los pecados del mundo, para destruirlos como tú quieres que el pueblo de Dios los destruya.

Y así es, queridos hermanos, como en este afán de construir la Iglesia y de iluminar la realidad, que les invito a que nos alegremos en esta semana con el nuevo Papa que la Providencia nos ha dado; y aquí quiero agradecer y felicitar a los medios de comunicación social: como ayuda cuando de veras -como les acaba de decir el Papa- sirven a la bondad y a la verdad. Gracias a la prensa, y a la televisión y a la radio, el mundo entero conoce el carácter bondadoso, el espíritu eclesial, el verdadero corazón de pastor del Papa actual,

Juan Pablo I. Dentro de una hora más o menos y ustedes lo podrán ver por la televisión, a las 10 menos 10 -tienen tiempo, no se preocupen- van a poder ir a ver la coronación, el Papa no quiere que se llame coronación, este es uno de los rasgos más simpáticos, un hombre que ha roto tradiciones de siglos, para presentarse humilde. Hay muchas tiaras en el Vaticano, hay muchas sillas gestatorias también, y él dice no, no las vamos a usar, voy a entrar con el pueblo, caminando como un peregrino de esta tierra y no llamaremos coronación a la ceremonia, será la misa del Obispo del Mundo que celebra con su pueblo la primera Eucaristía para consagrar a Dios su trabajo. ¡Qué bello rasgo!

Su primer mensaje al mundo, instó por establecer un orden social con más justicia, una paz más estable, una cooperación más sincera. Ya confirmó también la reunión de Puebla. A los periodistas les dice que trabajen con amor por la verdad, que tengan respeto por la dignidad humana, se concentren menos en lo trivial y más en los asuntos esenciales. Miren qué luz más hermosa y más oportuna. En su reunión con los diplomáticos, el Papa también perfila la misión de la Iglesia y su relación con los gobiernos, siempre evangelizadora, siempre en la línea de Jesús, siempre la Iglesia de la Cruz. Y recalcó que la Iglesia va a contribuir en la formación de conciencias y de amplia opinión pública, con respecto a los principios fundamentales que garantizan la auténtica civilización y la verdadera fraternidad entre los pueblos. Me alegro yo de veras al ver al actual Pontífice caminando por los caminos de Juan XXIII, de Pablo VI. No [166] estaban desviados los Papas anteriores, estaban caminando bien y él seguirá caminando en ese caminar. Desviaciones siempre las ha habido y es trabajo de todos también enderezarlas, pero el camino esencial de la Iglesia trazado por el Papa, vemos por dónde va y gracias a Dios, nos encontramos con el Papa caminando en el mismo camino. ¡Bendito sea Dios!

Quiero agradecer la acogida entusiasta que el pueblo de Dios y también el no pueblo de Dios, ha dado a la carta pastoral que escribimos con Monseñor Rivera, que tiene por título: «Relaciones entre la Iglesia y las Organizaciones Políticas Populares». Es una invitación a reflexionar, son temas nuevos, no podemos decir una palabra autoritaria, tenemos que invitar a la reflexión bajo la luz del Evangelio en un diálogo, como dice Pablo VI en la Octogésima Adveniat. Al mismo tiempo que nuestra carta pastoral, otros cuatro obispos publicaron otra declaración sobre el mismo tema, pero con un enfoque distinto. Como esta declaración, de los cuatro obispos, ha sido presentada por los medios de difusión como una declaración del Episcopado de El Salvador, nuestra Secretaría de Comunicación Social se apresuró a precisar que no ha sido el Episcopado el que firmó el pronunciamiento, sino algunos obispos de la Conferencia Episcopal y ofreció un amplio resumen de la carta pastoral de los otros dos obispos. Efectivamente, por encargo de la Santa Sede, se trató en la Conferencia Episcopal, la conveniencia de declarar que FECCAS y UTC, no son organizaciones de la Iglesia, y eso lo he venido repitiendo yo en mis homilias y queda muy claro también en la carta pastoral. Pero la redacción del pronunciamiento que evidentemente dice más de lo convenido, fue una redacción firmada sólo por los cuatro obispos, sin haberla llevado a una discusión de plenario como era lo correcto antes de firmarla. Por ese grave defecto de procedimiento, que cualquier cuerpo colegiado puede advertir, ese documento no puede atribuirse a la colegialidad del Episcopado de El Salvador. Lamentablemente, nuestra aclaración fue tergiversada, o mutilada, o silenciada en los medios de comunicación social, habiendo creado así más confusión y negado ese servicio de la verdad y de la información que les acaba de pedir el mismo Papa. Yo lamento

y pido perdón, como solidario con la jerarquía de El Salvador, por este mal testimonio que le hace juego a los enemigos de la Iglesia; y yo quiero suplicar encarecidamente a mis queridos sacerdotes y a las comunidades de la Arquidiócesis, recoger con madurez de criterio lo bueno que puede haber en las dos complicaciones y no fomentar comentarios que abran más nuestras divisiones. El pueblo tiene un gran instinto que le da el Espíritu Santo y que Cristo lo dijo con aquellas bellas palabras: las ovejas conocen la voz del pastor que las ama y está dispuesto a dar su vida por ellas.

Agradezco la entusiasta acogida que va teniendo esta carta pastoral, cuya primera edición, se agotó antes de lo esperado. Pero la próxima semana tendremos ya una edición más numerosa y el periódico Orientación la publicará entera. Les quiero recordar que no pido tanto una [167] lectura, sino un estudio, una reflexión en comunidad, en grupo que me transmitan sus reacciones, sus comentarios, sus críticas también. Nuestra emisora (YSAX) ya ha estado haciendo unos comentarios muy interesantes.

Esta Iglesia de la Cruz está cumpliendo también hoy 10 años en su labor benéfica de la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima. Al P. Ibáñez y a todos sus colaboradores, vaya una felicitación y una plegaria desde nuestra misa de la diócesis.

Quiero felicitar también, y llamar a la cooperación, por la iniciativa que los párrocos de la Vicaría de la Asunción -que comprende las Parroquias Flor Blanca, San José de la Montaña, San Benito, Colonia Roma, Corazón de María, Cristo Redentor, La Ceiba, están llevando a cabo para organizar mejor la administración de los sacramentos con un sentido más cristiano, y también para fomentar la formación de la fe en un instituto de Teología que va a organizarse en aquella Vicaría.

También me alegro con la comunidad de la Vicaría de Chalatenango, porque sus religiosas que trabajan en aquel departamento, Carmelitas Misioneras, Betlemitas, de la Asunción, Guadalupanas, Oblatas al Divino Amor, Oblatas al Sagrado Corazón, tuvieron dos días de evaluación de su trabajo y dieron un respaldo muy bueno a su vicario episcopal -el P. Fabián Amaya- defendiéndolo de la tendencia y de la calumnia, como quisieron hacerlo cómplice de actividades sediciosas. El P. Fabián, dicen las religiosas, está trabajando plenamente en lo pastoral y son testigos todas las comunidades de aquel departamento.

También en la colonia de Ayutuxtepeque, celebramos la misa de desagravio por el robo sacrílego que allá se perpetró.

Un grupo de jóvenes del instituto Ricaldone me dio una alegría inmensa, cuando llegó al Arzobispado, diciendo que iban en peregrinación al Obispo. Me sorprendió la expresión, pero sin embargo me ha hecho reflexionar mucho. Peregrinar a un lugar es ir a encontrar allí fortaleza, unidad, fe, y sentí yo que recobraba esta responsabilidad del Obispo, el que peregrina toda la Diócesis, porque él tiene que ser el centro que ilumina esta unidad, esta verdad. Yo les agradezco, pues, por esta significativa visita, que expresa un cariño que es mucho más grande que ese grupito de jóvenes del Ricaldone.

También agradezco a la Legión de María que se presentó a ofrecer sus servicios al pensamiento de la jerarquía.

Y me alegro con la Comunidad de Ateos, donde va a ser la sede parroquial de Tepecoyo y Sacacoyo, donde ayer celebramos una Eucaristía para inaugurar esta nueva iniciativa pastoral. [168]

Me dio mucho gusto también, y es gloria de esta Iglesia de la Cruz y de la Pascua, la comunidad de San Ramón en Cojutepeque -cerca de Cojutepeque- donde las hermanas Carmelitas de Santa Teresa están fomentando una comunidad muy viva. Fue muy impresionante el momento de la Ofrenda, exhibiendo la fertilidad de aquella tierra (trayendo frutas, hortalizas, cereales, etc.) para darle gracias al Señor. Saludo de paso a la Madre General de las Carmelitas de Santa Teresa, que se encuentra en El Salvador en estos días, visitando las comunidades de su congregación.

Queremos unirnos también al dolor del P. Eduardo Orellana, por la muerte de quien hizo las veces de mamá en su vida.

También recordamos con cariño en el cuarto mes de su muerte, a un amigo de San Miguel, don Carlos García Prieto, por quien pido también hoy una plegaria.

En el cumpleaños del P. Pedraz, ayer, quise felicitar no sólo a él, sino a todo el personal de YSAX, que está prestándonos tan maravilloso servicio a la difusión del pensamiento de nuestra Iglesia.

Quiero avisar a los sacerdotes y a todas las comunidades, que el próximo martes a las 12:15 del mediodía, vamos a concelebrar. Voy a tener la dicha de presidir a mis queridos sacerdotes, la concelebración por el nuevo Papa. Ojalá que las comunidades se hagan presentes para expresar, aquí en Catedral, la solidaridad que ya le expresamos por un telegrama de la Arquidiócesis, a Juan Pablo I. Porque la reunión del clero será el martes, a las 9 de la mañana, como también la reunión de religiosas será el día siguiente y las encargadas avisan que procuren estar a las 8:30 en Domus Marie el miércoles 6 las religiosas, y los sacerdotes el martes 5 a las 9:00.

Quiero decirles también que hemos tenido una información, ya todos lo saben, pues, la libertad del Señor Monedero. Nos alegramos y lo felicitamos y al mismo tiempo informo como miembro de la Comisión encargada de distribuir el dinero que su familia, para lo que señalaron los captores del Señor Monedero, que están terminándose ya los detalles para proceder posiblemente esta semana al reparto justo de ese dinero. Y quiero pedir al Gobierno garantías para que las familias que se vean beneficiadas, no vayan a sufrir represalias, como muchos han manifestado sus temores.

También quiero denunciar que dos señoritas, que en mi nombre andaban repartiendo ropa y alimentos a familias campesinas, fueron víctimas; fueron capturadas y llevadas por la Guardia Nacional y les preguntaban por el dinero. Es peligroso pues, que este dinero que la familia Monedero [169] destina, según las exigencias del grupo captor del Señor

Monedero, vaya a sufrir una interferencia. Ayúdenos por favor para que llegue a su destino.

También queremos bendecir y pedir a Dios por los 35 trabajadores que salieron para Arabia Saudita esta semana y que pronto van a completarse con 500. Solamente nos dice esto pues, cómo es triste tener que dejar la Patria, porque en la Patria no hay un orden justo donde puedan encontrar trabajo. Si este emigrar fuera más definitivo, hemos dicho que sería una gran solución para nuestro problema demográfico.

Hubo una inspección de la Policía Judicial al edificio del Centro Universitario Católico y se incautaron apuntes personales del P. Juan Deplant, que está ausente del país.

Ha habido muchos traslados de procesados por la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público, por orden superior, de unas cárceles a otras. Esta anomalía trae mucho malestar a las familias, sobre todo cuando no se les informa o se les hace casi ignorar el paradero de sus familiares. Es aquí donde yo pedía pues, respetuosamente, al Ministerio de Justicia, encargado de las cárceles, poner más orden según los reglamentos a estas anomalías.

En el cantón los Mogotes, de Tacachico, capturaron en su cama de enfermo a Martín Cartagena Sánchez, lo golpean y lo llevan a rumbo desconocido.

Sigue el misterio de Salvador Alejandro Beltrán Peña, a quien su mamá sabe que está en la policía con una clavícula rota. Ella pide misericordia para su hijo. Una información para ella.

Fíjense en la Orientación de este domingo, un estudio que se presenta para desenmascarar la calumnia que pretendió implicar al P. Fabián Amaya y al P. Rafael Barahona y al Br. Morales, en actividades sediciosas, y podrán ver allí por ese ejemplo, cómo se montan aparatos para desprestigiar a las personas.

También lamentamos el atropello que, en Talnique, hizo la Guardia Nacional a la niña Elvira Fuentes y a sus hijos, buscando dos catequistas. Y al encontrar la Biblia y dos textos de Medellín, se los incautaron y dijeron que era el cuerpo del delito. Ojalá, decían los que me comentaban, la Biblia y los documentos de la Iglesia en América Latina los hagan pensar de lo injusto que están procediendo.

En el campo laboral también lamentamos: Sindicato de Trabajadores de Industrias Mecánicas y Metálicas de El Salvador, denuncian anomalías de la parte patronal en las empresas Corinca, Conelca, Arco Ingenieros y [170] Corcho y Lata; y el sindicato de la Fábrica Inca de Santa Ana, ha quedado ya aniquilado, en tres meses de despedir obreros sindicalizados, y ayer mataron al último que quedaba, Guillermo Rivas González, con su compañero Julio Padilla, allá cerca de la plaza Colón de Santa Ana. ¡Más sangre!

Y con la captura de Rolando Walter Ramírez Leiva, secretario también de sindicatos de la empresa Indeca, estamos viendo cómo este derecho de agrupación que tratamos de defender y con el pensamiento de la Iglesia en nuestra carta pastoral, se está privando cada

día más -un atropello, pues- al derecho que todo hombre tiene de agruparse para defender sus justas demandas y derechos.

Queremos pedirle también, una oración y un apoyo moral también, al pueblo de Nicaragua para que en este enfrentamiento tan peligroso y tan sangriento no vaya a terminar en más baños de sangre.

Nos alegra, queridos hermanos, la Iglesia de la Cruz. La Iglesia que dice el Concilio: cómo esta misión continúa y se desarrolla en el transcurso de la historia; la misión del propio Cristo que fue enviado a evangelizar a los pobres; la Iglesia, a impulsos del Espíritu Santo, debe caminar por el mismo sendero que Cristo, es decir, por el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia hasta la muerte de la que surgió victorioso por su resurrección. Porque así caminaron en la esperanza todos los apóstoles, que con múltiples tribulaciones y sufrimientos completaron lo que falta a la Pasión de Cristo, en provecho de su cuerpo que es la Iglesia. Muchas veces fue también semilla la sangre de los cristianos.

Hemos hablado pues, de la Iglesia de la Cruz, de esa Cruz que da sentido a la vida, y sin la Cruz no tiene más que fracasos la vida. Queridos hermanos, vamos ahora a celebrar en la Eucaristía, el recuerdo vivo de esa Cruz de Cristo, identifiquémonos con ella, y salgamos de esta misa de la Catedral o de las comunidades donde hemos estado reflexionando con el Obispo, la fortaleza para seguir siendo dignos de la Cruz del Señor. Así sea.

[171]

La Iglesia. Comunidad profética, sacramental y de amor
23.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 10 de septiembre de 1978

Ezequiel 33, 7-9

Romanos 13, 8-10
Mateo 18, 15-20

Queridos hermanos, las lecturas bíblicas que hemos escuchado -no sólo con atención humana, sino con verdadera fe, porque es palabra de Dios- me da gusto decíles, que coinciden con el fundamento Teológico y Pastoral de la carta pastoral que en estos días está llegando al conocimiento de todos ustedes. Yo quisiera que esa carta pastoral fuera objeto del estudio de las comunidades, que se reflexionara profundamente. Lamentablemente no pudimos dar alcance a la semana, con la edición que habíamos anunciado, pero ya en los primeros días de esta semana próxima, tendremos la nueva edición. Por otra parte, en el periódico Orientación que hoy se está distribuyendo, está íntegro el texto de la carta pastoral. Cuando sea pues, oportuno, en sus reuniones o en familia o en pequeños grupos, estudien y verán como la idea central, que es presentar la identidad de la Iglesia, es decir, cuál es la naturaleza y la misión auténtica de la Iglesia fundada por Cristo, está basada precisamente en esta palabra de Dios que hoy vamos a reflexionar a la luz de los textos

bíblicos. [172] Es una naturaleza y una misión que la Iglesia tiene que tener bien clara en la mente de sus católicos, de los que la formamos; y desde allí, teniendo una idea cierta, clara, nítida, de lo que es la Iglesia, podemos prestar una ayuda sin miedo al mundo con todos sus problemas, para eso está la Iglesia, para eso la puso Cristo, no para preservarse ella y conservarse, sino que conservándose sirva al mundo.

Las relaciones de la Iglesia con las organizaciones populares es el tema de la carta pastoral. Es un servicio que la Iglesia tiene que prestar a las organizaciones de campesinos, de obreros, de políticos, a todos los hombres que quieran organizarse con el ideal de un mundo, una patria mejor. La Iglesia haría mal en reservarse ella, con su tesoro de doctrina, con su fuerza moral y no prestara a la angustiada pregunta del mundo actual, de nuestra patria actual, la respuesta que desde la palabra de Dios ella puede decir. Lo hemos repetido muchas veces, que la Iglesia no es la Organización Popular. Pero sí, en esta carta pastoral decimos que la Iglesia, sin identificarse con las organizaciones populares, presta un servicio insustituible; y señalamos en la carta pastoral, desde luego esto: en primer lugar, muchos cristianos, fue en una comunidad de Iglesia, donde tomaron conciencia de las exigencias del Evangelio y de la justicia cristiana para componer un mundo injusto. De modo que la Iglesia no se avergüenza de que de sus comunidades, hayan salido hombres inquietos socialmente, políticamente. El mismo Concilio recuerda que uno de los deberes más graves de la hora actual es la educación cívica y política; y que aquellos hombres que tengan capacidad para ese arte noble de la política, se cultiven, se preparen. La Iglesia pues; no se avergüenza de que el origen de muchos políticos y de muchos agrupados, organizados, se haya efectuado ese origen en la reflexión de la palabra de Dios. Pero la Iglesia se conserva ella idéntica, como el hogar, como la madre cuando educa a sus hijos y se van. Ella sabe con alegría que les ha dado esa conciencia, esa responsabilidad y van al mundo a buscar opciones concretas de las cuales ellos son los responsables.

También desde esta identidad de Iglesia, sin confundirse con las organizaciones, la Iglesia defiende el derecho de organización. Es un derecho humano. Nadie puede prohibir a un hombre que se organice con quien quiera, con tal que los fines que busca sean honestos y buenos; sean para sobrevivir; sean para tener pan para sus hogares; sean para mejorar de condiciones; la Iglesia defiende y lo ha hecho gracias a Dios, ese derecho de organización. Otro servicio insustituible de la Iglesia -defendemos en la carta pastoral- es el apoyar las justas reivindicaciones que cualquier organización promueva. No es necesario que se llamen cristianos. Basta que una organización busca un fin justo..., la Iglesia apoya, porque su deber es defender la justicia del Reino de Dios y si hay un reflejo del Reino de Dios en un grupo humano, la Iglesia sabe que allí es Dios el que le está pidiendo su compromiso para defender esa justicia que hay allí. [173] Así como también otro servicio de la Iglesia: la Iglesia por ser única puerta suya, el Evangelio, y no otra fuerza; desde el Evangelio la Iglesia tiene el deber y el derecho de denunciar la injusticia, lo malo, el pecado que se encuentra en cualquier organización, aunque se llame cristiana, la Iglesia no está comprometida con ninguna, para decirle, eso está mal hecho, eso es pecado, eso lo denuncio, eso lo repudio y gracias a Dios la Iglesia lo ha hecho. Aquí en la Arquidiócesis ha sido su deber, defender lo justo y reprochar lo injusto. Pero para poder prestar este servicio y sobre todo este otro, el servicio de incorporar las inquietudes de los hombres que buscan la justicia, que buscan reivindicaciones en la tierra, incorporarlos a la gran liberación de Cristo, a la gran redención.

La Iglesia le dice a todo hombre y a toda organización que busca un fin noble o justo, está bueno, pero no basta, incorpóralo a la redención cristiana. Si no te liberas del pecado, que es lo que Cristo vino a romper -las cadenas del pecado-; si no te promueves hasta hacerte hijo de Dios por la gracia y por la santidad; si tu liberación prescinde de Cristo y solamente confía en ideologías de la tierra..., tu liberación no es completa. Yo te quiero servir, llevándote de la mano hacia la verdadera redención; hacia el verdadero destino; hacia la vocación integral del hombre. Este es el gran servicio de la Iglesia. Y por eso, para poder prestar este servicio, para poder tener estas relaciones con las organizaciones de la tierra, con los grupos de los hombres, la Iglesia tiene que ser muy dueña de sí misma. La identidad de su Iglesia. Así como un médico -comparaba Pablo VI en su primera encíclica: *Ecclesiam Suam*-, cuando va a curar una zona apestada, para no apestarse él, se inmuniza porque si no él también acabará enfermo, ¿y de qué sirve un médico apestado con los apestados? Por eso él, así como la Iglesia tiene que ir, inmuniza con su propia identidad. Por eso la Iglesia no puede confundirse con ninguna ideología u organización de la tierra para poderles dar a las organizaciones de la tierra su verdadero servicio de Iglesia, como el médico da su verdadero servicio de sanar enfermos inmunizándose él también para no ser un enfermo. No digo que las organizaciones todas sean enfermas, pero es una comparación para decirles cómo la Iglesia, prestando estos servicios, lo primero que tiene que hacer, y eso es lo que hacemos en nuestra carta pastoral, definir bien cuál es su misión.

Por no alargarme más, no les leo las páginas 21 y 22 del folleto de la carta pastoral, ustedes mismos lo van estudiar, donde tomando palabras del magisterio de la Iglesia dice cómo un grupo de hombres que cree en Cristo, acepta su doctrina y manifiesta esa aceptación incorporándose a su Iglesia por el bautismo; alimenta su vida cristiana con la palabra de Dios y manifiesta con los signos sacramentales la confesión, la comunión, su incorporación, su encuentro con Cristo. ¡Eso es Iglesia! Un grupo de hombres que se alimenta de esa palabra de Dios, que se alimenta de esa Eucaristía, como ustedes han venido hoy a la misa, ¡eso es Iglesia! Aquí [174] en la Iglesia el domingo, hermanos, el que me ha escuchado con sinceridad, sin perjuicios, sin odios, sin malas voluntades, sin intenciones de defender intereses que no se pueden defender; el que me ha escuchado aquí, no puede decir que yo estoy haciendo sermones políticos o sermones subversivos, todo eso es la calumnia nada más. Me están escuchando en este momento y estoy diciendo lo que siempre he dicho. Lo que yo quiero decir, aquí en el público de la Catedral, es qué es la Iglesia. Y desde esa Iglesia apoyar lo bueno, felicitarlo, animarlo; consolar a las víctimas de los atropellos, de las injusticias; y también con valentía denunciar el atropello, las torturas, el desaparecimiento, la injusticia social, eso no es hacer política. Eso es construir Iglesia y cumplir el deber de la Iglesia desde su propia identidad. Yo siento la conciencia bien tranquila y es mi llamamiento a todos ustedes para que construyamos la verdadera Iglesia, y a esto nos ayuda precisamente la palabra que se ha leído hoy.

El Evangelio de San Mateo está siendo la lectura que nos da la pauta para todo este año. No lo descuidemos este pensamiento. Domingo a domingo, venimos a leer un pedacito del Evangelio de San Mateo, y para comprenderlo mejor tomamos una idea que lo ilumine en el Viejo Testamento. Hoy ha sido Ezequiel el que ilumina maravillosamente el problema que Jesucristo trata en el Evangelio de Mateo y las epístolas de los apóstoles, que van siendo como deducciones directas de ese magisterio de Cristo para comparar, entonces, que

el Evangelio, iluminado por el Viejo Testamento, comentando por las Cartas de los Apóstoles, es el que llega hasta nosotros para darnos la idea de que esta Iglesia, de la Arquidiócesis de San Salvador, de 1978, es la misma Iglesia que Cristo anuncia en su Evangelio, la Iglesia que los profetas anunciaron y que los apóstoles enseñaron a los primeros cristianos.

Este es el inmenso honor que yo siento, hermanos. Y por eso, me da gusto que prevalezca el ambiente positivo a mi predicación y que sea escuchada esta palabra con el deseo sincero de conocer y de construir entre nosotros la verdadera Iglesia de Cristo, en 1978, aquí en El Salvador. Les decía -y me da también mucho gusto saber que muchos que oyeron esto, están pidiendo el esquema del Evangelio de San Mateo, que es la lectura de este año- no esperen que se trata de un libro, se trata de un esquema, una hojita. Y quienes tienen la Biblia de Jerusalén, les aviso que allí está, en el principio de los Evangelios dice: introducción a los Evangelios sinópticos, busquen allí el Evangelio de Mateo y allí encuentran el precioso comentario que dice que el Evangelio de San Mateo se parece, es un drama en 7 actos sobre la venida del Reino de Dios. Va describiendo y poniendo los capítulos que corresponden a cada estrofa, a cada acto de este precioso drama. Cuando habla del 5.º acto, dice que allí en esos capítulos, del 16 al 18 del Evangelio de San Mateo, se habla de los comienzos del Reino de Dios en esta tierra, en su grupo de discípulos con Pedro como jefe. Primicias de la Iglesia, cuyas reglas de vida se esbozan [175] en el discurso comunitario. Hoy precisamente, el pasaje tomado del capítulo 18 es parte del discurso de Cristo sobre la comunidad.

Recuerden que el Evangelio, más que una biografía de Cristo, es la reflexión de las primeras comunidades sobre la enseñanzas de Cristo; y que los apóstoles escribieron como fruto de esas reflexiones los discursos que recordaban de Cristo, pero reflexionados ya en comunidad. Es precioso, entonces, saber que este capítulo 18, es el fruto de la primera comunidad cristiana y que nos está marcando cómo era la Iglesia que brotaba como de su fuente, de Cristo recién creada esa Iglesia. Allí habla de la humildad que deben tener sus pastores. Peleaban los apóstoles quién era el más grande -el pleito jerárquico de siempre- y Cristo les dice no, aquí el que quiera ser grande, hágase como niño. Servidor de todos. La autoridad en la Iglesia no es mandato, es servicio. Y el que no se haga como un niño en el cristianismo, sencillo, no puede entrar en el Reino de los Cielos.

Qué vergüenza para mí, pastor, y les pido perdón a mi comunidad, cuando no haya desempeñar como servidor de ustedes mi papel de obispo. No soy un jefe, no soy un manda más, no soy una autoridad que se impone. Quiero ser el servidor de Dios y de ustedes. Y es en ese ambiente en que Cristo está llamando a la autenticidad, cuando este discurso de cómo debe ser la comunidad. Yo puedo sacar de las tres lecturas el título de la homilía de hoy-, como el resumen del discurso de Cristo: la Iglesia, comunidad profética; la Iglesia, comunidad sacramental; y la Iglesia, comunidad de amor. Esto es la Iglesia. Si no la entendemos así, no sabemos lo que es la Iglesia de Cristo. Estas tres características son como el resumen de las tres lecturas de hoy.

Les digo en primer lugar que la Iglesia que Cristo quiso es una comunidad profética. Dice el Concilio, comentando este pensamiento (Lumen gentium 12), el pueblo santo de Dios, participa de la función profética de Cristo difundiendo su testimonio vivo sobre todo

con la vida de fe y caridad. Ven todos ustedes, hermanos, son el pueblo profético, un pueblo que Dios ha organizado para difundir el testimonio vivo de su doctrina. El mismo Concilio, cuando habla del matrimonio de ustedes los seglares, dice que el matrimonio -la vida de familia- es una situación propicia para desarrollar este sentido profético del pueblo de Dios, porque viviendo santamente los esposos en relación con sus hijos son como una pequeña Iglesia y desde ella, con sus virtudes, animan a la santidad a la sociedad; así como también reprochan lo malo, lo injusto, lo pecaminoso del mundo. No hay reproche más grande para una sociedad pecadora que una familia santa. Un llamamiento, pues, de parte del pueblo de Dios, de parte de la palabra divina para que todos los que estamos haciendo esta reflexión, miembros de una familia, nos propongamos hacer de nuestro hogar, de las relaciones de ustedes los casados con su esposa y con sus [176] hijos, un modelo de testimonio de amor, de santidad, de justicia, de caridad, en medio de un mundo egoísta, pecaminoso, violento.

No hay cosa más necesaria en esta hora de violencias y de terrorismos que los hogares santos, que transpiran amor. La misión profética, pues, es una obligación del pueblo de Dios. Por eso cuando con cierto tono de burla me dicen que yo me creo profeta, les digo: ¡bendito sea Dios! ¡Si tú también tienes que serlo!, porque todo cristiano, todo pueblo de Dios, toda familia, tiene que desarrollar un sentido profético: dar un sentido de la misión de Dios en el mundo. ¡Traer una presencia divina que reclama, que rechaza! Supongamos, dice el Papa Pablo VI -en la exhortación sobre la evangelización del mundo actual-, supongamos que un grupo de cristianos se proponen vivir con autenticidad del Evangelio en que creen, ese grupo por sí solo, ya es un gran interrogante en el mundo. ¿Qué clase de gente es esta, qué esperan, qué aman, quiénes son? Y así comenzó el cristianismo. Allá en Jerusalén, nos dice el libro de los Hechos de los Apóstoles, se iban agregando, porque los veían cómo se amaban, cómo alababan a Dios. La comunidad donde no había desigualdades sociales, donde el que tenía compartía con el que no tenía, y donde no se avergonzaba nadie de ser pobre, ni nadie se enconchaba por ser rico. Este testimonio de la caridad y del amor: la comunidad profética anunciaba con su sola presencia lo que Dios quiere de los hombres cuando nos ha hecho sociables.

Pues todo esto, queridos hermanos, es lo que yo encuentro en las lecturas de hoy. La primera lectura es maravillosa -el profeta Ezequiel-, se dice que pocos hombres se han adentrado tanto en el misterio de Dios como este profeta, que hasta parecía anormal. Ven como no es una ignominia que lo tengan a uno por loco. Al profeta Ezequiel lo tenían por loco, y era porque se había adentrado tanto en el mundo de Dios, que los hombres lo sentían anormal. ¿Quiénes son los anormales, los que se han apartado tanto de Dios que a los que tratan de buscar a Dios les parecen anormales, o los que se normalizan en el centro de la vida que es Dios? Pues este profeta Ezequiel, loco para el mundo, predica el gran misterio que han escuchado hoy: una parábola. El capítulo 33 de Ezequiel es quizás de las descripciones más bellas de la misión profética que Dios quiere confiar a los hombres. La parábola es esta: si Dios permite la guerra contra un pueblo, ese pueblo nombra centinelas que estén vigilando cuándo viene el enemigo, y cuándo se acerca, suena el cuerno. Costumbre de aquel tiempo, la trompeta. Y en la ciudad, oyen la trompeta. El que la oye y se prepara a defenderse no morirá; como tampoco morirá el centinela, porque cumplió su deber. Pero el que oyendo al centinela no le hizo caso, morirá; pero el centinela salva su responsabilidad. Y al revés, dice la parábola: si el centinela descuida su deber, no toca la

trompeta, entra el enemigo y a los que están preparados no los vence; pero el centinela sí es responsable de su negligencia, y si por negligencia del centinela, también [177] mueren otros descuidados en el pueblo, todos son condenados: centinela y pueblo. Ahora aplica el profeta a su propia misión: así, yo soy el centinela. El profeta es un centinela, un vigía, y cuando Dios dice: malvados convertíos, el profeta tiene que ser trompeta de Dios para decir: malvados convertíos. Y si el malvado no se convierte, se perderá; pero el profeta salvará su responsabilidad. Y si el profeta no grita, el malvado se perderá por su culpa. Pero yo, dice Dios, pediré cuenta también al profeta, porque no clamó, no fue trompeta, no fue vigía.

Esta misma parábola encontramos en el Evangelio, donde Cristo dice: si tu hermano comete un error, no te quedes negligente, vete a hablar tú solo con él; si lo corriges, lo has ganado para Dios. Si no te escucha, llama testigos; testigos de tu diligencia y testigos de la obstinación del que se equivoca. Y si ni tampoco te oye ante testigos, entonces, dilo a la comunidad; dilo a la Iglesia y la Iglesia lo tendrá como gentil y publicano. En el lenguaje de Cristo estas dos palabras eran decir: sea tenido como excomulgado, no pertenece ya a esa comunidad, por su obstinación.

Aquí encuentro, queridos hermanos, la explicación de que la Iglesia tiene una misión profética. ¿Por qué tiene que invertir un profeta entre Dios y el malvado? ¿Por qué una comunidad es llamada como testimonio, para que si no oye a la comunidad sea echado fuera? Aquí encuentro dos grandes explicaciones, que yo quiero que las tengan muy en cuenta, la primera es como puede existir un pecado social. Muchos se escandalizan, dicen que el pecado es personal y no social. Ciertamente la Biblia de hoy lo ha dicho: el malvado se perderá por su culpa, pero ha mencionado también una corresponsabilidad en el profeta que no anuncia. Todo hombre que deja pasar las injusticias, sobre todo si las puede evitar; toda familia donde se alcahuetea con el egoísmo y no se pone el sentido cristiano de la vida; todo hogar que no se santifica como Dios quiere que se deba santificar y están viviendo en pecado se han contaminando, se han hecho cómplices, se ha hecho el pecado social y cuando ya el ambiente -como en El Salvador- se hace tal, que hasta se decreta una ley para conservar el orden. ¿Qué orden?, el orden de la injusticia, que no se toque, que se mantenga así la situación, que no se denuncie, porque eso es meterse en política. Está El Salvador en un pecado institucionalizado que llamó Medellín (interrumpen aplausos). ¡Muchas gracias! Lo cual indica, la actitud de ustedes, de que estamos de acuerdo en que la Iglesia no puede callar. Sus pastores tenemos que hablar. Todos tenemos que ser pueblo profético, llamar, pero fíjense en la intención de este profetismo.

Ezequiel, si ustedes siguen leyendo adelante en ese capítulo 33, les dice a los hijos de Israel, sus paisanos: no sean pesimistas, ustedes han dicho Dios nos ha abandonado por nuestros pecados, ¿quién nos puede salvar? El profeta levanta el espíritu y dice: Dios también dice, no quiero la muerte del pecador, si no que se convierta y viva. Soy un Dios de [178] perdón, soy un Dios que quiere lo justo, soy un Dios que reclama, sí, y castiga; pero también un Dios que está dispuesto al perdón. Y hermanos, aquí quiero invocar también el recuerdo de ustedes, que han tenido la bondad de seguir mi pensamiento ya por más de un año, siempre que ha habido un atropello, siempre que hemos denunciado algo, terminamos llamando a conversión, ¡conviértanse los pecadores! Cuando celebrábamos el funeral del P. Grande -asesinado- aquí en Catedral, decíamos, ojalá nos estén escuchado

quienes lo mataron y en su cueva de asesinos les llamamos, ¡conviértanse que el Señor los ama, los está esperando! Jamás el odio, jamás el resentimiento en la denuncia del profeta. El pueblo profético de Dios, no puede odiar, tiene que amar. El pueblo profético, como dice el Evangelio de hoy, busca al que se equivoca para ganarlo para Dios; y el profeta que está hablando de los castigos del centinela negligente, está elogiando también la misericordia del Dios que llama.

Por eso, queridos hermanos, sobre todo ustedes mis queridos hermanos que me odian, ustedes mis queridos hermanos que creen que yo estoy predicando la violencia, y me calumnian y saben que no es así, ustedes que tienen las manos manchadas de crimen, de tortura, de atropello, de injusticia, ¡conviértanse, los quiero mucho, me dan lástima, porque van por caminos de perdición!

Ahora bien, el segundo pensamiento es este: la Iglesia, comunidad sacramental. Toda esta misión de la Iglesia, entre los intereses de la tierra -lo decimos en nuestra carta pastoral-, no es para perderse entre las cosas de la tierra; porque entonces, dice el Papa, la Iglesia perdería toda su fuerza. La Iglesia no anunciaría la verdadera liberación de Dios, comprendiendo las reivindicaciones de los pobres que piden pan, de los analfabetos que piden letras, de los pobres en la miseria; la Iglesia también se haría una miserable, pero sin dar esperanzas de perdón y de levantarse.

Precisamente la Iglesia lleva una misión trascendencia, la visión de Dios no se puede olvidar nunca, y aquí está el signo de la comunidad. Queridas comunidades, las que he tenido la dicha de visitar y las que no he podido visitar, pero sé que viven -en esta semana he recibido cartas tan bonitas de comunidades cristianas, no sólo de la Arquidiócesis, sino de otras diócesis que han puesto su confianza en esta palabra de Dios-, les agradezco profundamente y les digo: mantengan esta esperanza, mantengan esta esperanza, mantengan esta señal sacramental de la Iglesia; sean comunidades que luchan por las reivindicaciones justas, pero que no se olvidan nunca de lo único que nos puede dar la fuerza y la inspiración, que es Dios.

Y por eso, el Evangelio de hoy nos da la pauta. ¿Qué dice Cristo mismo? Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. ¡Gracias Señor! porque donde hay una comunidad que se pone [179] a reflexionar en tus palabras, con sinceridad religiosa, allí estás Tú, Cristo bendito, liberador de los hombres. Cómo no me va a llenar el corazón de esperanza una Iglesia donde florecen las comunidades eclesiales de base. Y por qué no voy a pedir a mis queridos hermanos sacerdotes que hagan florecer comunidades por todas partes: en los barrios, en los cantones, en las familias. Porque donde dos o tres se reúnan en mi nombre, allí está el signo sacramental. Aquí la Catedral es ahora presencia de Cristo. El protagonista de esta mañana es Cristo Nuestro Señor. Él está dándonos testimonio de que no sólo la hostia consagrada, sino todos ustedes y yo formando una comunidad; y allá donde un grupo de cristianos, en torno del aparato receptor de su radio, están meditando esta palabra, como palabra de Dios, allí está Cristo, aquí está Cristo. ¡Bendito sea Dios que no vamos solos!

Por eso la comunidad Iglesia es sacramental. ¿Qué es un sacramento? Señal visible, de una realidad invisible. Lo visible son los rostros de ustedes, muchos ya conocidos; el saludo

cariñoso que nos damos a la salida, todo eso es la comunidad visible; pero lo invisible, el rostro que no vemos pero en el cual creemos y que descubrimos a través del rostro de cada uno de nosotros, es Cristo Nuestro Señor. Hay otra realidad en esta comunidad sacramental, cuando Cristo dice: cuando dos de ustedes se pongan de acuerdo en pedir a mi Padre una cosa, mi Padre del cielo se los concederá. ¡Qué cosa más bella! La comunidad, signo de la voluntad de Dios, porque Dios sólo concede lo que se pide, según su voluntad. Y voluntad de Dios, cuando se reflexiona en la comunidad. Qué distinto es de lo que muchos quisieran que se considerara voluntad de Dios. Muchos quisieran que el pobre siempre dijera: es voluntad de Dios que así viva; y no es voluntad de Dios que unos tengan todo y otros no tengan nada. No puede ser de Dios. De Dios es la voluntad de que todos sus hijos sean felices. Cuando dos o tres se pongan de acuerdo en pedir a Dios, Dios lo concede. Es la comunidad de amor. La voluntad que unifica en Dios. Qué hermoso saber que esta mañana, también nuestra oración, nuestra misa, será escuchada por Dios, porque estamos más de dos. La Catedral está llena, para pedirle al Padre unidos a Cristo, lo que nuestra sociedad necesita. Hagamos, por eso les dije al principio de la misa, una hora de esperanza, nuestra misa dominical.

Y en tercer lugar, la presencia de un Dios que acepta o rechaza. Si después de llamar al que peca, tú solo o con testigos, no te hace caso, díselo a la comunidad; y si a la comunidad no le hace caso, sea tenido como excomulgado. Separado. Y aquí es donde usa las palabras que dijo a Pedro: «Todo lo que atareis en la tierra, quedará atado en el cielo. Y todo lo que desatareis en la tierra, desatado quedará en el cielo». Fíjense en esto mucho, queridos hermanos, como una prerrogativa del Papa, no es exclusiva del Papa. Dios la da para todo el pueblo de Dios, pero el Papa es la máxima expresión de ese privilegio. A Pedro le dijo en un sentido exclusivo: lo que tú ates en la tierra, será atado en el cielo. Y [180] ahora le dice a la comunidad: lo que ustedes, unidos con sus pastores, consideren error, ese error, la infalibilidad, el juicio, lo pronunciará el Papa; pero es para todo el pueblo de Dios que goza también de estas prerrogativas cuando está en comunión -comunidad- con sus pastores. Esto hay que tenerlo muy en cuenta para saber que en cada Diócesis, el Obispo en comunión con el Papa, es el signo de la unidad, de la verdad.

Y finalmente, queridos hermanos, digamos una palabrita sobre esta segunda lectura de hoy, para decir que la comunidad Iglesia, es una comunidad de amor. Cuando el Concilio dice, bellamente hablando del pueblo de Dios, las características del pueblo de Dios, dice, tiene por cabeza a Cristo Redentor. Como condición la dignidad y la libertad de los hijos de Dios; y tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros. Y como fin la dilatación cada día más del Reino de Dios en la tierra. No se podría decir en palabras más hermosas, la identidad de nuestra Iglesia la debe caracterizar el amor. Diríamos como la constitución, que debe ser respetada en El Salvador, porque es el alma de la nacionalidad. La Constitución de los cristiano es una sola palabra: el amor.

Y por eso dice San Pablo, el que cumple con el amor, cumple toda la ley, porque no robarás, no matarás, no harás mal a otro, todo eso está comprendido en una sola palabra: «Amarás a tu prójimo». Si hubiera amor al prójimo, no existieran terrorismos, ni represiones, ni egoísmos, ni desigualdades tan crueles en la sociedad, ni secuestros, ni crímenes. El amor es la síntesis de la ley. No sólo la síntesis, es lo que le da un sentido cristiano a todas las relaciones humanas. Por eso, aun a aquellos que se llaman ateos, pero

cuando son humanos están cumpliendo con la esencia de la relación que Dios quiere entre los hombres: el amor. El amor planifica todos los deberes humanos; y sin amor la justicia no es más que espada. Pero con amor, la justicia misma se torna en abrazo de hermanos. Sin amor, las leyes son difíciles, represivas, crueles, policiales; pero cuando hay amor, saldrían sobrando los cuerpos de seguridad, no existirían las torturas, no las cárceles, no habría ánimo para golpear. Queridos hermanos, esto es la Iglesia. Por eso esta comunidad profética, esta comunidad sacramental, esta comunidad de amor, es la que tenemos que construir. Esto es lo esencial de mi predicación.

Pero sería una predicación teórica si no tratáramos de enfocar, desde esta realidad Iglesia y precisamente viendo nuestra interioridad Iglesia, también nuestro exterior: el marco en que nuestra misión de Iglesia tiene que desarrollarse para ver si de verdad realizamos nuestra Iglesia profética, nuestra Iglesia sacramental, nuestra Iglesia de amor.

En este sentido, mirando hacia el interior de nuestra Iglesia, quiero alegrarme con la concelebración de nuestra Arquidiócesis, el martes de [181] esta semana, y quiero agradecerle a los queridos sacerdotes que participaron y a las comunidades, porque expresamos nuestra solidaridad con el nuevo Papa. Con el nuevo Papa también tenemos que estar solidarios en las intenciones que él va marcando. Por ejemplo: en esta semana el Papa pidió mucha oración para que la reunión de los dirigentes del Medio Oriente con el Presidente de Estados Unidos, llevara a una paz de aquella tierra de Nuestro Señor Jesucristo, no se sabe cuáles con los logros, pero la oración de los cristianos de este pueblo de Dios sacramental puede alcanzar gracias, para que esos grandes de Estados Unidos y del Medio Oriente encuentren caminos de paz.

Vamos a alegrarnos también en la interioridad de nuestra Iglesia, con los 25 años de vida sacerdotal de nuestro querido hermano, Monseñor Rivera Damas, el 16 de septiembre a las 10 de la mañana en Santiago de María, su Diócesis, se va a celebrar una misa de acción de gracias. Tendré el gusto de participar en ella.

Quiero alegrarme también, porque va en este camino de la nueva Iglesia del amor, de la profecía y del sacramento, la convivencia del domingo pasado de la fundación de Promoción y Vivienda Mínima, en el décimo aniversario. No creía que estuviera tan avanzado el sentido comunitario de esa gente. No sólo se trata, les dijo el P. Ibáñez, de resolver el problema de la casa, lo mismo que hacemos casas podíamos hacer sombreros o zapatos, lo que interesa es crear el amor, la comunidad; y se sentía de verdad una familia, felices por tener sus casitas, pero jamás que todo, felices por amarse como una nueva comunidad. Son testimonios de nuestra Iglesia. ¡Bendito sea Dios!

Quiero alegrarme también, con el testimonio que católicos de la parroquia de El Rosario de la Paz, han dirigido para decir que el P. Rafael Barahona, está dedicado exclusivamente a su trabajo pastoral. Nunca ha sido mencionado por quienes lo conocen como un subversivo, como se le quiso calumniar.

También quiero agradecer, me están escuchando allá, en el Municipio de Santa Fe, Depto. de Ocotepeque, Honduras, el grupo de cristianos que vino el domingo pasado y la

bonita carta de don Rafael Humberto Pinto, celebrador de la palabra, que nos ha dado mucho ánimo en nuestra misión de la Iglesia del Arzobispado.

Como Iglesia también, no podemos sentirnos alejados de los problemas persecutorios en la hermana Iglesia de Nicaragua. El Gobierno expulsó al P. Pedro María Belsunigui y al P. José María Pacheco. Un soldado golpeó brutalmente al capellán del ejército, P. Donaldo García. La Guardia Nacional entró violentamente en la iglesia de Santa María de los Ángeles en Managua, y disparó contra la fachada de un colegio de P. Salesianos [182] y se llevó presos a dos religiosos. La Iglesia ya amenazó con la excomuniación, y no se rían de la excomuniación los que no creen en la Iglesia, porque acabamos de decir que entre los signos sacramentales de la Iglesia, tiene ese poder. La comunidad que expulsa a un cristiano, Dios también lo tiene por expulsado, y el pueblo también siente que sanciona, expulsado del pueblo a quien atropella así como lo hemos dicho aquí también, cuando hemos tenido casos similares.

La revista de la Comisión Internacional de Juristas, publicó las conclusiones de su investigación sobre la violación de los Derechos Humanos en El Salvador. Es sincero su testimonio, entre otras cosas dice: «Durante 1977 y 78, la Comisión Internacional de Juristas ha recibido numerosas denuncias de fuentes creíbles, relatando cientos de casos de violaciones a los Derechos y Libertades fundamentales, virtualmente en todos los casos, las víctimas han sido líderes obreros o políticos, campesinos y trabajadores, hombres y mujeres por igual. Las acusaciones van desde el asesinato, violación, tortura hasta el arresto y desaparecimiento de los detenidos, afirmando las autoridades no haberlas llevado a cabo». Es largo el informe y por falta de tiempo no leo otros detalles que son bien comprometedores para la figura de nuestra patria.

El Señor Ministro de Justicia, ha declarado la inquebrantable decisión del Gobierno de garantizar la libertad de expresión, dejando al criterio de los directores de los medios de comunicación la autocensura. Tal vez podríamos decir con la poesía: «¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza».

Informes (interrumpen aplausos), informes del Ministerio de Educación, señalan en el país más de millón y medio de analfabetos, lo que equivale a un 37% de nuestra población. ¿Cómo va a quedar indiferente también nuestra Iglesia, con las lluvias que ha provocado esta semana inundaciones en las colonias de Monserrat, América, San Esteban, Costa Rica, San Juan, Centro América y barrio San Miguelito, Concepción, Santa Lucía, Urbanización Universitaria, Reparto Santa Fe, Colonia San José? Si hemos dicho que la Iglesia es una comunidad de amor y de caridad, yo invito a mis queridos hermanos cristianos, a las comunidades, hacerse presentes en estos lugares de sufrimientos y ayudar a los hermanos en necesidad y en emergencia.

También les invito a leer en Orientación, la página de Solidaridad y vean allí la intención con que queremos estar unidos a todos estos sufrimientos. Y cuando se habla del peligro comunista, que francamente no lo podemos descuidar ante la situación de Nicaragua, yo quisiera recordarles también, queridos hermanos, que ciertamente, no somos marxistas, somos antimarxistas por principio de Evangelio; pero queremos recordar también, que la verdadera lucha contra el marxismo consiste en eliminar [183] las causas

que engendran el marxismo. En cambiar el medio de cultivo en que éste se desarrolla, en ofrecer una alternativa que los sustituya. Es fácil clamar contra el marxismo y señalar marxismo en todas partes; y ciertamente el peligro de Nicaragua es grande, pero yo digo también hermanos, estos lodos son de aquellos polvos y a tiempo estamos tal vez de poner la medicina en la raíz: una sociedad más justa que no sea ambiente propicio para el marxismo es el mejor antimarxismo (interrumpen aplausos)...

Sufrimos y nos hemos alegrado también, con el secuestro y el apareamiento de Gloria Magdalena Querlet Batarsé, en Santa Ana. La policía la rescató, pero sus padres tuvieron que pagar ¢ 15.000.00

Queremos solidarizarnos también, con la angustia de la Sra. de Matsumoto que está ofreciendo ¢ 50.000.00 para quien le dé razón, siquiera del cadáver de su esposo, por razones de orden religioso. Según su religión tiene que interceder la cremación -quemar el cadáver- para considerarlo como muerto. Y también dice, porque no quiero regresar a mi patria sin llevar las cenizas de mi querido esposo. Comprendamos esta situación y ojalá, pues, no se sea tan cruel. ¡Porque alguien sabe! Tal vez me está escuchando el que sabe el ministerio. ¡Manifiéstelo!

Nos acercamos a la fiesta de la Independencia en este ambiente. Orientación pública en su página de Solidaridad, 99 casos de desaparecidos, a los cuales hay que sumar ya otros cinco. El Comité de Reos Políticos, Madres de Reos Políticos y de Desaparecidos, quiere celebrar la fiesta de la Independencia, pidiendo una Amnistía, la Iglesia lo ha hecho y se solidariza con una fiesta de Independencia que de veras sea signo de libertad para muchos hogares donde no hay ningún bienestar.

Quiero aclarar también, porque una noticia de la Prensa Gráfica ha traído alarma, cuando se trata de la repartición de los ¢ 100.000.00 que la familia Monedero tiene que dar a los familiares de desaparecidos y presos políticos, la comisión encargada está terminando ya el estudio, para dar justamente a cada uno de los conocidos y señalados por la misma, los que secuestraron al Sr. Monedero, su proposición. Si salió una declaración del Comité de Madres, que ellas van a recibir su proporción para crear un fondo común, no quiere decir que a ellas se les va a entregar todo. Creo que queda claro, pues, esto.

Y a propósito de esta Amnistía, queremos alegrarnos con la República Dominicana, donde ya esta semana se concedió una Amnistía que beneficia a 200 prisioneros y se derogan también tres disposiciones anticomunistas, y abre las puertas de la Patria a los exiliados. También el presidente de México proyecta dar una ley que beneficiará a un millar de presos políticos, desaparecidos y exiliados que han denunciado en México. [184] Se ha pedido al Papa, desde que se celebró en Argentina el Campeonato de Fútbol, una intercesión, firmada por 26.000 personas, para que se logre también una Amnistía en aquel país del sur, en Argentina.

Los conflictos laborales también siguen atropellado el derecho de agrupación. Queridos hermanos, no es por escándalo, por espectacularidad, que la Iglesia profética tiene que decir el ambiente en que se desarrolla; sino porque es su deber, porque si el profeta no clama: malvado, conviértete, el malvado puede perecer, pero el profeta también perecerá por no

haber clamado su palabra profética. Y para que el Señor Jesucristo, el profeta eterno, nos dé la fuerza para seguir viviendo una Iglesia cada vez más inserta en la realidad, para ser de verdad comunidad sacramental de este pueblo; comunidad profética de estas realidades y sobre todo comunidad de amor que nos conglutine en el Señor, vamos a celebrar la Eucaristía. Allí está el alimento de esta comunidad que no se confunde con otras organizaciones, pero que servirá a todas las organizaciones conservando su identidad profética, sacramental y de amor. Así sea... [185]

La Iglesia, comunidad de amor
24.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 17 de septiembre de 1978

Eclesiástico 27, 33-28, 9

Romanos 14, 7-9
Mateo 18, 21-35

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

Han escuchado tres pasajes de la Sagrada Escritura: uno, escrito por un gran experto del conocimiento de la sabiduría de los israelitas, es el libro del Eclesiástico. Otro, brotado de los mismos labios de Cristo, la hermosa parábola del perdón y el comentario de San Pablo para la comunidad cristiana.

Estamos en el pasaje evangélico en que Cristo nos está ofreciendo los perfiles de la comunidad cristiana -estamos todavía en el capítulo 18 de San Mateo- y es allí donde uno de los perfiles que caracterizará a los que se congregan como seguidores de Cristo en la Iglesia, es precisamente el perdón. Pero el perdón no es una debilidad, es fuerte. San Pablo nos presenta otro conflicto en la comunidad, el que él llama entre los fuertes y los débiles, y que en los tiempos modernos se traduce entre progresistas y conservadores. Sobre estos dos conflictos: el perdón y la violencia del odio, el progreso y la tradición, debe reinar una cosa dice la Biblia [186] hoy: el amor. Titulemos pues, nuestro pensamiento esta mañana como el domingo pasado: «La Iglesia, comunidad de amor». Y los tres pensamientos serán: el problema de la violencia y del perdón; 2.º) el conflicto entre los tradicionalistas y los progresistas y 3.º) la clave de solución: la trascendencia del amor.

Para comprender mejor, o mejor dicho, para enmarcar este pensamiento tan actual, para que nosotros que somos la comunidad cristiana de 1978, la misma comunidad que Cristo creó hace 20 siglos y que va pasando por la historia entre conflictos y realidades de este mundo, yo quisiera hermanos, como de costumbre, y no por una manía de salirme del Evangelio, sino para encuadrarlo en la realidad, que tuviéramos en cuenta dos notas de nuestra semana actual: la Iglesia misma, hechos vivenciales de nuestra Iglesia, de nuestras comunidades en la Arquidiócesis o en la Iglesia universal; y esta Iglesia que se construye en la modestia, en el amor, en la sinceridad de estos hechos concretos, miradla en el marco profano -digamos- los hechos que nos circundan, así ha sido siempre la Iglesia. Ella es fermento en la masa, su preocupación tiene que ser mantenerse como fermento y fermentar

la masa. Ella ha sido puesta por Cristo como luz para iluminar las tinieblas del mundo. Por eso sus dos grandes cuidados deben ser esos: mantenerse como luz brillante y luego irradiar hacia las tinieblas. Una Iglesia no puede consistir únicamente en cuidarse a sí misma, como aquellos que viven preocupados únicamente de su salud y nunca tiempo para hacer nada, porque están cuidando su salud. La Iglesia cuida su salud, pero no con egoísmo, sino para estar fuerte, sana y servir. La Iglesia tiene por objeto servir, «como mi Padre me envió al mundo, así yo os envío al mundo. Id por todos los pueblos a servirlo en sus problemas; a iluminarlo en sus dificultades; a fortalecerlo en sus debilidades; ayudarle a resolver con la luz del Evangelio sus problemas». Y así tenemos hermanos, que nuestra Iglesia en esta semana, construyéndose a sí misma, no digo que estos son los únicos rasgos, yo no hago más que sacar de la rica espiritualidad de nuestra Iglesia, unas cuantas demostraciones sencillas que nos dan una idea de que esta Iglesia no es un cadáver, no es un museo, sino que es vida, que está caminando por el mundo.

Así puedo informarles que esta semana se reunieron en Costa Rica los obispos presidentes de Conferencias Episcopales de todo Centro América, todavía no tengo noticias del resultado de esa reunión, pero sin duda que se preocuparon con el arzobispo de Managua del grave problema de Nicaragua, para enfocarlo desde la competencia jerárquica. Ellos no van a tratar asuntos políticos ni diplomáticos, van a tratar la iluminación pastoral de la fe, sobre ese acontecimiento, porque ahí tiene que ser la Iglesia fermento y luz de Nicaragua. [187]

En esta semana también, hemos celebrado en Santiago de María, y la próxima lo celebrarán en San Esteban Catarina, el 25 aniversario sacerdotal de Monseñor Arturo Rivera Damas, obispo de Santiago de María. Ayer tuve la dicha de compartir con aquella comunidad diocesana el cariño, la oración, la gratitud para con su Pastor. Al proclamar la palabra, di el mensaje sacerdotal diciendo que si la Iglesia vive y predica hoy en el mundo la misma doctrina de Cristo, y se puede decir fiel seguidora de Cristo, es gracias al sacerdocio. Que el sacerdocio inventado por Cristo es como el enlace entre la persona de Cristo resucitado y viviente en la Iglesia, y la Iglesia concreta que predica sobre las necesidades de los pueblos. Y que gracias al sacerdocio, esa doctrina eterna se hace luz concreta en cada circunstancia, y el sacerdote es como la credencial de que Cristo está presente en la comunidad Iglesia.

He tenido también, la oportunidad y felicidad de visitar varias comunidades religiosas en esta semana. Con motivo del 14 de septiembre, que es la fiesta litúrgica de la exaltación de la Santa Cruz, visité las hermanas pasionistas que dirigen el colegio de la Divina Providencia, y desde allí agradecí el trabajo eclesial que esa congregación de la Pasión está llevando en el colegio Santa Gema de Santiago de María y la casa de Pastoral de San José Villanueva, exhortándoles a seguir fieles a ese carisma de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; porque la Cruz es dolor, pero es secreto de éxito, de pascua, de resurrección.

Ese mismo día, celebraban también nuevas consagraciones vocacionales las religiosas de la Santa Cruz -es una rama de la Congregación del Buen Pastor- y que es una fuerza de oración y de sacrificio y de penitencia, que están dándole vida a nuestra Iglesia local. Les agradecí en nombre de todos ustedes y les exhorté a que siguieran siendo fuerza de nuestra vida eclesial, y una cosa... sentí que se destacaba en esa visita y quiero transmitirselas como

un testimonio de lo que es la verdadera penitencia y el verdadero amor a Dios: no es triste. En pocos lugares he encontrado tanta alegría, pero así efusiva, como entre las hermanitas de la Santa Cruz. Sé que me están escuchando y les digo de nuevo: las felicito, porque esa alegría es señal del verdadero Dios, ustedes también me dijeron una palabra de mucho aliento, y es que notan en mi serenidad la marca de Dios. Gracias a Dios que esa alegría, esa serenidad, esa paz, va con la conciencia cuando uno sabe que está cumpliendo su deber. Yo les deseo a todos la alegría de las religiosas de la Santa Cruz.

También visité en esta semana, comunidades parroquiales como Panchimalco, que ese mismo día 14 de septiembre celebraba la fiesta de la Santa Cruz, que allá llaman la Santa Cruz de Roma. Y les dije que me sentía muy feliz de celebrar la vigilia de nuestra fiesta patria en aquella iglesita colonial donde parece que convergen las tres grandes líneas de nuestra idiosincrasia nacional: el indígena y, en la Iglesia colonial, España [188] con su fe, que nos trajo el cristianismo; y el 15 de septiembre, que nos recuerda nuestra vida nacional, no llamaríamos independencia, pero sí que marca en la historia un punto de partida hacia una verdadera independencia. Cantamos al terminar el himno nacional y les diré también, que pocas veces se siente tan profundo el espíritu de la verdadera patria, como cuando aquella gente que llenaba la Iglesia, en un ambiente tan histórico, canta: «Saludemos la Patria, orgullosos de hijos suyos podernos llamar...», y le pedí al Señor de veras, el santo orgullo de ser salvadoreños, el día en que tengamos de verdad una patria que sea alegría y felicidad de todos los que en ella hemos tenido la dicha de nacer.

También en la colonia Dolores, que celebra como patrona la Virgen de Dolores, su fiesta es el 15 de septiembre, celebramos allí junto a la Virgen y a la Cruz, la oración por nuestra nación y por aquella parroquia fervorosa de Dolores. Dolores también es el nombre de otra parroquia que va a tener hoy su celebración en Apulo. También para allá nuestro saludo y dentro de poco también nuestra participación en el fervor de aquella piedad popular.

En Cuscatancingo, donde el P. Julio Orellana prepara una comunidad fervorosa, también el domingo pasado participamos la alegría de aquella vida comunitaria. En el Calvario de Santa Tecla, ha habido cambio de párroco, desde el jueves el párroco es el P. Francisco Javier Aguilar, jesuita, que va a sustituir al P. Eduardo Orellana.

En este marco de comunidades parroquiales, yo quiero denunciar el abuso que se ha cometido en el cantón San José Primavera Primera, de la parroquia de San Martín, donde miembros de ORDEN que se han metido en la mayordomía de la ermita, se han posesionado de ella y han celebrado una fiesta a espaldas de la autoridad de la Iglesia, con un sacerdote disidente. Quiero recordar a todas las comunidades cristianas que la Iglesia es jerárquica y que solamente las celebraciones autorizadas y presididas por sacerdotes legítimos son verdadero culto de Dios. Otro culto, así, clandestino, como el que celebraron allí, puede valer para la piedad de los que no se dan cuenta del manipuleo, pero ciertamente quienes manipulan una circunstancia, haciendo de la religión una política, pecan gravemente ante Dios y orientan mal a la comunidad. No fue pues, verdadera celebración.

Esta semana también los laicos han celebrado dos acontecimientos muy importantes: allá en Ayagualo, el Club Serra, una convención centroamericana, caballeros y señoras de diversos países de Centro América, para estudiar el problema que ellos toman como tema

de su trabajo: las vocaciones, el sacerdocio. Yo les agradezco y les felicito. También una comunidad de jóvenes: Unión Latinoamericana de Juventud Ecuménica, se ha reunido en Planes de Renderos, para hacer reflexiones también, [189] muy propias de la juventud. En ambas reuniones tuve la dicha de participar y de llevarles el mensaje de la Iglesia y las esperanzas que tenemos en ustedes los seglares.

Quiero avisar también a los jóvenes que el próximo viernes 22, en el seminario San José de la Montaña, va a tener lugar un encuentro que durará tres días para jóvenes que sientan inquietudes por la vocación sacerdotal. Entérense pues, en el seminario San José de la Montaña, los jóvenes que quieran tener conocimientos de esta materia tan importante como es la vocación sacerdotal y allí se les atenderá con todo gusto.

Esto es parte, hermanos, de la Iglesia que peregrina aquí en la Arquidiócesis de San Salvador. El marco en que nos movemos, puede señalar muchos hechos dolorosos, esperanzadores, tristes o alegres; cada uno de ustedes tiene mucho que contar en esta semana. Por mi parte yo quisiera destacar en esta semana en que hemos celebrado el 15 de septiembre, que la alegría superficial con que lo sabemos celebrar, no nos ha dado idea de la tragedia horripilante de nuestros pueblos que se llaman independientes.

Fijémonos principalmente en Nicaragua, nuestra hermana nación, Nicaragua. Escuchamos el llamamiento del señor Arzobispo, Monseñor Obando. Se trata ya de una verdadera guerra civil, se combate en Diriamba, Masaya, Jinotepe, Peñas Blancas, Chinandega, Estelí, Granada, Rivas, etc. El Presidente decreta Ley Marcial para toda la República; la Guardia ametralla y bombardea indiscriminadamente aun a pobladores pacíficos que huyen; se ataca con aviones y tanques; se ataca también hasta a miembros de la Cruz Roja, respetados internacionalmente; se habla de que unos 15 años por lo menos, serían necesarios para recuperar lo que se está perdiendo. La voluntad del pueblo es clara: no quieren al actual presidente. Pero éste ratifica su capricho de permanecer y es necesario entonces, escuchar ese clamor del pueblo. Hemos dicho antes que, como obispos, no somos los técnicos de la política; pero como pastores, sentimos el dolor y la sangre de tantos hermanos de un lado y de otro. Y pedimos al Señor, y a ustedes les pido de manera especial en esta misa y en sus oraciones de estos días, pedir para que se resuelva este conflicto y que en vez de más sangre, vaya volviendo la paz.

Tengamos en cuenta una cosa, hay quienes quieren agrupar, de un lado la legitimidad de un gobierno; y de otro lado, una insurrección que la titulan comunista. Yo quiero decir que ese es precisamente uno de los argumentos mentirosos de la Seguridad Nacional. No todo es comunismo. Sabemos que en aquel pueblo hay muchas personas decentes, imparciales en sus juicios, que están apoyando a ese pueblo y que forman parte también de esta hora de insurrección. De manera especial yo quiero mencionar, por ser familia de una persona que colabora mucho con nuestra Iglesia, [190] la muerte de don Gustavo Adolfo Argüello, por quien les pido hoy también una oración. Nadie puede decir que se trata de un comunista y que, derrocando al actual Gobierno, no va a haber quien gobierne más que comunistas. Nicaragua tiene capacidades y lo que la Iglesia ha reclamado siempre: abrir los cauces democráticos para que todos los que tienen capacidades de buscar el bien común de un pueblo, encuentren por dónde caminar.

Hermanos, no seamos indiferentes, porque mañana puede ser de otro modo el paisaje. Y la Iglesia tiene que mantener siempre su justicia, el orden con que reclama en nombre de la justicia de Dios. Oremos para que todos los gobiernos de Centro América, comprendan la lección y sepan a tiempo que estas situaciones son el producto de las represiones, de las violencias institucionalizadas y de todo aquello que la Iglesia viene denunciando hace tiempo, aun cuando la llamen a ella también comunista. Está señalando la llaga, y está diciendo a quienes todavía tienen tiempo: no vayamos a sufrir y los que ya están sufriendo, todavía también pueden salir de esas situaciones, aun dejando tantas huellas horribles de sangre.

También ha marcado esta semana de la Independencia, el domingo pasado en Santa Ana, la represión de una manifestación que deja muertos, heridos y capturados; lo mismo en Zacatecoluca.

También la asamblea y la concentración estudiantil en la Universidad Nacional, por la protesta de exámenes parciales. Hay también horas de violencia.

Hemos lamentado también hoy, muchos hechos que nos vienen a la memoria, pero ciertamente ayer nos estremecían las noticias con el asesinato del Dr. Rubén Alfonso Rodríguez; el ametrallamiento de la embajada norteamericana; el asesinato en Soyapango de los jóvenes Miguel Ángel Flamenco Solís, Rubén Orlando Platero; las noticias bastante ambiguas, nuestra oficina de información emitirá un boletín esta semana para decir la versión desde nuestras investigaciones, en honor a la justicia y a la verdad.

Se recibe una carta de una mujer afligida, de Portillo del Norte, donde Adrián Serrano desaparece desde agosto y la nota triste del campesino que dice: «Desde el 2 de agosto fue capturado por la Guardia Nacional, a las 11 de la mañana en el caserío Las Cañas, dándole con rumbo a Chalatenango y que días no se sabe de su paradero. Ya hemos buscado en muchas partes. Los cuerpos de seguridad de Chalatenango, de San Salvador, nos dicen que no saben nada de él». Qué angustia la de los desaparecidos. Por eso, un comité Pro-Libertad de Presos Políticos, que quiere interpretar este dolor, se presenta a la Asamblea esta semana para pedir la amnistía de 65 reos juzgados por la Ley del Orden Público, y también para pedir noticias del paradero de 101 personas desaparecidas a las que se van agregando otras y otras. [191]

De Nicaragua también, refiriéndose al caso del P. Salesiano, nos llega de su autoridad, del P. Pacheco, una aclaración de los acontecimientos, que son muy distintos de como los presenta la noticia pública. Declaramos, dice al final, que después de tantos cateos y de clara conducta del P. Pacheco y demás salesianos en la actuación exclusiva de su misión salesiana, debía haber resultado evidente para la Guardia Nacional y demás autoridades gubernamentales, la no ingerencia en política de los mismos, en ninguna forma y en ningún momento. Que la presencia del P. Pacheco en la Magdalena, fue de asistencia supletoria para proveer a las necesidades religiosas de los fieles. Que no consta del encuentro de tales armas y literatura subversiva en la mencionada parroquia. Termina el manifiesto protestando por estas tergiversaciones de la verdad.

Tengo muchas otras cosas, queridos hermanos, pero no quiero cansarlos. Ustedes pueden leer en la página de Solidaridad de Orientación, muchos hechos. Y ustedes saben también muchas cosas. Pero por eso precisamente, invocando el conocimiento de ustedes, surgiendo nada más cuántas injusticias; así como también cuántos dolores, como las enfermedades que se anuncian y el sufrimiento de muchas personas, nos deben de dar la inspiración, el impulso, para tratar de hacer de nuestra comunidad-Iglesia una reunión de cristianos que sienten y que tratan de compartir todas estas cosas.

Por eso, el pensamiento bíblico de esta mañana lo he querido catalogar así: como un conflicto entre la violencia y el odio, por un parte; y el perdón, el amor por otra parte. La primera lectura, nos recoge toda la sabiduría de la Biblia, para decir que la ira, el rencor, no son buenos; que del vengativo, se vengará el Señor. Y yo quiero aprovechar este mensaje de la Sagrada Escritura, para decirles nuevamente que estudien y reflexionen nuestra carta pastoral sobre la Iglesia y las organizaciones políticas populares. La tercera parte trata precisamente el juicio de la Iglesia sobre la violencia; y las páginas sagradas de la Biblia hoy, nos está diciendo que cuando la Biblia aconseja el perdón, la benevolencia, la paz, está señalando el ideal de los cristianos; pero que no es una cobardía, no es una evasión de los valientes, que quisieran huir para refugiarse en una cobardía. En mi carta pastoral, yo digo: «todo hombre tiene un potencial de sana agresividad con que la naturaleza lo ha dotado para superar los obstáculos de la vida. El valor, la audacia, el no tener miedo a los griegos, son virtudes y valores notables de nuestro pueblo que han de ser incorporados a la vida de la sociedad, no para segar vidas, si no para construir derecho y justicia para todos, pero especialmente, para quienes hoy parecen marginados de esos bienes». Yo recuerdo también, como los documentos de la Iglesia dicen, que el cristiano ama la paz, pero no porque no pueda combatir, sino porque la paz es mejor. El cristiano es pacífico, dice el documento de paz de Medellín, es pacífico y no se ruboriza de [192] ello; no es simplemente pacifista, porque es capaz de combatir, pero prefiere la paz a la guerra. Sabe que los cambios bruscos y violentos de las estructuras, serían falaces, ineficaces en sí mismos y no conforme ciertamente a la dignidad del pueblo. Pero también, así como defendemos ese valor humano de la agresividad, del valor, le decimos que como toda pasión, tiene que ser educado. La agresividad que todo hombre lleva, puede hacer de él un criminal o un santo, y los santos, no era que no tenían agresividad. El verdadero cristiano no es un cobarde, y cuando es necesario sabe combatir; pero sabe orientar por lo principios de la paz, del amor, del perdón gran fuerza de esa agresividad, y por eso hay una violencia que se llama la violencia de la no violencia. Es la que enseñó Cristo cuando dice: «cuando te golpean una mejilla, vuelve la otra». No es cobardía. Creo que por experiencia, cualquiera puede hacerlo, de que al golpear a otro, al agredir a otro, lo que espera es una repuesta de agresión violenta. Y si en cambio recibe una sonrisa, un perdón, una compresión; es más fuerte quien ha sido golpeado, que quien ha golpeado. Por eso decían que los mártires, no era que les faltara también el valor cuando se dejaban matar; sino que desde su situación de víctimas eran más fuertes y ganaban la victoria de los perseguidores.

¿Dónde están las manos manchadas de tanto crímenes? Son miedosas. No se conoce gente más miedosa que aquellos que son criminales. Es que no está allí el desarrollo de la personalidad humana. Por eso el Señor en la Biblia nos enseña esa fuerza de la no agresividad, del perdón. Pero, hermanos, yo quiero decirles también en honor a la verdad y a esa potencia que el hombre lleva, que también la agresividad, hay momentos en que es

justicia y virtud saberla usar. En nuestra carta pastoral, ponemos dos casos: el caso de la defensa ante una injusta agresión. Uno que es agredido injustamente, tiene derecho a defenderse: es la violencia de la justa defensa. Pero tiene sus condiciones: que la defensa no exceda el grado de agresión injusta; por ejemplo: si basta defendernos con las manos, no es lícito disparar un balazo al agresor. Otra condición, que se acuda a la violencia proporcionada, sólo después de haber agotado los medios pacíficos posibles. Cuando un agresor, no atiende a las razones que el agredido trata de darle y sigue la violencia injusta, entonces el agredido, cuando ha agotado todos los medios pacíficos, tiene derecho a la violencia en legítima defensa. Dicen que la guerra es la última razón.

Y otra condición, tercera, que la defensa violenta no traiga como consecuencia un mal mayor que el se defiende. Por ejemplo, si por defenderme de un injusto agresor, voy a hacer una violencia mayor o voy a originar una injusticia mayor, entonces, prevalece el bien mayor. Y el otro caso, que es parecido también, pertenece a la doctrina tradicional de la Iglesia, aquí no hay nada nuevo en lo que van a escuchar ahora, y no tienen por qué escandalizarse. Únicamente los documentos modernos de la Iglesia lo han puesto al recuerdo de las situaciones actuales de los [193] hombres de hoy. En la carta pastoral, lo recuerdo este principio así: el documento de Medellín sobre la Paz, citando un texto de la Encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI -hay dos grandes respaldos pues, el Papa y los obispos de América Latina-, mencionan la legitimidad de una insurrección en el caso muy excepcional de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país, ya provenga de una persona, ya de estructuras evidentemente injustas, este es el principio. Pero inmediatamente, tengamos en cuenta las condiciones. Advierte también la Iglesia el peligro de engendrar con ello nuevas violencias, nuevas injusticias, nuevas ruinas, lo cual haría también condenable el derecho de insurrección. Me van a decir ustedes pues, dice y no dice. Dice claramente, pero pone las condiciones de la verdadera moral. Y eso es lo difícil. El caso de Nicaragua por ejemplo, el mal será grande, ¿cuál será más grande? Allí es el criterio, la conciencia del hombre y del pueblo, la que tiene que juzgar a la luz de estos principios de la moral cristiana.

Hermanos, así como hay estas violencias permitidas, la violencia por lo general no puede ser un instrumento para la conquista de la justicia. Por eso en la carta pastoral también se reprueban con la Iglesia, las violencias institucionalizadas que en una manera ya organizada están violentando la situación del pueblo. Y al lado de esa violencia, también la represiva del Estado, que está provocando también en el pueblo la violencia que después se quiere detener. La violencia por la violencia no puede ser el instrumento y tiene que ser medida en su gravedad. Por eso, también quiero recordar que el ideal de la Iglesia y del cristiano, es lo que hoy nos ha recordado la palabra de Dios, pero no como un recurso a la debilidad, porque también en las lecturas de hoy hemos encontrado que Dios también usará la violencia de su ira y de su justicia ante aquellos que no merecieron el perdón. El perdón supone en el otro arrepentimiento. El perdón supone en el otro una conversión, un cambio de conducta, y cuando el hombre ha cambiado y busca arrepentido al Señor, el Señor usa entonces la violencia de la no violencia: la misericordia, el perdón, el abrazo de paz. Es hermoso, también, encontrar dos enemigos que se han reconciliado, pero esa reconciliación supone en el corazón un dominio más fuerte, como es dominar la ira, la agresividad, el rencor. Por eso, el ideal del perdón que hoy nos predica la Sagrada Escritura, tiene que ser

como la estrella que en este ambiente de violencia; pero no para justificar lo que no puede justificar, sino para reclamar la conversión de quienes tienen que convertirse para que haya paz y perdón.

Al terminar la carta pastoral, hacemos un llamamiento a todas las fuerzas vivas del país: a los que tienen la potencia del dinero; a los que tienen la potencia del poder; para que no lo usen en la violencia institucionalizada o represiva; a los que tienen la potencia de la [194] intelectualidad y de la capacidad de organizar, para que dialoguen y sepan usar esa fuerza que han conquistado, al servicio de esa concordia y de ese perdón y de esa paz. Llamamos también a los que no tienen o a los que tienen poco, para que no hagan consistir sus reivindicaciones, en las violencias sangrientas, sino en la presión justa que debe de hacer también la justicia, ante la injusticia.

Este es el ideal hermanos, para que vean pues, que la predicación de paz que la Iglesia hace en un mundo de violencias, no es cobardía, ni evasión; sino que sabe enfrentarse con la realidad y la situación para decirle a los hombres tentados a la violencia en nuestro ambiente. ¿Quién no es tentado a la violencia en este ambiente de violencia? ¿Qué familia que le secuestran a un padre de familia, a un hermano, a una esposa, no siente el odio, el rencor, la violencia, contra los que han cometido esa injusticia? Así también el pobre, oprimido durante tanto tiempo, un pueblo incomprendido con los cauces de su derecho de participación en el bien común, cerrados y oprimidos, siente la tentación de la violencia. No es malo el sentir la pasión y la tentación, lo malo es no educar esos sentimientos. Y en la carta pastoral, también condenamos a aquellos que han hecho ya de la violencia, una mística, una religión y piensan que las cosas no se pueden arreglar más que por la violencia, les decimos que no es el camino de la racionalidad y que todas esas manifestaciones de violencias irracionales, no pueden ser aprobadas por Dios.

Queridos hermanos, creo que se entiende bien pues, el pensamiento de la Iglesia y que nos invita en la luz de la palabra de Dios, a meditar los grandes valores positivos de la agresividad humana que todos llevamos, pero que nunca es tan bella que cuando la usamos para perdonar o para pedir perdón; para reconciliarnos; para arreglar las cosas por las buenas; para que ya no se derrame sangre; para que desaparezca esa figura fea de nuestra patria, que no la hacemos, sino que es.

Por eso, el segundo pensamiento es otro conflicto que surgió también en las comunidades primeras del cristianismo. Se trata entre los que San Pablo llama débiles y fuertes. Posiblemente se refiere la Carta a los Romanos, de aquellos que se convirtieron al cristianismo viniendo de tradiciones judías o gentiles religiosas. Y decían que cierta carne no se podía comer y por eso se alimentaban con verduras. En cambio otros, que ya habían superado y habían comprendido con San Pablo que la salvación viene por la fe en Cristo y no depende de esas obras de religiosidad, despreciaban a los tradicionalistas; y los tradicionalistas se escandalizaban de esos progresistas, tal como hoy. Lo malo es radicalizarse, ponerse a los extremos y pensar: sólo lo mío es bueno, y el otro dice, sólo lo mío es bueno; y así existen hoy movimientos en la vida religiosa que quieren como asumirse, adueñarse del monopolio de Cristo, del Espíritu Santo. Y [195] San Pablo es cuando habla en nombre del Espíritu Santo para darles la solución que viene ya en mi tercer pensamiento, tomando de las tres lecturas y enfrentando estos dos conflictos: conflicto

violencia- perdón; conflicto progresistas y conservadores. Para darles un hombre nada más, la solución, la clave de solución, nos dice la palabra de hoy, está hoy en el perdón y en las razones de ese perdón. ¿Cuáles son esas razones? Recojámoslas como fruto de esta reflexión.

La primera lectura nos presenta la dependencia que tenemos de Dios. Tú, que dependes de Dios en tu salud, ¿cómo le pides salud a Dios si no perdonas a tu hermano? Es una lógica, porque Dios dice que amemos al prójimo y si no lo amamos, ¿cómo le pedimos a Dios a quien tenemos enojado por el rencor? Otra razón: todos necesitamos de la compresión misericordiosa de Dios. ¿Cómo la vas a tener, dice el apóstol, si tú no la tienes para con los demás cuando no perdonas, cuando vas por venganza a matar a otro a golpear a otro? Otra razón -que bien nos serviría esto, la fragilidad de nuestra vida-, eres carne, quiere decir, eres cosa transitoria y así, viendo tu fragilidad y la del otro, ¿piensas hacer un absoluto de la ofensa que el otro te hace y un absoluto de tu venganza? Si eres frágil, lo lógico, es tratar tu breve vida con el amor con que Dios quiere que vivas, sabes perdonar. Otra razón muy valedera de la primera lectura: piensa en tu fin, en la muerte, en la corrupción. Cuando un hombre por más agresivo y violento que sea muere, ¿qué es un cadáver encerrado en cuatro tablas? Toda la potencia de un hombre que conquistó reinos, o que mató gentes, ahí está: es nada, es polvo, es ceniza. Piensa eso, dice la Biblia, y dominarás tu rencor.

También la primera lectura nos dice: recuerda los mandamientos. Recordemos que hay con Dios también, una obligación y entre los principales preceptos que lo resumen todo, están los dos del amor. «Amarás a tu Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo». Y el odio es la destrucción de ese mandamiento. Y hay otra razón que pasa casi desapercibida pero que es de un gran valor. Recuerda la alianza, ¿qué es? Es el pacto que Dios hizo con el pueblo. Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Esto lleva a que todos los que forman el pueblo se amen. No se destruyan en el odio, en la violencia. Recordemos este pacto que yo les voy a recordar dentro de poco con el cáliz consagrado en mis manos. Esta es la sangre de alianza, del pacto, entre Dios con los hombres. Ustedes, pueblo de Dios, que le vienen a ofrecer a Dios ratificando su alianza de fe, prometan también que se van a amar, que se van a perdonar. Y la gran medida que nos da el Evangelio, en la parábola del Señor que perdonó a un gran deudor y ese deudor que no supo perdonar a su pequeño deudor. Frente a Dios, somos deudores imposibles de salir en la deuda. Quien ha ofendido a Dios, no merece más que el castigo eterno. Y si Dios me perdona esa deuda eterna, [196] infinita, ¿por qué yo no voy a perdonar a quien no me ha cometido una ofensa eterna, por más grave que sea?

El Padre Nuestro es un reclamo continuo de este gran pensamiento: «Perdónanos como nosotros perdonamos». ¿Cuántas veces tal vez no podemos rezar el Padre Nuestro, si somos sinceros, porque no sabemos perdonar?

Y por último, la razón que da San Pablo y que es como la síntesis de todo mi pensamiento, donde San Pablo nos dice hoy: «Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte, somos del Señor; para esto murió y resucitó Cristo, para ser Señor de vivos y muertos. San Pablo está recordando aquí que aquellos que dejan de comer carne en ciertos días por respeto a su religión -que todavía

les quedan unos resabios- lo hacen por Dios, que lo respetemos y que el fuerte que ya superó y que cree de verdad que se salva en Cristo, lo hace por Cristo y por Cristo también él, come carne. Entonces dice: no se desprecien unos a otros, los dos lo hacen por el Señor. Así también, dos que pelean por un conflicto, unos defienden una cosa y otros otra, lo malo está en olvidarse de ese tercero, cuando solamente se pelea por el egoísmo, por lo mío, por mi capricho, entonces sí, no puede valer la razón siempre. Pero si los dos en conflicto lo hacen por Dios -y aquí hay una gran lección, hermanos- las diferencias que existen en nuestra Iglesia, que bien se resolverían con este principio: tú, en tu movimiento carismático; tú, en tu movimiento de cursillos de cristiandad; tú, en tu comunidad catecumenal; tú, con tus pensamientos tradicionalistas; tú, con tus pensamientos progresistas, ¿por qué lo haces? ¿Defiendes eso por tu comodidad? Entonces vas mal, esa no es la razón. ¿Lo haces por servir a tu Dios con sinceridad? Pues hazlo y trata de comprender a los otros que lo hacen por Dios. Este es el pluralismo de veras, de la Iglesia. En la Iglesia no todos podemos pasar igual. Pero lo que sí debemos de hacerlo igual, por Dios, por Cristo, para Él vivimos y para Él morimos. El que vivió y murió y sigue siendo por nosotros, por todos.

En Cristo Jesús, se realiza la paz de los hombres. Ojalá tanta sangre, tanto odio, tanta violencia, tantas diferencias, tantas divisiones entre los hombres las resolviéramos mirando todos hacia aquél que en la Cruz crucificó las diferencias y los odios y las violaciones de todos los hombres. Y permitió que en su cuerpo descargaran como relámpagos, todas las iras y todas las violencias de los hombres, para que mirándolo a él, los hombres supieran usar su agresividad traduciéndola en bondad, en perdón, en alabanza a Dios Nuestro Señor.

Celebremos la Eucaristía hoy, queridos hermanos, con esta gran petición: Señor, mira nuestros pueblos, mira nuestra hermana Nicaragua desangrándose, mira las divisiones dentro de nuestra misma Iglesia, mira [197] Señor cuánto crimen, cuánta violencia a nuestro alrededor. Queremos ser la Iglesia comunidad de amor. Que nada apague este fuego, Señor, que tú quisiste encender y que se encenderá cada día que te miremos a ti clavado en la cruz y en tu comprensión de brazos abiertos, sepamos perdonar, sepamos amar, sepamos abrazar a todos los hombres. Así sea (Aplausos). [198]

La crisis del Reino de Dios
25.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 24 de septiembre de 1978

Isaías 55, 6-9

Filipenses 1, 20c-24, 27a
Mateo 20, 1-16

Estimados radioyentes:

Este día 24 de septiembre, nuestra Iglesia honra a la Virgen, bajo un título muy histórico y muy actual: la Virgen de las Mercedes. Bajo ese título, la Virgen inspiró allá en la Edad Media, una orden de hombres generosos, que ante el problema de la esclavitud, en las

cárceles de los musulmanes, se organizaron para ir a redimir cautivos, y además de llevar grandes cantidades de dinero, que recogían en Europa para este fin, habían hecho un voto de quedarse ellos mismos prisioneros en lugar de los cautivos, para que ellos adquieran la libertad. Es una página muy gloriosa del esfuerzo de la Iglesia por la libertad de los hombres. La defensa de los Derechos Humanos no es cosa de hoy, sino que siempre ha sido cosa del Evangelio. Saludamos pues, desde aquí, a los prisioneros, porque este día es considerado, el día de la Patrona de los centros carcelarios. Se honra hoy a la Virgen con oraciones, en esos centros donde se sufre mucho.

La Virgen de Mercedes, presente hoy en el sufrimiento de las cárceles, iluminando quien sabe qué crueldades; dando consuelo a los que lejos [199] de su familia sufren aislamiento inhumanos, es todo un símbolo para nuestra hora. Ayer, tuve la oportunidad de celebrar la Santa Misa y conferir la confirmación a un grupo de mujeres, en el Centro de Reformación de Mujeres, llamado vulgarmente: la cárcel de mujeres. Y la presencia de las religiosas del Buen Pastor, convierte aquel centro en un verdadero hogar de reformación. La presencia de la capilla de la comunidad, le da la presencia de un sol que ilumina unas tinieblas; y la cárcel casi no se siente. Qué hermosa es la presencia de la esperanza cristiana, de la plegaria de la fe; aun cuando ilumina situaciones duras, con tal que sean justas, el prisionero tiene que pagar sus faltas; pero tiene que encontrar allí, una escuela para que lo vuelva a reintegrar a la sociedad. Yo quiero felicitar a las hermanas del Buen Pastor por esa labor que está siendo como un índice de lo que tenían que ser las cárceles en nuestro país; y ojalá ese testimonio de la Virgen, inspirando esa santidad de esas mujeres -las religiosas en medio de las prisioneras- sea una inspiración.

También con motivo de la fiesta de la Virgen de Mercedes, tuvimos en la iglesia de María Auxiliadora, una numerosa comunión de niños, preparada por las Hermanas Mercedarias Eucarísticas, que aquí en El Salvador, nos dan su colaboración en el Colegio Eucarístico; en Centro Educativo de San Martín y en el Colegio Eucarístico de San Vicente. Cuántas generaciones también se han educado bajo el título de la Merced. Vaya también un saludo para ellas, en este día de su patrona, la Virgen de Mercedes.

El domingo pasado, estuvimos en Apulo, en el Cantón que tiene como patrona la Virgen de Dolores. Las Hermanas Carmelitas y el P. Fabián, que administra aquella parroquia, me demostraron en una reunión muy simpática, lo que es una Iglesia que se basa en las comunidades eclesiales de base. Cómo se hace conciencia del cristianismo. Cómo se forma una conciencia crítica desde el Evangelio a las realidades del país. Estos grupos son los que muchas veces se persiguen, se disuelven, se atemorizan; pero puedo asegurarles que se trata de reuniones netamente evangélicas, y el Evangelio naturalmente cuando se absorbe y se digiere, forma condiciones críticas y estorba a los órdenes establecidos, cuando ese orden establecido no es justo, no es evangélico. El Evangelio choca contra las realidades antievangélicas; pero la Iglesia no se puede detener de seguir formando la conciencia evangélica de sus cristianos.

También mucha conciencia cristiana encontré el día de San Mateo, jueves 21, en Santiago Texacuango; donde el P. Teodoro Alvarenga, con la religiosas belgas de San Nicolás, están formando allá una comunidad de mucha esperanza. Las hermanas belgas de San Nicolás, tienen también otra comunidad en Cojutepeque y ese día jueves, pude

saludarlas a todas, y saludar también a la Superiora General que se encuentra de visita en El Salvador -la madre María Javier-, a quien le agradezco la colaboración que [200] las hermanas han venido a prestarnos a tierras muy lejanas de su hogar. ¡Que Dios se lo pague!

En Aguilares, también, se está celebrando hoy una concentración cristiana, donde las religiosas del Sagrado Corazón y el P. Octavio Cruz están fomentando también esas comunidades eclesiales de base que son una fórmula -no digo de hoy-, siempre, cuando el Evangelio es meditado a profundidad, necesita el ambiente de esos pequeños grupos que no tiene nada de subversivos; a no ser la subversión, que es la denuncia, todo lo injusto, así como también apoya todo lo justo, donde quiera que se encuentre.

Desde el miércoles de esta semana, Guazapa comenzó a celebrar su novena en honor de San Miguel, que celebrará el 29 de septiembre. No ha faltado allá el culto. La labor de las religiosas carmelitas, aun cuando fue expulsado injustamente el párroco en los días aciagos de aquel ocupamiento militar de la región, han mantenido el sentido pastoral y tratan de mantenerse en el ambiente netamente religioso y evangélico. A los laicos que se quejan de no tener sacerdote, les recuerdo que estamos haciendo siempre el esfuerzo de que haya sacerdote celebrando lo exclusivamente sacerdotal: la misa, la confesión y todo aquello que no lo pueden hacer las religiosas y los laicos. Y a quienes no están contentos de esta situación, les diré, queridos católicos de Guazapa, ¿qué hacen ustedes? Son Iglesia. ¿Cómo colaboran? ¿O es necesario que el sacerdote también se dedique a construir materialmente templos? Eso no es labor del sacerdote, es de los laicos, que deben sentir como suya la Iglesia y colaborar en aquel campo en que ellos, ustedes los laicos, tienen más competencia que nosotros los sacerdotes. Les suplico pues, ser comprensivos y seguir colaborando mucho con la comunidad que las religiosas fomenta allá.

Quiero reiterar mi felicitación a Monseñor Rivera, por sus 25 años de sacerdocio. Fue propiamente el 19, martes de esta semana, y allá en su pueblito natal, San Esteban Catarina, se dio un testimonio precioso del respeto y del cariño al sacerdocio; y de la unidad de los fieles. Allí tuve también la oportunidad de saludar a los diez sacerdotes vicentinos, que gracias a Dios, están en el pleno ejercicio de su ministerio. Quiero felicitarlos porque durante éste (interrumpen aplausos) -muchas gracias por este aplauso, que no lo ando buscando, sino que ustedes espontáneamente lo dan-, para decirles a los sacerdotes que en la catedral de San Salvador se les comprende. El testimonio de unidad, el cariño sus pueblos, y puedo asegurarles, hermanos, que no son comunistas, son sacerdotes sensibles en lo social -como hemos dicho- y desde las perspectivas evangélicas, hacen los reclamos, que es muy fácil confundirlos con el comunismo. Pero el Evangelio no es comunista, sino que es justo con la justicia social.

También, quiero agradecer al Señor y pedirle a ustedes una oración para que agradezcamos cincuenta años de vida sacerdotal y cincuenta [201] años de presencia redentorista en El Salvador. Tuve también la dicha de concelebrar el 22, con los PP. Eladio Guzneo, Jesús García, Joaquín Mendoza y Félix Palacios, a quienes reitero mi felicitación, por sus 50 años de vida sacerdotal. Que el Señor les pague tanto bien que han hecho en nuestras parroquias y donde la obediencia los ha llevado.

Quiero también expresar aquí la solidaridad de la jerarquía de la Arquidiócesis, con el colegio Sagrado Corazón, que está siendo otra vez objeto de críticas fáciles. Se le acusa de indoctrinación marxista. Se le acusa de criticar tendenciosamente el himno nacional. Qué superficiales son las críticas de nuestros críticos, que se han olvidado, cuando dicen que van a acudir al Ministerio de Cultura para que investiguen ese crimen que están cometiendo con sus niñas, se han olvidado que el mismo Ministerio de Cultura, en el seminario recientemente celebrado, aboga por una educación que forme el criterio de los alumnos, que no sea pasiva, ¡que sepa cuestionar también la historia! El himno nacional no es un dogma y si tiene mucho de hermoso y de verdadero, hay que deducir esa verdad y esa hermosura a la realidad del país, para no estar cantando lo que en realidad no existe y para que la hermosura del Himno se traduzca en las realidades del país. Y la crítica fácil de comunista y de indoctrinación comunista, yo les digo hermanos, eso ya raya.

Y quiero recordar aquí unas palabras muy elocuentes de los sacerdotes y religiosos de Nicaragua, escribiéndole al presidente Carter acerca de la situación de Nicaragua, y al llegar a este punto dicen: «...Para justificar la incambiabilidad de la situación actual, se esgrime, hoy como ayer, el argumento anticomunista. Ya los obispos latinoamericanos nos habían advertido en Medellín que a este tipo de gobiernos les sería muy fácil encontrar aparentes justificaciones ideológicas; por ejemplo: anticomunismo o prácticas, conversación del orden, para cohonestar su proceder. Trágica realidad la del somocismo, que ha despojado a muchos campesinos de sus tierras para que los comunistas no se las quiten; que mantiene bajos niveles de empleo, para que los comunistas no los condenen a trabajos forzados; que practica una competencia desleal con la licencia privada, para que los comunistas no reciban financiamiento; que envía a la cárcel a militares disidentes para que no le hagan el juego al comunismo. En Nicaragua es muy difícil, encontrar un sector social, al cual el grupo gobernante no lo haya atacado de una u otra forma de comunista o instrumento de los comunistas...» Y la carta que va dirigida al Presidente Carter, le dice: «...incluso de su Gobierno, Señor Presidente, se ha dicho aquí en Nicaragua, que está en manos de izquierdistas...» Y yo quiero agregar también que al Papa Pablo VI, cuando escribió la Encíclica *Populorum Progressio*, se le llamó marxismo recalentado. Siempre que se quiere tocar la llaga, donde está la raíz de las injusticias y la falta de paz, es fácil decir: son comunistas. Por tanto, la Iglesia apoya plenamente la labor concientizadora, desde el Evangelio, del colegio Sagrado Corazón. [202]

También esta Iglesia católica, de nuestra Arquidiócesis, se alegra en este día de la Virgen de Mercedes, cuando está terminando una convivencia juvenil en el seminario San José de la Montaña. Muchos jóvenes, ya próximos al bachillerato, están allí reflexionando este gran problema que todo joven tiene que confrontar: ¿para qué me ha dado Dios la vida? Y ojalá la respuesta sea la más hermosa. Ser sacerdote es entregar a Dios una vida, como nos va a decir hoy San Pablo, que es el ideal más bello de la misma vida humana. Ahora, si no tienen vocación, recuerden que también es vocación servir a la humanidad, desde el matrimonio, desde una profesión laical. No hay que mirar las profesiones únicamente como medios para ganar dinero e instalarse política o socialmente. Hay que buscar, como están haciendo ahora los jóvenes, el servicio a la humanidad, el mejor rendimiento de mi vida, no para ganar, sino para servir. ¡Qué hermosa juventud! Desde aquí un saludo de entusiasmo a esas probables vocaciones que nos irán a dar un problema el

otro año, porque no tenemos ya lugar en el seminario donde alojar las muchas vocaciones que el Señor nos está dando. Pero el lugar es lo de menos, la generosidad es lo que cuenta.

Quiero informarles también, desde este momento eclesial de nuestra vida, que la edición de nuestra carta pastoral quedó agotada ya también; y que se prepara una tercera edición, en la cual agregaremos los anexos y el cuestionario para facilitar las reflexiones de los grupos.

Si desde nuestra Iglesia local extendemos la mirada a la Iglesia Universal, encontramos ahora con alegría la figura del Papa, ganando cada día más en simpatía. Ayer fue a tomar posesión de su catedral como obispo de Roma. Ustedes saben que el Papa, además de ser el Pastor Universal, es el obispo de Roma; y como obispo de Roma, su catedral no es la basílica de San Pedro, sino la basílica de San Juan de Letrán, que desde los primeros siglos se consideró como la residencia del Pastor de Roma. En su discurso al presentarse en Roma, donde estuvieron presentes las autoridades civiles, el Papa dijo esto: que como Pastor de la Ciudad Eterna, colaborará por la justicia y la paz de la ciudad -para que vean que no es una justicia inventada para ganar aplausos; sino que es el derecho de la Iglesia y el deber de la Iglesia, de señalar que las fuentes de la paz del mundo no pueden ser envenenadas por la justicia, y que el primer papel de la Iglesia es trabajar donde la Providencia pone a un ministro, llámese Papa o humilde sacerdote rural; trabajar por la justicia, como fuente de la paz. También el Papa recordó a los obispos norteamericanos, que la familia es una piedra fundamental de la Iglesia Católica que no se debe permitir que el divorcio la destruya.

Yo quisiera aprovechar esta noticia para hacer un llamamiento a la organización familiar de nuestro ambiente. Qué hermoso es cuando cada hombre de la Sociedad puede decir: tengo una familia bien organizada. [203] Queridos hermanos, en esto está la base también, de una sociedad más equilibrada, tranquila, justa, ordenada, donde hay familias, fieles y bajo bendición del Señor que da el sentido de familia. No tengo tiempo, pero el discurso del Papa que salió en los periódicos está señalando muchos caminos preciosos para la construcción o reconstrucción de nuestra vida familiar. Y aquí tenemos que trabajar mucho todos, un esfuerzo para hacer de las familias salvadoreñas verdaderas familias cristianas. También el Papa, en otro discurso, insistió en la necesidad de que la Iglesia intervenga presentando y recomendando soluciones a los grandes problemas de la libertad, de la justicia, de la paz; y que los laicos católicos luchen por resolver esos problemas. Hizo una aclaración muy útil: que la liberación política, social o económica que muchos hombres buscan, no coincide con la salvación en Jesucristo. Entendamos bien, en mi carta pastoral les explico que uno de los servicios de la Iglesia es apoyar esos esfuerzos de reivindicaciones del pueblo; y el servicio mejor que la Iglesia presta, es decirles su propio criterio de la liberación y es aquí donde el Papa dice: no coincide, quiere decir, no se mide la liberación cristiana por la liberación terrenal. Pero no quiere que se desentienda, sino que como digo en la carta pastoral, engloba, integra, esos esfuerzos liberadores de la tierra, en la gran liberación cristiana. Les dicen a los que trabajan por un mundo mejor, por una sociedad más justa, todo eso está bueno, pero recuérdense que no todo termina allí. El hombre también tiene una vocación eterna y divina, y si queremos para él, en su caminar por esta tierra, un mundo más justo, no olvidemos que lo definitivo es su liberación trascendente, la que trajo Cristo; a salvar del pecado y a promover en la gracia a los hijos de Dios que han de vivir eternamente libres. En este sentido pues, sí decimos con el Papa, no

coincide una y otra liberación, pero tampoco están divorciadas. De modo que no podemos decir que estamos con el Papa cuando prescindimos de las cosas de la tierra, por estar pensando sólo en las cosas del cielo. El Papa está apoyando también, todos estos esfuerzos de justicia y de liberación en el mundo.

También otro aspecto precioso de nuestra vida católica actual: la Iglesia polaca mandó leer, en todos los púlpitos de Polonia, una carta pastoral firmada por todos los obispos. La vida social de una nación, dicen ellos, requiere apertura y opinión pública. La gente que gobierna los medios de comunicación en ambos países, tiene en mente sólo sus propios intereses, tanto en Polonia, como aquí en El Salvador -podemos decir-, tenemos el derecho y el deber de manifestar nuestra crítica y nuestra opinión; si no se aprecia este esfuerzo de libertad, ello significa -dicen los obispos polacos- que nos tratan meramente como objetos, para que los que han tomado el poder, manipulen a los ciudadanos desprovistos de la posibilidad de pronunciar públicamente sus opiniones.

Miren hermanos, la Iglesia, en cualquier situación -aquí, porque la situación no es comunista, sino capitalista- pero en Polonia, donde la situación [204] no es capitalista sino comunista, en uno y en otro lugar, la Iglesia no se enfeuda ni con el comunismo ni con el capitalismo, sino que proclama la libertad evangélica. Sepan leer los periódicos, les he dicho muchas veces, porque lo que aquí dicen los obispos polacos es triste, que aquellos medios que tienen el deber de informar y de satisfacer ese derecho de información que tiene todo hombre, son a veces instrumentos que se dejan manipular por el poder político o económico para distorsionar, para falsear las noticias que ya no son información, sino que se convierten, eso sí, en política verdadera.

Esta Iglesia, que está construyéndose con esta mística, con esta presencia, aunque sea humilde como la he definido en las realizaciones de nuestra Arquidiócesis, está circundada también por un mundo mucho más gigantesco, parece. Cuántas veces me viene la idea el pobre David, frente a Goliat; la Iglesia es David, pero David le pudo decir a Goliat, cuando se reía de él por su pequeñez: tú vienes a mi apoyado en tus ejércitos y en tus fuerzas, yo voy a ti apoyado en el nombre del Señor, y en el nombre del Señor el humilde campesinito, David, con una pedrada en la frente, derriba la altanería del gigante Goliat. La Iglesia tiene que enfrentarse al gran gigante de todos los tiempos: los ídolos que adoran los hombres. Cómo se realiza... lo voy a decir al final, porque antes, yo quiero que nos fijemos que toda esta Iglesia, de la cual les acabo de hablar como realización concreta, aquí en la Arquidiócesis, en Polonia, en Roma, en donde quiera que esté, es la misma Iglesia que, precisamente este domingo, 24 de septiembre, está leyendo en todos sus templos lo que aquí han leído los jóvenes lectores: Isaías en el capítulo 55; Filipenses en el capítulo 1.º; y Mateo en el capítulo 20. Qué disciplina más hermosa. El Evangelio de Mateo ha sido el alimento de todo el pueblo universal de Dios en este año.

Y como les dije, es un Evangelio preciosamente organizado. He estado mandando a muchas personas que lo han pedido, el esquema del Evangelio que se encuentra en el prólogo de los Evangelios sinópticos, en la edición de la Biblia de Jerusalén. Todos los pasajes que habíamos leído los domingos pasados, se refieren a la Iglesia, Reino de Dios, como comunidad que ya se inicia aquí en ustedes, nosotros, los hombres que creemos en ese Cristo, y lo seguimos; y nos ha dado en esos capítulos, las normas cómo debe de ser

esta comunidad, el jefe que es fundamento: el Papa. Las perspectivas: ahora pasa a una sección ya casi final, el año eclesiástico está terminando también. Los capítulos 19 al 25 de San Mateo nos presentan la crisis que tiene que pasar la Iglesia, Reino de Dios, antes de su establecimiento definitivo. Allí hay parábolas preciosas, como la que ha leído hoy, donde se habla de conflictos de pensamientos, de criterios distintos entre Dios y los hombres. Y terminará todo este pasaje con el discurso majestuoso de Cristo, que se llama discurso escatológico, donde Cristo nos habla del fin de la historia y del principio de la eternidad. [205] Donde Cristo nos habla el juicio final. Venid benditos de mi Padre, porque todo lo bueno que hicisteis a mis pobres, a mí me lo hicisteis. Id malditos al fuego eterno, porque vuestras marginaciones, todo eso que fue desprecio del pobre, a mí me despreció. Ese discurso precioso termina, esta sección que se nos comienza a ofrecer este domingo y por eso yo titularía -ya que acostumbramos así, para dar una síntesis de pensamientos- a mi homilía de hoy: «Las crisis del Reino de Dios». Y al presentar estas crisis en las lecturas de hoy, mi primer pensamiento es: investigar en las lecturas de hoy cuál es el pensamiento de Dios. Lo segundo es: ese pensamiento de Dios, provoca las crisis en los pensamientos de los hombres. Y la tercera idea es esta: San Pablo, en la segunda lectura de hoy, se presenta como el judío que sintió esa crisis, pero que la resolvió en favor del Reino de Dios; y como Pablo, todo hombre ahora es llamado también a resolver su crisis.

Si en esta hora, 1978, no hay hombre con crisis religiosas, no es hombre de su hora. No me extraña que hayan crisis. Muchos ya la resolvieron, como San Pablo. Otros la resolvieron como Pablo las hubiera podido resolver, odiando a la Iglesia. Pero miremos primero cuál es el pensamiento de Dios en las lecturas de hoy. Qué bonito terminaba hoy Isaías: «... mis pensamientos no son como vuestros pensamientos. Como está elevado el cielo sobre la tierra, mis caminos también están elevados sobre los caminos de los hombres...» Y cuando se desenlaza la parábola de Cristo hoy, que nos está avocando a la crisis que va a sufrir él en su propia vida -porque ya en esta sección se comienza a narrar la pasión de Cristo-, Cristo dice ante la crítica de los trabajadores de la viña, que su recompensa es generosa, que no es como ellos piensan como él recompensa a los hombres. Porque ustedes son miserables en sus cálculos, quieren que yo, Dios, no sea bueno. ¿Cuál es el pensamiento de Dios? Está por encima de nuestros pensamientos; y ¡bendito sea Dios!, que Dios no se identifica con el pensamiento de los hombres. Muchos sí, quisieran como dice aquella canción, un Dios de bolsillo; un Dios que se acomode a mis ídolos; un Dios que se contente cómo yo pago a mis jornaleros; un Dios que apruebe mis atropellos. Cómo podrán rezar ciertas gentes a ese Dios, el Padre Nuestro, si más bien lo tratan como uno de sus mozos y de sus trabajadores.

Dios, dice Isaías hoy, se deja encontrar. Buscad a Dios mientras se puede encontrar. Es un Dios que se acerca para que lo invoquemos. Es un Dios que ofrece su piedad; rico en perdón. Queridos hermanos pecadores, yo, el más pecador de todos ustedes quisiera comunicarles esta esperanza y alegría que yo siento en mi miseria, cuando pienso que el Dios que yo adoro es un Dios que me llama a su piedad, que es rico perdón; y por esto trato de acercarme a él; no con altanería ni queriendo que él se baje a mis miserias, sino tratando de arrepentirme de mis pecados y llamando a todos que lo busquen. Como dice Isaías hoy: búsqüenlo, mientras se [206] puede encontrar. Llegará una hora en que ya será demasiado tarde, y yo quisiera esa hora del juicio de Dios, que será terrible para quienes no lo buscaron, cuando se podría encontrar.

Y en el Evangelio de hoy, aparece Dios tomando la iniciativa. Salió a buscar trabajadores. Hermanos, ustedes creen que los que estamos aquí en Catedral es por iniciativa nuestra, claro que sí, porque somos libres y nadie a venido a la fuerza, pero esta es la delicadeza de Dios, que me hizo libre y que detrás de mi libertad, me da su gracia, su atractivo, para que use esta libertad buscándolo a él. Pero la iniciativa de venir a misa parte de Dios, que me dio la libertad y me da también el atractivo para buscar el bien. Que a la Iglesia no se viene a celebrar un mitin, se viene a adorar a Dios. Que a la Iglesia no se viene con curiosidad política, se viene con piedad para buscar a Dios. Dios sale a buscarnos; y a todos los anda buscando. Y qué hermoso saber que a todas las horas de la vida, el Señor anda buscando. Salió a la hora de prima, cuando comienza a amanecer, según el cómputo romano; a la hora de tercia, como a las 9 de la mañana; a la hora de sexta, al medio día; y todavía a la hora de nona, ya en undécima, terminando el día, todavía llama: ven a trabajar, qué están haciendo ociosos allá en la plaza -porque nadie nos ha buscado. Vengan, yo también les voy a pagar lo justo. Y según el sistema laboral de aquel tiempo -injusto, naturalmente- estaba al capricho del patrón pagar lo que quería; y no es esto lo que elogia la parábola. Lo que la parábola quiere elogiar es la iniciativa de Dios y la generosidad de Dios en pagar lo mismo a los de la última hora, que a los que llegaron primero. La recompensa de Dios es generosa y quizá, aquellos que han venido a la hora de prima, se enojan contra Dios porque se sienten dueños de la Iglesia. Nosotros, los buenos, ustedes los malos que acaban de llegar; y quisiéramos que a ellos les pagara menos que a nosotros, que nos sentimos los que hemos hecho a Dios como un deudor de nosotros.

Hermanos, ante Dios -y aquí estamos conociendo a Dios-, el Dios que se nos revela es un Dios que, aunque llame al pecador más grande a la última hora de su vida, el amor con que ese hombre retorna y conoce a Dios -recuerdan a Dimas, el buen ladrón: acuérdate de mí cuando estés en tu Reino, y Cristo a ese ladrón ajusticiado le dice: hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso-, qué rico en perdón y en misericordia es Dios. Ante Dios no tenemos privilegios ni derechos. Si lo hemos servido desde nuestra más pequeña juventud, ¡bendito sea Dios!, hemos usado bien la vida, pero eso no nos da derecho a sentirnos dueños de la Iglesia aunque seamos los obispos; aunque seamos los sacerdotes. Podemos estar más necesitados de la misericordia de Dios, que el pecador que acaba de convertirse y por su amor tal vez está más cerca de Dios, de quien se siente dueño de la Iglesia. [207]

Dios, es bondadoso. Nadie puede juzgar sus iniciativas; apelar a su misericordia; pedir como el buen ladrón, siquiera un recuerdo de Dios, y Dios me dará más que un recuerdo. Estoy tratando de presentarles el Dios de la Biblia. El Dios de las lecturas de hoy; así es nuestro Dios, bendito sea él, que nos ha dado a conocer, cómo llama a todas horas, y a todas las horas está dispuesto a recibirnos. No importa los crímenes que hayamos cometido. Por eso hermanos, vuelvo a repetir lo que aquí he dicho tantas veces, dirigiéndome a través de la radio a aquellos que tal vez son los causantes de tantas injusticias y violencias; a aquellos que han hecho llorar a tantos hogares; aquellos que se mancharon de sangre con tantos asesinatos; a aquellos que tienen sus manos manchadas de torturas; a aquellos que han encallecido su conciencia, que no les duele ver bajo sus botas a un hombre humillado, sufriendo, tal vez ya para morir; a todos ellos, les digo, no importan tus crímenes, son feos, horribles, has atropellado lo más digno del hombre, pero Dios te llama y te perdona. Y aquí tal vez viene la repugnancia de aquellos que se sienten trabajadores de la primera hora.

¿Cómo voy a estar en el cielo con esos criminales? Hermanos, en el Cielo no hay criminales. El más grande criminal que se arrepintió de sus pecados es hijo de Dios ya. La prostituta María Magdalena, cuando lloraba con sus lágrimas sus pecados, la sociedad la seguía señalando: miren, si fuera profeta se diera cuenta quién es el que la está tocando; pero Cristo se vuelve para defenderla, ya no es pecadora, ha amado mucho, se ha arrepentido de sus culpas, ya es Santa María Magdalena. Los pecados del pasado, no cuentan, se deshacen. Por eso la justificación cristiana se llama: renacer. Y así le dijo Cristo a Nicodemo: si no renaciereis de nuevo... Todo hombre que se arrepiente de su culpa deja, como un cascarón viejo, su mala vida pasada y, como una crisálida nueva, la mariposa que nace de nuevo dejando el cascarón, es ya criatura nueva. No tiene nada que ver con lo que dejó el pasado. ¡Bendito sea Dios!, esta es la generosidad de Dios, nosotros no lo podemos comprender, porque sí sabemos decir esto tan cruel: lo perdono pero lo olvido. Eso no es cristiano. Dios perdona y olvida.

¿Cuál es la reacción que produce el pensamiento de Dios? El Dios que se revela tan bueno encuentra en los hombres el conflicto. La parábola dice: se pusieron a protestar contra el amo. Uno de los conflictos más serios de la historia de la Iglesia, es el que aflora aquí en el Evangelio de San Mateo, en esta sección, y que San Pablo tuvo que sufrir en carne propia. Se trata de que Cristo había traído una religión nueva. Y los judíos, que vivían de la religión antigua, predicaban por Moisés, creían que era necesario seguir observando las leyes judaicas; mientras que Pablo y los que predicaron a los gentiles, que no eran judíos, les decían que no era necesario hacerse judío, circuncidarse, guardar las leyes de Moisés, sino creer en Cristo nada más. [208]

Aquí surgió este conflicto que se refleja hoy en la parábola. El objetivo de esta parábola de los trabajadores de la viña, refleja la crisis del primer cristianismo: eran los fariseos, los judíos que se convertían al cristianismo, que se sentían dueños del cristianismo, porque era la Biblia, era Cristo. Y decían que ellos habían venido a adorar al Dios desde las primeras horas del día, se sentían con derechos, en cambio estos gentiles que San Pablo iba encontrando y dándoles a conocer el mismo Cristo, los consideraban como cristianos de segundo orden. Y San Pablo y la primitiva comunidad, decían de que sólo en Cristo hay salvación. Y el judío no se salva por guardar la Ley de Moisés, sino por creer en Cristo. Y el gentil, el pagano, se salva por Cristo. Uno y otro no tienen derechos, más que agradecimiento al Cristo. Y esto lo resolvió la primera comunidad, así como se resuelve la parábola de hoy: pagando igual a todos, es decir, dándoles a conocer el Dios que les acabo de presentar; un Dios que no reconoce privilegios, más que la santidad de cada hombre, venga de dónde viniere.

Para Dios pues, no hay clases sociales; para Dios no hay categorías humanas. La única categoría es creer en Cristo y vivir conforme a esa fe. La explicación, la encontramos en las lecturas de hoy: mis pensamientos no son como vuestros pensamientos. ¿Vas a tener tú envidia porque soy yo bueno?

El conflicto actual de la Iglesia, se parece a aquéllos de antes. Se llaman progresistas o tradicionalistas. Hay quienes tienen una espiritualidad, que solamente piensan en el cielo y todo esfuerzo de la Iglesia en la tierra lo consideran comunista. Hay otros que se preocupan de las cosas de la tierra, pero con tanto anhelo que se olvidan de la trascendencia del cielo.

Los conflictos existen hoy, pero recordemos, hermanos, que la vocación del hombre, como dice el Concilio, es ternura y celestial. Y precisamente la primera lectura de hoy nos da un marco para interpretar esta situación actual.

Cuando Isaías habla de buscar al Dios mientras se puede buscar, no se está olvidando de las cosas de la tierra; al contrario, el marco en que predica Isaías es el destierro, es la exclusión de la patria donde se encontraban los judíos. Ya llega la hora del retorno, ya se va a levantar el exilio. Y les decían: pero no basta retornar a la Patria, es necesario retornar renovados, porque los pecados castiga Dios con las esclavitudes a los hombres. Las esclavitudes de la tierra son fruto del pecado. Para retornar a la Patria, la libertad de Dios, se necesita convertirse de corazón.

Ven entonces, y esto lo pueden ustedes estudiar en la carta pastoral, donde digo que uno de los servicios más importantes que la Iglesia está prestando a las reivindicaciones de la tierra, es incorporarlas y señalarles los fines trascendentes de la liberación. Una liberación que se olvida de [209] ese Dios al que hay que buscar, una liberación que no tuviera en cuenta liberarse del pecado, no sería la liberación de Dios. Y de nada serviría, dicen los obispos de Medellín -para que vean que no son comunistas- de nada serviría cambiar estructuras, gobiernos, situaciones mientras no se cambie el corazón del hombre. ¿De qué sirve manejar estructuras nuevas con corazón egoísta? No tendremos más que nuevos hombres en viejas situaciones. Lo que la Iglesia aboga es renovación interior, trascendencia de miras para buscar la verdadera libertad. Sin esta perspectiva eterna, divina de Dios, de nada sirven, de muy poco sirven las liberaciones de la tierra. Téngalo muy en cuenta para que no digan pues que así predicamos el comunismo, la lucha de clases; sino que estamos predicando la renovación del hombre, la trascendencia de Dios, el amor que nos viene de allá arriba, aunque nos cueste.

Y finalmente, pues, cómo se resuelve esta crisis, estos conflictos. Hermanos, yo quisiera -pero no tengo tiempo, ustedes lo podrían hacer- abrir sus Biblias y completar la lectura segunda de hoy. Sólo se han leído hoy del versículo 15, mejor dicho unos tres versículos de la Carta de San Pablo a los Filipenses. San Pablo está preso, entre cadenas. Allí le informan que otros envidiosos andan predicando a Cristo, como para decirle que «él no es necesario, que ya se puede morir en la cárcel. Y San Pablo contesta: con tal que se predique a Cristo, aunque lo hagan hipócritamente, ¡qué importa! Lo que importa es que Cristo sea conocido, y esto me da más satisfacción en mis cadenas, porque así ustedes se unen a ese Cristo y oran por mí y yo estoy dando el testimonio aquí de la prisión. No teme la muerte, pero dice que le ha inspirado Dios, que retornará a la libertad para seguir trabajando.

Hay unos versículos preciosos en el capítulo primero, mejor dicho en el capítulo tres, donde San Pablo resume las glorias de un judío y dice: se glorían los judaizantes, pues yo lo tengo y más que ellos, yo soy hebreo, yo soy de la tribu de Benjamín, yo llevo la circuncisión en mi carne; y sin embargo, todo eso lo considero como pérdida, con tal de ganar a Cristo. Y siento en mi conciencia -dijo la lectura hoy- un conflicto, entre irme ya a gozar de la felicidad con Cristo o quedarme trabajando por él en la tierra. Claro que para mí lo mejor es irme. Miren como desean la muerte los verdaderos cristianos; como resuelven sus crisis de fe en una gran esperanza, en una gran alegría; y sin embargo, no es evasión, no es alienación el estar pensando en el cielo. Pero como me parece que es más útil que me

quede predicándoles a Cristo, no por mi felicidad, sino por el bien de ustedes, escojo entre las dos alternativas quedarme: Mihi vivere Christus est (para mí el vivir es Cristo). Qué frase más bella.

La vida mía no tiene otro sentido ya. Predicar a Cristo, lo voy a honrar en mi vida y en muerte. Mi eternidad también me espera para [210] vivir eternamente con él. Hermanos, esta es la verdadera reacción ante la crisis de la fe, las situaciones difíciles. Y les decía yo que leyeran toda esa carta a los Filipenses -sólo son cinco capítulos- porque San Pablo allí, nos da unas normas de valor; una valentía para enfrentarse a las situaciones que se parecen hoy a las que él vivió. ¡Nada de cobardías! Las cadenas mismas de la cárcel le alegran, porque aquí -dice- estoy dando a conocer a Cristo a todos los pretorianos. Como quien dice, aquí en el cuartel de la Guardia, encadenado, estoy dando a conocer a este Cristo en quien creo. Y aquél que quiere escucharlo -muchos pretorianos se convirtieron porque a todos llama Dios. También al que tortura lo está llamando Dios. Y Cristo será la respuesta ante la crisis de los hombres. No han encontrado a Cristo, no pueden ser felices si no es encontrando al Señor. Por eso hermanos, vivamos, pues, la crisis de nuestra Iglesia, no para la cobardía, sino para ser más fieles a nuestra fe, a nuestro Cristo.

Ahora bien, esta Iglesia alimentada de estos principios evangélicos -yo insisto mucho en esto- vivamos esta Iglesia, cualquiera sean las circunstancias que nos rodean, pero no hagamos consistir la Iglesia en las relaciones con los poderosos de la tierra. Si están bien las relaciones, ¡bendito sea Dios! Si no están bien las relaciones, pues no nos estorba. Si San Pablo está libre, predicará a Cristo; si lo tienen encadenado, también está predicando a Cristo. La palabra de Dios no está amarrada decía San Pablo. Por eso la palabra de Dios es nuestra fuerza. Creer en Cristo es nuestra solución. Amarlo, no tener miedo por los hombres a la verdad que Cristo nos ofrece.

Esta Iglesia, tampoco vive sólo para ella, vive para el mundo. Siento que el tiempo se me ha terminado ya, pero no quiero dejar de decirles, hermanos, las realidades que circundan a esta Iglesia, para que también vivamos nuestra realidad en el mundo.

La noticia sobresaliente hoy, sería Nicaragua. Todos ustedes están informados de esta situación, solamente les quiero decir que estamos solidarios con el pensamiento del Episcopado nicaragüense. Monseñor Salazar, declaró que se siente profundamente herido, al igual que la población de León, por lo métodos empleados por las fuerzas gubernamentales. En León no existe libertad y hay que devolverle al pueblo lo que le corresponde, dice el obispo de León. Así como el arzobispo de Managua se entrevista con el presidente Somoza para pedirle no bombardear a la ciudad; y a pesar de esto, subrayó Monseñor Obando, tres Iglesias fueron destruidas y barrios enteros bombardeados -palabras de Monseñor- «cuando no era necesario hacerlo». Nos solidarizamos pues, con todo esto y con una carta muy bonita que los sacerdotes y religiosos han dirigido al Presidente Carter -a propósito de la situación de Managua-, una carta muy valiente, que coincidía con lo que hoy decía la Voz de América. Un editorial de Alemania, de Occidente. Toda esta situación de Nicaragua es fruto de una política [211] que apoyó intereses de su comercio y que poco se cuidó del pueblo. Ojalá la lección sea estudiada.

Sólo quiero pedirles, hermanos, que para solidarizarnos más íntimamente con nuestra hermana República, vamos a hacer aquí tres días de oración: lunes, mañana, martes y miércoles a las siete de la noche; tres horas santas, para pedir al Señor pues, las gracias necesarias, el eterno descanso para tantos muertos de la violencia y la inspiración para los que pueden arreglar esta situación. Y también pedirles la ayuda económica. Ya las iglesias de Alemania, el Servicio Mundial Eclesiástico, Cáritas de España, la Iglesia Centroamericana, varios movimientos ecuménicos, lo están haciendo. Aquí pues, voy a suplicar a los queridos sacerdotes, que recojan de sus fieles, donativos en efectivo dinero, porque no podemos mandar víveres o ropa, sino que más bien mandaremos al Señor Arzobispo de Managua, la cantidad que recoja nuestra Iglesia. Ojalá que para la próxima reunión del Clero, que será el primer martes de octubre, los sacerdotes puedan traer lo que han recogido en sus diversas comunidades, para Nicaragua.

En nuestra semana que estamos terminando -podemos llamar semana de violencia-, han sucedido tantas cosas, ayer salía en la prensa un resumen de crímenes (que todavía no es una lista completa, porque el domingo 17, en Zacatecoluca, mientras un campesino compraba, lo mataron). El lunes 18, murieron dos vigilantes en la Universidad Nacional. Los incidentes de la semana pasada en la Universidad, según muchísimos estudiantes, fueron provocados por los vigilantes de la Universidad, que mantienen a ese centro de estudios convulsionado. El día 18, varias personas vieron a los vigilante de la Universidad, perseguir a estudiantes, aun fuera de los recintos del campus. Ese mismo día, moría acribillado a balazos el Decano de la Facultad de Economía, el Dr. Carlos Rodríguez. Mucho se ha especulado sobre este hecho, pero todavía queda en el misterio. Una agrupación clandestina, llamada UR-19, aparecía en cierto radio de la ciudad, atribuyéndose ese crimen, pero la misma agrupación UR-19, mandó desmentir. Lo cual hace sospechar que se está manipulando algo para encubrir algo.

Cuando unos políticos y profesionales llevaron a la Asamblea esta semana, una petición de abrogación de la Ley de Orden Público, denunciaron también que se decía que los males que se lamentaban en la Universidad, gran parte eran culpables los vigilantes; y el Presidente de la Asamblea, contestó que así se lo habían informado otros sectores. Yo he tenido noticias bastantes verosímiles, de que el Dr. Carlos Rodríguez, tuvo antecedentes muy desagradables con la vigilancia y que no es imposible, pues, que haya sido la culpable de este crimen, que se trata de ocultar. Queremos decir que la vigilancia, originalmente, sólo consideraba 75 miembros: 70 vigilantes, 1 director y 4 supervisores; y dicen que ahora se [212] suman como 300 individuos, que están siendo el horror de la Universidad. Yo aquí también hago un llamamiento a la Corte Suprema de Justicia, que es otro crimen que hay que investigar y que no se sume a los muchos misterios que la injusticia está apañando aquí en El Salvador. Así como también mi pésame a la familia de este estimado personaje.

Ese mismo día 18, fue atacado el vehículo del Fiscal de la Universidad a inmediaciones de la colonia Nicaragua, y dio como resultado la muerte de un civil y la herida de una joven quien fue ingresada al hospital. Del hospital tenemos noticias, que esta joven (Cristina Salguero Arriaza, de 15 años presenta heridas de bala G3 en el muslo izquierdo) fue atraída por la Policía Nacional, manifestando los agentes que está involucrada en los hechos ocurridos ese día, en la entrada de la colonia Nicaragua. Hasta el momento está custodiada por agentes de seguridad y dos detectives. La preocupación de la paciente es que, al ser data

de alta, será trasladada a la Policía, lo que la hace pensar en su suerte. Manifiesta no tener familiares que puedan hacer algo en su favor, ya que sólo vive con su madre en unas champas de la colonia San Antonio. Su ingreso proviene de lavar y planchar ropa ajena. Suponemos nosotros que al estar custodiada, ya estará a la orden de un Tribunal, como tiene derecho todo ciudadano, para que se deduzca su culpabilidad y no vaya a ser otro misterio de injusticia.

El martes 19, murieron acibillados a balazos dos policías de Hacienda y fueron atacados varios puestos de la Policía Nacional. Han sido varios los casos presentados a los Tribunales con el delito de la Ley de Orden Público. Y aparecen cadáveres también, en la carretera de Apulo, etc. Yo quiero decirles hermanos, que al analizar esta semana tan trágica, a alguno sólo se le ocurre decir que es producto de la desintegración moral de los grupos criminales. Sólo intentan solucionar esta violencia, repudiándola y aumentando la represión, intensificando la vigilancia y amenazando con suspender las garantías. No es así como se mantiene la paz, lo hemos dicho tantas veces.

Cuando los abogados y un partido político llevó a la Asamblea la petición de amnistía y de derogación de esta Ley, presentaron allí las conclusiones que el Dr. Donald Fox, representante de la Comisión de Derechos Humanos, hacía y que aquí mencioné en otra ocasión y que hoy por falta de tiempo no lo hago; pero el Dr. dice, pues, que esta situación no se reprime con la violencia y con leyes represivas; y hace una análisis jurista de cómo esta Ley, pues, no puede ser el cauce para una democratización y para dar soluciones a los problemas del país.

Se está haciendo un llamamiento a las familias de los desaparecidos para que acudan a la Cruz Roja. Pueden ver en los periódicos, y si necesitan algún servicio informativo del Arzobispo, con mucho gusto se dará. [213]

También recibimos un llamamiento de socorro de los tugurios donde las correntadas de estos temporales recientes han dejado sin techo a muchas familias. Yo les suplico, pues, que tanto esa ayuda que pedíamos para Nicaragua, como la caridad que pueden usar para estas situaciones, es muy bendecida por Dios.

Continúa la campaña de represión contra el derecho de las obras de los obreros a organizarse en sindicatos. En YSAX, ayer, se leyó una carta del Papa, cuando era obispo. Una valiente defensa del derecho de sindicalización de los obreros.

Esta mañana recibía yo también, de la Secretaría General de la Educación Nacional de Francia, una carta de solidaridad con los maestros de El Salvador. Una carta que se le presentó al Dr. Astacio en su paso por París y donde le piden el respeto a los maestros en nuestra patria.

Queridos hermanos, ven como es tan densa nuestra vida, y esta Iglesia, pues, que trata de iluminar con el Evangelio las realidades, no puede prescindir de todo esto. Yo creo que no me he salido del marco evangélico. Desde mi propio sitio de iluminador de la fe, ilumino esas realidades para que cada uno de ustedes mire cuánto de bueno que se puede

apoyar, y cuánto de malo que se debe reprochar. No cumpliría la Iglesia su misión en la sociedad, si fuera como decía el Profeta: perro mudo que no cuida la heredad del Señor.

Por eso, hermanos, ahora nuestra Eucaristía tendrá como objeto, junto a la Virgen de las Mercedes, figura bella de la Iglesia, voz de libertad en medio de los cautiverios, una súplica al Señor. Señor danos una patria que sea verdaderamente digna, iluminada por la luz de tu Evangelio. Así sea. (Aplausos...) [214]

La Iglesia de Juan Pablo
26.º Domingo de Tiempo Ordinario
1 de octubre de 1978

Ezequiel: 18, 25-28

Filipenses: 2, 1-11
Mateo: 21, 28-32

Vamos a titular esta homilía «La Iglesia de Juan Pablo», y les invito a que hagamos de nuestra reflexión evangélica -esta mañana- un homenaje de fe, de agradecimiento, de cariño, de recuerdo a esa figura que en poco más de un mes, se ganó el corazón del mundo. Allá en el Vaticano, su cadáver inerte es objeto de veneración de los fieles que peregrinan ante ese catafalco venerado; en espíritu nosotros asistimos, acompañados, ese desfile de dolor de una Iglesia viuda, huérfana, pero que como la Virgen María en las horas de la muerte y de la sepultura de su Hijo, abraza una esperanza cierta de resurrección.

Sabemos que aun junto al cadáver de un Papa, la palabra de Cristo es certera: «Tú eres piedra». Y aunque como hombre mortal mueren ya 262 pontífices -parece mentira-, las puertas de la muerte no prevalecerán.

El miércoles, los cardenales que hayan llegado a Roma, van a celebrar el funeral del Papa y diez días después, se reunirán en el cónclave para elegir un nuevo sucesor de San Pedro. La oración nuestra, pues, junto al [215] Papa muerto es por su eterno descanso, porque como hombre él también ha sido juzgado por Dios y la justicia de Dios es imparcial trátese de papas, de reyes o de humildes cristianos. Y al pueblo de Dios le toca implorar la misericordia del Señor, porque nadie se salva por sus méritos -lo hemos aprendido aquí en San Pablo-, sino porque apoya su humildad en la misericordia infinita y en los infinitos méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

Quiero agradecer las numerosas manifestaciones de solidaridad que se han recibido en el Arzobispado o se han publicado en los periódicos. Ojalá que todo este gesto de condolencia, sea un llamamiento para que vivamos la sinceridad de una Iglesia que se asomó en la figura de Juan Pablo con todo lo que ella es: Fe, sinceridad, sencillez, amor, etc.

Quién iba a decir hace 5 domingos, cuando presentábamos aquí en la Catedral, por una de esas circunstancias que sólo Dios prevé en su eternidad, el Evangelio de San Mateo en el

diálogo con el primer Papa: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Y al comentar el Evangelio como de costumbre, le decíamos que la Arquidiócesis de San Salvador, ofrecía al nuevo Papa Juan Pablo I, una comunidad viva; y describíamos en ese marco de la alegría del nuevo Papa como a una sonrisa amplia, abierta al mundo: nuestras esperanzas, nuestras angustias, nuestras tribulaciones, la historia concreta de nuestra semana.

Quién iba a decir -repito- que hoy le podemos decir también, al Papa muerto, que recogió aquel ofertorio de nuestra Arquidiócesis, que nuestra Arquidiócesis sigue fiel su camino y que, aunque él ya llegó a la meta de esta peregrinación que todos vamos caminando, nosotros seguiremos, trataremos de ser fieles a esa Iglesia que él nos iluminó. Se me ocurrió decirles en la noticia, en el amanecer del 29 de septiembre, que así como encontraron la lámpara de su dormitorio encendida, así ha dejado Juan Pablo en la Iglesia, una luz encendida. Aunque no hubiera dicho otra cosa, que en su programa de enseñanza se iba a referir siempre al Concilio Vaticano II tratando de imitar a sus antecesores, eso sólo bastaría para que este Juan Pablo que se asomó a la historia de la Iglesia, sólo a decirnos: sigan por allí, las luces encendidas del Vaticano II, del magisterio actual de la Iglesia, son el son, el auténtico caminar de los cristianos. Y aunque muchos han querido manipular sus expresiones tratando de llevarlas a sus propias comodidades, podemos decir que con imparcialidad hemos visto la actitud, el ministerio, el magisterio de Juan Pablo y no tenemos nada de qué arrepentirnos, sino de seguir caminando por esa luminosidad por la que tratamos de ir. La luz del magisterio de la Iglesia encendida como la lámpara que dejó Juan Pablo: el Vaticano II, las encíclicas, las enseñanzas, las actitudes de la Iglesia actual.

¿Cuál es nuestra historia, Santo Padre, que la Iglesia de la Arquidiócesis enlutecida te puede ofrecer esta semana? Unas comunidades alegres, [216] trabajadoras, pastorales como la que tuve la dicha de visitar el domingo pasado en Aguilares, cuando celebraban el primero aniversario de su clínica con tres médicos y un equipo de colaboración, el P. Octavio Cruz y las religiosas del Sagrado Corazón, han sabido hermanar la mano que socorre y la no necesitada de tantos campesinos enfermos y pobres.

Es la comunidad fervorosa de Comasagua, donde un equipo de catequistas se reunió conmigo el martes pasado para estudiar junto con el párroco, el P. Chalo, las problemáticas pastorales que con sinceridad tratan de servir los agentes de pastoral; y con hipocresía tratan de amedrentar los que no buscan fines pastorales y nos están espantando nuestras comunidades.

Le ofrecemos también, Santo Padre, junto a sus almas, la comunidad de Guazapa, allí precisamente, el día de San Miguel, celebrando con las Hermanas Carmelitas de San José y con los sacerdotes de la Vicaría, la fiesta de San Miguel Arcángel, les dije: no voy a tomar de los libros las palabras que les quiero decir, sino del hecho doloroso que acaba de anunciar la radio: «Ha muerto el Papa». Y trasladábamos la figura de San Miguel, patrono de la Iglesia, al ministerio de la Iglesia y del Papa. Como sacerdote, el arcángel y el Papa y la Iglesia entera ofrecen a Dios los homenajes del pueblo, en forma de un incensario -dice la Biblia- donde cada fiel pone sus granitos de incienso, sus propias obras para ofrecerlas a Dios. El sentido profético por el cual San Miguel Arcángel y el Papa son el ángel que cuida la doctrina verdadera en la Iglesia, frente a tantas campañas de mentira, él nos defiende en

las luchas contra el mal, contra la mentira y el engaño. Y un sentido también de pastor, que así como los arcángeles de Dios condujeron tantas veces los caminos de los hombres y los pueblos, el Papa ha conducido también la historia de la Iglesia.

Es la comunidad de Nejapa, que celebró al día siguiente la fiesta de su patrón San Jerónimo. Es la comunidad de la Vicaría del departamento de La Libertad, donde ayer, reunidos en Santa Tecla, estudiábamos la carta pastoral que enfoca problemas nuevos, con un interés y una profundidad de preguntas que de veras hace sentir cómo el Espíritu Santo nos va conduciendo en nuestras comunidades de la Arquidiócesis.

Es también -con cariño quiero decirlo, Santo Padre- la comunidad de mi pueblo natal, Ciudad Barrios, donde como hijo del pueblo, unido a mi pueblo, quisimos tributar homenaje al Señor Obispo de la Diócesis, Monseñor Rivera, en el 25 aniversario de su ordenación sacerdotal.

Es la comunidad de Plan del Pino, donde esta mañana las carmelitas misioneras que nos ayudan pastoralmente en la Policlínica, en la Laguna de Chalatenango y en Plan del Pino, han preparado una comunidad juvenil para que esta mañana reciba sus pentecostés: la venida del Espíritu [217] Santo, al celebrar ellas, el viernes de esta semana, 25 años de haber venido a El Salvador.

Es también la vida religiosa de nuestra Arquidiócesis: los Redentoristas, que cumplieron 50 años de trabajos misioneros; las Hermanas de la Caridad, que desde su escuela Walter Deininger prepararon también una juventud para la confirmación. Las hermanas religiosas belgas de San Nicolás, que en Cojutepeque ofrecían el martes de esta semana, un precioso ofertorio: dos campesinas jóvenes que profesaron la vida religiosa de San Nicolás. Las hermanas belgas, trabajan también, pues, en la promoción vocacional.

Son las Oblatas al Divino Amor, que celebraron esta semana el décimo aniversario de la Escuela Catalina Dimaggio que está haciendo tanto bien allí por la Colonia La Luz.

Es la esperanza de las comunidades franciscanas de la Inmaculada, que nos han ofrecido y muy pronto fundarán una comunidad de carácter parroquial en nuestra Arquidiócesis.

Son las religiosas del Sagrado Corazón, atacadas por el egoísmo de quienes no quieren que se mueva nada en sus intereses mezquinos, quienes reciben una defensa valiente del cuerpo docente de su Colegio para decir a los calumniadores que ya saben la treta: por este tiempo comienzan las calificaciones, comienzan también las difamaciones de los colegios de prestigio, con fines aviesos y que ellos son testigos de lo que se enseña en el Sagrado Corazón. No es marxismo ni en una crítica malsana al himno nacional, es el fomento del sentido crítico del que se educa, para saber juzgar la historia y saber ser autónomo en su vida, para no ser un número más de la masa que a los intereses mezquinos interesa tener así para que no se promueva ni critique.

Es nuestra comunidad en sus actividades diocesanas. Con qué gusto asistí a una mesa redonda de la Universidad José Simeón Cañas, para dialogar -según mi invitación- sobre la carta pastoral. Era interesante aquel ambiente de cultura, de ciencia, también de

campesinos, dialogando sobre un tema de mucha actualidad y que puede ser muy mal interpretado, si no se ilumina (a pesar de los riesgos de ser mal interpretado) desde la luz del Evangelio.

Es también, la actividad que me llena de mucho consuelo, del Centro Ana Guerra de Jesús, donde señoras y señores de los mercados han participado en un curso de nivel centroamericano y siguen trabajando una obra maravillosa de promoción, principalmente de la mujer.

Es el trabajo de los colegios y escuelas católicas que ya se está recogiendo, en bonitas ceremonias de clausura, para ofrecer a Dios el trabajo educativo de la Iglesia. [218]

Es, Santo Padre, y te ponemos por intercesor ya que estás en el cielo, el triduo de oraciones por Nicaragua que se realizó aquí en la Catedral con un sentido ecuménico, ya que participaron varios miembros de comunidades cristianas no católicas. Y esta Iglesia solidaria con los obispos y con el pueblo de Nicaragua, reitera su apoyo a la jerarquía nicaragüense; y así como el Papa decía: «Respetaremos la autonomía de las Iglesias particulares, no podemos dar criterios a los pastores que viven de cerca sus problemas», solamente apoyamos lo que Monseñor Obando y los obispos y demás responsables de la Iglesia en Nicaragua, decidan buscando soluciones pacíficas; y como ellos, deseamos que se respete la voluntad de la mayoría del pueblo, que se invite a un diálogo con todas las partes, que se creen condiciones favorables de diálogo y que así se logre poner en el Gobierno de Nicaragua, la voluntad del pueblo, que este es el sentido de una auténtica democracia.

Es la Iglesia de nuestra arquidiócesis que, continuando esa oración por Nicaragua, estará también esta tarde a las 5 en la Capilla del Hospital de la Divina Providencia en una hora de oración, al cual invitamos a orar por las necesidades de nuestra Iglesia y especialmente de Nicaragua.

Y es también la Diócesis que, con su mano tendida en todas las parroquias, está pidiendo una ayuda económica para nuestros hermanos necesitados de Nicaragua.

Y es finalmente, entre otras cosas, la Iglesia de nuestra Arquidiócesis, en vísperas ya - mejor dicho, comenzando ya desde este día- el mes del Santo Rosario y recogemos uno de los testimonios más lindos de Juan Pablo: su amor de niño para con la virgen. Y decimos amor de niño, porque también quiere la Diócesis unirse al día universal del niño, este día, no con una falsedad de homenaje sino con la frase evangélica que es el mejor elogio a los niños: «Si no os hicieris como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos». En su breve pontificado, Juan Pablo nos deja en el álbum de sus fotografías, varias en contacto cariñoso con los niños; y más que fotografías, su espíritu de niño que comprendía en la niñez, la confianza que el niño tiene en su madre, para trasladarlo de allí a la confianza que el pueblo debe tener en su Dios, que nos ama más que madre y que el pueblo tiene más necesidad que este niño frente a su mamá.

En el discurso de toma de posesión de la Iglesia, el Papa decía que la Virgen, así como lo había acompañado en su niñez, en su seminario, en su sacerdocio, en su Episcopado, lo

seguiría acompañando como madre y él seguirá siendo su niño en el pontificado, que lamentablemente pues, fue tan breve; pero que nos deja también esta voz para decirles, al comenzar el mes de la Virgen del Rosario: confiemos en Ella, recemos mucho hermanos y donde el Rosario se ha caído ya de las manos víctimas de una corriente secularista, [219] recuerden que por más poderosa que sea la corriente de secularización del mundo, el mundo siempre tendrá necesidad de oración y de María; y que cuanto más autónomo se torna el mundo frente a Dios, los que creen en Dios sienten más obligación de amarrar ese mundo con Dios. Y ninguna cadena más hermosa para amarrarlo con Dios que la cadena del Santo Rosario.

Por eso les digo, hermanos, esta es la Iglesia, la que ha realizado esos pequeños acontecimientos a los que pueden sumarse tantos otros acontecimientos parroquiales o de las familias de nuestra Diócesis; y al iluminar esta Iglesia peregrina de la Arquidiócesis, esta Iglesia enlutada en todo el mundo por la muerte del Papa, preguntamos: ¿qué Iglesia es? Y yo les respondo ahora con el título de mi homilía: es la Iglesia de Juan Pablo, porque es la Iglesia de Juan el Bautista y la Iglesia de Pablo, el apóstol. Si en nuestro tiempo, que parece que los hombres ya no piensan en apóstoles ni en precursores, surgen figuras que quieren llamarse Juan como el inolvidable Juan XXIII y el inolvidable Juan Pablo; y surgen figuras inteligentes, mucho más inteligentes que ciertos criticones de la Iglesia, como el cerebro de Pablo VI, Juan Bautista Montini quiere llamarse Pablo para presagiar hace quince años la intrepidez con que ese hombre, a pesar de su debilidad, de sus enfermedades y sus achaques, remontó la Iglesia a las alturas de una Asamblea de las Naciones Unidas, de unos caminos por el mundo entero como San Pablo.

Juan y Pablo, ¿por qué se quisieron llamar así? ¿Y por qué el querido Papa muerto, quiso juntar los dos nombres en su persona: Juan Pablo? Yo encuentro en las lecturas de hoy -perdóneme la ocurrencia- que por algo nos pone el Señor esas lecturas que acaban de escuchar, para que recojamos el espíritu con que Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo han ido predicando, no una doctrina suya ni una doctrina que se deje manipular por los intereses del mundo, sino una doctrina, la auténtica doctrina que Dios reveló al precursor Juan Bautista y hoy Cristo nos lo ha dicho: «Vino Juan a vosotros enseñando el camino de la justicia». ¡Qué palabra más oportuna! como que es Cristo mismo el que nos dice, señalando el cadáver de Juan Pablo, recordando la palabra del Bautista: «Vino Juan a vosotros, enseñándonos el camino de la justicia».

Y la segunda lectura, es Pablo que nos ofrece en sus lecturas de hoy, dos características inconfundibles de la Iglesia que predicaron los Papas que se llamaron Juan y Pablo en nuestros tiempos; y como Pablo, Juan, Pablo VI, Juan XXIII y todos los Pontífices, han predicado esta Iglesia primero de la comunión. Manteneos unánimes, dice la epístola. Parece la voz de Juan Pablo, que nos repitió tantas veces el llamamiento al amor en su breve pontificado: manteneos unánimes y concordados con un mismo amor y un mismo sentir, es la Iglesia de la comunión. [220]

Y, finalmente, es la Iglesia vivificada por el misterio de Cristo, que Pablo en la última parte de su lectura de hoy, nos describe con los rasgos más sublimes que se encuentran en la Biblia: la pre-existencia de Cristo, el Cristo que se humilla hasta la cruz y el Cristo que se exalta hasta la eternidad. Ese es el Cristo que va con la Iglesia.

Analicemos, hermanos, brevemente en cuanto sea posible, la riqueza de esta doctrina que nos está ofreciendo la Iglesia de Juan Pablo, la herencia preciada que recogemos de sus manos todavía calientes por la vida, y la muerte. ¿Cuál es la Iglesia de Juan? En la primera lectura de hoy y en la parábola de los dos hijos, aparece una cosa: la responsabilidad personal de los hombres, la voluntad de Dios frente a los hombres. Le dice a sus dos hijos, es decir, a la humanidad: hoy quiero que vayas a trabajar a mi viña, hoy quiero darte la vida con una vocación. Todos los que estamos haciendo esta reflexión tenemos una vocación - desde luego la vocación de vivir, la vocación de la inteligencia, las cualidades, las profesiones- y aquí nos manda el Señor: su voluntad es inspirada en su justicia. Vino Juan a enseñarnos la justicia de Dios y los mandatos del Señor. El Papa Juan Pablo, que era un gran catequista, salpicaba con enseñanzas catequísticas, sus audiencias más solemnes y les habló como habla todo catequista, de la Ley de Dios para ser bueno.

Esta es la voluntad de Dios, esta es la misión de los hombres. Y frente a ese Dios que nos manda, el hombre puede responder de dos maneras, como la parábola nos indica: no quiero ir, es el grito de Luzbel, «non serviam», no te quiero servir; es el grito de los pecadores, es el grito de la rebeldía, es la mayoría desgraciadamente de los hombres, que creen que la libertad se ha dado para rechazar a Dios y no para buscar a Dios libremente. Cuántos hijos malcriados tiene Dios: no quiero, como el niño que zapatea ante su mamá. Así estamos ante Dios muchas veces: ¡no quiero!

El otro, amanerado y educado le dice: sí, con mucho gusto voy a ir, pero no fue. El primero se arrepiente y le dice al padre, voy a ir, o sin decirle nada se va al trabajo y hace la voluntad de su padre. Cristo pregunta: ¿quién de los dos hizo la voluntad de su Padre? Y todos ustedes y yo le podíamos responder como le respondieron sus oyentes: el primero, el que primero dijo que no, pero fue; y no el otro, muy educado, pero desobediente.

Cristo hace la aplicación, ¡qué dura aplicación! Acuérdense que nos encontramos en la sección del Evangelio de San Mateo, donde Mateo, en reflexión con la primeras comunidades cristianas, nos está presentando el conflicto, la crisis que siempre tiene que haber en la Iglesia entre la voluntad de Dios y el querer de los hombres. Y allí tenía delante de Cristo, a los dirigentes de Israel: sacerdotes, gobernantes políticos, profesionales [221] (según su tiempo) y Cristo sin tenerles miedo les dice una cosa bien dura: por eso -les dice- en el camino del reino van adelante de ustedes, dirigentes del pueblo, van delante de ustedes los dirigentes, los publicanos y las prostitutas. Créanme hermanos, que me da mucho gusto recordar esta palabra de Cristo para decirle a todos los pecadores, yo el primero, que confiemos en el Señor, que si hemos tenido la audacia de decirle: no te quiero servir, y hemos buscado por los caminos de placer prohibido o de la ganancia ilícita (como era la de los publicanos y la de las rameritas), Cristo nos dice que podemos ir delante de los que se creen que van camino del Reino de los Cielos. Quién sabe. ¿Quién obedeció?

Así dice Cristo: vino Juan predicando penitencia, diciéndole a los pecadores: conviértanse; y muchas prostitutas y muchos publicanos creyeron en Juan. Ustedes los dirigentes no lo han creído, más bien lo calumnian, vino Juan a predicar la justicia y ustedes lo llamaron endemoniado. Si hubiere existido el término comunista, le hubieran dicho: es un comunista. Todo aquel que predica la justicia, cuando encuentra la roca dura del que no

quiere convertirse y orientar por los caminos de la justicia sus relaciones con los demás, tiene que tildar a Juan Bautista y a todos los que tratan de imitarlo, con esos calificativos, no le creyeron, Cristo lo dice: vino Juan y no le creyeron. Pero en cambio los pecadores, escucharon como una palabra de esperanza: Dios nos puede perdonar.

A propósito, ya que estamos dedicando el pensamiento a Juan Pablo, uno de los episodios que a mí me han conmovido mucho, entre los muchos de su breve pontificado, dicen que se acercó una mujer a su trono pontificio en la audiencia general para decirle: Santo Padre, me siento tan vacía, pecadora, ¿me salvará, me perdonará el Señor? Y que el Papa le dijo: ¿cuántos años tienes? Le dijo ella, tengo 30 años. Le dijo ¿por qué te afliges?, eres joven, tienes por delante unos 40 años más o menos, ¿por qué no aprovechas tu vida para arrepentirte y caminar por el buen camino? Y sobre el camino de aquella prostituta se hizo la luz que Juan Bautista encendió, es la luz que la Iglesia va encendiendo, y ojalá hermanos, yo no me avergüenzo de que mi palabra humilde tuviera el inmenso honor de ser un rayito de luz y de esperanza, llegando tal vez a los burdeles, llegando tal vez a las cuevas de los criminales, llegando tal vez a las tabernas de los viciosos; sé que me escuchan en muchas partes, ojalá la palabra de Cristo llegue hoy a quien más la necesita. Los publicanos y las prostitutas van delante en el Reino de Dios cuando escuchan a Juan que vino a predicar el arrepentimiento y la justicia, y no ustedes, embusteros y orgullosos que solamente tienen para criticar y distorsionar la palabra del Evangelio. Quiera el Señor que no sea demasiado tarde cuando se arrepientan de sus equivocaciones.

El otro día, alguien dijo que yo había pedido aplausos en la Catedral por la muerte del Decano de la Universidad. ¿Cuándo lo he hecho? He [222] andado por muchas comunidades, como les he dicho, y me cuentan por todas partes la campaña triste de ORDEN, de andarle diciendo a los campesinos que no oigan YSAX, que no oigan al Obispo porque es comunista, que no lean Orientación, que no lean la Biblia, que se inscriban en ORDEN que así sí van a ser salvos. Y hay cristianos valientes que le han respondido: preferimos morir y de todos modos no vamos a morir, pero sabemos que el Obispo es nuestro Pastor y nos va conduciendo por el camino del Evangelio. A cuántos que han dicho barbaridades locuras que dicen que yo he dicho, les preguntan: ¿y tú lo has oído? No, pero dicen. Esa es la estupidez más grande, criticar sin poner en el banquillo de la justicia al que se va a juzgar. Vino Juan Bautista predicando el camino de la justicia de Dios y no le creyeron.

Y la primera lectura de hoy ratifica este pensamiento de la parábola, son los tiempos en que Israel, donde le tocó vivir al profeta Ezequiel, veía el castigo del destierro como un castigo de Dios y creían que sus padres eran los pecadores y que ellos estaban pagando el pecado de sus padres. Y el profeta Ezequiel es de los profetas que han destacado para señalar la responsabilidad personal del que peca. Recuérdense cuando a Cristo los apóstoles le preguntaron por un cieguito: ¿quién ha pecado, él o sus padre? Y Cristo dice: no ha pecado ni él ni sus padres; sino que esto sucede para gloria de Dios. Pero aun cuando hay pecado, dice el profeta Ezequiel, cada uno es responsable ante Dios de su propia conciencia. No olvidemos esto hermanos. Es cierto que los obispos en Medellín dijeron que existe un pecado estructural, un pecado comunitario, social, es lo que llamamos: el ambiente, pero a pesar del ambiente, a pesar de las estructuras de pecado, Dios nos pedirá cuenta a las estructuras, pedirá cuenta a cada hombre y mujer que vive en las estructuras. El

juicio de Dios, dice el profeta Ezequiel, será según su proceder. Si un malo se ha convertido y ya realiza el derecho y la justicia, vivirá, Dios lo salva porque se ha convertido; y si un bueno por más santo que sea se pervierte y hace las obras de los malos, por sus obras se perderá, morirá.

No andan diciendo, dice el profeta, esto no es justo, y Dios dice: ¿no son ustedes los injustos? Dios es justo cuando da a cada uno según sus obras.

Hermanos, cada uno es responsable de su propio destino. Hay mucha gente que cree en un destino ciego, como que lo va empujando una fuerza y no puede dejar de ser malo. Esto es malo creerlo, sería decirle a Dios: no me has hecho libre. La última palabra siempre la tiene el hombre, para ser bueno o para ser malo, y el infierno o el cielo no lo da Dios, se lo da cada uno como quiere. Quieres ser malo y perseverar en el mal y morir en tus injusticias: morirás. Palabras con que se dice te condenarás. Te encuentras en los caminos de la maldad, publicanos y prostitutas son mencionados hoy y podíamos añadir muchas clases de pecados, hasta [223] aquellos que son responsables de las estructuras de pecado, los que abusan del poder en el Gobierno están en caminos de pecado; los que abusan del poder económico, están en camino de pecado. Y si no se convierten y buscan el camino de la justicia, no vivirán, por su propia responsabilidad.

A la luz de este principio de la moral auténtica de Dios, qué divertido resulta estar esperando qué va a hacer el Papa para saber si está de acuerdo conmigo o está en desacuerdo conmigo. Frente a Juan Pablo no tuvieron tiempo de catalogarlo a que lado está, porque no les convenía. Y unos esperaban que apoyara sus líneas y otros esperan que apoye otra línea, como si la moral de cada uno no dependiera de cada uno y no del Papa. Ciertamente que el Papa es el maestro que ilumina, pero el seguir esa iluminación es problema de cada uno, no era necesario esperar que Juan Pablo dijera que el capitalismo egoísta y materialista es malo, para decir: el Papa está con los comunistas. Bien se dijo cuanto el Papa anunció: no se puede colaborar con el comunismo. ¡Ah! ya ven, pues el Papa está con los capitalistas. ¡Qué fácil es interpretar cuando se tiene una intención, un prejuicio!

Existe una conciencia en el hombre y el Papa, es el maestro que en nombre de Dios ilumina, pero qué ciegos son los hombres cuando están apasionados. Cuántas veces hemos visto llorar a la esposa buena, porque su esposo está enamorado de una adúltera, está apasionado y es difícil que crea la voz de Dios que lo llama: eso es ilícito. Fue el caso de Juan Bautista frente a Herodes -estaba apasionado de la mujer de su propio hermano-, y cuando Juan Bautista le dice: «No es lícito eso», lo mandan a matar, le quitaron la cabeza. Es el destino de los profetas. Porque tienen que señalar las llagas más dolorosas y ardientes, tienen que correr los riesgos de quienes no quieren oír.

¿Quién será el Papa? ¿Qué línea traerá el Papa? Cualquiera que sea, no puede ser otra que la voz de Juan. Vino Juan a predicar la justicia y los hombres, cualquiera que sea el Papa, tenemos que buscar los caminos de la justicia, del amor, de la bondad, de la santidad. Por más santo que sea un Papa, el injusto que no se quiso convertir, se condenará; el Papa se salvará.

Esta es la moral, esta es la Iglesia de Juan Pablo, esta es la Iglesia de Juan Bautista, es la Iglesia de Pablo.

LA IGLESIA DE JUAN PABLO ES LA IGLESIA DE SAN PABLO, LA IGLESIA DE LA COMUNIÓN

Y Pablo, mi segundo pensamiento lo tomo de San Pablo, la Iglesia de Juan Pablo es la Iglesia de San Pablo, la Iglesia de la comunión. Y en segunda lectura de hoy, San Pablo nos encarga mantenernos unánimes, [224] nos enseña cuáles son las causas de la desunión en la epístola de hoy. Bonito examen de conciencia, queridos hermanos, para mirar frente al Papa que trabajó en su breve pontificado por la unidad de la Iglesia, y aún más allá de la Iglesia, por la unidad ecuménica que ya la vislumbraba él muy sonriente.

Escuchar a San Pablo que nos dice que las causas de la desunión son obrar por envidia, obrar por ostentación, encerrarse en los propios intereses. Allá aparecen en la epístola de hoy y allí tenemos señaladas las causas de los grandes malestares de nuestra sociedad. Si se obra por envidia, no hay nobleza. La envidia es ponerle zancadilla al que puede hacer un bien, alegrarse del mal ajeno. Y hay muchas zancadillas ahora, mucha envidia. Por ostentación.

Queridos hermanos -yo traía ahora, precisamente para recordar aquí la figura de Juan Pablo ante este llamamiento de San Pablo a no querer hacer consistir nuestra fe en la ostentación-, el Papa, hablando hace apenas ocho días, al tomar posesión de la Basílica de San Juan de Letrán, dice: «Estos son el verdadero tesoro de la Iglesia: los pobres. Por consiguiente, deben ser asistidos por los que pueden, sin ser humillados ni ofendidos con ostentación de riqueza, con dinero mal gastado en cosas fútiles, en lugar de ser invertido cuando sea posible, en empresas mutuamente ventajosas». Ven cómo el Papa ratifica que la Iglesia auténtica no puede ser otra que la Iglesia que se preocupa y siente con los pobres. Los pobres que verdaderamente representan la presencia del Señor: «Todo lo que hagas a uno de ellos, a mí me lo haces».

Y San Pablo, también, en esta Iglesia de la comunión nos presenta el fundamento de la unidad. ¿Qué es lo que nos daría la humildad a nuestros grandes problemas de división? San Pablo señala la humildad y el buscar los intereses de los demás. ¡Qué certeras estas indicaciones! El hombre orgulloso, el que no quiere ser menos que nadie, el que quiere estar por encima de todos no cabe en ninguna parte y por eso con él no caben los demás; en cambio el humilde, el que como nos dice San Pablo hoy, busca en el servicio de los otros su verdadera felicidad -este es Juan Pablo- el que escala el puesto más alto de la humanidad: ser Papa. Y desde allá recuerda siempre el origen: hijo de un humilde obrero y llama a todos a la preferencia por la pobreza, por la sencillez. El que no quiere coronarse con las tiaras pontificias, el que no quiere usar más que por necesidad la silla gestatoria, el hombre sencillo y humilde, es el instrumento, es el modelo de los hombres para hoy, para ser artífices de la paz.

El coro de Tejutla, entre las lecciones de hoy, cantaba el cántico precioso de Francisco de Asís: Laudato Sí, Signore [sic], seas alabado Señor. Aquel hombre que llamó a todas las creaturas a la alabanza, San Francisco de Asís, porque era pobre. [225]

CRISTO NUESTRO SEÑOR

Y el fundamento más grandioso, está ya en mi último pensamiento, que es éste: Cristo Nuestro Señor. San Pablo termina hoy la lectura preciosa, invitándonos a tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús, y nos describe a Cristo. Y este es el broche de nuestras reflexiones: Cristo. Porque si los Papas modernos han conmovido al mundo por su ejemplo y su sabiduría, es porque han puesto todo su talento a expresar esta gran verdad: Cristo vive en la Iglesia. La Iglesia no es otra cosa más que la prolongación de la misión de Cristo.

Pablo VI, sobre todo, tenía una gracia muy especial para hablar de ese empalme entre Cristo y la Iglesia. Y Pablo, en su epístola de hoy, nos dice cuál es el Cristo que va animando esta Iglesia. Es un Cristo, primero, que pre-existía en la eternidad. Tiene naturaleza de Dios. Antes de concebirlo en sus entrañas la Virgen, ya existía. En el principio del mundo ya existía el Verbo -dice San Juan- y ese Dios eterno que no tuvo principio ni tendrá fin.

Se hizo hombre. Y esto es lo que San Pablo llama ya -una palabra griega que me gustaría que se la aprendieran, porque expresa la belleza de nuestra fe en Cristo- la «Kénosis» ...Kénosis quiere decir vaciarse de sí, se despojó de su rango de Dios, como si un soberano dejara trono y manto y todo, y se vistiera de harapos campesinos para ir a estar entre campesinos sin molestar con su presencia de rey. Cristo se viste de humanidad y aparece como un hombre cualquiera. Si aquí en la Catedral, entre los hombres que tienen la bondad de estarme escuchando, estuviera Cristo, yo no lo descubriera... y saber que era el Hijo de Dios vestido de hombre. Y más todavía, no le bastó parecerse a los hombres, sino que se humilló hasta la figura de un esclavo para morir como los esclavos, crucificados en una cruz, como un bandido, como el deshecho de Israel que había que crucificarlo fuera de la ciudad, como basura. Esto es Cristo, el Dios que se humilla hasta esta kénosis, a este vacío profundo de él.

Pero por eso -dice San Pablo, terminando la estrofa de este bello himno-, por eso Dios lo glorificó y lo elevó hasta las alturas más elevadas, para que en su honor se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: ¡Cristo es el Señor!

Queridos hermanos, esta es la gloria de la Iglesia: llevar en sus entrañas toda la kénosis de Cristo y por eso tiene que ser humilde y pobre. Y una Iglesia altanera, una Iglesia apoyada en los poderes de la tierra, una iglesia sin kénosis, una Iglesia llena de orgullo, una Iglesia autosuficiente, no es la Iglesia de la kénosis de San Pablo, no es la Iglesia de los Juan Pablo, no es la Iglesia de Papas auténticos. La Iglesia verdadera es la que, con Juan Pablo, puede decir en su discurso de inauguración que se siente [226] como Pedro cuando

comenzó a caminar sobre las agua, se tambalea de miedo hasta que Cristo le dice: hombre de poca fe, ¿por qué temes?

Esta es la fuerza de la Iglesia, no la fuerza del hombre. Como un mendigo, hace apenas un mes, el Papa en la ceremonia de su instalación como Pontífice en la Plaza de San Pedro -ustedes lo vieron por televisión- parecía un mendigo pidiéndole a cada cardenal la bondad de su amistad, de su colaboración, de su ayuda, «...porque jamás nos imaginamos subir a estas alturas, ¡ayúdenme!» ...Esta es la humildad, esta es la kénosis de la Iglesia, el sentir que ese Cristo humilde y pobre, vacío de la grandeza de Dios, va con esta Iglesia que tiene que ir marcada de esa kénosis divina. Pero al mismo tiempo, su gran esperanza en la Glorificación, Iglesia de la Pascua, Iglesia de la Resurrección, Iglesia que no tendrá fin, porque Dios la ha hecho esposa de aquel nombre que está sobre todo nombre. Y a él vamos a honrar en nuestra Eucaristía de hoy.

Pero queremos llevar también a nuestra Eucaristía la voz angustiada de nuestra patria, esta Iglesia de la kénosis y de la glorificación; esta Iglesia de la comunión y de la conversión; esta Iglesia de San Juan Bautista y de San Pablo de Tarso; esta Iglesia que se hace moderna en Pablo VI, en Juan XXIII y en Juan Pablo; esta Iglesia es la que quiere vivir aquí, en la Arquidiócesis, y desde su propia identidad ella quiere vivir también los conflictos de nuestra propia historia.

Y así tenemos, hermanos, que hemos vivido la confianza de estudiantes, de familias afligidas que se han acercado para denunciar y aclarar las verdaderas causas y hechos que han llevado al cierre a nuestra Universidad. Los estudiantes han declarado sus intenciones, su descontento por la reprobación en Matemáticas 3ª, masivamente. Se quejan también de la brutal -dicen- represión desatada por la policía universitaria, que se encuentra bajo el control del Estado Mayor de la Fuerza Armada; y quieren también lamentar el desaparecimiento de Guillermo Iraheta y la muerte del estudiante José Armando Vega García provocada por un balazo en la espalda que lo mantuvo durante una semana en el Seguro Social. La muerte también, del Decano de Economía, Dr. Carlos Rodríguez, son el saldo triste, lo mismo que un grupo de prisioneros en la cárcel de la Policía de la Universidad. Que términos más contradictorios. ¿Qué dicen los abogados? ¿Qué dicen los colegios de profesionales ante esta humillación del Alma Máter? Sobre todo cuando este sarcasmo de policía y cárcel, y prisioneros y desaparecidos y matados en el centro más alto de cultura de El Salvador, lamenta la mentira evidente de la tropa de seguridad ante el hecho de Guillermo Atilio Iraheta Valle, empleado desde hace 11 años en ANDA, su esposa con sus seis hijos han visto la forma bárbara en que lo golpearon; la Cruz Roja es testigo de que no la dejaron entrar a administrar a aquel golpeado. ¿Qué hace ANDA con sus empleados, aun cuando su presidente es un coronel? [227]

También lamentamos, en este ambiente, el secuestro del Mayor y Doctor Alfonso Castro Sam. ¿Qué motivos hubo? Pero sí, quisiéramos pedir que en nombre de la familia del empleado de ANDA, Guillermo Atilio Iraheta Valle, por la aflicción de su esposa, por la orfandad de sus niños, que se atienda al llamado de esta pobre mujer que ha ido como mendigo de la justicia a la Corte Suprema de Justicia, al Estado Mayor, al Director de ANDA y en todas partes no encuentra más que la voz conformista de la paciencia, como si no estuviera en sus manos resolver estos casos injustos.

También tenemos que lamentar desde nuestra Iglesia auténtica, y no lo sería si tolerara tantas injusticias, el secuestro el lunes, de la joven que resultó baleada cerca del zoológico, a pesar de que estaba apenas recuperándose en el Hospital Rosales. Consta en informativo judicial que la joven estaba custodiada por agentes de la Policía Nacional que se negaron a identificarse y la familia teme por la suerte de esta pobre joven. Pedimos a la justicia que se evite otro atropello cruel.

Ha habido también capturas, como en Comalapa, de la campesina María Evangelina Galdámez, de 19 años, y no se sabe dónde la han llevado.

Ha habido represión entre los campesinos de Cinquera y de San Pedro Perulapán. Esa zona ya fue demasiado golpeada, tengamos misericordia. Por lo menos 23 campesinos han desaparecido en esa zona; 25 asesinados por ORDEN, el Ejército y demás cuerpos de seguridad, el último fue el anciano de 73 años, Jesús Villeda, que los miembros de ORDEN lo mataron de 9 machetazos el 27 de septiembre; 22 están presos por motivos políticos. Sistemáticamente se está hostigando, se llega a quemar las casas de los campesinos organizados, se les amenaza con matarlos. En esa misma línea tenemos que colocar los cadáveres encontrados en la carretera de Apulo: Mauricio Mendoza Flores, Manuel de Jesús Campos. Eran catequistas que se reunían con otros cristianos y a esos otros cristianos los tienen ya en la lista y les han dicho que sólo los que se inscriban en ORDEN pueden ser protegidos. Es la presión injusta.

También la Iglesia no puede callar ese atropello al derecho de organización de nuestros obreros. El Sindicato de Trabajadores de la CEL, denuncia que aún continúan controladas por la Guardia Nacional las plantas de Soyapango, Acajutla, Ahuachapán. También la FUS denunció la captura del obrero José Julián Ramírez Barrera; y también en Industrias Metálicas Prado se despidieron seis directivos sindicales, lo cual equivale a decapitar un esfuerzo de organización sindical. No olvidemos, aunque ya días no lo decimos, que más de doscientas familias campesinas allá por las minas de San Sebastián, se están muriendo de hambre y no se les da trabajo, no se les resuelve su problema laboral.

La Iglesia tiene que sufrir también, con los damnificados del Bambural. [228]

También queremos recoger un testimonio muy valioso del Presidente del ISTA. Refiriéndose a la desproporcionada distribución de la tierra, reconoció -sus palabras- «...que en El Salvador, hay un barril de pólvora con una mecha encendida próxima a estallar». Yo quiero recordar aquí la comparación de alguien que me dijo: ISTA también se ha convertido, también, en un león de circo. No tiene colmillos.

Hermanos, celebremos nuestra Eucaristía después de haber reflexionado desde la palabra divina de los profetas, hecha palabra actual en los Papas actuales, hecha mensaje en la misma muerte de Juan Pablo, la Iglesia de la conversión, palabra de esperanza para los pecadores, palabra terrible para los que no se quieren convertir. La Iglesia de la comunión, palabra de amor, palabra de brazos abiertos, para fundamentar en el sentir de Cristo nuestros sentires egoístas. Y la Iglesia de la kénosis, la Iglesia del vacío de sí mismo, la Iglesia de la humildad y la Iglesia de las esperanzas de la gloria en Cristo resucitado. Eso es

lo que vamos a celebrar ahora: anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús... [229]

La Iglesia, viña del Señor
27.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 8 de octubre de 1978

Isaías: 5, 1-7

Filipenses: 4, 6-9
Mateo: 21, 33-43

Hermanos, quisiera más bien guardar silencio de reflexión ante las bellas lecturas que describen con un lenguaje de amor, la triste historia del amor que Dios nos tiene y el desprecio con que nosotros le correspondemos. Voy a cantar, dice el profeta Isaías, voy a cantar un canto de amor a su viña. Hoy sintámonos arrullados por ese canto de amor, no como quien lo escucha, extraño a ese poema, sintámonos protagonistas todos de este canto de amor entre Dios y toda la humanidad y por tanto, cada uno de nosotros.

Voy a titular esta homilía de hoy: «La Iglesia, viña del Señor», y la voy a presentar como de costumbre en estos tres pensamientos: 1.º) el Señor plantó la Iglesia en el mundo como una viña; 2.º) en esta viña, que es la Iglesia, se reflejan las crisis del Reino de Dios; y 3.º) pero la victoria será de Cristo a través de su Iglesia. Y a la luz de estos pensamientos, vamos a ver si nuestra Iglesia, en la Arquidiócesis, está siendo la auténtica viña que plantó el Señor. Y desde esa viña, que es crisis continua en el mundo, iluminaremos también la realidad histórica que nos [230] rodea; porque en esto también se conoce la autenticidad del mensaje de Dios por medio de esta Iglesia viña.

En primer lugar pues, el Señor plantó la Iglesia como una viña. Ciertamente que en los tiempos de Isaías todavía no existía la Iglesia de Cristo, pero acabamos de decir en el salmo responsorial, que la viña es el pueblo de Israel, pueblo predilecto en el cual Dios va presagiando, anunciando, perfeccionando la pedagogía hasta llegar el día en que Cristo funda una Iglesia; la Iglesia nuestra, esta muchedumbre de Catedral, todos aquellos bautizados que se reúnen hoy en torno de sus altares, es el Israel de Dios, es el nuevo pueblo que el Señor plantó. En esta Israel que se traduce al Nuevo Testamento, la Iglesia de Cristo, hay dos elementos que es de mucha utilidad tenerlos muy en cuenta. El elemento humano, diríamos, la tierra en que se planta la viña y segundo, como en toda viña, una cepa cristiana. La tierra en que se planta esta viña es el hombre, somos nosotros, fueron nuestros antepasados, fue Israel el descendiente de Abraham, son todos los pueblos. Dios ha creado el mundo y en el mundo ha creado al género humano, con una capacidad maravillosa para que en él se siembre esa cepa cristiana.

Pero antes de ser cristiana, la sociedad tiene que ser humana. Y aquí es hermoso tomar la segunda lectura de San Pablo donde nos habla precisamente de los valores humanos. Hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo eso tenedlo en cuenta. Ya no es tiempo, queridos hermanos, de vivir esa dicotomía entre lo creado y lo

redimido. El mismo Verbo de Dios, que vino hecho carne a redimir al mundo y hacer al mundo cristiano, es el Verbo que antes de encarnarse, es palabra de Dios por las cuales son hechas todas las cosas. Es decir, antes de plantar esa cepa de Cristo, Dios ha creado una humanidad con capacidad para recibir toda la sabiduría divina que supone esa cepa plantada en la humanidad.

Cierto que teológicamente se distingue la naturaleza y la gracia, que no toda verdad, no toda bondad, es sobrenatural; pero cierto es que todo lo sobrenatural, todo lo que ha de ser premiado por la eternidad, todo lo noble, todo lo santo de los humanos tiene que ser primero una base natural -decimos en teología-, la gracia no destruye la naturaleza, al contrario, la gracia supone la naturaleza. Por eso a un criminal, a un mentiroso, a un traidor que no es ni hombre, no puede entrar en el Reino de los Cielos, tiene que convertirse primero y ser ante todo hombre. El cristianismo no cabe en la hipocresía.

Es hermoso cuando el Concilio Vaticano II, hablando del pueblo de Dios y refiriéndose a los no cristianos, a los no bautizados, a ese inmenso mundo que llamamos tierras de misiones, tierras paganas, el Concilio dice una frase muy respetuosa, Lumen Gentium 16: «Cuando hay de bueno y [231] verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación para el Evangelio y otorgado por quien ilumina a todos los hombres, para que al fin tenga vida». Miren qué bella aurora de cristianismo está alumbrando ya esos pueblos donde el misionero va con la cepa cristiana, pero ya encuentra preparación del Evangelio. Recuerden aquel precioso hecho, cuando San Pablo recibe de un pueblo pagano: ven y ayúdanos. Y Pablo siente que es la voz del espíritu que clama desde el paganismo, desde los gentiles.

Hermanos, cuánta bondad, cuánta verdad, cuánto bien hay más allá de las fronteras cristianas. Respetemos esto, porque muchas veces nos creemos nosotros, por estar en la Iglesia, que somos lo mejor del mundo. Quien sabe. Quién sabe, si aquí adentro de la Iglesia somos menos buenos, menos nobles, menos humanos que allá fuera donde están esperando con la preparación del Evangelio, una nobleza verdaderamente digna de que les llegue el cristianismo. Y entonces llega a esa tierra ya esponjada, a esa tierra de que San Pablo nos ha dicho, todo lo bueno, todo lo noble, puro, amable, justo. Hermanos, todo eso no se desperdicia, todo eso es preparación del Evangelio y por eso, no seamos fanáticos. El fanatismo entre los cristianos ha hecho mucho mal, es la soberbia del hijo mayor que se señala al hijo pródigo: ese es malo, yo soy bueno. Y era más bueno el hijo pródigo que venía arrepentido a darle más amor de arrepentimiento a su padre, que no él, engreído por su fidelidad falsa e hipócrita.

La cepa cristiana la han definido los últimos documentos de la Iglesia, con rasgos verdaderamente conmovedores. Todavía me acuerdo cuando Pablo VI -ese hombre maravilloso del que con verdad se ha dicho que lo va a amar más la historia que sus contemporáneos-, todavía no sabemos el gran tesoro de eclesiología, sobre todo de eclesiología, que nos ha dejado Pablo VI; en su primera encíclica decía: ¿qué hace el bautismo? El bautismo es el momento en que la cepa cristiana se siembra como viña de Dios sobrenatural en el alma naturalmente cristiana (que decía Tertuliano). Todo hombre es naturalmente cristiano. Hay un germen de nobleza, pero el cristianismo no brotará de él, por eso se llama sobrenatural, porque viene sobre la naturaleza, está más allá de mis

exigencias. Entonces el bautismo, respetemos ese momento precioso en que un hijo de la carne, nacido tal vez de un matrimonio noble, leal, bueno, pero que no es más que hijo de la carne, ahora sí, el bautismo lo va a hacer viña de Dios. Ahora va a plantar la mano de Dios en el corazoncito del niño que se va a bautizar, el cristianismo, la cepa, Cristo. Definiendo ese momento del bautismo, Pablo VI decía: se trata de una vida nueva que nada ha perdido de lo humano, salvo la herencia desgraciada del pecado original y que está capacitada para dar de cuanto es humano, las mejores expresiones y experimentar los más ricos y puros frutos. [232]

¡Qué cosa más bella!, el cristianismo no viene a quitarnos nada de lo humano. Aquellos que creen que la Iglesia viene con ideas subversivas, con rivalidades políticas o rivalidades de sociedad; aquéllos que creen apoyar la Iglesia únicamente en los valores humanos, se olvidan de aquel canto, cuando los magos vienen a preguntarle a Herodes dónde ha nacido Cristo. Dónde ha plantado Dios la cepa que ya viene a germinar en vida eterna a la humanidad. Herodes tuvo envidia de ese nuevo Rey y la Iglesia le canta: Herodes no tengas miedo, no viene a quitar poderes temporales el que viene a dar reinos eternos. Este es el cristianismo, no entra en rivalidad con los poderes de la tierra, viene a darle gérmenes eternos a los poderes y a todo aquel que quiera sembrar esa cepa en su corazón. El cristianismo es un germen de nueva vida, los hombres nuevos, las sociedades nuevas no cambiarán sus sistemas, seguirá siendo un sistema democrático; pero si de verdad son cristianos los que viven ese sistema democrático; no harán de la democracia una farsa, sino que harán el canal para vitalizar con vida de Dios la sociedad, abriendo cauces, expresiones de libertad, de dignidad; dignificando lo noble y bueno que hay en la raza humana, en la sociedad salvadoreña.

Reprimir a la Iglesia para que no siembre su cepa cristiana, es ser muy ingenuo o muy perverso. Y cuando ya en el ocaso de su existencia, Pablo VI escribía con más madurez la misión de la Iglesia en el mundo, habla de la evangelización. *Evangelii Nuntiandi* n.º 19, dice: el fin de la evangelización es transformar con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación. Y por eso dice, no hemos de evangelizar de una forma decorativa, como quien le da una mano de barniz a una podredumbre que está escondida. Por desgracia así es la evangelización de muchos que quieren estar bien con Cristo y con el diablo del mundo. No se puede evangelizar lo que todavía está perverso; no se puede llamar al bautismo al que vive todavía de egoísmo. Evangelizar es comprometerse, es poner al servicio de Dios todas esas cualidades humanas que por generación natural traemos de nuestros padres. Toda esa cultura que por herencia es figura, alma, sentimiento de la Patria. El cristianismo es lo más patriótico que puede haber.

Por eso decía Monseñor Thiamerto, aquel obispo de Hungría, la pobre Hungría muchas veces dissociada por las tiranías extranjeras, cuando afuera no se pueda cantar el himno nacional, dentro de las Iglesias estaremos cantando con toda la libertad del patriotismo, el himno libre de nuestra patria. Es aquí hermanos, en el ambiente cristiano de nuestros templos; es en las reflexiones de la palabra, en los grupos de las comunidades de base, es allí donde se está predicando el auténtico patriotismo. Perseguirlo es destruir la Patria. Perseguir el cristianismo es suicidarse. [233]

¿Cuál es el fruto entonces, a la luz de las palabras de hoy, de esta viña que plantó la mano del Señor en nuestra tierra? Hagamos honor, hermanos, qué feliz coincidencia, vamos a celebrar pronto el 12 de octubre que llamamos el día de la raza. Celebrémoslo con un sentido de agradecimiento, porque los misioneros trajeron la cepa cristiana a nuestra América. Había nobleza ya en nuestros indígenas. Era bueno lo humano que había aquí, pero era hijo de la carne, herencia nada más de lo natural; pero sin duda que, como Pablo, podían haber dicho los misioneros de hace cinco siglos a los indígenas de América: todo lo noble, justo, puro, amable, laudable, téngalo en cuenta. Y lástima que la evangelización no tenía las ideas tan claras, como hoy las tiene la evangelización de la Iglesia. Y lástima también, que mal nos hace ese consorcio con la espada y con el arma, que quiso imponerse la cruz y la señal del cristiano a fuerza militar. No es así como se convence a un pueblo. No es imponiendo una civilización que viene de afuera, es sacando todo lo noble que había allí. Y gracias a Dios, la pastoral moderna va descubriendo todo eso noble, santo, bueno que había también en nuestros indígenas y que todavía corre por nuestra venas, y que todavía es exigente de la cepa de Cristo para plantarse en tierra auténtica, en tierra verdadera.

La Iglesia por eso, quiere autonomía para poder predicar lo que Cristo le manda predicar y no condicionarse por lo que otros quisieran que predicara. Es la cepa de Dios que viene a plantarse con gérmenes de vida eterna a esta tierra natural que los hombres le preparamos, en la medida en que, aun humanamente, tratamos de ennoblecernos. No olvidemos hermanos, estos dos elementos para ser buen cristiano. El elemento natural, cultivémoslo. Esas virtudes de honradez, de justicia, de lealtad, todo eso que hace la amistad sincera, aun sin ser cristianos la sentimos hasta con los paganos; porque hay mucho de bueno en lo humano. Pero luego, como cristianos, el segundo elemento cultivémoslo mucho. Lo que nos dio el bautismo, lo que sembró Cristo, los sacramentos, la vida de la gracia, huir el pecado, vivir conforme a la Ley del Señor; y entonces -nos dice Isaías- los frutos serán estos. Cuando Dios llora el fracaso de su viña, con qué tristeza anuncia (la viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel, son los hombres de Judá): esperó de ellos derecho y allí tenéis asesinatos; esperó justicia y allí tenéis lamentos. Y San Pablo, en su segunda lectura, también nos dice cuáles son los frutos que debemos esperar: paz de Dios, virtud, méritos. El Dios de la paz, estará con vosotros.

O sea queridos hermanos, lo que hemos dicho en mil formas de predicarlo: queremos la paz, pero una paz no de violencia, no de cementerios, no de imposición y de extorsión; una paz que sea fruto de la justicia, una paz que sea fruto de la obediencia a Dios, que esperó de los hombres derecho y los hombres le han dado asesinatos. Esperó justicia, eso debía producir su viña. Lo humano y lo cristiano en El Salvador, debía haber producido mucha paz, mucho derecho, mucha justicia. Qué distinta sería [234] la Patria si estuviera produciendo lo que Dios plantó, pero Dios se siente fracasado con ciertas sociedades (y yo creo que la página de Isaías y de San Pablo en el domingo de hoy, se hace triste realidad salvadoreña): esperé derecho, y allí tenéis, asesinatos; esperé justicia, y allí tenéis, lamentos. No es sembrar aquí la discordia, simplemente es gritar al Dios que llora, el Dios que siente el lamento de su pueblo, porque hay mucho atropello; el Dios que siente el lamento de sus campesinos que no pueden dormir en sus casas, porque andan huyendo de noche; el lamento de los niños que claman por sus papás que han desaparecido: ¿dónde

están? No es eso lo que esperaba de Dios, no es una patria salvadoreña como la que estamos viviendo lo que debía ser el fruto de una siembra de humanismo y de cristianismo.

La cepa de Cristo parece frustrada, si no fuera que gracias a Dios, hay mucho de bueno también en El Salvador, como lo vamos a ver. Pero quiero fijarme antes, en este segundo pensamiento. Dios plantó una viña y es su Iglesia. Y en esa Iglesia, como en una zona de encuentro entre Dios y los hombres -entre la tierra que los hombres preparan y la cepa que Dios siembra- allí se reflejan las enormes crisis del Reino de Dios. Yo quiero recordarles, que durante todo este año, la lectura básica de los domingos, ha sido el Evangelio de San Mateo, el cual ya les expliqué un esquema (según los comentaristas, es el Evangelio más organizado para presentar la gran noticia que Cristo trajo al mundo: el Reino de Dios ha llegado a los hombres). Y nos encontramos ya en esta sección última; ya narró la entrada de Jesús a Jerusalén, y este sector del Evangelio nos describe ahora ese momento de crisis en que Cristo se enfrenta con sacerdotes, con fariseos, con gente dirigente de Jerusalén, que va a torcer la historia. El Reino de Dios está en crisis en este momento del Evangelio de San Mateo. Las parábolas de Cristo reflejan esa crisis. La parábola de hoy es tremenda. Los mismos dirigentes de Israel -mencionados hoy en el Evangelio: los sumos sacerdotes, los senadores, que traducidos al lenguaje de hoy podríamos decir los obispos, los diputados, los ministros, los gobernantes, los sacerdotes, los dirigentes del pueblo, la clase del capital, los que tienen la potencia del dinero-, a éstos se está enfrentando Cristo en su tiempo y con éstos es el conflicto que se desata en la parábola de la viña.

Un señor mandó plantar una viña y la arrendó. Y a la hora de la cosecha mandó a recoger, como era costumbre en tiempo de Jesús, y hubo como también entonces consta por la historia, litigio entre el dueño y los viñadores. Un conflicto laboral, diríamos, pero tan horrible que mataron a los enviados del señor y hasta mataron al propio hijo que fue, representaba a Cristo. Y entonces, Cristo pregunta, casi como un eco del profeta Isaías: por favor, sed jueces entre mí y mi vida, ¿qué más podía hacer? Esperé que diera uvas y dio agrazones -son esas uvas vanas, agrias, que no se comen, no sirven-, tanto trabajar para esto. Y si produjo frutos, se [235] creó el conflicto, no le quisieron dar al señor el fruto de su viña y mataron a los enviados, se trata de los profetas, de los enviados por Dios, de aquellos que estorban ante las injusticias de los hombres. Esta es la crisis. Esta es la crisis que el Evangelio ha de vivir a lo largo de toda la historia. Un Dios que siembra una viña y que espera frutos; y por una parte no recoge frutos, más que crímenes, asesinatos, no lo he sembrado yo eso; y por otra parte, unos injustos que matan y atropellan a sus profetas, a sus enviados.

San Pablo, judío, pero ante todo cristiano, analiza en la Epístola a los Romanos -y ya aquí en nuestras homilías tuvimos ocasión de estudiar este punto, hace algunos domingos-, San Pablo recogiendo esta crisis, dice: yo soy enviado a los gentiles, porque ustedes los judíos, el Israel donde Dios plantó la viña, se hicieron indignos, no quisieron obedecer a Dios, han preferido las leyes de Moisés a la fe en Cristo, y por eso nosotros los cristianos (que sabemos que Moisés y sus leyes, el Viejo Testamento ya pasó, sólo queda aquello que se ha vuelto en Cristo) nos volvemos a los pueblos gentiles y yo predico a los gentiles, decía Pablo, porque este aceptar de los pueblos gentiles provoca la envidia de los judíos y cuando los gentiles se conviertan a Cristo, los judíos atraídos por este ir a los pueblos extraños, Dios los perdonará también. Y dice una frase preciosa la Epístola a los Romanos,

para que nadie se ensoberbezca de que la cepa cristiana es producto de sus propios méritos, San Pablo dice: así resulta que la desobediencia de los judíos y la rebeldía de los gentiles que no habían querido aceptar a Cristo y ahora lo aceptan, nos encierra a todos los hombres judíos y gentiles en el pecado para que Dios sea el redentor de todos los hombres.

Este es el plan de Dios, los hombres debemos de sentirnos pecadores, los judíos que fueron los predilectos, la tierra donde Dios plantó la viña, despreció esa viña y por eso la viña se extiende al pueblo gentil. Los gentiles que somos nosotros, hemos aceptado esa viña. ¡Bendito sea Dios! ¿Qué dice esta Catedral llena de fieles? Una viña con racimos colgados de esperanza. Y entonces el pueblo judío, cuando reflexiona en la grandeza que despreció, se convertirá a Cristo. Y así como a nosotros gentiles se nos han perdonado los pecados y nos ha sembrado la cepa cristiana, también a los judíos los perdonará el Señor y se sembrará también allá, la cepa cristiana. Entonces sucede, queridos hermanos, que el proyecto de Dios juega con estas crisis de la historia de la Iglesia.

Ahora en El Salvador, la Iglesia tiene crisis. Hay divisiones, no las vamos a negar, hay quienes desprecian la línea pastoral del Arzobispado. Abundan quienes critican como perversa la doctrina que se está sembrando. Y en esta división, qué peligroso es hermanos, quedarse con la rebeldía de los judíos y con la desobediencia de los gentiles, antes que aceptar la humildad que necesita el pueblo judío ensoberbecido por la predilección [236] que Dios le tuvo y la desobediencia del pueblo gentil que adoró falsos dioses, antes que adorar en la cepa cristiana al verdadero Dios que nos trajo Nuestro Señor Jesucristo.

Hay crisis en el corazón de cada cristiano; y yo les digo, queridos hermanos, si en este momento un cristiano en El Salvador no siente esta crisis, no ha reflexionado lo que significa el mensaje de Dios y la siembra de Dios en el mundo. Muchos ya han superado la crisis y se han comprometido con el Reino de Dios. Muchos la han superado en sentido contrario, se han instalado en sus comodidades y más fácil es decir: la Iglesia es comunista, ¿quién la va a seguir? Pero algunos, sí están en crisis, no saben qué hacer. La culpa no es de Dios ni de la Iglesia. La culpa es de la libertad de cada uno, que tiene que resolver en su propia conciencia, con quien está. Y Dios Nuestro Señor le está ofreciendo los frutos maravillosos si se deja sembrar esta cepa que producirá maravillas de racimos, los frutos de la Vida Eterna. Este es el plan de Dios, por eso la Iglesia es la viña donde el Reino de Dios siempre estará en crisis. Dichosos los que sienten y viven la crisis y la resuelven por un compromiso con Nuestro Señor.

Me alegra mucho que, precisamente en esta hora de crisis, muchos que estaban dormidos, han despertado y por lo menos se preguntan dónde está la verdad. Búsquenla, San Pablo nos da el camino con la oración, con la reflexión, apreciando lo bueno. Son criterios maravillosos. Dónde está lo noble, lo bueno, lo justo, por allí va Dios. Si además de esos bienes naturales está la gracia, la santidad, los sacramentos, la alegría de la conciencia divinizada por Dios. Por allí va Dios. No por otras instalaciones que dan una paz muy ficticia, unas victorias muy falsas. Y por eso, queridos hermanos, a la luz de esta viña que es crisis -antes de terminar con el tercer punto que es, brevemente, ya para invitarles a la Eucaristía donde Cristo se ofrece, yo soy la vid y vosotros los sarmientos-, yo quiero invitarles a que vivamos con esta Iglesia la intensidad de su comunidad, de su fe, de su esperanza.

¿Quién no ha sentido en esta semana la oración por el eterno descanso de Juan Pablo I? En Roma y aquí en nuestra Catedral, el pueblo de Dios ha orado por el Santo Padre. El sábado próximo los cardenales se reunirán para elegir al nuevo Papa. Esta debe ser una semana de intensa oración para nosotros.

Quiero agradecer en este ambiente pontificio, la noble carta que me envió el Pastor de la Iglesia Bautista Emmanuel, entre cuyos conceptos muy ricos, muy cristianos, destacó éste: el significado de la vida y el testimonio de estos dos últimos Pontífices, cuyo paso por la historia deja un rasgo imborrable como ministros y sacerdotes, que en la temporalidad, mantuvieron la visión de lo eterno, como fundamento de la justicia de Dios. Y aquí habla también el Pastor -le agradezco su coincidencia con mi pensamiento de esta crisis-, pareciera ser la hora de la gran tentación en [237] que pugnan, por un lado un cristianismo torcido por la prepotencia de los reinos del mundo que exigen adoración; y por otro, la fidelidad al Evangelio generoso y hermoso de la humillación que culmina en una cruz; y sin embargo presenta su fuerza y poder en la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Muchas gracias querido hermano Carlos, por este gesto ecuménico tan profundamente cristiano.

La Iglesia vive, la viña que Dios ha plantado en nuestra Arquidiócesis, la ha visto de cerca. El domingo pasado, celebrando el décimo aniversario sacerdotal del P. Samuel Orellana, en su parroquia de Ayutuxtepeque. Qué alegría, qué juventud la de aquella comunidad.

En Plan del Pino, también el domingo pasado, donde las religiosas Carmelitas Misioneras celebraban el 25 aniversario de haber venido a El Salvador y preparaban una preciosa ceremonia de confirmación de jóvenes, y un diálogo con los grupos que expresan allá la comunidad viviente de esta viña del Señor.

El lunes 2, el Opus Dei, que celebra como patronal la fiesta de los Ángeles, cumplía 50 años de haber sido fundado. La Iglesia se alegra con todo esfuerzo de santificación en el mundo y desea en esta hora de crisis de la Iglesia, que no solamente se viva una santidad personal, individualista; sino también una comunidad, una santidad comunitaria que sea testimonio a la luz del mundo, como decía el cardenal Pironio, respondiéndome a una pregunta sobre la autenticidad de la vida religiosa y cristiana, estos tres criterios: mucho amor a Cristo, mucha fidelidad al carisma de la fundación y también una gran adaptabilidad a la pastoral de la Iglesia local.

Esto tercero yo quiero recalcarlo en muchas comunidades que han demostrado su capacidad de adaptación: parroquia de Concepción, Villa de San Francisco, los Franciscanos presentan un verdadero servicio al mundo, allí en su Iglesia situada en un campo muy difícil de la capital. Con ellos celebramos el día de San Francisco, así como en San Francisco Lempa, con una religiosa Oblata al Divino Amor, que está ayudando allá, ha movido una comunidad muy fervorosa y yo quiero felicitar tanto a esta religiosa como al P. Benito Alfaro, cuyo nombre salió calumniado en los periódicos esta semana como si fuera cómplice de guerrillas. Benito Alfaro es un sacerdote humilde, firme también en defender a las religiosas del Sagrado Corazón, cuando la política quiso manipularlas, allá en el Dulce

Nombre de María. Por allí andará tal vez el origen de esta calumnia. Pero yo decir que el P. Benito Alfaro no tiene nada que ver con esa publicación calumnia.

El sábado 7, se celebraba la fiesta del Rosario. Nos unimos a la alegría de los PP. Dominicicos del Rosario y a las parroquias que tienen ese [238] nombre en nuestra Diócesis; y recomendamos a todos el rezo del Santo Rosario, como una expresión de la vida de las comunidades cristianas, de las familias.

Esta noche, a las 7 ha sido convocada toda la comunidad católica de Santa Tecla, a una misa en la iglesia del Calvario, donde vamos a expresar nuestra solidaridad en el trabajo pastoral con el nuevo párroco, el P. Francisco Javier Aguilar. Allá los esperamos pues, a las 7 de la noche, hoy en el Calvario de Santa Tecla.

También Soyapango está celebrando la fiesta de la Virgen del Rosario, y es muy consolador ver como la Virgen es expresión de vida en nuestras comunidades cristianas.

Esta Iglesia, viña del Señor plantada en nuestra patria, tiene que lamentar también en esta semana la captura de dos sacerdotes y de algunos colaboradores laicos. Los sacerdotes son el P. David Rodríguez, que fue llevado, juntamente el Br. Guillermo Joaquín Cuéllar, a la Policía Nacional y el P. Trinidad de Jesús Nieto, conducido a la Guardia Nacional. Nos preguntamos ¿qué se busca con estas actitudes? A juzgar por el trato, muy respetuoso para el P. David, y el interrogatorio amañado contra nuestra emisora, ¿se estará buscando manipular a la misma Jerarquía? Porque llamaron también a Monseñor Aparicio para entregarle el informe. ¿Se tratará de manipular para que no sea el Gobierno, sino la Jerarquía de la Iglesia que nos obligue a cerrar nuestra emisora? Sería muy triste, pero diremos que al menos se tenga el valor de ordenarnos quién quiere no se oiga más esta voz, que Dios quiera hermanos, que nunca deje de hablar. Es una pequeña expresión de la Iglesia que tiene libertad de hablar. Si cuentan con todos los medios de comunicación, ¿qué estorbo puede hacer una emisora y un pequeño periódico? La justicia es nuestra fuerza, la verdad es lo que hace grande la pequeñez de nuestros medios. Por eso se le teme.

La Comisión Nacional de Justicia y Paz de El Salvador, ha publicado un interesante folleto de datos sobre los acontecimientos de Nicaragua, es horroroso hermanos, lo que testigos presenciales han declarado, y que esperamos que la Comisión de Derechos Humanos y los mediadores en este conflicto no disimulen, sino que hagan sentir este clamor del pueblo de Nicaragua. Por nuestra parte enviamos una modesta ayuda, ¢ 4,000.00 se han recogido ya en nuestra Arquidiócesis y seguimos recogiendo para ayudar a nuestros hermanos. Poca cosa para grandes necesidades, pero algo es, sobre todo, cuando lo inspira el amor.

Un gesto bonito diríamos, un pequeño retoñito de la viña, es el obsequio de los alumnos del 5o. Grado del Externado San José, mandándome el mejor trabajo de la quincena, cuyo tema es muy bonito: La Iglesia [239] en mi patria. Yo les felicitó a estos jovencitos y al Colegio por este sentido la Iglesia que se está sembrando.

También hermanos, la Iglesia, Reino de Dios que no puede prescindir en sus raíces humanas de las realidades de la tierra en que ésta tiene que decir algo y ya lo ha dicho sobre

el problema de la Universidad. Se está tratando de reiniciar las clases, pero hay temores. La Facultad de Economía, ya se pronunció informando que no impartiría clases. Por su parte el Gobierno ha declarado que los vigilantes no dependen de ningún Cuerpo de Seguridad. Urge aclarar pues, la situación de un cuerpo armado en un centro de cultura, cuando ha demostrado tristemente la violencia de que es capaz, sobre todo, cuando se siente con autonomía.

He recibido una nota de agradecimiento de la esposa del Dr. Carlos Alberto Rodríguez, Decano de la Facultad de Economía, que fue asesinado, en la cual ella agradece a la Iglesia las oraciones y la voz que desde aquí denuncia esta injusticia y atropello.

También una carta de otra esposa afligida. Doña Carmen de Castro, esposa del Mayor y Doctor Alfonso Castro Sam -desaparecido misteriosamente-, también pide, en una carta muy sentida que yo transmito a ustedes, sobre todo si me están oyendo quienes pueden dar una luz en esta oscuridad. Yo tengo fe, dice la señora, y con mis hijos estamos el retorno de mi esposo sano y salvo. Si alguna persona tiene datos sobre él que me pueda proporcionar, le estaremos muy agradecidos. Y a usted también le agradecemos todo lo que pueda decir y hacer por esta familia acongojada. La Iglesia sirve al dolor humano donde quiera que esté y así pedimos a todos pues, la comprensión y la ayuda que sea posible.

En el día del niño, llegaron unas cartas tan conmovedoras, que yo quisiera hermanos, simplemente mencionar una frase de unos niños campesinos que me dicen: «quisiéramos rogarle interceda por los presos políticos. ¿Cuántos niños lloramos por la ausencia de un padre o madre, preso o desaparecido?» Y otra carta de una escuelita rural donde dice: «Le vamos a agradecer mucho que por favor nos haga esta denuncia: que la Guardia Nacional se llevó a nuestro maestro. Nuestro maestro es bien bueno, él no se mete en ninguna política, no sabemos por qué se lo llevaron. Y no sabemos dónde lo tienen, ni tiempo le dieron de cerrar la escuela. Queremos terminar el año, somos alumnos de primero y segundo grado». Este es el clamor que dice Isaías, que esperé justicia y no viene más que el clamor.

Llena de esperanza también, la noticia que atentamente me comunicaron por carta de varios abogados que se han organizado en el Colegio de Profesionales de las Ciencias Jurídicas, y expresan su condolencia por la muerte del Papa y su solidaridad con nuestra Iglesia. Digo que esto es [240] muy hermoso, saber que no todo es insensibilidad; porque hermanos, esto me preocupa, la insensibilidad que se está sembrando. Se catean cantones, casas, se atropella gente, desaparece gente y parece que esto va siendo ya lo más natural. Ojalá que la sensibilidad de unos hombres de derecho organizados y por tanto con fuerza para poder enfrentar y pedir justicia, haga también despertar la conciencia ciudadana de libertad de nuestro pueblo. Por eso varios abogados opinaron, salió en el periódico, que la Corte Suprema de Justicia y la Fiscalía General, toleran deshonestidad de jueces. En respuesta, la Secretaría General pide al periódico que diga los nombres de esos abogados para pedirles su colaboración. Ojalá que estos reclamos no se queden solamente con esas excusas tan baratas, «díganme nombres». ¡Si ellos lo saben bien!

En el ambiente también de esta Iglesia, queremos expresar una nueva condolencia a la señora de Matsumoto y a sus hijos. Se ha encontrado el cadáver misteriosamente

desaparecido. Alguien me mencionó como un show, no sé, sería un tremendo sarcasmo si se monta un show con un cadáver. Lo cierto es que ha aparecido y que las cenizas, según el rito de los japoneses, ya están en un cofrecito donde lo van a llevar a su tierra. Nos da tristeza el recuerdo que esta familia se lleva de nuestra patria; pero ellos también han elogiado, y yo transmito aquí esta satisfacción, la hospitalidad, el sentido de amistad de lo salvadoreños. La señora de Matsumoto y su familia no se han quedado solos, siempre han estado apoyados moralmente por buenos amigos de nuestro país. También quiero elogiar la unidad de la colonia japonesa que se ha mostrado muy solitaria en este momento de dolor de una familia atormentada.

Queremos solidarizarnos también con la petición de los colonos de la hacienda El Rosario, allá por Metapán, vendida al Gobierno, para que no se les desaloje sin procurarles un lugar donde reubicarse. Y también hacer nuestra la preocupación de los maestros, expresada en los periódicos de esta semana, sobre el problema del alcoholismo entre los maestros. Y ojalá que la asociación de Alcohólicos Anónimos, que se mencionó en este diálogo con tanta esperanza, extienda sus brazos de salvación. Queridos amigos Alcohólicos Anónimos, al felicitarlos con esta oportunidad, yo les hago de nuevo un llamamiento para que sean salvadores de nuestra sociedad, tendiendo esas arcas de salvación, a los mares donde se hundan tantos hermanos nuestros.

No me prolongo más hermanos, perdónenme, pero esto basta para concluir nuestra homilía con el punto final, invitándolos ya a la Eucaristía. Decíamos en el primer punto: Dios plantó una viña, su Iglesia en el mundo; 2.º esta Iglesia viña, refleja las crisis del Reino de Dios y de los hombres; y 3.er punto era este para terminar: la victoria será de Cristo. Yo soy la verdadera vid, dice el Señor, y todo aquél que permanece unido conmigo, llevará muchos frutos. Es un llamamiento pues, a que secundando [241] los deseos de Dios de que su viña produzca muchos frutos, hagamos que en nuestro corazón esa cepa que se plantó el día de nuestro bautismo, produzca no solamente esas virtudes naturales, tan propias del pueblo salvadoreño. Esta es una gloria hermanos, las virtudes naturales del pueblo salvadoreño, las he mencionado en varios aspectos, pero no basta. Sembremos en esa tierra bien abonada, la cepa de Cristo, la vid, la vida eterna, la fe, la oración, nuestra misa dominical, los sacramentos, todo esto que nos eleva a perspectivas trascendentes y que nos hace esperar aun en medio de la crisis y dificultades de la injusticias y atropellos de la tierra, la gran esperanza de que no todo está perdido, porque la cepa de Dios está bien plantada en nuestra tierra. Así sea (Aplausos). [242]

Festín de Dios con los hombres
28.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 15 de octubre de 1978

Isaías: 25, 6-10a

Filipenses: 4, 12-14, 19-20
Mateo: 22, 1-14

Al iniciar la homilía quisiera transmitirles, a través de mi modesto servicio de la palabra, toda la alegría, todo el optimismo que la liturgia de la palabra quiere darnos este domingo, que podíamos caracterizarlo como el festín de Dios con los hombres. Y así será el título de la homilía: «El Festín de Dios con los Hombres»; pero para comprenderlo y situarnos nosotros mismos en el ambiente propicio para recibir este mensaje, quiero recordarles que la línea fundamental de la palabra de Dios que se va recorriendo durante todo este año de 1978, es el Evangelio de San Mateo, del cual hemos difundido el esquema; porque como en 7 etapas, el Evangelio de Mateo nos va presentando la gran noticia que la Iglesia anuncia al mundo: el Reino de Dios ha venido y se remonta a sus orígenes, meditando como lo hacían las primeras comunidades en cuyo ambiente se escribió el Evangelio. Esto que leemos como Evangelio de San Mateo es el resultado de profundas y piadosas reflexiones, no fueron escritas inmediatamente después de que Cristo desapareció, sino que los apóstoles predicaban los hechos que habían vivido y los reflexionaban, de modo que en las parábolas no sólo está directamente el pensamiento de Cristo, el Señor, sino que va recogiendo ya las preocupaciones de la Iglesia. Y en [243] la sección que se comentó el domingo pasado, los capítulos 19 al 25, se trata de cómo la sexta estrofa del Evangelio de San Mateo, la crisis que prepara el advenimiento definitivo del Reino de Dios, una crisis suscitada por la oposición creciente de los jefes judíos y anunciada por el mismo Divino Maestro, en lo que va a coronar toda esta hermosa sección, el discurso escatológico, es decir, ya Cristo ha entrado a Jerusalén y estos episodios tienen lugar en vísperas ya de su muerte; en una lucha ya definitiva de pensamiento, con aquellos a quienes él quiere mostrarles con palabra clara que no se opongan al Reino. Si a causa de su oposición orgullosa se les va a quitar el Reino para darlo a los gentiles, como diciéndoles, todavía es tiempo, ábranse a la conversión, se dirige a los dirigentes judíos. Qué tremenda responsabilidad la de los dirigentes de los pueblos, porque ellos conducen al pueblo. Por eso, hermanos, yo quisiera que mi palabra como dirigente espiritual, la comprendieran en el mismo sentido en que el Evangelio se sitúa. Tiene que chocar, no puede agradar a todos, habrá ver quienes lo rechacen, y Cristo nos dio ejemplo. Quienes lo rechazaron, fueron precisamente los dirigentes que le echaban la culpa a Cristo de estar torciendo la historia de Israel; y Cristo no la torcía, Cristo la orientaba a su verdadero destino. Ellos eran los que la torcían.

Es necesario ponerse en este ambiente para comprender el lenguaje actual de la Iglesia. Un lenguaje que no es político, ni subversivo, que no busca la rebelión. Es un lenguaje que predica el amor, pero diciéndole al pueblo: por aquí hay que ir. Y les dice también a quienes están orientando por otro lado: eso es torcer el camino.

Estamos por otra parte, al final del Año Litúrgico. Ya en los primeros días de diciembre, a fines de noviembre, va a comenzar el Año Litúrgico con el primer domingo de Adviento. Debemos de situarnos como el alumno ya en este tiempo recogiendo el fruto del año en sus exámenes, en sus graduaciones, en sus fiestas de promoción. Ojalá que para nosotros estos últimos domingos marquen también una preocupación, la del bachiller que se prepara a sus exámenes privados, cuánto se desvela, cuánto se preocupa para sacar su bachillerato. Mucho más grande que un bachillerato es un curso de Año Litúrgico. Alguien, me halagó mucho una comparación cuando me dijo que «su homilía en los domingos, es como una cátedra de universidad». Nunca he pretendido tanta cosa, sino ser un humilde catequista, un evangelizador del pueblo, nada más. Pero ciertamente que vale mucho más que todas las cátedras de las ciencias de los hombres, la humilde cátedra de la evangelización que señala

a los hombres, el verdadero sentido de la vida, sus verdaderas relaciones con Dios, sus responsabilidades en la sociedad y esto es lo que hemos tratado de hacer. Por eso les advierto, pues, que nos encontramos ya finalizando el Año Litúrgico, con el Evangelio de San Mateo y ya comenzará otro año. Como quien dice otro curso, con otro Evangelio, pero siempre es Cristo el maestro. [244]

Ahora comprendemos cómo el Evangelio no es el mismo, de esta semana y del domingo pasado y de los anteriores y de los futuros. Sí, el Evangelio es el mismo, pero el marco histórico en que se reflexiona, qué distinta era la comunidad donde Mateo reflexionaba para escribir su Evangelio, y ahora que leemos a Mateo en el marco concreto de la comunidad de la Catedral y de aquellos lugares, donde se está en sintonía para reflexionar el mismo mensaje de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso acostumbro, hermanos, y a mí es quien más me molesta, ser como un cronista de la semana, porque en esta crónica semanal, no solamente tenemos que evocar esa vida sencilla, floreciente, fervorosa de nuestra Iglesia; sino también el marco de oposición, de persecución, de mala comprensión que rodea a esta comunidad que quiere vivir y orientar según Cristo.

La Iglesia en esta semana podíamos definirla con rasgos muy simpáticos, como este: en esta próxima semana, el jueves, va a cumplir 20 años de vida sacerdotal un grupo de sacerdotes que están trabajando activamente en nuestra Diócesis. El P. Carlos Mejía, párroco de Flor Blanca; el P. Roberto Crespín, de Ciudad Delgado; el P. Benjamín Rodríguez, de Jayaque; el P. Modesto Villarán, de Soyapango y dentro de pocos días más, el 25 de octubre, cumplirán sus bodas de plata sacerdotales, el P. Roberto Amílcar Torruella y el P. Sergio Moreno. Y en este ambiente de nuestros sacerdotes, colaboradores directos, tenemos que ratificar la defensa que hizo nuestro boletín del Arzobispado, del P. Benito Alfaro, con testimonios oficiales del mismo Alcalde y Juez y feligreses de su parroquia. También la aclaración que se ha hecho de los sacerdotes David Rodríguez, Trinidad Nieto y del Br. Guillermo Cuéllar, capturados injustamente también.

En este marco de nuestra vida de Iglesia, esta comunidad que está reflexionando hoy, celebramos hoy el día de Santa Teresa de Jesús. La religiosa española que supo traducir a la edad moderna todo el espíritu del Carmelo, y del cual tenemos aquí en El Salvador, magníficos exponentes en los PP. Carmelitas que rigen la parroquia de la colonia Roma; las religiosas Carmelitas de San José que tienen el colegio Belén, un centro de promoción en la colonia Utila de Santa Tecla y varios centros pastorales directos, como Ciudad Barrios, Apulo, etc. Lo mismo las Carmelitas de Santa Teresa, que tienen el colegio Santa Teresa, donde tuve la oportunidad de celebrarles la Santa Misa y compartir con su vida espiritual carmelitana unos momentos, el hospital de la Divina Providencia y el trabajo directo de pastoral en San Ramón, y proyectan para servicio de nuestra sociedad, también otros centros asistenciales. Lo mismo las Carmelitas Misioneras, que hace 25 años vinieron de España y que trabajan entre nosotros en la Policlínica salvadoreña y directamente con nuestro pueblo en el Plan del Pino y en la Laguna de Chalatenango. En esta vida religiosa, también, quiero traerles con alegría la noticia de una reunión de las religiosas de la Asunción, de todas sus comunidades que trabajan en [245] El Salvador, para profundizar y poner más al servicio de nuestro pueblo el carisma de su fundación, porque eso es la vida religiosa, unas mujeres o unos hombres llamados por Dios a recibir una experiencia espiritual que se llama Carisma; no para ellos solamente, sino como la Iglesia para el

servicio del pueblo de Dios. También es la comunidad, Iglesia, la que se ofrecía a mi experiencia en esta semana en el Calvario de Santa Tecla, la noche del domingo pasado. ¡Qué fervor, qué alegría!, en aquel ambiente de fiesta.

En la comunidad de Soyapango, donde en honor de la Virgen del Rosario, las comunidades de base se reunieron a una hermosa y fervorosa convivencia. En el cantón La Loma, de San Pedro Perulapán, donde también la comunidad se notaba muy tímida; sin embargo muy valiente asistió a la misa que se celebra allá, por los dos pobres campesinos asesinados, cuya muerte sigue en el misterio y que aparecieron allí por la carretera de Apulo. ¿Por qué esa timidez?, ¿por qué ese miedo?, lo pude constatar de cerca. Un grupo de ORDEN se acerca a la celebración de la misa con sus machetes en una pose de autoridad, como si no tuviera confianza en el Obispo y en los sacerdotes y en las religiosas que estaban allí con sus fieles; amenazantes. Yo quisiera decirles a mis queridos hermanos, que la autoridad es para el servicio, no para atemorizar. También, en el mismo Soyapango, una reunión de laicos para reflexionar sobre la carta pastoral, les agradezco y los felicito; porque la mente de la Arquidiócesis acerca de las organizaciones populares está definida en esa carta, que por tanto, obliga a nuestra Arquidiócesis. Para cada Diócesis, es el Obispo el responsable del magisterio y de la disciplina eclesiástica; por tanto yo les digo a todos los sacerdotes, religiosas y fieles, que en materia de organizaciones populares, la doctrina de la Iglesia auténtica para nuestra Arquidiócesis, es la que les ha presentado su Arzobispo y a ella tienen que atenerse; mientras no venga una disposición de la Santa Sede, es éste, el Obispo, el responsable. Cada obispo en su propia Diócesis, es el maestro y el conductor espiritual.

De Apopa nos llega también la queja de no dar ayuda al servicio de Cáritas en algún cantón. Recuérdense que Cáritas es la mano extendida de la Caridad de la Iglesia y quisiéramos hacerla una organización de verdadero servicio de caridad. Ayúdenos, no nos estorben.

Por otra parte, la Comunidad Arquidiócesis se alegra en que en estos días, en bonitos, significativos festivales de la clausura de los colegios y escuelas Católicas, se está recogiendo la cosecha del trabajo pastoral de los colegios. Ojalá todos los colegios católicos, puedan sentir al final del año, la alegría de no haber sido simplemente un colegio de enseñanza oficial; sino que tiene que ser el vocero de la evangelización, que valiéndose de los programas oficiales, a los que tiene que respetar como verdadero ciudadano, el espíritu que anima a la enseñanza del colegio católico, [246] tiene que estar en sintonía con el Pastor responsable de la vida de la Iglesia, ya que los colegios y las escuelas católicos, pertenecen a la vida de la Iglesia, o no son católicos.

Alegarme también con ustedes, queridos hermanos que asisten a la Catedral, porque nuestra misa ha sido objeto de crónicas de carácter internacional. Ustedes tal vez no se dieron cuenta el 24 de septiembre, día de la Virgen de Mercedes, estuvo entre nosotros un periodista de la Prensa Asociada que describió nuestra misa en un reportaje que se publicó en el extranjero y que aquí en el país no se publicó, porque se refería a aquel ambiente tan triste frente a la Catedral, un parque o gente armada.

También en la misa del domingo recién pasado, tuvimos aquí el honor de que la televisión holandesa filmara nuestra misa, como lo hizo en la noche en el Calvario de Santa Tecla, llevándose una impresión muy grata de sentir en la Catedral, el palpitar de un pueblo que de veras asiste a misa no en forma pasiva, sino que en su silencio y en su oración, en su atención a la palabra de Dios, está siendo verdaderamente una participación viva. Yo les quiero agradecer queridos hermanos que llenan la Catedral; porque la presencia de ustedes es ánimo para el Pastor y también ejemplo, por lo que les acabo de decir, no sólo para nuestra Diócesis, sino más allá de nuestras fronteras.

Quiero traer un recuerdo personal también, perdonenme, y es que hoy celebramos el 7.º aniversario de la muerte de un gran amigo migueleño, don César Augusto Osegueda, quien luchó desde su periódico, el Diario de Oriente, por estos aspectos de Derechos Humanos, por los cuales estamos empeñados ahora.

Lo mismo, agradecer a una viejecita enferma de San Ramón, que en una bonita carta, recuerda con nostalgia sus trabajos por la Iglesia y que ahora ofrece nada más su enfermedad y su buena voluntad. Y le diré que es mejor, si eso queridos hermanos, ustedes los enfermos, los ancianos, los que no han podido venir, son precisamente la riqueza, como acaba de decir el Papa Juan Pablo I, son la riqueza de la Iglesia. Yo les agradezco a todos estos queridos enfermos que le den a su enfermedad, a su incapacidad, a sus achaques, a su vejez, sentido apostólico, ofreciéndolo todo por la gloria de Dios. La persona a que me refiero es la niña Adela Morataya viuda de Hernández. Ojalá tuviera muchos imitadores en ofrecer al Señor, el tesoro de sus méritos personales.

Este es el ambiente como Iglesia nuestra, esta es la Iglesia que está meditando la palabra del Señor esta mañana, y con esa palabra del Señor, iluminará las realidades que se oponen y le hacen crisis al expandimiento de este Reino de Dios, como lo voy a decir un poco después. [247]

Ahora sólo quiero que saquemos de la lectura de la palabra de Dios, estos tres pensamientos bajo el título que ya les insinué para esta homilía: el Festín de Dios con los Hombres. El primer pensamiento es: Dios prepara un festín con los hombres; el segundo pensamiento es: Dios hace a la Iglesia mensajera de su festín para todos los hombres; y tercer pensamiento: Los invitados son todos los hombres, pero no todos fueron dignos de la invitación.

Dios prepara un festín y el motivo es porque celebraba las bodas de su Hijo. Qué bella manera de reflexionar, San Mateo y sus primeros cristianos, en la redención de los hombres, en el misterio de la encarnación. La Redención es una iniciativa de Dios, que quiere para salvar esta humanidad caída en el pecado, hacer de esa humanidad pecadora una esposa para su Hijo. Y el momento en que el Verbo se hizo carne en las entrañas de María, es el momento del desposorio entre Dios y los hombres. Aquel fruto de las entrañas virginales de María es la representación de la humanidad -dice el Catecismo- en ese momento, Dios creó un cuerpo humano al cual le infundió un alma humana, pero por persona humana le dio nada menos que la persona de Dios. Todos nosotros cuando hemos sido concebido en el vientre de nuestras madres, hemos sido esos tres elementos: cuerpo, alma, persona. Pero nuestra persona no es divina y esta es la gran diferencia con aquel

producto de las entrañas de María. En cuanto al cuerpo y al alma, igual que todos nosotros, Cristo no tiene una carne distinta de los hombres, un hombre como todos. Pero es asumido por la persona divina y por eso ese hombre es también Dios, porque la persona de Dios sustenta todos los actos espirituales y corporales de Jesucristo. Esto es lo que los teólogos llaman la unión hipostática. Palabra griega que quiere decir personal. Hipóstasis quiere decir persona, unión en la persona del Verbo.

Este es el desposorio maravilloso de la naturaleza humana. Alma y cuerpo de un hombre con la naturaleza divina en la persona del Verbo. Hemos recordado brevemente, en la reflexión del Evangelio, el misterio de la encarnación. Por eso, todos ustedes, los casados, se casan para dar al mundo una representación de este desposorio. San Pablo cuando les habla a los que contraen matrimonio, les dicen: gran misterio, pero yo lo digo refiriéndome a Cristo y su Iglesia, la humanidad redimida, la humanidad que prolonga ese cuerpo y esa alma formada en las entrañas de María, pero luego encarnándose por el bautismo en todos los hombres, es la Iglesia. Todos los bautizados somos ya naturaleza unida a Cristo. Y entonces el que se casa, representa esa unión misteriosa. ¡Ah! Si lo comprendieran todos los que reciben el sacramento matrimonial, qué grande es el amor del esposo y de la esposa, como el que Cristo tiene a su Iglesia y como el que la humanidad redimida tiene a su Redentor. [248]

Si lo comprendieran todos aquellos para quienes lo mismo es vivir amancebado, es decir, sin el sacramento, sin darle una significación divina a su amor de hombre y de mujer. Esta es la gran diferencia, entre el amancebamiento pueden amarse mucho dos personas que se han unido para vivir toda la vida unidos en familia; pero no han bendecido su unión con el sacramento, no lo han elevado al significado de la unión misteriosa de Cristo y de la humanidad redimida.

Cuando se ve pasar por el mundo un matrimonio cristiano, santo, uno no puede menos que descubrir a través de ese amor, en su fe, en el esposo, el amor infinito de Cristo a su Iglesia; y en la esposa, el amor fiel de todos ustedes queridos hermanos, todos los que formamos la Iglesia, imagínese qué riqueza de santidad. Decía antes de la viejecita que ofrece su sacrificio a Dios, de la religiosa que se consagra en un espíritu al Señor, del sacerdote que cumple 25 años de vida entregado al Señor, todo eso es Iglesia, amor de Iglesia. El mártir que da su vida por el Señor, el catequista que no le importa la persecución, sino que morir por Cristo sí es necesario, todo eso es amor de esposa, amor de Iglesia.

Este es el festín que el Señor está celebrando con los hombres. Y para representarlo mejor, los profetas lo anunciaron con figuras, tan poéticas como la de Isaías en esta mañana: «En este monte voy a celebrar con todos los pueblos -miren la encarnación ya extendida al universo- un festín de manjares succulentos, un festín de vinos de solera, manjares injundiosos, vinos generosos». Son imágenes materiales para expresar lo que nosotros, cristianos redimidos, tenemos en nuestra Iglesia: la gracia de Dios, los carismas, la riqueza de su perdón, la alegría de la conciencia tranquila, la vocación seguida con fidelidad. Todo eso es superior a una mesa servida con vinos y manjares generosos. La misa de cada domingo, no les parece a ustedes, hermanos, que aun sin servir aquí vinos ni viandas, cuando salimos de la Catedral, salimos como quien sale del banquete de un rey.

¡Más que Rey!, hemos estado con Dios y quienes han estado preparados se han acercado a recibir el pan celestial, el banquete del Rey que celebra las bodas de su Hijo. Qué hermosa es la Comunión, qué bella es la Eucaristía.

Pero el mismo profeta, remontándose ya de la imagen material al significado espiritual de este festín de Dios, fíjense que bellas expresiones: «Aquí, en este monte, arrancaré el velo que cubre todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones. Aquí el Señor aniquilará la muerte para siempre. Aquí Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros y el oprobio de su pueblo se alejará de todo el país». ¿No es para cantar un canto de esperanza y llenarse de optimismo, saber que este cristianismo que nos vino con Cristo a través de la Virgen María y encarnándose en todos los hombres que tienen fe, es una presencia de un Dios que nos está prometiendo? No, hermanos, El Salvador no tiene que vivir siempre [249] así. Arrancaré aquí ese velo de ignominia que lo está cubriendo en todos sus pueblos. Enjugaré las lágrimas de tantas madres que ya no tienen ni lágrimas de tanto llorar, porque sus hijos no aparecen. Aquí también, se arrancará el dolor de tantos hogares que sufren en este domingo el misterio del secuestro de seres queridos o el asesinato o la tortura o el tormento. Eso no es de Dios. El festín de Dios vendrá, esperen la hora del Señor, tengamos fe, todo esto pasará como una pesadilla de la Patria y despertaremos al gran festín del Señor. Llenémonos de esta esperanza.

Entonces la Iglesia es ese monte que significativamente Isaías señala. El Monte Sión, donde se construyó el Templo de Jerusalén, era como el centro simbólico del encuentro de Dios con su pueblo, con quien celebra unas bodas, una alianza, un pacto. Porque ese es el matrimonio. Y a quien no pueda comprender como puede compararse el amor de Dios a los hombres, con un matrimonio, les diré: es un pacto, es una alianza. Como el novio que le dice a la novia: ¿te sientes capaz de casarte conmigo para toda la vida?, y el venirse a arrodillar ante el altar ellos dos, es precisamente un pacto que Dios ratifica. Lo que Dios ha unido, nadie lo puede separar. Así estaba Dios unido con este monte santo, símbolo de su amor a su pueblo predilecto, a Israel.

Pero resulta que este monte -y estoy llegando ya a mi segundo pensamiento- es la Iglesia mensajera del festín de Dios. La Iglesia heredó toda esa belleza del monte de Sión, toda esa riqueza de las promesas de Dios hechas a Abraham y a todo su pueblo israelita. En Cristo Jesús pasó toda esa rica herencia al pueblo cristiano y este pueblo cristiano tiene el signo de una Iglesia y también su monte santo. Hoy precisamente, la atención del mundo está dirigida a ese Monte Santo. Ustedes saben -tal vez lo oyeron por la Voz de América-, en las primeras horas de esta mañana, anunciaba que en Roma había salido ya la primera fumata de la Capilla Sixtina, humo negro, al mediodía del domingo, recuerden que van ellos siete horas adelante. No tenemos todavía al elegido, pero el mundo entero tiene su mirada clavada en esa chimenea. Apenas salga humo blanco, habrá alegría en todo el mundo. Un cardenal saldrá al balcón del Monte Santo a decir al mundo: ¡os anuncio un gran gozo, ya tenemos Papa! Y anunciará el nombre del Cardenal y el nombre que ha asumido como Papa.

Queridos hermanos, esto es bello, pero la Iglesia no es sólo el Vaticano. Allá está la expresión más acabada, el Pastor Supremo, pero alrededor del mundo este banquete hecho para celebrarlo con todos los hombres del mundo, la Iglesia expandida como mensajera del

festín de Dios. Los obispos, como les dije antes, somos los responsables de cada Diócesis, si existen organizaciones de obispos, son de carácter eclesiástico; pero el responsable ante Dios de su Diócesis es el Obispo. Sobre el Obispo no hay más responsabilidad que la del Papa. Él es el mensajero, el que traza el [250] camino hacia ese festín. Y yo les agradezco hermanos, sus múltiples pruebas de solidaridad con su Pastor, porque no es a mí a quien siguen, sino al festín de Nuestro Señor.

¿Cómo traducimos este festín de Dios en la Iglesia? Yo he marcado, para que lo reflexionemos esta mañana, este texto del Concilio Vaticano II, cuando dice: «A la sociedad de la Iglesia están incorporados plenamente quienes, poseyendo el espíritu de Cristo» -aquí está la primera riqueza que la Iglesia tiene, el espíritu de Cristo- «aceptan la totalidad de su organización». La Iglesia es una sociedad organizada, jerárquicamente y el Obispo es el jerarca directo, responsable de la Diócesis. Naturalmente que el Obispo está en comunión con el Papa, único al que tiene que rendirle cuenta; y los fieles que prescindieran del Obispo pasando por encima de él para creer en la Conferencia Episcopal o en el Papa, no están aceptando la organización completa de la Iglesia, y aceptan también todos los medios de salvación establecidos en Ella. He aquí otra riqueza del festín. Lo que estamos celebrando ahora: la Eucaristía, la comunión, el perdón en el confesionario, el bautismo de los niños, la bendición de los matrimonios, la ordenación sacerdotal, los institutos donde las religiosas y los religiosos viven su vida consagrada al Señor, todo esto son medios de salvación establecidos en Ella y en su cuerpo visible están unidos con Cristo, él cual rige esta Iglesia mediante el Sumo Pontífice y los obispos por los vínculos de la profesión de fe de los sacramentos, del Gobierno y comunión Eclesiástica.

Entonces, en este breve pasaje del Concilio, está traducido al lenguaje de Iglesia, al lenguaje de Concilio Vaticano II, toda la bella profecía de Isaías. Todo el banquete de Dios en este Monte Santo para llamar a todos los pueblos, es eso que instituyó Cristo y lo confió a esta organización, a esta institución que se llama la Iglesia.

Entonces me podrán preguntar ustedes -y yo les voy a responder- ¿cómo puede haber salvación fuera de la Iglesia? El mismo Concilio, que dice que «todo aquel que llegado a conocer la organización de la Iglesia católica como instrumento donde están todos los medios de la salvación, no la acepta, con todos sus medios, no se puede salvar». El que lo conoce, y en este caso hermanos me da mucha tristeza pensar que en nuestra Diócesis hay muchos, y quién sabe si sacerdotes también, y quién sabe si religiosas e instituciones católicas, que no aceptan la totalidad de la Institución, no van camino de salvación. Pero el caso de aquellos que no conocen esta Institución en el sacerdote no se puede alegar ignorancia, él ha estudiado la institución Iglesia, ni en un cristiano medianamente instruido; pero puede haber en un ambiente donde no hay instrucción religiosa, quienes no conozcan y a estos dice el Concilio: «Quienes ignorando, sin culpa, el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan no obstante a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna». [251]

«Qué consolador es pensar que también aquellos que no por mala voluntad, sino por ignorancia, no conocen estos medios que la Iglesia les ofrece; pero tratan de vivir honestamente, santamente. La gracia de Dios se les dará por caminos que no son los

sacramentos, les llegará la gracia, el Espíritu Santo, Cristo; porque sin Cristo no hay salvación, pero lo tendrán a su manera». Estos son los mensajeros de la Iglesia, y estoy hablando también... Voy a mencionar aquí, queridos hermanos, la segunda lectura de San Pablo, porque es el modelo de los mensajeros de la Iglesia. Ya les puse el marco ambiental en que fue escrita la carta que se viene leyendo ya hace tres domingos, la carta de San Pablo a los Filipenses fue escrita en la prisión. Pablo está temeroso como todos los prisioneros, ¿qué van a hacer conmigo?; sin embargo, lleno de una gran confianza, agradece a los filipenses que le han mandado por medio de un cristiano ayuda económica; y agradeciendo esa ayuda económica, es donde pronuncia las palabras que hoy se han leído: les agradezco que hayan compartido conmigo por medio de su limosna, la tribulación, pero con una sana independencia de los bienes materiales -este es el apóstol-, Pablo les dice: pero sepan que yo estoy entrenado para todo y en todo. La hartura y el hambre, la abundancia y la privación. Todo lo puedo en aquel que me conforta. O sea, muchas gracias, porque me dan de comer, pero si aquí en la cárcel me estuviera muriendo y nadie se acordara de mí, sepan que confío en el Señor y que la dádiva que ustedes han puesto en mis manos y que yo les agradezco, la recibo, porque en pago, mi Dios proveerá a vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza en Cristo Jesús.

Qué bella actitud la del hombre independiente, la del hombre que no hace consistir su predicación y su Iglesia en el apoyo del dinero. Esto nos está costando mucho en nuestra Iglesia, hermanos. Esta autonomía del ídolo dinero, del ídolo poder y presentarnos al mundo como Pablo, audazmente libre. Agradecer al que nos da, pero sepan que no son necesarios, que por eso no me van a condicionar mi predicación. ¡Muchas gracias!, pero sepan que yo me debo a Dios y no a ustedes. ¡Muchas gracias!, pero sepan que aunque ustedes se hubieran olvidado de mí, yo los amaría lo mismo y les predicaría lo mismo. Este es el mensaje del festín de Dios, de veras hermanos. Y yo quiero invocar este valor y esta independencia, esta audacia del predicador auténtico, de Pablo, para decirle a todos los catequistas, a todos los sacerdotes, a todas las instituciones católicas, a todos los que quieren vivir una Iglesia evangélica y auténtica: independicémonos en el sentido no soberbio y orgulloso, sino en el sentido de adorar al único Dios y de poner en Dios toda nuestra confianza. Todo lo puedo en aquel que es mi fortaleza. Él, sí, mi fortaleza es el Señor. Mi riqueza es Cristo. Mi esperanza es el Señor, en él se salvará mi patria. A él oro, en él confío, a él predico. Esto y cuanto más auténticamente lo crean, sentirán más riqueza del festín de Dios en sus propios corazones. [252]

Mientras quieran estar compaginando la confianza en Cristo y la confianza en el dinero, no gozan el festín de Dios.

Por eso, finalmente hermanos, ¿quiénes son los invitados? Y según las lecturas de hoy, hemos escuchado a Isaías: Dios prepara para todos los pueblos y arrancará el velo de ignominia que cubre a todos los pueblos. Todos son llamados. Y cuando el Señor, en el banquete preparado para la boda de su hijo manda a llamar, fíjense que hay dos llamamientos: un llamamiento al pueblo predilecto, privilegiado Israel; pero ellos no fueron dignos. Acuérdense el marco en que está hablando Jesús. Última semana de su vida. Ese clímax de lucha, de antagonismo entre el verdadero Evangelio que él predica y la falsa religión que han entablado los fariseos y los dirigentes del pueblo de Judea, esa lucha está llegando al desenlace trágico de la crucifixión, pero Cristo no cesa y a ellos directamente

les hecha en cara: no han sido dignos de la invitación de Dios. No es que se predique el Evangelio sólo a los pobres, también está llamando a los ricos; pero para comprenderlo es necesario sentir alma de pobre y eso es lo difícil. Autonomía de los bienes materiales para sentir la única necesidad de Dios, sólo así se puede aceptar el Reino de Dios y desearlo.

Aquí nos está dando Cristo pues, la respuesta a una calumnia que se oye muy frecuente, ¿por qué la Iglesia sólo le está predicando a los pobres? ¿Por qué Iglesia de los pobres? ¿Qué acaso los ricos no tenemos alma? Claro que sí, y los amamos entrañablemente y deseamos que se salven, que no vayan a parecer aprisionados en su propia idolatría, les pedimos espiritualizarse, hacerse almas de pobres; sentir la necesidad, la angustia del necesitado. Entonces dice el rey: salgan a los caminos, allá adonde va el pobre pueblo, llámenlos, traiganlos; y entonces se llenó la sala que había sido preparada para los predilectos, pero no fueron dignos. Entonces se llenó de toda clase de gente. Y entonces viene una segunda parábola: entonces entró el rey a presentarse a los invitados, pero encontró uno que no llevaba el vestido de fiesta, es una falta de cortesía, por más pobre que sea un hombre, llamado a un festín de esta clase, aunque sea con su propia remendada, pero limpia, trata de presentarse lo más decente. Se ve que este individuo, pues, era uno de esos tipos que no le dan importancia a las atenciones y esto también, no es cortesía.

La Iglesia tampoco puede estar por esa falta de educación. Y el Señor se enfrenta al hombre que, a pesar de toda la bondad del Señor de llamar a los pobres, se hace indigno y le dice: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin llevar traje de fiesta?». El otro no abrió la boca, no tenía razones que oponer, había faltado y aquí está una gran lección. El Concilio Vaticano II, cuando nos ha dicho ese pensamiento que les leí primero, que en la Iglesia de Dios están todos los medios para salvarse, añade también una palabra terrible: «No se salva sin embargo, aunque esté incorporado a la Iglesia, quien no perseverando en la caridad, permanece en el seno [253] de la Iglesia en Cuerpo, pero no en corazón». No basta venir a misa el domingo; no basta llamarse católico; no basta llevar al niño a bautizarlo, aunque sea en una gran fiesta de sociedad. No basta apariencias, Dios no se paga de apariencias. Dios quiere el vestido de la justicia; Dios quiere a sus cristianos revestidos de amor; Dios quiere a los que participan en su festín que hagan un esfuerzo personal, porque Cristo es el principal en salvarnos, pero no te salvarás sin ti, decía San Agustín. No te salvarás sin ti, el que te pudo crear sin ti. Para crearte sí, no necesitó tu consentimiento; pero para salvarte, necesita el uso de tu libertad, que sepas usar tus bienes, tu persona, tus cosas. Libremente, con sentido de justicia y de caridad.

Queridos hermanos, esta es la lección preciosa del festín de Dios con los hombres. ¿Quiénes son los llamados?, nos termina diciendo el Evangelio. ¡Muchos son los llamados! Todos, todos los pueblos. Para Dios no hay categorías ni para la Iglesia hay distinciones. Por eso choca la Iglesia, porque es el mundo el que quiere mantener distinciones. Y la Iglesia sabe que no hay más que una categoría: los justos. Los que cumplen el Evangelio. Los que entran al festín de Dios con vestido de fiesta, con conversión de corazón, por eso son llamados al festín de Dios, muchos que no pueden entrar todavía.

¿Qué dicen ustedes de este conjunto de vida en El Salvador? El caso más escandaloso de esta semana, escándalo por ser gran un atropello a la dignidad humana, es el de Reynaldo Cruz Menjívar, que se contaba entre los desaparecidos, desde el 21 de diciembre de 1977 y

de repente aparece el 29 de septiembre, diciendo que se ha fugado de la cárcel de la policía de Hacienda. Busca asilo en la embajada de Venezuela. ¿Quieren saber la condición en que llegaba? -yo tengo el certificado del médico-, el examen somático reveló marcada palidez de mucosa y tegumentos; emaciación extrema; facies cadavérica; ojos hundidos, nariz afilada; lengua saburral; gingivitis hemorrágica; laceraciones y escoriaciones tanto antiguas como recientes; corazón y pulmones sin particularidades, abdomen excavado; marcada sensibilidad en distintas partes del cuerpo; el siquismo del paciente se encontraba también notoriamente alterado. ¡Estos son los hombres que estamos haciendo! Por estos gritamos: ¿dónde están los desaparecidos?, porque en la misma declaración ante abogado, Cruz Menjívar ha dicho otros dos nombres que él vio: José Adalid Morales, estudiante de último año de Economía y Cecilio Ramírez. El uno ya agonizando y el otro quedándose ciego y sordo. Ante esta tragedia, es la que la Iglesia grita amnistía, o pasarlos a los tribunales.

Y para ser lógica con su reclamo de respeto a lo humano, también queremos reclamar a un partido político y a una organización popular, que en el pobre Menjívar no ven al hombre con estos detalles del médico y de la Pastoral de la Iglesia, sino desde el ángulo de su política, como [254] querer hacer de él una bandera de su partido. Esto es injusto también. Si nosotros nos pronunciamos contra estos atropellos y en favor de los Derechos Humanos, no es desde un ángulo político; sino desde el humanismo de la Iglesia, desde el amor de Dios, desde el cristianismo que nos exige entrar con traje de boda, de festín, a esta Iglesia que es caridad y que es amor. También los políticos que quieran manipular la desgracia y el dolor, están pecando contra los Derechos Humanos.

Otro escándalo también de nuestra hora, el operativo militar en Cinquera y alrededores, donde Guardias Nacionales, Policía de Hacienda, Ejército y ORDEN, ocuparon cantones como El Coco, Cacao, Llanitos, y parece que quiere repetirse el terror de Aguilares y de San Pedro Perulapán: saqueos, capturas, torturas, fuga a los montes. Y entre los perseguidos, los que tienen la Biblia y los hablan también de doctrina de la Iglesia. Y se desfigura en esas campañas la palabra del Arzobispo y de los sacerdotes, como si no predicáramos el amor de Cristo, sino la subversión del pueblo. Son testigos todos ustedes, como dijo monseñor Helder Cámara, al preguntarle, catorce años de ser vigilado su teléfono y su correspondencia: «no he nacido para la sublevación y me alegro que el mismo Gobierno se de cuenta de que no he predicado lo que dicen que digo».

También el sector urbano, hemos de lamentar en estos días asesinatos, desaparecimientos, y queremos compartir con esas familias -que se nos haría muy largo enumerar- su dolor, sus oraciones y también sus reclamos. ¡No puede ser, salir a la calle un hombre o una mujer libre a comprar unas pupusas y encontrarse el secuestro!

También quisiera que en este ambiente del festín de Dios, y de los que son invitados y no son dignos, piensen hermanos, en la muerte de un agricultor santaneco, Ricardo Colocho Bosque, y las declaraciones respectivas del Ministerio de Defensa. Son dignas de reflexionarse. El poder militar demarca zonas de muerte en nuestras ciudades y los soldados pueden matar impunemente en esas zonas, resultando culpable la víctima. Recordamos a este propósito, dos casos en esta capital: a principios de año, un joven en la carretera de Los

Planes de Renderos y allá por marzo una señorita en las cercanías del cine Apolo, cuando retenes de policía les hicieron alto.

Se ha pedido también, reformas a la Ley de Orden Público; pero muy distinta de lo que está pidiendo el pueblo, se pide que se amplíe más su campo de acción. Se pide dar competencia jurídica a todas las Cámaras Penales de la República y ampliar hasta 120 días el término de la inscripción del proceso a criterio de los Magistrados. Lo que justificaría más cárcel para los pobres reos. [255]

Nos alegró mucho la noticia, de que la Sociedad Interamericana de Prensa analiza el grado de libertad de prensa del hemisferio occidental, y naturalmente nos alegró ver el nombre de El Salvador, entre los países que gozan de esta libertad. Y por eso nos dolió mucho que el periodista Enrique Salvador Castro, síndico de la Asociación de Periodistas de El Salvador, protestara enérgicamente porque un policía lo esposó y lo atropelló. Y apoyándonos en esa libertad, no dudamos que no se harán más inquisiciones sobre YSAX y Orientación, sino que se dejará a estos medios de difusión en un ambiente de libertad, para que la Iglesia, siquiera en estos mínimos medios de expresión, pueda desarrollar su derecho a la libertad de proclamar su fe en Jesucristo y en el Señor.

Desde nuestra Iglesia, que está reunida en esta reflexión y que se va alimentar ya de Cristo, que sufrió primero esta crisis frente a un mundo que no quiere creer en él, hermanos, elevemos nuestro grito de fe y de esperanza al Señor. Nos ponemos de pie...

[256]

La respuesta de Dios al mundo actual
Funeral de Juan Pablo I
Domingo 22 de octubre de 1978

Ilustrísimo Monseñor encargado de Negocios de la Santa Sede, queridos hermanos sacerdotes y fieles:

En su breve pontificado, Juan Pablo I nos da la impresión que solamente tuvo el tiempo para dar al mundo la respuesta breve, pero densa, que Dios da al mundo actual. La historia se encargará de recoger esas facetas tan ricas, que ya van en los comentarios de toda la comunidad universal de la Iglesia, porque en el breve espacio de un mes, Juan Pablo se ganó el corazón del mundo. Sería imposible pues -ahora, al venir a celebrar la oración solemne de la Arquidiócesis por su eterno descanso y animar su esperanza de una Iglesia que se levanta de la tumba de cada Papa para seguir adelante-, sería imposible, digo, recoger toda la historia de estos 33 días breves, porque era precisamente eso: la respuesta de Dios al mundo actual.

Inspirándome en ese pensamiento, yo sólo quiero destacar estos tres aspectos: lo jerárquico, lo cristiano y lo mariano.

LO JERÁRQUICO

¿Por qué Dios nos está llamando la atención, en tan breve tiempo, hacia la cumbre de la jerarquía? En menos de dos meses, dos muertes y [257] dos elecciones del Pastor Supremo de la Iglesia. Es la máxima expresión de la autoridad que Cristo quiso poner para gobernar al pueblo que él congregaba, como sucesor de la alianza entre Dios y el pueblo. La jerarquía, llevada por los hombres frágiles indica una voluntad de Dios, sea el canal por donde se orienta y se gobierna la Iglesia. Pero como signo sacramental de esa verdad eterna y de esa gracia eterna que se da a los hombres, la jerarquía no es toda la gracia de Dios ni es toda la verdad de Dios, es un signo de que Dios quiere comunicarse con los hombres, y por eso el mundo exige a esa jerarquía la transparencia del espíritu que debe de comunicar y al mismo tiempo comprende, que no puede la jerarquía agotar toda la riqueza que Dios quiere comunicar al mundo, y que la jerarquía no es más que el instrumento sacramental por donde Dios transmite su verdad y su gracia a la Iglesia.

Así también, podemos decir que la Iglesia no es todo el Reino de Dios. Si la jerarquía es como el esqueleto de la Iglesia, la Iglesia misma que reclama de esa jerarquía transparencia, plenitud de Dios, comprende que ella sola no está más que como un pueblo congregado por Dios en torno de esa jerarquía; pero al servicio del Reino de Dios y del mundo entero, y que por tanto, todo su esfuerzo como Iglesia jerárquica no puede concentrarse en una autocontemplación. La Iglesia no es un fin en sí; y mucho menos lo jerárquico, no es un fin en sí. La jerarquía para la Iglesia y la Iglesia para el mundo. Por eso, cuando muere un Papa, el mundo entero, y desde luego la Iglesia entera, clava sus miradas en Roma, sabiendo que allí está el signo de este pueblo de Dios; pero que este pueblo de Dios peregrino y misionero, tiene que fijarse más bien en un segundo aspecto que yo quiero traer ahora a propósito del Papa que muere.

LO CRISTIANO

El Papa es grande porque Dios lo ha escogido para ser su vicario en la tierra. Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Tú eres la piedra de consistencia en la cual toma unidad y estilo la Iglesia que Yo, Cristo, construyo. No la construye el Papa ni los obispos, no somos más que los humildes peones del gran artífice de la Iglesia. Construiré mi Iglesia y si las puertas del infierno y de la muerte no prevalecen, no es porque descansen en los hombros frágiles que apenas pueden soportar un mes la tremenda carga, sino porque ese símbolo del Papa está sostenido por lo que es vida eterna, lo inmortal, lo santo, lo divino: Cristo, Nuestro Señor. Y esto es lo que hace grande a Juan Pablo, como a los últimos Pontífices, tan santos y tan cristianos: ser cristiano y tratar de traducirse en instrumento del cristianismo para el mundo, hablar de Cristo. Porque Juan Pablo, podía decirse de él lo que el Evangelio de San Juan dice del primer Juan cristiano: «No era él la

luz, pero vino a señalar la luz». Y si Juan Pablo encendió una lámpara que ilumino toda la noche en que murió y que amaneció iluminando el día de la historia; y esa luz es la luz de [258] Cristo -la luz de Cristo, la luz de la Iglesia-, es porque señaló los caminos de la verdadera Iglesia. Dicen que murió con el libro de La Imitación de Cristo y que, mientras leía, la luz quedó encendida y en sus manos el librito de Kempis, La Imitación de Cristo.

Sea o no sea, lo cierto es que es un gran seguidor de Cristo y que Juan Pablo es la expresión auténtica de lo cristiano. Su humildad proverbial, que hasta la hizo la palabra lema de su escudo: «humilitat», que lo hizo congeniar tan profundamente con los niños - porque es la humildad la que hace acariciar al niño como Juan Pablo en las audiencias solemnes- para decirle al mundo de hoy, lo mismo que Cristo, que es necesario hacerse como niños para entrar en el Reino de los Cielos.

Humildad que se expresa en la simplicidad de un pontificado que renuncia a la tiara y a la silla gestatoria, y que quiere aparecer como un hombre sencillo que recuerda la pobreza de sus orígenes. Y esta es otra nota auténtica del cristianismo, el Papa pobre, el Papa que recuerda con cariño los días en que tuvo que pasar temporadas sin zapatos, y que tuvo que saborear la pobreza verdadera en el hogar de su padre obrero y de su madre empleada de hospital.

La Iglesia de los pobres no es una demagogia. Es que Cristo también quiso gozar la alegría de ser pobre; y así el Papa nos señalaba ya los caminos de una Iglesia que encuentra en la pobreza, la inspiración auténtica de Cristo que comenzó su predicación: «Bienaventurados los pobres».

Defensor de una doctrina auténtica, sin pretensiones de un inquisidor, sino de una doctrina que se capta en la vivencia misma de la Iglesia y que es garantizada por esa fidelidad con que él se profesa cristiano. También defensor y propugnador de una disciplina que no consistirá en legalismos, sino en condiciones y en amor, porque el amor es el que mueve la Iglesia.

En una palabra, hermanos, el espíritu cristiano. Y porque ese espíritu cristiano es lo que la jerarquía de la Iglesia tiene que llevar al mundo, Juan Pablo es amado por toda la Iglesia porque supo ser no sólo el jerarca que manda y que dispone, sino el cristiano que se pone como ejemplar y que, como Pablo, puede decirle al mundo: «Sed imitadores míos así como yo lo soy de Cristo».

Y por eso, la figura cristiana de Juan Pablo en la cumbre del Pontificado se hace característica también, por esta tercera nota que yo quiero destacar: lo Mariano.

LO MARIANO

Qué encantador resulta en su primera homilía -cuando está recibiendo el homenaje de reyes y de representantes de gobiernos, cuando se [259] siente el pobrecito en la cumbre de

los honores de este mundo- decir que invoca a María y que, si María fue su orientación, su guía, su consuelo en los días de su niñez, en los días de su seminario, en los días de su sacerdocio y de su episcopado, la invoca con corazón de niño para que siga siendo su Madre durante su pontificado y poder proclamar con la fe de María, que Cristo es Dios y que la Iglesia tiene que vivir de esa fe, y cuanto más mariana lo sea, lo será más cristiana, porque nadie fue tan cristiana como María, y María le enseñó al corazón del Papa ese sentido cristiano de ternura, de simpatía. María le enseñó sin duda, esa sonrisa amplia que lo caracterizó en el mundo; porque sólo teniendo el corazón de una madre y sintiendo tan íntimamente como María la misión y la santidad de Cristo, se puede ser su representante simpático en la tierra.

Por eso hermanos -y he querido traer esta nota mariana para concluir estos rasgos póstumos de Juan Pablo, porque providencialmente su presencia de cadáver y la congregación nuestra ahora ante su tumba, es en el mes del Santísimo Rosario-, puedo decirles con inmensa satisfacción, que su único mensaje radiofónico que pudo dirigir a nuestra América Latina se refería precisamente a María. Y yo quiero recoger sus palabras, breves como su pontificado, fue un mensaje que no duró más que un poco más de un minuto y que se dirigía al Ecuador, donde se celebraba el 24 de septiembre la clausura del Tercer Congreso Mariano Nacional. Y sólo Ecuador pudo tener la dicha, entre los países latinoamericanos, de recibir lo que ya soñábamos recibir en Puebla, el mensaje de amor del Papa para América Latina.

«Con sumo gusto -decía el Papa- queremos unir nuestra voz a la vuestra desde esta Roma dentro de la catolicidad, para tributar un homenaje de filial devoción y amor a nuestra Madre del cielo, la Santísima Virgen María. Sabemos que estáis celebrando el Tercer Congreso Mariano Nacional bajo el lema: Ecuador por María, a Cristo.

Haced de este lema todo un programa de vida y de acción apostólica. María, la madre de Cristo, madre de la Iglesia y madre dulcísima de cada uno de nosotros, sea siempre vuestro modelo, vuestra guía, vuestro camino hacia el hermano mayor y salvador de todos: Jesús. Y sea también ella, en este momento difícil y lleno de esperanza, la estrella de la evangelización en Ecuador y en toda la América Latina».

Este fue todo el mensaje del Papa, que terminó bendiciendo a América Latina. Y podemos decir desde esta Diócesis de América Latina, que es la Diócesis de San Salvador, que con este gesto, ya en vísperas de su muerte, el corazón del Papa se unió con el corazón de América para siempre, en un solo amor que caracteriza a América y caracterizó al Papa: el amor a la Santísima Virgen María. [260]

Queridos hermanos, vivamos la lección breve pero densa, como respuesta de Dios al mundo de hoy, que nos deja Juan Pablo. Una Iglesia jerárquica, garantía de su unidad y de su consistencia, pero en servicio a un mundo; y por esto tiene que ser una Iglesia ante todo cristiana y una Iglesia que se sienta filialmente cariñosa con María la Virgen.

Quiero terminar pidiéndoles una oración muy especial por el Señor Encargado de Negocios de la Santa Sede, que ha tenido la bondad de acompañarnos a pesar de estar en este momento de tribulación -cuando le acaban de avisar que su padre está en una

enfermedad muy grave, casi agónica- y ojalá que esta oración por el Papa, por la Santa Sede la que él viene a representar ahora, signifique también pues, una súplica de nuestra Iglesia, que siente como suyo el dolor de todos los cristianos, la angustia de todos sus fieles.

Queridos hermanos, adentrémonos en esta Eucaristía porque tenemos tanto que rezarle a Dios; mientras el Papa Juan Pablo ya es nuestro intercesor en el cielo. ¡Nuestra Arquidiócesis de rodillas, enlutada junto a su cadáver, recoge con fe, con amor, con agradecimiento su breve pero densa lección! Así sea. [261]

La Iglesia comunión de vida de Caridad y de Verdad para salvación del Mundo
30.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 29 de octubre de 1978

Éxodo: 2,21-27

Tesalonicenses: 1,5c-10

Mateo: 22,34-40

Queridos hermanos:

Siento que de veras la comunidad cristiana es una verdadera familia. Sentí mucho estar ausente el domingo pasado, como cuando alguien de la familia no puede llegar a la reunión de fin de semana con sus demás hermanos, pero a veces el Señor nos pide este sacrificio. En cambio, les agradezco la presencia y la atención con que asistieron a la celebración y a la predicación del P. Jesús Delgado, que tuvo la bondad de sustituirme. De sus reflexiones pues, ha habido comentarios muy buenos y por mi parte ahora, precisamente tomando de las lecturas bíblicas, sacaría como de costumbre, un título para nuestra homilía de hoy que venga a fortificar ese sentido de familia, de comunión. [262]

Yo llamaría a mis palabras de hoy: la Iglesia comunión de vida, de caridad y de verdad para salvación del mundo. Y es que en las lecturas de hoy, parecen encontrar un resumen bellísimo en uno de los textos más densos del Concilio Vaticano II, cuando habla de la Iglesia como pueblo mesiánico, dice estas palabras: «Este pueblo mesiánico, aunque no incluya a todos los hombres actualmente, y con frecuencia parezca una grey pequeña, es sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra».

Esto somos, queridos hermanos, esto tenemos que ser si de veras queremos construir la Iglesia. Yo quiero ratificar que la razón de mi predicación, que la razón de nuestras reuniones y de nuestras reflexiones cristianas en torno de la palabra de Dios, tienen esta finalidad, de que cada día nos vayamos constituyendo más como pueblo de Dios, como seguidores de Cristo, sintiéndonos de verdad germen segurísimo de unidad, de esperanza y

de salvación. Que el mundo, que nuestra patria, sepa sentir en los grupos cristianos no gente sospechosa, sino gente que de verdad sea luz del mundo y sal de la tierra.

Por eso, me gusta concretar cuál es esta comunidad que está haciendo la reflexión esta mañana. No es una comunidad cristiana reunida en una Iglesia de Europa o de África o de otro país de nuestro continente, es una Iglesia de aquí, de la Arquidiócesis de San Salvador, es esta Catedral. Y son aquellas comunidades tal vez allá en las ermitas donde sé que sintonizan esta misa para reflexionar. Son la comunidad del cantón tal, del pueblecito tal. En este caso pues, tenemos que sentir esta comunidad con sus realidades alegres y tristes. Es aquí donde a mí me gusta hacer un recuento de alegría, de esperanza, con todos ustedes, sintiéndonos de veras esa comunión de vida, comunión de amor y comunión de verdad. Que compactemos más nuestros sentimientos de salvadoreños cristianos o de quienes sin ser salvadoreños se han identificado con nuestra comunidad y viven de verdad esta pequeña grey.

Fíjense bien cómo el Concilio no se hace ilusiones de que la Iglesia sea la totalidad del pueblo, muchas veces puede ser el grupo pequeñito y Cristo así les decía a sus apóstoles: «No temáis pequeño rebaño» (pusillus grex), una expresión cariñosa de Cristo para decir no crean que todos van a aceptar esta palabra, pero habrá siempre un grupo, aunque sea pequeño, y en ese grupo alegraos, decía Cristo, porque a vosotros ha querido el Padre daros el reino y vosotros sois el germen de la unidad y de la salvación del mundo; vosotros sois la esperanza. Sí, queridos hermanos cristianos, seamos de verdad como comunidades cristianas: santos, seguidores de Cristo, llenos de esperanza, unidos en el amor. No pretendamos [263] el brillo de grandes muchedumbres, pero sí la solidez de un sólido amor y de una vida que nos viene de Dios.

Esta comunidad, que es la que ha celebrado -como noticias sacerdotales en esta semana- 25 años de promoción de algunos de sus sacerdotes, hace 25 años se ordenaron trece sacerdotes. ¡Qué hermosa cosecha de San José de la Montaña! Recordamos ya uno en la eternidad, nuestro querido amigo -y ven como en la comunidad vive gente que conoce, con quien ha compartido y que ya goza en el cielo- Monseñor Jorge Castro Peña, fue también de esa promoción. No ha podido celebrar con nosotros, pero desde su cielo nos envía su sonrisa de complacencia y se siente miembro de esta comunidad.

Un italiano, franciscano, P. Cosme Spezzotto, en Zacatecoluca, también celebra sus 25 años.

Ayer en Acajutla se ordenan dos jóvenes franciscanos: Óscar Arturo Gutiérrez y Mario Antonio Benítez.

El sábado que viene -ya sirva de invitación esto-, aquí en Catedral, a las 11 de la mañana vamos a ordenar sacerdote a un joven de nuestra Arquidiócesis, Rafael Urrutia, que termina ya sus estudios en Guatemala y va a trabajar con nosotros.

También fruto de nuestras comunidades de El Salvador, dos sacerdotes se ordenan en España para trabajar en el Opus Dei. Profesionales que se santifican y de los cuales ya nos hemos ocupado en otras ocasiones. Esa santidad que se expanda, que sea -sintiendo lo que

estoy diciendo en este momento- la vida de la comunidad, porque nadie vive el cristianismo sólo para sí, sino para esto que estamos diciendo, ser el buen olor, ser el germen de unidad, de salvación.

Esta comunidad que está ahora reflexionando aquí, es la que vive y se hace concreta en parroquias, en cantones. Yo tuve la dicha de visitar la parroquia de El Carmen de la colonia Roma, donde celebramos el día de Santa Teresa, su patrona.

También en la parroquia de la Divina Providencia de la colonia Atlacatl, donde palpita una comunidad viva y se organizaba precisamente esa noche la Comisión Parroquial de Cáritas.

También participé de la vida que goza la comunidad cristiana de Soyapango. Agentes de pastoral, grupos juveniles que se anhelan por seguir a Cristo. [264]

He tenido noticias también, de la comunidad que se reúne en la Basílica del Sagrado Corazón bajo el Movimiento de Cursillos de Cristiandad, donde se han dedicado a estudiar la carta pastoral sobre la Iglesia y las Organizaciones Políticas Populares.

En cambio, hermanos, no pude asistir por razones de enfermedad, a varias comunidades que tenía programadas en esta semana, pero vaya desde aquí un saludo muy cariñoso a la parroquia de San Juan Opico donde sus agentes de pastoral están estudiando nuestra carta pastoral.

A San Rafael de Chalatenango, donde teníamos que celebrar la fiesta del Arcángel San Rafael, pero el día de San Rafael lo celebré como día de los hospitales, también dando el testimonio de una salud que se quebranta, pero que desde el hospital puede servir también para orar por la comunidad.

También tuve que ir al Paraíso, donde las hermanas betlemitas preparaban una evaluación de sus agentes de pastoral.

No pude participar tampoco en la alegría de los 25 años sacerdotales del P. Moreno, celebrados en la Parroquia de San José Guayabal donde soñaba también gozar esa alegría sacerdotal.

Ni ayer en el festival famoso del maíz que ha organizado desde hace varios años San Antonio Los Ranchos; pero les envié un saludo muy cariñoso deseando que ese producto que es base de nuestra alimentación (el maíz), no falte en ninguno de nuestros hogares. Y que esa iniciativa de aprovechar hasta los desperdicios del maíz en obras, en industrias nacionales muy artísticas (el elote, la tuza, etc.); pues es un gesto de lo que puede ser una comunidad cuando, además del Evangelio, trata también de promoverse en lo material.

Tuve que estar anoche también y no pude en San Antonio Abad, donde se recogía el fruto de la reflexión y del trabajo por las misiones.

Como ven pues, hay tantos motivos para que nuestra comunidad se sienta viva en tantas partes, concretamente. Es la comunidad que en estos días se alegra con los colegios católicos, porque han ya cerrado sus trabajos difíciles de la enseñanza durante el año y desea con verdadero cariño de familia a todos los maestros, religiosos, y religiosas y alumnos, sobre todo, que disfruten unas vacaciones felices y muy sanas.

En el ambiente de colegios católicos, también celebramos el día de San Pablo de la Cruz, fundador de las hermanas pasionistas, en el colegio de La Divina Providencia. [265]

En la Sagrada Familia, también tuve la satisfacción de recoger unos bellos trabajos de religión, entre ellos el estudio, la respuesta al cuestionario de la Carta pastoral ya mencionada.

Una satisfacción inmensa también, compartámosla hermanos, una reunión con quince muchachos bachilleres, fruto del Seminario Menor. Lo más bello es que todos ellos expresan la ilusión de continuar el otro año en el Seminario Mayor. Quince bachilleres para iniciar la Filosofía, además de otros que sin haberse educado en el Seminario Menor han salido de los diversos colegios laicos o religiosos para el Seminario, hasta el punto del problema de no tener ya casi local donde alojar tantas vocaciones ya seguras, porque ya son de Filosofía; o sea, superado el bachillerato cuando se abre el horizonte para una academia, para un horizonte de una carrera profana, ellos dicen que quieren servir al pueblo desde lo que es ser sacerdote.

Esta comunidad también abre sus ojos al ambiente universal, porque sabe que una comunidad, a pesar de ser así tan concreta como hechos que acabo de mencionar, todos estos hechos los incorpora como riqueza, como experiencia, como bendición de Dios en la corriente de la Iglesia Universal. Y así en perspectiva de Iglesia Universal, el jueves de esta semana, nuestra Arquidiócesis, aquí en Catedral con una buena representación de sacerdotes, de religiosas y de fieles, se unió a la alegría del mundo entero por el nuevo Pontífice Juan Pablo II, a quien espero que ustedes hayan visto a través de la televisión y conocido como un hombre verdaderamente pastor, sencillo, pero fuerte en sus pensamientos; popular, políglota, un hombre maravilloso que supo darle a la tiara -aquella triple corona que antes le ponían al Papa el día de la coronación y que desde Juan Pablo I ya no se usa-, le supo dar Juan Pablo II el verdadero sentido, es que no es sólo el Papa el que tiene que llevar esta triple significación de las tres potestades de Cristo: sacerdote, profeta y rey. Es que todo el trabajo de los pontífices y de los sacerdotes y de todos los agentes de pastoral, es lograr que todo el pueblo de Dios esté coronado desde su bautismo, desarrollando sus cualidades cristianas con esas tres coronas; porque todos ustedes bautizados, todos ustedes comunidad de la Arquidiócesis y de más allá, son pueblo sacerdotal, pueblo profético, pueblo de reyes, esta es la gran dignidad. Bendito sea Dios, que un Pontífice sabe como quitarse la tiara y ponérsela al pueblo y decirle: todos ustedes son pontífices, profetas y reyes, no es responsabilidad sólo del Papa, sino que es todo el pueblo bautizado el que tiene que vivir esa hermosa responsabilidad de Iglesia Universal.

Así es hermanos, como estos hechos y otros que podíamos recordar nos llevan a la reflexión. [266]

También quiero dar unos avisos antes de entrar en esta reflexión y es que desde el 3 de diciembre, que será el primer domingo de Adviento, o sea cuando comienza ya el año litúrgico nuevo, vamos a poner en práctica lo que hemos venido anunciando, las confirmaciones solamente administradas a niños que tengan ya conocimientos y que hayan sido preparados por sus párrocos. Se exigirá pues, un comprobante de haber recibido las instrucciones respectivas. Así como no se admite un niño a la Primera Comunión sin haber aprendido su catecismo, también hay un catecismo de confirmación que no se dispensará. Porque no es por capricho, sino para que precisamente esta dignidad del pueblo de Dios, que pocos la viven, porque no ha habido una catequesis en los sacramentos cuando se iniciaron como cristianos. De allí que se necesite también, para el bautismo, las charlas prebautismales, nadie se dispense de esto por favor. Aun cuando haya sacerdotes que no quieren cumplir este deber, el cristiano no recibe un favor si no se le dan las pláticas, al contrario, está renunciando a un servicio que la Iglesia quiere dar. Y yo suplico a todos los sacerdotes, que tomemos en serio no dar el bautismo ignorantemente, sino que exijamos la preparación de aquellos que van a ser responsables de educar en la fe al niño inconsciente que se bautiza.

Entonces esta comunidad, pues, que quiere vivir con más intensidad su vida de fe, sus sacramentos, se nos presenta a través de las lecturas de hoy, como una comunión de vida, de caridad y de verdad. Allí tienen mis tres pensamientos.

COMUNIÓN DE VIDA

Comunión de vida. El ejemplo es la segunda lectura, San Pablo le escribe a la comunidad de Tesalónica. Tesalónica, donde Pablo tuvo las dificultades que tenía en todas partes. Los judíos eran sus peores adversarios, pero encontraba eco en los gentiles; y esta comunidad que acogió la predicación de Pablo con sus colaboradores, Silvano y Timoteo, nos cuenta el Libro de Los Hechos, las vicisitudes, lo que costó para ser de veras una comunión de vida.

Yo voy a leerles este pensamiento del Libro de Los Hechos, para que miren que lo que está pasando entre nuestras comunidades cristianas aquí en la Arquidiócesis, es la historia de siempre. La comunidad de Tesalónica, fíjense bien, nace quizá unos veinte años después de la ascensión del Señor. Las epístolas a los tesalonicenses son de las primeras letras del Nuevo Testamento. Es una comunidad fresca, podíamos decir. Recuerden ustedes aquí veinte años atrás, sería 1958, mucha gente nos acordamos de lo que pasó en 1958; pues así había en Tesalónica, mucha gente que conoció, que vivió de los apóstoles y que oían como algo reciente el paso del Hijo de Dios hecho hombre, muerto en una cruz, resucitado y que creer en él era la salvación. [267]

Esto que lo vivieron tan de cerca en Jerusalén los judíos no lo comprendieron, fuera de un pequeño grupo que se adhirió a él. Pero por eso dicen los apóstoles, nos vamos afuera a predicar, porque allá están esperando esta nueva buena noticia. Y así fue, nos dice el libro de Los Hechos: los judíos, llenos de envidia reunieron a la gente maleante de la calle,

armaron tumultos y alborotaron la ciudad, se presentaron en casa de Jasón. Este Jasón era un cristiano recién convertido que les dio hospedaje, porque la sinagoga, o sea el templo oficial donde Pablo comenzó a predicar a los judíos, no los quisieron recibir más y le dijeron: tú en esta ermita, en esta sinagoga, no puedes ya, aquí estamos los oficiales, aquí estamos los judíos y tu doctrina es contra nuestro orden.

Tal se parece a esas ermitas que nos han quitado usurpadores y que echan afuera a los cristianos. No se amilanen queridos cristianos. Entonces Pablo, con su grupo de cristianos se fueron a la casa de un amigo, Jasón, y allí llegó todavía la autoridad buscándolos para llevarlos ante el pueblo. Ante los magistrados gritaban: esos que han revolucionado todo el mundo, se han presentado también aquí y Jasón les ha dado hospedaje, ellos van contra los decretos del César y afirman que hay otro rey: Jesús.

Qué les parece, hermanos, tal como se dice ahora: son subversivos, están contra la autoridad, hay que llevarlos a la cárcel. No es extraño, queridos cristianos, la historia de nuestras comunidades es la historia de la persecución. Siempre que se ha querido proclamar que de veras Jesús es rey y Señor; y siempre que se ha querido proclamar su Evangelio como palabra única de salvación, y siempre que se ha denunciado, desde la palabra de Dios, todos los abusos de los poderes del mundo, surgen las persecuciones.

Los llevaron presos, pero a Jasón le dieron libertad mediante una fianza, dice el Libro de Los Hechos. Pero luego cuenta San Pablo, en su Carta a los Tesalonicenses, lo han escuchado ahora, qué hermoso elogio: «Ustedes no se han dejado vencer de las dificultades, desde vuestra comunidad la palabra del Señor ha resonado en todas partes. Habéis creído en el Dios vivo». Ven, comunidad de vida. Esta es la Iglesia, comunión de vida. Y es porque los motivos que nos reúnen ahora en la Catedral, en nuestras ermitas, en nuestras reuniones cristianas, no es para recordar un muerto. Pobrecitos los cristianos que creen que su religión es un museo de recuerdos y solamente quieren conservar y no ponerse en peligro. No, hermanos, la comunión Iglesia es vida, es comunión de vida y tienen que enfrentarse a la vida del tiempo actual. Es vida, sus leyes, sus dogmas, sus creencias, deben de convertirse en vida.

El que no quiera comprender así la religión de un vivo eterno, Cristo que no morirá jamás; de un Dios vivo que va acompañando al pueblo y que desde la primera lectura de hoy nos dice que «no hagamos injusticias, [268] porque ese pobre, víctima de la usura o de un préstamo injusto, si clama al cielo lo escucharé». Soy Dios vivo.

Nuestra religión es vida y esto es lo más hermoso que yo quisiera recordarles; y quiero recordárselos con agradecimiento a Dios, porque el haber predicado esta religión como vida, es lo que ha dado a muchos, que habían muerto en la fe, la resurrección y la vida. Vale la pena creer, vale la pena llegar a misa un domingo y alimentarse allí de palabras de vida, no porque las diga fulano o zutano, sino porque son de Cristo, el vivo por excelencia. Y entonces ánimo queridos hermanos, yo sé que para muchos ha llegado la hora de la prueba y están cobardes huyendo: catequistas, celebradores de la palabra, gente que compartía con nosotros las alegrías de nuestras reuniones, los han asustado; gente que no creíamos, que la creíamos muy fuerte, está con miedo; pero es porque se han olvidado que

es una religión de vida y que como vida tenía que chocar también con la vida, que no es la vida de Dios, pero que vive como reino de las tinieblas y del pecado en el mundo.

Ojalá que esta invitación, que nos hace hoy la palabra de Dios desde el ejemplo de Tesalónica, viva entre nosotros, queridos hermanos. Ya que se está volviendo a reflexionar mucho la Sagrada Biblia, yo invito a las comunidades eclesiales de base, a tomar como tema de reflexión esta historia de la comunidad de Tesalónica; y aprendan allí como la historia no es más que una repetición.

COMUNIÓN DE VERDAD

Otro segundo aspecto de la comunión Iglesia es que es comunión de verdad. Es bello saber que nuestra fe cristiana es la verdad. Ningún hombre puede decirse dueño de la verdad, ningún hombre es infalible, sólo Dios. Pero cuando un hombre cree en aquél que es la fuente de la verdad y se entrega, es un hombre de fe, ese hombre tiene la verdad, aun sin comprenderla, pero la ha aceptado. Yo quisiera para todos mis queridos oyentes ahora, que fueran hombres de fe y que San Pablo les pudiera decir como les decía a los cristianos de Tesalónica: conozco la actividad de vuestra fe, la fe es activa porque la fe es vida -y quisiera hermanos, que nuestras comunidades fueran lo que dice San Pablo de Tesalónica: vuestra fe en Dios había corrido de boca en boca, de modo que nosotros no teníamos necesidad de explicar nada ya que ellos mismos cuentan los detalles de la visita que os hicimos, como abandonando los ídolos, os volvisteis a Dios para servir al Dios vivo y verdadero y vivir aguardando la vuelta de su Hijo... y que os libra del castigo futuro.

Una comunidad cristiana se evangeliza para evangelizar. Una luz se enciende para alumbrar, no se enciende una candela y se mete debajo de un canasto, decía Cristo, se enciende y se pone en alto para que ilumine. [269] Esto es una comunidad verdadera. Una comunidad es un grupo de hombres y mujeres que han encontrado en Cristo y en su Evangelio la verdad, y la siguen y se unen para seguirla más fuertemente. No es simplemente una conversión individual, es conversión comunitaria, es familia que cree, es grupo que acepta a Dios. Y como grupo, cada uno siente allí que el hermano lo fortifica y que en los momentos de debilidad se ayudan mutuamente y, amándose y creyendo, dan luz, son ejemplo: de tal manera que el predicador ya no necesita predicar cuando hay cristianos que han hecho de su propia vida una predicación.

Les decía un día y hoy se los vuelvo a repetir, si por desgracia un día callaran nuestra emisora, no nos dejaran escribir ya, nuestro periódico, hermanos, cada uno de ustedes que creen, tienen que convertirse en un micrófono, en una emisora, en un altoparlante, no hablando, sino pidiendo la fe. Y por eso no me da miedo a mí que nuestra fe esté pendiente únicamente de la predicación del Arzobispo. No me creo tan importante, lo que creo es que esta palabra que no es más que un humilde eco de la palabra de Dios, sí entra en el corazón de ustedes, no por ser mía sino por venir de Dios; y que todos aquellos de buena voluntad, hombres, familias, comunidades, la están haciendo vida y por sí sola se va predicando. Y yo puedo decir con la alegría de San Pablo, a las comunidades de la Arquidiócesis y si

comenzara a mencionarlas no acabaría todo el día, ustedes cambiando el nombre de Tesalónica por los nombres conocidos de nuestros pueblos y cantones, son las comunidades que van llevando a sus ambientes esta predicación. Hay un contenido, fíjese bien que no es simplemente una fe ciega en Dios, sino que hay un esfuerzo de instruirse, el contenido San Pablo lo resume aquí: «... porque os volvisteis al Dios vivo y verdadero para vivir aguardando la vuelta de su Hijo Jesús, desde el cielo».

Tres cosas: un monoteísmo, es decir renunciar a todos los ídolos para creer en el único Dios. Segundo, una cristología, un Hijo de Dios que se hizo hombre, que se llama Cristo y en el cual creemos, porque murió y resucitó. Y tercero, una escatología, un más allá, un esperar que ese Hijo de Dios vivo en la eternidad, vendrá a juzgar a vivos y muertos, que está ya condenando el pecado en este mundo y lo condenará definitivamente cuando diga: «Id malditos, al fuego eterno», a todos aquellos que no se quisieron convertir de verdad.

Este es el contenido en resumen de nuestra fe: comunión de verdad; estas son las grandes verdades: creer en el único Dios verdadero y por ese Dios verdadero renunciar a todas las falsas potestades. No recuerdan el domingo pasado cuando Juan Pablo II hablando precisamente del poder de la tiara, que es el poder de Cristo que todo el pueblo de Dios tiene que llevar, decía: «Abridle las puertas a esa potencia de Cristo, no tengáis miedo, abridle los campos de la economía, de la política, de lo social». [270] No digan que el Papa no habla de política, y ha dicho que le abran el campo de la política, porque Cristo va a predicarles a la política su reino sin el cual la política se convierte en el trágico drama del lobo contra el hombre. Sólo Cristo le puede dar un sentido humano a la relación del capital y del trabajo. Sólo Cristo le puede dar una relación de humanidad, de comprensión. Ahora que van llegando ya los momentos en que las cosechas de nuestra tierra debían de ser para la felicidad de todos los que nacemos en esta tierra -que el sentido cristiano que nos ha dicho hoy la primera lectura de los privilegiados y de los pobres-, supieran repartirse con equidad y justicia lo que Dios ha creado para todos.

Hace dos años, el que ahora es Papa, fue llamado por el Papa Pablo VI para que predicara en el Vaticano los ejercicios espirituales. El cardenal Voytila escribió de allí un libro que su compañero de episcopado, el Cardenal Primado de Polonia, lo ha presentado últimamente, y en una de las meditaciones que el cardenal Voytila dictó ante el Papa Pablo VI y todos los de la Curia Romana, dijo esto que ahora lo trae L'Osservatore Romano: «Hay ciertamente en este mundo, una gran carga de fe -y me viene bien porque estoy hablando de que la Iglesia es comunidad de fe-, hay un considerable margen de libertad para la misión de la Iglesia -decía el Cardenal- pero muchas veces se trata solamente de un margen. Basta observar las principales tendencias que prevalecen en los medios de comunicación social; basta prestar atención a lo que se silencia o lo que se dice en voz alta; basta afinar el oído para percibir, qué es lo que encuentra mayor oposición para ver que también allí, donde se acepta a Cristo, al mismo tiempo hay oposición a Cristo por lo que respecta a la verdad plena de su persona, de su misión, de su Evangelio. Parece como si se quisiera modelarlo, adaptarlo a las medidas propias de la dimensión humana, de la era del progreso y al programa de la civilización moderna, que es un programa de consumismo y no de fines trascendentes. Hay oposición a Cristo desde esas actitudes y no se soporta la verdad proclamada y recordada en su nombre. Esta oposición a Cristo, al mismo tiempo

que se alude a él, por parte incluso de quienes se llaman discípulos suyos, es un síntoma significativo de los tiempos en que vivimos».

Este es el pensamiento del actual Pontífice. Cuando se quiera creer en un antimarxismo como si fuera inspirado del cristianismo -no se olviden de esto- hay muchos antimarxistas que no es el marxismo lo que les da miedo, sino el perder sus privilegios. Se proclaman cristianos y dicen: sí, miren, aquí hay margen de libertad. Sí, dice el Cardenal, margen. Verdadero margen, porque lo principal, ¿qué es? La prensa, la televisión, las leyes, eso que no es el margen sino el centro, ahí no cabe Cristo. Allí consumismo, allí egoísmo. Qué mal llamados cristianos son ciertos cristianos. Y qué mal llamado cristiano un ambiente donde para Cristo y su Iglesia sólo hay un margen de fe y de libertad, como una página que solamente le deja la orillita, el margen. Pero el cardenal Voytila, que ha [271] vivido también la otra situación, continuaba diciéndole al Papa en su meditación: «Pero esta no es la única oposición a Cristo, junto a ella se encuentra otra, surgida -fíjense bien en esta frase- otra oposición surgida probablemente de la misma base histórica e incluso casi de la anterior. ¿Quiénes tiene la culpa de que haya triunfado el comunismo? Los anti-marxistas son los que le hacen el mejor juego al comunismo». Y el Papa está diciendo aquí: «si ha surgido esa oposición a Cristo que se llama el comunismo, gran parte de su origen lo tiene ese egoísmo cristiano».

En el Vaticano II se dijo también: «El ateísmo no es un fenómeno que nazca espontáneamente, y gran parte de culpa la tienen aquellos que creyendo en Dios, en vez de representar a Dios, lo ocultan con su conducta y su manera de vivir como si Dios no existiera. Si el comunismo es ateísmo -no se asusten hermanos-, el capitalismo también es ateo-práctico, y si le da un margen a la fe, es un margen nada más», pero lo principal es lo que el Papa está diciendo. Y hablando luego de esta forma histórica de oposición a Cristo, en la que tienen gran culpa ese cristianismo falso de quienes defendían más su egoísmo que al propio Cristo, continúa diciendo el Cardenal: «Es una forma de oposición directa a Cristo». Para que vean que la Iglesia no es comunista, aquí el Cardenal que vivió el ambiente comunista, y lo estoy diciendo yo también desde las exigencias de la justicia social de la Iglesia, que el comunismo es una forma de oposición directa a Cristo, un rechazo abierto al Evangelio, una negación de la verdad de Dios sobre el hombre y sobre el mundo que el Evangelio proclama. Esta negación asume a veces carácter de brutalidad. Pero se pregunta a veces uno: ¿dónde será más brutal la oposición? He sabido que existen todavía países en los que están cerradas las Iglesias de cualquier confesión, en los que el sacerdote es condenado a muerte por administrar el bautismo. También entre nosotros se ha matado sacerdotes, porque han predicado la justicia social.

¿Qué diferencia hay entre aquel mundo y este? Quizá en esas tierras de persecución hay todavía huellas de las antiguas catacumbas cristianas y de los circos en que los testigos de Cristo eran lanzados a las fieras para que los destrozaran. Sin embargo, la persecución contemporánea, típica de los últimos años del siglo XX, ofrece un panorama completamente diverso del antiguo y por tanto tiene un significado del todo diferente.

COMUNIÓN DE FE

Es hermosa la meditación del cardenal Voytila, pero me bastan esos dos pensamientos para que vean, queridos hermanos, que si nuestra Iglesia -y esta es la conclusión-, si nuestra Iglesia es comunión de fe, no se deje engañar por los pequeños márgenes de fe y de libertad que les quieren dejar ciertos sistemas como protectores de la Iglesia. Si de veras somos [272] una comunión de fe, no debemos estar contentos mientras no sintamos que esta fe es vida y que la llevamos en nuestra vida, sin miedo a las situaciones, cualquiera que sea.

El cardenal Voytila recuerda los tiempos de las catacumbas y de los circos de los mártires; y recuerda también -él que lo ha vivido en carne propia- las cárceles del marxismo y a nosotros también nos toca vivir aquí las cárceles y las torturas de un sistema capitalista. Lo que importa es que en uno o en cualquier sistema, la fe en Cristo sea la antorcha que le dé serenidad, valor, esperanza, a esta vida.

COMUNIÓN DE CARIDAD

Y por eso, finalmente, comunión de caridad. Dejada para último, porque ya las mismas lecturas lo dicen por sí solo. La primera lectura del Éxodo es de aquel libro de la Alianza, donde Dios está tratando con los hombres una alianza, «seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo», pero como en toda alianza, aquí están las condiciones. Y sigue una serie de leyes que ustedes leerán en esos capítulos del Éxodo. Ahora solamente trae las leyes sociales: «no oprimirás ni dejarás al forastero porque forastero fuisteis vosotros en Egipto. No explotarás a viudas ni a huérfanos, porque si los explotas ellos gritan a mí y yo los escucharé». Qué argumentos más tremendos. Todo lo que se haga a un pobre, Cristo lo está viendo. Cómo me ha conmovido a mí la aflicción de aquella pobre viuda del guardián de la bomba de ANDA en la Universidad, cómo trató de salvar a su esposo y cómo lo vieron hasta sus propios hijos cuando lo macheteaban y cómo esperaba todavía que estuviera con vida en alguna parte, cuando de repente le dicen: es cadáver sepultado allá por Suchitoto. Este es el clamor de las viudas y de los huérfanos que claman a Dios, y Dios no se quedará sordo, «se encenderá mi ira y os haré morir a espada dejando a vuestras mujeres viudas y a vuestros hijos huérfanos». La Biblia es tremenda. Si prestas dinero, no lo agotes a usura. Yo sé de un caso reciente de cinco mil pesos que se han convertido en treinta y cinco mil y le han quitado ya la casa al pobre hombre con sus nueve hijos.

Queridos hermanos, esto no es comunidad de caridad lo que estamos viviendo. Por eso, cuando enredados en todo este conjunto de leyes que los fariseos habían inventado, dicen los comentaristas que en tiempo de Jesús la legalidad judía era tan complicada que había -no se olviden- 613 mandatos: 248 eran positivos y 365 eran prohibiciones, no harás esto, no harás esto, no harás esto. Así vivían enredados en esa casuística. Se explica entonces, que uno de esos doctores de la Ley se acerque a Cristo, en las horas en que Cristo está librando ya su última batalla para implantar su reino que tendrá por base su crucifixión y su resurrección, es la última semana, es en los atrios del Templo de Jerusalén. Allí lo han llegado a [273] probar con preguntas muy peligrosas como la del domingo pasado que no

hubo tiempo de comentar, porque era el día de las misiones: ¿Es lícito pagar el tributo al César o no?

Y ahora le presentan otra pregunta: en este enredado de leyes, de 613 leyes, ¿cuál es el principal mandamiento? Difícil, ¿verdad?, seleccionar entre 613 preceptos, cuál es el principal. Por eso lo más que lograban era dividirlos entre preceptos pesados y preceptos ligeros. Y Cristo tajante les dice: este es el primero y en el cual se funda toda la revelación de Dios. Ustedes han enredado la revelación del Señor de modo que ya ni se entiende por qué han hecho leyes de hombres en vez de la Ley de Dios. Echemos abajo todos estos abrojos, fíjense en lo principal, este es el principal mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser; y el segundo es semejante a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Hermanos, lo original de Cristo no es haber mencionado unas palabras que todo judío casi la rezaba como una profesión de fe en el famoso «semá». Así se llamaba, palabra hebrea que significa, oye, porque comienza diciendo: «Oye Israel, no hay más que un solo Dios». Pues en ese famoso texto de la «semá», Cristo recuerda que Dios es lo principal. En esto pues, Cristo es como cualquier otro judío, ha recordado lo que dice la Biblia. Pero lo original de Cristo es esto -no lo olvidemos- que junto a este precepto pesado, principal, «amarás a Dios», puso en el mismo nivel «y a tu prójimo como a ti mismo». Esto sí es original del cristianismo, que el mismo motivo con que amas a Dios tiene que ser aquél con que amas al prójimo. Y esta es la característica del Evangelio, por eso el mandamiento nuevo, cuando Cristo se despedía, decía: «Amaos como yo os he amado». Porque yo no solamente he amado a mi Padre con todo mi corazón, sino que por amor a él os he amado también a vosotros hasta dar la vida. Esto es lo original de nuestra fe, hermanos, es muy fácil, casi es una evasión decir: yo me voy a la Iglesia a amar a Dios y mi prójimo me importa poco. Es la parábola del buen samaritano, sacerdote y levita, hombres de Iglesia no cumplieron, porque por ir a orar al templo, dejaron abandonado al pobre herido y esos no fueron prójimos, dice Cristo.

En este ambiente, hermanos, de la comunidad de amor, yo quiero referirme pues, al ambiente que nos toca vivir. Qué ambiente tan falto de amor. Yo he oído que en esta semana la tortura ha abundado para arrancar confesiones extrajudiciales, yo sé que varios reos han sido confinados a los tribunales por violar la Ley de Orden Público y han sido presentados con horrorosas señales de tortura: shocks eléctricos, picana, golpizas contundentes, más vergonzoso, situaciones inmorales en que se exponen a mujeres desnudas. Es triste ver el estado con que llegan ciertas personas al Tribunal, casi arrastrándose; los médicos de los tribunales han confirmado estos estados fisiológicos. [274]

En el hospital Rosales, desde el 19 de agosto, está convaleciendo Isabel Rodríguez Barrera, cuidado por la Policía Nacional. No ha sido puesto a la disposición de ningún Tribunal de la República. ¿Qué será de él?

Ha habido muchos casos de secuestros y capturas que han quedado en el misterio. Últimamente una comunidad me suplica que denuncie la captura de Neftalí Gutiérrez, Evangelina Galdámez, José Salvador Menjívar. Lo que pedimos hermanos, y lo hemos

repetido ya, por eso se llama aquí repetitivo, no es por repetir, es porque lo que queremos es que se lleven a los tribunales y si son culpables que se les castigue legalmente; pero nadie tiene derecho a castigar con torturas a otro hombre. Es imposible recordarse de todos los casos de capturas y desaparecimientos que van siendo ya -y esto es lo más triste- como algo que se va haciendo normal, que nos estamos acostumbrando; y víctimas del mismo atropello como que quedan amedrentados y no son capaces de decir nada. ¿Tan horrorosa será la amenaza que reciben?

También queremos recordar que ya llega el tiempo en que se revisan los salarios de los campesinos. No se ha dado mucha importancia a la publicación del Ministerio de Trabajo donde se hizo un aumento de ¢ 0.50 centavos a los trabajadores de café y algodón. En nuestro semanario Orientación hay un análisis donde se demuestra que este mezcquino aumento no equivale al aumento que por inflación se está sufriendo ahora, de tal manera que hoy el trabajador campesino tendrá menos capacidad adquisitiva, aun con este aumento que no equivale a lo que debía de ser lo justo.

Comprendo también, he platicado con gentes que cultivan caña y otros, que tienen sus razones, pero hay una autoridad, digo yo, que es la que tiene que poner orden; una fuerza moral que haga que el producto de nuestra tierra, que debe de ser por voluntad de Dios para bienestar de todos de verdad, sea pues, repartido con más equidad. No es comunismo estar pidiendo que se oiga la voz de los campesinos, sino simplemente que así como se pueden organizar y oír los que producen los productos de nuestra tierra, también se oigan a los colaboradores para recoger esos productos.

También lamentamos conflictos laborales. Donde va surgiendo el deseo de organización de obreros, surge inmediatamente la represión, el despido y no se deja el trabajo organizado que ya los mismos Pontífices han pedido varias veces.

También, hermanos, desde nuestra oración de hoy como comunidad, vamos a pedir por la situación de Nicaragua. Parece que va cundiendo un ambiente de pesimismo al ver que las intervenciones internacionales no [275] responden a las necesidades del pueblo. Por nuestra parte quiero agradecerles el generoso donativo que entregamos ya en manos del Sr. arzobispo de Managua, Monseñor Obando Bravo, fueron más de ¢ 6,000.00 -si todavía podemos seguirles ayudando, pues siempre es necesario, un pueblo que está sufriendo mucho.

También con nuestra hermana República de Guatemala, somos solidarios en una hora de aflicción cuando el terrorismo, bajo una organización llamada Ejército Secreto Anticomunista, ha difundido amenazas muy peligrosas que ya han comenzado a hacerse realidad. Y con la preocupación del Papa, también oremos hermanos en esta mañana, por el Medio Oriente. Para que la paz, de veras un anhelo de la Iglesia, vuelva al mundo.

Comunidad de vida, comunidad de fe, comunidad de amor y caridad. No nos apartemos de allí, esta es nuestra Iglesia. Pero desde su vida, desde su caridad, desde su fe, la Iglesia no puede adormecerse ante tantas injusticias. Y precisamente porque es comunidad de vida, de fe y de amor de Dios que exige como prueba de ese amor, el amor y la justicia entre los hombres, tiene que ser una Iglesia que reclama, a pesar de caer repugnante. Tiene que ser

una Iglesia que no pone su confianza en las fuerzas de la tierra, y por eso inmediatamente nos acercamos al altar de Jesucristo, allí está él, vida eterna en el cual creemos, vivimos, en él esperamos, por eso estamos en misa.

Acerquémonos ya pues, al altar del Señor... Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso... [276]

La Iglesia Santa, pero necesitada de purificación
31.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 5 de noviembre de 1978

Malaquías: 1, 14b-2, 2b. 8-10

Tesalonicenses: 2, 7b-9.13

Mateo: 23, 1-12

Queridos hermanos:

Todo este capítulo 23 de San Mateo, es un modelo de una homilía, es una denuncia tremenda contra la religión oficial, contra los abusos, contra las vanidades, un reclamo a la autenticidad. Recuerden que según el esquema de San Mateo que hemos ido estudiando durante todo el año, nos encontramos ya en los últimos domingos del año y Cristo está en medio de una crisis que tiene que sufrir el Reino de Dios antes de implantarse: la oposición, la mala interpretación, la calumnia, el afán de no quererle entender. Y es en ese ambiente cuando este capítulo 23, escrito por San Mateo, no es solamente un rasgo biográfico de Cristo, sino que es la reflexión de los primeros cristianos en las enseñanzas de Cristo y cómo las está viviendo esa comunidad judeo-cristiana. Eran judíos, la mayor parte convertidos al cristianismo, que se sentían rodeados de judíos auténticos seguidores del judaísmo o de prosélitos ganados por los mismos [277] judíos, y que eran mucho más fanáticos que los mismos judíos y consideraban a los cristianos como unos renegados. Con palabras de hoy lo diríamos los subversivos. Y esta subversión que sigue a Cristo auténticamente y sabe que no es subversión, sino que es el verdadero seguimiento del Señor, reflexiona en comunidad.

Y también tengamos en cuenta otra circunstancia, que aparece hoy en forma trágica en este capítulo. Hacia el año 70 de la era cristiana, o sea cuando el cristianismo estaba en estos primeros camineros, los romanos rodearon a Jerusalén, la vencieron y fue una catástrofe espantosa, de modo que en Judea, en su capital, se sintió en carne viva la maldición de Dios por no haber escuchado al mensajero de Dios, al Mesías que venía. Y lo vamos a escuchar en el Evangelio de hoy, se amontona tanta sangre de profetas, tantas persecuciones, tantos crímenes en esta inundación de dolor, de hambre, de sangre, que supuso el asedio y la toma de Jerusalén por los romanos el año 70.

Teniendo en cuenta todo esto, qué bien nos viene aquí en El Salvador también en el 5 de noviembre, día que nuestra patria conmemora el primer grito de Independencia, casi diríamos el primer grito de un dolor de parto, porque no acaba de parir la verdadera libertad

para reflexionar. «¡Jerusalén, Jerusalén -sale en el capítulo de hoy- cuántas veces quise recogerte como la gallina recoge a los pollitos y no has querido!» Un eco de esa palabra me parece haber oído hace quince días a través de la televisión en la Plaza de San Pedro, cuando el Papa, procedente cabalmente de una región donde se le cierra la entrada a Cristo, pero desde allí mirando también el otro mundo occidental que le cierra la entrada a Cristo bajo el título de un cristianismo, que bajo el capitalismo es también ateo, «abridle las puertas -decía el papa- no tengáis miedo, sólo él tiene palabras de vida eterna».

Hermanos, yo quisiera darle a esta homilía de hoy un título atrevido, casi diríamos sacrílego, pero lo menciona el mismo Concilio Vaticano II, sería este: La Iglesia Santa, pero necesitada de purificación. Esta palabra está en el número 8 de la constitución *Lumen Gentium* y todo el texto dice así: «Mientras Cristo (santo inocente, inmaculado) no conoció el pecado, sino que vino únicamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia encierra en su propio seno a pecadores y, siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación». Para mí esto es de lo más bello del Concilio. Nosotros haríamos muy mal en creer que lo mejor del mundo es la Iglesia; y para muchos así conciben la Iglesia, incapaz de pecado, la inmaculada, la intocable. Y el Concilio ha dicho no, si en su seno encierra pecadores. Obispos, sacerdotes, religiosas, matrimonios, nos llamamos cristianos, somos pecadores, necesitados de purificación y el verdadero caminar es la senda de la penitencia y de la renovación. ¡Ay! del cristiano, [278] ¡ay! del obispo, ¡ay! del sacerdote que se sienta tan perfecto que puede regañar a los otros y él, como los que va a corregir Jesucristo ahora.

Y en este pensamiento de la homilía, Iglesia Santa y necesita de purificación, como de costumbre les presento estos tres pensamientos: los pecados de la Iglesia, primero; pero en segundo lugar, la santidad de la Iglesia es el ejemplo maravilloso de San Pablo, la segunda lectura y como tercer pensamiento, ¿dónde está la fuente de esta santidad de una Iglesia pecadora, pero que anhela la santidad? (La fuente está en lo que nos dice la Iglesia San Pablo ahora: habéis recibido la palabra de Dios como palabra de Dios y no como palabra de hombre, en eso está el secreto).

LOS PECADOS DE LA IGLESIA

Pero fijémonos en el primer pensamiento: los pecados de la Iglesia. Ya la primera lectura de hoy, que siempre se busca para hacerle un paralelo al Evangelio, está tomado de la profecía de Malaquías, y con qué franqueza en tiempo en que se reestructuraba el culto del templo de Jerusalén, cuando había cierto bienestar -esto es lo malo muchas veces: el bienestar en la Iglesia trae relajamiento, los sacerdotes que se sienten muy bien en sus parroquias, ¡mucho cuidado! Los cristianos que sienten que el Evangelio no les molesta, ¡mucho cuidado! a este bienestar del culto sin compromisos, se refiere la profecía tremenda de Malaquías: «Ahora toca a vosotros sacerdotes -dice la lectura de hoy- os apartasteis del camino, habéis hecho tropezar a muchos en la ley. Yo os haré despreciables, viles, ante el pueblo». No hay cosa peor que un mal sacerdote. Si la sal se vuelve insípida, ¿para qué

sirve ya?, decía Cristo, nada más para echarle al suelo y que la pise la gente. Qué triste es la palabra del sacerdote cuando ha perdido la credibilidad... lata que suena.

No haber guardado mis caminos, os fijáis en las personas al aplicar la ley, si es don fulano, si es doña fulana, con mucho gusto; si es pobrecito, un despreciable, ni caso se le hace. La Iglesia de los pobres es un criterio de autenticidad, porque no es una Iglesia clasista, no quiere decir desprecio a los ricos, sino decirle a los ricos que si no se hacen como pobres en el corazón, no podrán entrar en el Reino de los Cielos. El verdadero predicador de Cristo es Iglesia de los pobres para encontrar en la pobreza, en la miseria; en la esperanza del que reza en el tugurio, en el dolor, en el no ser oído, un Dios que oye y solamente acercándose a esa voz se puede sentir también a Dios.

Os fijáis en las personas al aplicar la ley. Qué bien lo decía el campesino: la ley es como la culebra, sólo muerde a los que andan descalzos. [279]

Pero además de esa profecía, es más tremendo todavía el Evangelio de hoy, que yo quisiera no solamente concretarme a los versículos oficiales de este domingo, si no que he traído la Biblia para que todo el capítulo 23, es una tremenda denuncia de la primera comunidad cristiana reflexionando lo que Cristo nos ha dejado como enseñanza a ver cómo lo vivimos. Pero en el pasaje oficial de hoy encontramos ya estos pecados de la Iglesia.

En la cátedra de Moisés se han sentado los letrados y los fariseos, «haced lo que dicen no hagáis lo que hacen». El primer pecado de la Iglesia es cuando hay contradicción entre lo que se enseña y lo que se hace.

Hermanos, los obispos en marzo del año pasado en un comunicado oficial, escribimos esta palabra: todo el que denuncia, tiene que estar dispuesto a ser denunciado, y nos ha llegado el turno este domingo. Hoy en una reflexión de comunidad, con toda franqueza, yo les estoy invitando a que nosotros que somos el pueblo profético, que tiene por obligación denunciar las injusticias del mundo, nos miremos a nosotros mismos, desde los pastores hasta los fieles, a ver si nuestra denuncia no vaya a ser una hipocresía, decimos pero no hacemos.

Otro pecado en la lectura de hoy: «Amarran fardos sobre sus prójimos pero ellos no mueven un dedo para mover esos fardos». Esa, la interpretación rigurosa, hasta inhumana. Muchos moralistas, algunos confesores o consejeros qué fáciles somos para imponer carga, pero no somos capaces de llevarlas nosotros mismos.

Otro pecado más espantoso y muy frecuente en lo eclesiástico: la vanidad y la hipocresía. Todo lo hacen para ser vistos de las gentes, alargan las filacterias -filacterias eran unas cintas que terminaban en una cajita donde estaban copiados trocitos de la Ley- para cumplir en una forma material un mandato de Dios: ten ante tus ojos mi Ley. Pero ellos entendían tan materialmente que copiaban en cajitas la ley y se la ponían colgando sobre los ojos, esas eran las filacterias. O ensanchan las borlas de sus manos -vestidos ampulosos de los fariseos que paseaban por las plazas y en las medidas de sus borlas veían la majestad de su poder sagrado, de su sabiduría. Cuánta vanidad de esto y gracias a Dios

los Papas modernos hasta a la tiara han renunciado, las capas magnas y toda esa ampulosidad que nos hizo tanto mal en la vanidad eclesiástica.

Religión de ostentación, les gusta ser saludados; y según el Oriente, cuando la categoría de la persona era mayor, el saludo era más largo y allí se entretenían en grandes saludos para ser importantes. Y Cristo les dice: no quieran llamarse rabí ni padre ni doctor; porque todos ustedes son hermanos, sólo hay un padre, un doctor, un maestro, Dios, Jesucristo. [280]

Qué reflexión eclesiástica ésta, hermanos, ya decía Santa Teresa de Jesús, ya nos confundimos qué título hay que darle a los prelados, si excelencia, si eminencia, y ni entendemos ya, parecen payasadas muchas veces: excelencia, excelencia. Cuando más hermoso el nombre sencillo de cristiano. Pero eso hemos heredado y hoy nos está fustigando el Evangelio y yo quisiera, pues, con franqueza cristiana, que todos, empezando por mí mismo, nos convirtiéramos a esta diatriba tremenda de Nuestro Señor Jesucristo.

El que sea primero entre vosotros, sea vuestro servidor. Este es el principio, en esto hay que hacer consistir la verdadera grandeza del hombre; cuánto más grande, cuánto más autoridad, no lo manifieste en filacterias ni en borlas ni en vestidos, muéstrenlo en servicio, en sencillez, en ser el primero en ofrecerse, porque a quien Dios le ha dado autoridad, le ha dado la gracia para servir a ese pueblo, no para atropellarlo, no para ultrajarlo, no para ponerle cargas sino para ayudarle a servirse.

Y después de esta lectura oficial del Evangelio, hermanos, el versículo 23 en adelante, comprende siete amenazas tremendas de Cristo, que yo no me las quiero perder en esta mañana, para que juntos oremos y no vayamos a caer en estas maldiciones del Señor: «¡Ay, de vosotros, escribas y fariseos hipócritas que cerráis a los hombres el Reino de los cielos, ni entráis vosotros ni permitís entrar a los que querrían entrar!» Se refiere a que los judíos cerraban sus sinagogas, expulsaban a los que se hacían cristianos, los tenían por renegados y por eso les dice Cristo: «Ustedes por rechazar a Cristo no entran en el Reino de los Cielos y a los que quieren entrar les cierran las puertas. Ustedes tienen las llaves del conocimiento, saben mejor la ley y no han sabido interpretar a Cristo que es el cumplimiento de la ley».

No nos creamos de nuestra sabiduría teológica, de nuestros conocimientos religiosos; si no está la humildad y la gracia que acepta a Cristo, de nada sirve hasta ese saber de la ley.

Segundo: «¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas que recorréis mar y tierra para hacer un solo prosélito y luego de hecho, le hacéis hijo de la Geenna, dos veces más que vosotros!». En estos primeros años del cristianismo los judíos recorrían por todas partes - algo así como andan los protestantes ahora buscando prosélitos- y cuando lo lograban hacer lo hacían más fanático que ellos y odiaban más a los cristianos, y por eso dice Cristo, los hacen dos veces condenados más que ustedes. ¿De qué sirve ganar un hombre para la perdición?

Tercero: ¡ay, de vosotros, guías ciegos que decís, si uno jura por el templo eso no es nada pero si jura por el oro del templo, queda obligado! Insensatos y ciegos, ¿qué vale más el oro o el templo que santifica el oro? [281] Y si alguno jura por el altar, eso no es nada,

pero si jura por la ofrenda que está sobre él, ese queda obligado. Ciegos, ¿qué es más la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda?, pues el que jura por el altar jura por él y por lo que está encima de él; y el que jura por el templo jura por él y por quien lo habita; y el que jura por el cielo jura por el trono de Dios y por el que en él se sienta».

Era típico entre los fariseos y los escribas un montón de casos, pero eran casos inventados para huir los compromisos y a esto se refiere Cristo: ustedes han inventado fórmulas y no se han fijado que la intención del que dice una fórmula es o jurar o no jurar. Si ha prometido bajo juramento está obligado, no le busquemos una casuística para evadir los compromisos que se han contraído con Dios.

Cuarta maldición del Señor: «¡Ay, de vosotros, escribas y fariseos hipócritas que ponéis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y dejáis lo más grave de la ley que es la justicia, la misericordia y la lealtad! Bien sería hacer aquello, pero sin omitir esto». Había una ley de pagar diezmo por los bienes que Dios da en la tierra, pero habían llegado estos hombres de la ley a tantas minuciosidades que se fijaban en esas pequeñeces del comino, del anís y no se fijaban en lo que el domingo pasado recordábamos: lo pesado de la ley, lo más grave de la ley, y por eso Cristo usó la tremenda comparación, «ustedes cuelan el mosquito y se tragan el camello». El camello, el animal más grande que se conocía en Palestina, era el signo de esa hipocresía de quien se fija en el zancudito, en el mosquito y no se fija en el camello. Así era la hipocresía que Cristo está fustigando, «guías ciegos que coláis un mosquito y os tragáis un camello».

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas que limpiáis por fuera la copa y el plato, pero por dentro están llenos de rapiña y codicia; fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa para que también su exterior quede limpio. Hipócritas que os parecéis a sepulcros encalados, hermosos por fuera más por dentro llenos de huesos de muerto y de toda clase de inmundicia; así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres mas por dentro estáis llenos de hipocresías y de iniquidad!» ¡Qué bella comparación! Cuántas apariencias pero llenos de rapiña, de injusticias. Qué divertida resulta una sociedad donde todos vestidos de casimir y de seda se saludan con tanta cortesía, y por dentro cómo estarán mordiendo unos con otros. Qué bonitas las oficinas, la burocracia, las mesas de los tribunales, pero allí enfrente un hombre entre guardias nacionales todo torturado que tiene que seguir diciendo lo que dijo bajo las torturas, porque el Juez no es capaz de alejar a la guardia ¡para que el pobre hombre diga la verdad! Qué bonitas fachadas las de las cárceles, las de los cuarteles, pero allá adentro los que han logrado escapar de esos infiernos, más que sepulcros de muertos, es estar muriendo como desaparecido. [282]

«¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos y decís: si hubiéramos vivido nosotros en tiempo de nuestros padres no hubiéramos sido cómplices suyos en la sangre de los profetas! Ya con estos os dais por hijos de los que mataron a los profetas». Qué pensamiento más profundo el de Cristo. De qué sirve cantar elogios a los profetas que mataron nuestros abuelos, sobre todo si los nietos siguen matando profetas y por eso Cristo, ya no refiriéndose al pasado, sino al presente en el cual él mismo está encarnando el desprecio del pueblo, dice: «Colmad ya la medida de vuestros padres, serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis al juicio del infierno?» Colmad ya vuestra medida quiere decir, ya está aquí la expresión máxima de los

profetas, soy yo el Cristo que hablo con vosotros, ya estáis tramando también como llevarme a la cruz, ya se va a colmar este mar de sangre y de crímenes, de hipocresías y de podredumbre. Ya está llegando al colmo la iniquidad de vuestras injusticias, serpientes, razas de víboras.

«Por esto os envió yo -aquí Cristo ya se refiere al Nuevo Testamento, ya es la historia que todos conocemos. Qué lástima que hasta El Salvador se encuentre manchado también con esta palabra de Cristo-... Por esto os envió yo profetas, sabios y escribas, y a unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada desde el justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis, entre el templo y el altar. En verdad os digo que todo esto vendrá sobre esta generación».

Ya estaba próximo el año 70, ya están los romanos planeando el sitio de Jerusalén, ya ese colmo de la ingratitud de los hombres que no quisieron recibir a los enviados de Dios; el máximo, el propio hijo de Dios hecho hombre predicando el amor, la justicia, la libertad, no fue comprendido. A él también lo mataron, pero ya se acerca la hora de la venganza.

Hermanos, Dios es infinitamente bueno, pero también infinitamente justo y toda esta sangre, todos estos crímenes, todas estas hipocresías -y aquí ya desde el principio les dije, no me estoy refiriendo a denunciar solamente hacia afuera de la Iglesia, estamos en una denuncia íntima de nosotros mismos. También toda nuestra iniquidad de pastores; también toda nuestra hipocresía de sacerdotes; también toda nuestra falta de santidad, de vida consagrada; también toda la falta de fidelidad de tantos matrimonios cristianos, pero adúlteros; de tantos jóvenes que no viven la pureza propia que Dios les pide; de tanta sociedad donde se abren burdeles, donde hay todos los centros de vicio, de tantas apariencias; todo esto no puede quedar así, sería un Dios alcahuete e injusto y todo eso que quedará sin un día de la ira del Señor. Ya llega, dice Cristo. [283]

Y llegó, en una forma histórica, para ejemplo y escarmiento de los pueblos el año 70 de Jerusalén. Dice el historiador Flavio Josefo, que escribió esas tremendas situaciones, que no alcanzaban los palos que se cortaban en los alrededores de Jerusalén para crucificar a tanto judío y que adentro de Jerusalén las madres se comían a sus propios hijos y que no había ni agua ni comida, y que se morían de hambre y parecían esqueletos ambulantes.

Es que todo eso que está pasando también entre nosotros, hermanos, Dios nos libre. Ojalá escucháramos a tiempo esta llamada de misericordia con que termina el capítulo 23. «Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos a la manera que la gallina reúne a sus pollos bajo las alas y no quisiste. Vuestra casa quedará desierta, porque en verdad os digo que no me veréis más, hasta que digáis bendito el que viene en el nombre del Señor».

Miren como Dios a pesar de su ira siempre es misericordioso, y ya en uno de estos domingos pasados estudiábamos, a través de la Carta de San Pablo a los Romanos, como es el proyecto de Dios, que porque los judíos rechazaron el mensaje de Dios, los apóstoles se van a predicar a los pueblos gentiles y los pueblos gentiles reciben ese mensaje; y entonces los judíos, al ver que lo que ellos desprecian hacía grande al mundo, van a volver también

convirtiéndose ya humildes, y esa señal es la que anuncia Cristo: «Ya me voy, ya no me veréis más, ya no seréis el pueblo predilecto. Ya Dios ha derrochado todos los mimos posibles de padre, no le habéis hecho caso. Se dejará desierta la casa». Qué triste es una casa desierta, cuando regresa alguien que ha vivido lejos, y ya no encuentra ni padre, ni madre, ni hermanos ni amigos, sino simplemente ruinas de una casa donde se pasó la infancia, donde hubo alegrías, pero ahora ya no hay nada, esa es la comparación de Cristo: quedará desierta.

El que ahora visita a Jerusalén, cuando llega a la explanada del Templo, ¡qué tristeza!, hasta existe allí lo que se llama el muro de las lamentaciones, donde los judíos van a llorar lo que era el templo. Ahora no es más que una explanada vacía. «Se os ha dejado desierta».

Que no hubiera sido en Jerusalén, donde fuera el escenario de lo que hemos visto en estos días de la elección de los Papas, la cabeza espiritual del mundo, eso quería Dios, pero todo eso ha quedado desierto, nos vamos para otra parte.

Hermanos, esto no sucede sólo en Jerusalén. Esta comunidad que está reflexionando en la historia, en los proyectos de Dios que los hombres hacemos fracasar. No veamos ya la comunidad donde Mateo está escribiendo este capítulo trágico, veámoslo aquí, somos nosotros los que estamos llenando ya la Catedral o los que a través de la radio -y cada día me [284] llena más de consuelo saber que a través de la radio esta reflexión está llegando a tantos pueblos, cantones; a tantos lechos de enfermos; también a tantas cárceles; también a tantos que están sufriendo; también a tantos a los cuales el grito de Cristo les ha llegado en directo: ¡hipócrita, conviértete!-, todos los que estamos haciendo esta reflexión sentimos que somos de verdad nosotros los que ahora estamos escuchando de Cristo: «¡Ay de vosotros si vuestra justicia no es mejor que la de los escribas y fariseos no entraréis en el Reino de los Cielos!»

HECHOS NACIONALES

Esta comunidad, queridos hermanos, que está haciendo esta reflexión, es nuestra comunidad real, de la cual a mí me complace recordar aquí hechos concretos: la alegría de ayer, aquí en nuestra Catedral, ordenando a un joven que este día está en la alegría de su pueblo, allá en la Diócesis de Santa Ana, celebrando su primera misa, el joven Rafael Urrutia. Y quiero felicitarlos a ustedes, pueblo de Dios, porque los sacerdotes del seminario de Guatemala que vinieron a acompañar a este joven que se educó allá, nos felicitaron por la participación del pueblo en la liturgia. Fue una ceremonia bella, de veras, no sólo por la imponencia de un hombre que se consagra a Dios, sino porque todo el pueblo seguía con fe, con oración, hasta con aplausos en ciertos momentos, la ceremonia de ese don del sacerdocio.

Esta comunidad también se alegra con los cincuenta años de vida religiosa del padre Juan Platero, un jesuita que dedicó su juventud y su vida al Seminario y que hoy, en la vida parroquial trabaja en Guadalupe de San Vicente, mañana a las 12 del mediodía, le

celebraremos sus Bodas de Oro religiosas, en la iglesia del Carmen de Santa Tecla. Hasta allá los invitamos.

Esta comunidad que quiere reflexionar lo serio y la sinceridad de su servicio al mundo, está organizando en estas semanas los ejercicios espirituales del clero. Precisamente mañana, en el noviciado de los PP. Somascos, dirigidos por el P. Jesús Delgado, algunas vicarías de nuestra Diócesis van a hacer sus ejercicios espirituales, es decir, una semana de reflexión para ser pastores auténticos como nos ha pedido el Evangelio de hoy. El P. Delgado me encarga avisar a todos los padres que van a venir a estos ejercicios, ya que el tema se concentrará en torno de esta sublime idea: «Identidad sacerdotal», que traigan por favor la Biblia y los Documentos del Concilio Vaticano II. Todos los participantes, pues, en los ejercicios espirituales del Clero de esta semana, traigan por favor la Biblia y los Documentos del Concilio.

En la Parroquia del Carmen de la Colonia Roma, habrá cambio de párroco ya que el P. Párroco actual, el P. Enrique, tendrá que salir para México. [285]

Esta comunidad de la Arquidiócesis se ha alegrado mucho con la vida religiosa. Yo gocé mucho cuando en Ayagualo, el 1.º de noviembre, día de todos los Santos, la CONFRES, o sea, la organización que congutina la vida religiosa de todo el país, se reunió para una jornada de estudio y para elegir su nueva directiva. Es hermoso ver como tantas congregaciones con espíritus tan diversos, compaginan fraternalmente la única inquietud de consagrarse a Dios y de servir al pueblo de Dios en nuestra patria. Allí me di cuenta también, de algunos datos concretos como será la reunión que en Roma van a celebrar las Oblatas al Divino Amor y a donde irá la Madre María del Carmen Scaglietti, deseamos que vaya representando bien a su comunidad y que la acompañemos en oración.

También me di cuenta de que una hermana muy estimada de la Asunción, sor Inés, muy pronto nos va a dejar. Lo sentimos de verdad, porque es una de esas colaboraciones que mucho hemos estimado y yo quiero decirle -ya que está aquí siempre en nuestra misa de 8- que le agradecemos y que ojalá el recuerdo que ella tanto lo ha vivido de esta Iglesia de nuestra Arquidiócesis, sea para ella siempre un motivo de inspiración que nuestra comunidad la acompañará en la oración. Y el mundo es chiquito, esperamos que volverá con nosotros.

El 31 de octubre, esta comunidad se reúne -una cosa muy original, una convivencia de párrocos interesados en los seminaristas, porque tienen seminaristas o trabajan con ellos- con la Comisión Pastoral Diocesana, con el equipo de formadores del Seminario y con todos los seminaristas mayores. Fue una reunión muy franca, donde jóvenes y sacerdotes ya maduros confrontaron el pasado y el presente para ver cómo cambian las cosas en la Iglesia, y no podemos aferrarnos simplemente a tradiciones, mientras esas tradiciones no sean vehículos de lo eterno de la Iglesia, la vida que Cristo ha traído a los sacerdotes y al mundo.

Por las comunidades hemos hecho también recorridos muy simpáticos. El 3 de noviembre, día de San Martín de Porres, en Quezaltepeque, donde se celebra en una forma típica, muchos niños vestidos de Fray Martín, como dominicos con su escobita y muchas

niñas, vestidas de Santa Rosa de Lima -qué cosa más simpática-, habían preparado una confirmación de jóvenes, junto con el P. Roberto, las hermanas religiosas dominicas y las religiosas belgas. De veras allá vive una comunidad, donde les dije, hermanos, los felicito, porque la Iglesia de Quezaltepeque no es el Templo que ahora lo han usurpado los políticos, la Iglesia es esta comunidad, comunión de amor, comunión de fe, vida, esto es lo que quiere la Iglesia. Los templos, los conventos materiales, ya la Iglesia en su historia está acostumbrada que los hace ella y se los roban para otras cosas, no nos importa; pero la comunidad sigue viviendo, esto es lo que interesa.

Hoy, otra comunidad está de fiesta, Santo Tomás. Qué mérito el del P. Teodoro Alvarenga, hoy le están celebrando 25 años de vivir allí como [286] párroco; y a pesar de los años, es uno de esos sacerdotes que no se instalan, como que ayer llegó sigue haciendo obras, sigue trabajando. Bello ejemplo de lo que es un sacerdote pastor.

Comunidad del Cantón del Carmen, de la parroquia de Cristo Redentor, tendremos las confirmaciones el domingo 12, dentro de ocho días si Dios quiere, y no el sábado como se había dicho primero.

Otra comunidad que lleva el nombre del Carmen, en Santa Tecla, trabaja. También allí, jesuitas ancianos, pero siempre jóvenes en el espíritu, organizaron desde el 31 de octubre hasta el 21 de diciembre, charlas bíblicas, todas las noches, mejor dicho los martes y jueves a las siete y media de la noche, tienen oportunidad los tecleños de irse a instruir en la Biblia, en la iglesia del Carmen. Y a los niños se les avisa que allí también, en el Carmen, martes, jueves y sábado a las tres de la tarde hay doctrina para prepararse para la comunión que será el 31 de diciembre.

Otra comunidad más lejana, pero en comunión con nuestra Arquidiócesis, Manaquil, Nueva Trinidad, invita a una bella concelebración el 13 de noviembre en honor de San Antonio.

En cambio esta comunidad se entristece, porque recibí un telegrama del querido padre Gonzalo López, párroco de Comasagua, que me cuenta que en Talnique se robaron los vasos sagrados y otros objetos del templo.

También hay motivo de dolor y de sufrimiento en la comunidad y los compartimos todos, porque somos todos hermanos.

Quiero anunciarles también que ya la Comisión de Información ha publicado los Anexos de la carta pastoral. La carta pastoral sobre la Iglesia y las organizaciones políticas populares, ha encontrado cada vez más acogida, más amplia, yo les agradezco. Y para ayudar a su estudio, se han preparado tres anexos: el primero, que describe la realidad nacional en que trabaja la Iglesia; el segundo, la palabra de Dios ante la miseria humana; y el tercero, la doctrina más reciente, o sea, los documentos de la Iglesia. Al cual se agrega un cuestionario para facilitar en forma de preguntas el estudio de la carta pastoral.

A esto seguirá también una serie de lecciones, que el P. Jesús Delgado ha preparado, para hacer también más asimilable la doctrina de nuestra carta pastoral, que les repito, yo

estoy muy agradecido por la amplia acogida que en el pueblo se le ha dado, a pesar de que los medios de comunicación social le han hecho el completo vacío. Pero no importa, también, nuestra Voz Panamericana y nuestro periodiquito Orientación y sobre todo ustedes, a quienes les he dicho que son los micrófonos de la Iglesia donde quiera que van, son mucho más que todos los medios de [287] comunicación, porque llevan en su entusiasmo no propagandas vendidas ni artículos condicionados a las situaciones, sino el amor a la verdad, la defensa del derecho, lo que muchas veces molesta y por lo cual se le hace silencio a la Iglesia.

Esta comunidad siente también la intimidad de ciertas cosas personales. Como me dio gusto el Día de Difuntos cuando una persona encargó una serie de misas gregorianas -se llaman 30 misas seguidas- y dijo, no por un difunto de su familia, sino por el alma más abandonada del purgatorio. ¡Qué gesto de amor hay en nuestro pueblo!

También la carta tan bonita de Comalapa donde se me dice: pida una oración por nuestro querido Pablo León León, que fue fiel servidor del Santísimo.

Cómo quisiera repetir aquí estas sugerencias personales tan íntimas, son voz de nuestra comunidad, son la alegría de nuestro pueblo.

También hermanos, desde esta Iglesia que goza y sufre, se ilumina todo un ambiente histórico de nuestra patria, hechos que duelen o que consuelan. Por ejemplo, el 3 de noviembre, cuando el colegio de la Sagrada Familia abrió sus puertas generosamente a los jóvenes que iban a examinarse y entraban unos 300 alumnos del Instituto Tecnológico de San Salvador -por encargo del Ministerio de Educación-, al poco rato llegan las fuerzas armadas, violentas: aquí se ha encerrado una manifestación que traía una bandera colorada. Y la Directora y la Subdirectora, serenas, le dicen: si aquí no hay manifestación, aquí es un examen lo que está pasando. Sin embargo, hasta el helicóptero casi bajaba sobre el colegio y las fuerzas estuvieron custodiando toda la manzana como si se tratara de un terrible ejército revolucionario, y eran los pobres muchachos y las pobres muchachas también, cuyos padres de familia ya escribieron protestando por este atropello. Son cosas ridículas, de veras, pero son fruto de esta situación represiva en que vivimos. Ojalá se evitaran estas cosas que más bien avergüenzan a la Patria.

En la zona de Cinquera, se sigue recrudeciendo la represión. ORDEN y la Guardia Nacional siguen siendo el tormento, la violencia y la tortura de muchos jornaleros como Elio y Elpidio Fuentes, que fueron amarrados y golpeados salvajemente frente a sus propias familias.

En Arcatao de Chalatenango, también un operativo militar para maltratar a hombres y trasladarlos, y sin saber dónde están todavía.

Fue bien doloroso para mí la visita de un anciano el domingo pasado. Oyó decir en las declaraciones de Reynaldo Cruz Menjívar que dejaba en la cárcel de la Policía de Hacienda a Cecilio Ramírez casi ciego, fruto de [288] las torturas. Y este anciano dice: es mi hijo. Ya he presentado solicitud de Habeas Corpus y no me contestan. Me puede decir dos misas, me dijo. ¿Para qué? le dije. Para ver si Dios les ablanda el corazón. Ya las celebré. Ojalá

hermanos, siquiera el dolor angustioso de un padre anciano que sabe que su hijo muere en una angustia de infierno y la oración que sube hasta Dios, sea escuchada de veras. Y hay como éstas tantas situaciones.

Me alegro de que la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador se ha pronunciado en el caso de Isabel Rodríguez Barrera, del que hicimos mención del domingo pasado. Pobre vendedor de baratijas que es baleado en una camioneta el 19 de agosto y está en el hospital fuertemente custodiado, ni al propio Juez Ejecutor, nombrado por la Corte Suprema de Justicia, se le deja acercarse. ¿Qué democracia es esta, donde la justicia está sometida a las armas? Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo y este pobre enfermo, ya recuperándose, no sabe de su suerte, porque está en manos de quienes armados lo están cuidando.

También lamentamos conflictos laborales en ADOC. Se quejan también de despidos injustificados en Sacos Sintéticos; lo mismo en FINSA, fábrica de fantasías y novedades. También se denuncian atropellos despidos o injusticias. El sindicato INDECA aclara que ciertas publicaciones que confundían a 20 afiliados con guerrilleros, es tendenciosa.

Es una tendencia a violar el derecho de agrupación del que trata precisamente la carta pastoral. Y si la situación de los obreros es tan dura, que no pueden ejercer este derecho de defenderse agrupándose, mucho más dura es la situación de los campesinos -cuya voz no se escucha- explicando que el mezquino aumento de sueldo que se les ha dado no cubre el aumento de costo de vida como está hoy.

Yo recibí una carta explicativa de alguien que se llama pequeño cafetalero. No deja de darme mis ofensas, pero entre otras cosas buenas que yo me fijo, dice: que ellos, los pequeños cafetaleros, son explotados por los grandes cafetaleros, y que también los inspectores de trabajo van a vigilar y prefirieron ellos, los pequeños cafetaleros, pagarle las mordidas y no pagar los impuestos. ¿No es precisamente esto lo que estoy diciendo?, explotación de grandes a pequeños, mordidas para disimular el poco cumplimiento de la ley; y el que sale sufriendo siempre es el descalzo, el campesino. Yo tampoco los justifico a todos, yo sé que en el campesinado hay mucho vicio también, y no estoy de acuerdo con ellos y les aconsejo que aprovechen lo que ganan para, es la única manera, el único ingreso de todo el año, que lo sepan aprovechar. Pero decir que todos son así y que por eso hay que tratarlos mal, esto es injusto y lo que es peor, justificar una explotación. [289]

Esta es la comunidad, hermanos, que luego viendo hacia afuera también, mira con optimismo su lucha, su trabajo, porque no está sola.

Qué gusto me dio leer que la Conferencia Episcopal del Brasil ha publicado un documento en el que se pronuncia sobre la situación del país y declara... -fíjense, bien hipócritas fariseos-, que la misión de la Iglesia es expresar su opinión también, sobre los temas de la realidad del país y por eso asume la responsabilidad en la formación de la conciencia política del pueblo. Analizan los obispos brasileños la realidad del país en una forma cruda y critican al Gobierno.

También en Santiago de Chile, la Vicaría Pastoral Obrera, apoya 7 federaciones sindicales declaradas ilícitas, porque son de tendencias marxistas. Se ve que la acusación es en todas partes lo mismo. Pero la Vicaría, o sea la Iglesia, ha presentado recursos de protección, porque las medidas gubernamentales en contra de estas federaciones son inconstitucionales, y la reforma y la forma y en el fondo, no pueden ser legales.

Alegra también pensar cómo este sentido ecuménico de la Iglesia Católica, uniéndose a la Iglesia Judía y Ortodoxa en Estados Unidos, van a promover con motivo del día de la Acción de Gracias, una campaña contra el hambre del mundo. Ya sabemos que un tercio de los niños de los países en desarrollo, mueren de hambre. Me alegro de que se hagan estas promociones.

Se hizo también el recuento de lo que ha costado la vigilancia de la OEA, entre El Salvador y Honduras, a nuestra patria le cuesta nada menos que un millón doscientos mil dólares y se va a prorrogar, hasta que se arreglen las cosas. ¿Cuándo será?

El conflicto de la Universidad prosigue y yo pienso sobre todo en tantos jóvenes. Ahora mismo que entraba a la Iglesia, un joven universitario en cuyo semblante y ánimo yo descubro el anhelo de una juventud que no quiere una Universidad así, instrumentalizada a la violencia, si no que sea verdadera cátedra de cultura. Ojalá los profesionales, en vez de estarse peleando, busquen una solución para que esta casa de la cultura sea lo que dijo el Presidente: «Una figura que haga honor en el exterior», cuando habló en la inauguración de la Feria Internacional, de que esta vitrina abierta al mundo que se inauguró el viernes y que nos hace mucho honor, sea de verdad no sólo una distracción que cubre por encima las bajas capas de miseria y de injusticia, de violencia de nuestro país; sino que de verdad se cumplan esas palabras que son bellas: «Aunar esfuerzos, multiplicar acciones para restaurar un nuevo orden internacional, en lo social y económico, que será permita afianzar la paz, fortalecer la justicia y promover la dignidad humana». Bonito decirle a la faz de lo internacional, pero teniendo a las espaldas cárceles donde la dignidad humana [290] está hecha pedazos y donde la libertad de expresión es pura ilusión con unas leyes como las que tenemos.

Saludamos a los queridos visitantes de otros países, que nos honran con la exhibición de sus progresos y le invitamos a que su solidaridad con nuestro país signifique también una fuerza de humanismo, para hacer de nuestra sociedad lo que decía en su discurso el Señor Presidente, que haya un orden económico más equitativo en el que se apoye la paz y que no se quiera creer solamente en la represión.

Queremos alegrarnos también con 50 años de vida del hospital Bloom. ¡Estas son obras bellas! Cuántos niños, cuántas familias han encontrado allí de verdad un refugio: la salud, el consuelo.

Oremos siempre por la pobre hermana Nicaragua. Diez mil nicaragüenses están refugiados en Honduras y más de diez mil en Costa Rica. El Presidente de Nicaragua suspenderá programas de desarrollo para tener dinero y comprar más armas y defenderse. Y la mediación de fuera parece un fracaso.

Lloramos también con México, por 52 personas muertas y otros gravemente heridos al explotar una cañería de gas natural.

Nos unimos finalmente con el Papa, que este día, en su afán de peregrinar, irá a la tierra de San Francisco de Asís y de Santa Catalina de Siena. Lo acompañamos espiritualmente y con él van nuestras oraciones, porque nos sentimos cada día más solidarios con un Papa que de veras es popular; pero al acercarse al pueblo va llevando esto que constituye, ya para terminar: la santidad de la Iglesia.

LA SANTIDAD DE LA IGLESIA

Queridos hermanos, en la segunda lectura de San Pablo, él se propone decir que él no ha venido a trabajar por interés. Con qué ternura les escribe a los Tesalonicenses: «Os teníamos tanto cariño, como una madre cuida de sus hijos. Deseábamos entregaros no sólo el Evangelio; sino nuestras propias personas». Si es cierto que el Evangelio y la primera lectura han sido una tremenda diatriba contra los malos pastores, hermanos, en la Iglesia santa y necesitada de purificación, hay también un rico arsenal de santidad.

Qué hermoso saber que en estos últimos meses, cuando la Iglesia necesitaba Pontífices, pudo sacar de sus pastores dos hombres desconocidos, pero que eran riqueza como Pablo. Y como Pablo existen no sólo pastores sino también religiosos, sacerdotes, laicos, que pueden decir que aman al pueblo como una madre y están dándose por ella. [291]

¿DÓNDE ESTA EL SECRETO DE ESTA...?

Y terminamos diciendo, pues, esta pregunta, que era como mi tercer pensamiento, pero que será simplemente una final: ¿Dónde está el secreto de esta conversión, de esta renovación de la Iglesia? En la segunda lectura de hoy también, cuando termina, dice San Pablo: «Por nuestra parte no cesamos de dar gracias a Dios porque al recibir la palabra de Dios que nos predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino cual es en verdad como palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes».

Este es el secreto de la santidad. Si en el seno de la Iglesia vemos muchos pecadores; pero cuando estos pecadores acogemos esa palabra de perdón, de esperanza, de fe, nosotros comenzamos a convertirnos y poco importa el pasado cuando la palabra de Dios ha comenzado a hacer nuevo a un hombre, y de esto hay mucho en nuestra Arquidiócesis y ¡bendito sea Dios! Yo también puedo decir, como San Pablo a muchos, no a todos, a muchos radioyentes: le doy gracias a Dios, porque están recibiendo mi palabra como es de verdad, palabra de Dios, porque muchos la reciben como palabra de hombre, como palabra de enemigo, como palabra de subversivo, como palabra de hombre que solamente quiere el mal. Ese es el triste destino del que predica la palabra de Dios, ser como Cristo signo de

contradicción. Pero bendito sea Dios, que eso mismo está diciendo que el vehículo, aunque sea tosco e inútil, es vehículo nada más. Lo que interesa es lo que va en el vehículo: la palabra de Dios, que es acogida en los corazones y convierte operante la santidad y la vida. Y por eso hay mucha santidad en nuestras comunidades.

Yo le doy gracias a Dios y los invito a todos para que nos acerquemos a la Eucaristía que significa darle gracias a Dios, porque allí está la fuente: Cristo, que es la palabra, hecha carne, alimento, sacramento, vida. Cristo es el que ahora nos alimenta. Y desde la Eucaristía de nuestro domingo, la palabra que se predica se convierte en una Iglesia de pecadores, también es una Iglesia de Santidad. Así sea (aplausos...)

Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso... [292]

La Iglesia, Esposa de Cristo
32.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 12 de noviembre de 1978

Sabiduría 6, 13-17

Tesalonicenses 4, 12-17
Mateo 25, 1-13

Imaginemos, queridos hermanos, que estamos formando partes de aquel auditorio íntimo de Nuestro Señor Jesucristo, cuando pronunció este famoso discurso llamado el discurso escatológico. Está en los capítulos 24 y 25 de San Mateo, ya casi al final. Ha salido del templo de Jerusalén donde, según los domingos pasados, tuvo aquellas discusiones que ya presagiaban el desenlace trágico: los enemigos lo odian demasiado, le tienen demasiada envidia y eso no se va a quedar así. Qué triste cuando a un profeta le han señalado ya su destino de sangre. Cristo sale del templo y se dirige a la colina occidental del Monte de los Olivos, desde allí -todavía ahora se contempla, no ya el templo que estaba viendo Jesucristo, ya estaba para terminar la reparación que estaba haciendo Herodes, maravillosa, sino que ahora se contempla una explanada, un desierto donde se yerguen unas mezquitas musulmanas, pero en tiempo de Cristo-, desde la colina, sentado con sus discípulos, le dicen los apóstoles comentando, mira qué maravilla de templo y Cristo comienza a decirles: «Ya veis, no quedará piedra sobre piedra», y comienza el largo sermón escatológico en que, como todos los profetas, viendo hacia el futuro, describe como dos [293] planos, como una fotografía en dos planos: uno próximo, que es la destrucción de Jerusalén, el año 70 por los romanos, ese templo quedará destruido, no quedará piedra sobre piedra. Y otro plano más remoto, el fin del mundo.

Estas catástrofes de las ciudades, estos terremotos, estas guerras que acaban con las bellezas de nuestros edificios, no son más que signos de la destrucción final, cuando se bambolearán también hasta los soles y las estrellas; y cuando aparecerá el Hijo del Hombre en la majestad de su gloria llamando a los muertos: vengan a juicio. El fin del mundo, la catástrofe final. Léanla queridos hermanos, todo ese capítulo 24, que por razones de tiempo

no nos lo ofrece hoy la Iglesia, pero sería muy buena meditación para las comunidades de base en esta semana.

En cambio, recoge una parábola de ese sermón, cuando Cristo advirtiéndoles ese fin del mundo, esa destrucción de Jerusalén -va a venir cuando menos lo piensen, por eso hay que estar preparados así como cuando hay ladrones no se duerme, porque el ladrón espera el momento del descuido para meterse, así será la venida del hijo del hombre. Y entonces les compara con dos preciosas parábolas, una de ellas es la que nos lee hoy el Evangelio este domingo y otra que se va a leer el próximo domingo, ya a final del Año Litúrgico, que sólo nos quedan 15 días ya para terminar el Año Litúrgico y comenzar el nuevo año con la preparación de Navidad.

Aprovechemos esta observación pues, de fin de año, como una advertencia del Divino Maestro acerca de nuestro futuro, no juguemos con la vida. Todo eso que les acabo de decir se parece a diez jóvenes que, según la costumbre de los tiempos de Cristo, acompañaban una boda. El novio iba a recoger a la novia y en eso consistía el matrimonio, cuando el novio la tomaba con la autorización de sus padres, la llevaba a su casa, ya se había creado un nuevo hogar y lo acompañaban en gran fiesta amigos y amigas del novio. Diez amigas son las protagonistas de la parábola de hoy.

Yo quiero titular esta homilía de hoy, con un título bellissimo que Cristo nos lo sugiere hoy: El Reino de los Cielos, un matrimonio entre Cristo y la Iglesia; o con otras palabras: La Iglesia, esposa de Cristo.

Esta comparación de la redención, del amor con que Dios se preocupa de la Humanidad, creándola, dándole inteligencia, capacidades, mimándola, conduciéndola en la historia, es muy usada en el Antiguo Testamento. El amor de Dios a su pueblo predilecto lo compara con el amor del esposo a la esposa. Por eso cuando Cristo, cargado de reminiscencias y promesas del Viejo Testamento, predica su Evangelio, la comparación también brota a sus labios y él mismo se compara con el novio y dice -cuando los [294] fariseos lo criticaban porque sus discípulos y Él no ayunaban- dice: «¿Cómo van a ayunar los amigos el esposo mientras del esposo está con ellos? No es tiempo de ayuno, es tiempo de fiestas, ya vendrá el tiempo en que van a tener que llorar y ayunar anunciando su pasión».

También cuando a Juan Bautista le preguntaban si él era el Mesías dice: «No, yo no soy más que así como amigo del novio, el novio es el que tiene la esposa. Yo me alegro con él como el amigo de uno que se va a casar se alegra con él, pero no es el esposo». Y en el Apocalipsis, qué bella aparece esta imagen: «Vi -dice San Juan- como una nueva Jerusalén que descendía del cielo, algo así como una novia vestida de gala para el matrimonio. Y siempre el novio miró hermosa a su novia, aquel día en que en su hogar se la va a entregar honestamente vestida de blanco, ante el altar de Dios, la ve resplandeciente y parece algo celestial». Así compara el Apocalipsis la esposa Iglesia, la nueva Jerusalén, la ciudad de Dios, la esposa del cordero.

Por eso, cuando el Concilio Vaticano II, que escoge en la Biblia las imágenes de la Iglesia, se refiere a esta comparación del novio y de la novia y pronuncia estas palabras que parece un epitalamio: «La Iglesia es también descrita como esposa inmaculada del Cordero

inmaculado, a la que Cristo amó y se entregó por ella para santificarla, la unió consigo en pacto indisoluble e incesantemente la alimenta y la cuida. A ella, libre de toda mancha, la quiso unida a sí y sumisa por el amor y la fidelidad. Y en fin, la enriqueció perpetuamente con bienes celestiales para que comprendiéramos la caridad de Dios y de Cristo hacia nosotros que supera toda ciencia. Sin embargo, mientras la Iglesia camina en esta tierra lejos del Señor, se considera como en un destierro, buscando y saboreando las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios, donde la Iglesia (vida de la Iglesia) está escondida como Cristo en Dios, hasta que aparezca con su esposo en la gloria».

En esta bella descripción de la Iglesia, yo encuentro los tres pensamientos que precisamente nos ofrecen las tres lecturas de hoy: ¿Qué es un matrimonio? 1.º) Es una alianza, 2.º) es una espera y 3.º) es una consumación, una fiesta de bodas.

EL MATRIMONIO ES UNA ALIANZA

La primera lectura, que precisamente siempre se busca para primera lectura como un eco del Viejo Testamento anunciado el Evangelio. Si Cristo nos va a hablar hoy de que la Iglesia y él forman un matrimonio, nos va a buscar la primera lectura un pasaje en que se refleje lo que es una boda. Y nos describe el libro de la Sabiduría, el afán de Dios buscando a los hombres y la dicha de los hombres abiertos a esa búsqueda de Dios. [295]

El haber venido a Catedral esta mañana, y todos aquellos que hoy domingo asisten con verdadero sentido de fe y de búsqueda de Dios a los templos, es precisamente lo que nos describe la primera lectura de la Sabiduría, tomada hoy del capítulo 6, dice que todo el diálogo en Dios y el hombre, arranca por iniciativa de Dios. Radiante e inmarcesible es la sabiduría, pero al mismo tiempo espera de los hombres una aceptación, una apertura. Hay hombres que le cierran el corazón a la sabiduría de Dios. La comparación podíamos usarla ya que estamos hablando de una boda, cuando se encuentran dos corazones que simpatizan comienzan a amarse, comienza a crecer el amor de los novios y un día es tan grande ese amor que ha crecido de aquel primer encuentro, que ya llega a firmarse una alianza eterna. El día en que la novia y el novio se convierten en esposa y esposo ante el altar, aquel encuentro tal vez fortuito, se ha convertido en una alianza firme hasta la muerte. Así también Dios, como el enamorado, busca la humanidad, que como una enamorada, también lo busca y lo ama. Tal es la bella descripción de la primera lectura. La sabiduría se anticipa a darse a conocer a los que la desean. Quien temprano la busca, no se fatigará. A tu puerta la hallará sentada (el amor que busca). Quien vela por ella, pronto se verá colmado por ella. Ella misma lo busca por todas partes, a los que son dignos de ella; en los caminos se le muestra benévola y sale al encuentro en todos sus pensamientos ¡Qué bella descripción de los enamorados!

El pensamiento está obsesionado. El amor Dios lo ha dado, por eso es triste prostituir el amor. El atractivo del hombre y de la mujer es un don de Dios que se describe con rasgos tan divinos en la Biblia misma, que los hombres debían de pensar siempre con respeto en ese atractivo, en esa obsesión, en esa búsqueda del uno para la otra.

Y cuando llega la hora en que se creen suficientemente fuertes para amarse para toda la vida, se rubrica la alianza. A muchos tal vez se les hace difícil, como a mí se me hacía también, comprender cómo es eso de que Dios se enamora de la Humanidad. Tal vez nosotros, varones, sentimos una especie de repugnancia de sentirnos como amados por un Dios, como si fuéramos la parte femenina de ese amor. No tiene nada que avergonzarse. Lo que quiere destacar aquí no es varón o hembra, lo que quiere destacar es la alianza entre el amor eterno y la humanidad creada por amor. Eso es lo que hemos de ver. Cuando llegué a comprender que el matrimonio, más que la conjunción de dos sexos es una alianza de dos hijos de Dios, comprendí también lo que significa en el Génesis: «hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza».

Una jovencita en un colegio me preguntaba una vez: ¿a quién se refiere, al varón o a la mujer? Y les dije: a los dos, porque el hombre no está completo si no es cuando encuentra su conjunción en el otro sexo y su perfeccionamiento en el amor; es entonces, cuando un hombre y una [296] mujer se aman tan entrañablemente de poderse entregar el uno al otro para toda la vida, cuando el hombre y la mujer son verdaderamente imagen de Dios. Dios es amor y nunca el hombre y la mujer son imágenes de Dios tan perfectas como cuando se aman. Cuando rubrican esa alianza.

Por eso hermanos, el pacto entre Cristo y la Iglesia es el símbolo que se oculta detrás de cada matrimonio. Por eso, decía San Pablo, hablándole a los casados: «qué gran misterio el de vuestro amor, pero yo lo digo pensando en Cristo y en la Iglesia». Cuando un hombre y una mujer se aman con la pureza, con la entrega, con la santidad con que Cristo y la Iglesia se aman y reflejan ante el mundo la indisolubilidad del amor con que Cristo se unió para siempre a su Iglesia. Cuando comprende que el matrimonio que es un signo del amor de Dios a la Humanidad, entonces se comprenderá también lo que es pertenecer a una Iglesia y desde la Iglesia amar entrañablemente, fielmente al divino esposo de la Iglesia: nuestro Señor Jesucristo. Pero así como en una alianza matrimonial los bienes son comunes, por eso aquella ceremonia tan bonita -aunque no es obligatoria, pero expresa mucho- en que el esposo le entrega a la esposa las moneditas que se llaman las arras, son del signo de la entrega de los bienes mutuos, todo es común entre ellos dos. Así también Pablo llama al Espíritu Santo: arras del matrimonio de Cristo a su Iglesia. Porque cuando Cristo muere por su Iglesia, santificándola, lavándola con el baño de sangre de la cruz, y después resucita recuperando toda la gracia que habíamos perdido por el pecado, todo ese tesoro de la redención, lo entrega en el espíritu: «Recibid el espíritu, son las arras de este matrimonio», y en ese espíritu, nos acaba de decir el Concilio, la Iglesia encuentra todos los bienes con los cuales va a santificar a los hombres.

En otro capítulo el Concilio exploya más esta idea del Cristo en alianza con la Iglesia en aquella hora de la Pascua. Cristo -dice el Concilio- levantado sobre la tierra atrajo hacia sí a todos y, habiendo resucitado de entre los muertos, envió sobre los discípulos a su espíritu vivificador y por él hizo a su cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación. Estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de Ella, unirlos así más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa, alimentándolos con su cuerpo y su sangre.

La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada; y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo, pues la Iglesia ya aquí en la tierra está adornada de verdadera santidad, aunque todavía imperfecta.

Saboreemos este presente de la Iglesia, queridos hermanos, nosotros no tenemos que esperar hasta la hora de nuestra muerte para ver cuánto nos ama Dios y nos enriqueció con los dones de la redención. Ya ahora, [297] todo católico que vive la plenitud de su Iglesia, que se alimenta de su palabra, que vive de su esperanza, que tiene en su corazón la fe en la vida eterna, ya vive. Un matrimonio con Cristo, un cielo, una eternidad feliz.

La restauración universal ya está decretada, desde el día en que Cristo murió en una cruz pagando por los pecados de los hombres y resucitó con una nueva vida, en la entraña de la historia, ya está el germen de una vida nueva y la Iglesia es la depositaria de ese germen; la Iglesia es la que predica la redención. Nos acaba de decir el Concilio: «Cristo sentado a la diestra del Padre, viviente para siempre, está actuando en el mundo por medio de la Iglesia». La Iglesia, su esposa, es como la administradora en la tierra de los eternos bienes de la redención. La Iglesia en la tierra no solamente salva a los que viven en sus entrañas, sino que desde sus entrañas, donde Cristo vive como el esposo, vive en el amor de la esposa y actúa a través de su fidelidad y de su sumisión a él, Cristo en la Iglesia es el redentor de la Humanidad hoy, en 1978 como lo fue desde hace veinte siglos. Cristo desposado con su Iglesia, le ha dado a la Iglesia como arras los frutos de la redención para que los administre en su palabra, en sus sacramentos, en su perdón, en su esperanza, en su predicación de la liberación de toda esclavitud.

Yo les invito, queridos hermanos, a que vivamos este presente y que sintamos de veras la alegría de poseer una Iglesia en cuyas entrañas Cristo está actuando, Cristo está vivo, Cristo no podrá morir, es el esposo que ama a esta esposa Iglesia, con la cual se desposó hace veinte siglos.

EL MATRIMONIO ES UNA ESPERA

Pero mi segunda idea es esta: El matrimonio es una espera, sobre todo cuando ese matrimonio como que provisionalmente ha enviudado. Por eso, nos dice el Concilio: «Pero mientras peregrina en la tierra como en un destierro, saborea las cosas del cielo donde su esposo la espera». Una esposa viuda puede comprender, como lo puede comprender aquella esposa que llora el destierro de su esposo. ¿Cuándo lo dejarán volver a la Patria? Es el amor de los brazos tendidos.

Por eso el Concilio, recogiendo esa inspiración que Dios le va dando a su esposa Iglesia en la tierra, dice una frase bellísima: «Por eso el Espíritu y la esposa claman al Señor Jesús: ven». Así terminaban las ceremonias antiguamente: Maranata. Ven, esperamos. Así lo decimos todavía en nuestra consagración cuando levante la hostia y les diga: este es el sacramento de nuestra fe. La voz de ustedes es la voz de la Iglesia: anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven Señor Jesús! [298]

Qué hermoso es, cuando el que clama es un pueblo que ha puesto toda su esperanza en el Señor Jesús y sabe que estos dolores de parto, que son las situaciones actuales de una historia patria, de una naturaleza que gime bajo el pecado, bajo la represión, bajo la esclavitud, bajo el dolor, bajo la injusticia, está clamando por ese cielo nuevo, esa tierra nueva que nos dará el Señor Jesús.

Esta es otra hora que hay que vivir, queridos hermanos, no estamos todavía en el cielo. Cierto que tenemos como Iglesia la garantía de que Cristo vive en nosotros, pero es un Cristo oculto, un Cristo que cuando se siente cerquita en la Eucaristía nos hace exclamar: ¡déjate ver ya, ven Señor! Es la esposa enamorada que desde el destierro clama por darle un beso, darle un abrazo, vivir para siempre unida con él.

Esto es un momento precioso, hermanos, ¿cuánto durará? Precisamente aquí es donde la parábola de las doncellas encuentra su lugar: según la costumbre de Israel, como les dije antes, el novio iba acompañado de amigos y amigas a recoger a su novia para hacerla su esposa; y era fiesta que duraba toda la noche y naturalmente no era la puntualidad lo característico, sino que era toda la noche consagrada a esa fiesta y por eso las diez doncellas que iban a acompañar al novio, se durmieron. Pero cinco estaban preparadas, sus lámparas tenían reservas de aceite. Las otras cinco eran imprudentes, no habían preparado aceite, y cuando a la media noche se acababa de quemar ya casi el aceite que tenían las lámparas y un grito de júbilo se oye en la noche: el novio llega, vamos a acompañarlo, las que tenían aceite cargaron con nuevo aceite sus lámparas y lo pudieron acompañar, pero las que ya tenían agotado el aceite, dijeron: préstennos aceite porque no tenemos. Y les dicen las otras: puede ser que no nos ajuste ni a ustedes ni a nosotros, vayan a la tienda a comprarlo, mejor. Falta de previsión. Es el discurso escatológico de Cristo. Nos está diciendo: estad preparados porque a la hora en que menos penséis será el encuentro del novio a la novia que está en el destierro, a la Iglesia.

La hora que la antigua teología llamó con una palabra griega muy simbólica, la «parusía». Era la palabra griega con que se designaba el apareamiento de un Dios oculto o la llegada de un emperador, de un gobernante a una ciudad y se le preparaba un gran recibimiento. Se le llamaba la parusía. Aquí también, la Biblia mencionando la venida del Mesías, la segunda venida a juzgar a la historia. La venida de Cristo, cuando viene a recoger nuestra vida en la hora de nuestra muerte, es la parusía, es el encuentro, es la espera de la vida que va a culminar en un encuentro. Dichoso si estábamos prevenidos con las lámparas de la fe encendidas con aceite de caridad y de buenas obras. ¡Ay de nosotros si a la hora de la parusía Cristo nos encuentra con la lámpara apagada y sin aceite con el alma en pecado, con la vida desprevenida! [299]

Este es el objetivo principal de la homilía de hoy, un llamamiento a vivir esa espera que el Concilio también nos describe maravillosamente, cuando dice: «Mientras moramos en este cuerpo, vivimos en el destierro lejos del Señor; y aunque poseemos las primicias del espíritu, gemimos en nuestro interior y ansiamos estar con Cristo. Este mismo amor nos apremia a vivir más y más, para aquel que murió y resucitó por nosotros. Por eso procuramos agradecer en todo al Señor y nos revestimos de la armadura de Dios, para permanecer firmes contra las acechanzas del demonio y resistir en el día malo. Y como no

sabemos el día ni la hora, es necesario, según la amonestación del Señor, que velemos constantemente para que terminado el único plazo de nuestra vida terrena, merezcamos entrar con él a las bodas y ser contados entre sus elegidos y no se nos mande como a siervos malos y perezosos: id al fuego eterno, a las tinieblas exteriores donde habrá llanto y rechinar de dientes». Son palabras de Evangelio, tomadas por el Concilio para advertirnos lo más importante que la Iglesia tiene que avisar a la Humanidad. Somos la esposa en el destierro, vamos a salir al encuentro el esposo, estemos preparados, no sea que como a las vírgenes imprudentes nos cierre la puerta de su festín y nos diga: no os conozco.

Aquí es hermanos, donde yo quiero reivindicar para la Iglesia esa misión tan difícil, pero tan necesaria de predicar al mundo presente sus deberes temporales. Cuando el Concilio habla de que la Iglesia está en el mundo para servirle al mundo, el mayor servicio es precisamente este: exhortar a los cristianos, ciudadanos de la ciudad temporal y de la ciudad eterna, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico.

Hermanos, qué bella descripción ha hecho de cada uno de nosotros el Concilio: ciudadanos de la ciudad temporal, salvadoreños con compromisos en esta tierra, manejando unas fincas o una hacienda o un capital o el trabajo simplemente. Ciudadanos de esta tierra: abogados, profesionales, políticos, vendedoras de mercado, gente que se gana la vida cumpliendo deberes temporales, ciudadanos de esta tierra, a éstos habla la Iglesia. Pero al mismo tiempo, ciudadanos de la ciudad eterna, desterrados; pero al mismo tiempo caminando hacia nuestra patria. Se equivocan, dice el Concilio -fíjense bien aquellos que dicen que la Iglesia se meta a la sacristía y no se meta a proclamar los deberes de justicia y a reclamar los derechos humanos de la Humanidad-, se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de esas tareas, según la vocación personal de cada uno.

Aquellos que dicen: el Obispo sólo está predicando política; porque está hablando de derechos humanos; porque está denunciando injusticias; [300] porque está señalándole a los hombres sus deberes políticos, sus derechos de asociación, hermanos, solamente estoy diciendo que como ciudadanos del cielo tenemos una conciencia de la cual tenemos que dar cuenta a Dios y que haríamos muy mal -entonces sí viviríamos lo que el comunismo dice: la religión opio del pueblo-, cuando quisiéramos decir que por estar esperando la ciudad futura, vivimos de cualquier manera la ciudad presente.

Por eso no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si estos fuesen ajenos del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. Cuántos han llegado a esto que dice el Concilio: «El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos, debe ser considerado como uno de los más graves errores de la época». Aquellos que hacen consistir la religión solamente en unos cuantos actos de culto, pero después de ese culto -un Te Deum por los 15 años, unas bodas en las cuales el matrimonio no se consideró amor de Cristo a la Iglesia, si no simple relación social y a ver si estuvo mejor que el otro matrimonio que dio tantos

miles de gastos. Todo este culto a veces para pagarse de la vanidad humana, pero luego vivir afuera de esos actos de culto, con injusticias, atropellando el derecho de agrupación de sus obreros que se quieren syndicar, no pagando bien a los cortadores -ah, pero es muy religioso porque va misa todos los domingos. De nada sirven estos actos de culto divorciados de la vida diaria. La Iglesia tiene que predicarle al hombre que en los asuntos temporales tiene que pensar en que hay que dar cuenta a Dios.

El Concilio dice esta frase -que yo les suplico grabársela profundamente en su corazón-: «El cristiano que falta sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta sobre todo para con sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación». ¿Qué quiere decir hermanos? Lástima que nuestra religión ha traicionado a veces el Evangelio. Y por contentar a los grandes señores y a las grandes señoras, les ha dicho que bastaban esos actos de culto y los ha expuesto a perderse para siempre. Estamos volviendo a una religión del auténtico Evangelio, donde Cristo nos dice que el reino de los cielos se parece a las diez doncellas que salieron a encontrar al esposo. ¡Ay, si no aprovecharon las horas de su vida para cargarse de buenas obras y encontrar con caridad y amor práctico al Señor! De nada servirá ser virgen, sino se tiene amor. Como decía San Bernardo hablando de ciertas vírgenes: puras como ángeles, pero soberbias como demonios.

Las virtudes cristianas tienen que ser íntegras. Es una redención integral la que Cristo ha venido a predicar. No quiere apariencias, quiere sinceridad. También queridos hermanos, si el matrimonio es espera. No [301] olvidemos una cosa, que la Iglesia dice el Concilio, está en fase temporal todavía. Yo quisiera aprovechar para decirle a los que se han casado que también su matrimonio está en una fase de espera, que el matrimonio nunca está hecho, que todos los días es necesario perdonarse, ayudarse, perfeccionarse. El hombre que quiere encontrar en su esposa un ángel perfecto, o la esposa que quiere encontrar en su esposo un ser ya celestial, está muy equivocado. Son dos seres de carne y hueso, herederos de taras y herencias de familias; y hay que aprender a tolerarse muchas cosas. La Iglesia necesita también que el esposo divino le tolere muchas cosas. Todavía vive -dice el Concilio- en esta fase temporal donde los mismos sacramentos, las instituciones, su jerarquía, sus sacerdotes, sus elementos tienen que adolecer de muchas imperfecciones; pero ya tiene una santidad aunque sea imperfecta, hay buena voluntad, anda buscando la hora de la perfección. No hay que olvidarse de esto para no exigirle a la Iglesia en la tierra, lo que tendrá esta Iglesia, cuando sea la Iglesia de la consumación perfecta.

LA IGLESIA ES UNA CONSUMACIÓN

Y este es mi tercer pensamiento, hermanos. Pero antes de mirar esta Iglesia de la consumación perfecta, esta Iglesia que el Apocalipsis nos describe como la nueva Jerusalén (ciudad santa que baja como vestida de novia del cielo para entregarse al esposo) no olvidemos que todavía no hemos llegado a esa Iglesia y es precisamente en esta Iglesia de la tierra, yo sitúo todos los domingos la semana de nuestra historia.

No se molesten, hermanos, porque olvidar que es una Iglesia que peregrina en esta semana de noviembre de 1978, es desencarnar el misterio de la Iglesia como esposa que camina hacia el encuentro definitivo, hacia la consumación de su vida celestial. Y, ¿qué encontramos en esta Iglesia de esta semana?

Permítanme, hermanos, la alegría de decirles que la mayor satisfacción de esta semana ha sido sentirme junto con toda la Arquidiócesis en comunión con el Papa. Para aquellos que quieren ver mi actitud pastoral y la línea pastoral de la Arquidiócesis, como un divorcio de la verdadera doctrina y actitud de la Iglesia, les quiero recordar que el Papa Juan Pablo II, se ha expresado así al dirigirse al arzobispo de la Arquidiócesis: «Vaticano 30 de octubre. Excelencia: con motivo de la elección del Supremo Pontificado de su Santidad Juan Pablo II, ha querido a Ud. expresarle su cordial felicitación en nombre también de todos los miembros de esa comunidad eclesial. Tengo el placer de comunicarle que el Santo Padre ha recibido con profunda complacencia esta delicada prueba de filial cercanía, que se ha manifestado especialmente en la plegaria por las intenciones del nuevo Pastor de la Iglesia Universal. Al asegurarle que su Santidad le queda muy agradecido, gustosamente le transmito su paternal [302] bendición para cada miembro de esa porción de la grey de Cristo. Suyo, devotísimo en el Señor, cardenal Villot, Secretario de Estado».

El Papa, que nos ha escrito por medio de su secretario, es el que este domingo está tomando posesión de la catedral de Roma, que es San Juan de Letrán, y el Papa en esta semana ha recibido a los sacerdotes y a las religiosas de su Diócesis para exhortarle, al clero, al fiel cumplimiento de sus deberes sacerdotales, especialmente del celibato como una claridad y expresividad de la misión del sacerdote; lo mismo que les decía a las religiosas y a los religiosos, la vocación religiosa significa un amor exclusivo a Dios.

Y dijo también, que si es Pastor de la Iglesia Universal, es porque es obispo de Roma y esto significa la ceremonia de este domingo al ir a tomar posesión de la catedral de San Juan Letrán, que es la catedral de Roma, el Papa está diciendo que él es el auténtico sucesor de Pedro en la sede de Roma, desde donde es pastor de toda la Iglesia Universal. Y con esta explicación, el Papa ha dado la explicación también de por qué pudo romper esta tradición del Papa no italiano. Si como obispo de Roma es conveniente que sea italiano; como pastor del mundo el obispo de Roma no es necesario que sea italiano; porque tiene que tener relaciones con el universo. Alegrémonos pues, en este día con el obispo de Roma, que es al mismo tiempo nuestro pastor universal.

En esta semana también he tenido alegrías sacerdotales muy grandes, como fue la que ya anuncié de los 25 años de servicio parroquial del padre Teodoro Alvarenga en Santo Tomás; y fui testigo del agradecimiento de un pueblo cuando ve en su sacerdote el servidor de su comunidad desde su consagración a Dios.

También una alegría muy íntima, sacerdotal, al celebrar con los sacerdotes que cumplieron 25 años de vida sacerdotal y con el padre Platero que cumplió 50 años de vida religiosa, una Eucaristía a la que asistieron también, quienes ya no ejercen el ministerio sacerdotal, pero como laicos o como reducidos al estado laical, manifestaron su cariño fraternal para el sacerdocio y el respeto que en su vida llevan al carácter sacerdotal que siempre es imborrable en ellos. Yo quiero alegrarme, porque muchos de nuestros hermanos

que fueron sacerdotes y ya no ejercen, no deben sentirse apartados, sino que el carácter que siempre los ha marcado para toda la eternidad, los hace sentirlos muy cercanos también a la vida de la Iglesia.

La Confederación de Religiosos eligió su nueva directiva la semana pasada. Les deseamos muchos éxitos, ya que el objeto de esta organización de religiosos es el perfeccionamiento de su consagración a Dios, que como decía el Papa, es la expresión de un amor exclusivo a Dios. [303]

También una alegría muy profunda, haber compartido con unos treinta sacerdotes, siquiera un rato de su retiro espiritual, que les dirigió el P. Jesús Delgado, sobre el tema de la identidad sacerdotal. El diálogo con su obispo fue muy franco y les agradezco ese sentido de solidaridad que mostraron casi todos los sacerdotes en retiro.

Luego hermanos, recorreremos también estas comunidades que forman nuestra comunidad arquidiocesana. Ayer, con la alegría patronal de la ciudad de San Martín, se destacó en el programa la participación de un grupo juvenil. También una anticipada felicitación a Candelaria de Cuscatlán, donde el 15 de noviembre celebra la fiesta patronal del Dulce Nombre de María.

Un sentido de agradecimiento a la parroquia de La Palma, cuyo párroco, querido P. Vito Guarato, vino a expresarme en nombre de su parroquia y de su Provincial franciscano, un sentido de profunda solidaridad con el ministerio arzobispal y dijo que allá en su parroquia hace orar a los enfermos por el Arzobispo y por la Arquidiócesis. ¡Qué riqueza más bella la de estas plegarias! Dios los bendiga.

También en la hojita que publica en La Palma, hay una «alerta» que no hay que dejarlo perder, que se refiere al engaño de los protestantes, cuando, como por ejemplo el día de difuntos, van predicando contra los sentimientos católicos de la oración por los muertos o van vendiendo libros protestantes en nombre del Arzobispo.

Mañana, en cantón San Antonio Manaquil de San José de Las Flores, Chalatenango, a las nueve de la mañana, se celebrará la fiesta patronal.

En Arcatao, las hermanas que dirigen la pastoral de aquella comunidad, hacen un llamamiento de alerta contra las falsas denuncias que algunas veces, enemigos de la Iglesia quieren hacer como para comprometer la palabra de la Iglesia. Mucho cuidado porque necesitamos que vengan bien respaldadas esas denuncias para poderlas mencionar.

La comisión de Reflexión de Laicos, tiene el encargo del Arzobispo de reunir mensualmente cuatro representantes laicos de cada Vicaría. La primera reunión va a ser el próximo domingo 19, en la casa parroquial de San José de la Montaña. Suplico, pues, a todas las Vicarías, mandar a sus cuatro representantes, sumarán unos 40 ya que son diez las Vicarías de la Arquidiócesis.

Esta comunidad también lamenta, en esta semana, que el Poder Ejecutivo del país ha atropellado un derecho del Arzobispo, al cambiar los estatutos de Cáritas de El Salvador sin

la autorización del Arzobispo, como lo mandan los mismos estatutos. Pueden leer en Orientación la carta dirigida [304] al Señor Presidente. La respuesta que ha dado el Señor Ministro del Interior agrava más este atropello, pues es una autoridad civil que para dar una explicación del atropello se mete a dar una interpretación arbitraria de las leyes canónicas que deben ser respetadas por la autoridad, ya que la Iglesia tiene personería jurídica y se rige por propias leyes.

También lamento, que en El Diario de Hoy, una organización fantasma se vale de un sofisma -sofisma como ustedes saben es un falso argumento- para querer encontrar una coincidencia entre un editorial de Orientación y un comunicado de las FPL. El sofisma consiste en confundir fechas distintas, llamándolas simultáneas: 1972 a 1978. La misma persona puede ser de distinto parecer, y quiere aparecer esta comunicación como si el mismo individuo fuera miembro de la Iglesia y miembro de estas fuerzas. También consiste el sofisma en confundir lugares como si Santa Ana fuera parte de la Arquidiócesis de San Salvador; y sobre todo, es confundir las razones: Orientación trata de una cosa y el pronunciamiento trata de otra cosa. Orientación no hace propaganda ni está en connivencia con las FPL, sino que simplemente está, como dice la carta pastoral de acuerdo con las justas reivindicaciones de los obreros. Por eso les digo hermanos, hay que aprender a leer con sentido crítico, porque si no, los sofismas son armas de la mentira. En el próximo número de Orientación, podrán encontrar ustedes una explicación de lo que aquí brevemente he dicho.

Esta comunidad también tiene que lamentar esta semana, porque vive en la tierra, que ha sido una semana de violencia.

El sábado 4, fue sacado violentamente de su casa Antonio Crespín Velásquez y llevado esposado con rumbo desconocido.

El lunes 6, las FPL, asesinaron al industrial Roberto Saade y a su acompañante Santos Elpidio Saldaña para vengar el asesinato de Guillermo Rivas.

Ese mismo día, los trabajadores Óscar Monterrosa y Enrique Antonio Orellana fueron sacados violentamente de sus casas por 18 hombres disfrazados de campesinos con pelucas y armas automáticas. Se desconoce su paradero.

El martes de esta semana, otro movimiento armado (el ERP) colocó 40 cargas explosivas en distintos sitios del país. La mayoría de ellas explotaron causando cuantiosos daños materiales.

Ese mismo martes, asesinaron al Señor Santos Velásquez Núñez, miembro de la Unión de Pobladores de Tugurios. El asesinato lo atribuyen a los Cuerpos de Seguridad. [305]

El miércoles 8, el doctor Ricardo Ávila Moreira, Primer Magistrado de la Cámara Primera de lo Penal, sufrió un atentado del que salió herido. Se le atribuye también este atentado a las FPL.

El mismo miércoles, murió el policía nacional, Rodolfo Alvarado Montes, que fue atacado el 30 de octubre por supuestos terroristas.

El jueves 9, asesinaron al Señor Pedro Juan Cortés Ventura, Juez Primero de Paz de Tecoluca, miembro de ORDEN y del PCN. Ninguna organización se ha atribuido este asesinato.

También esta semana los diarios han publicado varios casos de desaparecidos; aunque algunos de ellos no se sabe si se trata de capturas o simplemente gente que se pierde. Son ellos: Francisco Baltazar Campos, desapareció el 25 de octubre, dicen que lo han visto en las cárceles de la Policía Nacional, aunque ésta niega que lo tenga capturado.

También se mencionan nombres de desaparecidos: Gilberto Antonio Rivera el 6 de septiembre; José Adán Vásquez el 2 de noviembre; Santos Ángel Vásquez Rodríguez, desaparecido el 30 de octubre, Socorro Jurídico asegura que fue capturado; Rigoberto Esquivel Ponce, desaparecido desde finales de octubre, anciano de 65 años.

En esta misma semana, el 6, se celebró el aniversario de la captura del profesor Efraín Arévalo Ibarra, miembro del Consejo Ejecutivo de ANDES, fue capturado por la Policía Nacional, pero desde entonces este cuerpo de seguridad niega tenerlo. También este día se está cumpliendo un año del asesinato del industrial Raúl Molina Cañas.

También tengo el encargo de Julio Alberto Reynosa Vallecillos, de la parroquia de Ataco, de denunciar la tortura de que fue víctima antes de escaparse del país.

También los conflictos laborales que no tienden a solucionarse, en ADOC, en Sacos Sintéticos, se teme a la Organización Sindical y se despiden a posibles líderes.

La huelga decretada por los obreros en Sacos Cuscatlán, esta semana aún sigue. Fuimos informados que hay esperanzas de diálogo y esperamos que lleguen a un pronto arreglo.

También buenas noticias de las obreras de Fantasías y Novedades, cuando dicen que el Ministerio de Trabajo ha logrado reconocer que ha habido serias fallas en la relación obrero-patronales. Ojalá esta intervención del Gobierno fructifique en una justa concordia. [306]

Como ven, queridos hermanos, esta semana trágica tiene diversos orígenes. Yo quiero recordarles, y esto no lo hacen los legionarios fantasmas, que en el mismo número de Orientación, donde encontraron ellos motivos para su sofisma, se publicó la Carta pastoral que claramente dice la postura de la Arquidiócesis frente a la violencia y frente al derecho de organización. Sólo quiero recordarles, que si la Iglesia distingue clases de violencias -y todas estas víctimas que hoy he mencionado tienen orígenes distintos- sin embargo digo en la carta pastoral: «No podemos poner toda nuestra confianza en métodos violentos, si somos cristianos de verdad o simplemente hombres honrados. Proclamamos la supremacía de nuestra fe en la paz y hacemos un llamamiento a todos, a hacer esfuerzos positivos por su construcción. Pero la paz en la que creemos es fruto de la justicia. Los conflictos violentos, como lo muestra un simple análisis de nuestras estructuras y lo confirma la

historia, no desaparecerán hasta que no desaparezcan sus últimas raíces; mientras tanto, mientras se mantengan las causas de la miseria actual y se mantengan la intransigencia de las minorías más poderosas, que no quieren tolerar mínimos cambios, se recrudecerá más la explosiva situación. Y si se quiere seguir usando la violencia represiva, desgraciadamente no se hará más que aumentar el conflicto y hacer menos hipotético y más real el caso en el cual el recurso a la fuerza como legítima defensa va a ser justificado. Por eso creemos que esta es la tarea más urgente: la construcción de la justicia social».

Y por último hermanos, el tercer pensamiento de la homilía que nos lleva ya al altar. Este matrimonio es un encuentro y una alianza y una espera, que camina hacia una consumación. Consumación, aquella Iglesia del cielo donde reinará la justicia; donde no lamentaremos semana tras semana el dolor de tantos atropellos; donde cielos nuevos y tierra nueva cantarán el matrimonio bendito de Dios con la humanidad así como él la soñó.

Y por eso quiero terminar con un pensamiento bellísimo del Concilio, cuando se refiere a la Virgen María llevada en cuerpo y alma al cielo, dice que Ella, gloriosa allá en el cielo en el cuerpo y en el alma, es el principio y el modelo de aquella Iglesia que se consumará en el futuro; pero mientras tanto es estrella de luz que acompaña en esperanza y en consuelo, al pueblo de Dios peregrinante todavía en la tierra. Y termino con este recuerdo de la Virgen, porque el corazón vuela este día 12, cuando está comenzando en San Miguel la novena de Nuestra Señora de la Paz, para pedirle a Ella, en nombre de toda la Arquidiócesis, que haga más comprensiva la misión de esta esposa Iglesia, que ella madre de la Iglesia, que ya disfruta la alegría de la Iglesia consumada, nos haga vivir la esperanza y la apertura de corazón para poder recibir el mensaje que Cristo trae a la Humanidad para que nos preparemos como las vírgenes prudentes, al encuentro con el Señor. Así sea.

Creemos en un solo Dios... [307]

La Iglesia, una comunidad en espera activa del retorno de Cristo
33.º Domingo de Tiempo Ordinario
Domingo 19 de noviembre de 1978

Proverbios: 31, 10-13.

19-20. 31-29

Tesalonicenses: 5, 1-6

Mateo: 25, 14-30

Queridos hermanos:

Todos los que han seguido con atención el Año Litúrgico, se dan cuenta que a lo largo de todos los domingos se va recorriendo a la luz de un Evangelio -en este año ha sido el Evangelio de San Mateo- las enseñanzas del Señor que iluminan la vida de nuestra comunidad, la Iglesia. El Evangelio de San Mateo, pues, lo mismo que el Año Litúrgico, están llegando a su fin. Podríamos decir que este es ya el último, porque el próximo domingo la liturgia va a recoger en la fiesta de Cristo Rey -que ya no es el último domingo

de octubre, sino que es al final del Año Litúrgico- como una corona de todo el misterio de Cristo que hemos tratado de ir reflexionando durante el año, nuestro avasallaje como miembros dichosos de ese Reino de Dios. [308]

Este último tramo del Evangelio de San Mateo, recoge el discurso de Cristo, llamado discurso escatológico, donde nos habla del fin de los tiempos. Eso quiere decir escatología, lo último, lo definitivo y desde el domingo pasado estamos pues, en este estudio escatológico según la mente del mismo Jesucristo Nuestro Señor. Es una meditación de fin de año. Es una meditación que nosotros los cristianos queremos invitar a hacer, para mirar con claridad la perspectiva de nuestra meta. Hacia dónde vamos en esta peregrinación de los años, de los meses, de las semanas; porque es maravilloso y hoy la teología lo va a descubriendo cada vez más, que Dios salva en la historia.

La salvación es un hecho histórico, no del pasado, sino la historia presente de cada pueblo, de cada hombre, de cada comunidad. Y esto es interesante que lo tengamos muy en cuenta, porque los hechos históricos, si nosotros los enfocamos directamente semana a semana, no es por un afán de salirnos del Evangelio y de la mente de la Iglesia, sino para que esa salvación que Dios está haciendo de los salvadoreños, encarnada en su propia historia, la busquemos allí donde la debemos de buscar, en nuestros hechos históricos. Es la vida de la Iglesia de la Arquidiócesis, de cada parroquia, de cada cantón, de cada comunidad; y es también la historia civil que nos circunscribe donde no todo es bueno según el Reino de Dios, sino donde grandes realidades de nuestra fe y de nuestra esperanza en Cristo, chocan con actitudes ateas, materialistas, egoístas, atropelladoras y es natural entonces, que comprendamos que el Reino de Dios que se va construyendo en la historia tiene que chocar con realidades históricas y esto no es meterse en política, sino simplemente es buscar la salvación de Dios en nuestra historia.

Por eso voy a titular la homilía de hoy: La Iglesia, una comunidad en espera activa del retorno de Cristo. Esta es la Iglesia, una comunidad activa, trabaja, choca, vive su fe. Es activa y vive en espera. En espera del retorno de Cristo, como lo proclamamos en nuestro Credo: «...desde allí ha de venir a juzgar...», ha de volver el Señor. Aquí tenemos los tres conceptos que yo quiero desarrollar en esta mañana:

1.º) Una comunidad en espera.

2.º) Esa espera no le quita su actividad, al contrario es una espera activa, si no, no es cristiana.

¿Y qué es lo que espera? 3.º) El retorno. ¿Cómo es ese retorno de Cristo que esperamos?

Decía que es una comunidad. Y esto ya todos los domingos lo voy repitiendo, porque uno de los mensajes más apremiantes de la Iglesia de hoy, es que los cristianos salgan de una mentalidad individualista. Que [309] ya no hablemos de mi salvación, mi religión, sino que la vivamos como Dios quiere que la vivamos: en pueblo. Nuestra salvación. Nuestro peregrinar por la historia, vamos como pueblo, como el pueblo israelita por el desierto: iba junto, comunitariamente, así vamos. Y por eso una de las alegrías más grandes pastorales es que vayan surgiendo por todas partes las comunidades. Pero para que no se pierdan de su

orientación, estas reflexiones de la palabra de Dios vienen a decir cuál es el testigo. Así lo hicieron las comunidades en todos los tiempos.

Las tres lecturas de hoy son reflexiones de comunidades: el libro de la Sabiduría que no ha presentado a la mujer modelo, es una reflexión de la sabiduría del pueblo de Israel que vivía esta filosofía como pueblo, era su sabiduría popular, era su creencia, en que no es la vanidad de la mujer lo que cuenta, sino su temor de Dios, su interioridad. Cuando en la segunda lectura San Pablo se dirige a la comunidad de Tesalónica, está orientando comunitariamente y aquella comunidad recibía la carta del apóstol. Voy a atreverme a compararme como cuando yo no pude ir a San Antonio Los Ranchos y les mandé una carta. San Pablo no podía visitar personalmente las comunidades, pero las alimentaba con sus palabra y allí nos quedaron esos recuerdos de sus cartas, preciosísimas, para que las comunidades de hoy confronten con el espíritu de las comunidades primitivas y ¿qué otra cosa es el Evangelio de San Mateo? ¿Los cuatro Evangelios? Son reflexiones de apóstoles que contaban su vivencia, su experiencia de contacto directo con Cristo, en una comunidad donde reflexionaban; y luego inspirados por Dios escribían de tal manera que el Cristo que conocemos en los Evangelios, es el producto de la reflexión comunitaria. Qué precioso saber entonces que en la Catedral de San Salvador, en este domingo 19 de noviembre de 1978, lo mismo que todas las comunidades hermana distribuidas en toda la Arquidiócesis; yo sé que a esta hora hay muchos que están pendientes de la radio y en comunidad están reflexionando, o los que tienen misa a esta hora están con sus párrocos reflexionando estas mismas cosas.

Somos la comunidad pues, que está alimentando su fe, conociendo su verdadero espíritu, su estilo, su caminar, en la misma fuente donde se alimentaron las comunidades de todos los siglos y las comunidades del Viejo Testamento. Dios nos ha revelado su voluntad, conocerla comunitariamente y marchar comunitariamente con esa voluntad de Dios, eso es ser pueblo de Dios; eso es vivir la alianza con el Señor, a eso venimos a misa los domingos.

UNA COMUNIDAD EN ESPERA

Pero esta comunidad, digo en mi primer pensamiento, es una comunidad en espera. ¿Qué quiere decir? Es la característica del cristiano. Por eso se llama comunidad escatológica, ciencia de lo último, comunidad [310] que vive pendiente del desarrollo hasta su última consecuencia. ¿Hacia dónde va la historia? ¿Hacia dónde va a mi vida? ¿Hacia dónde va esta Iglesia? Lo escatológico. Ya se anunció en el Antiguo Testamento muchas veces y lo hemos comentado aquí: el día del Señor. Los profetas hablaban: el día del Señor, como un día en que Dios nos espera con los brazos abiertos para premiar nuestros méritos buenos o nos espera con su ira para castigar nuestras malas acciones.

Ese día del Señor, en el pasado, como todavía no había venido Cristo, era muy como nebuloso. Los profetas no tuvieron la dicha que nosotros cristianos tenemos de conocer que Cristo que ya vino hace veinte siglos, es el que vino a iniciar el día del Señor. Vivimos ya

la última fase de la historia, Cristo es, como lo vamos a ver después, la clave, el desenlace, la meta, el día del Señor.

Y como Cristo y los apóstoles anunciaban ese día del Señor también como ya próximo, surgían ideas como ahora surgen también en algunas sectas protestantes -si ya tal año va a ser el día que viene el Señor- y lo esperaban próximo. Es que Cristo quiso dejar como una mística de sus cristianos la incertidumbre. Y San Pablo les escribe hoy a los tesalonicenses: «Acerca de la fecha, no puedo escribirles, eso es incierto, solamente les digo lo que el Señor anunció que vendrá ese día como un ladrón nocturno y como ustedes no son hijos de la noche sino hijos del día, vivan en espera».

A los tesalonicenses que amparándose en esa proximidad -ya va a ser el juicio final- no trabajaban, se habían hecho algunos holgazanes, para eso sí era la religión opio del pueblo. San Pablo les recuerda: hay que trabajar; el que no trabaja que no coma, no sabemos cuándo será el día en que el Señor nos va a asumir. También surgió en Tesalónica una duda: desde que Pablo nos anunció la proximidad del Día del Señor, mueren algunos, siguen muriendo. ¿Cuál será la suerte de los que murieron y de nosotros que estemos vivos cuando venga el Señor? Y San Pablo les resuelve -Uds. lo han leído en la epístola, se lee en algunas misas de difuntos-, acerca de los difuntos no queremos que estéis ignorantes, ellos van a resucitar también y nosotros, si estamos vivos, también nos vamos a transformar; aunque no pasemos por la muerte, nos transformará, porque para participar en esa fase escatológica, última, definitiva del Reino de Dios, la vida eterna, que ya se inicia en esta tierra, Dios necesita transformar al hombre. Por eso han de resucitar los muertos. Los que hicieron el bien resucitarán para la vida eterna y los que hicieron el mal resucitarán también para ignominia y castigo. También los que están vivos van a ser transformados para ser arrebatados con el Señor a su gloria, los que hicieron el bien, los que están haciendo el bien, los que están trabajando según la voluntad de Dios y los que no, aunque estén vivos no escaparán a la ira del Señor, los transformará de una vida mortal que se acaba con [311] la muerte, en una vida eterna, pero para sufrir eternamente; le dará una inmortalidad de dolor, la segunda muerte que llama la Biblia, estar muriendo sin poder morir. Cosa tremenda de veras, el día del Señor.

No es fantasía queridos hermanos, esto es lo que le da a nuestra religión su carácter escatológico. Por eso hemos de vivir pendientes de ese desenlace final.

¿Cómo vivimos? -yo quiero preguntarles ahora en la realidad de este noviembre de 1978- le preguntaban a uno de los santos jóvenes de nuestro santoral: ¿si supieras que hoy es el día del juicio qué harías?, ¿qué haríamos? Y los estudiantes, que eran todos ellos, unos decían: pues yo correría a la Iglesia a rezar, a arrepentirme de mis pecados para acogerme en gracia de Dios. Otro decía: yo iría a confesarme para no estar en pecado, y este santo decía: no, yo seguiría jugando, porque sé que yo estoy haciendo la voluntad de Dios y si así me coge el Señor, me coge haciendo su voluntad.

Esta es la vida tranquila del cristiano, estar donde Dios quisiera encontrarme a la hora de mi muerte. Por eso les quiero preguntar hermanos, y a mí mismo también: ¿Estamos en este momento dónde Dios quisiera encontrarme, si en este momento fuera ese día sorpresivo como ladrón para arrebatar mi vida? ¡Cuántas desgracias y muertes lamentamos semana a

semana! Todos esos que han sido asesinados o han muerto en accidentes o en incendios o en terremotos o en choques de aviones. Han sido tantos en esta semana. ¿Los habrá encontrado el Señor viviendo su escatología, pendientes del desenlace de su vida? ¿Estamos todos los salvadoreños donde deberíamos estar?

Por eso es que me gusta iluminar este momento con la realidad histórica, no es por molestar a nadie, sino para cumplir mi misión profética de Pablo que les dice a los tesalonicenses: «...estén donde debe estar, no les puedo decir la fecha». Nadie le puede señalar a nadie cuándo va a morir. Solamente como cristiano tiene que decirle: camina por donde debes caminar para que el Señor te encuentre en el camino recto.

Hermanos, yo quiero aquí, cuando hablo de la comunidad que espera, recordar que esta semana ha sido también una vida comunitaria muy bella de nuestra Arquidiócesis. Muchos están de veras donde debían estar, pero lamentablemente muchos no están donde deben estar; porque pasemos al segundo pensamiento...

ESA ESPERA NO LE QUITA SU ACTIVIDAD, AL CONTRARIO ES UNA ESPERA ACTIVA

Una espera activa. Cuando la primera lectura de hoy nos habla de la mujer que se caracteriza por su fortaleza, que no pone su gloria en su [312] hermosura o en su vanidad, sino en el temor de Dios, esta es la que hay que alabar dice la Sagrada Biblia. Qué hermoso mensaje para la mujer. Vana es la hermosura, frágil la belleza, los profetas la parangonaban con la yerba que a la mañana está esbelta y a la noche no es más que zacate seco; que se agarra con un puño como hierbas que se pueden arrancar. La mujer que teme al Señor, la hacendosa, la que es gloria de su marido, la que no le teme a los inviernos ni a los malos tiempos porque siempre está prevenida, la mujer con sentido escatológico, esa es la que merece toda alabanza.

Es difícil para la mujer, cuya naturaleza es la vanidad, saber comprender que no está en ser admirada en sus cosas exteriores su verdadera grandeza, sino que sea alabada por Dios en el interior de su espíritu y que sea verdadera gloria de su familia y de su esposo; no por los esplendores externos, sino por su virtud, por su cristianismo. Y aquí es donde el Evangelio se sitúa también hoy.

La hermosa parábola que comentábamos el domingo pasado, también en el sermón escatológico de Cristo, las diez doncellas que esperaban para acompañar al esposo, cinco prudentes estaban preparadas y fueron recibidas al festín, cinco no supieron esperar, se durmieron imprevistas. Y cuando fueron a comprar aceite se cerraron las puertas del festín y al llegar, tocando todas atrasadas, el Señor les dice: no las conozco. ¡Qué triste esa hora de aquellos que no han vivido su sentido escatológico en vigilia, no como los que son sorprendidos por el ladrón en la hora de la noche!

Pues bien, el Evangelio de hoy más bien nos invita a una espera activa. Un Señor confió a sus empleados su finca, sus haberes y marchó a tierras lejanas. Después de mucho tiempo, volvió. En esto está la espera, después de mucho tiempo, no sabemos cuando, pero Cristo quiso dejar con esta expresión que ese tiempo que los cristianos han de pasar entre su esperanza y la realización de su esperanza puede ser muy largo. Hay edades muy ancianas entre nosotros, dichosos los viejitos que como el anciano Simeón viven esperando y cuando tienen en sus brazos al Jesús redentor, cantan como el cisne para morir: ya puedes enviar a tu siervo en paz, porque siempre viví esperando esta esperanza.

La enseñanza de la parábola de los talentos, queridos hermanos, yo la encuentro en una forma moderna en el Concilio, en la constitución de la Iglesia en el mundo actual, cuando nos habla de que este mundo con sus progresos prepara el material del Reino de Dios y por eso no hay que descuidar trabajar en este mundo. Pero inculca en el cristiano: no hay que vivir conforme a los pensamientos de este mundo, sino vivir de la esperanza escatológica. [313]

Ante el peligro de los tesalonicenses modernos -que los hay muchos-, ah, pues si las cosas de la tierra no valen, vamos a dedicarnos sólo a las cosas celestiales. Y viven una piedad desencarnada; y se escandalizan cuando el Arzobispo predica los deberes de la tierra; y llaman comunista a su predicación, porque les está exigiendo justicia social a los cristianos; y llaman que ya se está metiendo en política, cuando reclama los deberes cristianos del político, del gobernante, del guardia nacional, de los cuerpos de seguridad. Si son cristianos no deben de olvidar que existe una sanción eterna y a los jueces que se dejan sobornar; y a todos aquellos que quieren jugar con las leyes del estado y de la tierra, el sentido escatológico de mi religión les recuerda: vendrá el juez, aquel que no se deja sobornar; aquel que sacará a la luz el atropello de todas las ilegalidades que se hicieron en el país. Predicar esto, hermanos, es ponerse en la situación de Cristo que quiere..., que quiere de verdad un cristianismo auténtico, integral. Es muy bonito vivir una piedad de sólo cantos y rezos, de sólo meditaciones espirituales, de solo contemplación, ya llegará eso en la hora del cielo donde no habrá injusticias, donde el pecado no sea una realidad que los cristianos tenemos que destronar. Ahora, les decía Cristo a los apóstoles, contemplativos en el Tabor, queriendo quedarse allí para siempre: bajemos, hay que trabajar.

Por eso dice el Concilio, *Gaudium et Spes*, n.º 39: «La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien, avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo». A esto estamos llamados, cristianos, a reflejar ya en la peregrinación de la tierra, a través de nuestro sentir y de nuestro vivir escatológico, reflejar -miren qué bonito- reflejar como la aurora que no es todavía el sol, pero ya refleja al sol que viene. La vida cristiana debía ser como aurora del siglo nuevo. La vida cristiana llena de esperanza, llena de fe, llena de santidad, debía de reflejar a los hombres de la historia que no todo se termina en esta tierra, que hay un Reino de Dios hacia el cual caminamos y seremos felices, donde habrá justicia y amor consumados, sin peligros de profanación; pero mientras tanto no somos más que un vislumbre, una aurora, un anuncio.

El cristiano que no anuncia este sol que viene, no es auténtico cristiano. El cristiano que ofrece una redención, una liberación política, económica (solamente de la tierra) y se olvida

de anunciar estos grandes valores de la eternidad, no está dando a los hombres la verdadera liberación. Por eso dije en mi carta pastoral que la Iglesia apoya el esfuerzo liberador de todas las organizaciones, mientras esos esfuerzos son justos. Pero no se identifica con esas organizaciones, sino que les da a las organizaciones y a los hombres que trabajan por lo justo, un ámbito más amplio. La verdadera liberación, la meta de la verdadera libertad. [314]

Pablo VI, que ilumina mi pensamiento continuamente en estos aspectos, hombre que supo comprender su tiempo y no traicionó nunca su eternidad, viene diciendo que si un cristiano, incorporándose por ejemplo, a alguna agrupación política popular o un sacerdote o un obispo traicionara esa liberación eterna y no anunciara la liberación del pecado y la auténtica liberación que Cristo ha traído al mundo; y únicamente circunscribiera sus esfuerzos liberadores a las cosas políticas o sociales o económicas de la tierra, está mutilando, no está dando la verdadera fuerza que la liberación cristiana anuncia a los hombres. Compréndanlo hermanos, compréndanlo sobre todo ustedes, queridos cristianos, que pertenecen a agrupaciones políticas-populares. No vendan su fe y su esperanza eterna por intereses inmediatos. Y óiganlo bien los que me detractan, que yo no estoy predicando una liberación de revolución que jamás he predicado la violencia, al contrario, que he descrito en mi Carta pastoral que detesto la violencia cuando se hace con una mística como si fuera el único medio para arreglar las cosas.

Yo abogo por la idea cristiana de la paz y les digo a todos los que trabajan por la liberación de la tierra; los que buscan en esta temporada de las cortas de café y de la caña y de algodón mejores sueldos, un trato mejor para los trabajadores: eso está muy bien, pero no concreten solo en eso el esfuerzo, incorporen ese esfuerzo y también incorporen esa aflicción de nuestro pueblo que ahora sale de sus casitas, de sus cantones, casi en una dolorosa emigración para las fincas a buscar el único ingreso del año y no encuentra trabajo; y encuentran atropellos y encuentra que le hace trampa y encuentran que le roban, que lo engañan a él, al miserable. ¿Cómo va a haber un sentido de justicia eterna en esas relaciones? Pues a unos y a otros les digo: acuérdense de lo eterno.

Entonces dice el Concilio: «Por eso, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo; sin embargo, el progreso temporal en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios». Los cristianos no somos retrógrados, sabemos como dijo el Señor Presidente también, que los países tienen que progresar. Pero quisiéramos decirle que no basta el progreso del país, que es necesario que ese progreso se base sobre cimientos de justicia, porque si no, la seguridad nacional solamente será seguridad para aquellos que enriquecen y el progreso beneficiará siempre a una minoría. El progreso tiene que beneficiar a todos y para eso se necesita -como él mismo lo ha señalado ante aquellos reaccionarios que no quieren admitir reformas sociales- que las leyes, el poder moral del Estado no sólo reprima como si fuera objeto de represión, y confundir con terrorismo también los esfuerzos justos de los campesinos y de los necesitados. También hay que reprimir, y con fuerza, esas fuerzas reaccionarias que no admiten los cambios sociales, la transformaciones de nuestra sociedad. [315]

El progreso lo amamos, pero no simplemente por ser progreso, sino cuando el progreso de verdad no solamente sea seguridad nacional para unos pocos y miseria creciente para la mayoría. Que sea progreso de verdad, pero que a través de leyes justas llegue como un beneficio para todos los necesitados, ya que a todos los salvadoreños les ha dado el Señor las riquezas de nuestra tierra.

Por eso, dice el Concilio -una cosa muy hermosa, queridos cristianos- para que no nos cansemos nunca de hacer el bien: estamos en la espera, pero que no sea holgazanería. Una espera activa y entonces los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el Reino Eterno y Universal. Reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia, reino de justicia, de amor y paz.

¡Qué bella esperanza! De modo de lo que ahora trabajemos, aun cuando ahora nuestra predicación, contracorriente, parece como arar en el mar, sabemos que la vamos a encontrar produciendo muchos frutos de conversión, de santidad, y sobre todo, espero de veras con la alegría de un cristiano, que todos ustedes que compaginan y se solidarizan con esta doctrina de la Iglesia que no es mía, sino de la Iglesia actual, sigan trabajando por la verdadera dignidad humana, sigan siendo valientes en predicar la doctrina de Cristo no tengan miedo a las denuncias del pecado en el mundo, encarnen la religión en las realidades de nuestra historia; porque después de haberlo encarnado y trabajado en nuestro mundo, está la promesa de Cristo: lo encontraremos.

Me imagino yo, como cuando se saca de una mina las vetas de oro, vienen revueltas con tierra, pero un proceso químico bota la escoria y va quedando el oro puro. Dichoso aquél de que su vida ha hecho una mina de trabajo, no importa que ahora se mezcle entre las maldades de la tierra. Y el Concilio nos recuerda que el pecado está trabajando también. El Reino de Satanás también es una espera, porque también han de resucitar los emisarios del diablo, que los hay muchos entre nosotros. Están esperando el reino definitivo, resucitarán para ignominia, porque el progreso del mundo -dice el Concilio- hoy se ve afeado por el pecado de los hombres. De allí que el progreso del mundo no se identifica con el Reino de Dios, porque el progreso puede ser egoísmo como lo acabo de decir. El progreso, la seguridad nacional, puede ser, beneficiar solamente a unos y eso es el pecado. Entonces, el progreso verdadero no se identifica con el Reino de Dios. Es ambivalente el progreso, mucho cuidado. Cuando adquiera en un puesto un cargo con mayor sueldo, denle gracias a Dios, pero tengan mucho miedo. Cuando vayan progresando socialmente, políticamente, [316] económicamente, denle gracias a Dios; pero mucho cuidado, porque ese progreso es ambivalente, es decir, vale para el bien y vale para el mal.

El destino del hombre al ser puesto en esta tierra como el Señor, al que los dejó con cinco talentos, con dos talentos, no hay dos hombres iguales. La Iglesia no predica una igualdad absoluta, lo que predica es una justicia entre las desigualdades, un amor fraterno, como no hay dos hermanos iguales; pero cuando se aman, como comparten fraternalmente las preocupaciones, los haberes y también sus aflicciones. Así también, dice el Concilio recordando una frase de la Carta de San Pablo a los Romanos, ustedes que viven en el

mundo, empujando al mundo hacia el progreso, no se conformen a la figura de este mundo, es decir, a la vanidad, a la malicia que transforma en instrumento de pecado la actividad humana que Dios ha querido ordenar al servicio de Dios y al amor de los hombres; para eso trabajamos. Entre nosotros hay muchos esfuerzos, bendito sea Dios, de este trabajo de promoción, de hacer progresar al hombre. En estos días he asistido a academias de costura, de confección. Hoy he recibido a la entrada de la Iglesia un precioso navideño recuerdo hecho en Chalatenango, en La Palma, donde la Semilla de Dios es un testimonio de este progreso. Ojalá se mantengan siempre muy cristianas estas cosas. Y yo les he dicho siempre en estas ocasiones, la Iglesia no promueve academias de costuras o talleres, etc., sólo por hacer progresar materialmente a la gente, quiere poner en el corazón la verdadera sabiduría, un espíritu, una mística para decirle que el progreso no se debe confundir con el Reino de Dios pero ayuda al Reino de Dios.

¿Somos de verdad la comunidad que espera activa? Analicen ustedes mismos, hermanos, en estos hechos de la semana.

HECHOS DE LA SEMANA

Pasado mañana en San Miguel es el día de la Virgen de la Paz, un saludo cariñoso a la Madre de todos los salvadoreños, ya que en 1966, precisamente el 21 de noviembre, el Papa Pablo VI la proclamó patrona de todo el país. Si no tengo dificultades, pienso ir a visitar el lunes 20, mañana, hacia el medio día.

También es una comunidad que se alegra, aquí en la Arquidiócesis, de encontrar sintonía con el pensamiento del Papa actual. Volvió a pedir lo que ya dijo en su homilía de inauguración: «que se abran los sistemas económicos y políticos a Cristo». Lo que les acabo de estar diciendo. Los sistemas tienen miedo -dice el Papa- hay temor al hombre y a su libertad responsable, temor que suele agravar el nexo entre la violencia y la represión. [317]

¿Quién no encuentra aquí una sintonía del Papa con lo que su pobre Arzobispo les está predicando? NO basta la represión, no hay que tener tanta desconfianza de la libertad responsable de los hombres, hay que abrir las puertas a Cristo y a una mayor participación de todos los salvadoreños al bien común de la nación.

Exhortó el Papa a defender los Derechos Humanos como la gran tarea de nuestro tiempo. Yo quiero agradecer al Señor Napoleón Navarro Oviedo la feliz ocurrencia de aumentar en afiches que se pueden poner en las puertas, una noticia de la Prensa Gráfica, donde el Papa se refiere a esto, dice el Papa: «no podemos considerar al hombre al servicio del sistema, sino que el sistema debe estar al servicio del hombre. Es necesario por consiguiente que cada cual se defienda del endurecimiento del sistema». Van a decir que el Papa es subversivo y de veras lo es. En un ambiente donde el sistema quiere jugar con los hombres, el Papa les dice a los hombres: no, no es el hombre para el sistema, sino el sistema al servicio del hombre. Y aclaró que se refería a sistemas sociales políticos y

culturales. Su discurso fue interrumpido varias veces por aplausos, ¿será que los busca para su vanidad?, ¿o será que el pueblo siente la sintonía del pensamiento de la Iglesia cuando aplaude a un orador sagrado como al Papa en esta ocasión?

También exhortó al ecumenismo como una necesidad pastoral y espiritual. Y yo quiero decirles con alegría también, ya que hemos platicado con los hermanos evangélicos y tendremos pronto una convivencia para planear y trabajar en este sentido de un ecumenismo auténtico. Les suplico sus oraciones, porque se trata de una fuerza que sólo Dios puede dar.

Una alegría muy grande también, fue el telegrama que me enviaron los sacerdotes que hicieron ejercicios espirituales, dice: «Treinta y un sacerdotes reunidos en retiro como fruto práctico de detenida reflexión sobre identidad sacerdotal, queremos reiterarle nuestra comunión con usted, con su labor pastoral y con su palabra, conscientes de que nuestro sacerdocio sólo tiene sentido cuando hay comunión con el Obispo». Bendito sea Dios, yo les agradezco y quisiera que todos pidieran de veras si quieren ser cristianos, estar en comunión, más confianza con su pastor.

También he tenido la alegría de participar en reuniones vicariales, donde los sacerdotes y las fuerzas vivas de la pastoral se reúnen en sectores de nuestra Diócesis, por ejemplo, en Mejicanos, ayer en Chalatenango, donde se hacía una evaluación bastante a fondo del trabajo de la Vicaría Episcopal que preside allá el P. Fabián Amaya, y donde participaron sacerdotes, religiosas y laicos; y donde se incorporó ya al equipo, el nuevo sacerdote Rafael Urrutia, donde ya estaba incorporado otro nuevo sacerdote el P. Héctor Figueroa, donde hay muchas esperanzas de veras, de una pastoral muy viva. [318]

Una nota quiero destacar y es que entre las fuerzas vivas se presentó en Chalatenango un Patronato Pro-seminario. Allá vamos a tener un gran sector del Seminario Menor y quiero unir esta idea con la que me encontré al entrar a Catedral. Un querido amigo del Club Serra, estaba pegando allá en la puerta, unos afiches que ustedes lo pueden ver al salir y donde la idea es esta: ¿cómo podemos hacer para que el Reino de Dios siga caminando en el mundo? Y contesta: momento de vocaciones sacerdotales, religiosas. El Club Serra, lo mismo que el Patronato Chalateco Pro-seminario, han puesto el dedo en la llaga. Eso es lo que más urge en nuestra Iglesia, que fomentemos las vocaciones sacerdotales y religiosas.

Hubo junta también del Senado, o sea la representatividad de los presbíteros en un grupo de sacerdotes que se llaman los senadores al que se unen también los vicarios. Tuvimos una reunión muy positiva, y un informe que yo les quiero darles que desde hace varios meses, este cuerpo de senadores, tomó a su cargo un encargo mío de hacer una encuesta de las relaciones entre los presbíteros y el Obispo. Ayer se hizo la recogida de la tabulación, después se va a hacer una interpretación sociológica, teológica y pastoral, y daremos a conocer a ustedes; pero les puedo adelantar que me ha llenado de mucho optimismo, que esta encuesta mayoritariamente es muy positiva y que estoy muy contento de que todos mis sacerdotes, por lo menos en su inmensa mayoría, están bien solidarios con la pastoral que va tratando de conducir humildemente el arzobispo de San Salvador.

También quiero felicitar a la vicaría de la Asunción, comprende todo ese sector de Flor Blanca, San José de la Montaña, colonia Escalón, San Benito, la Ceiba, dos iniciativas preciosas: un curso de teología, yo asistí a la clausura del primer ciclo, eran como 60 personas que han estado muy fieles a recibir instrucciones sobre dogmática, sobre moral, sobre pastoral, sobre documentos actuales de la Iglesia, y manifestaban su satisfacción de conocer lo que muchas veces ignorantemente se critica. Yo les supliqué que ellos, seglares que tienen acceso a esas categorías sociales y políticas, y dirigentes profesionales, conociendo la mente y el espíritu de la Iglesia, sean testimonio y no dejen que la pobre Iglesia sea tan calumniada, sobre todo tan ignorantemente calumniada.

Los seminaristas mayores también me han dado una gran satisfacción, a pesar de su vacación, se reunieron tres días de convivencia para reflexionar sobre temas de su vocación en la actualidad.

También me alegro anunciarles que en la Universidad José Simeón Cañas, desde el 15 de noviembre, se está llevando un mes de enseñanza teológica sobre temas actuales, principalmente de eclesiología. Si tienen oportunidad, yo les invito a estos cursos que son muy necesarios en nuestro tiempo. [319]

También una mirada a la parroquia de Cristo Redentor, en su sector El Carmen, donde me dieron la alegría de una reunión de varias comunidades para celebrar las confirmaciones de varios jóvenes.

En la parroquia La Luz, también una alegre promoción del 9.º grado en la escuela Madre Catarina Di Maggio y una promoción de la academia Madre Scaglietti, donde se ve pues que la Iglesia en su modestia, está trabajando en la promoción de nuestra gente pobre.

En Ilopango, también celebramos el día patronal de San Cristóbal con una confirmación de jóvenes y un diálogo muy interesante de los jóvenes con su obispo.

Y esta tarde a las cuatro, espero estar en la comunidad de Chiltiupán.

Hoy también los laicos han promovido una reunión de reflexión en el salón San José de la Montaña.

Quiero recordarles que, desde el 3 de diciembre, o sea dentro de quince días, entrará en vigencia la norma de no confirmar niños inconscientes. Si quieren estudiar a fondo el tema de la confirmación, les recomiendo la lectura de nuestra revista Búsqueda, toda ella dedicada al Sacramento de la Confirmación. Y próximamente, de mi parte también, publicaré una instrucción sobre los sacramentos, necesaria y obligatoria en nuestra Arquidiócesis.

Monseñor Obando, arzobispo de Nicaragua, por mi medio agradece a todos ustedes, en una carta del 13 de octubre, los generosos donativos que ya le fueron entregados. Puedo asegurarle Monseñor, dice, que sus palabras me han confortado en estos momentos difíciles que estamos viviendo. Por los periódicos nos hemos dado cuenta de la dificultad que están pasando nuestros hermanos nicaragüenses, muchos huéspedes en Honduras, muchos

también aquí entre nosotros. Yo les suplico que no cerremos la puerta de la caridad a esta situación y que hagamos mucha oración, porque parece que las mediaciones internacionales, no han funcionado en Nicaragua, ante el capricho de quien se empeña en no renunciar; y hay el peligro de una nueva guerra civil. Mucha oración pues, para que vuelva la paz y la tranquilidad a aquel país.

Hay un pronunciamiento, que les recomiendo lo estudien, de la Universidad José Simeón Cañas, sobre la situación de El Salvador y estoy muy de acuerdo en su serio análisis. No es la represión el remedio, ni siquiera suavizar la represión, sino una respuesta a las verdaderas causas del mal. Y hago mío el llamamiento de la UCA a las instituciones y a los hombres con vocación universitaria a buscar esas respuestas. [320]

He recibido también una carta de Arcatao y lo digo aquí porque es la comunidad cristiana que se han solidarizado con nuestro hermano Cecilio Ramírez, capturado en julio de 1977 en Honduras, donde había ido a buscar a su abuelito y después no se supo nada hasta que Reynaldo Cruz Menjívar lo mencionó en sus declaraciones como agonizando en la cárcel secreta de la Policía de Hacienda. La Comunidad de Arcatao reitera su petición de que sea puesto en libertad lo más pronto posible, si es que todavía vive o que sea puesto a la disposición de los tribunales.

También hermanos, quiero transmitirles el pensamiento de una maestra compañera de José René Franco y Carlos Zelaya Rosa, profesores, que murieron acribillados a balazos en San Miguel.

Lamentamos también desde esa comunidad, que tiene que vivir su mística de espera activa del testimonio al Evangelio, recordando que esta semana ha sido una semana de violencia: las FPL destruyen tres helicópteros en San Miguel. ERP toman varias radiodifusoras, desde donde se pública lo que el Gobierno no permitió como condición para liberar del secuestro al Señor Monedero. Asesinaron al detective Elpidio Aquiles Aguilar Chacón, no se ha aclarado el motivo ni se sabe tampoco quien se atribuye el asesinato.

Hubo un prolongado enfrentamiento armado en San Miguel, donde murieron tres que se dice que son guerrilleros. La versión es que también murieron agentes de seguridad.

Mataron a dos jóvenes en Cuscatancingo. FLP asesinó al juez de San José las Flores, José Arnulfo Vides. FPL hizo estallar bombas en un restaurante de San Salvador y en la Policía de Hacienda en Metapán.

ERP, también estalla bombas en la sub-estación de luz, provocando un apagón de varias horas en la zona occidental de San Salvador.

Quiero lamentar, también, y solidarizarme con los que sufren atropellos. El Arzobispo también se encuentra entre los atropellos por el Poder Ejecutivo, en el caso del cambio arbitrario e ilegal de los estatutos de Cáritas. En Cáritas no me interesa ninguna otra cosa, sino que me preocupa sentar un antecedente muy peligroso para la Iglesia de una indebida intromisión del poder civil en la ley de la Iglesia.

También lamentamos esa semana nuevos incendios: tipografía el Planeta, plantel, talleres y bodegas de la Alcaldía de San Salvador.

Problemas laborales que ya se han mencionado otras veces, también pido a Dios que se arreglen pronto esas situaciones. [321]

Sí quiero referirme al menor Julio César Velásquez, que a pesar de la petición de exhibición personal, no se ha resuelto. Es hijo de 17 años de Santos Velásquez asesinado por desconocidos y que era una persona que se preocupaba de la situación de miseria en las zonas marginales.

También me solidarizo con la Comisión de Derechos Humanos, que visitó en el hospital a Isabel Rodríguez Barrera y ha constatado que aunque no tiene causas judiciales, no se pone a la orden de ningún Tribunal y está vigilado estrictamente por cuerpos de seguridad.

Pero hay una nota de optimismo hermanos, el miércoles de esta semana fue aprobada la Ley de lo Contencioso Administrativo. Nuestro ministerio es también iluminar con alegría las esperanzas que puede haber en el pueblo. Ya tendremos entonces, en la Corte Suprema de Justicia un tribunal que dirimirá los litigios entre un funcionario de administración pública y otra autoridad o particular que reclama contra las resoluciones definitivas de la administración pública. Felicitamos a la Asamblea por ese esfuerzo de justicia, que ojalá no se vaya a frustrar con aquellos del famoso dicho: «Hecha la ley, hecha la trampa».

Y terminemos nuestra homilía para acercarnos ya al altar con el hermoso pensamiento de las lecturas de hoy que hemos titulado: Una comunidad en espera activa del retorno de Cristo. Ya vamos a decir en la Misa junto a la hostia consagrada: «Ven Señor Jesús». No olviden hermanos, que vivimos en verdad la espera de alguien que vive y que viene. No nos va engañar. Esta espera ha tomado en la Iglesia nombres muy preciosos, ya les describí la vez pasada la «parusía», nombre de origen griego que significa la presencia, la aparición de un gobernador, de un emperador que llega. Nosotros esperamos al gran emperador, Cristo Nuestro Señor.

También se le llama la epifanía, nombre también griego que representa la manifestación de Dios. Dios se va a hacer público, su imperio va a ser manifestado al mundo. Dichosos los que esperaron y vivieron activos en su espera.

También se le llama el Apocalipsis, nombre que tomó el último nombre de la Biblia. Apocalipsis es manifestación, revelación, por eso se describe con términos apocalípticos. No nos dejemos conducir de las figuras un poco imaginativas de la Biblia. Como cuando San Pablo habla que Cristo vendrá en las nubes y que nosotros le saldremos al encuentro. Son términos apocalípticos, lo que interesa en la realidad, que va a aparecer y que todos los que lo esperaron con una actividad cristiana, encontrarán en la recompensa, como lo ha dicho el Evangelio de hoy: «Bien siervo bueno, entra en el gozo de tu Señor». Que dichosa será aquella felicitación del Señor. [322]

Pero hermanos, esa escatología de la epifanía, de la parusía, del apocalipsis, hay que vivirla ya. Ya un día les expliqué que la escatología no es sólo esperar un futuro; hay una

escatología del presente, y si quieren tener ideas más claras de esto, lean el Evangelio de San Juan y las Cartas de San Juan: es el hombre que vivió mejor la escatología del futuro que ya en el presente. Les dije una vez que el cristiano es como un péndulo que vive estos dos términos: Ya, todavía no. Ese es el ritmo el cristiano. Ya, si estoy en gracia de Dios, ya estoy en el Reino de los Cielos. Si estoy esperando al Señor ya, ya vivo, dice el Concilio, el Reino de Dios ya está presente misteriosamente en la historia.

Ya está entre nosotros el Reino de Dios, lo dijo Cristo: el Reino de Dios está en vuestro corazón. Entremos al corazón y vivamos ya, ahora, este mismo domingo. Convirtámonos, vivamos la alegría de la escatología. Cristo ya inició la escatología desde que resucitó de entre los muertos. Ya puso él la esperanza que le dijo a Marta ante el muerto Lázaro: «El que cree en mí, aunque muera vivirá». Ya vive, Cristo está vivo y esto es lo hermoso de nuestro domingo, venir a misa el domingo es venir al encuentro con el Señor.

Un día ya no será en las manos de un pobre sacerdote la hostia consagrada, ya no necesitaremos misas... [323]

Su Reino no tendrá fin
Cristo Rey
Domingo 26 de noviembre de 1978

Ezequiel: 34, 11-12

Corintios: 15, 20-26a, 28
Mateo: 25, 31-46

Queridos Hermanos:

Estamos al fin del año litúrgico y este último domingo, la liturgia lo consagra a Cristo Rey. Esta fiesta de Cristo Rey que antes se celebraba el último domingo de octubre, hoy en una forma más lógica se ha dejado como una bellísima corona para todo el año eclesial. Ese misterio de Cristo que se ha ido desplegando desde Adviento, que nos preparó para recibir al Niño Dios, y ese Niño Dios que crece y luego se nos presenta adorado por los magos en la Epifanía; y crece hasta la edad de un hombre que puede cargar sobre sus espaldas una cruz, toda la Cuaresma, llamando a la humanidad a sentirse solidaria con él para ser redimida; muere en una cruz y resucita. Y la Pascua, que llenó cincuenta días de nuestro calendario litúrgico, es el sol que ilumina toda la liturgia de la Iglesia.

Los domingos venimos a misa en una pequeña pascua. Cada domingo es pascua. Cada domingo es el encuentro con el viviente eterno. Él [324] dijo que convenía que se fuera, porque su presencia física en el mundo ya era un pequeño estorbo, en cambio, sentado a la diestra del Padre -expresión bíblica para decir: participando del poder y de la gloria de Dios- envía desde el cielo su espíritu. Celebramos Pentecostés, la venida del Espíritu Santo. Es el espíritu de la redención, es el espíritu del arrepentimiento de los pecados; es el espíritu heroico de mártires y de cristianos, de religiosos, sacerdotes; de todo ese pueblo que se llama el pueblo de Dios. Alimentando con el espíritu de Dios. Es presencia de Cristo

vivo, viviente, resucitado, anunciando esperanzas a la humanidad. Fueron los largos domingos que culminan con este último.

Ese misterio con Cristo, pues, que lo empapa todo en el año, hoy como que se resume y se resalta en una figura que bien se llama así: Cristo Rey.

Es hermoso como ese Cristo, Rey inmortal de los siglos, vive en la historia concreta de cada pueblo. Yo me alegro de encontrar el pensamiento de ese Cristo encarnándose en nuestros días en la homilía del Papa, cuando tomó posesión de Letrán y se presentó a Roma como el obispo de Roma. Recordó él la larga historia de Roma que se remonta hasta los orígenes del cristianismo; recordó el origen de esa Basílica de San Juan de Letrán dedicada al precursor San Juan, para decir toda esa historia, todo eso antiguo, todo eso bíblico; no es un museo, sino que es viviente. Y el nuevo obispo de Roma viene a enmarcarse a esa tradición larguísima, pero para ser el hombre de hoy. Y así les dijo: «En el marco de este maravilloso encuentro de lo antiguo con lo nuevo, hoy como nuevo obispo de Roma, deseo dar comienzo a mi ministerio para que con el pueblo de Dios, de esta ciudad y de esta Diócesis, que por la misión de Pedro ha llegado a ser la primera en la gran familia de la Iglesia, es la familia de las Diócesis hermanas».

Y mencionando hechos concretos que le tocan vivirlos a él, hombre de 1978; aunque encadenado a una historia de siglos que lo remonta hasta San Juan Bautista, decía él: «Con cuánto agradecimiento he seguido estos últimos días los muchos episodios, la televisión me los ha hecho cercanos -Juan Bautista, Pedro de Galilea no conocieron la televisión, el nuevo Papa sí es hombre de televisión, pero el espíritu de Pedro y de Juan y de los antiguos está aquí en el hombre que hoy mira televisión y que en esa televisión ve los acontecimientos históricos de la semana, del día.- En esos acontecimientos he visto como, a consecuencia de falta de personal en los hospitales, muchos se ofrecieron voluntarios, adultos y jóvenes en especial, para servir con generosidad a los enfermos. Hechos de la semana que él está viviendo, y tiene su valor la búsqueda de la justicia en la vida profesional, tanto más tanto más atento debe estar al amor social; por tanto, deseo para esta nueva Diócesis mía, para Roma, este amor que [325] Cristo ha querido para sus discípulos. El amor construye. Sólo el amor construye».

Digo que para mí es una satisfacción ver esa sintonía de lo que he querido ser en mi pequeñez, también, para la querida Arquidiócesis. Yo también me siento ligado a mis antecesores, Monseñor Chávez, a Mons. Belloso, a Mons. Pérez y Aguilar, y no necesito que me vengan a comparar quién será mejor que yo. Lo que necesito es quien me ayude a vivir este momento presente. La Iglesia no es recuerdos, no es espejo retrovisor nada más. La Iglesia va caminando hacia adelante y necesita también perspectivas nuevas.

Demos gracias que toda una tradición nos ha traído a este momento en que hay fe en el pueblo. ¡Bendito, sean nuestros antecesores!, pero sepamos ser hombres del momento y sepamos reflexionar en lo de la semana, en lo del momento. Es que a muchos les interesa que no se ponga el dedo en la llaga, que no se mire lo presente; y así quisieran vivir de museos, de recuerdos, de comparaciones con obispos antiguos. El Papa habla pues, de su momento y yo quiero hablar cada semana el momento que nos toca vivir.

Por eso, queridos hermanos, en esta última semana del Año Litúrgico -yo no puedo apartarme de la realidad actual- esta fiesta de Cristo Rey evoca un hermoso recuerdo sacerdotal: ¿cuántos sacerdotes se ordenaron en las fiestas de Cristo Rey del último domingo de octubre que hoy se pasa esta fecha. Nada menos ayer platicaba con un joven salesiano que me decía: somos tres ordenados en Cristo Rey, Héctor Joaquín Mejía, Germán Escamilla, Napoleón Mejía. Podemos mencionar aquí, cuántos recuerdos del Cristo Rey que ha vivido en nuestro pueblo en comunidades, en organizaciones de hombres que lo aman al Señor.

En esta semana también, yo quiero recordar dándole gracias a Dios, la vida religiosa. Hablaba de los salesianos y es porque precisamente esta semana han estado muy numerosos venidos de toda Centro América en Ayagualo. Los saludo y les agradezco todo el bien que hacen a nuestro pueblo. Que el espíritu de Don Bosco siga haciendo tanto bien entre nuestra juventud y entre nuestras familias.

También tuve el gusto de saludar a la Madre Superiora General de las Pasionistas, que dirigen aquí los colegios de la Divina Providencia, el Santa Gema de Santiago de María y nos ayudan en la pastoral directa, allí en el pueblo de San José Villanueva, donde hoy debían estar celebrando su fiesta patronal, pero por haber sido víctimas de un robo sacrílego, se ha suspendido. Y con un sentido de pastoral, las hermanas y el párroco han organizado más bien actos de desagravio y de protesta, porque este latrocinio parece que es algo más que un simple latrocinio. [326]

También me alegro con ustedes los laicos. El domingo pasado tuvimos una convivencia de representación de laicos. Y yo les decía que lo más grandioso de la Iglesia son ustedes: los que no son sacerdotes ni religiosas, sino que en la entraña del mundo, en el matrimonio, en la profesión, en el negocio, en el mercado, en el jornal de cada día, ustedes son los que están llevando el mundo y de ustedes depende el santificarlo según Dios. Gracias al Señor que este espíritu de santidad laical va despertando cada día más en la conciencia de nuestros seglares.

También en el mundo seglar, saludamos a la Ultrella Nacional de Cursillos de Cristiandad que se está celebrando en Guatemala. Una gran representación de nuestra Arquidiócesis llevó mi mensaje para decirle a Cursillos de Cristiandad que no queremos de ellos metodologías o religiosidades alienantes, desencarnadas, sino que queremos que ese el método maravilloso de promover el cristianismo en el hombre de hoy, que se llama Cursillo de Cristiandad, haga de verdad los hombres nuevos que necesita el continente latinoamericano para transformar nuestra sociedad, de pagana en cristiana. Deseamos que sea un éxito esa Ultrella donde se reunirán cursillistas no sólo de Guatemala, sino también de otros países centroamericanos.

Y también en este sentido les anuncio ya desde ahora, que el domingo 17 de diciembre, los laicos van a promover una convivencia de comunidades eclesiales de base y movimientos laicales. Hay muchos en nuestra Diócesis. Y yo les invito a todos aquellos que no pertenecen a movimientos o a una Comunidad de Base, que traten de conocerla y de vivirla, porque el cristianismo se vive así, en comunidad, una amistad que se llama comunidad cristiana.

Visitando las comunidades esta semana también, llevé el saludo filial de la Arquidiócesis a la Reina de la Paz, el lunes 20. Quise hacer una misa muy íntima y privada a los pies de la Virgen, me acompañó Mons. Rivera; y las dos diócesis allá representadas por sus obispos, creemos que le hemos rendido un homenaje filial, verdaderamente sincero a la Virgen patrona de El Salvador.

El domingo pasado estuve en Chiltiupán. Quiero felicitar a las hermanas dominicanas y al padre Benjamín Rodríguez, porque aquél lugar tan pintoresco (que yo creo que muchos de ustedes no conocen, un verdadero mirador a los horizontes del mar), más que todo vale por el espíritu religioso y comunitario que la Pastoral está sembrando allá.

He participado también en los proyectos, en los estudios pastorales de la Vicaría de Soyapango. [327]

Y ayer, una alegría muy íntima en el cantón María Auxiliadora de la parroquia de Tenancingo, para confirmar jóvenes. Yo quiero destacar el sentido de los niños. Una niña me dice en su discurso al llegar: «Permítanos que los niños y los jóvenes lo saludemos como a un buen amigo». Les dije: «No me han dicho una palabra más bella, quiero ser el amigo de ustedes y me duele que en estas regiones haya quienes envenenen el alma sembrando y desfigurado la figura del Obispo». Me dijeron: «Escúchanos sus homilías y hemos ofrecido varias flores espirituales, preparando su visita, como actos de obediencia y trabajo». Las catequistas me informaron de su trabajo y las animo a que sigan adelante.

También otro gusto de esos que llegan muy hondo en el corazón, la carta de los niños del cantón El Rosario, Dulce Nombre de María, para decirme que ya está libre su maestro que se habían llevado preso. Y en su carta dice: «Bendito sea Dios que ya salió nuestro maestro y nos pudimos examinar los finales. Pedimos a las madres religiosas que nos ayudaran a darle gracias a Dios».

En la parroquia San Marcos, esta tarde a las 5:00, tendremos una hermosa ceremonia de confirmación de jóvenes.

También quiero referirme, no sólo a cosas agradables, sino desagradables, el incidente que todos conocen en la iglesia del Rosario con los músicos de la Sinfónica. Yo creo que todo fue una falta de comunicación. El responsable de organizar estas cosas debe de estar más enterado en el momento en que se va a celebrar, para no pasar desapercibido o confundido algo que puede traer alguna trascendencia. De todos modos, de parte de la Iglesia, por esta falta de comunicación, yo les quiero pedir perdón a los queridos amigos filarmónicos.

También cosas tristes, lo que ya dije de San José Villanueva, robo sacrílego, se ha perpetrado también en Talnique, en Tamanique y el Párroco de Panchimalco también me dice que por no preocuparme más no me lo había dicho, pero que ha habido también allá un robo. También de Tenancingo tengo noticias de que ha habido atropellos de la propiedad de la Iglesia.

Pero lo más grave, hermanos, quiero que se fijen. En San Martín no solamente robaron los vasos sagrados, sino que se robaron el Santísimo, no encontramos las hostias consagradas. Esto duele, porque el que tiene fe sabe que en la hostia consagrada está presente el Señor. Ojalá que esta voz llegue a quienes perpetraron un sacrilegio más horrendo, y se trata de la presencia eucarística del Señor. Que lo respeten, que lo devuelvan a la adoración de su pueblo. Y para que todos participemos en un desagravio a la presencia del Señor, se ha organizado para el próximo sábado 2 de diciembre, a las 7:00 de la noche, un acto eucarístico en la iglesia de [328] San Martín. Allá estaremos y ojalá que el mayor número de fieles que amen al Santísimo Sacramento se encuentren allá. Ojalá para entonces podamos dar noticias de que han aparecido las hostias.

La promoción cristiana entre nosotros va a tener esta semana manifestaciones muy bonitas como es la de Fe y Alegría, el próximo sábado; y la corte y confección en Mercedes Umaña donde han tenido la bondad de invitarme.

Quiero agradecer también los comentarios que se están haciendo a la carta pastoral, por parte de la Revista Justicia y Paz que, en este número, comenta la violencia. Está a la venta y lo pueden tener como un comentario que trata de hacer muy sencilla la doctrina.

También trata de popularizar, de divulgar esta doctrina, una serie de cuadernos de la colección popular El Guanaquito, de UCA, que en seis números va a presentar mi carta pastoral al alcance sencillo del pueblo campesino. Les agradezco, ha sido un esfuerzo muy bello de que una doctrina que interesa a los campesinos, se trate de asimilársela lo más posible. Pueden conseguir también estos cuadernos en la UCA.

Quiero pedir una oración también, en esta comunidad de hoy, por el eterno descanso de doña Aminta de Osegueda, esposa de un gran amigo y periodista, director del Diario de Oriente de San Miguel, ya fallecido también.

También prometí a la mamá de Marisela Guadalupe González Flores, que iba a cumplir 15 años y se ahogó en las playas de San Diego, una oración pues, para que sus 15 años que ha celebrado en la eternidad, sean también consuelo para la familia que la llora.

Quiero mencionar también hermanos, en este marco de la comunión de nuestra Iglesia, un sincero agradecimiento al Reino Unido de Inglaterra, que ha tenido ese gesto, para mí verdaderamente sorprendente, de postular mi pobre nombre para el Premio Nobel de la Paz. Han llegado muchas felicitaciones y quiero hacer, pues, a todas estas personas, una manifestación sincera de gratitud. Entre las felicitaciones, quiero decirles un pensamiento de la del Colegio de Profesionales de las Ciencias Jurídicas, que dicen entre otras cosas, que esta postulación es un aval de parte de las autoridades y gremios auténticamente representativos del pueblo inglés, y que ella sola ya es una respuesta de la opinión pública internacional a los detractores de la línea del Arzobispado. Así lo veo hermanos, como un apoyo que yo agradezco profundamente y quiero aclarar para algunas personas que lo confunden, no se trata del Premio Nobel, simplemente es una postulación, una candidatura. Yo sé que eso es muy difícil, llegar a tener el Premio Nobel; y quiero que sepan que yo soy el primero en [329] comprender que hay otras personas que lo merecen mucho más que yo y que estaré muy alegre si al llegar la adjudicación del premio, no se tiene en cuenta esta

postulación de Inglaterra, sino que se dará según justicia al que honor merece y me rendiré con cariño, como candidato del Premio Nobel, al que tenga el honor de merecerlo... (aplausos).

¡Qué más quiero que ese aplauso de ustedes!, ni tampoco es porque el aplauso sea una profanación del templo, sino porque es una expresión libre y espontánea de un pueblo que siente lo que no puede decir con los labios, lo dice en esa forma simpática. Yo pues, quiero agradecer porque todo esto significa que la línea pastoral y evangélica a la que trato de ser fiel, no es una locura ni es una subversión sino que simplemente es la humilde fidelidad al mandato del Señor que ahora vamos a reflexionar.

También como solidaridad del extranjero, quiero anunciarles muchas cartas y cablegramas y diversas formas que llegan de Amnistía Internacional, refiriéndose a nuestra situación y apoyándonos en todo esto. En estos días se han recibido 92 aerogramas, 38 cartas, en todas ellas tratan contra ORDEN y contra su hacer que atropella al campesinado. Son cartas en favor de los Derechos Humanos, especialmente entre los pueblos de San Pedro Perulapán y Cinquera, en favor de la libertad de los presos políticos; también sintiendo el dolor de nuestro pueblo por su desnutrición infantil. Solidarios también, con las luchas reivindicativas de las organizaciones de nuestro pueblo; denuncian capturas concretas completas, hasta de un sacerdote viene, que trabaja en medio de médicos, abogados y miembros de la Acción Cristiana que se pronuncian contra la tortura. Todas estas cartas que están en nuestro archivo, son verdadero respaldo, pues, de que la línea de la Iglesia por los Derechos Humanos es legítima, es sensible en el mundo entero.

Quiero alegrarme también con la solidaridad que manifestó la Primera Asamblea de las Iglesias de América Latina -Iglesias protestantes reunidas en Oaxtepec, México- que en una carta muy bonita dirigida al CELAM, se solidarizan con esta línea liberadora del Evangelio. Dicen: «Nuestro continente -son palabras del mensaje- necesita desesperadamente del mensaje liberador del Evangelio. La defensa de la vida, el ministerio a los quebrantados, la lucha por la justicia, la afirmación de la dignidad del hombre, la proclamación encarnada y la esperanza del reino son dimensiones esenciales de las buenas nuevas que estamos llamados a proclamar». Yo me alegro porque el protestantismo, que aquí entre nosotros también tiene una rama que simpatiza mucho con nuestra Iglesia, debe de comprender de no dejarse engañar e instrumentalizar el Evangelio al servicio de la política, sino al servicio de lo que el Señor quiere, como lo acaban de decir los protestantes de Oaxtepec. [330]

Se recibió también -con profunda alegría lo digo- una carta de una religiosa contemplativa que ofrece todo su sacrificio, toda su santidad, por nuestra Arquidiócesis.

Y en esta línea de revisión de nuestra semana, desde el punto de vista religioso, todos hemos estado consternados por ese suicidio en masa, que ya cuenta más de 800 muertos para decir, hermanos, un alerta contra la ignorancia religiosa. Estudiemos nuestra religión. Hoy hay una especie de euforia de sectas, allá andan los gnósticos, por allá andan también aquéllos -ni sé como se llaman, pero con unos vestidos muy raros, un corte de pelo también bien estrambótico- todas estas cosas, ¿adónde nos llevan? Miren que la libertad de creer es un derecho humano. La libertad de creer, y el Concilio Vaticano II tiene un documento sobre la libertad de creer; pero dijo el Osservatore Romano, periódico oficioso de la Santa

Sede, la libertad de creer no exige al hombre de la obligación de buscar la verdad y de aceptar humildemente la fe. La fe cristiana que Dios nos ha revelado, cuando se llega a descubrir, el hombre libremente la acepta. Ninguno de los que hoy llenan la Catedral está aquí a la fuerza, esta es la verdadera libertad, libertad de creer, libertad para ir a profesar la verdad que se encontró, la verdad de nuestra fe. Una libertad que lleva a aberraciones tan espantosas como ese suicido en masa, ¿cómo va a ser la verdad?

Es así hermanos, como vamos ahora a analizar este Año Litúrgico que termina en la última página también del Evangelio de San Mateo. No es la última página del Evangelio, sino el último discurso de Cristo, el discurso escatológico. Como que San Mateo, organizando su Evangelio, nos ofrece hoy el resumen más bello, lo más esencial del mensaje que Cristo quiere dejar a los hombres. La escena del juicio universal no debemos de confundirla como que sí, así va a ser al pie de la letra. Se trata de una reflexión eclesial para presentar en una forma que gane nuestra fantasía, el mensaje de lo esencial del cristianismo.

Por eso, en esta fiesta de Cristo Rey, a la luz de las lecturas, yo podría presentar la homilía con este tema: Su reino no tendrá fin, como decimos en el credo. Y hoy meditemos en esa palabra: su reino no tendrá fin, que yo les desgloso en estos tres pensamientos sacados de las tres lecturas:

¿Por qué no tendrá fin el Reino de Cristo?

1.º) Porque Dios es su fundamento. De Dios arranca y hacia Dios va y se realiza en la voluntad de Dios.

2.º) ¿Por qué no tiene fin el Reino de Cristo?, porque su ley es el amor. Y nos acaba de decir el Papa: sólo el amor construye. Todo reino que se [331] funde en represión, en violencias, en odios, no puede persistir. Su reino es del amor y por eso será un reino eterno.

3.º) ¿Por qué el Reino de Cristo ese reino sin fin?, porque su rey es Jesucristo, el eterno viviente.

Digamos, aunque sea, unos cuantos pensamientos que ahora se me agolpan en la mente, porque lo más bello de este momento de reflexión, es esto, meternos de lleno en la palabra de Dios, implicado sí en nuestra historia sin olvidar que tenemos los pies en la tierra y que vamos caminando aquí en El Salvador con estas historias concretas, pero nos metemos de lleno a este Reino de Dios, aquí salvadoreños de nuestro tiempo para que nos ilumine...

Dije en primer lugar, que es un reino que tiene en Dios su fundamento, su origen. En el Evangelio de hoy cuando Cristo llama a los bienaventurados, les dice esta palabra: «Venid Benditos a poseer el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo». No es un reino improvisado. Miren como la historia comienza por una voluntad de Dios. La historia, si es cierto que los hombres tenemos mucha participación en ella, Dios es el Señor de la historia. La historia arrancó de la voluntad de Dios. La creación fue el primer gesto de Dios, no existía nada, y cuando comenzó a existir, ya tuvo en su mente un reino suyo. Los príncipes de esta creación, los hombres, van a llegar a desembocar en el Reino de la

salvación, en el reino de la gloria; por eso es eterno el Reino de Cristo, porque no ha sido inventado por los hombres sino en la mente de Dios tuvo su origen. Y cuando la segunda lectura de hoy nos dice que Cristo, como un rey que ha conquistado todo bajo su manto, le va a decir al Padre Eterno la bella palabra, la satisfacción suprema del hombre que a cumplido el deber como lo dijo en la cruz «consumatum est» -todo se ha cumplido-, al fin de los tiempos, me imagino a Cristo, rey universal de las cosas conquistadas por la redención: misión cumplida.

Y dice San Pablo: «Entregará su reino al Padre para que Dios sea en todo, en todos». ¿No les parece hermanos que será una gloria muy hermosa, yo creatura de este reino de la creación ser un átomo siquiera en aquel reino que Cristo entregará al Padre y que no perecerá nunca? ¿Quién está solo en la historia?, ¿quién es un átomo que se pierde en la distancia? Todo está previsto, hasta el niño más chiquito, hasta el campesino cortador de café que no encuentra el aprecio de sus hermanos, hasta el más chiquito encontrará su puesto en este reino que el Cristo entregará al Padre y será todo en todos, sin excepción. ¿Quién será grande en ese reino de los cielos? El que se haya llenado más de Cristo.

Si Dios es el origen de este reino y por eso no tendrá fin, Dios es la meta. Dios es la meta. Cuando el Cristo entregue este reino al Padre, [332] comprendemos entonces, ya desde ahora, que sólo Dios es lo absoluto y que todo lo demás es relativo. No se olviden de esta palabra, sólo Dios es el absoluto, sólo Dios abarca la historia desde el principio hasta el fin; y antes del principio ya vivía y después del fin seguirá viviendo. La historia no es más que un pequeño episodio como que Dios está jugando. Cuando termine la historia y Cristo le entregue la historia al Padre, seguirá viviendo este reino como un adorno, como un vestido, como un palacio, como un templo de Dios eternamente. Somos piedras vivas -decía San Pedro- edificando ese reino eterno de Dios.

En la primera lectura de hoy, aparece como Dios es celoso de esa propiedad de su reino. Yo mismo, al mirar la triste figura de los malos pastores que no saben interpretar la voluntad de Dios para conducirlo a su pueblo; pastores que se apacientan así mismo y no a su rebaño; gobernantes y pastores del reino civil y del reino eclesiástico que hacen consistir el reino en una egolatría. No es eso lo que Dios quiere. Y entonces, ese pueblo castigado por la mala conducción de los pastores, «volverá» del destierro -dice Dios-, y yo mismo voy a recoger las ovejas que se dispersaron en la tormenta, las voy a cuidar y las voy a entregar a mi hijo el Mesías.

Si lo que está pasando hoy en la Iglesia, hermanos, es que el Padre Eterno nos ha escogido y nos ha entregado a su Hijo para trabajar su reino. Acuérdense en la última oración de Cristo el Jueves Santo: «Padre, te doy gracias por este grupo de discípulos; son tuyos pero Tú me lo has dado, y te los devuelvo y no se me ha perdido ninguno más que el hijo de la perdición. Se puede perder también el hijo de la perdición, el Judas, el que no supo recibir este reino de Dios. Hermanos yo no quisiera que hubiera un solo Judas en la Iglesia y que todos nos salváramos con Cristo.

SU LEY ES EL AMOR

Es el reino pues, que tiene a Dios por fundamento. Y segundo lugar, un reino que tiene el amor como ley. No lo olvidemos y precisamente todo el mensaje de la lectura del Evangelio, de hoy es esto. San Juan de la Cruz tiene un verso preciosísimo, cuando dice: «Y en la tarde de tu vida, te examinarán sobre el amor». Sobre esto nos examinarán. No me examinarán a ver si ganaste mucho dinero, a ver si ganaste muchos aplausos, si fuiste grande según el mundo, si te aplaudieron. Nada de esto. Todo eso pasa. Te examinarán sobre el amor.

La esencia del mensaje de Cristo está en la página del juicio final, como nos lo presenta hoy en San Mateo: «Tuve hambre y me distéis de comer, tuve sed y me distéis de beber». No es que San Mateo renuncia a la fe, la fe es el primer impulso del hombre para acercarse a Cristo; pero una fe que no cuaja en el amor práctico, de obras, es una fe muerta. Y [333] cuántos hay que dicen: si yo ya lo conozco a Cristo, yo trato de rezarle. Sí, le rezas como el sacerdote del Evangelio que dejó herido al pobre samaritano, al pobre juicio, porque tenías prisa de ir a rezar. La fe no basta.

Muchos se han querido envalentonar cuando el Papa, en esta semana, ha dicho a los religiosos que no se radicalicen en política. Ya ven que el Papa dice que no se metan en política. Fíjense bien, ya les he dicho: sean críticos en oír. El Papa lo que condena es la radicalización. Si un sacerdote o un religioso solamente se hace horizontalista, solamente lucha por las cosas de las redenciones temporales, sí ha traicionado su vocación. Lo que el Papa ha dicho es lo que yo humildemente digo también en mi carta pastoral, cuando les digo a los sacerdotes que la mejor misión que la liberación de los hombres espera de ellos, es motivarlos con esta alta liberación de Cristo. Pero el Papa no excluye, si acabamos de oír su homilía en San Juan de Letrán, donde él dice que como obispo nuevo de Roma se solidariza con estas reivindicaciones del pueblo que él tiene que apacentar. Él ha dicho que la lucha por los derechos humanos es una tarea actual de la Iglesia; pero radicalizarse en política sería, según la página del Evangelio de hoy, dedicarse sólo a dar de comer a los que tienen hambre, dedicarse de dar agua al que tiene sed, dedicarse sólo al hombre. Pero lean todo el pasaje de hoy, cuando los que se van a salvar, admirados de que nunca han visto a Cristo y él dice: «Tuve hambre y me disteis de comer», le pregunten, ¿cuándo, Señor? Él va a decir esta palabra, y esto es lo interesante: «Siempre que lo hicisteis con uno de mis hermanos chiquitos, conmigo lo hicisteis».

Lo horizontal se hace vertical, cuando nuestra caridad la motiva el verdadero amor a Dios. Por eso, cuando despreciamos al pobre; al cortador de café o de caña o de algodón; al campesino que hoy va en caravanas buscando el sustento de todo el año. Pensemos, hermanos, no lo olvidemos, es el rostro de Cristo. Rostro de Cristo entre costales y canastos de cortador; rostro de Cristo entre torturas y maltratos de las cárceles; rostro de Cristo muriéndose de hambre en los niños que no tienen que comer; rostro de Cristo, el necesitado que pide una voz a la Iglesia, ¿cómo se la va a negar la Iglesia, si es Cristo que le está diciendo habla por mí? Yo no quiero estar aquella hora del juicio final, a la izquierda «apártate maldito al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve necesidad y no me atendisteis». Te precisó más la pureza de tu ortodoxia; te precisó más el tiempo tranquilo de tu oración; te precisó más tu congregación, tu colegio para no

contaminarte con los miserables; te preocupó más tu prestigio social y económico y político, y por eso despreciaste al que era yo pidiéndote socorro. Este es el criterio con el que Cristo nos va juzgar. Su reino es el amor, un amor que construye. [334]

Qué sorpresas nos llevaremos en aquella hora. Cómo trastorna esta página del Evangelio lo que nosotros creemos necesario. Yo oí esta semana un comentario del discurso del Papa: ya ven que el Papa ya está poniendo las cosas en su puesto, les ha dicho a los religiosos que usen su hábito. Si eso es bien secundario, lo que el Papa les ha dicho sí, que sean orgullosos de su hábito; pero el hábito no hace al monje, lo que hace al monje es el amor, es el amor a Cristo que se traduce en beneficencia y en amor al prójimo. Por más acicalado que vaya un sacerdote o una religiosa, si es el sacerdote que abandona al herido en el camino, no es buen sacerdote aunque se vista bien.

Yo tampoco estoy defendiendo la secularización de algunos, sino que estoy diciendo lo esencial del Evangelio, ¡no lo accidental! Y digo que en aquella hora nos vamos a llevar sorpresas, cuando veamos que lo que yo creía que era necesario Cristo ni le hará caso y lo que yo no creía necesario, será lo que Cristo está examinando. ¿Cómo trataste al hambriento, al sediento, al que me representaba? Y en estos países, Cristo está tan profusamente presente, queridos hermanos, que sería una lástima haber vivido como saturado de la presencia de Cristo (porque estamos saturados de pobres) y no haberlo conocido. Haber vivido tantos años, tal vez en las comodidades, en las riquezas, en el bienestar político y no nos preocupamos de aquel Cristo que estaba a nuestras puertas o que lo encontrábamos en las calles. Yo le pido perdón a Dios en esta mañana por no haber sido siempre el cristiano que Dios va a examinar a la hora de la muerte. Y quiero reparar mi falta para decirle a todos ustedes, mis hermanos, con quienes comparto la responsabilidad de ser Iglesia, Reino de Dios, que de veras hagamos del Reino de Dios que somos, como ley, el amor.

SU REY ES JESUCRISTO, EL ETERNO VIVIENTE

Y finalmente, el Reino de Cristo será eterno porque el Rey es Cristo. La segunda lectura es preciosa en este sentido. Pero fijémonos en el Evangelio. Es original San Mateo, cuando dice, llamando a Cristo: un nombre que no se lo dio Cristo y que lo rehuyó él mismo. Cuando lo quisieron hacer rey, huyó. Pero a San Mateo, ya con los primeros cristianos, sí lo consideran un rey, no en el sentido temporal en que lo querían los judíos, sino el rey verdadero. Entonces dirá el Rey, convocando a todas las naciones de la tierra, cuando venga en su gloria y se sentará en el trono. Dirá el Rey -con esta imagen se describe lo que les decía los domingos pasados-, tres palabras que han hecho clásica la espera de los cristianos: parusía, palabra griega que en la antigüedad usaban para designar cuando un gobernante iba a llegar a un pueblo, era la parusía. O la palabra epifanía, que significa la manifestación, cuando se va a presentar un rey, cuando va a ser coronado un Papa, su epifanía. O la palabra apocalipsis, también significa revelación, manifestación. Estas tres palabras son las que tenía [335] en mente San Mateo al describirnos: «Cuando venga el Rey

entre sus ángeles y se siente en el trono para convocar a todas las naciones. Esa sí que será la gran parusía, la epifanía, el apocalipsis de Cristo».

Tiene, según la segunda lectura o todavía en el Evangelio, los tres poderes de un rey, no es un rey de burla, no es el rey que ante Poncio Pilato es objeto del ludibrio de los soldados que lo coronan de espinas y se ríen de él. Será distinto aquel rey; es el mismo, pero no vendrá para sufrir sino para juzgar.

Y en el Evangelio de hoy aparece con los tres grandes poderes de toda autoridad: Poder Legislativo, poder Judicial y poder Coactivo. Legislativo, el poder de dar leyes. Judicial, el poder de aplicar esas leyes, de hacer un juicio a los hombres que violan las leyes. Y el poder Coactivo, la facultad de castigar a los rebeldes. Cuando Cristo juzga según la ley del amor, es legislador y es Juez, y apartará a unos para condenar y a otros para salvar. El Juez Supremo. Entonces resplandecerá la verdadera justicia que hoy es tan ridícula hasta en los más altos tribunales. Este sí será el alto Tribunal ante el cual no habrá sobornos. Y el poder Coactivo, no porque se tengan armas en las manos, sino porque se tiene el poder de la razón y del derecho y de la fuerza, podrá hacer que su palabra se realice: «Id malditos al fuego eterno», y así será porque el Evangelio de hoy termina: «E irán estos pobres al castigo eterno, mientras que los otros irán al reino que no tiene fin».

San Pablo nos presenta hoy este reino con una amplitud cósmica, es toda la creación la que Dios ha querido poner bajo el imperio de Cristo. Quiso instaurar todas las cosas en Cristo, él es la clave de la creación. Por eso la llama San Pablo también hoy, primicia. Es una palabra también muy bíblica, muy litúrgica que significa lo primero de una cosecha. Cuando se trae al templo las primeras mazorcas, las primeras cosas que produjo la siembra, es la primicia. Y la cosecha a que se está refiriendo aquí, es la cosecha de la resurrección. La resurrección de todos nosotros está garantizada, como cuando se garantiza la cosecha con la primicia. Si así produjo las primeras mazorcas, qué milpa la que vamos a tener. Si esta cosecha de resurrección es tan espléndida, Cristo resucitado, ¡todos vamos a resucitar!

Cabeza de la Humanidad, porque si por un hombre vino la muerte al mundo, si hoy morimos todos, es porque la sentencia de muerte dada al primer padre Adán, se sigue cumpliendo en toda su descendencia. La muerte es un misterio de solidaridad. Así también, la resurrección y la vida eterna es solidaridad con un segundo Adán que se vino a hacer cabeza del género humano por la redención.

La importancia del bautismo. Por el bautismo un niño se incorpora a esta cabeza de la redención. Por eso decía Cristo: «Si no renacen ustedes [336] del agua y del Espíritu Santo, no pueden entrar en el Reino de Dios». La necesidad del bautismo. La confirmación no es tan necesaria como el bautismo, es una confirmación del bautismo. Por eso se está dejando para cuando ya los niños se den cuenta. El otro domingo, primer domingo de Adviento, no vamos a confirmar niños chiquitos que no se den cuenta. Sí seguirá urgiendo la obligación de bautizarlos cuando antes, porque el bautismo sí es incorporar al niño a la redención de Cristo, y esperemos que tenga uso de razón para que esa incorporación la ratifique con su propio conocimiento, entonces se confirmará.

Es inmortal y de una victoria absoluta. San Pablo nos presenta hoy, que serán aniquilados los principados, los poderes, las fuerzas; y que los enemigos de Cristo serán constituidos escabel, alfombra de su pies. Es un rasgo bien pintoresco para que toda la soberbia y audacia que hoy se envalentona contra la Iglesia de Cristo: a la persecución, el odio, la difamación, este será el destino. «Pondré a tus enemigos por escabel de tus pies». Y cuando hayan sido dominadas todas las potestades, él entregará el reino al Padre. Este es el liberador auténtico, la liberación de todas las esclavitudes.

Por eso, cuando anunciamos aquí este Reino de Cristo, no nos estamos apartando de nuestra historia, estamos diciendo también que estas páginas de violencia que estamos viviendo será sometida al Reino de Dios y quienes han sido culpables serán escabel de sus pies, si no se convierten a tiempo.

Por ejemplo, han continuado los incendios. Por lo menos 5 o 6 en estos últimos días. ¿Y por qué se quedan en el misterio? ¿Y por qué no se refleja ya la justicia de Dios, frente a tantas manos que pueden ser criminales?

También hemos lamentado estos días dos secuestros: el gerente de televisión y el gerente de la Phillips de El Salvador.

También recibimos, hay una voz a través de la Amnistía Internacional, y aquí en el país, que insisten en la amnistía de los presos políticos. Allá en Argentina se dijo una frase muy bonita: «Una navidad sin presos políticos».

Hoy cumplen dos años de desaparecidos Lyl Milagro Ramírez, Manuel Alberto Rivera Vásquez, capturados por la Guardia Nacional el 26 de noviembre de 1976.

También cumplen un año de desaparecidos el profesor Efraín Arévalo Ibarra y el jornalero Alfredo Mendoza, y llegan noticias de atropellos de Cinquera. [337]

Por esto hermanos, esta voz de libertad, «una Navidad sin presos políticos», prescindiendo de las motivaciones que puedan tener quienes la pidan, como Iglesia de Cristo soy solidario con esa voz. La Iglesia se sitúa en esta perspectiva que hemos meditado hoy. Estuve en la cárcel y no hicisteis nada por mí. Yo le diré al Juez Supremo: Señor, hemos hecho todo lo posible, pero las fuerzas del mal han sido poderosas, hasta que Tú las pongas por escabel de tus pies. Mientras tanto, yo invito a todas las fuerzas nobles de El Salvador, ¡que reaccionen! Y fíjense lo que pido: la libertad de quienes están sufriendo injustamente. Que sean puestos a los tribunales para que se les juzgue o que se les dé libertad. También en El Salvador queremos hacer una Navidad sin estas torturas y tormentos de las cárceles secretas.

Nuestra emisora (YSAX) va a presentar todos los jueves, de las 5:30 a las 5:45, un programa dedicado a la defensa de la justicia y de la ley, en este sector que hoy necesita tanto, de los trabajadores del campo. No es que vamos a ser voces de falsas denuncias, sino que vamos a informar sobre las quejas que se hayan presentado al Ministerio de Trabajo y los resultados que hayan obtenido de esa intervención del Ministerio. Comprendemos que el Ministerio de Trabajo es el responsable de la situación laboral del país. Él carga con esa

situación de huelgas, de descontentos en las fábricas o en las cortas de café y demás campos de trabajo. Decimos pues, que hay que recurrir allí. Y la YSAX, se hará eco de ese recurso y de las noticias que salgan también de ese Ministerio de Trabajo. Esperamos pues, que esta publicidad estimule un poco el cumplimiento de unas leyes que no se cumplen.

Y finalmente, les pido un sentimiento de solidaridad con Nicaragua. Está viviendo momentos muy difíciles. Yo recibí una copia de un telegrama que las asociaciones y grupos católicos han dirigido al Papa, apoyando a su obispo Monseñor Obando Bravo; y también señalando que el Señor Nuncio no lo ha sabido apoyar debidamente y pidiendo que el Santo Padre mire con justicia y apoye al Pastor que ellos sienten muy cerca de su situación.

Pidamos para todas estas situaciones del país y del mundo, que son muchas más, pero que en un día de Cristo Rey nos hace ver la necesidad de esta celebración.

Pasemos al altar, donde Cristo se hace presente, todavía oculto, pero somos su pueblo, somos su reino y tengamos fe. Vivamos esta fe en Cristo, vivámosla manifestándola en el amor a nuestros hermanos. Que en la tarde de la vida, el Juez Supremo de la historia y de cada uno de nosotros, nos juzgará sobre el amor. Sepamos trabajar, ya desde ahora, aquel juicio que va a ser definitivo. Así sea.

Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso... [338]

Homilía del funeral del padre Ernesto Barrera Motto
29 de noviembre de 1978

Queridos hermanos sacerdotes; estimadas familias dolientes, tanto del P. Neto como de los tres que junto con él van a recibir cristiana sepultura:

Queridos hermanos, frente a la muerte, siempre se siente el misterio de la iniquidad. Dios no quería la muerte. La muerte es una contradicción de esa felicidad, de esa paz, de esa bienaventuranza para la que Dios nos ha creado; pero hay circunstancias en que la muerte, se refleja más como el misterio de la iniquidad, misterio necesitado de redención y por eso oramos frente a ese enigma de la muerte. Cuando la muerte la rodea la inquietud, la duda; y sobre la muerte se arroja muchas veces la calumnia, sangre, violencia, dolor, se siente más de cerca el misterio de iniquidad que Cristo llamó así. Por eso, ante lo incomprensible de ese misterio, de ese paso misterioso hacia el más allá, nos aferramos a Cristo; él es la única explicación. Él ilumina con luces de trascendencia y de eternidad, esta vida y el paso de esta vida hacia ese más allá, o sea las tres dimensiones que es necesario considerar siempre que estamos, como esta circunstancia, frente a un hermano, a unos hermanos difuntos.

En primer lugar, la dimensión humana. El que está aquí frente al altar, rodeado de compañeros y hermanos sacerdotes, rodeado de todo un pueblo, de una familia concreta, es un hombre. Así como hombres también [339] son los otros tres muertos, que esperan la

hora de sus sepulcros y cuyas familias también están entre nosotros. El hombre -y decía el Papa actual- con qué respeto debe el hombre pronunciar esa palabra: el hombre. La imagen de Dios, sujeto de derechos y deberes. Hijo de una familia, hombre concreto de un tiempo, reflejo de Dios para iluminar su obra de la creación y de la redención en la tierra. Pensamos concretamente en el P. Nieto, y queremos expresar desde esta dimensión humana y concreta nuestra condolencia con su querida mamá, con sus hermanos, especialmente con el P. Manuel, a quien no sólo la fraternidad general de los hombres, sino esa fraternidad del carácter sacerdotal los une más íntimamente; y a todos aquellos, a la parroquia de San Sebastián donde el P. Neto desarrollaba su ministerio con el entusiasmo propio de un sacerdote joven. Es en esta dimensión humana donde habría que hacer tantos recuerdos. Escribir su biografía, sus aspiraciones de niño, de querer ser sacerdote y de irse formando en el seminario San José de la Montaña, con unas inquietudes nuevas -tal vez incomprensibles para muchos- los nuevos modos de la pastoral: el trabajo con los obreros, por el cual sentía especialmente él un carisma, una dedicación. Y él decía: estas pastorales, estos nuevos campos que el Señor nos señala, estos nuevos compromisos, muchas veces para un cristianismo tradicional, son incomprensibles.

Y es de verdad, que esta Iglesia que va encarnando en hombres de cada tiempo, llevando el mensaje de Cristo a nuevas fronteras, con nuevos conflictos, con nuevas situaciones, va buscando también hombres inquietos, tal vez atrevidos, vocaciones raras; pero siempre el hombre que permanece en comunión con la Iglesia, en comunión con Cristo, es el hombre que está conectado para llevar a los demás hermanos y a aquellos que más necesitan, porque están tal vez más alejados, el mensaje de la salvación.

Neto, se sentía feliz en su sacerdocio. Yo mismo lo llevé a la parroquia de San Sebastián. Yo compartí con él algunas reuniones con los jóvenes que me preguntaban las inquietudes propias de un cristianismo en la hora actual. Yo puedo asegurar que este hombre, consagrado por la ordenación sacerdotal, se mantuvo en comunión con sus hermanos sacerdotes y con su obispo, y esto es una garantía de su ministerio auténtico, legítimo. Habrá rasgos difíciles en el sacerdocio actual, sobre todo joven, pero mientras haya sustancialmente un deseo de servicio, un deseo de poner todas sus condiciones y cualidades humanas al servicio de esa Iglesia y de ese Reino de Dios, hermanos, tengamos confianza. El hombre-sacerdote, tiene que ser un hombre que trae de la eternidad un mensaje concreto para los hombres de cada tiempo.

Esta dimensión humana del P. Nieto, también se une con los otros hombres que junto a él, son hoy cadáveres. Queremos también invocar sobre ellos, el sentimiento humano; y si alguien criticara la presencia de [340] la Iglesia junto a los que mueren en situaciones misteriosas como éstos, podríamos decir: no es cristiano. La Iglesia tiene que estar donde hay valores humanos; la Iglesia tiene que salvar todo lo auténticamente humano, y tiene que acompañar el dolor de madres, de esposas, de hijos, de todos aquellos que sienten en la repercusión humana del dolor, del misterio, de la iniquidad. Por eso hermanos, con todo derecho y sin ningún miedo, estamos celebrando estos funerales, porque es algo profundamente humano y nada humano tiene que ser extraño al corazón de la Iglesia.

Pero estos hombres se enfrentan a una segunda dimensión, y es la trascendencia. Cada hombre que viene a este mundo es un reflejo de Dios eterno. Cada hombre lleva una vida,

comenzó, pero que no tendrá fin. Y es aquí, un cadáver, como un hombre con su rostro levantado al cielo, la imagen de una Iglesia que no termina en la muerte, que peregrina y camina más allá del sepulcro, es el hombre que entra a la eternidad. Esa eternidad, es la que se refleja solemne en los momentos de la muerte. Y el sacerdote por antonomasia tiene que ser hombre de la eternidad; hombre de un Reino eterno, hombre que presagia sobre las ambiciones y los deseos y las inquietudes de la tierra, las sublimes aspiraciones y los horizontes de la eternidad. Por eso decíamos en nuestra carta pastoral, que la Iglesia trata de comprender todo ese esfuerzo de reivindicaciones humanas, no para quedarse en las cosas de la tierra (es calumnia, cuando critican al sacerdote o al obispo -empeñado en las liberaciones también de la tierra-, bajo calificativos sociales, económicos, políticos); pero no se queda solamente allí en lo terrenal, sino que incorpora esa liberación de las cosas temporales, de las esclavitudes de la tierra, a la gran libertad del cielo.

Es ahora, cuando Neto Barrera comprende que todos los esfuerzos de liberación, toda esa esperanza de un mundo mejor, aun en esta tierra, se complementan y se realizan en esa eternidad feliz. Sólo la liberación que Cristo trae de esa trascendencia da a los esfuerzos liberadores de la tierra su verdadera dimensión, su verdadero valor. Cuando se es miope y cuando se escucha en la palabra del sacerdote que reclama contra las injusticias de la tierra, contra los abusos del poder, contra los atropellos de la dignidad humana en este mundo, y se le quiere criticar como comunista, como político, como hombre que ya perdió su orientación; si es miope, si no se tiene en cuenta que ese hombre liberador es un sacerdote que tiene por delante una perspectiva de trascendencia.

Por eso sacerdotes y cristianos, nosotros somos los auténticos liberadores de la tierra; nosotros por una doctrina que nos habla de la trascendencia y del más allá, somos los llamados por Dios para acompañar también a todos los que se esfuerzan por dar a esta tierra un sentido más humano; por dar una igualdad más cristiana, más fraternal, a los hombres; darles su verdadera esperanza, su verdadera fuerza. Entonces, aunque se caiga [341] abatido, pero víctima de unas convicciones tal vez profundas, se es seguidor de aquel Cristo, aun cuando se le confunda con cosas de la tierra. Es necesario en esta hora, en que la muerte nos ha congregado en torno de estos hermanos nuestros -principalmente del P. Neto- reafirmar como cristianos, que no podemos vivir una piedad, un Evangelio, una trascendencia, una mirada hacia la eternidad sin poner los pies en la tierra. Es necesario reafirmar que precisamente, porque esperamos un cielo que será premio de nuestros esfuerzos en la tierra, por lo que tenemos que trabajar intensamente, cada uno en su propia vocación, por un mundo mejor.

Este me parece que es el mejor mensaje que podemos recoger de este cadáver hermano, de nuestro hermano sacerdote: Neto. El mensaje de sembrar muy hondo la esperanza del cielo, pero de trabajar muy fuerte también en las esperanzas de la tierra. No disociarlas, complementarlas y vivirlas como realistas, como cristianos que tienen su corazón en el cielo; pero con sus pies y sus manos trabajan también las realidades temporales de la tierra.

Por eso hermanos, también pensemos en esta tercera dimensión con la cual yo voy a terminar mis pobres palabras: un juicio de Dios. Neto y José Isidro, y Rafael Santos y Valentín, se han enfrentado ya al Juicio de Dios. El Juicio de Dios es lo que permanece. El Juicio de Dios es lo eterno; pero recogiendo también lo temporal. Es en el Juicio de Dios

donde se nos va a juzgar de nuestros días en la tierra, de nuestros caminares en los caminos del mundo. Es el juicio de Dios el que nos dará un premio o un castigo definitivo, porque aquel Juez, no admite sobornos, no se deja pagar. Un Juez que dará a cada uno, según sus obras. Y ante este Juicio de Dios, hermanos, yo quiero invocar la prudencia, la serenidad, frente a los juicios de la tierra. Es lamentable cómo se tratan de manipular estos acontecimientos. Es escandalosa la voz de la radio y las páginas de los periódicos echando polvo sobre la mente y el recuerdo de los hombres que mueren, como si no existiera un juicio definitivo.

Yo les suplico, que no se dejen impresionar por los primeros juicios, sobre todo cuando son interesados y amañosos. Por eso la Iglesia, que quiere reflejar en la tierra la justicia de Dios, la llama a sus hijos: esperen, reflexionemos, analicemos los hechos; y ha nombrado una comisión investigadora de estas muertes. Y ya estamos recogiendo datos, indicios que contradicen rotundamente muchas de las noticias escandalosas de nuestros periódicos y de nuestras radios. A Neto Barrera, lo flagelaron; Neto Barrera tiene un documento, extendido por un médico forense que delata torturas espantosas. Neto Barrera debió sufrir mucho antes de entregar su espíritu al juicio del Señor. No es justo, entonces, que se juzgue a un muerto que ya no puede hablar ni puede quejarse de los dolores que se le infligieron con criterios interesados de la tierra. Es necesario esperar, siquiera un pálido reflejo del Juicio de Dios que comprendió el [342] misterio de la iniquidad en que se ha sepultado esta muerte y las otras muertes, las muchas muertes que tenemos que lamentar sin el juicio sereno de los hombres, sino con el juicio interesado de los intereses bastardos de la tierra.

Es necesario juzgar, a ser posible, con la mente del Señor, el cual más que justicia, usa misericordia. Y es lo que nos congrega en esta tarde, una súplica de misericordia al Señor. Misericordia, porque nada humano se presenta ante la santidad de Dios, sin manchas de la tierra. Y es necesario decirle al Señor: ten misericordia, límpiame estas manchas, perdóname estos pecados. Queremos decir pues, que nuestros muertos son necesitados de la misericordia del Señor y a esto hemos venido a la casa de Dios, casa de oración, una casa de oración edificada precisamente por el hermano de Neto, para decirle: Señor, ten en cuenta la buena voluntad de esta familia; ten en cuenta la buena voluntad de estas vocaciones; escucha Señor la súplica de estos hermanos sacerdotes que rodeamos a nuestro hermano difunto y que te pedimos por nuestros difuntos. Es la misericordia del Señor; pero al mismo tiempo, el repudio valiente de la justicia de Dios frente a las maquinaciones de la iniquidad, de quienes quieren usar hasta la muerte y el dolor de los hombres, para sus fines avisos.

El Señor tenga misericordia de nosotros y que estas víctimas del dolor, de la muerte violenta, sean una súplica también ante el Señor para decir: Señor, ya basta de violencias; ya basta de muertes tan hundidas en el misterio de la iniquidad; ya basta de sufrimientos para tantas familias, innumerables y hasta sin nombre. Tú las conoces mejor que nadie, ten misericordia Señor de nuestro pueblo. Es la súplica que junto a Neto, y junto a nuestros hermanos difuntos, te elevamos en esta tarde al decirte: Señor, desde la serenidad de nuestra espera de la justicia tuya, que es la única, dales Señor, el descanso eterno y brille para ellos la luz perpetua. Así sea.

Oremos hermanos (la muerte nos hace sentirnos más hermanos, caminantes hacia un mismo destino) por las necesidades del mundo y de la Iglesia.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

